MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 12

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA I
(Narrativa)

LOS RIBERAS

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1991

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1991
ISBN 980-231-104-9

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 12

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA I
(Narrativa)

LOS RIBERAS

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1991

COMISION EDITORA

Pedro París Montesinos
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Jefe de la Oficina de Investigaciones
Históricas y de Publicaciones

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Anabel López de Del Pozo
Catalina Gago G.

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 12 IX

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 12
LOS RIBERAS. HISTORIAS DE VENEZUELA

Advertencia 7

Un hombre 9

Otro hombre 221

El hombre 469

Glosario 569

Historial bibliográfico del volumen 12 577

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 12

Este volumen de **Obras Completas** constituye el único aporte novelístico de Mario Briceño-Iragorry. **Los Riberas** fue escrita en Madrid durante su exilio provocado por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. La corrigió durante su convalescencia en Italia. La primera edición apareció publicada en Caracas en 1958.

En una segunda edición publicada por la Fundación "Mario Briceño-Iragorry", el prologuista, Miguel Angel Burelli Rivas, transcribe una nota del autor fechada en Génova el 24 de enero de 1958, en la cual refiere:

> Este libraco fue escrito con alguna premura en la primavera de 1957. La secretaria que trasladó a máquina las páginas por mí escritas, a usanza vieja, de mi propia mano, concluyó su trabajo cuando desmantelaba mi biblioteca y deshacía mi casa madrileña, en pos de sosiego en la dulce Italia. Para corregir las pruebas, hube de aprovechar los breves ratos de calma que me concedía la grave crisis cardíaca que hizo presa de mí al llegar a esta célebre metrópoli ligure. El poco tiempo en que fue escrito y la total ausencia de las fuentes que hubiéranme ayudado a enriquecer la parte folklórica del libro, casi en su totalidad sostenida sobre mi ya gastada memoria, explica los probables vacíos que advertirá un buen catador de las cosas pequeñas y saudosas de la tierra. La dificultad con que revisé las pruebas explica, a la vez, algunas tautologías y ciertas fallas, que sólo yo podía subsanar. En espera de una nueva edición, ampliada y depurada, me abstengo por hoy de salvar los errores que duran en el texto[1].

Don Mario regresó a Venezuela en abril de 1958. Falleció dos meses después. No tuvo ocasión de enmendar el texto. Sin embargo, la primera

(1) M. A. Burelli Rivas. Prólogo a **Los Riberas**. Caracas: Edics. de la Fundación "Mario Briceño-Iragorry", 1983, pp. s/n.

edición salió impresa con bastante pulcritud. Como apunta Burelli Rivas, fue el último libro suyo que el pensador vio publicado.

El manuscrito de que habla el escritor, lo conserva su hijo Jesús Omar Briceño Picón, a quien don Mario lo obsequió con dedicatoria. Son dos tomos de impecable caligrafía, encuadernados en fina pasta española.

Al momento de circular la novela, hubo más elogios que lectura. La revista **Crítica contemporánea** la enfocó desde la perspectiva de una novela social. Esa misma óptica, con metodología actualizada es la asumida por Isidoro Requena, quien ha dedicado una monografía al estudio de la obra, bajo el título **La voz antigua de la tierra.** En ella destaca la modernidad del punto de vista que guarda analogías con **Los Buddenbrook** de Thomas Mann.

La novela establece un diálogo intertextual con una obra biográfico-histórica anterior de Briceño-Iragorry: **Casa León y su tiempo.** Sólo que la primera aborda la cuestión del oportunismo oligárquico en su conjunto, para centrarlo en un símbolo: El Marqués de Casa León. En cambio, en **Los Riberas** dibuja la saga de una familia en la cual se va operando la metamorfosis ideológica y social del hombre de campo (andino) al empresario de ciudad (burgués) con el oportunismo político mediador.

Briceño-Iragorry tenía conciencia clara de su condición de intelectual donde predominó el ensayista y el historiador. Quizás por eso, en lugar de llamarla novela, subtituló **Los Riberas** "Historias de Venezuela". Sin embargo, su incursión novelística representa un maduro fruto del hombre de pensamiento cuya lectura aún hoy mantiene su frescura, gracias a la maestría indiscutible de este clásico de la prosa venezolana.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 12

LOS RIBERAS
Historias de Venezuela
(1957)*

(*) Tomado de la 2da. edición. Caracas: Fundación Mario Briceño Iragorry, 1983. 499 p.

A PEPITA, DUEÑA Y SEÑORA DE MI VIDA, DESDE LOS LEJANOS TIEMPOS EN QUE COMENZO LA AVENTURA QUE LLENA ESTAS PAGINAS.

ADVERTENCIA

Doy este libro a las prensas bien cierto de que no faltarán personas de flaco juicio que lluevan sobre él cuchilladas, como Don Quijote sobre el intrascendente retablo de Maese Pedro. Este mi retablo novelado presenta, junto con los títeres de mi invención, actores de carne y hueso. Personas con toda la barba alternan con fantoches libremente imaginados, para cuyo aparejo, sin embargo, he tomado ora la americana, ora la corbata, ora el sombrero, ora los espejuelos, ora el bigote de distintos individuos, sin que falte en el abigarrado atuendo de los fantoches, alguna prenda de mi percha personal. Personas y títeres se mueven en el contorno real donde he vivido durante los casi treinta años del discurso venezolano, cuya reconstrucción intento en estas desmirriadas páginas.

Muchas de las figuras que desfilan por este pesado cosmorama, son meros símbolos de circunstancias presentes en el diario curso de la vida de Venezuela. A algunas es fácil levantarles el festivo antifaz del nombre. Las de mayor densidad dramática, carecen de realidad individual, por resumir, para la función tipológica, diversas y mostrencas conductas.

Sobre un fondo de realidad histórica, en el cual se abulta a la vez la carga historiográfica que caracteriza mi obra de escritor, he puesto a vivir a la imaginaria familia de los Riberas, a sus amigos y a sus enemigos, como pretexto para desmenuzar hechos pasados y para exponer ideas con vigencia permanente en el orden social. Lejos de pintar intencionalmente figuras personales, he labrado espejos de fino alinde, donde algunos individuos, al contemplar su estructura interior,

podrán ver reproducidos rasgos personales, sin que terceros adviertan, de su propio juicio, detalles que los individualice en el campo social.

El historial novelado discurre sobre un marco geográfico, hoy para mí distante en el tiempo y en el espacio. Puede haber errores en la evocación de un paisaje vivido hace más de cuarenta años. Carlos Gjelerup aconseja en estos casos olvidar la geografía en beneficio del interés poético. Cae, a veces, el relato en pormenores de aparente intrascendencia para quien no advierta el propósito de dar, también, a este libro un valor documental. He huído la descripción de cosas y de costumbres aún perdurables en el ámbito venezolano; en cambio, me he esforzado porque readquieran relieve y presencia hechos y circunstancias desaparecidos o a boca de la ruina definitiva.

Libro de edad madura, con él no aspiro a instalarme en la jurisdicción propia de Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva. Sin baquianía para el caso, he preferido el relato imaginativo por juzgarlo más fácil para la pintura de ideas, de emociones, de realidades, de esperanzas, de angustias, de pasiones y de juicios, arraigados en el tiempo abarcado por los relatos. Ni pretendo, tampoco, que se me tome por hombre libre de responsabilidades en el trozo de historia nacional a que se refieren estas páginas; insisto, por el contrario, una vez más en abordar el gran drama social e histórico de mi país, sin intentar presentarme como mero testigo asomado a las bardas del jardín donde se celebró el festejo. Quien en la liza salió con el costillar dañado, gana buen derecho para hablar de los acontecimientos y voz, también, para que se le oiga cuando explica las quiebras donde hay mayor preligro de tropezar.

No he escrito un libro alegre. En cambio, creo haber ahondado con barreno de esperanza en pos del camino por donde puedan transitar con seguro de éxito las nuevas generaciones. Mi carga de experiencia la pongo una vez más al servicio de la nueva pedagogía del pueblo. Para prevenir al peligro, tienen mayor precio las cicatrices del embarrancado que el vistoso disfraz de quien se olvida de sí mismo y finge, al favor de fortunoso azar, posturas de ejemplaridad incierta.

Día Nacional de 1957.

UN HOMBRE

I

Partirse de Mérida era para Alfonso Ribera un sacrificio extraordinario. A los treinta y cuatro años de edad, su existencia se hallaba implantada en el dulce ambiente nativo con raigambre tan vigorosa, que parecía imposible poder arrancarla. Alguna vez Alfonso Ribera traspasó los linderos de Occidente y fue hasta San Cristóbal y Cúcuta. En viaje a Maracaibo, había hecho el camino de Valera y Motatán, cuando las crecientes del Chama dificultaban el paso por la Tierra Llana. Nada agradaba tanto a Alfonso Ribera como su ciudad natal. Alfonso Ribera era hombre de una autenticidad merideña, capaz de desafiar al más pintado de cuantos se dijeran fieles al terruño.

Se le hablaba de Caracas con verdadero entusiasmo, mas en su espíritu nada lograban las encendidas alabanzas de la capital. Para matarle cualquier curiosidad por la vida caraqueña, tenía cerca la continua lección de don Miguelito Fierro. Mientras en páginas de deliciosa literatura había vertido don Tulio el evangelio suave y discreto del criollismo, en Miguelito Fierro su ejercicio alcanzaba elocuencia contundente. Era de ver la complacencia de Alfonso Ribera cuando en la tertulia que se juntaba a la puerta de su establecimiento mercantil, el atildado don Miguel refería sus aventuras en Caracas.

Engolada y sonora era la voz que sacaba el empecinado representante del cerril merideñismo, para repetir la lección en que ponía de resalto su preferencia por la hermosa capital andina.

–Yo se las planto en su propia cara a los caraqueñitos, para que no sean tan pretensiosos. ¿Qué es eso –les dije una tarde, en la tertulia de la Plaza

Bolívar– de cantar al Guaire, aprendiz de río, como el Manzanares madrileño, corriente perezosa, que apenas tiene aliento para arrastrar las horruras con que lo perfuman las alcantarillas de "El Paraíso"? ¡Río, el Chama, que baja de los páramos bravíos carajeando las altivas montañas!

¡Cómo reía de gusto Alfonso Ribera al escuchar las festivas palabras del insigne caballero, que con tanto lujo y dignidad tanta llevaba el ilustre apellido Fierro, de cuyo brillo se ufanaba la metrópoli andina.

–¿Y el Avila? –seguía don Miguel– ¿Vale algo ese cerrito aplazado en los exámenes, cuando se le compara con esta sierra sin par, cuyas nieves el sol matiza mañana y tarde, para darnos la impresión de que Mérida cambia de corona como una princesa oriental?...

Nada pesaban las reflexiones que solían hacerle quienes aprendieron a leer y a interpretar la sinfonía de colores que el sol labra sobre el monte maravilloso, a cuyas faldas duerme Caracas la gentil.

Si los hombres de letras tenían palabras certeras para ponderar las maravillas de Mérida, Alfonso Ribera, movido apenas por la espontánea inteligencia del corazón, sentía cómo su vida formaba parte del paisaje de la cordillera nativa. No había seguido curso alguno en los buenos Colegios de la ciudad. Su instrucción se limitaba a mal leer, a peor escribir y a sólo sacar las cuatro reglas. Pese a la calidad de su estirpe, Alfonso Ribera no tuvo estímulo oportuno por donde fuese empujado a disciplinas escolares. El ordeño de las vacas en la finca que sus padres poseían en "La Otra Banda" y la atención del mostrador, en el establecimiento mercantil de un deudo rico, fueron la escuela donde Alfonso Ribera aprendió a amar el trabajo y donde ganó aliento para pensar en la conquista de la riqueza.

Por aquella época de sus treinta y cuatro años, Ribera figuraba entre los comerciantes más acomodados de Mérida. Su establecimiento, situado en la Plaza del Llano, era frecuentado por los cultivadores de café de los valles y mesas circulantes de la ciudad. Era el café la primera fuente de riqueza de la región andina. En las grandes haciendas de Mérida se

producía un excelente tipo por tratamiento húmedo; mientras en las fincas pequeñas, el beneficio se hacía por el sistema de trilladoras secas, que si bien conservan mejor el aroma de la bellota, hurta a los granos la politura que acrecienta su precio comercial. El engranaje económico entre el agricultor nativo y el comerciante internacional, se hacía en negocios del tipo de "La Primavera", de Alfonso Ribera. Estaban abastecidos los comercios de esta clase de todo género de productos extranjeros. En "La Primavera" se vendía desde el mitológico jamón de Westfalia hasta los finos paños ingleses; desde el percal y el budare de hierro colado hasta la delicada encajería de Bruselas; desde el sombrero pelodeguama, de acabada manufactura inglesa, hasta el género blanco de los mejores telares alemanes; desde el rico Sauterne de Francia hasta los Diablitos de Chicago. Una especie compendiada de Naciones Unidas en la fuerza de sus excedentes de producción, eran, en realidad, aquellos negocios mixtos, cuya potencialidad adquisitiva aumentaba en razón del crédito que les tenía abierto el comercio de Maracaibo.

La primera guerra mundial –que justamente concluía cuando Alfonso Ribera se aprestaba para ausentarse de Mérida– tenía mucho que hacer con el predominio que el capital alemán ejercía en nuestros países de economía colonial. El alemán manejaba el crédito mejor que los ingleses, que los italianos y que los norteamericanos. Pese a la diferencia de cultura, la colonia alemana radicada en Maracaibo tenía una poderosa intervención en el desarrollo de la economía de Occidente. Las grandes firmas de Brauer, Möller y Compañía, Beckermann y Compañía, Steinvorth y Compañía, Blohm y Compañía, porfiaban con las casas de capital italiano y anglosajón, y concluían por dominarlas en el ritmo directivo de los negocios cordilleranos.

El comercio de las ciudades y pueblos del interior se desarrollaba al sombraje del crédito que les concedían las casas de Maracaibo, y los comerciantes lugareños ganaban prestigio cuando se constituían en agentes compradores de café para determinada firma maracaibera. La savia económica de la nación se movía a través de un proceso de ida y de retorno *–de corso e ricorso–* cuyo punto de coincidencia era el establecimiento, donde el agricultor retiraba durante el año telas, abrigos, calzado, sombreros, herrajes, utillaje de labranza, víveres y

demás artículos necesarios para el mantenimiento de la casa y de la hacienda. Al fin de la cosecha, el agricultor entregaba al comerciante su café. Las cuentas se liquidaban sobre el precio del día. Mientras al agricultor se cargaban las mercancías retiradas según el valor del momento, la moneda con que iba a pagar se estimaba de acuerdo con la demanda internacional del café. De Londres, de Hamburgo y de Nueva York llegaban a Maracaibo los precios topes para cerrar las operaciones del gran comercio. Maracaibo, a la vez, comunicaba por la vía telegráfica a sus corresponsales del interior el precio que debían pagar por el fruto. A su vez, el comerciante local acomodaba a sus intereses y posibilidades la paga que daría al agricultor. Un análisis cabal del proceso lucrativo, permite decir que el comerciante interiorano era la última expresión distribuidora y succionadora del comercio internacional. La riqueza territorial estaba prácticamente en manos de una clase que apenas pensaba en balanzar lo mejor que pudiera sus cuentas de fin de año. El campo quedaba a merced del comerciante. El crédito estaba reducido a los pequeños préstamos que los compradores de café hacían a los agricultores, con el señuelo de asegurar la cosecha. Sobre la dimensión de este crédito y en la mejora del precio a que eran liquidados por frutos del año, estribaba la preferencia otorgada por los campesinos a uno u otro comprador de café.

Alfonso Ribera era considerado por la marchantía rural como uno de los comerciantes que mejor pagaban el café. Esto contribuyó tanto a la prosperidad del negocio como a darle cierta aura de prestigio entre el pueblo.

Si en realidad le abría paso en el campo de la estimación de los mayores la circunstancia de pertenecer a una de las más encumbradas familias de la ciudad, su carácter llano y sus maneras alegres e insinuantes, desvirtuaban, no sólo la agresividad de su rostro aspero y de su talante impetuoso, sino, también, la valla que su presuntuoso linaje, interponía entre él y la gente sencilla y común de la región.

Los Riberas procedían de una de las más levantadas estirpes coloniales y en Mérida se conceptuaban con derecho a todo género de miramientos. ¿No contaban, acaso, con próceres que aún libraban batallas en la otra

vida? ¿Era poca cosa el parentesco de la familia con el famoso don Gregorio de la Ribera y Solaguren, cuya alma se invocaba diariamente para hallar las cosas perdidas, en razón de habérselo así concedido la Providencia, como precio de su propia salvación? Así hubiera sido condenado a la horca por el asesinato del doctor Francisco de la Peña Bohorques, Familiar del Santo Oficio y Capellán de las Monjas de Santa Clara, en cuyo convento tuvo asilo doña Josefa de Monasterios, esposa y víctima de la crueldad y de los celos del famoso don Gregorio, éste ganó celebridad, que a sus deudos servía a manera de historiado pergamino de heráldica hidalguía. Si otros tenían próceres, ora hundidos en solera de hidalgas estirpes castellanas, ora incrustrados en el zócalo de la República o ya colgados en el Paraninfo de la Universidad, los Riberas contaban con un deudo que hacía diariamente milagros y a quien la fe del pueblo ofrecía oraciones y misas desde el Siglo XVII. Para el caso, poco importaba que en lugar de ser santo, fuera un criminal cambiado de signo a última hora.

Bien pagado de sí mismo, Ribera había ganado la buena partida con sus condiciones sociales. No lucía por su ingenio gracioso, ni siquiera por su trato culto. Mas por el natural, alegre y dispuesto; por la palabra chancera y divertida; por la disposición entusiasta y la bolsa no limitada para la contribución oportuna, se le miró siempre como piedra angular en toda reunión de tipo festivo y social.

* * *

La Mérida del tiempo de Alfonso Ribera era una supervivencia amorosa y pausada de la Mérida de mediados del siglo XIX. En relación con otras ciudades del interior venezolano, Mérida contaba con grandes recursos de civilización. Por medio de un esfuerzo extraordinario de transporte, fue instalada en la última década del Ochocientos la planta que distribuía el fluido para el alumbrado de la ciudad. En las casas de la gente acomodada lucían pianos, alfombras, espejos, vajillas de finísima calidad, comprados directamente en Europa por los pudientes señores, a quienes agradaba visitar a París, Madrid o Londres, antes que a la capital de la República. Tardo el paso de la acémila, que en tres días comunicaba a la ciudad con la más próxima estación ferroviaria, no era,

en cambio, óbice para que a Mérida llegasen muchas veces los libros de Europa primero que a Caracas. Como si fuera un timbre de orgullo regional, aún la gente común comentaba cómo en más de una ocasión el doctor Ramón Parra Picón ganó disputas científicas con colegas caraqueños, a cuyas manos no habían llegado todavía publicaciones científicas de París, ya conocidas por el estudioso médico merideño. Comodidad y esplendor, buena lectura, lujo en la mansión de los señores, todo coincidía para hacer de Mérida una verdadera ciudad.

Por 1918 las calles lucían aún la alfombra esmeraldina de la yerba, que tramaba los cantos del pavimento. Las aceras de flojos ladrillos mostraban el verdín de la humedad transmitida por la niebla, bajada con el atardecer. Noches maravillosas, blancas noches en que los caballeros aún se echaban sobre los hombros la "fermosa cobertura" señoril y castiza, o vestían el severo mac-farlán, de clerical apariencia. Silenciosas, largas, frías noches, en que tras la celosía la muchacha tímida y espiada, aguardaba el paso del galán enamorado, que apenas dejábale, entre furtivas palabras, el breve billete, contentivo de la última promesa de eterno enamoramiento. Solitarias, dormidas, pausadas noches, en las cuales la vieja ciudad dejaba escuchar entre el apretado y profundo silencio, la música de su agua subterránea. Como el palpitar velado de una vida misteriosa, se escuchaba por entonces en las esquinas de Mérida la sonora voz que discurría por las secretas acequias, destinadas, desde la época colonial, a repartir el milagro generoso del agua cristalina, represada a la altura de Milla. Si en determinadas partes ya funcionaba algún moderno sistema de distribución de aguas, no era suficiente aún para que se desistiese de aquel régimen familiar y primitivo de llevar a las casas la clara corriente del agua limpia, que, a tiempo que seguía al vecindario en estado de pureza, tomaba curso distinto en la acequia destinada a las aguas negras. En las casas por donde no pasaba esta agua alegre y suelta, se recurría a la mana silenciosa y profunda. En medio del silencio nocturno, la voz del agua parecía salirse toda fuera de su embalse subterráneo, para comunicar al solitario noctívago la poesía recóndita de la vieja ciudad. Arpa sonora, Mérida se escuchaba a sí misma durante las largas y apacibles horas de su descanso nocturnal. La introspección que parecía caracterizar a la

gente, se convertía en muda canción que, sin dejar comprender la letra del pensamiento interior, derramaba hacia fuera su monótona, dulce, amorosa melodía.

Ya aquel encanto singular de la Mérida nocturna ha desaparecido por completo. La niebla ha disminuido y pocas son las veces en que desciende sobre la ciudad modernizada, cuya alfombra de yerba cedió al progreso del macadam y cuya música subterránea ha sido sustituida por el angustioso vocerío de los raudos automóviles. Queda, apenas, en recuerdo el espíritu de la ciudad antigua. Los rojos techos y las altivas torres caen al imperativo del progreso. El perímetro urbano varía y mejora en el orden arquitectónico. Las costumbres se distancian de los viejos, apacibles, modosos hábitos, y hasta la vértebra interior donde halló sostén la tradición brillante y altiva de la ciudad, parece tomada de la polilla que ha invadido el esqueleto nacional.

La poesía de Mérida se ha refugiado en los dulces aledaños de Milla, de la Otra Banda y del Pie del Llano. Como son hoy, así eran los campos merideños al tiempo en que Alfonso Ribera vivía en la ciudad. Los paisajistas encuentran en los alrededores de Mérida temas realengos para sus óleos y pasteles. En cambio, ¿qué merideño se siente impulsado a adquirir lienzos y tablas para la iluminación interior de sus hogares? ¡Vaya por Dios!, que sería tanto como tirar sal al mar esto de meter en las casas cuadros con representación de paisajes, cuando con sólo echar los ojos hacia cualquier viento, ya se está en presencia del más primoroso cuadro, pintado por el propio divino pincel de la Madre Naturaleza. Si se mira hacia las cumbres nevadas o hacia los páramos lejanos de Oriente, al ojo menos fino llega el temblor verdegueante de los bosques, que suben hasta ser vencidos por niveles donde la botánica se ve obligada a bajarse hasta el plano de las rastreras espeletias. Si se lanza la mirada hacia los suaves declives de la Otra Banda, los altivos bucares ponen ensangrentados tonos al milagro de los más tiernos y dulces verdes de yerbas, de cañas y cafetos.

Por aquellos lados, justamente, se desarrolló la vida de Alfonso Ribera. De muchacho vio encallecer las manos en el áspero trabajo de la soga y

del establo. Cuando se hizo hombre y fue dueño y señor de un fondo de comercio, se amancebó con Anita Méndez, graciosa muchacha del lugar, criada en la hacienda vecina de don Luis Saldaña.

La vida galante y erótica de Alfonso Ribera siguió el mismo curso acostumbrado por la mayoría de la gente de su tiempo. En los altos círculos de la ciudad ocupaba sitio de excelencia, y no había sarao, baile, paseo o recepción a que no fuera invitado como primer chicharrón. De buena familia, bien parecido y acomodado en lo económico, era, en realidad, lo que se llamaba un excelente partido, sobre quien echaban ojos los padres de hijas casaderas. El se sabía objeto de aprecio y de codicia y, sin llegar a formalizar compromiso alguno, se había entretenido en noviazgos sucesivos con Luisa Carrasquero, con Lucía Tapia y con Hortensia Casas, sin que estas inclinaciones matrimoniales le hicieran desistir de sus relaciones con Anita Méndez, en nada enfriadas, tampoco, por su entusiasmo actual hacia la forastera Elisa Govea.

Por el tiempo en que Ribera pensaba trasladarse a Caracas, su enredo con la Méndez contaba más de catorce años. La muchacha le había salido buena y era, además, toda una hembra, capaz de satisfacer los reclamos del más urgido varón. Al principio, la madre de Anita –peona de la hacienda de don Luis Saldaña– lloró y maldijo a la hija y al seductor. Más tarde, el enojo fue cediendo y la vieja se pasó a vivir en la casita que, en la subida de la Cruz Verde, Ribera montó a la querida. Primero nació uno, después vino otro, por último un tercero. Tres eran los muchachos que en Anita tenía Alfonso Ribera. Cuando Luis, el mayor, cumplió doce años, Alfonso lo llevó de peón a la hacienda paterna. Era el "ahijado" y, consiguientemente, lo miraba la familia de Alfonso con ojos tolerantes, piadosos, protectores. Alfonso Ribera había leído en alguna oportunidad unos apuntes que su abuelo don Gaspar escribió acerca del mejor régimen para el gobierno y provecho de las haciendas. El viejo Ribera era experto en tierras, sementales y semillas. Conocía el secreto de la poda del cafeto y el régimen de sombra y riego que mejor aprovecha a las bellotas. Buenas reglas tenía anotadas sobre el tiempo y la manera de encelar a los padrotes, a fin de que las yeguas parieran buenas mulas. Minuciosos detalles había recogido el abuelo

Gaspar sobre el mejor provecho de las laderas para la siembra de la yuca, del maíz y de las piñas. Entre tanta sabiduría agrícola, el viejo –crecido cuando aún en Venezuela regía el sistema de la esclavitud legal– anotaba con extraordinaria sencillez el siguiente consejo: "Es muy de desearse que los dueños de haciendas tengan, también, algunos hijos naturales, para hacer de ellos fieles mayordomos". El apunte del viejo Ribera no levantaba sonrojo alguno en sus honorables descendientes. Era un sistema cómodo y provechoso, que servía tanto a los fines de la economía agrícola cuanto a la satisfacción de las urgencias sexuales. No sólo miraba a estos reclamos la conducta de Alfonso Ribera. La sociedad concubinaria no debía ser una carga simple, que pesara sobre su negocio mercantil. Para que el gasto fuese menor, del comercio de "La Primavera" Anita Méndez recibía harina suficiente y suficiente panela para amasar y hacer dulces. Los muchachos vendían las melcochas, las cocadas y los panes, y mensualmente eran liquidadas las utilidades, para reintegrarse Ribera el valor de la materia prima.

La subfamilia bastarda obedecía a una realidad angustiosa de incultura e indefensión social. La muchacha de hacienda se sabía peona para lo que saliera: durante el día, la escardilla, la recolecta del café, la limpia del conuco; en la noche, la visita del patrón o del hijo de éste, que a gatas llegaba hasta el camastro donde ella se echaba a descansar. Peona de día y peona de noche. Criatura sin libertad y sin escape, a quien no se le concedía derecho para hacer menos rigurosa la tarea del día, ya quien no se reconocía durante la noche derecho, tampoco, para resistir en defensa de aquello de que nadie, según palabras de Sancho, podría despojar a una mujer si ésta se dispusiese a defenderlo. La muchacha de campo se sentía, en cambio, fatalmente unida al apetito del señor de la tierra. Sus padres y sus abuelos habían trabajado resignadamente sobre el pedazo de tierra, al cual estaban tan ligados como el rebaño, como la piara o como la colmena. Era la norma impuesta por una servidumbre, si bien no sancionada en cuerpo de legislación alguna, empero con vigencia poderosa en el área de una sociedad tolerante, a la par de la insolencia del poderoso como de la humillación de los pequeños.

Con estribadera en este sistema erótico-económico, se movían las relaciones de Alfonso Ribera y Anita Méndez. Como Ribera era persona

de timbre en el alto mundo social merideño, su comercio concubinario era nocturno. Tal vez esta circunstancia era todavía un resto de pudor frente a las fórmulas sociales. El señor no se ocupaba durante el día en su casa postiza. El vivía en el hogar paterno. Ahí tenía su recibimiento general y ahí hacía sus tiempos de alimento. El dormir fuera, se explicaba como necesidad de vigilar el negocio. No era el concubinato abierto de quienes sin bendiciones se unen totalmente a una mujer libre. Este simulacro de matrimonio obedece a otro tipo de realidad. El concubinato vergonzante de Anita Méndez constituye una manera muy corriente de vivir la mujer común en nuestros pueblos. Se trata de una entrega simple, total, humillada, en la cual la mujer carece de todo derecho, a no ser el derecho que el Código Civil ha venido a reconocerle desde 1942, al considerarla miembro de una sociedad de hecho con el concubino enriquecido.

De estos hogares construidos sin piedad ni reflexión, salen al mundo hombres y mujeres, tarados por más de una circunstancia dolorosa. Si en el orden social funciona el matrimonio como sistema legal de vida, las personas que se saben provenientes de una relación distinta, han de sentir fatalmente el impacto de una falta, poderosa para convertirse en resentimiento torcedor. A la hora en que el bastardo, el adulterino, el sacrílego o el mancer se coloca en actitud hostil frente a los otros términos de la sociedad, revive inconsciente y fríamente la vindicta fatal, con la cual se confundía la justicia en el orden de la tragedia antigua. Cuando los Códigos modernos buscan de nivelar con el de los legítimos el derecho de los hijos naturales, no hacen sino dejarse llevar por un justo movimiento de reparación en el orden ayer quebrantado por padres irreflexivos. Tuvieron aquellos hijos derecho a haber nacido dentro del sistema que consigna el ordenamiento social. Si nacieron fuera, culpa no fue de ellos, sino de genitores a quienes en sana equidad las leyes deben obligar a reparar el daño hecho a la prole ilegítima.

En cambio, Alfonso Ribera y todos aquellos que vivían en iguales circunstancias, no pensaban de tal modo. Para ellos, el hecho de engendrar hijos constituía una mera función fisiológica y un heroico testimonio de hombradía. Claro que Alfonso Ribera sentía afecto hacia los tres muchachos de Anita Méndez. Eran, en realidad, sus hijos, y en

ellos, así fuera de modo irregular, veía una prolongación de su estirpe y de su nombre. Sin medir el valor social y jurídico del uso por los hijos del apellido, Alfonso Ribera hacía la vista gorda ante el apelativo Riberita que en el vecindario de la Cruz Verde daban a los hijos de Anita Méndez. Inconscientemente funcionaba en él un valor de ostentación viril, como si aquella atribución estuviese proclamando su virtualidad física de varón. Padre en la plenitud del significado material del hecho, no se sentía, en cambio, moralmente obligado con las indefensas criaturas que debíanle la luz de la existencia. El los había engendrado, pero, en último análisis, eran para él simplemente los hijos de Anita Méndez.

II

Cuando Alfonso Ribera recibió la última carta en que sus padres repetían instantemente la recomendación de liquidar el negocio comercial e irse a Caracas, luchó noche y día consigo mismo antes de resolverse a dejar la ciudad nativa. La voz paterna estaba realmente inspirada en una sana preocupación por el hijo, de quien habían llegado noticias a Caracas de que intentaba en serio contraer matrimonio con una de las hijas de Baltasar Govea, telegrafista maracaibero, recién instalado en Mérida y de cuyo hogar trashumante no se hablaba con el debido comedimiento. Hasta ahora no habían ganado fuerzas las sucesivas tentativas matrimoniales de Ribera con Luisa Carrasquero, Lucía Tapia y Hortensia Casas. Muchachas discretas, confiaron su éxito a la modestia y al recato con que habían sido educadas en sus severos y tradicionalistas hogares. Elisa Govea era otra clase de mujer. Alegre, chispeante, resuelta, fresca como una madrugada, al atractivo de sus opulentas formas, a la luz quemante de sus grandes ojos verdosos y a la voluptuosa sonrisa de sus labios húmedos y carnosos, agregaba la insinuación y la desenvoltura del trato. En su carne morena se adivinaba el calor de la "tierra del sol amada". Ante ella, fácil fue que se rindiera la voluntad solteril de Alfonso Ribera. No bien mirada por la exclusiva sociedad merideña, la familia Govea fue blanco de aleves comentarios que, lejos de sosegar la pasión de Alfonso, lo empujaron a hacer más notoria su inclinación hacia la bella y seductora Elisa.

En cambio, las noticias de un posible matrimonio de Alfonso con muchacha motejada de maneras alegres, inquietó gravemente a sus padres, y sin que aquél advirtiese por nada la causa de la insistente invitación a liquidar el comercio y a trasladarse a Caracas, los viejos Riberas ganaron, al fin, la batalla de convencer al hijo díscolo.

En puridad de verdad, ninguna objeción seria podía hacerse a la conducta de la señorita Govea. Claro que la educación y las maneras de ésta, la diferenciaban un tanto del modo rígido y por demás discreto en que eran educadas las damas del señorío merideño. Mientras las Govea, hechas a un medio más desenvuelto y más desvestido de prejuicios, frecuentaban la Plaza Bolívar en compañía de jóvenes alegres, las damas de Mérida se veían privadas de libertad, aun para recibir en sus propias ventanas el saludo de los amigos. Duraban en el campo de las costumbres sociales las prácticas antañonas, de cuando las actuales abuelas abrieron los ojos a la luz. Justo en los días en que se comentaba la presunta *sans façon* de las Govea, corría en boca de beatas y de gente pacata el áspero comentario que se hacía del irrespeto que un joven estudiante había irrogado a la familia Rodríguez, cuando desde la acera pública y a eso de las nueve de la noche, se atrevió a dirigir la palabra a una de las niñas puestas al balcón.

Para una sociedad donde adquirían proporciones de escándalo bagatelas como ésta, era inaceptable la manera desenvuelta y alegre de las Goveas. Bien podían ellas ajustar sus ideas a los más severos principios de moral; poco, en cambio, les valía ante el reclamo del convencionalismo tradicional. Por tanto, no se sabe si hubo mayor prontitud en el enamoramiento de Alfonso que en el aviso que sus puntillosas tías dieron a los viejos Riberas. Discretos y listos, por nada se hicieron los informados don Vicente y doña Teresa. Conocían el genio impetuoso y altivo del hijo por donde optaron otro tipo de razones.

Desde hacía varios años la posición política del viejo Ribera había logrado una firme consolidación. Sus influencias en el ánimo del General Juan Vicente Gómez, eran cada vez mayores y su voz, en consecuencia, se hacía sentir cerca del Presidente Provisional y de los Ministros. Carta tras carta, ya del padre, ya de la madre, recibía Alfonso. Las reflexiones de los Riberas eran justas y certeras. El hijo no debía desperdiciar la magnífica posición que aquellos gozaban en la capital. A él lo ataba sólo un negocio comercial, de fácil liquidación. Las tierras quedarían en arriendo o bajo la administración de alguno de los parientes inmediatos. En cambio, en Caracas lo esperaba un porvenir risueño, a la par que la complacencia de ir a gozar los privilegios, las facilidades y las atenciones que rodeaban a los padres afortunados.

Hasta aquí el planteamiento de los viejos Riberas. Lo otro, lo resolvería él según su leal saber y de acuerdo con su inclinación entusiasta hacia Elisa Govea. ¿No estaban, acaso, entendidos los dos? Pues bien, se iría a Caracas y de allá volvería, con la complacencia paterna, a celebrar sus bodas con aquella que se había hecho dueña de su destino.

III

Compadre Carlos, vengo a venderle mi negocio –fueron las palabras explosivas con que Alfonso Ribera saludó a su íntimo amigo Carlos Trejo, cuando éste acababa apenas de asomarse a la puerta de su negocio mercantil de la Plaza de Milla.

Viejos compañeros, mantenían una entrañable amistad desde las bancas de la escuela primaria. Esforzado trabajador, Carlos Trejo se había venido abriendo camino a punta de honradez y de laboriosidad. De origen pobre, no tuvo para comenzar el apoyo crediticio de que gozó Ribera. Sin embargo, había suplido las influencias extrañas con una dedicación extraordinaria al trabajo y con una habilidad en el arte de ganarse una excelente marchantía.

–¿Y cuándo tomó esa resolución, compadre? –le interrogó Trejo.

–Anoche y definitivamente. Ya tengo concluidos los inventarios y, como quiero hacer con usted un negocio de hermanos, vengo a ofrecerle el establecimiento por ochenta mil bolívares; en créditos saneados hay más de cincuenta mil, y el punto, no se diga.

Carlos Trejo no tenía la cabeza bien despejada como para dar una respuesta precisa al amigo, que al improviso le proponía un negocio de verdadera cuantía. El estaba en buenas condiciones económicas y sabía el precio del punto de "La Primavera". Además de esto, entre él y Alfonso Ribera había una estrecha relación de negocios por donde le era fácil conocer el verdadero estado del fondo de comercio.

–Entre usted y yo, compadre –respondió Trejo– los negocios son más de amistad que de ganancia. Le agradezco la oferta y déjeme el día para totumear las posibilidades del pago.

–Me paga cuando le dé la gana, compadre –agregó Alfonso Ribera–. Necesito poco dinero para el viaje, pues de paso por Maracaibo recogeré una suma que tengo en la casa Blohm. Piense todo el día y no le diga a nadie mi viaje, que apenas lo sabe usted.

–Así será, compadre. Ahora nos tomaremos un cafecito, y le damos un rato a la sin hueso –agregó sonriendo Trejo–. ¡Tomás –gritó hacia adentro– traete dos pocillos de café, bien tinto!

Tomaron los amigos sendas silletas de cuero y las recostaron a la puerta del establecimiento, en espera de la entonadora bebida. La Plaza de Milla lucía una tupida neblina, que dificultaba precisas el rostro de las personas que transitaban por la acera del frente. Entre los árboles se escurría la sombra de las beatas mañaneras, que caminaban de prisa a la Misa del Padre Caputti. Era la hora en que la ciudad se echaba al trabajo cuotidiano y así hubiese frío y fuese así mucho el reclamo de las sábanas, la gente madrugaba al oficio. Del Valle Arriba bajaban los campesinos con los burros cargados de verdura y de leche. Bajaban, también, las acémilas con los verdegueantes haces de pasto para el alimento de las bestias de silla de los señores. Los muchachos caminaban presurosos a la escuela. Lentamente pasaban los viejos del vecindario. Es algo maravilloso el madrugar de los viejos pueblerinos. Parece que les acuciara ver el sol y la calle y los picos de los montes antes de que el día haya empezado a moverse.

–Buenos días, don Carlos; está fría la mañana –decía el primer anciano que pasaba.

–Buenos se los dé Dios, don Nicomedes –agregaba Carlos, mientras el viejo seguía silencioso su camino.

–Buenos días, don Carlos; el sol parece hoy perezoso –saludaba don Cándido.

–Sí señor, don Cándido, el sol no tiene ganas de salir –respondía Carlos Trejo.

Y tras de don Nicomedes y de don Cándido pasaron don Acisclo y don Aurelio y don Juan María, todos con saludos semejantes y a paso presuroso.

Luego, el indiecito Tomás presentaba el azafate con las humeantes y aromosas tazas de café, sorbidas de inmediato con entusiasta paladar por los dos amigos.

–¡Qué buen café, compadre! –exclamó Alfonso Ribera.

–Pues es de la casa, compadre. En el solar hay unas matas, que yo mismo recojo y dejo secar en bellota, para meterlo en el pilón a la hora de tostarlo. Esta mañana, muy temprano, fue la tostadura, y vea usted ¡qué café!

–Es algo divino, en realidad. Yo siempre he pensado que si el café estuviese destinado a ser bebido por gente de buen gusto, lo dejarían en parapara, para destilar este licor –agregó Ribera.

–Bueno, compadre –interrogó Trejo–, ¿y usted tiene ya arregladas todas sus otras cosas?

–Pues, verá –respondió Alfonso–. Ya yo soy hombre maduro y por más enamorado que esté, no dejo de comprender que desperdiciar las oportunidades que me ofrecen los viejos es tanto como resignarme a ser aquí un perpetuo comprador de café. Usted sabe que nada me gusta tanto como Mérida, pero el hecho de que yo liquide mi comercio, no quiere decir que me arranque definitivamente de la tierra. Yo volveré a hacer mi vida en esta tierra, porque, sépalo usted, compadre, lo de Caracas es una simple pasantía.

–Así dicen todos, compadre –agregó Trejo–. Se van resueltos a regresar al viejo patio, luego le toman allá gusto a la capital, y ojos que te vieron, paloma turca. Ojalá a usted le suene distinta la canción.

–Cada quién es hijo de su voluntad, compadre. Yo creo que conmigo no rece el cuento de los provincianos desarraigados. Verá usted cómo regresaré a la tierra y cómo aquí asentaré por siempre mi hogar y levantaré mis hijos.

–Así lo deseo de todo corazón, compadre, pues se va quedando uno solo en el pueblo.

Platicaron largo los amigos sobre las perspectivas del café al terminar la guera y sobre los buenos precios que alcanzaría el fruto al volver la paz a Europa. Hablaron de cosas locales y abordaron los temas que más inquietaban la momentosidad parroquiana, que, en verdad, eran pobres y monótonos. Por el momento, el mayor interés de las conversaciones merideñas recaía sobre el éxito asombroso de las misiones que habían desarrollado recientemente en la Catedral los jesuítas venidos de Colombia.

* * *

¿Cómo se produjo el hecho? Jesuítas o ex-jesuítas, lo cierto es que los dos sacerdotes ganaron fama de extraordinarios predicadores en la vecina república. A los pueblos del Táchira llegaron luego voces pregonantes del ardoroso poder de su palabra misionera. De la región fronteriza se pasaban a las ciudades colombianas numerosos fieles, atraídos por el verbo admonitorio de los religiosos. Pronto, en todos los pueblos tachirenses se produjo una curiosa inquietud por escuchar la cálida y explosiva palabra de los afamados apóstoles. Como se trataba de permitir la entrada en el país a dos clérigos extranjeros, la Curia de Mérida recabó permiso de las autoridades de Caracas. En la solicitud se habló de "dos misioneros". El negociado que en el Ministerio respectivo entendía de problemas eclesiásticos, agarró el rábano por las hojas y luego apareció en la "Gaceta Oficial" una resolución con estribadero en la Ley de Misiones, por la cual se autorizaban *misiones* en los estados de la Cordillera que formaban parte de la diócesis de Mérida. Nada menos que asimilar la región de Occidente al régimen especial establebido por la ley para la catequesis de los indígenas salvajes.

Después de un éxito extraordinario en los pueblos del Táchira y en las poblaciones occidentales de Mérida, llegaron a la ciudad episcopal los ponderados clérigos. Los preparativos hechos para su recepción lindaron con lo extraordinario. Los fieles y los curiosos los recibieron con el mismo delirante entusiasmo con que pudieron ser recibidos San Bernardo o Pedro el Ermitaño, cuando predicaban la Cruzada. Las misiones, presididas por el Obispo y el Capítulo, tuvieron lugar en las anchas naves de la Catedral. Los fieles rebasaban las posibilidades del vasto templo y llenaban las plazoletas del Perdón y la calle que separaba al templo de la vecina Plaza Bolívar.

A las cinco de la mañana comenzaba, con las misas y las prédicas, el bullicio de concurrentes. De los barrios, de las aldeas, de los caseríos y de los pueblos vecinos acudía la gente con un enfervorizado deseo de oír la palabra de los enviados del Señor. Mérida presentaba un aspecto inusitado de ciudad en agonía. El contagio de fervor y de miedo hizo presa en el ánimo de la población entera. "¿Ya te confesaste?", era la pregunta que andaba de boca en boca. "¿Ya te casaste?", se interrogaban entre sí los públicos concubinos. En tal forma fue predicada la necesidad de regularizar las costumbres y fueron tales la amenaza de condenación y el patetismo con que los clérigos pintaban el fuego del Infierno, que la gente fue tomada de una singular locura. Un pobre muchacho que oyó ponderar cómo sufrirían las llamas infernales quienes no estuvieran casados, salió del templo a celebrar matrimonio con la primera prostituta con quien logró topar. Un infortunado barbero, cuya mujer lo había abandonado por otros hombres, se sintió obligado a perdonar a la esposa, quien luego regresó al hogar, para transmitirle una galopante avariosis, que lo llevó rápidamente a la tumba. Un fervor espantoso e inenarrable se apoderó de la conciencia de grandes y de pequeños, de jóvenes y de ancianos, de hombres y de mujeres. Cinco, seis, tal vez ocho personas huyeron el ánimo a aquella psicosis colectiva, con más explicación en el contagio de las masas que en la fuerza convincente de los oradores, en realidad, mediocres y teatrales.

La explosión de fanática religiosidad promovida por los sacerdotes colombianos, abarcó todo orden de actividades. Señoras de calidad y alta prez se abrían paso entre la nutrida multitud de pueblo, en demanda

de un auxilio metálico para los misioneros. "Una limosnita para las Santas Misiones", era la voz con que las damas reclamaban el óbolo generoso, que a la postre se convirtió en gruesas sumas de dinero. Estudiantes que aún la víspera practicaban la impiedad, doblaron la rodilla ante los pacientes confesores. Viejos curtidos de indiferencia, volvieron sobre el olvidado Ripalda, para reaprender los rezos comunes. Mas, del mismo modo como se levantó el fervor misionero, del mismo modo se apagó sin dejar fruto positivo entre el pueblo creyente. Todo fue un mero problema de impresionabilidad epidérmica, desvanecida al día siguiente de concluido el artificial proceso misional.

–¿Y usted se confesó, compadre? –preguntó Alfonso Ribera a Carlos Trejo.

–Pues, ¿qué le parece a usted? No pude resistir el empuje de la familia. Mi mujer y la vieja me armaron una tremolina y fui a donde el Padre Caputti. Además, usted sabe que yo acostumbro confesarme todos los años por Semana Santa. ¿Y usted, compadre?

–Yo me quedé afuera. Las viejas tías respetan mis caprichos y la tal Anita se arregló su problema fácilmente. Como yo nunca pierdo una, la mujer resolvió dejarme, dizque por estar ambos en pecado mortal. Yo no esperaba que los jesuítas me trajeran esta solución tan fácil.

–Hombre, ¿y después de tantos años? ¡Qué ocurrencias tienen las mujeres!... ¿Y los muchachos?

–Por lo pronto yo les daré algo para su diario y ella seguirá trabajando sus granjerías de dulces y amasijos. A lo mejor, como está bastante joven y es buena moza, se enredará con otro, cuando le pasen los escrúpulos, y así me libraré definitivamente de ella. Diga usted, compadre, ¿tengo o no tengo suerte completa?...

IV

Después de un minucioso examen de los inventarios, Carlos Trejo resolvió quedarse con el negocio "La Primavera". Firmó los compromisos del caso y entregó treinta mil bolívares en dinero contante a su amigo Alfonso Ribera. Para éste la operación resultaba brillante, puesto que la suma que restábale en poder del amigo era como si la tuviese en caja. Quedaba, en cambio, a Ribera por solucionar el problema de la novia, en quien el aviso del proyectado viaje del prometido había tenido una honda repercusión, pese a las promesas encendidas y apasionadas del enamorado Alfonso.

Hombre voluntarioso e independiente, Ribera no había hecho sino afirmarse en su pasión hacia Elisa Govea, cuando escuchó las críticas que a la muchacha hacían sus severas tías. No sólo por enamorado veía las cosas de distinta manera a como las miraba la gente de su familia. Entre él y sus tías había un mundo de por medio. Tal vez por el tipo de negocio en que se había levantado; acaso, también, por considerar el poco estímulo que recibió de sus propios padres cuando estuvo en edad de hacerse una carrera, lo cierto era que en Alfonso Ribera tenían menos resonancia los prejuicios que formaban la estructura social de Mérida. No se desdeñó jamás del cuadro exclusivista de su familia; mas, al impulso de su nueva pasión, llegó a considerar injustificado el aspérrimo sistema que regía entre los de su clase. Aquello de "gente de primera" y "gente de segunda" le vino a resultar un arbitrario modo de catalogar a las personas. Para Alfonso Ribera terminó por no funcionar, siquiera provisionalmente, eso de gente mejor y de gente peor, cuando la bondad y la maldad sólo derivan de la suerte de un apellido.

¿Por qué negar aprecio a tantas valiosas personas sin brillante cuna, que se habían ganado una posición distinguida en la comunidad? ¿Por qué fijar los cuadros sociales sobre el capricho de nombres bien o mal llevados por sus titulares? ¿Por qué dar mayor aprecio a las facilidades que ofrecía una posición económica que a la conducta observada por las personas? ¿Cuántas veces no se había preguntado Alfonso Ribera a sí mismo la razón de que en Mérida tuvieran voz, por el mero peso del apellido, sinvergüenzas como Faustino Casas, que apenas había sido hábil para alzarse con las tierras de sus parientes? Con sencilla lógica, Alfonso Ribera desarticulaba el difícil problema de la figuración social y se dejó llevar por un claro sentimiento de justicia. Así no lo hiciera por espontáneo movimiento anticlasista, en cambio, movido por su amor hacia Elisa, estuvo contra el arbitrario proceder de su empingorotada familia.

Si él hubiera sido persona observadora, habría comprobado sobre su propia experiencia personal cómo el mundo de los hombres se mueve por la voluntad más que por las ideas; habría llegado a saber, también, que los ojos de una mujer pueden desviar en un momento dado los más severos discursos de la mente. Las ideas de Alfonso, si bien abonadas por su trato continuo con la gente llana acercada al mostrador de su negocio, fueron influidas notablemente por su transitoria conducta de enamorado, a quien dolía ver a la novia desdeñada en nombre de absurdos prejuicios; y en razón, también, de esa mutación de juicios, se le vio patrocinar entusiastamente a buena gente forastera, en quien los viejos godos intentaban escudriñar los linajes, para poder avenirse a que fueran invitados a alguna de las raras fiestas que por entonces se celebraban en la ciudad. A Alfonso había terminado por sacarlo de quicio la ridícula investigación familiar a que eran sometidos los criollos procedentes de otras regiones del país, mientras se invitaba a toda carrera a cualquier alemancito que llegase a Maracaibo con su arreo de muestra. Ese absurdo exclusivismo, Alfonso llegó a comprenderlo como la causa fundamental de la conducta agresiva de tanta gente resentida, que se empeñaba por cobrar en cualquier forma a la llamada clase principal sus humos y estiramientos. Por un proceso curioso de reflujo, la actitud vengativa de quienes se sentían ofendidos por el menosprecio de la llamada "gente de primera", llegaba a ser compartida por más de un

tipo socialmente incrustrado en los grupos altos, quien, sin advertir el origen de las críticas y de las murmuraciones, terminaba por participar en el cuadro de aquellos que se constituían en voces encargadas de pregonar las deficiencias y los errores de la buena sociedad.

El profundo conocimiento que Alfonso Ribera tenía de las peculiaridades de su propia gente, lo mantenía en guardia contra el proceder de los gratuitos enemigos de la familia Govea. A él se le daba un bledo el que su novia fuera motejada por la alegría, franqueza y soltura de su trato. A sus tías no les parecía de tono que las Govea salieran a dar vueltas por la tarde en la Plaza Bolívar.

–¿Pero qué diablos de malo tiene que ellas hagan en Mérida lo que están acostumbradas a hacer naturalmente en Maracaibo? –preguntaba Alfonso a su tía Praxedes.

–La gente debe respetar las costumbres de los pueblos adonde fuere –respondía con solemnidad de maestra de escuela la vieja tía Praxedes.

–Eso es tonto, mi querida tía. Yo le daría a usted toda razón si me presentase el más pequeño testimonio de una incorrección en la conducta de Elisa. Yo la he tratado muy a fondo y estoy convencido de que es la mujer que me conviene para esposa. El caso lo tengo definitivamente resuelto y mañana pienso pedirla.

–¿Y ya escribiste a tu papá y a tu mamá la resolución que has tomado? –preguntó con forzada naturalidad doña Praxedes.

–Se los diré personalmente el mes que viene, cuando llegue a Caracas. Mañana, en la tarde, vendré con Elisa a visitar a usted y a la tía Asunción.

–Será mucho placer para nosotras, puesto que en el fondo no tenemos sino reparos muy pequeños para tu novia. Además, ella ha de ser mañana tu mujer y hemos de empezar a quererla como miembro de la familia.

Pese a la malicia que lo distinguía, Alfonso no llegaba a trascender la verdadera posición de las tías, ni menos la labor de zapa que habían avanzado en el ánimo de sus distantes padres. Como éstos doña Praxedes y doña Asunción conocían el carácter violento y autoritario del fogoso galán. Igualmente sabían que una abierta oposición, lejos de llevarlo a desistir del proyectado matrimonio, lo empujaría a efectuarlo con mayor celeridad. Callaban por prudencia ante el sobrino y disimulaban hábilmente con las amistades, mientras para Caracas menudeaban las cartas enderezadas a que los viejos Riberas presionasen en el ánimo de Alfonso, hasta convencerlo de la conveniencia de irse a vivir en la capital, donde lo esperaban pingües negocios a la sombra benéfica de las influencias del padre.

Cuando Alfonso hablaba con las tías en el recibo del primer corredor, llegaron de la calle, con sus caras de pascua florida, las primas Braulia y Margarita. Las dos hermanas eran huérfanas de padre y en ambas viejas habían visto dos madres generosas. Cualquiera que ignorase las líneas familiares, se sentía movido a duda al querer determinar cuál de las dos severas, altivas y finas viejas era la madre de las niñas.

Braulia frisaba con los treinta años. Era una bella mujer, de poca estatura y un si era o no gorda, pero cuyo dulce rostro evocaba las alegres figuras de Rubens. Suave, discreta, inteligente, Braulia era festejada por su bondad, su dulce trato, su palabra oportuna y reposada. Margarita, la menor, apenas llegaba a la veintena. Ganaba en porte a la hermana y, también, en atractivos. De formas espléndidas, era desde los pies hasta los hombros de una perfección estatuaria. Torneadas las maravillosas pantorrillas, ancha y victoriosa la cadera, cimbreante el talle, saltarines los agresivos senos, formaban apenas el pedestal donde lucía un rostro, que era discreta expresión de simpatía y de belleza. Breve y festiva, la sonrisa daba meliflua suavidad a la altivez del fino labio; como diseñadas por el pincel de Apeles, las cejas eran suerte de arcos triunfales para decorar la luminaria de los grandes, dulces, profundos ojos castaños; cual si luciera discreta toca, el óvalo del rostro hacía pensar en la imagen de vírgenes silenciosas que hubieran consagrado a Dios el tesoro de su pureza. Y si Margarita era bella y sugestiva al simple examen de las formas estéticas, cómo crecía su atractivo cuando se la veía pasar gastando el repique de su cadencioso paso de gacela.

–Vimos a Elisa en la Iglesia del Espejo –dijo Margarita con alegre sonrisa al primo adelantado a saludarla–. Está felicísima por la petición de mano y dijo que mañana venía a visitarnos.

–A ti no será, sino a las viejas –respondió Alfonso con risa de burla cariñosa.

–A quien sea, pues; pero estará con nosotras mañana –agregó Margarita, en el mismo tono de cariño y de broma.

–Supe que te están preparando un paseo de despedida-dijo Braulia–. ¿Dónde es, por fin?

–No me han dicho todavía a ciencia cierta si es en "La Isla", en "La Pampa" o en "San Camilo", pero en cualquier sitio que sea, espero que ustedes irán con las viejas.

–Nosotras iremos con mucho gusto, si somos invitadas –dijo en tono grave doña Asunción.

–No faltaba más, querida tía –agregó el sobrino–. Si la fiesta es para mí, ¿cómo podrían festejarme sin atenderlas a ustedes?

–Así debe ser; pero ahora, muchacho, las cosas son como son. Los jóvenes han dado en decir que las viejas estorbamos y han acomodado a su gusto la urbanidad. Si hubieran ustedes conocido a la Mérida de nuestros tiempos. ¡Qué fiestas, qué saraos aquellos! Los señores se hacían sentir en señores y no había las vulgaridades de ahora.

–Usted exagera mucho, mita Asunta –interrumpió Margarita–. La cosa no es tampoco como usted la ve. No usarán hoy cubilete los señores ni crinolina las damas, pero creo que se guarda la debida compostura. Todo lo contrario. No hay derecho para que en Mérida duren costumbres reñidas con el progreso de otros pueblos. ¿Cree usted, mita Asunta, que ese celo, ese cuidado, esa vigilancia que tienen los mayores sobre el más mínimo paso de las niñas hable bien de la soledad? ¿Somos, acaso, de tan mala catadura para que se nos vigile la más corta pisada?

–Cállate, cállate niña. No sabes lo que dices; las madres tenemos que saber todo lo que hacen las hijas –agregó sentenciosa doña Asunción.

–Santo y bueno, mita; pero hay cosas que reclaman otro comportamiento y otra manera de pensar. ¿Qué ha hecho Josefita Rodríguez para que ustedes anoche la hayan dejado sin pellejo?

–¿Y te parece poco, so tonta? ¿Crees tú, acaso, que es poca cosa recibir una carta del novio en plena Iglesia?

–Sí, señora. Yo estaba precisamente en la Iglesia cuando ocurrió el caso. Josefita estaba arrodillada ante el altar de la Virgen y Marcelino Bastidas llegó discretamente hasta ella y le dejó el papel sobre el libro de rezos que tenía abierto entre las manos. Eso fue todo. Ni una palabra se dijeron. Ni siquiera una mirada se cruzaron. Pero, el Padre Montilla, que es un adulón de la familia Rodríguez, corrió con el cuento y exageró lo que no era nada. Si esa gente no fuera tan puntillosa y dejara que Josefita y el novio se tratasen regularmente, el mozo no recurriría al expediente de las cartas. A no ser, que por lo bonita que es, pretendan que Josefita se quede para angelito de entierro.

–No te metas a componer la sociedad ni a enmendar la plana a las Rodríguez. Ellas saben lo que hacen. Sus razones tendrán para no querer a ese ateo deslenguado y bigotudo, que más parece bicho que otra cosa –respondió la tía en tono inapelable.

Doña Praxedes, que había permanecido en apariencia indiferente ante el diálogo de la hermana y de la hija, pidió las cerillas a Alfonso y prendió un cigarrillo tomado del paquete que llevaba en el ancho bolsillo de la falda, crujiente y esponjada por la carga de almidón.

–No ve, mamá, eso no lo hacían las señoras cuando usted estaba joven. Fumar era cosa de hombres y seguramente las viejas de entonces hubieran criticado a las muchachas que se atreviesen a hacerlo –insinuó con voz cariñosa Braulia.

–Pues, ¿qué se creen ustedes? La mamá Candelaria fumaba hasta tabaco. Lo que entonces no se acostumbraba era el fumar las niñas. ¡Dios me libre de ver a alguna de ustedes con un cigarrillo en la boca!

–Tenga cuidado, tía, y no se queme –agregó entre risas Alfonso–; apostaría a que Margarita se echa su cigarrillo a escondidas.

–No seas lengua larga, pedazo de Diablo –le gritó la prima.

–Si no es pecado, tampoco. Si todas lo hacen. Otras cosas sé, que me callo por prudencia –agregó con aditamiento de agrestes carcajadas el alegre Alfonso.

Unos presurosos pasos de alpargatas en la escalera de entrada, avisaron la inminencia de algún mandadero. Doña Praxedes, doña Asunción, Braulia, Margarita y Alfonso volvieron la mirada hacia la parte del corredor donde aquella desembocaba.

–¡Ipa! –exclamó con bitonal sonsonete el muchacho de servicio que acababa de ganar el último peldaño de la escalera.

–Pasá, Nicolás –dijo Braulia al humilde conchabado– ¿Qué querés?

Sin quitarse el sombrerito de cogollo, el rapazuelo avanzó hacia el círculo de los señores, con un libro y un rollo de periódicos en la mano.

–Manda decir la niña Lola que ya acabó el libro y los periódicos, que muchas gracias y que le empresten los de Maracaibo quizque llegaron ayer y los cuentos coloraos de don Luis Rodríguez.

–Decile –respondió Braulia riéndose– que los periódicos no han llegado todavía y que los "Cuentos de Color" los tiene la niña María Teresa. Que muchos saludos.

–Mirá –interrumpió con áspera voz doña Praxedes– delante de los señores los sirvientes tienen que quitarse el sombrero con mucho respeto.

El muchacho bajó la cabeza y a pasos largos se fue sin decir palabra. En el pobre fluxecito de dril, salpicado de manchas de leche de cambure; en la franelita a rayas coloradas; en las valencianas, estropeadas y sucias,

tanto como en el rostro simple y en el cabello descuidado, acusaba el menosprecio y el desinterés con que los dueños de la casa veían crecer a los muchachos de servicio. Alternando entre el trabajo de la hacienda y los mandatos en la ciudad, se levantaban los peones, que formaban la substancia anónima del pueblo, llevaran así en las venas la propia sangre del indiferente patrón.

Entre risas y bromas siguió el parloteo familiar, hasta la hora de anunciar la criada que estaba servido el almuerzo.

Doce campanadas dejó caer el reloj de la cercana Catedral. Era la hora justa en que la familia Ribera solía sentarse a la mesa. La casa estaba despoblada de gente. ¡Cómo era de alegre el comedor de los Riberas cuando la familia vivía toda en Mérida! Actualmente Alfonso fungía de jefe de familia, apenas compuesta de las dos tías viudas, hermanas de su madre, y de las guapísimas hijas de doña Praxedes, viuda de González.

Mientras sobre el blanco mantel humeaba el multisápido sancocho y ponían su nota festiva en el frutero las naranjas y zapotes, doña Praxedes de pies rezaba el *Ave María* y pedía la bendición del Señor para la mesa. La conversación, pese a la alegría de las niñas y al buen espíritu de Alfonso, no dejó de discurrir bajo cierta tonalidad entristecida. Las viejas tías veían cómo se acercaba la hora de partirse de la ciudad el sobrino que hacía de jefe de familia. Luego, vendría a acompañarlas el primo José Antonio, que andaba por la Tierra Llana; pero, así fuera cariñoso y puntual, no era el suyo comparable al carácter solícito y generoso de Alfonso. Aunque el tema de viaje no se trató en la mesa, las tías y las dos muchachas parecía que se entendieran en silencio y que sintiesen cómo aquellos ratos de intimidad con Alfonso estaban al borde de concluirse.

Consumido el sancocho suculento, se hizo sentir el olorcillo apetitoso del cochino frito, acompañado de arroz blanco y de fritas de maduro, que reclamaron la alabanza y obligaron la repetición del entusiasta Alfonso.

Exquisito dulce de higo y humeante café, recién tostado, fueron el remate del almuerzo familiar, el cual, a ley de buena mesa, tenía que concluir con las azuladas espirales, alzadas de los cigarrillos de doña Praxedes, de doña Asunción y de Alfonso.

–Si tú quieres fumar, Margarita, ándate a la cocina– bromeó en cariñoso tono el festivo primo.

V

El anuncio y los preparativos de una fiesta de gente de la alta sociedad, constituía en aquel tiempo un suceso rodeado de múltiples detalles y circunstancias. Primero, formar el grupo directivo; después, hacer las invitaciones a las distintas familias, con sometimiento a cada una del nombre de los posibles invitados; más tarde, coordinar el escote que a las familias correspondía aportar: a las unas las hallacas o los pavos, a las otras el pan blanco, a aquellas las ensaladas, a éstos los postres, a las de más allá los sandwichs o abrebocas. La música, los licores y los refrescos los costeaban por cabeza los caballeros. Algunas señoras facilitaban la vajilla y los manteles, y para evitar riesgos y cuidados, sobre todo cuando el festejo era de mucha gente, se prefería tomar de alquiler en algún establecimiento mercantil los trastos del obsequio.

La fiesta quedó concertada para el domingo inmediato, en la hermosa finca "La Isla". La mañana amaneció aquel día luciendo todas las galas de la naturaleza merideña. A la salida de Misa, los grupos se fueron formando entre las familias vecinas, para encaminarse juntas a la parte alta de la ciudad. El trayecto se hacía a pie, mientras las damas de crecida edad subían en los escasos automóviles que por entonces había en la localidad. En la Plaza de Milla aguardaban los caballeros la llegada de las damas, para de ahí dirigirse juntos al delicioso sitio de la fiesta.

"La Isla" era una de las más placenteras residencias rurales que rodeaban a Mérida. Circundada de las mansas y dulces corrientes del Milla y del Albarregas, la vegetación lucía la más delirante exuberancia. Su temperatura era más fresca que la temperatura general de la ciudad, por ventilarla muy de cerca los aires tiernos y puros de los páramos de "La

Hechicera" ¡Qué milagro de flores eran los jardines de "La Isla"! Cómo, al lado de los claveles desafiantes, rastreaban sus morados intensos y su gualda encendido, los gigantes pensamientos; mientras, para desmentir su simbolismo humilde, las violetas forzaban el quitaluz modesto de las hojas y a ojos vista lucían la primorosa arquitectura de sus pétalos odorantes y suavísimos. Las dalias de simetría geométrica y las rosas de variadísimos colores, ponían la más viva fiesta en torno de los amplios corredores, que servían de espléndido mirador a la señorial mansión. Tupidos naranjos iluminaban el paisaje con sus áureas pomas, y muy cerca de la casa, casi confundidos con los rosales, que daban honda fragancia al aire, las matas de los altivos cafetos lucían las ensangrentadas bellotas, promisorias del embrujante licor sabeo. Esa confusión de los territorios destinados a las plantas de café y a las matas de rosas, era símbolo de la concomitancia existente entre la subida expresión de cultura correspondiente a la clase que disfrutaba el dominio de los instrumentos de producción y el propio campo generador de la riqueza, donde tenía estribadero aquella cultura. El señor no se desdeñaba del vínculo que lo unía con la tierra generosa. Como culminación de una verdadera comunidad rural, vivía cerca del mundo donde crecía y se afincaba su poder.

En la fresca y luminosa mañana, las muchachas alegres y hermosas aparecían en la plenitud de la más radiante belleza. Cuando las familias comenzaron a llegar a "La Isla", estaban ya reunidos los principales promotores del festejo. La orquesta, como para tomar fuerza, empezaba a puntear cadenciosos valses, acompasadas polkas y alegres vibrantes pasodobles. El *fox trot* y el *one step* no habían hecho aún su entrada en la Mérida solemne y timorata del primer cuarto de siglo. En su lugar, algún caballero de fines del Ochocientos pedía con voz solemne una mazurka o una contradanza, en la cual era acompañado por más de una pareja de jóvenes, que se ufanaban de haber aprendido con las madres, hoy coronadas de nieve, el paso bailable que alegró las horas lejanas de su esplendorosa juventud.

–Buenos días, doña Josefa.

–¿Qué tal, Anita?

–Buenos días, don José. ¡Qué gusto verlo!

–¿Cómo está hoy, doña Antonia? Cuánto placer nos da el que haya resuelto al fin venir.

–¿Y tú, qué tal, Margot?

–¡Qué bien, qué bien está este cuadro de muchachas!

–Válgame Dios, no hacer estas reuniones con mayor frecuencia.

Como en el asedio de una plaza, se escuchaba el disparo continuo de las frases amables, insinuantes y regocijadas de las gentes saludándose las unas a las otras. Las niñas se tomaban de la mano, para entrarse discretamente al peinador, donde ponían mano al arreglo del cabello y al renuevo de los polvos ¡Con qué orgullo las muchachas de Mérida alardeaban de no usar colores de artificio! En los lugares no favorecidos por el clima, las muchachas buscaban dar tono sanguíneo a los pálidos labios y mejillas; mas, en la mayoría duraba el repudio al colorete, por considerársele confinado a las damas de teatro y a las mozas del partido. En aquel tiempo de amarillentos rostros, las mujeres de tierra fría mostraban la singularidad del rosa delicioso de las tersas mejillas, y las de Mérida, de afamada y tradicional belleza, agregaban a los dones naturales, la gracia de sus finas y tímidas maneras y la elegancia y la riqueza de los trajes. Pastoras para un cuadro de Watteau, el maravilloso conjunto de muchachas reunidas aquella mañana deliciosa, sacaba de quicio al más apático. Fuera así mucha la belleza de las nativas, era de justicia, sin embargo el gusto de Alfonso, y cuando éste apareció acompañado de la novia, de la madre y las hermanas de ésta y de sus primas, Braulia y Margarita, entusiastas aplausos saludaron la llegada del homenajeado. Las damas se acercaron para cumplimentar a Elisa y su familia, mientras los amigos abrazaban cariñosamente al regocijado Ribera. Luego, el obsequio a base de cerveza y de kola champaña, con discreto ofrecimiento de brandy para los caballeros y de amorcito para las señoras. No era éste ninguna suerte de vino, sino suave mistela, con esencia de rosas, que sabía, en cambio, enredarse entre pecho y espalda, como travieso duendecillo. De fondo al alegre y elegante conjunto, las notas desmayadas y románticas de un vals quejumbroso del Maestro Juan de Dios Moreno.

Concluída la primera pieza, se formaron los grupos del caso. En las muelles mecedoras de los rincones hicieron cabildo las señoras y empezaron a tejer la tela festiva de su plática. En los jardines tomaron sitio las personas mayores, mientras en el barandal de los anchos corredores y entre las macetas donde los helechos lucían la desesperante simetría descendente de sus palmas, las distintas parejas iniciaron la anhelada charla. Para los enamorados, aquellas reuniones tenían un valor extraordinario. El hermetismo reinante en la sociedad de Mérida, negaba a las parejas enamoradas oportunidad de verse y conocerse, mucho más si se trataba de jóvenes forasteros, como ocurría con los estudiantes que frecuentaban las lánguidas aulas de la Universidad, y quienes tenían para las muchachas del lugar el misterioso atractivo de ser nuevos en el ambiente lugareño.

Elisa Govea lucía aquella mañana de una manera maravillosa. Sus ojos verdosos, profundos y brillantes diríase que no le cabían en el primor del rostro, mientras los labios húmedos y altaneros, parecía que se esforzasen en guardar el secreto de palabras cargadas de futuro. Agil y leve, pese a las formas triunfales, giraba en brazos del prometido con la satisfacción de quien saboreaba la inmediatez de la victoria. Para hacer contraste con sus extraordinarios atractivos naturales, había resuelto vestir un sencillo traje de piqué blanco, cuya nitidez cortaba un gran lazo de cinta fresa, graciosamente hecho a la espalda. Alfonso no disimulaba el regocijo y del brazo de la prometida se acercaba a los distintos grupos, para saludar y platicar, en tono de despedida con los amigos que en breve dejaría. Tal vez intuyendo la largura de la ausencia y como para despedirse de sus costumbres regionales, en dicho día Ribera había dejado a un lado el paltó y la corbata, para vestir a tono con el marco campestre de la fiesta. Aquella mañana andaba metido en la blusa de paño azul, que acostumbraba para pasear a caballo. El liquiliqui ligero de las tierras llanas gana cierto tono de gravedad al ser confeccionado en paño. Era el traje fácil del hombre que alternaba entre la hacienda y el campamento. Cuando Venezuela fue un verdadero país de guerreros, los caciques surgían del medio rural. Paéz, Monagas, Zamora, Crespo, Gómez, fueron a la par hombres de azada y de machete. El pequeño cacique entreveraba el trabajo rústico con el campo de batalla. A este tipo de hombre, mitad bravo guerrero y mitad agricultor pacífico,

correspondía un indumento como el liquiliqui, cuya esencia tanto es una guerrera militar como una blusa de jornalero. La recia contextura de Alfonso Ribera, la altanería de su porte y la dureza que al rostro le transmitían los negros y largos bigotes, se conjugaban con el severo atuendo, para presentarlo en agresiva apariencia de potencial caudillo.

A la hora de servirse el almuerzo, el entusiasmo había alcanzado altos puntos. Aún los señores más graves ya reían con risa suelta y ancha. Discretamente don Antonio, don Juan, don Gonzalo, don José, don Arístides, don Pancho, don Diego, habían dado al pecho sus golpecitos de brandy y habían aflojado la rienda a la lengua festiva. Un poco distantes del estrado de las damas, alegremente sentados sobre la verde grama, no esquivaban referir, aún delante de la gente moza, lejanas aventuras de tiempos juveniles.

–¿Cómo fue aquella invitación a "faire tenébres", que sin estar en ninguna abadía, hizo usted a cierta chica en Caracas? –preguntaba don Diego entre risas maliciosas al atildado, grave y modoso don Gonzalo.

–Nada, nada mi querido don Diego. Deje usted de repetir esos infundios del amigo don Miguel, siempre dispuesto a imaginar aventuras donde no las hay. Mis cosas son a la luz radiante, queridísimo don Diego. A la luz radiante, sépalo usted, mi noble amigo.

–Eso es mucho más grave, don Gonzalo. Eso es casi un escándalo –agregó, con rúbrica de estrepitosa carcajada, el festivo don Diego, mientras don Antonio, don Juan, don Miguel, don José, don Manuel y don Rafael soltaban todas las válvulas de la risa.

Para volver la gravedad a los alegres señores, fue preciso que se oyeran las voces amables, persuasivas y autorizadas de doña Josefa, de doña Herminia, de doña Margarita, de doña Luisa, de doña Elena, que llamaban alegremente a acercarse al comedor, donde doña Angela, doña Teresa, doña Anita y doña Isabel ya habían comenzado a distribuir los platos apetitosos, en los cuales, sobre la brillante hoja, lucía la multisápida hallaca.

–Acérquense ustedes, vengan Alfonso y Elisa; les espera la hallaca mejor –llamaba en alta voz, dirigiéndose a los flamantes prometidos, la alegre doña Rosario.

Sin olvidarse de los galanes respectivos, las niñas ayudaban al reparto del pan fragante y de las oportunas servilletas.

–Usted, Santiago, acérquese para servirle –dijo con dulce voz al amigo alegre y respetable la sin par Alicia.

Santiago Arráez era el lazo de unión entre los graves señores casados y los jóvenes solteros. Santiago era un viudo alegre, en trance de proponer. Agradable y bondadoso, siempre tenía a flor de labios una palabra lisonjera para las damas que, bien sabidas de la natural galantería del caballero, se extremaban en atenderlo. Cuando Arráez oyó el amable llamado de Alicia, se acercó premuroso y, con rostro sonriente, le citó aquello de

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

–Muchas gracias, bella Alicia.

–De nada, Santiago. ¿Cómo le está yendo de fiesta?

–Admirablemente bien. ¡Qué hermoso cuadro de huríes! ¿No le parece a usted?

–Sacándome a mí del cuadro, estaría bien. ¿Y qué tal si después del almuerzo nos recita algunos poemas?

–Sus palabras son órdenes para mí, mi linda amiga.

Era precisamente la debilidad de Arráez en las fiestas de sociedad. Pedirle que recitase era casi hacerle un cumplido, pues se sentía halagado en su pequeña e ingenua vanidad de declamador. Para el

efecto, tenía voz clara y engolada, a la cual unía una acción discreta y distinguida, que le daba lucimiento.

Después de la suculenta hallaca, la ensalada y el pavo.

–Doña Mercedes, me atrevería a jurar por las onces mil vírgenes que usted tiene parte en la confección de este dulce milagroso de pavo –decía a la grave dama el sibarita don Gonzalo.

–Si, don Gonzalo; ese pavo justamente fue guisado en casa. Es una vieja receta de mi madre –respondió muy satisfecha doña Mercedes.

–No me explico yo cómo en las ciudades no hay costumbre de grabar en letras de oro el nombre de las personas, que como usted, son capaces de dirigir el arreglo de una vianda de la calidad de este primoroso pavo, que nos permite pecar aún a los viejos alejados de los alegres y fáciles placeres de la vida –sentenció el estirado don Gonzalo.

–Dios me libre, don Gonzalo, de andar en letras, y mucho menos por artes que llamen al pecado –respondió sonreída doña Mercedes.

Con fina palabra doña Mercedes respondía al merecido elogio que de sus habilidades culinarias hacía el goloso de don Gonzalo. Ella, en realidad, se sentía muy ufana cuando escuchaba alabar los exquisitos platos que con tanta habilidad sazonaba. Las damas de su tiempo no tenían otro afán sino el afán hogareño. Si gustaban de doñas y señoríos, no olvidaban el modesto consejo de Teresa Panza: "la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa". El hogar constituía el teatro de lucimiento de las verdaderas matronas. Estirar los manteles para la invitación del amigo o del pariente, era la fiesta de mayor tono y más aprecio, cuando no habían aparecido los afanes y las alegrías de las "canastas" y de los cocteles, ni las damas se esforzaban por ganar premios en los clubs, ni pasaban las noches en festines de bailes y de piscinas. Las señoras se esmeraban, en cambio, por distinguirse en el arte de los asados, de las tortas, de las hallacas, de las sopas, de las galantinas, de los pavos, de las butifarras, de las ensaladas, de los encurtidos, del bienmesabe. Más que lucir un trofeo ganado en una justa de naipes o de tennis, las señoras

holgaban con el aderezo de sus viandas. De madre a hijas se transmitían, como valioso sacramentario, las recetas del lechón, del pavo con trufas, del pastel de hojaldre, de la sopa a la Reina, del jamón aplanchado. Para ellas las fiestas campestres resultaban a la postre una manera de concurso culinario. El escogimiento del escote quedaba, por eso, al gusto de las familias.

–Doña Paz tendrá a su cargo cincuenta hallacas y otras cincuenta doña Anita.

–No olviden que el fuerte de las Escámez es el pavo relleno.

–Ah, si doña Emma quisiera hacer unos enrollados de cochino.

–Vaya, que los haré; y el dulce de naranjón nadie lo prepara mejor que Herminia González –había agregado complacida la buena, amable, sonriente doña Emma Tablantes.

Concluído el suculento almuerzo, las señoras se arrellanaron en los cómodos mecedores, prendieron los señores los cigarrillos o los puros, mientras rehicieron sus respectivos grupos las parejas de enamorados. Se escuchaba apenas la risa y la conversación de las personas, pues los músculos habían dejado silenciosos los instrumentos, para despachar alegremente el apetitoso refrigerio. Una vez se hizo sentir más poderosa que las otras.

–Señores, ¡silencio, que va a recitarnos Santiago Arráez! –exclamó uno de los jóvenes.

–¡Magnífico!

–¡Estupendo!

Arráez tomó posición en medio de la ancha sala, apoyada la mano izquierda en el respaldo de la silleta de suela adornada de vistosos clavos de cobre y en cuyo respaldo el artesano había grabado al martillo las iniciales J. I. L.

–Voy a recitar para ustedes –dijo con voz estirada Santiago Arráez– la poesía "Amores y Amoríos", de los poetas españoles Joaquín y Serafín Alvarez Quintero. Empiezo

Era un jardín sonriente,
era una tranquila fuente
de cristal;
era a su borde asomada
una rosa inmaculada
de un rosal;
era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del vergel;
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro,
para él.

.....

Cuando el entusiasta declamador, con voz temblorosa y sollozante, llegó al final del poema, una cariñosa salva de aplausos llenó el amable recinto, mientras las muchachas le pedían nuevos poemas. Luego, Santiago recitó la "Sonatina", de Darío, y "Arias sentimentales", de Andrés Mata. Aquél era su momento estelar. La fiesta gravitaba sobre su voz estirada y sus estudiados ademanes. El era la fiesta.

Cuando el sol comenzaba a tramontar, empezó el regreso a la ciudad. Si la ida se había realizado en forma anárquica, el retorno tenía dignidad procesional. Los señores hacían compañía a las damas de edad. Los jóvenes daban el brazo a las muchachas. Como si se tratase de un cortejo matrimonial, la concurrencia enfilaba hacia la población, quedándose las familias a la altura de sus respectivas casas. En la Mérida apacible, soledosa y familiar de 1918 –¡una vida entera de por medio!– aquellos festejos tenían resonancia colectiva, como los matrimonios y los

bautizos en las pequeñas aldeas. Se divertía el señorío y el pueblo humilde, resignado y sufrido, veía desfilar, a la manera de extraño espectáculo, a la gente que, por sus influencias y dinero, se decía representante de las fuerzas vivas de la comunidad. Metidas en sus galas las hermosas y altivas damas, atildados y tiesos los señores, pasaban imponentes por las calles, no sin recibir el saludo cortés e indiferente de los grupos populares, que en las diversas esquinas forzaban a engañarse con el frustrado regocijo, en vano aguardado durante los seis largos, duros, hostiles días de trabajo semanal. Para el pueblo, como para Ladislao Javor, toda la semana era domingo sombrío...

VI

Cuando ya se acercaba la fecha fijada para ausentarse de Mérida, Alfonso Ribera se dedicó a despedirse tanto de sus numerosísimas relaciones de amistad como del propio paisaje natal. Por las tardes, hacía enjaezar su hermoso caballo rosillo, con la lujosa silla que había encargado a Chocontá, y salía en busca de Julio Gallegos o de Fabricio Pérez, para hacer juntos el recorrido desde Milla hasta La Punta, con frecuentes diversiones hacia Lourdes, La Otra Banda, Chama o el Vallecito.

Comenzaban a llegar automóviles a la ciudad, mas la gente no pensaba aún abandonar la airosa costumbre de pasear a caballo por las tardes. Los señores porfiaban en lucir finas y hermosas caballerías, como hoy los "nuevos ricos" se esmeran en poseer los más caprichosos modelos de automóvil. Caballos y mulas de gran lámina y buen paso se criaban entonces en diversas partes de la República, y a medida que el automóvil invadía las ciudades con acceso a las incipientes carreteras, las bestias finas se fueron confinando a las regiones sin tránsito rodado. Un señor que se estimaba poseía una buena bestia de montar, así no estuviese obligado a ello por el reclamo del trabajo agrícola o por la urgencia profesional. Las señoras poseían, también, buenas y mansas mulas para el continuo traslado a las cercanas haciendas. En los salones lucían la severa y bien entallada saya: durante la semana atendían la marcha del trapiche, la recolecta del café, el curso del desyerbo, la siembra de la huerta, el cuido del gallinero. Había un efectivo intercambio entre las actividades del gran mundo y la vida del campo. Poseer y trabajar tierras era título de distinción, ya que en dicha realidad descansaba el sistema sobre el cual asentaban los derechos del viejo señorío.

Ora en una, ora en otra esquina o casa de comercio, hacían posa los caballeros para entrar en plática con los amigos.

–Rufino, vengo a decirte adiós, pues me voy el lunes entrante para Caracas.

–¡Qué se va a hacer! Deseo que te vaya muy bien, aunque me gustaría que te volvieses pronto –agregaba Rufino Maldonado.

–Pues nada de raro tiene, porque creo muy difícil que me pueda arrancar a Mérida del corazón. Mi intención es volverme.

–Así dicen todos, Alfonso; así dicen todos, pero una vez que llegan a Caracas y le cogen gusto a la capital, ni se acuerdan de que son de acá y hasta reniegan de ser andinos.

–Te prometo que yo no haré lo mismo, mi querido Rufino.

–Ojalá y seas la excepción, pero soy más viejo que tú y he oído tantos cuentos.

Rufino, Gallegos y Alfonso habían tomado asiento a la puerta de la botica del primero, mientras las briosas bestias arrancaban la fina yerba del empedrado.

–Y espero que Alfonso nos dé el gusto de portarse consecuente con la tierra y que pronto venga a visitarnos. Tú eres muy pesimista, Rufino –intercedió Gallegos.

–No es pesimismo, chico; es historia. No hay peores enemigos de los andinos que los propios nativos de Los Andes.

–Según y como tú veas el caso, Rufino. En Caracas se nos junta en un mismo concepto para atacarnos; pero, eso de andino tiene muchas maneras de entenderse. Antes del 99, cuando hubo el Estado Los Andes, acá sufrimos todos por igual los desmanes de los hombres venidos del Centro a gobernar la región. ¡Que te cuenten de la gente de Vizcarrondo

y de Antonio Fernández! La población de la Cordillera sufrió mucho entonces. Pero si tú te pones a ver las cosas bien, quienes hicieron la revolución del 99 fueron oficiales tachirenses, que lograron burlar la débil resistencia que les opuso el gobierno de Andrade. El andinismo surgió con la "Libertadora". Castro fué luchado por la oligarquía, que vió nueva gente en el Poder y que se dió a desacreditar como grupo social a los andinos indiscriminadamente. Esto trajo que la gente de Trujillo y de Mérida cerrara filas con los tachirenses y derrotara a Matos en La Victoria. Pero no olvides tú que luego se volvió la torta y los tachirenses se declararon los únicos hombres capaces de mandar. Cuando están apurados, nos llaman a los demás andinos; pero cuando se trata de tomar el mandador, nadie puede discutirles el derecho. Esto ha tenido una nueva reacción antiandina, que estamos obligados a examinar con calma. Es preciso viajar, es necesario salir de las montañas para comprender estas menudencias, mi querido Rufino –terminó con reposada y persuasiva voz el discreto Julio Gallegos.

–Yo no te discuto eso, Julio –agregó Rufino–. Yo me refiero a otra cosa distinta de la política. Nosotros tres, como los trujillanos y como los tachirenses, somos andinos, porque nacimos en estos montes y me parece que al llegar a Caracas los que de acá se van a la política, no debieran olvidarse de su tierra y menos echárselas de abrillantaditos, haciéndose pasar por de otra parte, puesto que si nosotros no somos mejores que los otros, los demás no nos ganan en nada. A mí me calienta saber que Dominguito Angulo, porque ha hecho plata en Caracas, no conoce a sus viejos amigos de acá. Cuando estuvo Andrés mi hermano en la capital, ese carajo se le negó por teléfono. Eso es lo que yo quiero que no haga Alfonso.

–Bajú, compadre; eso no es conmigo –interrumpió Ribera–. Yo soy hombre bien nacido.

Luego divertieron hacia temas locales la conversación y tras un rato de promesas de amistad, Gallegos y Alfonso volaron de nuevo la pierna a las briosas cabalgaduras para proseguir el alegre paseo por las calles de la ciudad, a aquellas horas iluminadas por los suaves, tiernos, dorados rayos del sol crepuscular.

Cuando Alfonso Ribera y sus amigos tomaban de nuevo las riendas de las bestias, se adelantó Juan Chiva a saludarlo.

–Mi don Alfonso –díjole–, me han dado infórmenes de que se nos va de por acá. Mucho lo siento y le augurio de todo corazón muy buen viaje y harta suerte, y espero, también, que me deje un buen recuerdo para estar alegre.

Alfonso Ribera, sacando del portamonedas unos bolívares, se inclinó hasta dejarlos caer en la mano del curioso sujeto.

Juan Chiva era sin duda alguna el tipo popular de mayor ámbito entre la gente de Mérida. Juan Chiva era apenas un retazo de hombre. No bajaba hasta la negada estatura del enano, pero era un extremo indigente su tamaño. Juan Chiva carecía de oficio. A Juan Chiva le daban, unos la comida, otros el vestido, otros las monedas con que pagaba el frecuente riego de miche. Como al poeta rebelde y proscrito de Tristán Corbiére, servíale de abrigo la torre de la Catedral, entre cuyas sombras, el aletazo de los murciélagos se confundía seguramente con los endriagos soñados en su constante borrachera. Juan Chiva había sido sirviente del Seminario, y cargaba siempre en la boca unos deliciosos voquibles en latín macarrónico, con que asustaba a las beatas. ¡Cuántas veces Eudoxia, la modosa y santurrona Eudoxia, que servía de correo de brujas para la murmuración merideña, se persignaba al escuchar a Juan Chiva aquello de *Abrenuntio potestas diabolo ac influentias malévolas beatas plenas satanicum spiritus desacreditantibus religionem Christus!* Su paso por la portería del Seminario servía, además, de título a Juan Chiva para alternar con profesores y estudiantes, fueran así aquellos el propio Rector Carbonell, el fino y alegre Picón Lares –capaz de torear al propio Juan Chiva–, el atildado Bernal, el sencillo don Antonio Justo Silva, el bromista y buenazo doctor Uzcátegui o el mismísimo Padre Dubuc, liberal y entusiasta Rector del Seminario. "Ustedes –decía cuando andaba subido de palos– dudan de lo que yo he aprendido; pues sepan que tengo aquí metido nada menos que "El Mártir del Gólgota", y se golpeaba con los nudillos de los dedos la enorme cabeza. Amigo de los aliados, su tema favorito era la descripción, con práctica de carreras, voces de mando, imitación de clarines y tambores, de las batallas del

Marne y de Verdún. Petain era su ídolo, y estribillo, además, de su festivo discurso. Cuando vió en las manos las monedas que le regalaba Alfonso Ribera, Juan Chiva se quitó el sombrero, saludó a los presentes y se alejó gritando:

–¡Viva el Mariscal Petain!...

Desviados los paseantes de las calles principales, a poco atravesaron por Belén la solitaria y verde Plaza de los Piscos, cuyo abandono anunciaba la vecindad de los suburbios. Al dejar la esmeraldina alfombra de la plaza, dieron con el abandonado solarón donde estuvo en un tiempo establecido el Leprocomio.

A la puerta del corralón se hallaban sentados un viejo y una vieja. El rostro leonino de la mujer y la pustulosa cara del anciano acusaban el progreso funesto que el mal había logrado en sus cuerpos indefensos. Ellos y otros cuatro esperaban hacía más o menos tres meses la oportunidad de ser trasladados a la Isla de Providencia. Mientras tal cosa se realizaba, los infelices llevaban en aquella especie de pocilga vida más de bestias que de gente. La Policía les impedía echarse a la calle a recoger limosna; apenas de vez en cuando se acercaba a ellos una que otra persona caritativa para llevarles abrigos y vituallas, puesto que el real por cabeza con que los acudía el Municipio no alcanzaba para pagar el mandadero que iba a la pulpería vecina a comprarles el escaso alimento. Nadie cuidaba de aquellos seres desgraciados, llevados a la capital desde pueblos cercanos, donde la autoridad los recogió, en el empeño de defender del peligro de la lepra a la población.

Diez años antes, en el solarón hubo varias casas, donde eran atendidos pobremente los leprosos. Pero desde que vino orden de Caracas de que los enfermos de la Cordillera fueran trasladados a la Isla de Providencia, el viejo leprocomio quedó reducido al ruinoso cobertizo, donde se alojaban transitoriamente los pacientes, en espera de oportunidad para hacer el viaje a Maracaibo. En los tiempos en que funcionaba como servicio público el leprocomio local, Alfonso Ribera estuvo encargado del aprovisionamiento del hospicio. Empezaba por entonces Ribera a desarrollar su negocio mercantil y la buena palabra de su padre cerca de

las autoridades locales logró para él la preferencia en la concesión del servicio. Los enfermos entonces llegaban a pasar de ochenta y su manutención corría a cargo del Erario. Cincuenta o sesenta bolívares diarios percibía Alfonso Ribera para el avituallamiento de los leprosos, amén de lo que cobraba por la pobre vestimenta y el escaso abrigo que suministrábales. Fácil es imaginar lo que de "La Primavera" se enviaba para la dieta de los desgraciados leprosos: arvejas y frijoles picados, manteca y queso rancios, tasajo podrido, papelón del más negro, sal revenida, papas nacidas, plátanos casi podridos, pan viejo y mohoso. El negocio empezaba por dar despacho a los rezagos, de la bodega. ¿Pensó alguna vez Alfonso Ribera en qué cargaba su conciencia al explotar en esa forma cruel la miseria y el hambre de los leprosos? Jamás se detuvo él a hacer semejante consideración. Su negocio era vender. Su misión estaba limitada a que los enfermos echaran algo en el estómago. El no era moralista, sino comerciante. No buscaba, tampoco, la satisfacción de los leprosos, sino la ganancia de su comercio. Demás de esto, la suya era apenas una conciencia chiquita, eslabonada con las grandes conciencias que dirigían a la sociedad. Lo mismo que él hacía con los leprosos, lo hacía su amigo Antonio Espina con los enfermos del Hospital. Ambos servicios eran granjerías ganadas por medio de la influencia que sus deudos ejercían en el ánimo de los hombres del gobierno. Ni el más flaco jerónimo de inquietud pudo jamás mover su espíritu frente a la especulación realizada a costa del dolor de los enfermos infelices. Quizá, muy por el contrario, él podía sentirse caritativamente satisfecho de ser brazo de la sociedad en la generosa y diligente asistencia prestada a unos hombres perezosos para morir, que habían terminado por convertirse en molesta carga pública.

Si Alfonso Ribera hubiera llegado a reflexionar en esta forma, no habría hecho otra cosa sino aplicar a su caso particular el juicio que presidía la conducta de la gente de su clase. ¿Todo ese orden admirable de riqueza que circundaba a la ciudad, no tenía, acaso, su último estribadero en la injusticia general, inconsciente tolerada por el doctor, por el canonista, por el profesor y aun por el propio Obispo? Esa justiniana pobreza de los desventurados leprosos, ¿no tenía su correlato en la abundancia de los insensibles señores del capital y del Poder? ¿No era, acaso, tolerada a la virgen pútrida, en cuyo rostro el cáncer detuvo la marcha mortífera, la

recolecta de limosna por las calles de la ciudad, a condición de que cubriese con espesa tela la cara por donde ganaba aspecto de regresada de la tumba, ello para no ofender con su espantosa desnudez la sensibilidad de los mismos hombres insensibles que le volvían espaldas cuando, con ininteligible lengua de estropajo, pedía la parva ayuda para su hambre inmortal? Por eso, cuando la presencia deforme de los dos viejos enfermos hizo que Ribera recordase los tiempos lejanos en que hinchó sus balances con las ganancias derivadas de la proveeduría de los lázaros, más bien sintió simpatía por el sitio donde se alzó el leprocomio, con cuyo abastecimiento ganó buen dinero. Como quien realiza una acción noble, detuvo ante la puerta del corralón la briosa cabalgadura y arrojó un par de fuertes a los pies de los dos desventurados.

–¡Dios se lo pague en salú! –fueron las palabras cargadas de resignación y de gratitud de los infelices enfermos. Montado en su fino caballo, Alfonso Ribera apareció a los ojos cegatos de los tristes leprosos como un providente y moderno San Martín...

VII

Ya querían los gallos quebrar albores, cuando Mauricio Dugarte tenía enjaezadas las bestias para el viaje. Con el rosillo de Alfonso, estaba, también, ensillada la mula mora del asistente. Mauricio Dugarte era una especie de mayordomo de la hacienda "La Esmeralda". Casi contemporáneo con Alfonso, desde joven éste le había servido de compañero en casi todos los viajes que hacía fuera de Mérida. Alegre, dicharachero, formal en el trato, tinoso para saber respetar el límite natural entre la confianza y el respeto debidos al patrón, Mauricio se había ganado el aprecio y el cariño de la familia Ribera. Cuando las bestias estuvieron listas, Mauricio Dugarte subió la escalera y se dirigió a la pieza de Alfonso. Este dormía como un tronco, puesto que apenas había conciliado el sueño con la madrugada, cuando regresó de la casa de los Goveas.

La despedida de los novios se había efectuado en la absoluta intimidad de la familia. Alfonso, en unión de las primas, fue a cenar donde los Goveas. Ninguna otra persona había sido invitada a la apacible reunión, en que Alfonso y Elisa se dijeron adiós. El viejo Govea parecía tomado un poco de la pena de la hija enamorada. El estaba cierto de que Ribera era hombre formal, pero no dejaba de inquietarle el hecho de que el futuro yerno no hubiera fijado fecha cierta para la celebración de la boda. En cambio, Elisa, hasta el último adiós, mostró, junto con la intensa pesadumbre que le ocasionaba la ausencia del prometido, una confianza ciega en su palabra. Por nada se sentía movida a dudar de que sería muy en breve la señora esposa de don Alfonso Ribera. Si lloró al separarse de éste, sus lágrimas, pese a la natural amargura, tuvieron un regusto de fe y un sabor de esperanza inquebrantable.

–Don Alfonso, ya estamos listos –exclamó Mauricio Dugarte, después de dar varios discretos golpecitos a la puerta del dormitorio de Ribera.

Presto siempre a madrugar, Alfonso no aguardó segundas voces para ponerse en pie. Rápidamente oprimió el encendedor de la bujía eléctrica y después de lavarse la cara en el vecino aguamanil, comenzó a vestirse con premura. En el interior de la casa se sentía ruido de criados y de la cocina salía, como amable saludo, el olor embriagante de la coladura del café. Doña Praxedes y doña Asunción se habían levantado ya y llamaban a Braulia y a Margot. Pronto la mesa estuvo puesta para el ligero desayuno, en el cual participaron, también, Carlos Trejo, Julio Gallegos y Fabricio Pérez, venidos para hacer compañía al amigo viajero durante un trayecto de la vía.

Con el rostro humedecido por las lágrimas de las buenas tías y de las primas, Alfonso Ribera echó la pierna al brioso caballo y, entre adioses y bendiciones, picando espuelas al bruto, el grupo arrancó hacía La Columna, por la calle Independencia.

–¡Que Dios me lo lleve con bien! –fué la última expresión cariñosa que oyó a los de su casa. Era la voz de Candelaria, vieja cocinera de los Riberas, que había visto a Alfonso desde los tiempos en que llevaba el calzón corto. Todo el mundo amoroso de la casa solariega, salía en la palabra húmeda de llanto de la buena, sencilla, paciente criada. Cuando los viajeros ganaron la primera esquina, Candelaria secaba con el ruedo del delantal las lágrimas que quebraban la luz en sus ojos resignados.

En el cielo claro, sereno, sin nubes, empezaban las estrellas a apagar sus luces. Las calles estaban solitarias. Una que otra mujer, bien cubierta con el tupido pañolón, caminaba a pasos menudos hacia la Catedral o la Tercera. Algún zaguán estaba abierto para la partida de otro viajero madrugador. Del solar de las casas –¡anchos solares de las viejas casas merideñas!– salía, con el ladrido de los perros vigilantes, el clarín entusiasta de los gallos. De la Sierra y de los páramos cercanos, bajaba cortante el airecillo juguetón de la madrugada –¡madrugadas de Mérida, olorosas a vida, a hierba, a alegría, a esperanza!–. Sobre las piedras de la

calle sacaban luces las herraduras premurosas de las bestias, hambrientas de caminar al empuje de la mañana inminente. ¡Mañanas de Mérida, alegres, luminosas, como mañanas de Resurrección!...

Pronto los viajeros estuvieron en La Columna. Era de ritual detenerse un momento para mirar por última vez hacia abajo el curso suave, sereno, geométrico de la ciudad. En La Columna, Mérida veía, además, la expresión plástica de su devoción a Bolívar. La universitaria Mérida supo mostrar en sus monumentos el sentido conjugante de la verdadera Historia. En 1813 adivinó en Bolívar al Libertador y se adelantó a dar al guerrero extraordinario el título preclaro con que vive en los anales de América. Cuando vió levantarse a Páez para la defensa de la institucionalidad encarnada en Vargas, Mérida lo llamó fundador del Poder Civil. A la salida hacia Occidente, la ciudad dedicó una columna al León de Mucuritas, aparentemente convertido en sostén del civilismo; en la rota hacia el Centro, erigió a Bolívar, el año 1842, el primer monumento público que recuerda en el mundo las glorias del héroe. Para entrar en la ciudad o para salir de ella, era obligada la posa de los viajeros junto con la simbólica columna, donde remataba la larga y penosa cuesta que subía del río Chama.

Al descender al pie de la cuesta, ya el Chama es el majestuoso y altanero señor, cuyo bravío torrente amenaza hombres y sembrados. A la margen del río, el camino comenzaba su lenta y larga ascensión hacia las cumbres empinadas de los altos páramos. Hasta Tabay y Escagüey, se miraban a ambos lados de la vía las tupidas haciendas de café y las verdes laderas, donde pacía el gordo ganado. Antes de Mucurubá, empezaba a variar el paisaje. El blanco jazmín de los cafetos era sustituído por la arrogante espiga del trigal. El mundo maravilloso y despejado de la tierra fría, reemplazaba los sombrosos cultivos, y la tierra toda parecía empinarse hacia la eminencia de los cerros, para dar mayor solemnidad al paisaje. Al borde del camino, lucían las casas sencillas, limpias, adornadas de humildes macetas. Las hortensias, los claveles y los pensamientos encendían sus vivos colores en las eras, que rodeaban a los bohíos. Cubiertos con sus pesadas ruanas, los campesinos trabajaban el campo con resignada alegría.

El viaje hasta Mucurubá fue por demás grato y pronto. La charla amena y el alegre pasitrote de las bestias, deseosas de ganar camino, hicieron que el tiempo discurriese con extraordinaria rapidez. La posada quedaba frente a la plaza. La plaza es pequeña y estaba toda sembrada de claveles. Rojos, blancos, amarillos, petunia, rosa, matizados, parecían alfombra de artificio. Los viajeros echaron pie en tierra para la despedida.

–Una cerveza o un palo de brandy no quedaría mal –insinuó Alfonso Ribera.

Luego, estaban sentados en la sala de la posada de la señora Ramona. La sala era la típica sala de la casa de pueblo. Lustrosos los ladrillos; azul el zócalo, que cortaba la blancura de las paredes; también azules las hojas de las puertas. En medio de la sala, redonda mesa de madera, cubierta con un amarillento tapete de crochet. En el centro de la mesa, una lámpara de porcelana a kerosene. De una de las paredes, colgaba una imagen del Corazón de Jesús; en otra, lucían los retratos de los padres de la señora Ramona. La madre aparecía cubierta de discreta andaluza y con el gesto alegre de la campesina endomingada; el viejo estaba tocado del antiguo kepis militar usado por los oficiales cresperos.

Tarjetas con artistas, plazas, paisajes y flores, lucían colocados en cuadros de alambre dorado.

La sala comunicaba con el zagúan, y frente a la puerta abría la suya la frontera pulpería, donde la señora Ramona despachaba a la clientela.

–Dirán los estimados qué quieren que les sirva –preguntó la huéspeda, con la voz insinuante de las señoras de pueblo, que a todo momento se esfuerzan por lucir bien.

–Hágamos servir unos brandys –respondió Alfonso.

Mientras los amigos tomaban asiento en las mecedoras de Viena que rodeaban a la mesa del centro, la señora Ramona servía las copas pedidas y regresaba con ellas a la sala. Junto con la posadera hizo, también su entrada en el recinto el Coronel Antonio Tapia, que acababa de informarse por Mauricio Dugarte de la llegada de los viajeros.

–¡Hombre, qué sorpresa tan grata verlos por aquí! –exclamó el Coronel, mientras abrazaba entre entusiastas expresiones a los amigos–, ¿Pero vos vas de viaje para Caracas? Me lo dijo tu asistente –agregó dirigiéndose a Alfonso.

–Sí, señor. Me voy a la capital; si algo se te ofrece, estoy a la orden –respondióle Ribera.

–Pues decile al viejo que me ayude con Gómez a salir de estos montes. Yo no soy para estar ocioso, ni nací, tampoco, para agricultor. Decile a tu papá que estoy como un rolo, dispuesto a servir al Jefe en cualquier parte donde haya peligro.

El Coronel Tapia era un singular personaje, de gran celebridad en la región. De recia y distinguida ascendencia guerrera, su pasión eran las armas y la historia militar. Alto, enjuto, imponente, evocaba con su marcialidad y garbo la figura de un Quijote desbarbado. Cuando no eran del caso los arreos militares, vestía la blusa azul, con que en parte curaba la nostalgia del cuartel.

En pláticas con damas, en círculos de amigos, en conversación con jóvenes, su tema permanente era la guerra. Cuando agotaba las batallas de Bolívar, de Páez o de Urdaneta, acudía a las de Napoleón, César o Aníbal. El Coronel Tapia llevaba algunos meses de residir en Mucurubá, por vía de temperamento, después de haber visto en peligro su vida a causa de una fiebre perniciosa atrapada en la Tierra Llana. Tanto frisó con la muerte la salud del Coronel, que sus parientes solicitaron para él los Sacramentos de la Iglesia. Era aún costumbre en Mérida llevar solamente el Viático a los moribundos. Al toque clamoroso del esquilón, acudían los fieles al templo, para acompañar al sacerdote, que conducía al Sacramento, bajo el litúrgico quitasol y entre devotos farolillos, hasta la casa del enfermo. No había llegado la hora de la piedad vergonzante y la gente fincaba la rodilla en tierra al paso de la Eucaristía, para repetir con los abuelos el "Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar". Cuando la emocionada comitiva entró en la cámara de enfermo del Coronel Tapia, se halló con éste en pie, ataviado de sus galas militares.

–Un guerrero no espera al Rey en la cama –dijo con desfalleciente voz al sacerdote, a tiempo que la hermana le ayudaba a echarse en la poltrona.

Ese era Antonio Tapia. Coronel siempre, temerario a toda hora, alegre hasta en los momentos de sentarse a esperar a la muerte.

Con el desenfado que siempre le acompañaba, Tapia se hizo lugar entre el grupo de amigos y pidió una cerveza para brindar a la salud del viajero.

–Va a tener el don muy buen tiempo para el viaje –dijo la señora Ramona–. Ayer fue un día de pura agua. ¿Va el señor a dormir en San Rafael?

–Seguiré hasta Apartaderos –respondió Alfonso, mientras sacaba el portamonedas para pagar la consumición.

–No faltaba más –interrumpió Fabricio Pérez–. Tú pagarás cuando te vayamos a visitar a Caracas.

Abrazaron los amigos a Alfonso Ribera, encimó éste la pierna al alegre caballo y junto con el asistente siguió camino hacia Mucuchíes.

–¡Buen viaje!

–¡No te olvides de escribir!

–Saludos a la familia.

No había caminado media cuadra, cuando Alfonso volvió grupas y gritó hacia el grupo:

–¡Carlos, venga acá un momento!

Trejo espoleó la mula y se acercó al amigo.

–No olvide los muchachos de Anita. Entréguele a la madre lo que le dije, y cuando pueda ayudarlos con un buen consejo, hágalo como si fueran sobrinos suyos.

–Descuide, Alfonso. Yo veré de ellos.

* * *

A la altura de Mucurubá, ya todo el paisaje son dormidos trigales, salpicados de sangrientas amapolas. Se producía aún excelente harina en la serranía andina y más de un buen molino mecánico era alimentado por el opimo grano que duraba como testimonio de la vieja potencialidad agrícola de la Cordillera. Sobre las pequeñas mesas, amorosamente cultivadas, incidían las suaves laderas, compartidas, como gigantesco tablero de ajedrez, por los simétricos cimientos de piedra. La serranía se empinaba mansa y terca hasta confundirse con el erial distante, adonde parecía que las nubes bajasen en busca de cuna cariñosa.

Unas veces platicando, otras en largo silencio, los viajeros hicieron con presteza la vía de Mucuchíes y después de tomar un tibio refrigerio en la pintoresca población, siguieron camino para llegar con el atardecer a San Rafael, ya arrebujado en apretada niebla, que hacía más triste el paisaje de sus calles desiertas. La meta de la jornada era Apartaderos, lugar situado en el mero comienzo de la cuesta que llega hasta el alto del páramo. Aquello era ya el mundo silencioso, solitario, sombrío de la tierra fría. A la puerta de la posada se agrupaban los hombres envueltos en las pesadas chamarretas. Los muchachos, en cuclillas, se defendían de la helada ventisca. Los peones entraban y salían para ayudar a los viajeros en el cuidado de las bestias.

En aquel sitio, por ser el más cercano al páramo que era preciso coronar, hacían posada tanto los viajeros que de Mérida se dirigían a Timotes y a Valera, como los procedentes de estas ciudades que iban hacia Mérida. Con el atardecer coincidían en la célebre hospedería tanto los que bajaban con la fatiga de las cumbres como aquellos que harían noche para tomar con el alba la penosa cuesta.

Apartaderos, envuelto en niebla y en silencio, daba la impresión de sitio remoto y distante, donde la vida tomase descanso o donde la muerte acechase con palabras sin letras ni sentido. Parecía que de la soledad extraordinaria saliesen voces vacías de realidad inmediata y de coetaneidad sensible. En el silencio, doblado por la soledad y el reposo de la noche vecina, el hombre siente la impresión clara y profunda de que el tiempo confina con la eternidad inminente. En medio del paisaje sombrío, inmóvil, silencioso, los hombres, también, silenciosos, inmóviles, sombríos, parecían compendiar en su quieta actitud todo el sentido misterioso de la realidad circundante. Hechos a las frases cortas y a los movimientos lentos, por boca de los hombres diríase que hablase la propia substancia helada de la tierra. El habitante de los páramos parece, en realidad, que conociera el arcano de las voces del viento y el secreto que se esconde en la raíz de la hierba.

–Arriba anda la cosa mal –decía lentamente uno de los hombres recostados a la puerta.

–Sí, señor. Esta noche habrá tormenta arriba –agregó aprobatoriamente el otro.

Lo decían con una seguridad que no admitía disputa y, sin embargo, nadie fuera de ellos mismos, era capaz de distinguir la modulación recóndita del viento que comunicaba a sus oídos expertos el secreto de las ventiscas enseñoreadas en las alturas remotas. Poco saben aquellos hombres solitarios y silenciosos del curso de la vida corriente de los hombres que luchan en las ciudades y en los pueblos; conocen, en cambio, el misterio del aire, de la lluvia, de las plantas, de las bestias que forman el paisaje permanente de las solemnes oquedades. Su oído tiene fino trascendido para percibir la vibración de la vida profunda de la naturaleza. En ellos la cultura no ha destruído aún el ombligo vegetal que los mantiene en contacto con la Madre Tierra. En ellos, tanto el barro se espiritualiza cuanto el espíritu se hace uno con el limo original y sagrado donde pareciera que durase la substancia de la palabra creadora del Todopoderoso.

Dentro de la casa, los viajeros habían ido tomando asiento cerca de los primitivos braseros. La gran sala daba hacia el frente con la pulpería, de entrecerradas puertas, y hacia adentro con el ancho corredor que circundaba la casa. En uno de los extremos de la sala, estaba la larga mesa de comer, permanentemente vestida de sencillos manteles, y cerca de la mesa, la puerta que comunicaba con la generosa cocina. Más hacia la puerta de la pulpería, había silletas de suela y anchos sillones claveteados, donde reposaban los viajeros después de quitarse las pesadas ruanas, las espuelas y las polainas.

Huéspedes inevitables de aquella acogedora posada de Apartaderos, eran dos o tres hermosos perros mucuchiceros, ya negros, ya blancos, ya pintados, todos de abundante y crespa pelambre y de grandes orejas gachas. Perros cordiales, hechos al trato vario con los constantes pasajeros, a todos se acercaban cariñosos, a todos lamían las manos, a todos acariciaban con la larga, dulce, amorosa mirada. Constituyen una raza especial, ilustrada de heroica nombradía. Durante la época colonial, alguien los llevó de España a los riscos desolados, donde fueron a prestar los mismos caritativos servicios que prestan en los ventisqueros de Europa sus célebres hermanos los perros de San Bernardo. Cuando Bolívar pasó por aquellas empinadas cimas, alguien lo obsequió con un hermoso cachorro, el cual, después de haber acompañado fielmente al héroe en innúmeras batallas, entró con su amo en la Historia, como símbolo de lealtad y de nobleza, que muchas veces no alcanzan los hombres. Parientes del célebre "Nevado", aquellos perros mansos, fieles, amables daban mayor sentido de intimidad a la ancha sala, donde los viajeros se frotaban las manos cerca del fuego generoso de los anafes.

Cuando la noche había caído por completo –¿cuándo, a qué horas, si toda la tarde es noche en las silenciosas alturas?– los viajeros fueron llamados a la larga mesa común. Antes de tomar asiento, los pasajeros habían entrado en comunicación y se habían participado los rumbos del viaje. Para Mérida y el Táchira se encaminaba un rubicundo agente viajero del comercio de Maracaibo, con quien de inmediato, por ser amigos, entró en plática Alfonso Ribera. Viajaba, también como éste, para Valera, un sacerdote que venía desde San Cristóbal y que llegó a

Apartaderos un poco después de Ribera, Se les juntó, además, una familia que se dirigía a Mérida, compuesta por el marido, que era médico, la señora y dos opulentas muchachas, de cosa de quince y diez y ocho años.

El uno había pedido un trago de brandy, el otro entonó el frío con una aromosa y caliente taza de café, mientras el ventero ofrecía al médico, quejoso de mareo, a causa de la travesía del páramo, una copa de "licor de las alturas".

–¿Qué diablos es eso? –preguntó el galeno.

–Pues nada menos que la contra que el páramo da para su propio daño –agregó complacido el dueño a la casa–. Pruebe y verá qué sabroso es el trago.

Cuando el ventero regresó con la botella y unas copas, explicó con secreta fruición cómo preparaba él aquella maceración de distintas yerbas aromáticas, recogidas en las altas cumbres, entre las cuales era principal el famoso díctamo real, de legendaria estirpe indiana. Apuró el doctor el trago ofrecido por el huésped, y como de milagro se sintió inmediatamente recuperado.

–Esto es algo estupendo; ya soy otro hombre –exclamó el galeno–. Me va a hacer el favor de venderme una botella de este licor.

–Lo siento, mi don. Pero esto no se puede tomar sino en estas alturas. En tierra baja, el que lo bebe, revienta.

Los comensales invitaron al sacerdote a ocupar el sitio cabecero, y después de que aquel rezó las oraciones del caso, arremetieron todos con voracidad de colegiales contra las viandas ofrecidas por la amable y respetuosa maritornes. Acuciada por el frío y por el ejercicio de cabalgar, el hambre era poderosa, en realidad, para subir los puntos naturales de los riquísimos y sencillos platos de la cena. Sobre la mesa lucía la torre tibia y fragante de las doradas arepas de harina, en competencia con la humeante fuente donde invitaban a que se las

desnudase, las encamisadas papas de la típica dieta parameña. Después del hirviente cocido de gallina, fue servida una exquisita fritura de cerdo, curado al amor del humo y la intemperie, con el famoso perico, cargado de cebolla y de tomate, que hace inolvidable el recuerdo de la célebre posada; todo esto desde el principio acompañado por el magnífico queso de tierra fría y la tierna mantequilla, de fabricación casera, que, junto con el venerable ajicero forman el corazón de la mesa de los páramos.

Mientras se entendían con el suculento refrigerio, la conversación discurrió sobre circunstancias relacionadas con los propios viajeros.

–¿Usted, señor Ribera –preguntó el médico a Alfonso–, está advertido de que encontrará todavía a Caracas bajo la consternación de la gripe española?

–Algo se sabe en Mérida, pero parece que hay mucha exageración –respondió Ribera.

–Pues no se crea usted, mi amigo. El pánico de la epidemia ha sido espantoso, espantoso; con decirle que el General Gómez no se atrevió a atender al llamado de su hijo Alí moribundo, y eso que era la debilidad del Caudillo. En Caracas ha habido tal mortandad, que en el Cementerio se abrieron fosas de gran cabida, para echar en cada una diez y más cadáveres. Los Hospitales quedaron abarrotados y se dió el caso estupendo de que el Arzobispo hubiera bendecido el Hospital de emergencia que se estableció en el Templo Masónico. Por cierto, que la gripe ha servido al Señor Rincón González para hacerse perdonar el hecho de haber sido impuesto a cuenta de andino por el General Gómez.

–Perdone usted, doctor –interrumpió con insinuante y suave voz el sacerdote–. El Señor Rincón González no tiene nada que hacerse perdonar por el hecho de haber llegado a la Mitra caraqueña. Ese error ha cundido en la capital y es necesario que se sepa la verdad. El actual Arzobispo no es, en efecto, una lumbrera como Monseñor Silva o el Padre Navarro, ni un orador elocuente, como el Padre Esculpi o el Padre Peñalver. El Señor González tampoco es andino, ni hizo amistad personal en el Táchira con el General Gómez. Por lo contrario, él

desaconsejó, como el Padre Jáuregui, la revolución andina del 99. El Padre Rincón fue a finales del siglo pasado a San Cristóbal y se ganó el respeto de toda la región tachirense por su bondad, su caridad, su pureza de vida, su sencillez y su humildad. En 1910 cuando se trató de proveer la Silla de Maracaibo, el Internuncio en asocio con Monseñor Castro y Monseñor Silva, presentó de candidato al Padre Rincón, de quien se esperó que habría de ser muy bien acogido en la región, por su oriundez maracaibera. Pero cuando la cosa estaba lista para presentación al Congreso, el Señor Rincón se negó del todo. Más tarde, cuando ocurrió el conflicto con Monseñor Durán, fue de nuevo llamado a Caracas el Padre Rincón, que ya entonces era Prelado Doméstico de Su Santidad, y al ofrecérsele la Mitra de Guayana, se volvió a negar a aceptarla. A la muerte de Monseñor Juan Bautista Castro, el Doctor Márquez Bustillos tuvo el tino de fijarse en Monseñor Navarro para Arzobispo, pero entre la clerecía de la capital perduraba el espíritu de lucha y la fatal desavenencia que provocó el paso de cisma de 1901 y que llegó a tomar cuerpo en la tentativa de envenenar al Arzobispo, en el propio vino eucarístico. Los clérigos se fueron a las greñas y crearon un campo de Agramante, según eran los aspirantes a la Mitra. Hubo sacerdote que buscó insinuarse a través de una de las amantes del General Gómez, a tiempo que otros tiraban de las faldas de la señorita Regina o de la levita de Colmenares Pacheco. En medio de aquella lucha tan desentonada, Gómez dió un corte en providencia al problema y un día dijo a Márquez Bustillos y al doctor Vivas: "Pues para acabar con tanta pelea, llamemos al Padre Rincón y le pediremos que acepte ser Obispo" Aquí tienen ustedes, amigos míos, la razón de la presencia en Caracas del viejo Vicario de San Cristóbal. El no llegó a Arzobispo por andino, sino por pacífico, para poner paz entre un grupo de clérigos en pugna feroz. Dios lo ayude a salir bien de su cometido, porque él es bueno sobre todo y ante todo, y la Iglesia lo que pide en sus pastores es que la luz del corazón brille en ellos sobre la luz de las aprendidas letras.

–Muy interesante su relato, Padre Contreras –dijo el doctor cuando aquel puso pausa a la agradable plática.

–Interesante, muy, muy interesante todo lo que ha dicho el señor Padre –agregó el atento y rubicundo viajero alemán.

–Yo conocí al Arzobispo Rincón cuando fue a Mérida, en 1913, para ser juez en una ruidosa causa, que tuvo por consecuencia la excomunión del doctor Antonio Justo Silva –dijo Alfonso Ribera–. Todo el mundo decía que él y el Padre Carrillo, de Trujillo, llamado a Mérida entonces con el mismo fin, eran los más santos sacerdotes que había en la Diócesis merideña.

–Todo eso es cierto, yo no niego –continuó el doctor–, pero el caso es que en Caracas el Obispo Rincón cayó muy mal y que sólo ahora, del brazo del doctor José Gregorio Hernández y del doctor Isidro Ruz, ha venido a ganarse la simpatía de la gente por su gran caridad.

–Pues esa es, mi querido doctor, la gente del Arzobispo. Santos como Hernández y Ruz son sus mejores amigos –terminó el Padre Contreras.

–¿Me dirán los estimados quiénes prefieren café y a quiénes sirvo cacao? –interrumpió la diligente ventera.

–A mí me dará usted un bebedizo de manzanilla –dijo el doctor– Desde que entré y vi las macetas coronadas de estrellitas de oro, estoy esperando el placer de asentar la comida con una buena infusión. Imagino que el Padre sea buen candidato para el cacao –agregó sonreído.

–Pues no crea usted, doctor, que me doy gustos de viejo abate. Me conformo con un modesto volón –respondió con gentil sonrisa el bueno del sacerdote.

Terminado el servicio del café, los viajeros se hicieron hacía el sitio donde estaban las poltronas de cómodo respaldo, mientras la esposa del doctor y las dos niñas se recogían a la habitación, en pos de los pesados bayetones, para librarse del cortante y desacostumbrado frío.

–¿Y cree usted, doctor, que es muy peligrosa la gripe española? –preguntó al médico Alfonso Ribera.

–Peligrosa para la gente mal alimentada, para las familias sucias y para las personas viciosas –respondió el galeno– La gripe ha presentado

oportunidad elocuente para estimar el disparatado modo de vivir mucha gente de Caracas. Se han dado casos terribles y dolorosos. Ha ocurrido caer enfermas tres y más personas de alguna familia muy pintiparada, cuyas damas lucían en los teatros y en la Plaza Bolívar trajes caros y vistosos, pero cuando hubo necesidad de cambiar las ropas de cama, no pudo hacerse la muda sino con andrajos. Esas mismas familias estaban acostumbradas a una mesa pobre y desnutrida, que no les proporcionaba resistencia alguna que oponer a la pandemia; en cambio, jamás faltaron a los saraos ni a las vespertinas, ni a los salones de "La India" o de "La Francia", y siempre tuvieron billete para el cinematógrafo o la zarzuela y regalo para el Santo de la amiga. La falta de sentido lógico de la gente hace que todo se gaste en vanidades y en cosas de mera apariencia, mientras se descuida lo primordial de la vida. Es decir, descuídase la vida misma.

–Eso, doctor, no ocurre con el andino –agregó Alfonso Ribera–. Nosotros los montañeses tenemos fama de que apretamos tanto el fuerte que a Bolívar se le sale la lengua, y se nos llama pichirres y judíos; pero nosotros, si ganamos diez reales, no pasamos de gastar ocho; y de los ocho que gastamos, dos nos echamos encima y cuatro nos metemos entre pecho y espalda, porque lo que vale, como usted dice, es la procesión que va por dentro.

–El montañés tiene esa virtud grande –agregó sentencioso el viajero alemán–. Trabajar mucho, comer bien y saber guardar, son muy buena cosa de la gente de este lado. Yo estimar mucho a los hombres de la Cordillera.

–Muchas gracias, señor Weber –dijo Alfonso Ribera–. Es usted generoso con nosotros.

–Soy hombre que siempre dijo la verdad –respondió el grave musiú.

Ni los huesos ni la ocasión estaban para hacer velada. Todos se hallaban realmente molidos y en seguida atendieron con prisa la voz del ventero, que anunciábales estar los lechos listos y bien calientes las habitaciones.

–Buenas noches, señores –dijo el Padre Contreras.

–Buenas noches tenga usted, Padre Contreras –respondieron el doctor, Alfonso y míster Weber.

–¡Que pasen buenas noches! –dijo a los otros Alfonso.

–¡Buenas noches! –respondió el doctor.

–¡Buena noche! –repitió el viajero alemán.

Luego, los pasajeros dormían como troncos, bajo el peso de las cobijas burreras, sin que faltara, como para poner en circulación la sangre perezosa, la molesta picada de las imperdonables pulgas parameñas. Fuera se percibía el medroso miserere del viento y entre los roncos bramidos, el lejano, angustioso, consolador aullido de los perros asustados...

* * *

–Buena que se nos viene la mañana –decía al patrón Mauricio Dugarte, mientras Alfonso Ribera terminaba de ajustarse las espuelas–. Anoche llovió en el páramo y el día amaneció despejado y seco.

Las seis serían cuando los viajeros, después de reforzarse con un desayuno a base de huevos revueltos, cochino frito, requesón, arepas de harina, mantequilla y café de leche, como dicen en la Cordillera, emprendieron el ascenso del páramo. Con Alfonso y su asistente, hacía, también, la misma vía el bueno, amable y siempre alegre Padre Contreras.

¡El páramo! La soledad absoluta en medio de la inmensidad lejana del paisaje, que se alarga y abaja, a medida de que se asciende la cordillera. Ya la vegetación se hace absolutamente rastrera, para así poder defenderse las plantas del empuje agresivo y sonoro del viento. Las

mismas variadas y policromas florecillas que bordean el camino, van luciendo más escasas a medida que se remonta la vía. Muy cerca se oye el ruido amoroso del agua que baja.

–¡El Chama, Padre! –dijo Mauricio Dugarte.

Sí, el Chama. El Chama sonoro, insolente, bravío, devastador, que ayer vimos correr impetuoso entre su lecho amplísimo de piedras gigantescas, ahora no es sino un modesto hilillo de aguas rápidas y tiernas, brotadas del musgoso peñasco. El agua resume en llanto el dolor antiguo de la piedra, que padece el diuturno dolor de sentirse infecunda. Saltan las lágrimas, y el agua llenará de vida y de alegría la reseca tierra.

–Como el río que nace pobre y crece luego hasta hacerse temible, así, también, son los hombres y los pueblos –agregó el manso sacerdote.

Como los hombres son los ríos; sí, como los hombres, vanidosos y soberbios, olvidados, al ser grandes, de la humildad de sus orígenes. Son los ríos, también, como los pueblos; sí, como los pueblos, que después de crecer en riqueza y poderío, no hacen memoria, y más bien reniegan, de sus anales pobres y sencillos. Lección maravillosa de vida ofrece el río que lentamente se achica hasta sólo ser, como el Chama luego, un hilo modesto y cantarino de agua fresca. Un poco más arriba, el vanidoso, el soberbio, el presuntuoso Chama, que en la llanura rompe puentes y arrastra sementeras y poblados, ya no es sino una humilde fuente viva, que brota entre las piedras duras como un lamento cristalino. En la mano de un niño cabe todo el tierno caudal del futuro caudaloso río.

La mañana era espléndida, y a medida que subía la ruta, fueron apareciendo los pozos dormidos y luminosos de la escarcha nocturna, mientras a su lado las matas de frailejón, cubiertas de nieve cristalina, semejaban fantásticos surtidores inmovilizados por el silencio más profundo.

Los rayos oblicuos del sol mañanero, al caer sobre las nevadas estalactitas, llorosas al borde de la vía, y sobre el espejo de los pozuelos

de cristal, rompíanse en milagrosa iridiscencia, que hacía soñar en infantiles mundos de ensueño y de aventura. Silencio, quietud, soledad. El viento callaba a ratos, como avergonzado de interrumpir la solemne quietud de las cumbres. El hombre, como si se acercara a la propia muerte, se sentía íngrimo y solo en la solución de su destino.

No se veía pacer a las ovejas y a las cabras inquietas, ni se miraba ramonear la verde yerba a las vacas de dulces y melancólicos ojos. La vida parecía reñida con la majestad de las alturas solitarias. Los hombres hacían en silencio el camino, como temerosos de alterar con las palabras explosivas el equilibrio de la atmósfera; mientras arriba, imponente, altanera, dominadora, el águila cruzaba los cielos claros y serenos. Pronto, los hombres desaparecieron por completo y el paisaje quedó ayuno de cualquier otra inquietud humana; abrupta geología y humillada botánica eran el rígido contorno del cuadro donde los tres viajeros se movían como mera parte de la propia naturaleza imponente.

Ya no había caminos que embocasen en el camino real. Ya no había veredas ni diversiones que condujeran a otros sitios. El páramo es un solo camino, un solo esfuerzo, un solo empeño de coronar la altiva eminencia, que sirve de unión y de divorcio al ascenso y al descenso de los riscos. Ya se habían deshecho todas las posibilidades de elección. Seguir o regresarse. Ser o no ser, como en el orden hamlético. No había sino una sola meta y un solo destino. Llegar arriba. Dominar la resistencia espiral de curvas, que angustiosamente iba comprimiendo las ásperas faldas de la montaña. Jadeantes los jinetes y las cabalgaduras, absorta la mirada ante el paisaje cada vez más vasto y humillado, lleno el espíritu de una sensación de victoria y señorío, después de cuatro largas horas de pesado subir, los viajeros llegaron a la cima. El sol brillaba más que nunca. El viento silbaba con mayor fuerza. Las bestias se resentían del golpe agresivo del aire. La respiración se hacía difícil, por el enrarecimiento de la atmósfera; empero, los pulmones recibían como un lavado de pureza, que ayudábales a vencer el esfuerzo de las inspiraciones. Un minuto más y el panorama se invierte en medio de la misma realidad geográfica. Las bridas de las bestias que vinieron sin gobierno, fueron celadas por la mano experta del jinete. Hasta hace un momento el esfuerzo estuvo dirigido a la ascensión penosa. Llegó la

hora de bajar. Subir para descender, puesto que la cumbre fue apenas el sitio fugaz, donde se midió el esfuerzo del vencedor. El páramo es como la vida.

–Para esto subimos –dijo el Padre Contreras– cuando al comenzar a descender la vía, su mula dió un paso en falso.

–Pero salimos de lo peor, mi Padre –agregó Mauricio Dugarte.

–Para unos, lo peor es subir, para otros lo peor es bajar –agregó el Padre– La gente dice que hacía abajo ruedan las piedras. Si señor; sí ruedan fácilmente. Pero en el orden de la vida, a muchos se les hace fácil encumbrarse y, al efecto, toman la vía más pronta. ¡Pero la bajada, mi amigo! Hay que saber subir como lo hemos hecho nosotros, para descender fácilmente sobre la experiencia del esfuerzo realizado, y no rodar, como ocurre a los que ganaron cumbres sin méritos. Los caminos enseñan a vivir –concluyó el sacerdote con dulce voz.

Hacia abajo, pese al cuidado que reclaman las riendas, la vía discurría con mayor prontitud y en breve tiempo los sedosos frailejones que sirven de adorno a la tierra desierta, comenzaron a alternar con las variadas plantas de donde recibe multicolor carácter la botánica del páramo. Apareció, luego, la columna amorosa del azulado humo, subido de las cocinas de las casas, que faldeaban la montaña. El humo en los páramos, es como un pregón para anunciar la cercanía del hombre. El humo que busca la inmensidad azul, testimonia de modo irrefutable la presencia tónica del fuego. Ante la promesa alentadora del calor inminente, los viajeros sintieron cómo se iban despegando del paisaje en que habían venido implantados, a manera de cosa movida por la fatalidad.

La casa estaba arrimada al propio cerro. Diríase que al construirla, se buscó tomarle un poco el calor a la mera tierra. Su techo pajizo estaba renegrido por la lluvia y el humo. A la derecha de la puerta había una ventanita, a la izquierda estaba cerrada la media puerta por donde hacía su tráfico la caminera pulpería. Los cimientos donde afincaba la horconeadura del corredor exterior, estaban cubiertos de macetas. En viejas ollas desportilladas, había sembradas hortensias blancas, rosadas,

azules. Las macetas estaban iluminadas de claveles y de pensamientos. En la era vecina al corral, donde una vaca amamantaba al recental, la señora Susana tenía sembradas numerosas matas de lirios. Cuando la señora Susana distinguió al Padre Contreras, que echaba pie a tierra con Alfonso Ribera y Mauricio Dugarte, hincó las rodillas y pidió la bendición al sacerdote.

–Entren sus mercedes, mientras llamo a Braulio y a las muchachas.

–¡Braulio!, ¡Estefanía!, ¡María la O! –gritó hacia dentro la señora Susana– vengan pa' que saluden al Padre.

Luego, Braulio, Estefanía y María la O estuvieron frente a los recién llegados. Lo mismo que la señora Susana, se arrodillaron y pidieron la bendición al clérigo amable.

Braulio tenía el tipo clásico del mestizo parameño. Metido entre la chamarra veteada, con el pelodeguama hasta las orejas, la cobriza piel curtida por la intemperie, los ojillos achinados, llenos de luz y de malicia, el bigote caído y descuidado, con la huella indefectible de la mascada de chimó, al pie los caites ásperos, que dejaban ver los dedos desfigurados por las huellas del inclemente trabajo. Estefanía y María la O eran, en cambio, rollizas y blancas como la madre, e iban tocadas de ceñido pañuelo de Madrás, sobre el cual abría sus anchas alas el sombrero de cogollo, que se quitaron para saludar al Padre. Sus mejillas lucían los encendidos colores de la gente parameña, y los labios carnosos parecía que acabasen de comer bellotas de cundeamor.

–Vienen de arriba y ¿qué tal el viaje? –preguntó el viejo Braulio.

–Magnífico –respondió Alfonso–, para ser completo nos falta apenas un cafecito caliente.

–Pues a hacérselo presto, mujer –ordenó Braulio a la señora Susana– Si quieren, se les puede preparar entualito mesmo un refuerzo completo –dijo el viejo a los viajeros.

–Gracias. Esperamos almorzar más abajo –respondió el Padre Contreras.

Entraron en la casa los viajeros. En la sala –que era sala, comedor, cocina y despensa– tomaron asiento en rústicos taburetes, mientras la señora Susana colocaba el café y las muchachas bajaban del balay sendos pocillos de peltre. La sala comunicaba con la pulpería por una puerta sin hojas. Al lado de la puerta de la pulpería, estaba la burda mesa.

–Pues sus mercedes disimularán la escasez del pobre; no tenemos en esta su casa sino buena voluntad –dijo Braulio.

–La voluntad es lo que vale –agregó el Padre Contreras.

Hablaron del tiempo, de las bestias, de la cosecha, de las flores, con alegría y resignación que llamaban al asombro.

–Este año ha sido muy bueno pa' nosotros –agregó Braulio–. Tuvimos hasta pescao bajao del Cielo. Si hubieran visto sus mercedes cómo cayeron aquí mesmo más de diez. En el comienzo nos asustamos tantico, pero en después de la lluvia, atinó a pasar un dotor que nos desplicó que eran pescaos de Maracaibo, que habían bajao con la *trompa.*

–Yo lo oí decir en Mérida –interrumpió Alfonso–. Claro, que al principio era para asustarse.

Cuando el Padre Contreras terminaba de explicar a los campesinos el reciente fenómeno de la tromba, alzada en el lago de Maracaibo y que fué a regar su milagrosa carga de peces en aquella región serrana, se acercaron la señora Susana, Estefanía y María de la O con los humeantes pocillos de café.

–Sus mercedes perdonarán que los haya hecho esperar hartico, pero la lumbre hoy ha estado muy baja por el mucho frío –dijo insinuante el ama de casa.

–Nada de eso; ustedes son quienes deben perdonar que hayamos abusado en molestarles –respondió el Padre Contreras.

Sorbido el reconfortante café y cuando se dispusieron a retomar las bestias, Alfonso, con disimulo y delicadeza, dejó un fuerte en la mano de una de las chicas.

–Jesús, mi don, pero esto es mucho; el café no vale tanto –exclamó sorprendida la muchacha.

–Mejor entonces –fue la respuesta que, sonreído, le dió Alfonso, mientras saltaba la pierna al celoso rosillo.

–Dios lo lleve con bien. ¡La bendición, mi Padre! –dijeron a una voz los campesinos, que en la puerta quedaron mirando cómo ganaban los viajeros la suave travesía...

Dormido, como si la niebla pusiera algodones a todo ruido impertinente, el pueblo de Chachopo carecía de contornos para el viajero presuroso. Todo en él era vaguedad de formas neblinosas. La mayoría de las casas estaban cerradas. La iglesia estaba cerrada, también. En la Jefatura se divisaba a un policía enchamarretado, regañando con un indio asustado. Sobre la puerta de una casa pajiza se podía leer un letrero que decía: "Escuela Gómez". Así se llamaba la escuelita del pueblo. Diez años antes pudo llamarse "Escuela Castro". La humillación de la política llegaba hasta estos remotos, silenciosos, sencillos lugares, para sembrar, en lugar de luces, el temor reverencial a los gobernantes. El nombre no lo ideó para la escuela el propio maestro, sino el Jefe Civil, como parte de los festejos del último aniversario del Caudillo. El maestro tampoco era del pueblo. El maestro vino de Mérida a regentar la escuela, después de haber fracasado definitivamente en la carrera de Derecho. El pobre era muy bruto y como siempre andaba a grandes zancadas, sus compañeros lo apodaron "Buscaconejos". Una vez derrotado en la Universidad, fue a esconder su fracaso en aquellas regiones desoladas. La gente lo llamaba doctor, y lo quería, porque, en realidad, era bueno, sencillo y servicial. Para los fracasados de las letras, las escuelas de aldea fueron un alivio y un refugio. En cambio, el fracaso, la incompetencia y el conformismo de aquellos se fue infiltrando como tóxico fatal en el ánimo absorto de la comunidad.

En el pueblo se detuvieron los viajeros, para tomar el almuerzo, que no habían podido hacer en "La Venta", por haber viajado a Timotes la posadera, en pos de médico para sus puntadas reumáticas. Satisfechos de los gustosos platos de la tierra fría –papas humeantes, queso de oveja, cecina curada al humo de la dulce, resinosa, fragante leña de jumangues– reemprendieron el viaje, entre los espirales frondosos de magníficos plateros, que el Padre Contreras llevaba en los bolsones de la cabalgadura.

A lado y lado del camino, los anchos trigales y los barbechos de cultivo. Pronto aparecieron, también, árboles coposos que anunciaban el retorno de la altiva selva. Antes dè llegar a Timotes, los sauzales empinaban hacia el cielo sus guías solemnes al borde de la vía. ¿Cuánto hacía que los viajeros habían comenzado la jornada? En el páramo no hay tiempo. El páramo confina con la eternidad. Los viajeros que han atravesado las altas cumbres, silenciosas y solitarias, sienten al llegar a la bajura la emoción de regresar de regiones remotísimas y extrañas. El páramo es un mundo aparte, donde reina lo intemporal. El páramo es especie de zaguán de una muerte de la cual pudiera regresarse. En el páramo el tiempo adquiere transitoria dimensión de eternidad.

VIII

La población de Timotes conserva viva en su nombre la memoria de los primitivos habitantes de la parte montañosa de los Estados Mérida y Trujillo. Cuicas y timotes se llamaban los aborígenes de las regiones altas de dichos Estados. La Timotes actual, de ricas vegas y suaves laderas, cultivadas no sólo de trigo, de arvejas y de papas, sino también, de deliciosos duraznos, manzanas y membrillos, goza de un clima suave, dulce, tonificante, cuyas reparadoras virtudes busca la gente calentana. La posada de los Méndez, donde se alojaron el Padre Contreras y Alfonso Ribera, estaba llena de familias forasteras, idas de Valera, de Betijoque y aun de Maracaibo. A la ancha puerta y en el gran zaguán del caserón de la posada, se apostaban muchachuelos y mozalbetes de marcado tipo indígena, para ofrecer a los viajeros pensamientos disecados y pequeños ídolos de barro. Los hermosos y gigantescos pensamientos morados y amarillos, eran adquiridos por las muchachas de temperamento romántico para adornar las cartas que dirigían a los novios lejanos. De la cacharrería se había llegado a hacer un comercio fraudulento, pues los interesados en especular a los pasajeros, en especial a la gente extranjera que transitaba por Timotes, se había ideado la manera de fabricar idolillos idénticos a los que de vez en cuando aparecían en huacas y montoyes.

Después de la cena, la sala principal mostraba un ambiente de fiesta, tal era el entusiasmo de las personas jóvenes, entretenidas con la música de un flamante gramófono, de inmensa corneta, recién comprado por los dueños de la casa.

Como a toda posada caminera, por la tarde llegaban los pasajeros, para hacer noche, a fin de madrugar, bien hacia Valera o bien hacia

Mucuchíes y Mérida. Cuando Alfonso Ribera y el Padre Contreras entraban en la posada, coincidían en llegar de Valera el doctor Ignacio Sánchez, abogado de profesión, y el viajero de comercio, Sócrates Portillo. El doctor Sánchez iba a evacuar pruebas en el juicio que el rico terrateniente don Felipe González había incoado contra una numerosa familia indígena, cuyas tierras pretendía González cercar como suyas. Timotes era distrito judicial de Mérida; pero a los abogados de Valera era más fácil que a los de Mérida trasladarse a practicar diligencias en los tribunales distritales de la población.

A la hora de comer habían entrado en comunicación los pasajeros, y luego Alfonso, el Padre Contreras, el doctor Sánchez y Portillo estaban enfrascados en amable plática. Ribera y Portillo, en razón de su oficio, entraron pronto en temas relacionados con la violenta alza alcanzada por el café, después del armisticio, y con el buen negocio hecho por los comerciantes, que a última hora habían comprado el fruto, todavía a bajísimos precios.

–La fuerza del dinero, don Alfonso –comentaba Portillo–. Cuánto comerciante pobre cayó en quiebra, por haber metido toda su plata en compras de café y en el momento de la liquidación, los peces gordos pagaron el grano a como mejor les convino. Allá mismo en Mérida tuvieron ustedes el caso de mi paisano don Manuel Leal. Lo apremió el Banco de Venezuela y el sólo miró como salida ventajosa quitarse la vida, a fin de no quedar como ladrón, por haber distraído fondos del Banco para compras de café, en la creencia de que ya iba a terminar la guerra. Después, usted recuerda que el Banco nada quiso con la sucesión y que el café fue tomado por los caimacanes a precio de tripa podrida. Esa es la vida, don Alfonso. El que más tiene más gana y al poderoso se le perdona todo lo malo que hace. El débil es ladrón; el fuerte es listo o inteligente.

–Pues yo no me quejo de mi suerte –respondió Ribera–. Yo me limité a comprar café para el comercio de Maracaibo y a mi paso liquidaré lo que allá tengo de ganancias. Ganas me dieron de arriesgarme a tomarlo por mi cuenta, pero el miedo es libre y me conformé con lo poco.

Mientras los amigos platicaban, uno de los peones del servicio avisó al doctor Sánchez que alguien a la puerta deseaba hablarle. Incontinente el abogado salió para atender al llamado y a pocos minutos regresaba con el rostro descompuesto.

–Lo que yo me esperaba, Portillo –dijo Sánchez en alta voz, dirigiéndose al amigo en cuya compañía había hecho la jornada de Valera a Timotes–. Un policía viene a decirme que el Gobernador me espera mañana a las nueve, sin falta, para tratar un asunto de urgencia. A las nueve justamente comienza en el Juzgado el acto de repreguntas de testigos. Ese bárbaro de Gobernador es amigo incondicional de Felipe González y lo apoya en el despojo que este vagabundo pretende hacer a los indios de Miquimbú.

–Si sólo ocurriera esto en Timotes, mi estimado doctor –dijo el Padre Contreras–. Cuando yo estuve de Cura en Carache, qué de veces hube de intervenir a favor de los pobres indios, echados de sus tierras por los caciques de la región. Este mal es viejo y está muy extendido en todo el país.

–Digámelo a mí, Padre Contreras, que llevo veinte años de ejercicio de la profesión. Entre nosotros no hay agricultura porque el trabajador rural no tiene garantías. Usted conoce el largo proceso que despojó a los indios de sus viejos resguardos. Nada es tan vergonzoso para la historia agraria de Venezuela, como el hecho de haber sido declarados baldíos los terrenos de las antiguas comunidades indígenas. ¡Cuántos ricos terratenientes de hoy no han engrosado su fortuna con ganancias logradas merced de aquel depojo! Después, conoce usted tanto como yo el atraco de que han sido objeto los pequeños propietarios rurales por sus vecinos poderosos e influyentes. Hace una semana fui a Trujillo a pedir amparo para una pobre viejecita del Cucharito, a quien el propietario de la loma de arriba impedía que tomase el agua común a la antigua propiedad; y agréguele a esto las escrituras falsas, que arrancan los acaparadores sin entrañas a los analfabetos dueños de pequeños terrenitos; donde viven de la leche de la vaquita, de los marranos, de las gallinas, de la yuca y del maicito. Y si a todo esto añaden ustedes la recluta que, después de dejar sin brazos al campo, convierte al

campesino sano y sencillo en hombre ocioso, condenado a engrosar el cuerpo de vagos y maleantes de las grandes poblaciones, ya me dirán por qué nuestro campo no crece en riqueza. Vean ahora lo que aquí se intenta hacer con los pobres indios de Miquimbú. Felipe González ha extendido lentamente los linderos de su finca hasta ocupar gran parte de las tierras del viejo resguardo de los indios, y ahora, porque éstos resisten, ha demandado la desocupación de las tierras, como si fueran suyas. Para ello cuenta con el apoyo del Gobernador, que es recomendado de Maracay.

–Menos mal que nuestro pueblo tiene buen sufridor –agregó el Padre Contreras–. No hay mal que dure cien años, mi amigo, y con fe en Dios, hemos de esperar que estas cosas cambien. Usted, don Alfonso, que va para Caracas, dígale a su papá cómo andan las cosas por acá. Los amigos del General Gómez debieran hacerle saber las arbitrariedades que cometen las autoridades del Interior.

–Yo en Mérida –interrumpió Alfonso– he oído decir que el Gobernador de aquí es persona muy correcta y progresista. No lo conozco, pero allá tiene buena fama. Tampoco soy político, ni pretendo meterme en cosas que no entiendo. Soy hombre de trabajo, simplemente.

El doctor Sánchez no disimuló un gesto de molestia al escuchar las indiferentes palabras de Ribera; mas, supo contener el intento que tuvo de replicarle. Se hizo silencio en la charla de los amigos, mientras el gramófono seguía reproduciendo música ligera de valses y pasodobles, a cuyo ritmo bailaban algunas jóvenes parejas. En la calle se hacían más densos la niebla y el silencio. A poco, la campana de la torre vecina dió el toque de ánimas, que anunciaba a los vecinos las nueve de la noche. Las nueve era casi media noche para la gente de Timotes. A esta hora se sentía ruido de voces y de risas apenas en las posadas y en las casas de familia donde se alojaban forasteros.

–Ya la cama nos llama –dijo el Padre Contreras, poniéndose de pies–. Que tengan ustedes una buena noche.

Los demás respondieron el saludo del levita y fuéronse cada uno a reposar en sus respectivos dormitorios.

* * *

Muy de madrugada se partieron de la población de Timotes el Padre Contreras, Alfonso Ribera y el asistente Mauricio Dugarte. De los grandes solares salían ladridos de perros y a lo lejos se oía el canto individualizado y sucesivo de los gallos vigilantes, anunciadores de la proximidad del alba. El cielo claro, diáfano y sereno exhibía el tesoro milagroso de las altas y refulgentes estrellas.

Picaron espuelas los jinetes a las finas cabalgaduras y en cosa de dos horas ya estaban remontando la cuesta de la Mocotí. El paisaje mañanero en aquel sitio es de una belleza extraordinaria. La cordillera sudoriental ofrece el maravilloso espectáculo de las mesas y de las lomas que alternan sus planos y muestran la variedad de los simétricos cuadros de cultivo, como si se tratara de una maravillosa sábana de retazos cuadrangulares, que hubiera sido colocada sobre los montes y las hondonadas, a manera de la tela con que se fingen collados y sabanas en un gigantesco retablo de Navidad. Abajo, el majestuoso Motatán arrastraba el grueso caudal de sus aguas, en medio de la vega que ora se abría, ora se estrechaba aún más, hasta ganar las llanuras calentanas.

–Es la última gran cuesta que nos toca rematar –dijo Alfonso Ribera, con la misma sensación del jugador que se acerca a la partida decisiva–. Ya estamos lejos del Estado Mérida.

Como si se diera a sí mismo un serio anuncio, avivóse en la memoria de Alfonso Ribera el recuerdo dulce y radiante de la ausente prometida. Al dejar a Mérida, durante el curso de la vía que pesadamente había hecho hasta Timotes y en medio de la soledad y del silencio de las noches anteriores, la imagen de Elisa Govea no se había separado de su memoria de enamorado; sin embargo, al asociarla a la idea de estar en región distante del nativo Estado, sintió cómo la dimensión geográfica lo separaba materialmente de la mujer que se traía grabada con amorosas y profundas huellas en el hondo del espíritu. Pese a la dura despedida y al nudo que le apretó las palabras para el adiós impostergable, sólo ahora comenzaba Alfonso Ribera a sentir la pesadumbre de la ausencia de la amada. El se había hecho al hábito de medir telas y de pesar frutos. El baremo con que cataba los valores era el rudo, convincente, indiscutible baremo de la grave materialidad. Para saberse ausente de la novia

necesitó, también, que una realidad de tierra distendida entre los dos le diese la medida de la distancia que separaba los corazones enamorados. Ya había un abismo de montes, de repechos, de vegas, de precipicios, de cumbres y de lomas entre los dos amantes; luego serían el lago y el mar y los nuevos montes y los cielos nuevos los que pondrían a prueba la pasión del viajero enamorado. Alfonso Ribera presintió lo que significaba la distancia. Alfonso Ribera suspiró hondo como para sacarse una puntada atravesada en el costado.

Tanta fue la concentración de Alfonso Ribera en el recuerdo de Elisa Govea, que apenas escuchó las últimas frases que le dirigió el Padre Contreras.

–Si, señor, ya estamos en el Estado Trujillo y en un sitio donde se peleó duro cuando el continuismo –dijo el sacerdote.

–Estaba yo muy niño entonces –agregó Alfonso Ribera– y tal vez de aquella fecha arrancan mis primeros recuerdos. Nunca olvidaré que en mi casa se comentaba que el doctor Márquez Bustillos, quien entonces era el Presidente, había estado a punto de ser hecho preso por los lourdes. Esta palabra me quedó bailando mucho tiempo en la memoria, sin saber qué cosa eran los lourdes, hasta que ya grande me dijeron que así se llamaba a la gente del General Cardona.

–Así fue –agregó el Padre Contreras– El General Cardona estaba comprometido con el General Castro, quien en el Táchira sostenía las pretensiones continuistas del doctor Raimundo Andueza Palacio. Márquez Bustillos es primo de Andueza, pero él debía la presidencia del Estado a la fuerza del gran partido araujista, entonces el más poderoso de la región andina, como que en él figuraban Castro y Rangel Garbiras, en el Táchira. El viejo Araujo se comprometió en un principio a sostener las pretensiones de Andueza, pero la gente liberal de Caracas convenció a Leopoldo Baptista del error de su partido montañés y Leopoldo se vino a Los Andes y convenció a la vez a su padre y a Márquez Bustillos, pero no al viejo Juan Bautista. Este, entonces, declaró que se separaba de la política y que dejaba en libertad a sus tenientes. Se dividió, en consecuencia, el araujismo y Castro siguió el partido de Andueza y se

alzó con su gente contra Márquez Bustillos. Aunque se retardara su liquidación oficial, con la división del partido araujista se acabó, en realidad, la unidad política de Los Andes, creada como consecuencia de los arreglos de Guzmán con el viejo Araujo, en 1880. El Estado Los Andes fue erigido como unidad política para contener los anhelos caudillescos del General Araujo. Antes no funcionó políticamente la Cordillera como conjunto homogéneo. Venezuela, durante la Colonia, llegaba justamente hasta la raya de Timotes; de ahí para arriba era la provincia de Mérida, que formaba parte del Nuevo Reino de Granada. La población española de ambas regiones se hizo en forma tan dispar, que por estos mismos términos casi se fueron a las greñas las autoridades de uno y otro lado, que vagaban tomando posesión de las nuevas tierras. Hasta fines del siglo pasado, los trujillanos llamaban reinosos a los merideños. Cuando Castro hizo la extraordinaria campaña del 99, en Caracas hubo una reacción tremenda contra toda la gente de Occidente y a poco se puso en pie el mayor ejército que recuerda la historia guerrera de la República. Con Castro estaban comprometidos ya los mismos jefes trujillanos que se le opusieron en 1899 y fueron, justamente, los trujillanos González Pacheco y Leopoldo Baptista quienes tuvieron la mejor parte de la decisiva lucha, que dió el triunfo a Castro. Entonces nació el andinismo, que tanto daño ha hecho y podrá seguir haciendo a la propia Cordillera, en especial a Mérida y a Trujillo, puesto que trujillanos y merideños pelamos las papas mientras los tachirenses han sido los que se llevan la ventaja.

–Todo lo que usted me dice me aclara muchas cosas que yo no sabía, Padre; pero los andinos no debemos dejar que nos quiten el mando –interrumpió Alfonso Ribera.

–No se crea usted, don Alfonso. Las cuentas no son así. Eso de andinismo contra centralismo es un pecado contra la Patria. Venezuela no puede ser privilegio de una casta ni de una clase. No hay venezolanos mejores ni peores. Santo y bueno que se exalten las regiones. En ellas empieza la Patria. Pero sobre las regiones está la Nación, que unifica y da solidez a lo venezolano. Debe cultivarse el regionalismo como vínculo de inmediatez nacional: pero, por encima de lo que pueda dividir a un tachirense de un cumanés y a un trujillano de un coriano, están los

valores unitivos de Venezuela. Cultívese el andinismo como defensa de lo peculiar de la región, pero jamás como fórmula de ataque y menos como rótulo de una tradición particular, que en realidad no existe. Todos somos andinos porque así lo impone la geografía, pero sobre lo geográfico, lo que nos une es ser por igual venezolanos. Tampoco la demás gente de la Cordillera puede aceptar que los únicos hombres capaces de gobernar sean los nacidos en el Táchira, así entre los tachirenses haya hoy y haya habido siempre gente de extraordinaria calidad y de indiscutibles méritos. Nosotros los merideños lo sentimos menos hasta cierto punto, puesto que nuestros últimos Presidentes todos han sido del Estado; pero en Trujillo la cosa es distinta, y aun en el mismo Táchira cuánto no sufre esa pobre gente con Eustoquio. Yo he sido Cura en varias poblaciones del Estado y he visto lo que la gente de allá padece. Y hay que ver lo que es el pueblo tachirense de bueno, de religioso, de disciplinado, de respetuoso de la ley de Dios. No hay, tampoco, derecho para que por la ambición de unos se haya pretendido afear las condiciones de toda una región, a causa de que allá nacieran algunos hombres malos, que, por otra parte, no son peores que los "andinos" nacidos en Cumarebo, en Río Caribe o en Valle de la Pascua. Esto es triste, don Alfonso, pero con las banderías se destruye la necesaria unidad de la Patria, por la cual muy pocos laboran. El andinismo, como actitud de exclusión, es un pecado; pero el antiandinismo cerril de cierta gente del Centro, es pecado también. Yo conozco muchos caraqueños de campanillas y letra menuda, para quienes la Patria no va más allá de Antímano y El Valle. Olvidan ellos que Caracas es resumen y esencia de la nación y se empeñan en mirarla y presentarla como una aldea mejor vestida que las demás poblaciones de la República.

Enfrascados los viajeros en el interesante tema de la política, no se dieron cuenta de la vía ni de los dorados trigales del contorno, hasta que llegaron al delicioso sitio de "El Pozo", ya despejado de la niebla mañanera y, en cambio, alumbrado por un sol esplendoroso, que daba mayor nitidez a los lirios, inmensos y vueltos hacia el suelo, pendientes de las frondosas matas de filoripón, ahiladas a la vera del camino. Los viajeros se detuvieron en la más grande de las casas del lugar. En realidad, las casas del pintoresco vecindario no pasaban de cuatro. La de

don Natividad, la de la niña Clarisa, la de doña Resurrección, la de don Claudio. La mejor, la más grande, la de mayores recursos, era la de don Natividad. Don Natividad lucía su ruana azul y su ancho sombrero pelodeguama. Allí se apearon los viajeros y después de saludar cortésmente al dueño de la casa, se la entendieron, sobre sencillos manteles, con un reconfortante desayuno, en el cual les fueron servidos los típicos platos de la tierra fría.

De nuevo sobre las bestias, los viajeros continuaron, entre sembrados de trigo y de maíz, el camino del estrecho y delicioso valle de La Puerta. La pequeña población se ha mantenido, pese a su antigua data, en escaso desarrollo. Las casas son sencillas, las aceras están a medio hacer, la iglesia es pobre, la plaza es sólo un solar abierto, sembrado de menuda yerba. Sus vecinos son buena gente agricultora, que vive de la molienda del trigo, de la fabricación del queso y de la saca de la panela. Apenas había una escuela primaria, y el Cura poco cuidaba de sus feligreses, pues tenía que atender, también, y en forma principal, a la feligresía de Mendoza. No obstante las pocas letras de sus moradores, La Puerta es manera de aula para aprender filosofía trascendental. Al otro lado de la población y en la suave ladera donde se apoya la frontera serranía, fue trazado el Cementerio. La población vive y discurre frente a sus propios muertos. En la mañana, a mediodía, en la tarde, a la claridad de las noches de luna, la gente de La Puerta está obligada a pensar en la muerte. Los empinados sauces que ornamentan toda la extensión del dulce valle, parece que fuesen inclinados por la ventisca para saludar constantemente a los difuntos. Sin que la meditación traspase a planos superiores, el hombre de La Puerta se acostumbra a mirar con naturalidad y cercanía el problema de la muerte y aprende a compenetrarse, a la vez, con lo transitorio de la vida.

Al propio pie del camposanto manan, como anuncio de vida, las fuentes cristalinas y castas del Momboy. De la tierra muerta salta el agua viva, cuyo curso fecundará el risueño valle de Mendoza. El filósofo que pobló la mente de graves pensamientos ante el paisaje silencioso de túmulos y cruces, ha de voltear la foja de la *Summa,* para mirar a la promesa de fecundidad sellada por la voz tierna y cantarina de las aguas. El ayer enterrado para nutrir las fuentes del mañana. La luminosidad del germen

oculta en la penumbra de la nada. La fuerza de la savia fecundante alzada sobre la aparente invalidez de los seres abatidos por la muerte. Morir para vivir. El recatado cementerio de La Puerta trueca con una lección de esperanza el amargo *Hodie mihi, cras tibi* del cementerio de Mérida. Sí, todos vamos a morir, pero la muerte confina con la vida perdurable. El camposanto de La Puerta tanto es lección por donde el hombre ajusta a las postrimerías el curso de la vida, como tema de dimensión teológica para explicar la necesidad de morir a la vida del sentido a fin de ganar autenticidad en el área de los valores eternos del espíritu.

Cuando los viajeros tuvieron ante sus ojos el sencillo camposanto de La Puerta, el Padre Contreras apagó las bridas a la mula y rezó en silencio un *Réquiem.*

–Esta gente no se cansa de ver a sus muertos –dijo Alfonso Ribera, cuando entendió que el Padre había concluído su rezo.

–Ojalá el pensamiento de la muerte les enseñe a bien vivir –respondió el sacerdote.

De La Puerta a Mendoza se baja apenas en un par de horas. El camino era malo, pero el paisaje compensa las dificultades de la vía. A uno y otro lado alternan, con las tupidas haciendas de café, las cimbreñas espigas de los abiertos cañamelares, cuyos copos grisáceos, al ser movidos por el viento constante, simulan el oleaje de un lago entristecido de ceniza.

A medio camino y al llegar a un pequeño zanjón, el Padre Contreras recortó las riendas de la bestia, y dirigiéndose a Alfonso y a Dugarte, díjoles:

–Este sitio lo llaman los vecinos el "Zanjón del Diablo", porque aquí salió el Demonio al célebre Padre Rosario.

–¿Y quién es el Padre Rosario? –preguntó Alfonso.

–Pues nada menos que un Santo. Fue sacerdote muy rico y muy patriota, que ayudó mucho a Bolívar, quien fue su huésped en la hacienda de

"Carmania", el año de 13. Pero el Padre Rosario era suelto de costumbres y muy dado al vicio de la carne. Siempre fue Cura de Mendoza y atendió, también, al pueblo de La Puerta. El Padre tenía una amiga por estos lados y cierta noche, cuando regresaba de visitarla, el Diablo se le apareció en este mismo sitio. El infeliz sacerdote cayó al suelo aterrorizado, y prometió hacer en lo venidero vida penitente. Distribuyó sus bienes y libertó a sus esclavos. Se pasó a vivir a la sacristía, y más de una vez se le vio de noche a pie por estos mismos caminos, arrastrando una cruz del tamaño de la de Nuestro Señor. Dios le dió tiempo para purificarse y por espacio de veinte años hizo una vida de mortificación y de penitencia que le valió justa fama de santidad. Yo, por mi parte, lo invoco como Santo.

–Pues yo sí había oído hablar a un peón de Valera de un Padre Rosario milagroso –dijo Dugarte.

–Sí, sí, por todos estos contornos la gente le pide con fe extraordinaria y dicen que hace milagros. Yo ni quito ni pongo rey –agregó el Padre Contreras–, pero en mis apuros también me acuerdo de él.

Mendoza apareció luego envuelta en la brillante luz del mediodía. El pueblo estaba lleno, además, de la quietud y del silencio que son adorno inseparable de las pacíficas poblaciones de la montaña. Junto a las casas macizas, que delatan la riqueza de los propietarios, la casa de corredor con pilares, donde los campesinos que iban de compras ataban las bestias. Buena era también la casa de la posada, en que se detuvieron los viajeros para tomar el almuerzo. Su fábrica era de tiempos viejos, pero las paredes estaban recién blanqueadas y sobre el cimiento que rodeaba al ancho corredor, lucían numerosas macetas, cuajadas de claveles, de pensamientos y de geranios. Hacia fuera, la casona echaba, también, su alegría, en las luminosas flores que adornaban los anchos balcones.

En Mendoza ha habido siempre buen comercio, en razón de la riqueza de los fondos agrícolas que la rodean y del continuo movimiento de pasajeros que iban y venían de Mérida y por el tránsito de la rica producción cafetera de Monte Carmelo. Desde la alta Colonia, Mendoza ha desarrollado su agricultura de manera intensa. El nombre le viene del

español don Cristóbal Hurtado de Mendoza, agraciado con una rica encomienda de indios, a fines del Siglo XVI. Los numerosos indios comarcanos fueron fuerza valiosa para el desarrollo de la nueva agricultura cañera. En las postrimerías del Siglo XVIII, don Francisco de La Bastida inició las siembras de café. Por aquel tiempo tenía asentada casa en Mendoza el abogado don Antonio Nicolás Briceño, Protector de Naturales y frecuentemente Alcalde de Trujillo. Cuando se sale de Mendoza hacia Valera, aún se mira la que fue su casa solariega del empingorotado caballero, que alegaba ante el Rey el mérito alcanzado en el debelamiento de la revolución comunera de 1781, sin presentir cómo el hijo menor llevaría y haría memorable su mismo nombre, hasta ganar ribetes infernales, en su lucha feroz por la independencia de la Patria. En Mendoza, justamente, nació el segundo Antonio Nicolás Briceño, apodado "El Diablo", no en razón de la crueldad que señaló los actos finales de su vida, sino por haber representado papeles de Diablo en los autos sacramentales celebrados en el Seminario donde se educó.

De "El Diablo" hablaban el Padre Contreras y Alfonso Ribera cuando cruzaban a la altura de la hacienda que fue de los viejos Briceños.

–Era tan malo –comentó Alfonso– que la madre dizque murió en el parto.

–Eso es simple fantasía –respondió el Padre Contreras–. Alguien, hasta sin mala intención, inventó la leyenda, pero la partida de bautizo del hijo y la de defunción de la madre ponen falso al fabulista. ¡Qué cosa más dañina son los historiadores imaginativos!

A medida que avanzaba la vía, los viajeros iban sintiendo cómo cambiaba la atmósfera. El aire frío de las tierras altas, si en Mendoza se mantiene en un grato frescor, ya comienza a caldearse un poco. Los viajeros que bajan de las altas cumbres parameñas sienten una ligera sensación de bochorno en el rostro y comienzan a anhelar la hora de quitarse de encima los pesados vestidos. El camino, después de cruzar el sonoro y alegre Momboy, se desliza en medio de tupidos cafetales y erguidos tablones de caña. Era bastante malo el puente que salvaba el

paso del rumoroso río. Las grandes avenidas de agua de abril pasado habían convertido en una lástima la vía. Alfonso Ribera se dirigió al Padre Contreras para decirle:

–¿Se ha fijado, Padre, que en ninguna parte hemos encontrado un buen puente?

–Así es, don Alfonso. Las autoridades no se cuidan mucho de tener francas y fáciles las vías, salvo aquellas por donde corren automóviles. ¡Si usted viera los puentes del Táchira! No imagina las veces que he pensado pedir permiso al obispo para revivir entre nosotros la Orden de los Hermanos de los Puentes, que existió en Francia por el Siglo XII. La fundó un tal San Benezet y estuvo dedicada a dotar de puentes los caminos del Mediodía francés. Parece que no fuera misión de clérigos, pero los puentes hacen los caminos y Nuestro Señor se llamó a sí mismo camino, verdad y vida.

–Pues fúndela, Padre, y cuente con mi ayuda. Al pueblo le gustaría ver a los curas ayudándole en su vida diaria.

La placentera región del valle del Momboy es donde se produce la mejor panela del Estado Trujillo. El precio que por su bondad alcanza, hace más intensa y de mejor calidad su industria. Entre el verde mar de las espaldas de la caña apunta el rojizo torreón de los trapiches, por donde suben hacía el cielo las móviles, azulosas, ligeras espirales de humo que saturan el aire de un fuerte y apetitoso olor a melaza. Más que olor, es un hondo sabor a miel hirviente lo que llena al opulento valle. Así sea mucha la extensión de los sembrados, menudean entre ellos los laboriosos caseríos: Agua Clara, La Peineta, El Cucharito, La Mata. En el fondo de las vegas y a la par de los trapiches, se divisan las grandes casas de dos pisos y anchos corredores, donde residen los ricos propietarios: "El Contrafuego", "San Pablo" "La Esperanza", "San José". Cuando los viajeros llegaron a la altura de estas fincas, el Padre Contreras, que todo lo sabía, se dirigió hacia Alfonso Ribera.

–Estas son las tierras de los Baptistas –dijo– Hoy las explota el Gobierno.

–¿Cómo es eso? –preguntó Ribera.

–Pues como usted lo oye, mi amigo. Cuando el doctor Leopoldo Baptista y su hermano don Víctor dejaron el país, el General Gómez envió a Trujillo unos cuerpos punitivos, encargados de perseguir a los enemigos de la Causa, y los cuales se llamaban "sagradas". (Tal vez usted no sepa que sagrado valor, también, por execrable). Aquí, en "La Esperanza", se estableció de asiento una de esas bandas de facinerosos, que llenaron de pesadumbre a la población de Valera. Con decirle que uno de los que se hizo querer de la gente de Valera (pues vino, también, entre tanto desalmado, gente buena, que buscaba apenas oportunidad de ganar una ración), fue fusilado en forma aparatosa, por haberse negado a dar de palos a un pobre campesino, que se había atrevido a reclamar algo al Jefe, medio borracho. La gente de la "sagrada" explotaba el azúcar del ingenio de "La Esperanza" y con el producto de su venta se racionaba la oficialidad. A más de la venta del azúcar y de la caña, explotaban el alambique de la finca y vendían aguardiente en todo el Estado. Lo que aquí se hizo con las haciendas de los Baptistas, se hizo también con las propiedades de otros políticos. Esto es historia vieja, don Alfonso. El que manda quiere verle el hueso al enemigo y las confiscaciones hubo época en que se legalizaron por medio de decretos. Si usted se pone a mirar hacia atrás, encuentra cosas de miedo en el origen de muchas fortunas. Si usted sube hasta la altiva nobleza de Europa, consigue, también, el robo y la violencia en la raíz de muchos árboles de dorados frutos genealógicos. ¡Cuánto estirado lord inglés no formó su fortuna con los bienes robados a la Iglesia Católica y cuánto puntilloso conde o marqués no se hizo poderoso por sus depredaciones! De acá mismo, ¡qué de gente no llegó a rica a cuenta de los bienes de los conventos, de las universidades y de los colegios, por el favor del Gobierno repartidos a precio de tripa podrida entre los favorecidos de turno. Pasa el tiempo, se consolidan las cosas, y las honras se limpian y se ilustran con el oro de las fortunas habidas a cualquier título. Muchos han robado a caballo, exponiendo el pellejo; otros han robado a pie o sentados en confortables sillas; mas la llamada gente de buena sociedad aplaude y agasaja a unos y otros, por cuanto tiene en sus propias cuentas partidas semejantes y porque le conviene estar de buenas con los hombres influyentes. ¡Qué de cosas me sé yo! Ahora, lo triste del caso, don Alfonso, es cuando las

cosas se revuelven. Mañana, ponga a usted por caso, cae el Gobierno y la torta se vuelca contra los actuales beneficiados. Ningún Baptista tomará, tal vez, venganza por su mano, ni menos pagarán los hijos de los explotadores directos de "La Esperanza"; pero el golpe caerá sobre otros, que quizás se lamenten de las sanciones, porque olvidan la existencia de la anónima solidaridad para el goce y para el castigo de los que lucran con la injusticia.

–Por eso yo decía anoche en Timotes que a mí no me gusta la política. Yo prefiero el trabajo honrado del comercio –agregó satisfecho Alfonso Ribera.

Ya el sol estaba en el tramonto cuando los viajeros llegaban a Valera. Aquella era ya otra tierra. En "La Gallera", por donde se entraba en la ciudad, se admiraba la alegría, la inquietud, el entusiasmo de los pueblos calentanos. Hacia abajo, se percibía el rápido andar de las gentes y se veía brillar la suave, verdegueante, serena luz de los focos eléctricos...

IX

Nos veremos mañana en Motatán –dijo el padre Contreras a Alfonso Ribera, cuando se acercaban al Hotel Haack. Me ha sido muy agradable este par de días en su compañía, y siento de veras que donde el Padre Mejía me estén esperando, para no quedarme en el hotel con usted.

Se estrecharon las manos con efusión cariñosa y el sacerdote siguió por la calle del Comercio, hacía la Plaza Bolívar. En dos días se habían hecho buenos amigos los encontradizos viajeros. El Padre Contreras, como Alfonso Ribera, era del Estado Mérida, pero no de la propia capital. Un poco mayor que Ribera, frisaría con los cuarenta años. Era el Padre Contreras de aventajada estatura, de cutis muy blanco y sonrosado, castaño el cabello, vivos los ojos, magro de carnes, reposado y preciso en el hablar, sonreído y dulce el rostro, a pesar de la gravedad de su talante. Un poco andariego, había servido Tenencias y Curatos en Trujillo y en el Táchira. Con tanto acierto y prudencia se había manejado en el ejercicio de su ministerio que, pese a su poco brillo aparente, el Obispo le encomendaba misiones de confianza. Del Táchira, en uno de cuyos distritos ejercía la Cura de almas, había sido llamado por el Ordinario, para el desempeño de una misión de responsabilidad en Caracas. En algunos pueblos de Trujillo había ejercido cargos curales, y en todos ellos había dejado muy buena fama. No lucía, en realidad, muchas y muy brillantes dotes intelectuales el Padre Contreras; en cambio, cualquier falla de letras o de silogismos, que muy pocos, en verdad, necesitaban sus feligreses, la compensaba con su limpia y casta vida de sacerdote, sin ambición de honras y sin afán de vil enriquecimiento. Su modelo era el Cura de Ars y no los imponentes clérigos, que a

virtud de las órdenes se creen con derecho a la ciega sumisión de aquellos, a quienes, en cambio, debieran servir con claridad y diligencia. A estas valiosísimas prendas el Padre Contreras juntaba una singular gracia de las gentes con que se abría fácilmente el camino de las amistades. Cualquiera que viese cómo se movía entre las personas de alto rango y que supiera, al mismo tiempo, su afición a tratar temas de política secular, podría imaginarlo uno de esos perniciosos curitas politiqueros prestos siempre a facilitar la llave de la sacristía para el mejor provecho de los caciques y de los gamonales. Venezuela ha sido víctima siempre de este tipo de clero oportunista, para quien la voz de la autoridad pesa más que la letra del Evangelio y a quien le es fácil encontrar una semejanza sacrílega entre la redonda y blanca arepa y la hostia del Sacramento Santísimo. El Padre Contreras, en cambio, había sabido ser discreto y altivo en el trato con los Jefes civiles de los pueblos donde le tocara actuar. Tal vez por esto lo estimaba tanto el Señor Silva, quien desde la hora de admitir el Obispado dejó constancia de que no estaba dispuesto a servir de juguete a las pretensiones arbitrarias de los gobernantes. Al lado del Prelado, todo entero y resuelto, estuvo Contreras cuando el grave incidente ocasionado por el Cura de Pregonero que, para resistir la suspensión y la orden de trasladarse a Barinitas, buscó el apoyo de las autoridades civiles de Caracas. Si cedió el Obispo fue por la intervención del Nuncio a favor de la tesis gubernamental. "Todo para evitar un mal mayor", según la fórmula funesta con que se intenta justificar debilidades y acomodos en el gobierno de la Iglesia y con lo cual a la postre se llega a la sedimentación y jerarquización de los males menores, en forma de que su suma final resulta más grave y de mayor peligro que el mal inicialmente soslayado. ¡Cuántas veces pensó para sí el Obispo Silva que Contreras podría llegar a ser un excelente Obispo! Discretamente instruido, celoso del bien de las almas, caritativo, puro de costumbres, dulce con sus feligreses, sin empeño de honores ni dineros, fiel defensor de sus justos privilegios, suave y altivo ante la autoridad civil, reunía las cualidades fundamentales de un sacerdote. "Cuando el Obispo es recto y bueno, las letras pueden estarse en el tintero del Secretario de Cámara", decía el Señor Silva, empeñoso siempre de que no fueran los obispos meras caricaturas abigarradas y heréticas de los Apóstoles y de los Doctores de la Iglesia.

Cordialísima acogida encontró el sacerdote en el hogar del ilustre Vicario de Valera; en cambio, Alfonso Ribera, apenas llegado a la posada, tropezó con una inesperada molestia. Fuera así recibido muy bien por el empleado del hotel y tuviera reservada así una de las mejores piezas de la planta baja, tal como lo había pedido por telégrafo, se encontró con la novedad de que justamente en esa semana comenzaba a regir un nuevo itinerario para los vapores del Lago, lo cual le obligaba a retardar tres días su permanencia en Valera. Para él personalmente no era tanto el estropicio; en cambio, la carga que había despachado anticipadamente habría de aguardar con él la retrasada oportunidad de proseguir camino. Y la carga no era meramente el equipaje de Alfonso, sino una especie de Arca de Noé con los encargos de sus padres y hermanos. Demás de los baúles personales, iban cuatro o seis jaulas con pájaros de la montaña, tres huacales con parásitas recogidas penosamente en los más remotos páramos, dos cajas con los viejos óleos de los abuelos, dos bultos con confites, dulces brillantes y mantecadas, cuatro sacos de café, harina, arvejas y papelón para la despensa paterna, marusas, costales y latas con encomiendas de las tías. Los Riberas sentían aún nostalgia por las cosas de la Cordillera. Todavía en su lujosa mesa de Caracas, alternaban, con los platos al uso en la capital, las arvejas sazonadas con ají de leche y las lustrosas arepas de harina, que recordábanles la dieta familiar de sus antiguos tiempos provincianos. Alfonso Ribera había sido requerido por sus padres para que les llevase estas golosinas, y con ellas, plantas y aves, que mantendrían en el amplio jardín de la casa de las Mercedes el recuerdo saudoso de la tierra natal.

Isidro Calderón se llamaba el peón que había venido desde Mérida conduciendo el arria a cuyas espaldas era transportado el extraño equipaje de Ribera. Isidro Calderón estaba a la puerta del Hotel Haack en espera de la llegada del altivo patrón. Isidro era un moreno de alegre cara y de buen porte, que durante toda la vida había trabajado en La Otra Banda con los Riberas. Más que a negro, Isidro tiraba a indio, e indios eran llamados en lengua familiar estos resignados peones, en cuyo primitivo troquel fisonómico se fue imponiendo, por los distintos cruces, un tipo que más recordaba la sangre del aborigen que la esclavizada raza africana. Isidro era nieto de unos viejos esclavos del

bisabuelo de Alfonso, quienes, al decretárseles la libertad en 1854, resolvieron quedarse trabajando como peones libres en la tierra de los antiguos amos. Muchos otros esclavos hicieron lo mismo. Recibieron la libertad, pero no estaban en condiciones de sentirla. Menos en condiciones de gozarla. El régimen social imperante no les permitía valorarse a sí mismos como personas. ¿Qué iban a hacer ellos sin tierras? Su vida plenamente vegetal. El proceso venal de pasar de unas a otras manos, sin opinar siquiera sobre su destino, los había convertido en mera cosa de comercio y de trabajo. Sobre la tierra vivían más en función botánica que en función humana. En su barro infeliz pareciera que no hubiese anidado aún el espíritu. Eran apenas exponentes angustiosos de un monofisismo telúrico. Ellos pertenecían a la tierra, al igual de las acémilas y de las escardillas. Ellos eran instrumentos y no agentes de la producción agrícola. Y allí se quedaron, trabajando para ganar un miserable salario y para engendrar nuevos peones, que los sustituyeran en el laboreo de la tierra de los amos. Había cambiado apenas la relación legal que los unía con los señores. No eran esclavos del dueño, sino siervos de la tierra. No se les vendía por sus nombres. Se les vendía como semovientes de otra lámina. Esclavos siempre, prosiguieron mirando en el señor una especie de protector divino, que les permitía vivir. En el señorito veían, a la vez, al obligado galán que fecundaría a sus hijas resignadas. Desde el año 1854 hasta aquellos años que frisaban con el 1920, poco, por si no nada, había variado la condición humillada del peón agrícola. Mera cosa adherida a la tierra, en aquellas regiones de la Cordillera había llegado a llamarse "arrendado" al capataz, a quien se entregaba a medias el cuidado de una hacienda. Arrendado él, en lugar de la tierra. ¡Sí! Arrandado a la tierra, como si ésta fuera el sujeto activo del vínculo contractual y él la cosa que se le sumara para la eficacia de la producción.

A este estirpe dolorosa de hombres, destinados al servicio humillado de los terratenientes sin reflexión humana, pertenecía el simpático peón que cuidaba el abigarrado equipaje de Alfonso Ribera.

–¿Y yo tendré que aguardar acá también? –preguntó con voz timida al patrón el indio Isidro.

–¿Pues creeis que podés dejarme la carga aquí no más, pedazo de bicho? –preguntó a su vez, con molesto y desabrido tono, el malhumorado Alfonso.

–Yo no lo dicía por dirme a la tierra, sino por si era de la voluntá de vusté que siguiera yo a Motatán endenantes suyo –respondió con humildad Isidro.

–¿Y qué otra cosa pensás, so bruto? –agregó Alfonso–. De seguro que no habés regado las matas y que no habés dado de comer a los pájaros. Ahora mismo voy a mirarlos con mis propios ojos.

–Por mano de pilón se murieron en el paso del páramo dos capitanegras. Se les coló el frío por una rendija de la chamarra que tapaba la jaula –comunicó al patrón timidamente el bueno de Isidro.

Concluída la breve plática con el peón del arria, Alfonso Ribera se fue a la habitación, y después de rasurarse y de tomar el baño, se tiró sobre la cama para estirar los cansados huesos. Antes había ordenado al sirviente del hotel que llevase al Telégrafo el siguiente mensaje:

Srta. Elisa Govea.

Mérida.

Llegué bien. Pensándote siempre. Tristísimo por tu ausencia.

Saludos a la familia.

Tuyo, Alfonso.

El telegrama lo traía escrito desde Mérida. Como él se sabía mal calígrado y como tampoco lo ayudaba la ortografía, se hizo redactar el telegrama la víspera del viaje por una de las primas.

* * *

Cuando Alfonso Ribera salió al recibo del hotel, fue advertido de la presencia de una persona que deseaba verlo. Se trataba de Arístides Ayesta, jefe de la estación telegráfica, a quien el viejo Govea había

pedido que visitase y atendiese a Alfonso a su paso por Valera. Ayesta, tras de recibir el mensaje de Alfonso para Elisa, se fue a visitar a Ribera.

–¿El señor Ribera? Soy Arístides Ayesta, amigo de don Baltasar Govea, quien me ha pedido atender a usted a su paso por aquí.

–Mucho gusto, señor Ayesta; me apena que se haya molestado por mí. Le ruego tomar asiento.

Arrellanados en sendas mecedoras, Ribera y Ayesta iniciaron la tonta rutinaria conversación de dos personas que se encuentran sin interés ninguno en atenderse y en servirse.

–Muy buen viaje, señor Ribera –agregó Ayesta– Para usted, sin embargo, habrá sido un fastidio encontrarse con el cambio de itinerario. Justamente lo comunicaron ayer.

–Sí, señor; un gran contratiempo. ¡Hombre, y ahora caigo en cuenta de que no dije nada para Mérida del cambio! ¡Si usted me hiciera el favor de decírselo a don Baltasar!

–Ya me adelanté, señor Ribera. Cuando recibí su telegrama para la señorita Govea, dije a don Baltasar que usted se quedaría tres días aquí.

–Es un abuso hacer esos cambios tan bruscamente. Yo que estoy loco por llegar a Caracas.

–¿No quisiera usted, señor Ribera, que fuésemos al Club del Comercio, que nos queda tan cerca?

–Con mucho gusto, y después regresamos a comer juntos. –Encantado, señor Ribera.

A una cuadra del Hotel Haack y en el piso alto de un hermoso edificio mercantil, tenía su sede el viejo Club del Comercio, fundado a fines del

siglo XIX, cuando Valera aún conservaba el gran movimiento comercial que hizo de la población un centro de cita de los viajeros de la Cordillera. Con la llegada de la línea férrea al vecino pueblo de Motatán, muchas casas de Maracaibo, que tenían sucursales en Valera, trasladaron sus negocios a la nueva estación ferroviaria. En la última década del siglo pasado, la ciudad reunía una serie de personas influyentes y preocupadas por su progreso y su cultura. El Club se estableció, no sólo como lugar de entretenimiento a base de billares, naipes, ajedrez y dominó, sino como centro de cita amable y de ilustrativa lectura. En los escaparates de cristal, los lujosos libros son aún testimonio del gusto y de la orientación el gran movimiento económico-social, que terminó por dar a Valera el primado de la industria y de la iniciativa creadora en el Estado. En las paredes de las grandes salas del Club, los retratos de los fundadores hablaban a los jóvenes de la preocupación de los mayores. Si alguien se acercase a cualquiera de los armarios y abriese al azar algunos libros, encontraría textos en alemán, en francés y en italiano, como recuerdo de la aportación fecundísima de las antiguas colonias forasteras, que sumaron su esfuerzo para la construcción de la patria nueva. No eran aquellos simples aventureros, venidos en pos de riqueza para el pronto retorno a los nativos lares. Ellos, al llegar a Venezuela, quemaron las naves del regreso y se juntaron con los criollos para la formación de la riqueza, de la familia y de la cultura.

Después que Ayesta pidió el libro de presentación de transeúntes y que hubo hecho la de Ribera, se acercó a la sala de billares y presentó a su amigo con el pequeño grupo de mirones, dedicados a platicar en uno de los extremos de la sala.

–Ribera, mucho gusto.

–Jelambi, encantado.

–Terán, a sus órdenes.

–Troconis, mucho placer.

–¿De Mérida? –preguntó uno de los circunstantes.

–Sí, señor; acabo de llegar. Vine para seguir mañana a Motatán, pero tendré que pasar aquí tres días por el nuevo itinerario de los vapores.

–¡Magnífico! Así nos dará oportunidad de atenderlo, señor Ribera. Ustedes los merideños siempre pasan de carrera por Valera y nos privan del gusto de agasajarlos.

–Muchas gracias. Son ustedes muy amables –agregó complacido Alfonso Ribera.

Mientras se desarrollaba la animada plática de los mirones, quienes tomaban cerveza a cuenta del que resultase perdidoso, los campeones porfiaban en ganarse tantos mutuamente.

Se trataba, en verdad, de dos jugadores que gozaban de gran fama en la ciudad. Miguel Ignacio Rosales ganaba, sin embargo, tanto en destreza a su contendor Julio Parilli, que para igualarse había convenido en darle la cangreja. Pese a la extraordinaria ventaja, logró Rosales anotarse de un golpe treinta y ocho carambolas, con las cuales alcanzó la meta de ochenta en que estaba fijada la partida.

Risas, aplausos, abrazos, felicitaciones, sin que faltase el regocijado aplauso del perdido Parilli, cuyo señorío natural le enseñaba, como es ley de caballeros, el saber perder.

Terminaba la partida, Ribera concertó con el grupo de amigos reunirse al día siguiente a las once de la mañana, para echar algunas carambolas. Se estrecharon las manos y Ayesta y Ribera tornaron al Hotel Haack.

* * *

En la alegre tertulia del Club del Comercio, Juan Labastida y Miguel Troconis convidaron a Alfonso Ribera para ir esa tarde a la ciudad de Trujillo. Desde principios del año, se viajaba a la capital por la nueva vía carretera. No circulaban todavía muchos automóviles, pero existían más

de diez coches en servicio público. *Forcitos* de altas ruedas, capota plegadiza y encendido delantero, eran solicitados con antelación de días por las personas interesadas en viajar a Motatán o a la ciudad de Trujillo. No faltaba, tampoco, uno que otro carro de lujo, que llamaba la atención al público y que era motivo de orgullo para sus afortunados poseedores.

Después del almuerzo. Labastida, Troconis y Ribera tomaron el auto a la puerta del hotel y emprendieron viaje hacia la capital. Su poquitín de miedo daba el paso del Motatán hacia Carvajal, ya que el macizo puente, arrastrado por las crecientes feroces de 1916, había sido sustituído apenas por un puente ligero de madera. La primera velocidad era poca para obligar al carro a subir las penosas regresivas, trazadas al ojo, que precisaba dominar. De Carvajal a Pie de Sabana, el carro aprovechaba los suaves niveles de la larga mesa, desde la cual se contemplaba a la otra margen la hermosa planicie de Valera, con las siete pequeñas colinas, tomadas de motivo para llamarla la Roma de Motatán. La ciudad, bien trazada a cordel, extendía sus construcciones vertiginosamente hacia los vacíos que la circundaban: el Llano de San Pedro, Pueblo Nuevo, el Bolo y la Gallera. Hacia abajo, las vegas anchas y verdeantes de los cañamelares, destinados en el futuro a ser poblados residenciales. "Valera, valerá", decían los viejos que intuyeron el porvenir de la población asentada en el rico caserío, donde a fines del siglo XVIII sólo había modestas posadas para el descanso obligado por el cruce de los caminos de Mendoza, Escuque, Motatán y Trujillo. En documentos del siglo XVI se describe la mesa como propiedad adquirida por el conquistador Marcos Valera en la composición que hizo el Gobernador Don Diego Osorio. Hasta que se fundó, alrededor de 1885, la población ferrocarrilera de sabana de Mendoza, Valera era el benjamín entre los pueblos del Estado. Con su juventud, mostraba un ímpetu extraordinario y un afán de incontenido progreso, que erróneamente llevó a alguno de sus hijos a creer que, para su coronamiento cívico, necesitaba Valera despojar a la vieja Trujillo de sus títulos de capitalidad. Celos y resquemores duraron hasta la hora grata en que la fácil comunicación carretera abrió nuevas vías de inteligencia constructiva entre la ciudad matriz de la trujillanidad y la joven ciudad, que supo comprender cómo en su heráldica la rueda dentada y la humeante chimenea son piezas

frescas, con nobleza tanta como los plumajes que adornan la cabeza de los conquistadores y la cabeza de los indios, sobre cuyos hombros se trasladó de uno a otro sitio el *sancta sanctorum* de la andariega Trujillo.

La tranquilidad relativa que hasta Pie de Sabana garantizan los niveles del camino, disminuía cuando la carretera se desviaba en busca de la meseta de Cabrita y de Chipuén. Allí la mecánica cedía ante la imperfección de la ruta y para remontar la cuesta, precisaba que los viajeros echasen pie a tierra y sumasen su fuerza muscular a la escuálida potencia de los caballos del motor,. Superado el paso de Chipuén, aparecía el enchuroso Jiménez, cuya falta de puente sometía su paso a la volubilidad de los vados. Cayendo ora en una saltaneja, recibiendo entonces los golpes de las pequeñas piedras movedizas, deteniéndose el chofer para enarenar algún bache peligroso, al fin llegaron al pueblo de Pampanito, donde se abrían otra vez los cañamelares y apuntaban de nuevo sus estrellas blanquecinas los cafetos en flor.

Maravillosa tierra de agricultura, su excelencia movió a pensar que la región de Pampán y de los Pampanitos derivase su nombre de la reduplicación de cosechas ofrecidas por el rico suelo, donde el maíz y la yuca crecen y rinden como si fuesen cuidados por los ángeles de San Isidro. Tierra de pan y pan, tierra de hartazgo, allí el hambre no tendría derecho a reclinarse, si hubiera un racional sistema de distribución del suelo y si el campesino tuviese la debida protección del Estado para el desarrollo de sus energías. Pero, ¡ay, la recluta, el comisario, el comerciante sin entrañas, el cagatinta al servicio del acaparador, hacen un frente poderoso, ante el cual nada valen los naturales derechos de los hombres humildes!

Al ganar La Concepción, donde se abre la vía que va a Monay y a Lara, ya se oye el ruido alegre y juguetón del río Castán. Luego, El Prado, Las Aguaditas, Tucutuco, La Morita, La Plazuela. Tierra dulce de cañas, de pastos, de maíz y de café. Camino poblado de casitas risueñas, pintadas de blanco, con zócalos azules, y casas grandes, algunas de dos plantas y vistoso balconaje, que acusan la riqueza de sus dueños. De las casas y de los plantíos brota una tierna sonrisa de fiesta, por donde se atempera la

austeridad berroqueña con que lucha el camino. ¡Cómo cantaron sobre la piedra los picos tercos y sudorosos, cuando ampliaban para el paso del automóvil el temido precipicio de Tucutuco! En los altos árboles, las chicharras sostienen la nota estridente de su monótono canto. De La Plazuela parte hacia Boconó el camino por donde bajan las grandes recuas cargadas de café. Desde La Plazuela hasta las Aguaditas se extendían las vegas de verde y temblorosa yerba, para el pienso de las bestias que pernoctaban en aquellos sitios. La región era rica por el movimiento de viajeros. De La Plazuela hacía arriba el camino se hacía más sombroso. Caña y café, y el río que cantaba su canción imperturbable. Los bucares y los guamos de las sombras del cafeto daban aspecto majestuoso a la vía. Un poco más de esfuerzo de la máquina y los viajeros estuvieron en La Otra Banda, barrio de gente alegre y trabajadora, que por sencilla devoción a la letra burlada del Himno Nacional gustaba llamarse el Bravo Pueblo.

Los viajeros llegaron a Trujillo con el atardecer.

–¡Un carro de Valera! –gritaron los pilluelos, a quienes aún curioseaban los automóviles, apenas con data de tres años en la ciudad.

Para que Alfonso Ribera conociera a Trujillo, ordenaron al conductor que siguiese hasta la Chiquinquirá, por la calle de la Independencia, y después de llegar a la esquina del Padre Torres, retornaron, para cruzar por la Plaza Carrillo, frente al Hospital, y bajar por la calle de la Regularización. En la esquina del Sol, torcieron hacia el Matacho, rodearon La Candelaria, volvieron a la esquina del Sol, fueron a la Cruz Verde y de ahí bajaron a tomar la carretera, para volver a entrar a la ciudad por el callejón de las Monjas y dirigirirse a la esquina de los Muñecos.

–¿Y esto es la ciudad? –preguntó Alfonso Ribera a los amigos, cuando el carro aún rodaba.

–Esto es Trujillo. Lo demás, hay que caminarlo a pie: la Quebrada de los Cedros, Hoyo Caliente y el Cerrito –respondió Labastida.

–No creí que fuera tan pequeña; en cambio, se ve limpia y le luce como a Mérida la yerba del empedrado.

En la esquina de los Muñecos había una alegre tertulia.

–¡Deténgase! –ordenó Miguel Troconis al chofer– Bajemos para saludar a estos amigos –dijo luego a sus compañeros–. Esta es la godarria de Trujillo, amigo Ribera.

Se hicieron las presentaciones y se cruzaron los saludos entre los conocidos.

–¡Qué bien que venga a visitanos! –dijo a los recién llegados el grave don Santiago Rodríguez.

–Quisimos que nuestro amigo don Alfonso Ribera, quien está de paso para Caracas, viniese a conocer la capital –respondió Labastida.

–¿Y qué tal le parece Trujillo al amigo Ribera? –preguntó con voz autorizada el imponente político, escritor y abogado de gran fama en el Estado, doctor Cándido Montilla.

–Es una ciudad pequeña, pero simpática –respondió un poco temeroso el forastero.

–Sí, señor –le interrumpió el doctor Montilla– Trujillo es una ciudad pequeña, pero de casas grandes. Cuando se fundó la ciudad, se hizo un pueblo firme, un pueblo para siempre. Aquí se vive hacia adentro. Los trujillanos buscamos crecer hacia arriba y no de lado. En esto se parece Trujillo a Mérida. Ciudades introvertidas ambas; Valera es lo contrario. Valera es extrovertida. El clima y el variado origen de sus pobladores, la aportación de los extranjeros, su situación de encrucijada del Estado, hacen de ella lo contrario de Trujillo. Nosotros, en este nuestro "cajón sin tapa", vivimos una vida apacible, sosegada, que nos fuerza a ver hacia dentro, porque los cerros quitan contorno a la mirada. Pero sepa usted, señor Ribera, el forastero que prueba a Trujillo, aquí se queda. Y que lo diga el amigo Sierra.

–Yo deseaba conocer a Trujillo hacía mucho tiempo, pues mi familia tiene parentela con gente de acá. Mi abuelo también estuvo aquí algún tiempo establecido y en mi casa se habla a veces de la gente vieja de acá –respondió Ribera.

–¿Y cómo está el progreso en Mérida? –preguntó con gran interés don Isidro Briceño.

–A paso de morrocoy. No se hace mayor cosa. Tenemos carretera hasta Ejido y nada más. No tenemos acueducto y nos faltan cloacas. El Estado es pobre, usted sabe.

–Pues acá nosotros le vamos a echar macadam a las calles; como la población es pequeña, nos costará poco –agregó Briceño.

La tertulia se fue disolviendo lentamente, y Briceño, Adolfo Carrillo y Carlos Sierra invitaron a los visitantes a pasar al vecino Club "24 de Julio".

En la esquina del Sol, en una de las más hermosas casas de Trujillo, tenía su sede el flamante centro social. Hecha la presentación de los transeúntes, tomaron asiento cerca de las mesas donde se jugaba al dominó y pidieron una ronda de brandy.

–Este club nuestro está comenzando, señor Ribera –dijo don Carlos Sierra– Lo instalamos apenas el año pasado. El de Valera nos aventaja en mucho.

–Si ustedes vieran el nuestro, señor Sierra –interrumpió Ribera– Lo llaman el "Club de los Dispépticos", porque no se toma sino bicarbonato de soda y agua de Seidlitz.

–¡A diablo!; no me friegue con su cuento –exclamó don Isidro Briceño, mientras se atusaba el frondoso bigote.

–¿Cuándo regresan a Valera? –interrumpió Carrillo.

–Pues ahora mismo –respondió Labastida.

–¿Y sin comer? No, no puede ser. Ustedes deben quedarse a comer con nosotros y después de la comida nos reunimos aquí con algunas muchachas y regresan en la noche. Hay buena luna. Creo que de mañana a pasado será la llena –interrumpió don Carlos Sierra.

Convinieron los amigos, y Sierra y Briceño llamaron a unos jóvenes que se entretenían tocando o escuchando la pianola, y les encomendaron que fuesen a invitar de parte de ellos a dos o tres familiares de la ciudad, para ir a las nueve de la noche a tomar helados en el Club.

–Es bueno que el amigo Ribera dé otra vuelta a la ciudad mientras dura el sol, para que así se lleve de ella una mejor idea. Como en el carro cabe otra persona, podría ir con ustedes Adolfo Carrillo, mientras don Isidro y yo vamos a ordenar la comida en el Hotel de la Cruz Verde.

El auto arrancó hacia la Calle Arriba, mientras Sierra y Briceño se encaminaron al cercano Hotel.

–Este Ribera es gente importante de Mérida y es conveniente que se lleve una buena impresión de nosotros –dijo Briceño al amigo Sierra–. Además, tú sabes que el padre de él tiene vara alta en la política.

–Por supuesto, para eso somos gente decente y prevenida– agregó don Isidro, con entusiasta y autorizada palabra.

A las doce de la noche el carro arrancó hacia Valera. Trujillo estaba envuelto en luna y en silencio. Cerca del Puente Carrillo, en las inmediaciones de la carnicería, eran más densos los ladridos de los perros. La carretera se deslizaba suavemente hasta La Plazuela. Dejado el sombraje de los altos bucares, los grandes tablones de caña se abrieron como estanques blanqueados por la luna. El silencio sólo era interrumpido por el alarido de la aguda sirena del automóvil. Nada se movía en medio de la callada soledad del camino. Cuando el claxon sonaba, de la tierra alunada se levantaban las inmensas manchas de las vacas y de los burros, echados libremente en la vía. Los gallos cantaban afanosamente como deseosos de anunciar el alba. Los borococóes, asustados y borrachos de sueño, graznaban lúgubremente y trazaban de uno a otro

árbol la torpe parábola de su vuelo desairado. De vez en cuando cruzaban veloces la vía, como luminosos bólidos rastreros, los asustados sucumbaces.

–Agradable la gente de Trujillo –dijo a sus compañeros Alfonso Ribera.

–Hay gente fina y buena –agregó Labastida– a veces un poco encogida y recelosa, sin que falten personas que se crean saludadas de la Virgen.

–¿Y no dicen los trujillanos que ésta es la tierra de María Santísima?

–De María Santísima sería todo el Estado. En Trujillo lo que pasa es que la gente todavía se siente con la levita y el pumpá encima –interrumpió Troconis en tono festivo.

Entre la alegre plática y frente al variado paisaje de los campos y de los cerros cubiertos de luna, el trayecto no se hizo sentir y en breve tiempo estuvieron los paseantes frente a la ancha mesa de Valera.

–Mire usted ese pueblo, mire usted esas vegas, amigo Ribera –dijo con voz entusiasta Labastida.

Al frente tenían la maravillosa mesa de Valera. Abajo, como escaques de un milagroso tablero, las parcelas rectangulares de las grandes siembras de caña; arriba, las luces de las casas parecían prolongarse hasta la falda de los montes, cuyas altas crestas hundíanse en las espesas nubes, que al descender, dejaban en su plena, profunda, clara inmensidad al cielo. A medida que bajaban la empinada cuesta, se comenzó a escuchar la voz sonora del poderoso Motatán, cuya corriente a la luz de la luna se deslizaba como si fuera un río de plata embravecido...

X

En la estación ferrocarrilera de Motatán volvieron a encontrarse el Padre Contreras y Alfonso Ribera. No hicieron el viaje juntos, porque el Padre había sido invitado a decir la Misa del domingo en La Cejita, desde donde le resultaba más corto el viaje. Había revuelo de gente y gritos de empleados, que delataban la vecindad con la cultura incipiente de la máquina. Tierra de verdad caliente y empatada ya con el mundo exterior, Motatán presentaba intensa agitación febril. Hasta allí llegaba la pesadez antigua, el reposo y la mesura de la selva, donde, también, comenzaba a meterse el automóvil. En Motatán se iniciaba una vida que miraba el progreso y a la novedad del exterior.

Antiguo pueblo de cacaotales y de caña, Motatán fue erigido en parroquia eclesiástica a fines del Setecientos. Un siglo después, llegaban hasta él los binarios del Gran Ferrocarril de La Ceiba, el cual, durante su primera etapa, apenas alcanzaba hasta la población de Sabana de Mendoza. La empresa ferrocarrilera se constituyó con capital nacional, así hubieran contribuído a integrarlo firmas extranjeras de la plaza de Maracaibo y fuera así su promotor don Andrés Roncajolo, en cuyo recuerdo había dado la empresa el nombre de Roncajolo a la estación de Motatán y también a la humeante locomotora de leña, en aquel momento presta a arrancar hacia La Ceiba.

Cuando se constituyó la compañía ferroviaria, participó como accionista el Estado Los Andes, cuyos títulos pasaron a Trujillo, al liquidarse en 1899 la unión andina. Las acciones del Estado fueron dadas en prenda para atender urgencias de política y más tarde entregadas al acreedor. La empresa había pasado a ser absolutamente controlada por los comer-

ciantes de Maracaibo y apenas, para dar cumplimiento a su acta constitutiva, se celebraba en la ciudad de Trujillo la asamblea anual de rendición de cuentas.

Al comenzar a correr los trenes en el Siglo XIX, la gente de Los Andes escuchó el agudo silbato de la locomotora como anuncio de una onda de verdadero progreso. Las empresas ferrocarrileras de capital extranjero fueron protegidas con garantías que estimulasen la acción creadora del capital. Se pensó que si bien los réditos del capital salían hacia Europa, la línea férrea arraigaba hasta constituirse en bien nacional y que a su vera se levantarían, a la vez, centros de población a donde convergirían los productos de la agricultura deseosa de mercados. El ferrocarril de La Ceiba se quedó, sin embargo, achantado en Motatán, pese a los grandes esfuerzos que la población de Valera hizo para que la enrieladura fuera hasta ella extendida. La compañía que lo explotaba poco se cuidó de su progreso, ante la amenaza representada por el anuncio de la carretera, que desviaría hacia Puerto Cabello y Caracas parte del comercio que tenía salida por el Lago de Maracaibo.

En el andén de la estación, Alfonso Ribera y el Padre Contreras entraron en comunicación con amigos comunes que hacían la misma vía. De Valera iba don Fulgencio González, con su señora, doña Elvira, y sus hijas Mary y Hortensia; viajaba también el doctor Helímenes Piedra, médico maracaibero, desde largo tiempo establecido en la Sultana de Motatán; de Boconó había bajado don Fulgencio Henríquez, del alto comercio de aquella plaza, viajaban, también, el Bachiller Augusto Bastidas, conocido institutor valerano, y el señor Hans Wolf, viajero de la Beckmamn. A saludar a Rivera, se abalanzó don Henrique Landi, del comercio de Valera, quien se ocupa en dirigir un grueso embarque de café para Maracaibo.

–Supe que usted estuvo en Valera –dijo Landi a Ribera–, pero cuando fuí a saludarlo al Hotel, me informaron que andaba por Trujillo y después tuve que venirme a mis almacenes de Motatán, para disponer el despacho a Maracaibo de un lote de cafe.

–Sentí no estar cuando usted fue, don Henrique, y le agradezco mucho su atención. ¿Conoce usted a mi amigo el Padre Contreras?

–Nos conocemos hace algún tiempo –respondió el sacerdote–. ¿Cómo está usted, señor Landi– Preguntó fríamente al fachendoso comerciante mientras le extendía la mano.

Landi respondió el saludo con fingida cortesía, que en nada desentonaba con la gran prosopopeya que se gastaba habitualmente. La presentación de los desconocidos la había hecho Arístides Ayesta, quien quiso bajar con Ribera hasta Motatán. Bien relacionado con el comercio de la población, a Alfonso Ribera fue fácil arreglar rápidamente por sí sólo el problema de su Arca de Noé. Pájaros y plantas habían sido ya recomendados de manera muy especial al inspector de carga y con su impedimenta ya metida en los vagones, Alfonso Ribera se ocupó en despedirse cariñosamente de su fiel asistencia Mauricio Dugarte y del indio Isidro Calderón. El indio extendió humilde y temoroso la punta de los dedos para despedirse del patrón. Alfonso Ribera no vió el tímido movimiento del indio y puso sobre su hombro la mano fuerte, en testimonio de cariño y de dominio. *Servus ad manus.* El afecto que el señor pueda tener para su siervo, ha de hacérselo sentir como testimonio de protección y señorío. El apretón de manos indica una relación de igualdad. Cuando hay, en cambio, mayor confianza y más cariño, el patrón echa el brazo a quien le sirve. Así se despidió Alfonso Ribera de Mauricio Dugarte.

–Saludos a las viejas y pórtate muy bien, Mauricio –fueron las últimas palabras del autorizado Alfonso para su constante, diligente, inseparable compañero de caminos y aventuras...

* * *

Cuando el jefe de estación dió orden de partida, la humeante locomotora lanzó el último estridente aviso y el maquinista tiró de la cuerda de la campana, que coreaba el adiós del penetrante, agudísimo silbato.

Los viajeros sintieron un vuelco de conciencia, anunciador del cambio profundo sufrido por la ruta. Hasta aquel momento, de Mérida, de

Boconó, de Escuque, de Montecarmelo, habían hecho la vía sobre ágiles cabalgaduras. En los altos riscos, al borde de los grandes precipicios, sobre la blanda travesía de las praderas y las mesas, los hombres se sienten cercanos a la realidad mitológica del centauro. Sobre el lomo de las bestias, el jinete atrevido realiza la fábula de los seres, mitad hombre y mitad cuadrúpedo veloz. Cinco mil años de historia han hecho los hombres a caballo. Alzados sobre briosos corceles subieron a la gloria Alejandro, César, Carlomagno y el Cid. A Don Quijote, como a cándido niño, le inventaron los Duques un caballo de palo para que alcanzase con las manos los niveles de la fantasía. Cuando el español llego a Venezuela, sentó plaza junto con los ágiles corceles. Los indios, más fueron vencidos por el miedo a los caballos, que por el temor al arcabuz. La conquista se hizo a caballo. Sobre el lomo de los raudos caballos se metieron, también, en la Historia los héroes que formaron la Patria independiente. Sobre el caballo irguió su señorío pacífico el antiguo dueño de esclavos y el poderoso propietario de tierras. La Venezuela antigua confío su destino al remo de las bestias, que tanto soportaron a los guerreros cuanto guiaron el largo vagar de los peones encargados de apacentar a las grandes vacadas. En la punta del escudo de armas de la República, un blanco caballo, –ora inmóvil– ocurre como símbolo de libertad e independencia.

Cuando los jinetes llegan a la estación ferroviaria, las bestias son devueltas con las bridas baldías a las caballerizas lejanas. El tren ha cambiado el destino del hombre de la montaña. El tren es la rueda y el vapor. El tren es la fuerza mecánica sometida al nuevo señorío del capital. El señor desaparece para ser absorbido por un sistema nuevo de producción de riqueza. La lentitud ha sido reemplazada por la premura. Todo lo que tiene rueda ha de volar. Sobre la rueda del tren, sobre la rueda del automóvil, el hombre de Venezuela comienza a sustituir el reposo antiguo por un vértigo de mudanza. El viajero que bajó hasta la estación sobre el manso lomo de las cabalgaduras por sus manos expertas, es arrastrado ahora por los anónimos caballos de fuerza de la locomotora. Se hunde el hombre en el mar sin riberas del orden de la máquina, sin advertir que este bienestar, que esta comodidad, que este descanso de sentirse movido por otros mientras él no hace ningún

esfuerzo, desemboca, a la postre, en el sometimiento de todas sus fuerzas y de todas sus iniciativas al imperio de la misma máquina que hoy mira a su servicio.

Sin que la mente de los pasajeros se alzase a estas reflexiones, todos sintieron, sin embargo, que algo había cambiado en ellos cuando tomaron asiento en las poltronas del tren. Ya por el solo hecho de viajar se estaban mudando a sí mismos. En cada curva del camino el viajero deja algo suyo. Una idea, un sentimiento, un rencor, una esperanza. Viajar es morir y nacer de nuevo. El que viaja comprende, con Heráclito de Efeso, que no pasa dos veces la misma agua por debajo del mismo puente. Pero cuando se salta del lomo de la bestia pausera a la plataforma del rápido tren, el viajero siente que le brotan alas en los pies y que la pesadez antigua ha regresado con las rutiadas cabalgaduras, para recogerse en el marco del muerto paisaje dejado a la espalda.

En el vagón de primera había alegría, explosión de palabras, ruido de charla entusiasta. A través de la ventanilla, los pasajeros miraban correr las sementeras. Ancha, cuajada de verdura, la tierra llana se abría a los ojos atónitos de quienes por primera vez hacían la vía. El aire cálido y el humo de la máquina molestaban a quienes se atrevían a rodar los cristales.

Alfonso Ribera había tomado asiento a la par del Padre Contreras y luego pegaron la hebra de la alegre conversación que se traían desde Apartaderos.

–Noté que usted saludó con mucha frialdad en la estación al amigo Landi –dijo Ribera al sacerdote.

–No es persona de mi agrado –respondió el Padre Contreras.

–Yo he oído decir que es hombre muy correcto y de mucha valía en Valera –arguyó Alfonso.

–Lo de la valía, pase; lo de la corrección, no. Yo conocí a ese sujeto cuando estuve sirviendo en el Estado, y conozco también el origen de su

riqueza. Crea usted, amigo Ribera, que pocas veces he visto formarse una fortuna de modo más turbio. Por acá hubo una gran escasez de comida, no recuerdo en qué año, creo que por 1912. Una manga espantosa de langosta, que fue a dar a Torondoy y a la Tierra Llana, destruyó todos los sembrados menores. A poco empezó el hambre a hacer de las suyas, sobre todo en los campos. No había nada qué comer y los pobres campesinos recurrieron a aprovechar hasta las cepas de plátano. La gente comenzó a morir y las ciudades se vieron minadas de verdaderas hordas de gente famélica. El maíz, que es el pan universal de estas regiones, se fue a las nubes y su amigo Landi comenzó a adquirir grandes lotes y a guardarlos para aumentarle el precio.

–Pues eso es correcto, Padre. El comercio se hace sobre la base de la ganancia –interrumpió Ribera.

–Según y cómo, mi amigo. El precio no puede sobrepasar el límite de la justicia. Landi abusó de la miseria, Landi aprovechó sus posibilidades monetarias para acaparar el poco maíz que se producía en la región y para traerlo de Lara y de Falcón. Si hubiera habido un gobierno preocupado por la suerte del pueblo, habría comprado el maíz y lo hubiera distribuido entre los detalladores para su venta a un precio justo. No hubo interés del gobierno por el pan del pueblo, y el señor Landi aprovechó el hambre de los necesitados para enriquecerse.

–Perdone, Padre; pero yo no encuentro nada malo en eso. El comerciante trabaja para ganar –volvió a interrumpir Ribera.

–Pues eso, mi estimado amigo, no es ganar, sino robar. El comerciante puede buscar una lícita utilidad por su trabajo de intermediario entre el consumidor y el productor; pero, cuando la ganancia rompe los límites normales, roba al uno o al otro, por si no a los dos. Me dirá usted que el comprador paga como le plazca su capricho; pero el pan no es capricho, don Alfonso. El que especula con el hambre de los pobres, si aquí no recibe su castigo, por falta de una legislación justa, en la otra vida tiene seguro el Infierno.

–Bueno, bueno, Padre; no creo yo que los comerciantes estemos condenados porque nos hagamos ricos; eso no sería justo tampoco –redarguyó Ribera.

–Ganar, santo y bueno; pero siempre y cuando la ganancia no envuelva un robo, como las ganancias de su amigo Landi –concluyó el Padre Contreras.

El tren comenzó luego su rosario de estaciones. A la entrada de las grandes fincas de cañas o de pastos, se detenía la máquina. Subían o bajaban el señor, los peones o los frutos. Cuando no para recibir gente o bultos, la máquina se detenía para tomar agua y para reforzar el depósito de leña. Los antiguos bosques habían sido talados de acuerdo con las diversas contratas que la empresa había ido celebrando con la Nación, con el Municipio o con los particulares dueños de los bosques. La máquina pedía alimento de madera. Se progresaba en el orden de la mecánica, pero se destruían, sin ser sustituídas, las grandes reservas arbóreas de la nación.

Hacia la costa del sur, pronto empezó a disminuir la serranía y comenzaron a divisarse los primeros retazos de sabana. En los anchos pastizales se advertía el lento movimiento de las manchas de ganado. Las tierras bajas que atravesaba el ferrocarril se juntaban al sur con los Llanos de Monay. Tierras ricas, de gorda capa humífera, que antes de ser tomadas por el paludismo constituyeron verdadera fuente de riqueza para los vecinos de Trujillo. Célebre en la historia económica de la región fueron los llamados Llanos de Cornieles, vinculados a principios del siglo XVII al famoso Mayorazgo de aquel apellido, quizás el más rico en toda Venezuela, y los cuales, después de haber caído como bienes propios bajo el dominio del Municipio de Trujillo, fueron adscritos al capital de su Colegio. Cuando Guzmán Blanco convirtió en deuda pública el patrimonio de las Universidades y de los Colegios, aquellas ricas tierras pasaron a ser propiedad de particulares, que las compraron a bajísimo precio, al amparo de las mismas complacencias que continúan enriqueciendo a los paniaguados de los gobiernos irresponsables.

Aunque los vidrios de las ventanillas fueran cerrados, luego el humo empezó a dejar su ruinoso polvillo en el traje de los pasajeros. Sobre todo, las damas se afanaban por el estropicio que padecían sus flamantes vestidos. Las señoras novatas miraban el viaje en tren como una

aventura elegante. Al llegar a Motatán, se habían apeado en algunas de las pequeñas posadas, para cambiar de indumentaria. Al vagón subieron, luego, con el aire y el porte de quien se dirige a una fiesta. No empece el rigor del atavío, pronto la acre tufarada del humo y la rápida visión del mudable paisaje las obligaba a oler sales inglesas o verdes limones, a fin de evitar el arqueo a que convidaban las bascas.

El tren se abría camino con su constante estridente silbido. Tras él quedaba el humo, el humo que fastidiaba a los pasajeros, el humo que hace pensar a los filósofos y que pone a soñar a los poetas. Cuatro horas de jadeante empuje de la máquina y de penoso traqueteo de los carros, y la locomotora acortó el paso y echó a vuelo el maquinista la campana para anunciar la inminente llegada a la Estación de Sabana de Mendoza.

Señoras, señores y niños descendieron presurosos de los carros. Algunos pasajeros se quedaron en el pueblo; los que iban a continuar camino corrieron hacia la vecina posada, donde ya el hervido humeante estaba servido en los hondos platos. El calor era espantoso y el caldo hervía aún más. Para completar el cuadro de fuego, los pasajeros tenían contados los minutos para habérselas con aquellas viandas hechas a punto de candela. Formaba parte de la rutina del tránsito diario esto de quemarse labios y gaznate para tomar el almuerzo en Sabana de Mendoza. Con la rapidez del rayo, los pasajeros consumieron el hirviente recado y tornaron a sus asientos del tren, para seguir hacia La Ceiba.

En el trayecto de la fonda a la estación, Alfonso Ribera se acercó a los González. Guapa y vistosa la señora, pese a los ya no disimulables años; las chicas, en cambio, lucían una frescura y una inquietud capaz de conmover aún al propio Alfonso, tan metido en el recuerdo de la novia. La mayor de ellas, al entrar en plática con Ribera, le dejó saber que conocía algo de su vida.

–Usted, señor Ribera, hablando sólo con su Padre, le guarda muy bien las ausencias a la novia –díjole con los labios cargados de la más pícara sonrisa.

–Venimos juntos desde Mérida el Padre y yo, y por eso nos ha visto conversando todo el tiempo, pero veo que usted sabe demasiado de mí.

–Simplemente que ha dejado novia en su tierra, y como la novia es amiga mia, ya verá usted que me interesa su vida, señor Ribera.

–Motivo más para que usted me sea simpática –le respondió complacido Alfonso– ¿Y dónde conoció a mi novia?

–Pues hace dos años en Maracaibo, y anoche en Valera me dijo su amigo Ayesta que usted viajaría con nosotras.

El agudo e insistente silbido del tren anunció a los pasajeros que en breve continuarían rumbo hacia La Ceiba. En el andén de la estación la gente se apretujaba para alcanzar la puerta de los vagones. En las aceras vecinas, los muchachos y los mayores se apiñaban en espera de mirar la salida del tren, no sólo por la curiosidad universal de ver partirse a los demás, sino, también, por un poco de la angustia de quedarse. Los que se alejan, pareciera que tuviesen un pie asentado en el campo de la esperanza. En el pañuelo que prolonga en signos de blancura el adiós de la partida, se agita el germen de un triunfo y anida un señuelo altanero de victoria.

Sonó de nuevo el pito de la máquina y el tren inició el lento camino a través de las anchas y pobres calles del poblado. Luego, la llanura verde, de nuevo el jadeo de la máquina y el agitado movimiento de los carros. A poco, todo eran lanzas de los cañaverales y de los maizales y bosques pequeños, que cubrían las tierras abandonadas e incultas. En la llanura, de bajos y resecos pastos, las vacas también sesteaban, como los pasajeros, y a su vera se acogían los recentales, asustados por el bramido angustioso de la locomotora.

El Padre Contreras, para aprovechar el silencio en que habían caído los demás pasajeros, sacó del maletín de mano el viejo Breviario. Mientras los otros roncaban o cabeceaban, él meditaba sus Lecciones y sus Antífonas. A poco, el libro se le cerró por sí solo y rodó al suelo, sin que él lo advirtiera. Roncaba, también, como un bendito el Padre Contreras. El vagón era ya un largo, profundo, continuo ronquido...

XI

¡La Ceiba! ¡La Ceiba!, anunciaron las voces entusiastas del pasaje. El viaje llegaba con el día a su término de tierra. En la pequeña estación había ajetreo de gente que esperaba y empujones de los pasajeros que descendían de los coches. Alfonso Ribera, también, encontró aquí quien lo ayudase a salir rápidamente de los menesteres del despacho de su complicado equipaje. Su llegada al puerto había sido comunicada por Ayesta al telegrafista de La Ceiba, quien no pudiendo desatender la máquina por estar solo, recomendó a un empleado del ferrocarril la atención del viajero. En poco tiempo todo estuvo listo y de los vagones salieron fardos, huacales, jaulas, cajas, sacos y báules para el vapor "Nuevo Fénix", surto en el viejo muellecito del Puerto.

La población de La Ceiba, si bien pintoresca por su apacible situación al fondo del Lago, apenas era nudo que enlazaba el tránsito lacustre con el transporte ferroviario. A principio de siglo, el puerto había adquirido categoría de primera clase. El gobierno de Castro, deseoso de halagar la región de Los Andes, habilitó para la exportación y la importación el viejo resguardo. Hubo un artificial entusiasmo en el comercio comarcano; mas, pronto, una revisión del caso y la pobreza de los muelles para el atracadero de los barcos de quilla procedentes del Norte, obligó a regresar al viejo sistema de mero cabotaje. Más tarde, voces alegres y optimistas corrieron por la región. Las tierras anchas, húmedas y verdes del Cenizo serían intensamente sembradas de caña de azúcar, para alimentar un gran ingenio, llamado a dar vida y riqueza a la región. De Caracas fue gente entusiasta a dirigir las grandes siembras. De Maracaibo empezaron a llegar las modernas máquinas del Central azucarero. De Betijoque, de Sabana de Mendoza, de Motatán, de Valera,

de Trujillo acudieron numerosos peones, animados por la halagüeña oportunidad de trabajo en el campo o en la construcción de los edificios. El ferrocarril reflejó el entusiasmo que movía los ánimos. En la propia Valera se palpaba ya el movimiento y la alegría de la gente grande, encargada de la dirección de las siembras y del montaje de la maquinaria. El ingenio llegó pronto a funcionar. Se bendijeron las ruedas y las dinamos. La caña comenzó a llorar sus mieles entre las grandes mazas de acero. Luego surgió el blanco milagro del azúcar, cristalina, brillante, menuda, como nieve de místicos portales. Pero, ¡oh destino voltario!, los suelos no habían sido correctamente catados y el azúcar carecía de la debida concentración. Pobres en sacarina las cañas, por deficiencia fundamental de la tierra, todas las esperanzas de prosperidad y de riqueza se fueron al suelo y el grande ingenio sirvió para nido de lechuzas sombrías.

Este nuevo golpe desconcertó los ánimos que habían confiado en una verdadera onda de progreso para la región lacustre. Los hombres que abandonaron las piraguas y las canoas, creyendo más útil el trabajo de las tierras concedidas en medianería, volvieron al Lago con sus redes para la pesca de la curbina.

La curbina o pescado blanco, ha sido beneficiado en la región desde el tiempo de los indios. Las grandes salazones habían servido y aún servían de puntal eficacísimo para la dieta del pueblo de Trujillo y de renglón reproductivo de su comercio. La técnica primitiva de los indios tenía aún vigencia. Abierto por el vientre el pez y bien curtido de sal su interior, se le exponía a los rayos ardorosos del sol, con lo cual se lograba la fijación de las ricas vitaminas, por donde se convertía en valioso nutrimento. Para la percepción de los arbitrios, con que el Estado gravaba esta especie alimenticia, se establecieron en Pocó y en La Ceiba sendas Fiscalías. Pingüe negocio, con él los comerciantes aumentaban la monta de sus generosos balances y el Estado llenaba en parte sus insaciables fauces; en cambio, el paciente, humilde, resignado pescador apenas recibía una mezquina remuneración por el fecundo y generoso trabajo de sacar del mar el fruto con que se completa el diario pan del pueblo.

A las seis de la tarde, ya todo el pasaje estaba a bordo del viejo barco destinado al tránsito de carga y pasajeros en el Lago. El "Nuevo Fénix"

era un lento vapor de chapaletas, que se llamaba "Nanticock", cuando, remolcado por el "Zulia", llegó a Maracaibo en 1909, desde el estuario de Delaware. Su capacidad estaba acondicionada a las necesidades del transporte de pasajeros, ya que parte de la carga entre La Ceiba y Maracaibo se movilizaba sobre piraguas. Los camarotes eran distribuídos preferentemente entre las familias y los niños; mas, como Alfonso Ribera tenía buenas relaciones en Maracaibo, sus amigos habían obtenido para él reservación de un camarote, al cual fue convidado el Padre Contreras.

Asistido por el empleado a quien lo recomendó el Jefe del Telégrafo, Alfonso cumplió su enfadosa misión de revisar el equipaje, cuando éste ya estuvo en el barco. El desconocido amigo que tan gentil había sido en poner a sus órdenes al activo empleado de la estación, llegó luego al barco para saludar a Ribera, cuando la sirena había dado el segundo aviso de salida.

–Señor Ribera, me apena no haberle esperado en la estación a la llegada del tren, pero era la hora en que entraba Motatán a trabajar; espero que haya sido usted bien atendido.

–Muy agradecido de usted, señor Gando. Todo lo tengo ya arreglado. Me apena que se haya molestado por mí.

–Vengo no sólo por tener el gusto de saludarlo, sino, además, para entregarle personalmente un telegrama que le será muy grato –agregó el recién llegado, mientras ponía el mensaje en manos de Alfonso.

Era telegrama de Elisa Govea. En él le llegaba la última palabra de la tierra distante. Tras las frases escasas del mensaje, se ocultaba una explosiva pasión. En Elisa se resumía su pasado de hombre de provincia. Ella había domeñado su resistida soltería. Había domado ella la altivez y la soberbía de su genio Ribera. Unida a la voz imperiosa de la tierra, Elisa era el eslabón que enlazaba su porvenir con el propio destino de la provincia.

* * *

Lentamente el vaporcito fue separándose del viejo muelle, donde se apiñaban los curiosos. Los marineros recogían afanosos los gruesos cabos, mientras la sirena anunciaba con su jadeante y tartamuda voz el comienzo del viaje. Al barandal de proa se asomó el pasaje alegre, conservador, sonriente. Las chapaletas levantaban la espuma a babor y a estribor. En cubierta circulaba un aire de comunicación afectuosa, de esperanza contagiada. Alfonso, en cambio, había buscado contemplar desde la popa el paisaje de tierra. Nada le decía el pueblo de La Ceiba, pero tras las casas sencillas y pobres, de bases afirmadas tanto en tierra como en el limo palustre, se divisaba el horizonte lejano, que en penosa ascensión terminaba por alcanzar las nubes altas y majestuosas, tras las cuales se esconde la altiva cordillera. El barco caminaba lentamente y las estelas de las pesadas chapaletas terminaban por juntarse a lo lejos en un solo camino de espuma.

La comida estuvo animada por el complemento de la risa de las damas y por la alegre charla de los caballeros. Así el vapor se deslizara como sobre un plato de aceite, no faltaron una o más señoras que pidieran les fuera servido en el camarote apenas un frugal refrigerio.

–El barco sólo se mueve cuando bate algo el Sur –dijo el Capitán, al ser informado de que había gente recogida en los camarotes.

–Yo he oído hablar en otros viajes de verdaderos temporales interrumpió Ribera.

–Claro, si hay chubascos y tempestades en el Lago, sus efectos tienen que sentirse aquí; pero de resto el barco no se mueve. El mareo es un fenómeno de mera sugestión, que ocurre por lo regular a quienes se embarcan por vez primera –agregó sentenciosamente el Capitán.

Como en el comedor se sentía bastante calor, pese a los varios ventiladores que renovaban el aire, apenas sorbido el café, los pasajeros se movieron hacia la cubierta. La noche se venía lentamente, pero con ella, el disco dorado de la luna emergía poderoso de las aguas. Justo en el momento en que el pasaje se asomaba a cubierta, comenzó a levantarse sobre la línea distante del horizonte lacustre el pálido y brillante globo de

la más maravillosa luna llena. Sobre el tranquilo Lago de rizadas ondas, los rayos de plata de la diosa de la noche se quebraban juguetones en el más primoroso concierto de sus luces. Diríase que las aguas ya no eran agua, sino luz derretida y movediza, o que del fondo del Lago, infinitos peces de plata y bronce saltasen para recibir sobre las rutilantes escamas los rayos mortecinos de la luna. Lejos, en la playa ennegrecida ya por las sombras de la distancia, asomaban su batiente abanico las enhiestas palmeras. Con majestad de reina, la luna se fue alzando lentamente, soberbiamente, sobre la línea en que se confundían el agua y el cielo, y a medida que la claridad dominaba el ancho espacio, ya no se podía decir si era el cielo un lago donde navegaran invertidas velas o si el Lago era el mismo cielo que se había bajado, a fin de que los navegantes echasen sus redes para una pesca milagrosa de estrellas. Desierto de plata, llanura de luces, el Lago convidaba a soñar y la luna invitaba a pensar en la hora menguada de ver cubiertos de blanda ceniza los más audaces y altaneros propósitos. Suave gusto de luces y tristeza en el aire, en el agua, en la luz. En la veloz nubecilla distante había un vago, tenue, alargado cansancio de ensueño. El mundo semejaba sufrir una prolongada languidez de suspiros y entristecidas miradas. El mismo barco que surcaba las ondas tranquilas del lago, parecía empapado de miedo y de tristeza. La espuma que dejaban sus grandes ruedas pesadas simulaban un gigantesco reguero de lágrimas. La luna hace triste todo lo que recibe el beso frío de su luz argentada. Aun las miradas más alegres se tornan nostálgicas y profundas al caer sobre ellas la ceniza suave y fría de los selénicos rayos.

Si Yepes, el gran poeta del Lago, hubiera estado contemplando aquella luna, habría preguntado nuevamente:

¿Qué acento, qué murmullo, qué sonido,
pasando de improviso sobre el Lago,
remeda un grito acerbo, ya un gemido,
o bien un eco incomparable y vago?

Todo era misterio, todo era vago, todo era lánguido en medio de la inmensa soledad de las aguas plateadas, sobre las cuales se reflejaba,

junto con los mortecinos rayos de la luna, el refucil intermitente del Faro del Catatumbo, menos brillante, por la inmensa claridad derramada por la luna en los anchos Cielos y sobre las aguas sin contorno. Aun la misma voz tibia, melosa, insinuante de Mary González parecía tomada de la melancolía, cuando al lado de Alfonso Ribera avivaba en el espíritu de éste el recuerdo distante de Elisa Govea.

–Bella noche, señor Ribera, para pensar en Elisa –díjole la opulenta y alegre muchacha.

–Bella, también, para mirarla a usted –respondióle con desusada galantería el serio Alfonso Ribera.

–Es usted muy fino, señor Ribera, pero no buscaba yo un piropo, sino recordarle a mi amiga.

–Y se lo agradezco, señorita, porque desde que salí de Mérida muy poco he hablado de Elisa. Dígame, ¿cuándo la conoció usted?

–Creo que ya le dije que en Maracaibo, el año antepasado. Me pareció una muchacha encantadora y llena de cualidades, de modo que lo felicito de veras. ¿Y cuándo piensan ustedes casarse?

–Será a fines del año que viene. Con el favor de Dios regresaré a Mérida para celebrar la boda. La invito desde ahora.

–También creo que invitó usted a mi novio.

–¿Cómo así, señorita? –interrogó sorprendido Alfonso Ribera.

–Pues usted dijo a mi novio, Juan Labastidas, que le comunicaría su regreso y lo convidaría al matrimonio.

–Ah, ¿usted es entonces la novia de Juan? El me dijo que su novia viajaría a Maracaibo, en el mismo vapor conmigo, pero como no la vi esta mañana en Motatán, supuse que hubiera usted desistido del viaje.

–Sí, él me habló de usted con mucha simpatía, pero no pudo bajar a la estación, porque lo llamaron con urgencia de Mendoza para ver no sé qué diablura en el alambique; usted sabe lo que son las atenciones de una hacienda.

–¡Cuánto lo siento! Me hubiera agradado mucho despedirme de él, que tan atento fue conmigo.

A la plática de Ribera y la señorita González se agregaron luego los padres de ésta y el propio Padre Contreras, quienes formaron un pequeño grupo en el costado de estribor. Luego vino a hacerles compañía el alegre y divertido señor Wolf, quien apenas había cruzado la palabra desde lejos a Alfonso en el viaje de Motatán a Sabana de Mendoza.

–¿Y qué tal le fue a usted en su gira? –preguntóle Alfonso.

–A mí irme muy bien. La gente de Boconó y de Trujillo es muy cariñosa y ya hacen buenas compras, a causa de los altos precios del café. Aquí viene el señor Henríquez, que es gran persona. Yo estimarlo mucho. Además, yo siempre estar alegre. ¿Usted seguir para Caracas, don Alfonso?

–Sí, señor Wolf. Me estaré unos cinco días apenas en Maracaibo.

–Pues, si me dice adónde va a llegar, yo mañana mismo iré a buscarlo.

–Muchas gracias, señor Wolf. Llegaré al Hotel Zulia.

–El Padre esta noche está muy silencioso –interrumpió Mary González.

–Verdaderamente, la noche llama más a contemplar la belleza del Lago y de la luna que a la charla amistosa –agregó con su habitual amabilidad el sacerdote, quien a poco se separó del grupo para recostarse al barandal y darse así mejor al suave, maravilloso deleite de sentirse uno con la

noche alunada y uno con la desierta inmensidad de las aguas. Hora grata, profunda y propicia para llegar hasta Dios, subido lentamente de los fines, sutiles, maravillosos hilos de plata que sobre el mundo en silencio derraman la luna y las estrellas distantes...

Del grupo que hacia la baranda de babor formaban el señor Henríquez y el doctor Helímenes Piedra, separóse a pasos menudos el Bachiller Augusto Bastidas y vínose hasta el sitio donde platicaban los González.

–Como se fue el Padre, ya no nos tiene miedo, Bachiller –díjole con festiva sonrisa Hortensita González–. ¿Qué había sido de su vida?

–Yo hago muy mal el viaje en tren; el humo, el movimiento de los coches, la mundanza del paisaje me marean ferozmente. Al entrar en el ferrocarril me convierto en marmota. Sólo dormido puedo hacer el viaje. Después, llegué al barco con mucho dolor de cabeza y si no fuera por esta maravillosa luna, ya estaría durmiendo.

–Pero díganos la verdad, Bachiller, ¿a usted no le hace gracia el curita? –insistió la traviesa Hortensita.

–Tonterías, muchacha. El anda por su lado y yo por el mío, y cuando nos juntamos nos tratamos como caballeros.

El Bachiller Augusto Bastidas era respetado y querido universalmente en Valera. Maestro de varias generaciones de jóvenes, también enseñaba en los Colegios de Niñas. Bueno, afectuoso y servicial, pocas personas de la ciudad y sus contornos dejaban de deberle algún favor, si no de bienes materiales, puesto que era justinianamente pobre, sí de consejos y de ayuda intelectual. De estatura más pequeña que mediana; enjuto de carnes; tempranamente encanecido; blanca en extremo la tez; nervioso en los movimientos y en la risa constante; alegre y gracioso de palabra, en todas partes era recibido con singular cariño, ora se tratase de fiestas de damas, en las cuales ayudaba con charadas o acertijos, ora se pensase en algo referente al progreso de la ciudad, pues a sus profundos conocimientos de historia, de geografía y de educación, agregaba su

habilidad matemática, su destreza en el dibujo, su ingenuidad para solucionar problemas de mecánica, de riego o de construcción. Algunas viejas beatas le echaban la tilde de librepensador y de protestante, por su independiente manera de tratar los problemas religiosos. Era, en cambio, buen cristiano, que corrió a buscar al sacerdote cuando vió en trance de muerte a la hija bienamada y que, en el interior de su espíritu, tenía bien formada la imagen salvadora del Crucificado. Como Unamuno, él decía que el cristianismo es un valor que tiene sus raíces entrañablemente hundidas en el tuétano de la personalidad. "A Cristo lo busco yo mismo por medio de mi reflexión y de mi angustia", decía, cuando le motejaban de resistencia a frecuentar la iglesia.

Amable como siempre, reído, insinuante, presto a la palabra tinosa para responder al apunte del interlocutor, el Bachiller tomó asiento en la silla dejada por el clérigo y a luego se había enfrascado con Alfonso Ribera en una larga conversación sobre las esmeraldas de Mucuchíes y sobre la mica de Timotes.

–Allí hay mucho interés en eso, don Augusto, pero yo he sido sólo comerciante.

–Pero dentro de poco nos vendrá la era de la minería, señor Ribera. En Maracaibo ya arde la lucha de intereses en torno a las concesiones petroleras. Entre ser minero y ser agricultor, yo preferiría la agricultura. La mina tiene más de aventura y de sorpresa. El agricultor tiene más vocación para la reflexión y el cálculo honesto. La suya es disciplina de ciclos. Se recoge lo que se siembra. El minero prepara el ánimo para lo imprevisto. El agricultor se compromete de acuerdo con lo que espera percibir en la cosecha. El minero se adeuda confiado en la buena ventura. El agricultor conforma su espíritu a la realidad de lo que ve. El minero vive de lo que imagina. La agricultura asegura el progreso reposado. La minería convierte de improviso a los pueblos pobres en emporios peligrosos. California y el Transvaal, por ejemplo. Y no olviden ustedes que la riqueza repentina encandila y lleva al vicio. De Guayana se cuenta cómo los mineros que regresan a Ciudad Bolívar del Cuyuní y La Paragua, al día siguiente han jugado a los dados el oro recogido alegremente o lo han tirado en la vana fiesta de mujeres y

aguardiente. Si eso se quedase en uno o dos hombres, pase; pero eso puede ocurrir a todo el pueblo en concepto de nación. Quiera Dios que tal cosa no pase en el terreno del petróleo, que pronto se comenzará a explotar en Venezuela.

–Usted es pesimista, Bachiller –interrumpió el señor González.

–No señor, yo no soy pesimista. Yo soy simplemente un hombre maduro.

–¿Usted dizque va a Maracaibo, Bachiller, para reabrir con el Gobierno del Zulia conversaciones sobre la cuestión de límites? –insinuó el señor González.

–Nada de cierto, don Arturo. Creo que ése es problema que se debe dejar morir por sí solo. No tiene interés ni para una ni para otra región.

–Allá en el Club oí decir que Trujillo no insistía porque Maracaibo tenía mejores papeles.

–Todo lo contrario. Yo conozco bien el caso. Durante la Colonia, Trujillo ejerció jurisdicción sobre Moporo, La Ceiba y Tomoporo. En 1786, Trujillo y sus términos fueron sometidos a la autoridad del Gobernador de Maracaibo, y aunque nosotros nos separamos y declaramos republicanos en 1810, durante la unidad colombiana volvimos a depender políticamente de Maracaibo. En 1831, reasumimos la categoría de Provincia y Maracaibo pretendió mantener su jurisdicción sobre la costa Sur del Lago. En 1856, un decreto del Congreso resolvió el caso con claridad meridiana. Dijo que a la provincia de Trujillo correspondía el litoral comprendido entre el Pocó al Oeste y el Motatán de los Negros al Este, y en seguida vertió la solución topográfica en dictado político, y ordenó que las parroquias Ceiba y Ceibita del cantón Gibraltar, se incorporaran al cantón Escuque. Aquí estuvo el busilis: mientras se ejecutaba la decisión del Congreso, la Diputación Provincial de Maracaibo dividió la Ceibita en dos parroquias, una que se siguió llamando Ceibita y la otra General Urdaneta. En el momento del traspaso de jurisdicciones, Maracaibo se quedó con la

parroquia General Urdaneta. El caso, como ven, es claro y simple. La parroquia General Urdaneta es de Trujillo. Pero, ¿a qué conduce esto? ¿Hay diferencia alguna entre ser maracaibero o ser trujillano? ¿Son distintos los derechos y los deberes que rigen en ambas provincias? Yo fui una vez entusiasta pleitista, pero hoy pienso en otro modo. Lo que debemos procurar es que entre los Estados haya cada vez mayor inteligencia, mayor cooperación, mayor sentido de civismo. Por encima de Maracaibo y de Trujillo está Venezuela. Yo me siento tan venezolano en la Calle Ancha, de Maracaibo, como en el Llano de San Pedro, de Valera. Somos la misma cosa, somos la misma gente, somos la misma familia. Hay que dedicar el tiempo a mejorar la geografía general de la nación, sin distingos regionalistas. En Venezuela hay que pensar con sentido de unidad y no desde el ángulo pugnaz de los regionalismos. Hay que vivir como venezolanos y no como nativos de tal o cual provincia.

–Pero los andinos no debemos dejarnos quitar nuestra costa en el Lago –interrumpió Alfonso Ribera– Esas son tierras y aguas de nosotros.

–Lamento contrariarlo, señor Ribera. Para que yo sienta que este bello Lago es mío y es suyo, como son suyos y son míos el Orinoco y la Isla de Margarita, por ser igualmente sustancia y ornamento de Venezuela. Esa lucha cantonal estaría bien si las jurisdicciones correspondiesen a distintos modos cívicos de existir. Pero lo mismo se sufre en Mérida que en Maracaibo el peso de las autoridades. Yo miro a Venezuela como un todo, sin que ello me impida, sino que más bien me obliga, a amar desesperadamente a mi región nativa.

–Su sobrino Marcelino no piensa como usted, estimado Bachiller. Bastante interés ha tomado en ayudar a la defensa de los intereses de Mérida frente a las pretensiones del Táchira, y en días pasados se fue a las manos con un condiscípulo tachirense por discutir a favor de Mérida –le interrumpió Ribera.

–¡Ah, mi amigo! Marcelino tiene veinte años. Ya le llegará la hora de la madurez y entonces pensará como su tío. Bastante bien lo conozco y sé que tiene voluntad firme y mente clara para reconocer el error en que

pueda caer; no es mi sobrino, a Dios gracias, de esa clase de gente que considera probar la consecuencia consigo mismo por medio de una lerda adhesión a inconsistentes ramas, tomadas como tablas de salvación a la hora del naufragio. No olvide usted, señor Ribera, que la principal virtud del hombre es enmendar sus juicios y proclamar sin rubor la falta en que pudo haber caído.

–Perdóneme, Bachiller –interrumpió sonriente la maravillosa Mary González– ¿Por qué no hacen ustedes las paces y en lugar de tanta fecha y tanto pleito, no se dedican a mirar la luna?

–Ahí tiene usted, señor Ribera, la solución del caso. Las damas saben siempre ser oportunas. Para que usted y yo gocemos de la luna, no necesitamos partirla, ni que la vea usted cuando yo tenga los ojos cerrados. La luna, como la Patria, es un valor integral. La Patria es suya y es mía en su plena totalidad; y mientras más sea suya, más, también, es mía, porque el amor y el dolor con que usted la sirva, la harán crecer, no sólo para beneficio y placer suyo, sino para beneficio y gozo de todos los que igualmente la sientan.

–Yo no sé ni historia ni literatura, mis amigos. Lo que sí sé es que muchos creen que, no sólo la luna, sino también la Patria es pan de horno y la quieren para sí solos –terció sonriente don Arturo González.

Rieron todos de la graciosa salida de don Arturo y, como movidos por un mismo pensamiento, dirigieron la mirada al alto cielo, para seguir embelesados el curso de la luna, cada vez más clara y majestuosa.

XII

Antes de las seis de la mañana, ya el Padre Contreras había dejado el camarote y había ido a sentarse en cubierta. Corría una brisa suave, fresca, juguetona. En el Oriente, la aurora estaba puesta con sus más ricos colores. Sobre las ondas tranquilas y sedosas del Lago, los rayos escarlata del sol mañanero trenzaban una danza fantasmagórica. En la noche, las alunadas aguas eran pura plata; al amanecer, el Lago era momentáneamente una lámina de fuego. Mientras el sol se mantuvo en la línea del horizonte, el rojo encendido de su disco gigantesco se extendió como una inmensa mancha de sangre sobre las quietas aguas. Levantóse un poco el astro rey, y las aguas, al recibir el maravilloso chorro de su luz, fueron tomando lentamente indescriptibles iridiscencias. El barco costeaba hacia el Poniente y en las ya cercanas playas, las enhiestas palmeras alzaban la ondulante cabeza. Las raudas piraguas de velas hinchadas parecía que estuviesen en plan de regatas. Dos, cinco, ocho, quince. Más cerca, más lejos, todas aprovechaban el empuje del viento mañanero para acercarse pronto a su destino. De La Rita, de Cabimas, de Punta de Leiva, de Moporo, de Gibraltar, de Lagunillas, de acá, de más allá, de todas partes del gran Lago iban presurosas de echar el ancla enmohecida en el dormido surgidero de Maracaibo.

A Maracaibo se le toma el pulso sobre el agua de su Lago. El correr de las velas y el chapoteo cansado de los remos, que empujan al modesto cayuco, son los signos vitales del pueblo laborioso que del cristal de sus aguas circundantes ha hecho lira y fragua, potro y almohada, lengua y espada para el canto, la forja, la carrera, el descanso, el discurso y la victoria. Las casas, como siembra antigua, están en la tierra, donde comenzaron su fábrica los audaces compañeros de Alonso Pacheco;

pero, sobre el Lago se mueve la ciudad luchadora y laboriosa. El Lago transmite a Maracaibo, como en fecundo rito acuático, el secreto de su fuerza. En las ágiles piraguas le llegan la agricultura y las carnes para el diario nutrimento: los plátanos, la yuca, los ñames, las patillas, los melones, el maíz, las salazones, las aves, los cerdos, el ganado, los peces. Así algunos váyanles de los vecinos hatos con acceso caminero, la mayoría de las cosas que constituyen su recado de mesa, las recibe diariamente al empuje de las velas constantes, en cuyos pliegues se enredan los rayos tiernos de la luz mañanera.

Escoltado por las múltiples velas esparcidas sobre las claras y dormidas aguas, el vaporcito atracó cerca de las ocho, en plena calle, llena de voces, de gritos, de ruidos, de angustia, de fatiga. Maracaibo amanece al afán del diario trabajo con el entusiasmo renovado de quien en el sueño profundo enterró el cansancio de la víspera. Maracaibo ha sido siempre un empuje de voces, de brazos y de piernas. Hasta el borde del lago, donde corren los mil caminos de las naves, cuyas bodegas transportan las ricas vituallas de su mercado y los frutos que sostienen el trato de su vasto comercio internacional, Maracaibo extiende las manos mil de su inquietud creadora. El muelle está reservado para los barcos venidos de fuera. Los vaporcitos, las piraguas y los cayucos del tránsito lacustre, llegan hasta el borde mismo donde los pilluelos montan las sucias cajas, con los cepillos y los betunes para el lustre de los botines y las brecas. Cuando la marea baja, las pequeñas embarcaciones aprovechan los bancos cercanos para el calafateo de sus quillas. La planta baja del "Nuevo Fénix" coincide con el nivel de la calle. Lanzada el ancla y seguras las amarras en los recios espigones de la orilla, un tablón hace de puente para el desembarco de los pasajeros.

Alfonso Ribera amaneció de punta en blanco, como para luchar con el calor de Maracaibo. Muy temprano hizo recontar las numerosas piezas de su heterogéneo equipaje y después de despedirse de los amigos de viaje, echó con prisa pie a tierra y subió a un flamante *Ford* de alquiler, en compañía de su inseparable amigo el Padre Contreras.

–Dónde piensa alojarse usted? –preguntó Alfonso.

–Déjeme, no más, en el convento de los Capuchinos, don Alfonso.

El chofer sonó insistentemente el claxon para obligar a retirarse a la apiñada muchedumbre, y al rodar de pocas cuadras, se detuvo en la residencia de los Capuchinos. Se despidieron los viajeros y Ribera ordenó al conductor que lo llevase al Hotel Zulia.

Alfonso Ribera tenía reservada una de las mejores habitaciones del ancho y acogedor hotel, tan vinculado al recuerdo de los viajeros de la Cordillera.

–¿Hacía ya tiempos que no venía usted a Maracaibo? –díjole con afable voz la dueña del establecimiento.

–Año y medio, no más, doña Concha.

–¡Ay, Jesús!, con la vejez cómo va perdiendo una la noción del tiempo. ¿Y qué sabe de don Vicente y de su mamá?

–Pues que están muy bien; gracias, doña Concha. Usted se mantiene lo mismo. Llena de espíritu y de salud.

–No diga usted eso, por Dios; si ya estoy muy echada a perder, señor Ribera. Los años son cobradores que no esperan. ¿Espíritu? Tal vez; con éste si no pueden los años.

Alfonso Ribera había pedido que le anunciaran la llegada del carretón donde venía el equipaje. El problema de los pájaros le preocupaba un poco. Desde Valera no sabía de ellos. Doña Concha misma lo condujo hasta la habitación y le señaló al frente de ella la puerta del baño.

–Avise cuando vaya a bañarse, para enviarle un poco de agua dulce.

–¿Todavía sin agua Maracibo?

–Todavía, señor Ribera, y el agua salada que viene por la cañería es escasa y sucia. La venta de agua dulce por la calle tiene ahora impuestos. Si no fuera por el aljibe, estaríamos arruinados, con el gasto de agua del hotel.

–Gracias, doña Concha.

–De nada, señor Ribera.

Bueno, y ¿qué hará Ribera en su cuarto, solo, sin teléfono, sin equipaje? Apenas podría escribir, si se atreviese a hacerlo en el blanco e insinuante papel que reposa sobre la mesa. No se trata, tampoco, de una obra de romanos. Un telegrama breve cualquiera lo escribe. Alfonso pensó que era apenas un problema de resolución y se acercó al nítido e incitante papel. Luego, leyó el mensaje para la novia:

Elisa Govea.

Mérida.

Llegué vien. Pensándote mucho.– Tuyo Alfonso.

Sí, en verdad era cosa de nada. ¿Un errorcillo ortográfico, acaso? Eso nada tenía que hacer. En último caso, lo enmendaría el telegrafista.

–¡Señor Ribera, tiene usted visita! –le anunció el criado, después de haberse hecho abrir la puerta

Alfonso Ribera dirigióse al vestíbulo y se encontró frente a dos desconocidos.

–¿El señor Ribera? –preguntó el mayor de los dos.

–Ribera, a su orden –respondió Alfonso, mientras extendía la diestra al visitante.

–Atenágoras Govea, encantado en conocerlo –dijo el otro.

–Luis Govea –agregó el más joven, a tiempo que daba la mano a Alfonso.

–Siéntense, siéntense, por favor –les insinuó el viajero.

–Venimos del vapor. Usted es muy madrugador, señor Ribera. Mi hermano Baltasar me anunció su llegada esta semana y venía a saludarlo en nombre de la familia. Espero que de algo podamos servirle durante su estada en Maracaibo. Y, ya lo sabe, a tratarnos como parientes.

–Muchas gracias, don Atenágoras. Para mí es un gran placer saludarlo y ya iré a tener el gusto de conocer a su señora y a la demás familia.

–Yo soy viejo y poco sirvo para acompañar a los jóvenes, pero mi hijo Luis será su compañero para todo –agregó don Atenágoras.

–Sí, señor Ribera. Crea usted que me será muy placentero servirle.

–Muchas gracias, pero empiezo por pedirle el primer servicio. Dejemos a un lado el señor Ribera. Alfonso simplemente.

–Magnífico, magnífico –interrumplió don Atenágoras– Eso de don y de señor hace muy estirado el trato y resta cariño a la comunicación. Con que ya sabe, yo soy Atenágoras, o Goras mejor, como me llama la familia.

Rieron todos a un tiempo, y mientras Alfonso sacaba la petaca para brindar a los nuevos parientes, el portero anunció la llegada del pintoresco equipaje de Ribera.

–¿Dónde se pone todo esto? –preguntó el hombre del carretón al portero.

Ribera se acercó a los bultos y verificó su número. Luego, se excusó con los visitantes, y de acuerdo con doña Concha, ordenó la distribución de los bultos. Los baúles y las maletas para su habitación, las cajas y sacos para el cuarto de equipajes,los huacales para el patio interior, donde había más sombraje. Vuelto al recibimiento, Ribera se explicó con los Goveas:

–Mis padres y mis hermanas me han convertido en un verdadero gitano a punta de encargos, y lo que aún me falta de aquí y de Curazao.

–Pero les dará un gran gusto, Alfonso. Cuando se vive en la capital, cómo se estiman las cosas de la tierra. En el tiempo de mis estudios en Caracas, no había para mí mejor fiesta que recibir algo que los viejos me mandaran de acá. ¡Cómo me sabían a gloria los huevos chimbos y el dulce de hicacos! ¡Cómo suspiraba por un ajiaco o por unos zapotes! La patria chica la siente llegar uno escondida en esas golosinas. Tengo un amigo que vivió desterrado en París cuando Castro y me habla todavía con calor del gusto que sentía cuando le llegaba de Venezuela una torta de casabe. Era lo único que resistía bien el largo viaje. ¿Sabe usted lo que significa comer con alegría casabe, nada menos que en Europa? Pues, sí, señor. En ese casabe mi amigo comulgaba con la Patria prohibida.

–Así será, don Atenágoras. Permita Dios que nunca llegue yo a saber lo que es destierro. Tengo la confianza de que el destierro es para sólo los políticos y yo soy un simple comerciante.

Dispénseme, Alfonso. El destierro es para todo el que sienta la Patria y proteste por ella cuando impere un mal gobierno. Yo hasta hace un año estuve en Curazao asilado, por acusárseme de amistad con Olivares. Ahora, no me ocupo sino de mis enfermos.

Alfonso Ribera frunció con disgusto el ceño, cuando el doctor Govea declaró que había sido asilado político. Un antiguo asilado siempre es algo comprometedor, y a él, tal vez, no le hiciera bien reunirse mucho con antiguos enemigos del Gobierno. Además de esto, su padre tenía muchos nexos con el General Gómez y esta nueva amistad suya podría hacerle daño al viejo.

–¿Pero a usted no lo molestan? –preguntó Ribera con interés, que denotaba una caída de la conciencia.

–No, absolutamente, no. Tengo mucha gente amiga en el Gobierno y un sobrino mío ayuda con la pluma al Secretario General. Además, dígase lo que se diga, Gómez es un hombre serio. Cuando da la paz al enemigo, éste puede sentirse seguro mientras no renueve sus ataques al régimen. En tanto yo no conspire ni hable tonterías en las esquinas, comigo nadie se mete.

La conversación no se prolongó mucho, pues ambos profesionales –médico el viejo, abogado el hijo–, tenían trabajo pendiente en la mañana. Se despidieron con protestas de cariño y Luis anunció retornar sobre las doce, para ir un rato al Club o a la vecina Cervecería.

* * *

Durante el tiempo que permaneció retirado en su habitación, Alfonso Ribera aprovechó para abrir las maletas y disponer el recado de afeitar. Alfonso Ribera usaba aún la vieja navaja barbera a que fueron tan fieles los hombres de la Cordillera. Las suyas las había comprado el año de 10 en la casa Julio Añez. Dos finas navajas inglesas, de acero de barrilito, que él mismo afilaba sobre la pulida piedra y sobre los suaves asentadores de piel de becerro. También se dedicó Alfonso Ribera a revisar la monta de algunos créditos que tenía en Maracaibo. Al liquidar su negocio de Mérida, la suma de los saldos con las firmas de su relación, acusábale un haber respetable; además, las cuotas pagaderas por Carlos Trejo se irían abonando en su cuenta general en la casa Blohm.

Pese a su juventud y buena salud, Alfonso Ribera se sentía un tanto fatigado por el largo viaje, y con el calor maracaibero encima, el cansancio arreciaba y los huesos reclamaban la horizontalidad del lecho. Alfonso Ribera se tumbó un rato sobre el rígido catre de viento, un poco extraño para quien, como él, estaba hecho a los confortables y muelles colchones merideños; pero, en realidad, incómodo y todo, el catre de lona era la cama mejor para los climas cálidos. A un golpe de timbre, compareció luego el criado, a quien pidió agua dulce para el remate del baño. Cuando la alegre goajira anunció que ya estaba listo el cubo requerido, Alfonso Ribera pasó a tomar el baño en la frontera habitación.

A filo de las once y media llegó al hotel el doctor Luis Govea. Hombre de mediana estatura; de ancho rostro aindiado; ojos negros e inquietos; fino labio, sombreado por un pequeño bigote, cuya negrura parecía reforzada con carbón. Luis Govea frisaría con los treinta años, así luciera más joven, no obstante la seriedad de su talante y el reposo de su fácil palabra.

No se hizo esperar Alfonso Ribera, listo hacía ya un rato cuando le fue anunciada la llegada del amigo. Inmediatamente estuvo, sombrero en mano, en el vestíbulo, donde en pie esperábalo Govea. Se saludaron rápidamente, y al salir, tomaron el *Dodge* aparcado a la puerta. Al volante Govea, Alfonso tomó asiento a su lado.

–Creo que antes de ir al Club podríamos detenernos en la Cervercería del Boulevard Baralt, donde se juntan algunos amigos, que me gustaría presentarte –insinuó el doctor Govea.

–Como tú quieras.

El sitio era por demás vecino del hotel y en cortos minutos los amigos franquearon la puerta del concurridísimo establecimiento. La Cervecería era en Maracaibo una especie de institución social. Los alemanes comenzaron por impulsar la producción de la rubia bebida y remataron la obra enseñando al pueblo a tomarla. ¿Dónde puede ser más grato que en Maracibo el trasiego de un bock de cerveza? A la sed espantosa que promueven el calor y la consiguiente exudación, se agregan, para ameritarla en sumo grado, la calidad y el entonado amargor que hacen de la cerveza maracaibera un producto digno de competir con la mejor cerveza muniquesa. El salón, cuando penetraron Alfonso y Luis, estaba totalmente lleno de humo de cigarrillo y de babélicas voces. Las mesas se veían casi todas ocupadas y los cantineros corrían desde los sifones del mostrador, llevando sobre la punta de los dedos, como finos malabaristas, las bandejas colmas de las gruesas, opalinas, espumosas, heladas jarras de cerveza.

Al fondo del salón se dirigió con paso cierto el doctor Govea A una mesa, donde había tres sillas desocupadas, se hallaban sentados Alejandro Finol y Hermógenes Urdaneta, compañeros de bufete de Govea. Se hicieron las presentaciones, y en seguida Alfonso Ribera, de un solo sorbo, miraba el fondo de su jarra.

–Ustedes perdonen, pero mi sed es tremenda –declaró Alfonso al ver cómo los amigos tomaron lentamente el rubio néctar.

–Dejaría de llegar usted de la Cordillera, señor Ribera. La sed del merideño al enfrentarse con nuesto calor es mayor que la nuestra, ya acostumbrados como estamos a no sudar –explicó Finol.

–¡Mozo, otra cerveza! –ordenó Govea.

El ambiente de la cervecería, así tuviese la pesadez agregada por los fumadores, fue para Alfonso Ribera expresión fiel y elocuente de una vida diametralmente opuesta a la silenciosa, pausada, recogida vida merideña. El profesional, el funcionario público, el empleado de comercio, soñaban la hora de la charla frente al burbujeante bock, como breve oasis en medio del agitado trabajo del ardiente día.

–¿Regresa usted pronto a la Cordillera? –pregunró Urdaneta a Alfonso Ribera.

–No, señor. Sigo para Caracas en el próximo barco de la Línea D Roja.

–¡Qué bien! Seremos, pues, compañeros de travesía. Tengo que ir a tratar con los abogados de la *British Controlled* algunos problemas relacionados con tierra de particulares, ocupadas por los concesionarios petroleros –dijo Hermógenes Urdaneta.

–Celebro la ocasión. Hasta ahora he tenido de compañero a un curita muy simpático, de quien he aprendido muchas cosas; pero, ustedes comprenden, que uno se siente un poco amarrado hablando todo el día con un curamichate, así sea tan buena persona como el Padre Contreras.

–Pues con Hermógenes vas a seguir casi lo mismo, porque éste lleva la sotana por dentro –agregó entre risas Govea.

–No tanto, no tanto, amigo mío. Me limito a procurar ser un buen cristiano y a veces recuerdo a estos libertinos que el pecado tiene sus límites. Crea usted, señor Ribera, que no soy un beato ni un comemechas, como pretenden pintarme estos calaveras. Yo tomo la

Religión en serio, como en serio tomo mi Derecho y mi trabajo y mis amistades. Ustedes en la Cordillera son muy religiosos, ¿verdad?

–Sí, sí, pero más las mujeres y los viejos. La gente joven, sobre todo la de la Universidad, la da por ser atea –respondió Ribera.

–Claro, claro. El ateísmo es una posición elegante, no lo dude usted, señor Ribera, sin que yo le aconseje por eso que se meta a ateo. La gente joven, y más si pretende ser tenida por inteligente, considera que debe ser enemiga de Dios y de los curas. Librarse de la fe, es considerado como un acto de carácter, de independencia, de valentía. Yo, por lo contrario, no solamente creo en Dios, sino también creo en el Diablo, y creo que el Diablo anda enredado en las desgracias del mundo.

–Mira, Hermógenes, pon a un lado tu cátedra de Religión y tómate la cerveza tranquilamente –le interrumpió Alejandro Finol.

Rieron al unísono los alegres amigos y luego pidieron al camarero una nueva ronda. Luis, Alejandro y Hermógenes saludaban con la mano a los amigos situados en lugar retirado, mientras dirigían la palabra cariñosa a los ubicados a distancia de voz.

–Mira al pobre Vinicio –dijo Govea a Alejandro Finol.

–¡Quién sabe desde qué horas está aquí! Cuando llegamos Hermógenes y yo, estaba ya dormido.

Alfonso Ribera dirigió los ojos hacia el lugar adonde miraban los amigos. Un hombre de edad mediana estaba echado, sobre los brazos cruzados y apoyados en el mármol de la mesa vacía, de la cual el salonero acababa de retirar la última copa de ron trasegada por el borracho. Profundamente dormía el infeliz, bajo la mirada piadosa y un tanto protectora de los tertulianos, acostumbrados a verle diariamente en el mismo sitio y en semejante actitud.

–¿Y ese sujeto? –preguntó Alfonso Ribera al advertir el modo cariñoso con que los vecinos miraban al borracho durmiente.

–¡Ah, mi querido Alfonso! Esa es una historia larga y dolorosa. Ese que tú ves ahí tirado sobre la mesa fue el célebre Bachiller Vinicio Antúnez, uno de los últimos grandes talentos que pasaron por nuestra vieja Universidad. Antúnez es fruto bastardo de una señorita muy distinguida de nuestro alto mundo social. Sin mentar su nombre, que bien conocen Alejandro y Hermógenes, no la ofendo en nada. Cuando la niña dio a luz, eso sería por el 85, le fue entregada la criatura a una vieja lavandera de confianza, quien lo crió por los lados de "Las Delicias". La familia dio a la lavandera una suma de dinero, a condición de que se perdiera para siempre de la casa. El chico fue creciendo y la madre adoptiva hizo cuanto pudo para educarlo. En la escuela primaria asombró por su extraordinario talento, por donde el propio maestro se empeñó en que hiciera el Bachillerato. Trabajando de día y de noche, la pobre lavandera se hacía de medios para vestir a Vinicio y para comprarle los libros. Cuando el muchacho dio los primeros exámenes de Latín y de Filosofía, sorprendió a los jurados y ya su carrera se deslizó fácilmente bajo la generosa protección de los catedráticos. Después de un sonadísimo examen de Bachiller, inició la carrera de Derecho, con éxito tan favorable como el alcanzado en la Secundaria. Vinicio por aquí, Vinicio por allá; Vinicio discurría en las fiestas de los Colegios, en las veladas de las Hijas de María, en los grandes festejos patrióticos; Vinicio escribía en "El Fonógrafo" y en "Los Ecos del Zulia", Vinicio improvisaba versos y comenzaba a hacer su pasantía bajo la dirección de los mejores abogados de su tiempo. Vinicio triunfaba en todos los terrenos, pero, con el triunfo, surgió, también, la envidia. Comenzaron a dirigirle anónimos, y en conversaciones vagas con algunos compañeros percibió alusiones a su origen plebeyo y obscuro. La insidia llegó a más. Cierto día encontró bajo la puerta de su cuarto una carta, sin firma, en la cual se le decía que su madre no era la buena y generosa lavandera que lo había criado, sino la señorita tal. Volvieron los anónimos. Vinicio se enfrentó a un mundo nuevo. Vinicio sintió la presencia de un misterio difícil de desvelar, por cuanto acababa de morir la madre adoptiva, a quien había consagrado sentida página necrológica, cuya publicación fue la causa inmediata del vil ataque de los libelistas cubiertos bajo la impunidad del secreto. Vinicio optó un remedio desesperado y abrió su corazón y sus dudas con viejos señores de Maracaibo, quienes le confirmaron la verdad de los pasquines. Vinicio se sintió feliz ante la

idea de conocer a su madre verdadera y, sin titubear, encaminó sus pasos hacia la respetable mansión de su oculta progenitora. Esta había mantenido de la manera más decorosa su soltería sin doncellez. Algo se rumoreó del caso cuando el nacimiento de Vinicio, pero el tiempo y las grandes consideraciones gozadas por la estirpe lograron echar silencioso polvo sobre el pasado de su vida. Vinicio se anunció a la criada y luego fue introducido a la presencia de su presunta madre.

–Señora, soy Vinicio, el hijo que usted entregó a Chiquinquirá Antúnez. Yo la perdono y considero compensada mi soledad con que usted me reciba como a su hijo. Para eso ya me hice un nombre.

–¿Qué dice usted, so loco? Insolente, cretino, irrespetuoso. Sálgase inmediatamente de esta casa, si no quiere que le eche los perros.

Sin decir una sola palabra, Vinicio Antúnez dio media vuelta, se puso de nuevo el sombrero, salió a la calle y en el primer botiquín que encontró se tomó la primera copa. La última no se la ha tomado aún.

–Es espantosa esa historia –exclamó Alfonso Ribera.

–La honra, la bendita honra social, lleva a una mujer hasta desconocer los sagrados sentimientos de la maternidad –agregó Hermógenes Urdaneta– Una sociedad con un claro sentido de Dios no produce esos monstruos.

–Te equivocas, Hermógenes –interrumpió Finol– La tal madre de Vinicio, así no fuera virgen, sino mujer parida, fue muchas veces presidenta de las Hijas de María.

–No cojas el rábano por las hojas, Finolito. Tú sabes que una cosa es la religiosidad de sacristía y de escapularios, y otra muy distinta la conciencia religiosa. Tú conoces el caso del doctor Mirócrates Portillo, médico y para complemento partero, a quien fue fácil adivinar la causa de la languidez y de las lágrimas de la hija, que llenaba la soledad de su hogar sin compañera. Sufrió en silencio el padre cuando midió la tragedia ocurrida a la hija bienamada. El burlador había abandonado a

Maracaibo y ya no quedaba manera alguna de salvar el escándalo. Nunca fue más tierno, dulce e insinuante con la hija el lacerado padre, y un día en que sorprendió a la muchacha bañada en llanto, se acercó a ella con palabra amorosa y tomándola entre los brazos y cubriéndole de besos el rostro, como a una pequeñuela, díjole: "No llores. Lo sé todo. Tu hijo no tendrá padre, pero me tendrá a mí. Sosiégate, hija mía". Asfixiada por los sollozos incontenibles, la muchacha se dejó acariciar como un tierno recental. Creció el embarazo. Nació una hermosa niña y usted puede verlos cuando quiera, señor Ribera. A la tarde, en su umbroso y escondido hatico de "El Milagro", el viejo juega alegremente con la netezuela. Separado de toda vida social, el doctor Portillo ha reducido su mundo al mundo triste y sufrido de la hija burlada. Ese hombre, Ribera, es un hombre cristiano a carta cabal. La madre de Vinicio Antúnez no fué, porque ya murió la pobre, sino una infeliz simuladora de honra y de virtud. No fue mujer, ni fue madre, ni fue virgen, ni fue cristiana. El doctor Portillo, en cambio, se portó como un hombre, como un padre, como un cristiano. Y sepa usted, Ribera, que el doctor Portillo no es hombre de escapularios ni de novenas. El doctor Portillo es pura y simplemente un hombre con valor para cumplir con su deber y para echar por la borda todo lo que sea ruin comedia social. Sabe él cómo una hija caída no ha de ser sacrificada a los prejuicios convencionales. Con rechazarla, la habría lanzado posiblemente a la prostitución. Además, en las reflexiones del viejo Portillo ha de tener muy buena parte el concepto que invierte el plano de los deberes entre los padres y los hijos. Una posición lógica indica que la patria potestad no es un concepto de dominio del padre sobre el hijo, sino una entrañable obligación de sacrificio del padre hacia la descendencia. Lo otro es mera moral de la Edad Media.

–¿Y el matrimonio cómo queda entonces –preguntó Finolito.

–Pues en su puesto. Es la institución fundamental de la sociedad. El Estado, para divulgarlo, debería *ipso facto* reconocer carácter de matrimonio a las uniones concubinarias de personas libres, y para defenderlo, debería hacer efectivo el castigo del adulterio público.

–La jaiba, hermanito. Quedémonos como estamos. La vida se haría muy triste. Si tú suprimes el adulterio, arruinas la sociedad, Padre Hermóge-

nes. La castidad es fastidiosísima. Sin pecados, no prosperaría el mundo tampoco. ¡Hay que ver lo que Francia debe a la lujuria de sus reyes!

–No seas cochino, Finolito –respondió en tono molesto Hermógenes Urdaneta.

–Hemos venido a tomar cerveza y lo que hemos hecho es fastidiar con historias viejas a Alfonso –interrumpió el doctor Govea– Tomémonos otra cerveza y vayamos al Club.

–A mí me ha interesado mucho todo lo que me han contado ustedes; siento, en cambio, la historia de ese infeliz, que tan cara ha pagado su imprudencia.

–Puede que en realidad fuera un poco imprudente el infeliz Vinicio –interrumpió Govea– Pero la madre lo mató con su insolencia. Bien pudo haberlo ahogado cuando lo parió. En el terreno común, se habla de hijos ilegítimos. Debería más bien hablarse de padres contra la ley, del mismo modo como a las madres –todas naturales en el orden fisiológico– precisa llamarlas, cuando proceden como la madre de Vinicio, madres contra natura. El vientre se les hizo fecundo en oposición a la ley imperante en su conciencia. Estos abortos morales difieren de la corriente bastardía, en la que el padre es quien da espaldas al hijo. Vinicio crecido, frente a la madre indiferente en su soledad de mujer burlada, es todo un caso verdaderamente trágico.

El mozo repuso las burbujeantes jarras de cerveza, las cuales fueron consumidas con golosa lentitud por los amigos. Govea hizo el pago de la consumición y luego salieron en busca del auto.

* * *

–¡Adónde vamos a almorzar? –preguntó Urdaneta.

–Pensé que fuéramos al Club del Comercio –respondió Govea.

–¿Por qué no ir más bien al Hotel del Oriente? Este sitio es muy fresco y la cocina es excelente –agregó Finol.

–Pues vamos allá –asintió Govea, mientras prendía el carro.

Atravesaron el arenal del Boulevard Baralt, doblaron en la calle de las Ciencias y a poco se detuvieron en la sombrosa calle de Oriente. El Hotel funcionaba en la antigua casa del célebre caudillo local, General Bernardo Tinedo Velasco. La casa era ancha, alegre, de los altos y aireados corredores, que desembocaban en una terraza protegida por coposos almendrones y tupidos nísperos y la cual se extendía hasta la propia ribera del Lago, a cuya orilla las eréctiles y cimbreñas palmeras abrían sus verdes quitasoles. Govea, Urdaneta y Finolito saludaron a don Luis y a doña Amalia, dueños amables del establecimiento, a quienes expresaron el deseo de tomar el almuerzo bajo la fronda acogedora de los árboles. En la mera playa, la brisa suave y refrescante hacía olvidadizo el calor canicular de la hora. Don Luis –extremoso en la atención de sus clientes– acompañó a los amigos hasta el interior y pidió al mesonero Federico que se esmerase en complacer a los señores. Ya puestos a la mesa, concertaron con el mesonero, deshecho en venias, la minuta del almuerzo.

–¿Qué nos ofreces de especialidad hoy? –interrogó Govea al solícito Federico.

–Pues verán ustedes: tenemos un ajiaco espléndido, hay palomitas con arroz, estofado de conejo, curbina frita, venado en coco, bueno, y gallina y carne de cerdo y carne de ganado, como ustedes quieran, y huevos al gusto de los señores.

–Alfonso, seguramente tú preferirás nuestros platos típicos –intervino Luis Govea.

–Lo que ustedes digan; por mí, comería el pescado y el conejo; de eso no se ve en Mérida.

–Y para comenzar, un ajiaco –agregó Finolito– ¡Y que no falten los maduros, oyes Federico!

Frente a las suculentas viandas, Alfonso Ribera comprendió una vez más la justa fama del mercado de Maracaibo, superior al de Los Andes, superior al de Caracas, superior al de todos los pueblos de Venezuela. El Lago le llevaba sobre las piraguas y canoas todo lo que se producía en sus anchos contornos, y de las sabanas vecinas, las madrugadoras recuas conducían el variado mundo de la caza de monte y de volatería. ¿Y las frutas? ¿Qué decir del milagro de mieles y de la fiesta de colores que mantenían en los dilatados puestos del Mercado Nuevo los mostradores donde los zapotes iluminaban con su ensangrentada pulpa y las patillas encandilaban con el rosa escendido de sus gajos? ¿Y qué de los mangos de variados tonos; y qué de los cambures, ya de amarilla piel, ya de manchada y pecosa concha, ya morados, ya verdes, ya rosados; y de las piñas maravillosas, de agresiva corteza bermeja o de amarillentos ojos; y de la miel de los melones; y de los datos, dulces y acuosos, que cortan la sed y deleitan la boca del caminante sudoroso cuando cruza los resecos arenales, y del panal derretido de los nísperos, y de la nuez barbuda de los cocos, por fuera áspera y adusta como los ascetas emaciados, por dentro, en cambio, llena del agua sabrosísima, con que se apaga la brasa de la sed más ardorosa; y qué de la verde pera del aguacate regalado, señor de las frutas de mesa, a quien los sibaritas declaran la teología de la botánica tropical; y qué de la blanca piel melada de las guamas, sedosas y tiernas como guantes de novia; y qué de la roja o amarilla interrogante del dulciagro caujil; y qué de la carne suave, deleitosa y fragante de la salutífera y lechosa y del sonrosado anón; y qué de la almibarada chirimoya y de la guanábana, en fin, con que se regala el gusto y se entonan las saludes, y qué decir de toda esta maravilla que conjuga el rico, abundante y siempre el mismo mercado de la "tierra del sol amada"?

Alfonso Ribera, entre tanta fruta como le fue ofrecida al término del almuerzo, prefirió el deleitoso zapote, de encendida carne.

–Me dicen que es la sola fruta de Occidente que no ha podido aclimatarse en el Centro y tengo que saciarme de ella en estos días. A alguien oí decir que el General Gómez ha fracasado en sus esfuerzos de cultivarla en Maracay –explicó Alfonso a sus amigos.

–Pues así nos resulta el zapote una fruta antigomecista –dijo sonriente Luis Govea– ¡Que viva el zapote!...

* * *

Los días que Alfonso Ribera pasó en Maracaibo estuvieron animados por la grata compañía de Govea y de sus amigos Urdaneta y Finolito, sin que faltaran las visitas y los agasajos de sus numerosas relaciones del alto comercio de la plaza.

Entre los obsequios que los Goveas ofrecieron a su futuro deudo, ocupó sitio de excelencia el paseo nocturno por la bahía, aprovechando la maravillosa claridad de la luna.

El grupo lo formaban Luis Govea y sus hermanas Hesperia y Robustiana; Alejandro Finol y su prima Alicia; Antonio Luján, amigo íntimo de la familia Govea, y su novia, Luz del Alba Esparza. La noche estaba espléndida y sobre el lago corrían diez, veinte, treinta lanchas de alegres paseantes. Alfonso Ribera sentía la presencia cercana de la novia distante, cuyo nombre estaba en labios de deudos y de amigos, que festejaban la oportunidad de agasajar al futuro esposo de la afortunada parienta y amiga.

–¿Y usted regresará pronto para casarse? –preguntó al viajero Hesperia Govea, en cuyos ojos Alfonso veía reproducidos los hermosos y verdegueantes de la triunfadora Elisa.

–Al tener listas mis cosas en Caracas, me tendrán por acá de regreso.

–Yo no me pierdo de esa boda –agregó con dulce e insinuante voz Luz del Alba, la novia de Antonio Luján–. Mucho miedo le tengo a esos páramos, pues soy cobardísima para el frío, pero yo he de admirar a Elisa vestida de novia. Debe de verse linda.

–Desde ahora les ofrezco mi casa de Mérida y muy buenas bestias para el viaje –respondió con palabra satisfecha Alfonso Ribera.

–Opacos horizontes,
y rumor de airecillos y cantares,
y sombras en los montes,
y soledad dulcísima
en la tierra feliz de los palmares
y allá lejos la luna que se encumbra
y un cielo azul de porcelana alumbra,

comenzó a recitar con entonada voz Alejandro Finol, mientras los felices navegantes de periplo escaso dirigían la mirada hacia la luna esplendorosa, que hacía soñar con hadas arrojando encajes de nieve y plata sobre el manso Lago. Cada vez escuchadas como si se tratese de un poema nunca oído, las estrofas del gran bardo, a quien la propia luna condujo de la mano hasta el borde de la muerte, eran seguidas con religiosa delectación. Lección sagrada del culto rendido por el maracaibero al Lago extraordinario, la oda de Yepes fue escuchada con frescura de cosa recién creada, y como todos la sabían de memoria, al concluir el declamador cada estrofa, el coro agregaba la unísona fuerza de sus voces al verso final.

–Ha tenido usted la suerte de pasar por Maracaibo en diciembre y en días de luna –dijo doña Encarnación Govea y Alfonso Ribera– Ahora ya comenzaron los dichosos *yelitos* de Navidad y las noches son frescas.

–Sí,señora. Encuentro esta vez muy fresco a Maracaibo.

Concluído el paseo por la bahía, Alfonso Ribera invitó a tomar algún refresco en las terrazas del Boulevard Baralt, donde por entonces solía reunirse la gente distinguida a saborear sorbetes y a beber cerveza y kola champaña. Tenía vigencia aún la fría, burbujeante, sonrosada kola, cuyos sorbos refrescantes hicieron las delicias de una generación que no había aprendido aún a trasegar el *whisky and soda* y la excitante Coca-cola, de la cultura petrolera, que por entonces se venía encima de la ciudad.

–Doña Encarnación –dijo Alfonso a la señora Govea– me voy a permitir ocasionarle una molestia.

–Con mucho gusto, Alfonso. ¿En qué puedo servirle?

–Mis hermanas me han pedido que les lleve unos pañuelos y unas blusas de soles de Maracaibo, y yo los únicos soles que podría llevarles son los que del cielo me llueven sobre las espaldas.

–Mañana mismo llamo a una amiga que trabaja en esto. ¿Serán dos blusas y unos seis pañuelos?

–Sí, señora. Me hace entonces el favor de escogerlos usted y le dice a la persona que los vende que yo estaré por la tarde en el Hotel. Sin su ayuda, no hubiera sabido si buscar los tales soles en una botica o en el mercado de frutas.

Rieron todos de la graciosa salida de Ribera, a quien Antonio Luján explicó en seguida la historia de los soles.

–Va usted a conocer mañana, señora Ribera –díjole– una de las más delicadas industrias de Maracaibo. Nuestra tierra ha sido tierra de poetas. Todos alaban a Baralt, a Yepes, a José de Jesús Villasmil, a Sisoes Finol, a Vázquez, a Udón Pérez, a Sánchez Rubio, pero nadie recuerda a las anónimas encajeras, que labran nuestros primorosos soles, tan poetas como el más pulido de nuestros vates. El año pasado oí unas deliciosas palabras en la distribución de premios del Colegio de Señoritas. Hizo la avisada profesora un cálido elogio de las labores femeninas y exaltó el arte con que nuestras mujeres tejen los hilos sutilísimos de su típico encaje. "Para ser encajera –díjoles, con palabras de Martínez Sierra–, hay que tener erudición poética". Con erudición, en verdad, que sorprendió a todos, subió en el tiempo hasta el supuesto origen de la industria del encaje, por donde han cobrado celebridad las manos de nuestras pacientes mujeres. Y después de remontarse a la leyenda que pinta el celo de Minerva para la sutil habilidad de la hilandera Aracné, por ella convertida en araña, dijo que nuestros soles no son de ascendencia española, sino de origen francés, puesto que su arte lo enseñó en la ciudad una fina muchacha de Normandía, arribada a Maracaibo con los filibusteros de Grammont. Forzada a hacer la vida áspera de los feroces bucaneros, logró escapar de sus opresores y se

acogió a la protección de una distinguida familia, a quien pagó la hospitalidad enseñándole el sutil secreto de sus hilos; de modo, pues, agregó la profesora, que a esta prófuga, sedienta de libertad y de protección honesta, correspondería en el orden de las industrias de la ciudad el mismo sitio que a Colbert en el orden de la encajería de Francia, ya que a aquél debieron su iniciativa los telares establecidos por el gran Ministro en Alencon, con obreras llevada de Venecia.

–Eso se lo soplaste tú a la maestra, so vivo –le interrumpió Govea- Conozco a la maestra y sé de la amistad que a ella te liga. ¿No es cierto, Luz?

La Novia de Luján sonrió con gesto dulce y grato, que sacaba cierto a Govea de la concomitancia al amigo en el historial genealógico de los famosos soles.

–Yo no conocía esa historia –agregó Finolito– Es bastante interesante y *se non é vera é ben trovata.* Te felicito, en caso de ser tuya, por la florida imaginación mostrada al inventarla, Maracaibo es, en realidad, tierra de poetas. ¡Ojalá el petróleo que se nos avecina no le tuerza el pescuezo a nuestros cisnes!...

Las noches maracaiberas invitan a la fiesta, a la risa, a la alegría. Las terrazas donde la gente tomaba el fresco se mantenían concurridas hasta altas horas. De los bares y botillerías salían las voces de las pianolas y de los gramófonos. En los alejados suburbios, sonaba la gaita acompasada y alegre, en cuyas notas y cantos se percibía el hondo dolor y la resignación callada del pueblo sufrido y soñador. En las avenidas, los coches, llenos de gente alegre, dejaban sonar el cascabeleo de timbres y campanas anunciadoras, más que las mismas herraduras de los cansados caballos, del paso de las ruedas. En las vías que conducían a las barriadas distantes sonaban los clamorosos avisos de los automóviles. Movimiento en el casco antiguo de la ciudad, movimiento en los caminos que buscaban los distantes haticos, movimiento en el secreto salón donde la danza se hurtaba a la censura pública, movimiento en la noche tibia y deleitosa, cuando la brisa llegaba para compensar el ardor de la fragua del día.

–¿Nos vamos? –preguntó doña Encarnación, con voz en cuyo tono subyacía la orden de partirse.

Todos andaban bajo el gobierno de doña Encarnación. Doña Encarnación se preciaba de ser toda una señora enchapada a la antigua. Doña Encarnación había de cerciorarse cómo las amigas de sus hijas trasponían el portal de sus casas respectivas.

Cuando llegó a su quinta de "El Milagro", doña Encarnación recomendó al hijo:

–Luis, lleva a su hotel a Alfonso y regrésate pronto.

* * *

Apenas terminada la Misa de siete, el Padre Contreras dejó el convento de San Francisco y se dirigió a paso menudo hacia el Hotel Zulia. Sabía que Alfonso Ribera era hombre hecho a dejar las sábanas a hora temprana y, deseoso de encontrar al amigo en casa, fuese a tomar el desayuno en su compañía.

Alfonso Ribera ya se había leído a "Panorama" cuando llegó el Padre Contreras y justo estaba a la espera de ser atendido por el mozo, a quien había ordenado le sirviese.

–¡Qué gusto, Padre! –exclamó Alfonso cuando la figura del sacerdote se recortó en el vano de la puerta del comedor y, poniéndose de pies, dio unos pasos para saludar de mano al amigo.

–Vengo a desayunar con usted, don Alfonso, pues temí que se me saliese a sus correrías con sus amigos del comercio.

–Me da un gran placer. Hoy pensaba buscarlo, para saludarlo y saber de su vida. Además, mañana de madrugada es la salida de nuestro barco, y quería saber si usted permanece en espera del "Manzanares".

–Yo sigo en el mismo vapor de la "D Roja" en que usted viaja. Ayer hice el apartado.

–Magnífico, mi Padre. Seguiré aprendiendo cosas con usted.

Cuando el mozo apareció con la tortilla de huevos y las arepas humeantes del desayuno de Ribera, éste ordenó un servicio para el Padre Contreras, quien se adelantó a decir:

–Para mí, sólo una taza de café con leche, arepa y un poco de queso.

–¿Criollo o extranjero el queso? –preguntó el mozo.

–Pues criollo, no faltaba más que un curita andino viniera a echársela de hueso de puerco en Maracaibo. Déme queso con sabor a tierra maracaibera.

–Le traeré entonces un queso de Perijá, que está muy bueno –respondió con rostro satisfecho el mozo.

–Pues, don Alfonso –dijo a Ribera el Padre Contreras– he venido a proporcionarle una molestia. Los Padres Capuchinos me han informado de un error en el encargo de un pequeño órgano que hizo a Alemania la casa Steinvorth para una iglesia de aquí. El Cura resolvió no tomarlo, y el órgano puede conseguirse a muy buen precio. Yo tengo en mi parroquia el dinero, pero la operación debe quedar cerrada hoy. He pensado que usted me podría facilitar la suma y yo ordenaría por telégrafo a mi Teniente que gire el dinero a sus corresponsables de Maracaibo.

–Con muchos gusto, Padre. ¿Y cuánto es lo que usted necesita?

–Quinientos pesos no más. Es un órgano de preciosas voces.

–Pues ahora usted mismo, Padre, que es mecanógrafo, escriba en la oficina la carta– orden para Blohm.

–Muchas gracias, don Alfonso. Le hace usted un gran favor a mi Parroquia. Dios le pagará el servicio.

Frente al parco desayuno del Padre Contreras, la dorada y pulposa tortilla, seguida de un grueso bistec coronado de cebollas, el queso, la mantequilla, el pan, los mojicones y el café con leche de la ración de Alfonso Ribera, resultaba algo verdaderamente pantagruélico.

–Se come bien en Maracaibo, Padre –exclamó Alfonso, cuando al final del desayuno encendían un "Bandera Roja".

–Aquí se come mucho; aun la gente humilde se defiende fácilmente del hambre. Aquí abunda el plátano, o el *maúro,* como dice el pueblo, y el pescado se lo regala el Lago a redes llenas. Yo he andado en estos días por algunos suburbios y he visto de cerca a la gente pobre. Hay un frailecito en el Convento, que está dedicado a la caridad entre la gente vergonzante. ¡Qué espíritu de fraile! ¡Qué discreción, qué ternura, qué amor pone en su relación con la gente pobre y con el elemento trabajador! Hay personas que hablan de los pobres y de los obreros como de cosas abstractas, aprendidas en libros y en conferencias. ¡Cuántos demagogos no han mirado jamás de cerca la vida de un trabajador! Es preciso bajar a ellos, como lo hace este alegre e imperceptible frailecillo, para conocer el mundo de dolor, de contradicción, de angustia en que se devana esta pobre gente. En medio de su general desasistencia, a la pobrecía de Maracaibo se le hace fácil conseguir el pan de cada día. Créalo usted, don Alfonso, aquí hay caridad. Fíjese cómo hay montados hospitales y hospicios, que dirige una Junta de Beneficencia, con ayuda del público.

–Sí, Padre, pero a los fondos de esa Beneficencia va a parar el bolívar que por cada saco se deja de pagar a los cafeteros de Los Andes. Ese bolívar se le quita al campesino nuestro.

–Al rico nuestro, don Alfonso –respondió el Padre enarcando cejas y frente–. Es cierto lo que usted dice y al golpe pareciera injusto el sistema. En el terreno cristiano, no, pues tan miembros del cuerpo místico de Cristo son los pobres de Mérida como los pobres de acá, y,

además, cuánto andino no viene a parar a los hospitales de Maracaibo. La caridad no tiene fronteras, don Alfonso. ¿Y por qué allá no se toma otro bolívar a la salida de las recuas de café? También es triste saber que la Junta de Beneficencia mantiene una exclusiva a favor de determinados comerciantes, que son los proveedores de las medicinas, de los víveres y de los géneros de cama. Esos son vicios funestos, muy arraigados en la conciencia de hombres desprovistos de luces en el corazón. Hasta con el dolor y con el hambre del prójimo hay quienes hagan buenos negocios; y lo peor es, don Alfonso, que esos buenos negociantes, al verse hinchos de plata, como decimos en el Táchira, pretenden que se les tenga por gente honorable y como eficaces sostenedores del orden social. No solamente lo pretenden; lo más triste es que por tales los acepta la sociedad y como a tales se les rinden honores y se les confieren distinciones. ¡Cuánta reputación engreída, don Alfonso, tiene hundida su última razón de existir en el fango del robo y del atropello! No imagina el espanto que me dio saber por el Padre Salvador que existen aquí hombres de muchos méritos en la sociedad, cuya fortuna proviene de la venta de indios de la Guajira.

–¿Venta de indios? –preguntó sorprendido Alfonso.

–Sí, señor. Vendiendo indios, como usted lo oye. Me dio hasta el nombre de un señor medio criollo, con apellido extranjero, que ya olvidé. ¡Ave María Purísima!

La interesante conversación que el Padre Contreras y Alfonso Ribera trabaron a la sobremesa, fue interrumpida por el anuncio de una inesperada visita.

–Señor Ribera, perdone, pero don Acisclo Cubillán lo espera en la sala –anunció el portero.

–¿Don Acisclo Cubillán? No sé quien sea, pero usted me aguarda en el corredor, mi Padre –dijo Alfonso al Padre Contreras.

–Por mí no se preocupe. Mientras lo espero, leeré el periódico de la mañana.

Un caballero de buena planta se levantó de la silla donde había tomado asiento, cuando Alfonso Ribera penetró en el pequeño salón del Hotel. De aventajada estatura, fornido de cuerpo, de undoso y ceniciento cabello, de tez blanca y sombreada por una tupida barba recientemente rasurada, viva e inteligente la mirada, todo de blanco hasta los pies vestido, como si fuera el negativo machadiano de un retrato de Felipe IV. Lo atildado del atuendo daba una austera dignidad de la maciza madurez de don Acisclo Cubillán.

–Acisclo Cubillán, excuse usted, señor Ribera –dijo el visitante mientras extendía la mano a Alfonso.

–Ribera, mucho gusto –respondió el otro, a tiempo que correspondía al saludo.

–Usted perdonará, señor Ribera, que me atreva a molestarlo, pero la necesidad le explicará la libertad que me tomo en pedirle un servicio.

Hablaba lentamente Cubillán, y la malicia serrana hizo pensar a Alfonso Ribera que se hallaba frente a frente con un vulgar caballero de industria, que iba muy campante a echarle un cuero de tigre. Con desusada rapidez de imaginación, midió la fulminante respuesta y empezó a formar con los labios el fraseo de la negativa.

–No estoy autorizado, en verdad, para solicitar de usted un favor del tamaño del que vengo a pedirle. (¡Pícaro!, pensaba para sí Alfonso Ribera). Pero, mi buen amigo Antonio Luján díjome anoche que había tenido ocasión de conocer a usted y yo le pedí esta tarjeta de presentación.

Mientras Cubillán sacaba de la cartera la tarjeta de Antonio Luján, a Alfonso Ribera se le hacía más complicado aún el caso del visitante desconocido. (¿Qué buscará este pájaro?, se preguntaba en lo interior Ribera).

–Muy simpática persona el señor Luján –fue la sola respuesta de Alfonso Ribera al leer la presentación que aquél le hacía de la persona de don Acisclo Cubillán.

–Pues, sí, señor, como le decía, anoche en el Club me dijo Antonio que había tenido el gusto de conocer a usted y que usted es también amigo de Luisito Govea, a quien pensé pedir que me presentara con usted. Aquí me tiene, pues, con la sola recomendación de Lujancito.

Mientras más se tardaba Acisclo Cubillán en llegar al grano del asunto, mayor era la inquietud y la molestia con que lo escuchaba el desconfiado Alfonso Ribera. (Si siquiera hablara pronto, pensaba entre sí el nervioso Alfonso).

–Es mucho pedir, por la falta de confianza para hacerlo, pero ha de saber que yo soy amigo personal de su padre y vengo a rogarle que ponga en sus manos esta carta. Vicente y yo nos conocimos en Caracas cuando el triunfo de Crespo y de lejos hemos mantenido la vieja amistad. El y yo trabamos entonces muy buenas relaciones con Márquez Bustillos, que echaba chispas contra los Araujos y Baptistas, por no sé qué trastada que le jugaron. Mucho le aconsejamos Vicente y yo que le aceptara a Crespo el Ministerio que le fue ofrecido, pero Márquez Bustillos quería vengarse de sus viejos amigos y regresó a Los Andes de Jefe Civil y Militar. Eso lo perdió. Yo he escrito mi caso a Victoriano, pero todo ha sido inútil. Parece que no le llegan mis cartas. Hoy quiero que usted lleve a Vicente una carta para que él la entregue a Márquez Bustillos y le pinte mi caso. Yo no soy amigo de Gómez, ni nada parecido; pero yo fui objeto de un ataque feroz de parte de un Gobernador que pretendió ultrajarme y, a quien yo respondí como hombre. Estuve arrestado primero y ya salía amarrado para San Carlos, cuando las gestiones que por telégrafo hizo entre Gómez don Juan París lograron que me dejasen en Maracaibo con la ciudad por cárcel. De esto han pasado dos años y a mí, a más de vigilárseme y de hostilizárseme, se me niega permiso para ir a Caracas a explicar a Gómez mi caso. Yo quiero mi libertad. Yo soy amigo del Gobierno. Yo no conspiro. Pero me tiene puesta la proa el borracho del Gobernador y estoy fregado. Esto es todo lo que le pido, señor Ribera. Hará usted un gran favor a un hombre honrado y a un padre de familia imposibilitado de trabajar libremente.

–Encantado, señor Cubillán –respondió Alfonso Ribera con el entusiasmo que representaba haber visto disipada la amenaza de una inoportuna banderilla.

Don Acisclo Cubillán entregó el sobre a Alfonso Ribera y después de ratificar a éste su agradecimiento y su amistad, se despidió con un caluroso apretón de manos.

–Buen viaje, señor Ribera, y muchos saludos a Vicente.

En el vestíbulo del Hotel, el Padre Contreras aguardaba tranquilamente tras las anchas páginas de "Panorama". Una vez, don Acisclo Cubillán en el espacioso zagúan, Alfonso Ribera retornó hacia su amigo el sacerdote.

–He pasado un pésimo rato con este hombre. La lentitud con que empezó a pedirme un servicio, me hizo creer que era alguno de los tantos petardistas que tienen de oficio sorprender a los lanudos de la Cordillera, pero resultó ser un viejo amigo de papá, que me vino a dar una carta en la cual le pide un favor con Márquez Bustillos.

–Menos mal; ya ha hecho usted los servicios antes de salir a la calle.

Alfonso Ribera y el Padre Contreras se encaminaron hacia la mesa del conserje, en cuya máquina el sacerdote escribió la carta-orden para recibir donde Blohm los bolívares de préstamo que le hacía Ribera.

–Les diré, además, que en la próxima semana mi Teniente les girará suma igual –dijo a Alfonso el complacido sacerdote, a tiempo que le estrechaba efusivamente la mano.

–Hasta la noche en el vapor, Padre Contreras.

–Hasta la noche a bordo, don Alfonso.

XIII

La hora de levar anclas las naves que de Maracaibo enrumbaban hacia Curazao, no la fijaba ni la Aduana ni la Compañía, y mucho menos los pasajeros. La hora de salida de los barcos que iban a remontar el Saco, la marcaba la luna. En la bahía de Maracaibo surgían apenas naves de poco calado, en razón del natural obstáculo opuesto por el tablazo de San Carlos, cuyo paso estaba sometido a las facilidades de la pleamar.

La salida del vapor "Zulia", en el que viajaba Alfonso Ribera, fue fijada para la madrugada del viernes; mas, el pasaje tomó borda con el anochecer del jueves. Ya a las seis de la tarde, Alfonso Ribera había hecho trasladar al muelle su complicado equipaje y se había entendido con el marinero que cuidaría las jaulas de pájaros, a los cuales se agregaban dos hermosos loros, que los Goveas habían obsequiado a Ribera para la pajarera de las hermanas, junto con una gruesa caja de frascos de huevos chimbos y latas de dulce de merey. Cuando revisó la lista de sus bultos, Alfonso Ribera mismo se sorprendió del aspecto de buhonero que su figura adquiría al lado del pintoresto equipaje.

Al barco subieron para despedir al viajero el doctor Atenágoras Govea, acompañado del hijo Luis, y dos amigos de la casa Blohm; además se acercaron a hacer rueda con Ribera y los Goveas, Hermógenes Urdaneta y dos parientes de éste que fueron a despedirse, y el doctor Asdrúbal Carías, ingeniero que regresaba a Caracas. Entre el grupo hacíase notar, tanto por su hábito talar como por su discreta y alegre palabra, el Padre Contreras. Al bar se trasladó luego el círculo de amigos, a quienes

indistintamente se acercaban algunos para despedir a Carías y a Urdaneta, otros para saludar a los compañeros de Alfonso Ribera.

El embarco de pasajeros era la gran reunión social de los muelles. Aun sin interés de despedir a pasajero alguno, la gente se agolpaba para mirar el ascenso y el descenso de los viajeros y de los numerosos visitantes congregados para la despedida de deudos y de amigos. Fiesta de augurios, para los que partían, y humedad de lágrimas y nudo de sollozos, para las madres, las esposas y las novias que veían ausentarse a los seres amados. Resumen exacto del gran drama de la vida, en los muelles tanto se mira bajar al prometido que acude en busca de la novia intacta, como se ve bajar la caja sombría, donde regresa dormido el padre, cuyos ojos se cerraron en lejanas tierras. La resignación del que se queda y la alegría de quien aguarda todo de los nuevos aires marinos se conjugan en el momento fugaz y constantemente repetido en que las esperanzas de muchos convergen en un mismo punto, para juntas seguir el *camino de los cisnes,* como llamaban los normandos al mar...
Cuando el esquilón de a bordo anunció a los visitantes la hora de abandonar el barco y se hubieron despedido los doctores Goveas y los amigos de Hermógenes Urdaneta, éste, el Padre Contreras, Ribera y el ingeniero Carías sintieron que surgía entre sí una comunidad de intereses sobrepuesta al común interés del viaje.

* * *

La amistad de abordo es suerte de ejemplo engañador y esperanzado de lo que debieran ser las relaciones entre los hombres. Al cortarse en el muelle el hilo de las preocupaciones diarias y hacerse un hiato en el afán por los problemas de la vida, parece como si el viajero adquiriese un sentido de comunicatividad que lo llevase a mirar en los otros viajeros con quienes comparte la travesía, rostros de viejos conocidos, de cuyos problemas estuviese informado. Media hora después de cruzado el primer saludo, ya quienes viajan dialogan de sus cosas particulares en un tono de intimidad y de preocupación, con un calor de interés y de diligencia, cual pudieran hacerlo personas de añeja relación. El aire del mar, el yodo y la sal que curten el rostro, el móvil horizonte lejano, diríase que conjugan su impulso y su signo salutífero para hinchar la

dimensión espiritual de los viajantes. En el principio el mundo todo fue agua, enseñaba el filósofo milesio. Dura una constante creadora en el mundo de las aguas, y la nave, como expresión de la vida que corre veloz sobre el lomo del mar, parece que compendiase un sentido de renovación y de alegría. El relato mosaico instruye acerca de la hora en que el destino entero del hombre estuvo encerrado en el maderamen de un arca. Sobre las aguas caídas del cielo, el arca inmensa desafió la soledad y los torrentes del diluvio universal, hasta ganar para sí el símbolo permanente de lo que significa la comunidad de los destinos humanos. Cuando los viajeros dejan la tierra firme y advierten bajo sus pies el suave vaivén de la nave a cuyo rumbo entregan la suerte del viaje, comprenden que un riesgo idéntico enlaza el futuro de sus vidas diversas y encontradizas. La noción comunitaria que en la ciudad desaparece ante el trajín por la lucha diaria, se aviva y crece inconscientemente, al ser sustituída la plataforma estable y recia de la tierra, por el marco movedizo y cambiante de las olas. Sin reflexión alguna, el viajero adquiere una conciencia de semejanza con el otro viajero. De antes no se conocían o se conocían poco, pero la identidad del rumbo y del peligro los pone en condiciones de alegres y confiados muchachos que se diesen la mano para jugar a la ronda en un jardín. Muchachos. Sí. Al aire de la muchachez retorna sobre la cubierta de los barcos el ceño adusto de la gente grande. A la palabra confidente, que facilita el intercambio de impresiones y proyectos, súmase el valor de infantil asombro adquirido de nuevo por las cosas. La grulla que pasa rozando los palos del barco, el delfín o el tiburón que salta o asoma la geta entre la espuma de las olas, la distante palmera que parece un verde pañuelo despidiendo al navío, la larga, blanca, burbujeante estela que tras sí deja la nave, se convierten en temas de inusitado interés para todos los viajeros. El mar. La alegría del mar. El ímpetu genésico de las aguas. El misterio de la vida oculta en los profundos del océano. El mar. El agua. La brisa y el viento y el yodo y las sales se meten una vez más en el secreto del hombre, y al ganar la intimidad de los espíritus, los hinche de sencillez, de ternura, de bondad. Los hace amigos. Les hace sentir, sea así en forma pasajera, que más allá de la anarquía de las pasiones y de la pugna de los intereses que forman la trama de la relación social, impera el alto, puro, sagrado, desnudo valor de la vida...

* * *

Cuando la mañana ya brillaba y el barco a máquina recortada se acercaba al paso de la Barra, los pasajeros se echaron a cubierta de proa para admirar el maravilloso paisaje de las vecinas palmeras.

En la noche no pudo hacerse buena cuenta de la cantidad de pasajeros. A la hora mañanera, casi todos estaban fuera, así algunos se mantuviesen aún en los camarotes. En la banda de babor, Alfonso Ribera, el Padre Contreras, el ingeniero Carías y Hermógenes Urdaneta se habían juntado como de concierto. Desde la noche anterior ya hicieron coyunda para el viaje. El pasaje era numeroso y del grupo parlanchín y bullicioso que en la otra banda contemplaba la playa, se destacó hacia Urdaneta una linda muchacha.

–¿Y tú aquí, Hermógenes? ¡Qué gusto me da verte!

Leticia Leiva era un primor de mujer. Agil, menuda, de corta estatura, Leticia Leiva parecía una campana en día de Reyes. En el óvalo maravilloso del rostro moreno, finamente recortado entre los bucles de la undosa melena, brillaban unos ojazos llenos de luz y gracia, cuyas crespas y largas pestañas impedían ver la plenitud de las lucientes pupilas. ¿Verdes? ¿Castaños? Los ojos de Leticia Leiva eran verdes y eran castaños. Extraños, indecisos, propios para naufragar en ellos. La nariz no era alta ni pequeña: de fina línea, jugaba muy bien con los labios discretos y finos, que ocultaban la más primorosa y embrujadora sonrisa. El ligero traje azul que se había vestido para competir con la mañana, dejaba adivinar la victoriosa arquitectura del cuerpo, soportado con desafiante orgullo por las piernas de torneada y voluptuosa curva.

–Lo mismo te digo –respondió Urdaneta–. Me has dado una sorpresa tan grata como para tomarla por augurio feliz de mi viaje. ¿Vas a Caracas o te quedas en Curazao?

–Sigo para Caracas. Voy a estarme un tiempo con mis primas las Valderramas. ¿Me presentarás a tus amigos?

–Alfonso Ribera, a sus pies, señorita.

–Carías.

–El Padre Contreras.

–Dicen que trae mala suerte viajar con curas –apuntó entre risas Leticia Leiva– Yo, en cambio, no lo creo, porque la mala suerte la lleva una por dentro, y yo soy muy afortunada.

–Quizá su novio tenga más suerte que usted –agregó Carías.

–Gracias por la flor, pero no tengo novio. Es un poco fastidioso eso de echarse novio muy temprano. Me gusta tener muchos amigos, ¿no es cierto, Hermógenes?

El Padre Contreras no dejó de sentir cierto disgusto ante el desenfado o palabras y movimientos de Leticia Leiva. Para un sencillo cura de la Cordillera, acostumbrado al recato y modestia que las montañesas muestran ante un sacerdote, la desenvoltura con que se expresaba esta alegre muchacha era una verdadera sorpresa.

–Oí decir que el señor Ribera está de novia, tú sabes que yo soy papel quemado, el afortunado de los tres podría ser el amigo Carías, que no en balde se adelantó a elogiarte –dijo Urdaneta a Leticia.

–¿El señor es soltero? –preguntó a Carías Leticia Leiva.

–Hasta ahora, felizmente soltero.

–¿Por qué hasta ahora?

–Puesto que soy libre para dejar de serlo.

–¡Qué bien, qué bien! –agregó con estudiado ademán Leticia Leiva– ¿Usted no es andino?

–No, señorita.

–Lo celebro, porque yo detesto a los andinos.

–Cuídate, Leticia –la interrumpió Hermógenes Urdaneta– El Padre Contreras y el señor Ribera son andinos.

–Lo siento mucho y les aconsejo que se dejen de eso –fue la rápida y agresiva respuesta de la distinguida muchacha.

–Yo, señorita –dijo Alfonso Ribera con el rostro contraído por el disgusto– soy andino y me siento muy orgulloso de serlo.

–Lo felicito entonces. Tal vez si yo fuera andina diría lo mismo que usted.

–La señorita es de muy buen genio y con la brisa de la mañana tiene más alborotado el espíritu No se enfade usted, don Alfonso –intervino el Padre Contreras.

–Siempre tengo el genio en mi puesto, sin necesidad de brisa, Yo no ofendo a nadie al decir lo que siento. ¿Usted se ofendería si le dijese que me resultan muy antipáticos sus largos bigotos? –dijo dirigiéndose a Alfonso Ribera.

–Muchas gracias, señorita. Lo malo para mí es que los bigotes me los podría quitar; en cambio, no podría afeitarme el andinismo –respondió en tono serio Alfonso Ribera.

Todos, empezando por el Padre Contreras, rieron a mandíbula batiente de la graciosa salida de Ribera y, ya interrumpido por la risa el tema molesto planteado por Leticia Leiva, el ingeniero Carías aprovechó para decir:

–Allá viene el bote del práctico. El barco parece que no caminara.

La atención de todos los pasajeros se concretó en las operaciones del paso de la Barra. Las aguas ya habían logrado su máximo nivel y se hacía fácil evitar el peligro de encallar en los bancos de arena que obstruyen el estrecho de San Carlos. Lentamente se fue realizando el paso de la nave, en medio del constante aviso de la campana marinera.

–¡Cómo será Maracaibo cuando abran este canal! –exclamó Urdaneta.

–Es obra difícil, que no puede emprender la nación y que no debe darse a una empresa extranjera –respondió el ingeniero Carías– Además, la Barra es la defensa natural del Lago.

–¡Maldita defensa! –agregó Hermógenes– ¿De qué ha defendido a Maracaibo la Barra? Ni en la época de la Colonia pudo defenderla de los piratas que la quemaron más de tres veces y que la saquearon a su gusto. Los piratas de hoy pasan, como pasaron el Olonés y Gramont, sobre el obstáculo de las barras. Mire usted cómo se están metiendo sin canal alguno a cogerse nuestro suelo. Yo voy justamente a tratar en Caracas sobre el despojo que de sus tierras quiere hacer la *British* a infinidad de propietarios. Usted me perdonará, doctor Carías, pero en esto hay un poco de ojeriza de los caraqueños para Maracaibo.

–No se crea, doctor Urdaneta. Siempre andan los zulianos con esa historia.

–No son historias, doctor Carías; es una realidad dolorosa.

–Tal vez ambos tengan razón –interrumpió con insinuante voz el Padre Contreras– El gobierno central ha descuidado mucho a Maracaibo, doctor Carías. Usted y yo acabamos de comprobarlo: en la ciudad no existe aún acueducto.

–Tampoco lo hay en Caracas –respondió Carías.

–El de Caracas es malo –continuó el sacerdote– pero existe. En Maracaibo, en pleno Siglo XX, se vende el agua dulce en burros por las calles. Maracaibo es un pueblo con gran espíritu público, que ha crecido a esfuerzo propio, con muy poca ayuda de la administración central, pese a que su contribución a la renta nacional es muy grande. Ha habido descuido con Maracaibo, como lo ha habido con Guayana, a pesar de la gran riqueza de esta región, y como lo ha habido con Los Andes y con Oriente, y con Los Llanos y con Valencia y con Barquisimeto. Pero cuando se culpa a Caracas, ha de culparse a un estado de conciencia formado por hombres de todo el país, a cuyo impulso ha sido marcado el rumbo de la política. El mal es nacional, mis queridos amigos.

–Sí, señor –interrumpió Urdaneta– el mal viene de muy atrás, pero en Caracas ha sido donde han tomado impulso los movimientos de opresión hacia las provincias y de desfiguración de las instituciones. Recuerden que en 1813 Bolívar restableció las normas republicanas en las provincias de Mérida, de Trujillo y de Barinas. Al llegar a Caracas, los caraqueños le fabricaron la dictadura; no olviden, tampoco, que el Municipio de Caracas acusó en enero de 1826 las arbitrariedades de Páez y que el 8 de mayo del mismo año le prestaba juramento como rebelde a las leyes. A Caracas llegan las revoluciones con buenos propósitos, y una camarilla detestable corrompe a los caudillos. Castro era una gran promesa cuando llegó al Capitolio.

–¿Y quiénes oprimen hoy, doctor Urdaneta? ¿Son los andinos o son los caraqueños? –preguntó Carías.

–Pues no se crea, doctor. Yo no soy andino, pero no estoy con los que acumulan todo lo malo sobre la cabeza de los andinos.

–Si ustedes se van a dedicar a hablar de política, van a empavar el viaje, y no olviden que en todos estos barcos viajan espías –les dijo alegremente Leticia Leiva, quien haciendo mutis se incorporó al sitio donde su madre hablaba con dos señoras de edad, cuyos trajes negros desentonaban con la alegre claridad de la mañana.

Lentamente siguió avanzando el barco hasta ponerse al nivel del Castillo de San Carlos. Sobre la almena del fuerte ondeaba airosa, imponente, fulgurante, la bandera amarilla, azul y roja de la Patria.

–¡El Castillo! Este es el gran regalo que al Zulia le hace la política nacional. Un enclave sombrío de tormentos, donde debiera abrirse ancho canal para el cruce libre de las naves –dijo Urdaneta.

–El mal es general, doctor Urdaneta –agregó el Padre Contreras; Caracas tiene la Rotunda; Puerto Cabello, su famoso Castillo; Guayana, sus Castilletes. Nuestros gobernantes han creído que no se puede mandar sin presos y han considerado que la autoridad no tiene otros medios de hacerse sentir sino los de la crueldad. Jamás olvidaré el asco

con que hace ya algunos años leí en "El Cojo Ilustrado" un artículo festivo de Jabino, en el cual este escritor, con alardes de un viscoso humor, terminaba por hacer el elogio de la Rotunda. Hasta este punto ha llegado nuestra indiferencia ante el dolor de los conciudadanos. Por otra parte, mis queridos amigos, el pueblo se ha acostumbrado a ese sistema y carece de sensibilidad para defender sus derechos. En nuestro país la justa protesta ha sido reemplazada por la súplica humillada. Las mismas familias de los presos y de los perseguidos miran el hecho como algo fatal. Se ha llegado al caso de que el hermano de un enemigo político del General Gómez haya escrito a éste manifestándole su vergüenza y bochorno por la conducta del hermano perseguido. Hay un estado de postración cívica que los políticos no cuidan de mejorar, cubriendo su desdén por las acciones que podrían salvar a la república, con la cínica consigna de que "así ha sido siempre esto". La política no es sino un desvergonzado afán de mandar para enriquecerse.

–Yo por eso me he mantenido siempre al margen de la política; yo soy sólo un comerciante –interrumpió Alfonso Ribera.

–Yo no voy a defender a los andinos de la severidad del régimen, pero ni este Castillo, ni la Rotunda, ni el Castillo de Puerto Cabello, fueron construídos por el General Castro ni por el General Gómez. Cuando mandaba nada menos que don Manuel Felipe de Tovar, flor y nata del mantuanismo caraqueño, se enviaron a este islote que usted ve ahí nomás, a distinguidos políticos liberales. Bajo Seco fue una pesadilla peor aún que las Bóvedas de La Guaira. El mal viene de atrás y los que ayer protestaron de las prisiones y de los vejámenes, hoy defienden con sofismas procedimientos peores que los condenados ayer.

–Mire, Padre Contreras –insinuó Alfonso Ribera–, se le está yendo la lengua y recuerde que en el barco viajan espías.

La conversación tomó rumbo diverso, sin que el Padre Contreras, frente al Castillo, dejara de tener un grato y justo recuerdo para la memoria del General Jorge Bello.

–Parece mentira, pero aquí dio Venezuela su última gran prueba de vigor frente al extranjero. En este fuerte, que habían rendido los

filibusteros antiguos, Jorge Bello, hombre por demás obscuro, ordenó el cañonazo que inutilizó al famoso *Panther,* cuando el vil bloqueo a que fue sometido nuestro país por las potencias europeas. Aquí se golpeó, por última vez la pretensión forastera de humillarnos. Quiera Dios que nunca más nuestro país se vea envuelto en conflictos internacionales armados; nos toca, en cambio, enfrentarnos a los conflictos sin armas contundentes, que comienzan con la explotación del abundante petróleo dormido en nuestro rico subsuelo. La hora final de la vieja república agraria se anuncia a grandes pasos. Nos amenaza la hora de la república minera. Que la muerte nos coja confesados.

–No hay que pintar siempre al Diablo en las paredes, Padre Contreras –dijo Carías–. Usted es muy pesimista y olvida que con el petróleo nos llegarán la abundancia y el bienestar.

–Yo no soy pesimista, doctor Carías. Yo deseo para mi país todo género de lícito progreso; pero no olvide usted que los pueblos y los hombres se pierden más por los caminos de la prosperidad que por las vías del sufrimiento. La riqueza fácil de la mina, como la del tesoro topado en el camino, más conduce al vicio que al bienestar. La riqueza sin el sudor del trabajo, es fuente de perdición. Nosotros nos hemos entregado siempre con una gran facilidad al extranjero. Este mismo barco en que viajamos nos recuerda un monopolio, doctor Carías. Hay que echar cabeza a las cosas para saber de dónde vienen los males. Cuando Bliss, Dallet y Cía. comenzaron el monopolio de la navegación y el monopolio de la harina del Norte, pareció un progreso para el comercio, pero en el fondo era una operación semejante a las de la Compañía Guipuzcoana en el siglo XVIII. La casa Boulton ha sido una especie de Guipuzcoana, doctor amigo. No olvide que siempre anduvo esta gran firma enredada en altas operaciones con padrinazgo oficial; por algo a Guzmán Blanco le sacaron aquel anagrama de "Gana minas con Boulton".

–¿Cómo es eso, Padre?

–Verifíquelo, y verá cómo caen justas las letras.

Tomó el lápiz Carías y ahí mismo comprobó la exactitud del juego de letras.

–Está bien esto, Padre. ¡Usted sí sabe cosas!

Al salvar el barco los peligrosos bajíos de la Barra, el práctico regresó a su apostadero y la máquina metió impulso a la hélice. Un breve rato después, las aguas verdinosas de la confluencia del Saco y el Lago empezaron a colorearse del azul profundo del mar. Las olas rompíanse con ímpetu de caballos salvajes sobre los costados de la nave. Un viento de bolina arreció sus salobres quejidos al chocar con las lonas de cubierta. La nave comenzó presto a dar cabezazos y tumbos, anunciadores de una movida travesía.

Alfonso Ribera hacía su primera salida a la mar. Pronto Alfonso Ribera empezó a palidecer y a sentirse mal. Luego, el sudor del mareo lo obligó a pedir ayuda de brazo amigo para meterse en el camarote.

–Siento algo horrible. ¿Qué contra hay para esto? –preguntaba el desvanecido Alfonso.

–Echarse y no pensar más en el mar –le respondió Urdaneta, a tiempo que le daba el brazo para ayudarle a caminar.

* * *

La remontada del golfo la hizo el "Zulia" con vientos contrarios y con una gruesa mar de fondo. Los camareros trasladaron de las mesas a los camarotes el servicio para los pasajeros. Manzanas del Norte, uvas de California, té Lipton. En pleno mar criollo, se alteraba ya la botánica nutricia. El venezolano se enfrentaba en sus propias aguas a valores alimenticios que coordinaban con la extraña bandera del buque.

Alfonso Ribera no levantó cabeza durante todo el día. Apenas enderezaba el cuepo para ponerse de pies, las bascas lo obligaban a tumbarse de nuevo para evitar el arqueo. Las sienes le toteaban. El estómago, cansado por los vómitos, no le aceptaba ni el bebedizo de té ofrecido por el camarero. El Padre Contreras era ya veterano en andanzas marinas, y a la par que daba cariñosos vistazos al camarote

donde Alfonso Ribera pasaba las del Diablo, se exponía en la banda sombreada y en unión de Hermógenes Urdaneta a los tónicos latigazos del viento.

A cortos lances el Padre Contreras había calado el pensamiento de Urdaneta y se había dado cuenta de su sólida formación religiosa. Hermógenes Urdaneta no se había educado en Venezuela. Muy joven, su familia resolvió enviarlo a Bélgica, donde cursó el Bachillerato y la Facultad de Derecho. Sus ideas tenían, por lo tanto, la lozanía del pensamiento social desarrollado por la escuela de Lovaina. A la religiosidad de sacristía que fue característica de los viejos católicos maracaiberos, tan metidos en la devoción imaginaria de la Chiquinquirá y del Cristo de la Salud, él oponía un sentido fresco de lo religioso, por donde algunos camanduleros a la antigua moda lo motejaban de liberalismo, mientras sus compañeros de generación le hacían burla del constante empeño por mantener en severos lineamientos de moralidad su conducta pública. No hacía política en los cuadros del Gobierno, ni había escuchado, tampoco, las invitaciones de algunos mozos levantisos y románticos, a quienes las letras preocupaban tanto como las circunstancias reinantes en el país. Bien respaldado económicamente, ejercía sin afanes la profesión de abogado, empeñado más por servir a la justicia que en lucrar con honorarios. Parapetado en su profesión, él aguardaba la hora oportuna de obrar.

–¿Usted es de Mérida o de Trujillo, Padre Contreras? –preguntó Hermógenes Urdaneta al sacerdote, cuando volvieron a encontrarse.

–Soy nativo del Estado Mérida, pero ejerzo la cura de almas en un pueblo del Táchira.

–En los Andes hay menos carencia de clero que en las demás partes del país; entiendo que entre los montañeses existen más vocaciones sacerdotales.

–Efectivamente. Hemos tenido la suerte de tener más clero que otros Estados, pero todavía falta mucho, doctor Urdaneta. El Seminario no está debidamente dotado, como deseara el señor Obispo, pero ahí vamos

y ojalá resulte favorable la transformación que están dando al Seminario de Caracas los Padres Jesuítas. A mí me gusta la Compañía de Jesús.

–Usted me perdona, Padre Contreras, si me tomo alguna libertad en mis juicios. Yo creo que la falta de vocaciones está en relación con el relajamiento de cierta parte del clero nacional. Nuestro clero viene desde hace muchos años dañado por la política, no sólo porque el positivismo y el materialismo hubieran hecho que ciertos políticos atacasen a la Religión, sino porque algunos clérigos no supieron hacer frente a las propias autoridades que arbitrariamente atacaban la libertad de la Iglesia. Cuando el arzobispo Castro hizo la vista gorda ante el desplante del Cabito, declarado por sí y ante sí "Jefe de la Iglesia y del Estado", y sobre esto, se negó a proteger al Padre Imaz, que había protestado en el Guárico, aquello fue, mi querido Padre Contreras, como si hubiesen descuadernado un texto de apologética en el Seminario. Además, ¡cuántos son los sacerdotes que a diario vemos empeñados en ganar favores de los políticos y que para ello se hacen los ignoradizos de las arbitrariedades de los gobernantes! ¿Qué hizo el clero como cuerpo cuando la prisión y expulsión del Padre Jáuregui? Yo soy tolerante, Padre Contreras. Felizmente me eduqué en un país donde el clero, lejos de limitarse a gritar desde el púlpito, dialoga con los fieles en tono comprensivo y convivente. Yo sé que mi prójimo no es sólo el hombre que piensa y siente como yo. Pero pido al clero severidad consigo mismo y rigidez para mantenese como ejemplo visible de lo que predica. En eso, la tolerancia es complicidad peligrosísima. Un clero malo engendra un laicado peor. Tengo un amigo sin fe, que me cuenta no haber vuelto a la Iglesia desde el día en que encontró al Vicario de su pueblo en la casa de una prostituta, y no para confesarla. No me gustan los sacerdotes pacatos e hipócritas; en cambio, me saca de quicio el relajamiento en que viven muchos y el afán de riqueza que mueve a otros. Hay, desgraciadamente, mucho clero corrompido, oportunista, mujeriego, buscador de dinero para su olla más que para la fábrica del templo, y el cual contribuye con su pésimo ejemplo a destruir vocaciones mucho más activamente que el propio ataque que Guzmán Blanco hizo a los Seminarios. Cierto, además, muestra entre nosotros mayor interés por los poderosos que por los humildes. Ese clero, Padre Contreras, hace que el pueblo se desvíe de la Religión, por considerar al sacerdote un aliado

nato de las clases opresoras. Para que la Iglesia recobre su autenticidad, debe olvidarse de los señores y bajar al pueblo. Los capitostes sirven a lo sumo, como el tímido José de Arimatea, para ofrecer a última hora una roca donde sea sepultado el cuerpo del Señor. Da pena, Padre, ver a cierto clero ligado en empresas profanas con cristianos colaterales.

–¿Qué llama usted cristianos colaterales, doctor Urdaneta?

–Pues los que no derivan de la Cruz de Cristo, sino de la cruz del Mal Ladrón. Creen, claro que sí, en la salvación por la Cruz, pero han preferido la cruz barata y provechosa donde Gestas blasfemó y dejó sus horruras.

–Tiene gracia su apunte, doctor Urdaneta, y mucho de eso es lamentablemente cierto. No lo contradigo en nada. La difusión y la edificación de la Iglesia es obra de arriba y de abajo; más de arriba, que es de donde parten las directrices y el ejemplo.

–Yo he pensado siempre en que precisa liberar a la Iglesia, no tanto de la intromisión del Estado en la nominación de los obispos, pues esto al fin lo controla Roma, sino de esa aparente protección que se da a las Mitras, incluyéndolas en el presupuesto de gastos de la Nación. Los obispos dan la impresión de empleados públicos y como a tales los tratan los gobernantes. Si la mayoría católica del Congreso, como es natural que la haya en Venezuela, cree conveniente acudir a la fábrica de templos, pues que sancione leyes por medio de las cuales destine sumas para tales obras; así se libraría a los obispos de las humilladas antesalas a los gobernantes y de las sonrisas y temores ofrecidos al donante de turno.

–Esa idea suya, doctor Urdaneta, tiene antecedentes. Oí en cierta ocasión platicar al Señor Silva con don Antonio Ignacio Picón, quien le mostraba una correspondencia cruzada entre su padre y don Valentín Espinal, cuando la Convención de Valencia. Conoce usted, seguramente, la ejemplar y recia figura de don Juan de Dios Picón, el intrépido repúblico que ganó en 1830 la ley de desafuero de los militares, nada menos que cuando rugían Páez, Monagas y Mariño; pues el señor Picón instaba a su amigo Espinal a la discusión de una ley que librase a la

Iglesia de las asignaciones presupuestarias y quitara a los obispos esa vergonzosa posición de dependientes del favor económico del Estado. La dignidad de la iglesia sufre mucho con esta concomitancia peligrosa. En otros países, con mayor madurez cívica y religiosa, rige ese sistema, sin que por ello se miren humilladas las Mitras; pero en Venezuela la cosa es distinta. En Venezuela las autoridades creen que el clero es una especie de jerarquía a su servicio, y como no han faltado malos ejemplos... Quién pensara que el propio Arzobispo Guevara y Lira, tan altivo frente a Guzmán Blanco, había pretendido humillar al famoso Padre Macario Yepes, porque éste se negó a pagar un empréstito que le echó la tropa de Monagas. A don Silvestre daba la casualidad que lo había hecho obispo el favor de los Monagas. De esos viejos polvos vienen los lodos en que andamos atascados, mi querido doctor Urdaneta.

–Y cuando más falta hace una buena escoba, se nos viene encima un Pietropaoli –agregó con tono desolado el doctor Urdaneta– Si éste fue una verdadera piedra, antes nos había caído toda una "roca", sobre cuyas lisonjas se empinó la soberbia de Guzmán Blanco, y sobre cuyas palabras indiscretas algunos clérigos regalistas consideraron convalidado el derecho de nominación.

Agil, vaporosa, como si la brisa marinera empujara sus pasos, Leticia Leiva cruzó cerca del barandal, a cuya vera platicaban el Padre y Urdaneta.

–En el bar estuve con tu amigo Carías, ¿y el andino terrible qué se hizo? –preguntó la muchacha.

–El señor Ribera está mareado en su camarote –respondió Hermógenes Urdaneta.

–¿Y con tamaños bigotes? Yo creí que los andinos no le ponían mala cara al mar.

–Pues si somos de la montaña, señorita –le respondió el Padre Contreras– Ustedes los maracaiberos le temen a nuestros páramos. Es cuestión de costumbres.

–¿Conque estabas con Carías en el bar? ¿Qué tal el tipo?

–Preguntó Hermógenes Urdaneta en tono insinuante.

–Agradable y un poco entrador –respondió con pícara sonrisa la desenfadada Leticia Leiva, mientras siguió su paseo por el largo corredor, cimbreña, voluptosa, como si fuera un pecado vestido de virginales arreos.

–Estas chicas se están tomando muchas libertades –comentó el Padre Contreras.

–Esta es pura bambolla. En el fondo es una buena muchacha, que se ha dado cuenta de que es bella e inteligente, dos cosas terribles cuando se juntan en una mujer sin mucho cimiento. No me explico cómo no haya atrapado ya marido.

–Quizás espante con su modo a los candidatos.

–Eso, ni pensarlo, Padre Contreras. Los jóvenes no paran mientes en el fondo de las mujeres. Esto del matrimonio es algo que se viene de bruces. Cuando yo me casé, hace seis años, la cosa era distinta. No sé qué haya influído tanto para la mudanza de las costumbres sociales.

–El Diablo, el Diablo, doctor Urdaneta.

–Eso mismo digo a mis compañeros y ellos se burlan de mí y me llaman beato y comemechas. Yo creo que al mundo ha hecho más daño que el ateísmo el empeño de la gente cristiana en barrer al diablo como factor social.

–El barco se mueve –dijo el Padre Contreras al doctor Urdaneta.

Efectivamente, el "Zulia" daba fuertes cabezazos contra las altas montañas de encrespadas olas. El viento azotaba el rostro con su ramalazo salobre y obligaba al pasaje a dejar la cubierta. Cuando el Padre Contreras y Hermógenes Urdaneta entraban en el salón, salía un poco cabizbaja la pizpireta Leticia Leiva.

–Voy a recogerme; también me siento un poquito mareada –dijo con decaída voz a los amigos.

XIV

Sobre un mar sosegado y anchuroso se delizaba suavemente la nave. El mar Caribe, a la latitud de Curazao, luce todo el esplendor y toda la alegría del maravilloso y calumniado Trópico. El pasaje se había echado a cubierta para contemplar las playas resecas de la Isla y para admirar la lenta y laboriosa atracada del barco. Con majestad y calma, el "Zulia" había ido haciéndose vía bajo el experto timón del práctico, tomado a la boca de la hermosa bahía, cuyo nombre recuerda el primitivo de Santa Ana, puesto por Martínez de Ampiés al poblado que después los holandeses llamaron Willemstad. Cuando el barco estuvo a la altura de la barriada Otrabanda, el puente "Reina Emma", construído sobre balsas el año 1888, comenzó a abrirse, para dar paso a la nave. Sea así de cada momento la operación de apertura del hermoso puente, el público se detiene a contemplar el porte, los gallardetes y la arboladura de los barcos que frecuentan la simpática antilla.

La ciudad, partida en dos por el ancho canal, surgió a los ojos novatos de Alfonso Ribera como una extraña postal iluminada. De los pueblos que él había visto no sólo la diferenciaba su carácter marítimo y la fiesta de arboladuras y de velas que pueblan la bahía. La fachada de las casas es totalmente distinta de las fachadas de los edificios de Maracaibo, de Mérida y Trujillo. Un mundo nuevo de estilo y de color lucen las pintorescas casas de Willemstad. A Venezuela el español transportó la casa de techumbre baja y anchos corredores macizos, característicos de la edificación andaluza y castellana: el recio portal, las ventrudas ventanas labradas, las columnas de típico estilo barroco. Los holandeses copiaron en sus edificios la graciosa construcción flamenca. Curazao parece un barrio de Amsterdam o de Brujas más que una población

antillana. Así la Isla esté a pocas horas de la costa de Venezuela, el viajero recibe una brusca sensación de lejanía cuando se ve frente a aquel mundo de construcciones tan diferentes de las casas venezolanas. Y si a la impresión violenta del paisaje, agrega el extraño lenguaje que habla la gente, ya tiene el pasajero para considerarse trasladado a los antípodas.

–Qué jerigonza más fea hablan estos negros! –dijo Alfonso Ribera.

–El papiamento es una lengua muy burda y pobre, porque, en realidad, no es lengua ni dialecto alguno –explicó Carías, quien se había sumado ya al grupo del Padre Contreras, Ribera y Urdaneta.

–Yo creí que aquí se hablaba español –dijo Alfonso.

–El holandés es la lengua oficial, pero el comercio y la gente en general habla el castellano; el pueblo habla esta especie de revoltillo idiomático, formado con palabras de los distintos idiomas de los pobladores. La base del papiamento es el viejo español que aquí se habló oficialmente hasta 1634, cuando los holandeses ocuparon la Isla; después que Holanda, por el tratado de Munster, legitimó su dominio sobre la Isla, se autorizó el traslado a ella de un grupo de judíos hispano-portugueses, refugiados en los Países Bajos después de su expulsión de la Península. A esta primitiva base ibérica fueron sumándose palabras holandesas, inglesas y francesas, sin que falten, también, vocablos introducidos por los esclavos africanos. El papiamento es la lengua de las islas holandesas del Caribe y tiene ya gramática y literatura.

–¿Y por qué se llama papiamento? –preguntó el Padre Contreras.

–Yo no sé hablarlo bien, aunque he vivido mucho en Curazao, pero el nombre viene de *papiá*, que quiere decir habla. Papiamento significa algo así como hablamento, parlamento, conversa. Estos negros parece que dieran un valor mágico a las palabras. Cuando quieren que algo suceda, hablan y hablan de ello y con alegre confianza agregan: *Papiá pa e 'pega.* Hablemos por si pega.

–En el principio fue el Verbo, dice el Evangelio de San Juan –agregó reído y sentencioso el Padre Contreras.

Ya desde antes de que el vapor fuese amarrado al atracadero, había comenzado a rodearlo una nube de negritos semi desnudos, mantenidos a flote sobre el agua

–*Tirá abó!, Tirá abó!, Tirá abó!* –era la consigna uniforme que voceaban a un tiempo. Los pasajeros les lanzaban monedas y la bandada de muchachos se zambullía en las aguas claras del surgidero, para ponerse, después, a flote con la placa entre los dientes. Estos pequeños hombres-ranas pasaban largas horas en espera de las monedas arrojadas por el pasaje, para quien la habilidad natatoria de los pilletes era un espectáculo divertido.

–Es triste ver esto –dijo el Padre Contreras– Los infelices negritos lo hacen, no para divertirse, sino para ganarse las monedas tiradas por los pasajeros. Algo para ellos más decoroso que pedir; pero, en cambio, un trabajo duro y humillado. Esta gente es muy pobre. Su vida depende del tránsito con Venezuela.

–Ahora están muy esperanzados con la explotación de nuestro petróleo. Desde 1916 la *Royal Dutch* tiene oficinas en la Isla y con mengua de nuestros intereses, aquí se pondrán las grandes refinerías del aceite –agregó el doctor Carías.

Cuando todo el pasaje hubo salido del examen médico, comenzó el descenso a tierra. Para tomar la banda del comercio era preciso cruzar el canal en alguno de los innúmeros botes a gasolina o remo que esperaban junto al barco. Los gritos de los remeros ofreciendo sus transportes y el ofrecimiento, a la vez, de servicio por los negros que hacían de cicerones, ayudaba a dar un verdadero aspecto babélico a los pasadizos, donde se estrujaban marineros, estibadores, pasajeros y autoridades. Cada quien quería descender primero, como si las canoas fuesen a faltar o como si los comercios estuviesen a punto de ser cerrados.

El Padre Contreras, Alfonso Ribera y Hermógenes Urdaneta resolvieron tomar juntos un bote, mientras Carías bajaba en compañía de Leticia Leiva y de la madre de ésta.

–Nos encontraremos en el Hotel Americano para hacer el almuerzo juntos –dijo Alfonso Ribera a doña Balbina Leiva.

* * *

Ni Alfonso Ribera, ni el Padre Contreras, ni Urdaneta tenían grande interés en hacer compras; sin embargo, en Curazao es de estilo visitar los comercios. Por tratarse de puerto libre, la mercadería es bastante barata, de donde nace el aliciente del contrabando con Venezuela.

Durante la época de la Colonia, Curazao fue asiento del contrabando holandés con Tierra Firme. Con la operación enderezada a introducir mercadería holandesa y a extraer cacao y tabaco, desde la Isla se buscó de enviar a Venezuela literatura luterana. Cuando se investigue a mejores luces el proceso de nuestra cultura colonial, se podrá apreciar en el pensamiento de los criollos ideas de libertad a ellos llegadas antes de la revolución francesa, entre las páginas de libros impresos en Holanda por los enemigos de la católica España. Durante la República, el contrabando se ha mantenido en razón de un absurdo impuesto que grava el comercio de la Isla. Si el pequeño comerciante venezolano pudiera surtirse libremente en Curazao, el contrabando desaparecería y el pueblo tendría a la vez artículos más baratos; pero el beneficio del pequeño comerciante y de la masa general del pueblo pondría límites a las absurdas utilidades del comercio mayoritario, hecho a importar directamente en Europa y del Norte. Las grandes firmas de Caracas, de Maracaibo y de Puerto Cabello, que en su mayoría son extranjeras, han defendido con razones sofísticas el impuesto adicional antillano, sin que haya faltado el oportuno argumento y el habilidoso consejo de los contrabandistas, muchas veces incrustados en las altas oficinas fiscales o amparados por influyentes hombres del gobierno.

En el litoral, e incitado por la libertad de Curazao y de Puerto España, el contrabando ha sido una manera de institución nacional. Desde la alta

Colonia, el comercio clandestino se instaló como coadyuvante de la riqueza territorial, con mengua del Fisco. La Guipuzcoana, para vestir de licitud su monopolio, se presentó como brazo del Estado en la lucha contra los contrabandistas. Es fuente de provecho el contrabando; mas, sobre el negocio, vive una dimensión que sobrepasa lo útil para alcanzar los niveles voluptuosos del riesgo y del ocultamiento. La palabra sicofante, con que se define a los impostores, la aplicaron los griegos no sólo a quienes denunciaban a los ladrones de las higueras de Minerva, sino a los vendedores clandestinos de higo. El contrabando, como los juegos de azar, viene de la tiniebla de la prehistoria. En él se oculta el placer morboso de lo furtivo, del engaño, del peligro, del acecho. Su explicación baja de las zonas de la ética hasta oscuras regiones confinantes con lo freudiano. El contrabando es suerte de malsana desviación del sentido de aventura que forma parte de la propia naturaleza humana. Aventura, en Colón, para vencer los mares. Aventura, en los buscadores de El Dorado, para ganar fortuna. Aventura, en Don Quijote, para desfacer agravios. Aventura, en San Juan de La Cruz, para ganar las escaleras del cielo.

Los establecimientos de Curazao están abastecidos de mercadería fina y variada, que incita al pasajero. Cuando los amigos llegaron a la "Casa Amarilla", Alfonso Ribera sacó su libreta de apuntes y miró las notas de encargos. En verdad, eran pocos. Las tías le habían pedido sendas cobijas tigras y seis vasos de plata. Ningún andino dejaba de comprarse algunos vistosos y gruesos cobertores y los ya célebres vasos de plata alemana. Tenía que llevar, también, Agua de Colonia a los viejos Riberas y algún perfume fino a las hermanas. Pasar por Curazao sin comprar unas canecas de buena ginebra holandesa, era casi un sacrilegio, que no perdonaría el tío José Domingo. En verdad, había miles de cosas en los bien surtidos comercios de la Isla, que obligaban a comprar sin intención previa. Alfonso Ribera fue lentamente aumentando en deseos de llevar regalos a sus hermanas y, también, a sus hermanos, y en poco tiempo fueron dos los bultos que tuvo que ordenar le fuesen enviados a bordo. Dos bultos más para la larga lista de equipaje de Alfonso Ribera.

De Punda se partieron los amigos en automóvil para conocer la Isla y visitar el tan nombrado parque de los avestruces. Visitaron, también, las

pequeñas granjas, en cuyo suelo los árboles luchaban con la hostil sequía. Pasaron frente al macizo edificio donde un tiempo funcionó el Seminario de Mérida, y el Padre Contreras, no sin emoción, dijo a sus compañeros.

–Aquí comencé mi vida de clérigo.

–¿Cómo así, Padre? –interrogó Hermógenes Urdaneta.

–Pues al principio del episcopado del Señor Silva surgieron algunos inconvenientes con el gobierno y el Obispo tuvo la ocurrencia de formar su clero fuera de Venezuela. En este edificio estuvimos nosotros, hasta que el Seminario se retornó a Mérida.

–¡Qué curioso! No sabía yo eso –agregó el doctor Urdaneta.

Jadeantes, sudorosos, llegaron los tres amigos al filo de las doce al "Hotel Americano". Ya estaban en él la señora Leiva, la chispera Leticia y el doctor Carías.

–¿No se mareó, señor Ribera? –preguntó Leticia Leiva.

–No. ¿Por qué? –respondió con no disimulada aspereza Alfonso Ribera.

–Pues les da el mareo de tierra a quienes marean a bordo –respondió con naturalidad Leticia Leiva.

–Yo no mareo en tierra, señorita.

–Mejor así. ¿Y qué le pareció la Isla? A mí no me gusta, porque aquí hay muchos negros. Curazao sin los negros sería una maravilla. ¿Por qué habrá tanto negro aquí, Dios santo?

–No hables así, mujer –la interrumpió doña Balbina–. ¿No ves que estamos rodeados de negros?

–¿Pero cómo hago para que me gusten, si son tan feos y tan hediondos?

–Jesús, Leticia, con tus cosas.

–Y pensar –dijo lentamente el Padre Contreras– que todos fuimos originalmente negros. Dios hizo de barro a nuestros primeros padres. Caín y Abel eran negros. Cuando el Señor tropezó con Caín, empeñado en esconderse después de haber matado a Abel, tanto fue el susto que tuvo ante la presencia de Dios, que se puso blanco de miedo. El color blanco nos viene de Caín.

–No juegue, Padre, con su historia –le interrumpió Leticia Leiva.

–La historia no es mía. Así explican ciertos negros de Africa la existenia de blancos y de negros. Para ellos el hombre blanco es el hombre de la crueldad y de la explotación sin misericordia del trabajo negro. Un cristiano no tiene derecho a menospreciar a un negro. Estos negros hediondos, que le desagradan a usted, son como usted y como yo, miembros del cuerpo místico de la iglesia. No le digo que no sean feos. Los hombres blancos les parecemos, también, feos y hediondos a los hombres de raza amarilla. Pero tras de la piel negra, tienen un alma igual a la nuestra y tienen en el orden humano derechos iguales al más pintado lord inglés.

–Padre Contreras –interrumpió Alfonso Ribera– yo siento no estar esta vez en todo con usted. Acompaño a la señorita en su repugnancia por los negros. Yo no estoy de acuerdo con algunas ridiculeces sociales, pero no me creo igual a un negro.

–Es cuestión de creencia suya, don Alfonso. La verdad dice lo contrario y así lo enseña la doctrina cristiana.

–¡Y sobre todo, son genialmente estúpidos! –añadió Leticia Leiva.

–Tampoco es cierto –respondió el Padre Contreras– Los pardos han brillado en forma extraordinaria en nuestro país. Comenzando por Pérez

Bonalde, los mejores poetas venezolanos tienen el cabello ensortijado. En la cultura general, los mulatos han sobresalido en forma extraordinaria; lo que ocurre, señorita, es que nuestros pardos no son leales a la verdad que les presentan los espejos y se afanan, en cambio, por olvidar o disimular sus orígenes. Los peores enemigos que han tenido las clases pobres, entre las cuales abundan los morenos, son los mulatos renegados, que pretenden hacerse pasar por blancos. Si usted llegara a imponerse de los enredos familiares de Caracas, hallaría que mucho empingorotado aristócrata, para completar la galería de retratos familiares, tendría que exhibir los abuelos de Barlovento. Y lo mismo para con muchos estirados nobles del Interior. Yo he visto muchos libros de bautizos viejos, señorita, y me sé la raíz africana de más de un engreído pseudo ario.

Iba a responder Alfonso Ribera al Padre Contreras, cuando aparecieron en el vestíbulo del Hotel dos extraños personajes, a cuyo encuentro se abalanzó el amable sacedote. Los extraños personajes eran nada más ni nada menos que los doctores Trino Baptista y Máximo Barrios, ambos asilados en Curazao por razones políticas.

–¿Usted por aquí, Padre Contreras? ¡Qué gusto me da verlo! –dijo el doctor Baptista, mientras estrechaba la mano del amigo.

Cruzados los saludos y hechas las presentaciones del caso, ambos desterrados, con palabras amables, se excusaron de tomar asiento, dieron al Padre la dirección de la posada de las Parras, donde vivían, y se despidieron, invocando la necesidad de hallar a determinado huésped residente en el hotel.

–Son gente fina e inteligente. Suponen que si se reúnen con nosotros podrían perjudicarnos, pues Curazao está minado de espías –explicó el Padre Contreras.

–Yo tengo amistad con algunos desterrados zulianos y suelo verlos cuando por aquí paso –dijo Hermógenes Urdaneta.

–Yo, a Dios gracias, al único que conozco de los que están en Curazao es al doctor Parra, pero a lo mejor si me ve no me reconoce. Mejor sería así,

porque no quiero nada con desterrados. Son gente que perjudica con su presencia. ¿Y hasta cuándo andará esta gente fastidiando por aquí? –concluyó Alfonso Ribera en tono áspero.

–Eso tiene muchos bemoles, mi amigo –respondió Hermógenes Urdaneta– El gobierno no abre las puertas del país, porque tiene miedo; mientras tanto, los desterrados se atacan ferozmente. Ni aun la desgracia común une a los hombres. Yo creo que el mejor apoyo que tiene el General Gómez es la desunión de sus enemigos. Esa desunión, a la postre, arruina las posibilidades del país. Ya verá usted eso en Caracas, amigo Ribera.

–Menos mal que nuestros políticos tienen tan próxima de Venezuela esta Isla –agregó el doctor Carías– Hasta hoy, Curazao ha sido una puerta iluminada en el camino de los perseguidos. El destino de este pueblo es curioso. Ampíes lo gobernó poco y podría decirse que el verdadero gobierno civil español lo estableció aquí don Lázaro Bejarano, contra quien la Inquisición de Santo Domingo abrió una averiguación por motejársele de erasmismo. Es de suponer que Bejarano fuera hombre liberal y tolerante, para que se le atribuyeran veleidades erasmistas. Cuando la Isla pasó a la soberanía de Holanda, se autorizó la venida a ella de judíos hispano-portugueses, perseguidos por Felipe III y Felipe IV. La más antigua sinagoga del Nuevo Mundo es la sinagoga de Curazao. Mientras en la Nueva Inglaterra los protestantes quemaban hombres y mujeres acusados de brujería, aquí, pese a algunas duras medidas tomadas contra españoles influyentes, comenzaban a convivir judíos, católicos y protestantes. Hay quienes digan que los ingleses llegaron al Norte de rodillas, para fundar una república piadosa, mientras los españoles sembraban tormentas en las Indias, por si no más crueles que nuestros conquistadores, fueron los famosos puritanos norteños. En cambio, aquí se produjo con alguna rapidez un fresco sentido de coexistencia, que paró en supersticioso respeto para los perseguidos. Cuando nuestra primera República fracasó, aquí se refugiaron los patriotas caídos; cuando se restableció el gobierno independiente, aquí imprimió José Domingo Díaz sus famosos libelos contra Bolívar; cuando al General Rafael Urdaneta le cerraron en 1830 las puertas de la Patria, aquí estuvo asilado con su familia; aquí murió

Pedro Briceño Méndez, después de las Reformas; aquí estuvieron Falcón y Guzmán y Crespo y todos los políticos de pluma o espada obligados a abandonar el suelo patrio. Para Venezuela, éste es un refugio sagrado y hasta ahora las autoridades de la Isla no han faltado al nobilísimo deber de acoger a los perseguidos. Curazao es tierra de libertad y de tolerancia, que mantiene en el Caribe el espíritu liberal y tolerante de la Metrópoli. Holanda supo tomar la espantosa lección de las luchas religiosas y políticas alimentadas por los amigos y los enemigos de la "Remonstrancia", y terminó por ser puente de perseguidos.

–Ha hablado usted muy bien, doctor Carías –agregó el Padre Contreras- yo no conocía eso de un gobernador erasmista ni tampoco la fecha en que vinieron los hebreos a la Isla. Me gustan sus ideas tolerantes, porque la tolerancia es cristiana. Cristo no quiere que la fe sea impuesta por la fuerza. Sin libertad, la fe carece de eficacia.

–¿Y la Inquisición, Padre?

–Ese paño, mi amigo, tiene mucho donde cortar. En la Inquisición se reunió la política con la religión, y esta mezcla, cuando no está bien hecha, resulta un explosivo.

–Si la conversación continúa sobre temas religiosos, a lo mejor yo paro en monja y he de decirles que me he comprado esta mañana unas lindas telas, que no estoy dispuesta a perder. ¿Por qué, Hermógenes, no nos convidas algo de beber? –dijo Leticia Leiva.

–Eso va de mi cuenta, señorita –interrumpió Alfonso Ribera– ¡Mozo! –exclamó, dando palmadas para llamar al camarero.

–Los señores mandan –dijo al llegar el lustroso y sonriente negro encargado de la cantina.

–Yo me tomaría una cerveza. Aquí se toma genuina cerveza holandesa –dijo la señora Leiva.

–Yo tomaría también cerveza, pero con kola –agregó Leticia.

–No estaría mal una cerveza bien fría –dijo el Padre Contreras.

–También a mí –agregó Carías.

–Y a mí –dijo Hermógenes.

–Yo voy a tomar una ginebra –concluyó Alfonso Ribera–. Prefiero el trago que pique.

–Ustedes los andinos son de gaznate fuerte –interrumpió en tono festivo Leticia Leiva.

–Mira, Leticia –dijo Hermógenes Urdaneta– Tú vas a terminar casándote con un andino.

–¡Dios me libre del lugar! Los andinos son turcos y celan a las mujeres de una manera feroz. Yo considero una barbaridad que los hombres celen a sus esposas. Creo que mi padre jamás ha celado a mamá, no porque sea ella una señora virtuosa, sino porque él es todo un caballero.

–Tú te estás poniendo loca, mujer de Dios; calla ese pico sin freno –dijo con notorio desagrado la señora Leiva– No sólo molestas al señor Ribera, sino que avanzas a ofender a tu propia madre.

–Creo que no he dicho nada malo que pueda ofender al señor Ribera. Siempre he oído decir que los andinos tienen la cabeza chata, porque descienden de turcos. Supongo que el señor Ribera sea suficientemente comprensivo para no molestarse conmigo por decir lo que él pueda ser.

–Yo no me molesto con damas, señorita, mucho menos con una muchacha como usted –dijo forzando el ánimo Alfonso Ribera.

–Ya ves, mamá; el señor Ribera me devuelve una flor como prueba de que no se ha sentido ofendido. Y tú sabes que cuando un andino echa un piropo es porque le sale del alma. ¿Y a ti, cómo puedo ofenderte?

Rieron todos del salero y desparpajo de la chica, mientras tomaban de la mesa, a cuyo alrededor se hallaban, la correspondiente bebida que el mozo acababa de servir. Pese al agobiante calor, en muy poco disminuído por las aspas del gran abanico eléctrico, la plática discurrió con prontitud que obligó a pedir al *maitre* la lista del almuerzo. Buen rato gastaron los seis para arreglarse con la larga e incitante minuta, de la cual Alfonso Ribera señaló mayor número de platos que los otros, alegando el día azul padecido la víspera, a causa del mareo.

Cuando sobre los blancos manteles atacaba cada quien las viandas elegidas, Leticia Leiva no pudo contener la lengua, al mirar a Alfonso Ribera consumir tras una chuleta de cerdo un solemne trozo de cordero.

–Ustedes los andinos sí comen, señor Ribera; con razón aprietan tanto.

–Pues evite caer en brazos de un andino –respondió sonriente y burlón Alfonso Ribera.

* * *

–*¿Unda camarote di shon Ribera ta?* –preguntó el negro Antonio, cuando hubo subido las escaleras del "Zulia". El negro Antonio era un viejo faquín, que servía con grande atención a los pasajeros venezolanos. Con la extraordinaria memoria del hombre primitivo, Antonio recordaba el rostro y el nombre de todos los viajeros anteriormente atendidos por él. El negro Antonio subía con dos grandes cestas de nísperos, que Alfonso Ribera le había encargado desde la mañana. Los nísperos curazoleños eran singularmente apreciados en Caracas, y los viejos Riberas no hubieran perdonado a Alfonso que se presentase sin ellos a la casa.

Ya la tarde estaba bien puesta cuando el negro Antonio dio con el camarote de Alfonso Ribera. El pasaje estaba casi todo de regreso para continuar el viaje. Sin embargo, Alfonso Ribera y sus compañeros no habían regresado aún. Tampoco habían regresado la señora Leiva y su

simpatiquísima hija. Cuando el negro Antonio llegó al camarote de Alfonso Ribera, encontró a la puerta una persona de aspecto borroso, por quien supo que ni Ribera ni su compañero el Padre Contreras estaban dentro. El negro Antonio se limitó a dejar las dos grandes cestas a la puerta del camarote y tomó el camino del regreso. Pocos minutos después llegaba a paso presuroso el Padre Contreras. La persona que le aguardaba saludóle con cortesía y le dijo con cautela.

–Tengo algo para usted, Padre.

–Pase, no más –respondióle el clérigo a tiempo que abría la puerta del camarote.

–El doctor Baptista me encargó poner este sobre en sus manos y le envía saludos de su parte.

–Gracias –respondió con disimulo y sorpresa el Padre Contreras- Salúdeme también el doctor Trino.

El visitante se alejó con la misma discreción con que había entrado. El Padre Contreras rasgó la plica y se halló con un breve billete del doctor Baptista, que leyó en seguida.

"Querido Padre Contreras: Le ruego hacer llegar esta carta a mi mujer, en Caracas. No quise detenerme esta mañana, por temor de perjudicar a usted y a sus amigos. Nos es tan difícil hacer llegar noticias a la familia. Suyo agradecido amigo. T.B."

El sobre con la carta del doctor Baptista para su familia estaba abierto y sin dirección alguna. El Padre Contreras humedeció los bordes con la lengua, y después de cerrarlo, lo colocó en el maletín de mano.

¡Pobre gente!–pensó en su interior el Padre Contreras– No sólo están privados de la satisfacción de vivir en la tierra patria, rodeados del calor de la familia, sino que sobre de esto, se les priva de comunicarse con sus deudos. ¿Y qué delito han cometido? ¿Querer que el gobierno no sea ejercido como mero privilegio de un grupo? ¿Defender, como defendió

el doctor Baptista, los derechos de la nación y la dignidad del Congreso frente a un grupo de hombres precipitados a la vil linsonja al gobernante?

Después de haber introducido en el camarote las dos cestas de su compañero, y de haber dejado en él el sombrero de teja, salió el Padre Contreras, con la satisfacción de poder llevar a la familia Baptista un recuerdo afectuoso del deudo, a quien la arbitrariedad gubernamental prohibía los libres caminos de la Patria. Servir a un desterrado –pensó en su interior– es tanto como ayudar a un preso. Si el desterrado no sufre grillos ni carcelería, padece el dolor en que se mantiene el ánimo de aquél que, conociendo los caminos de la dicha, no puede emprenderlos por carecer de piernas.

Desde el pasadizo de estribor el pasaje contemplaba la imponente entrada de un gran velero de tres puentes, que por lo curtido de las hinchadas velas, parecía venir de dar la vuelta al mundo Una fantástica sensación de la lejanía, de mares remotos, de vencidas tormentas, de oleajes aspérrimos, despertaba en los espíritus la presencia solemne y misteriosa del barco ennegrecido por la inclemente intemperie. ¿Estaría, acaso, en el puente de mando el errante holandés de la leyenda?...

–Me gustaría viajar en un barco como ese –dijo Leticia Leiva a Asdrúbal Carías– Las grandes velas me dan una viva impresión de aventura.

–Con que tú alientes las velas, Leticia, cualquier barco puede llegar a donde no llega esa nave.

–¿Lo dices en serio, Asdrúbal?

–La seriedad del viaje depende de tu aliento, Leticia.

Como declaración de amor, aquello resultaba realmente expresivo, sin embargo, Leticia Leiva evitó una de sus repentinas respuestas y preguntó en tono de simulada curiosidad.

–¿A qué horas seguimos nosotros en nuestro barco sin velas?

–Creo que zarparemos algo tarde. No sé qué barco de los que cubren la ruta de Nueva Orleáns a Suriname dejó ese gran cargamento de harina, que es preciso meter a bordo.

* * *

Cuando los pasajeros concluían de cenar y dejaban la mesa, se oyó el último alarido de la sirena anunciadora de la partida. Ya se escuchaba el ruido monótono de las máquinas y el barco comenzaba a despegar de los muelles. A una y otra banda se veía el cintilar nervioso de las luces mil de los edificios cercanos y de los distantes cortijos y las vecinas luminarias de los barcos surtos en la bahía. Las balsas del puente se deslizaron de nuevo y al lado suyo, la nave pasó lentamente en busca del mar anchuroso y sombrío...

XV

Después del mediodía, el "Zulia" estaba frente a la playa inclemente de La Guaira., Apenas entrado el barco al grueso de las aguas del Caribe, un accidente de poca monta obligó a que la travesía se hiciera a media máquina. El sol ofuscante de la hora iluminaba con toda su potencia el litoral guaireño. Nada tan impresionante como la visión desesperada del cerro, a cuya falda arrecostado se asfixia el puerto. Las casas saltaron más allá del perímetro reptante de la ciudad, y a manera de ágiles cabras, habían trapado monte arriba en pos de un pequeño plan donde afincar la horconeadura y donde hacer alguna siembra. Manera de pesebre navideño, los suaves verdes y los ásperos ocres de la quebrada serranía, dan un pintoresco aspecto al dúplice paisaje del monte poderoso, imponente, salvaje, y del mar encrespado, que no encontrando el tierno alivio de la playa, para el reposo de las olas angustiosas, desata su furia contra el berroqueño y agresivo acantilado.

Sanidad, Prefectura y Aduana coincidían en subir a bordo para la visita escrupulosa del pasaje. Los aduaneros se limitaban a apostar los oficiales de vigilancia a lo largo de los barandales. La Sanidad revisaba los certificados de salud y daba en breve despacho a su misión. La Prefectura estudiaba minuciosamente los pasaportes y confrontaba la lista de pasajeros con la larga nómina de personas cuya detención le había sido encomendada por la superioridad. Esta requisa era lenta, cuidadosa y mortificante para los pasajeros. Cuando la operación hubo concluído, se autorizó el descenso de los viajeros.

En el muelle, protegido por un largo rompeolas que suplía la carencia de condiciones naturales del puerto, los pasajeros tomaban un pequeño

tranvía, en el cual eran conducidos al salón principal de la llamada Corporación del Puerto: en inglés, *La Guaira Harbour Corporation.* Sobre la puerta principal, ondeaba imperioso y pugnaz el pabellón británico. Inglés, sí. Parecía pesadilla, pero era una dolorosa, aplastante, vergonzosa verdad. El primer puerto de Venezuela estaba a merced de un consorcio británico. El viejo muelle, cuya autonomía nacional arrancaba del modesto apostadero y caleta, cuya construcción autorizó el gobernador don Luis de Rojas el año 1584, para que "las barcas no se hagan pedazos"; el viejo muelle, a cuyo costado fondearon durante el Siglo XVIII los navíos con nombre de letanías de la Compañía Guipuzcoana: la "Santa María", la "San Ignacio", la "Jesús y José", la "Nuestra Señora del Buen Viaje", la "Santa Ana"; el viejo muelle de los tiempos heroicos en que Venezuela sufrió, luchó, sangró por ganar dignidad en el terreno de los pueblos libres; el viejo muelle, donde atracó en 1842 la nave enlutada, en la cual retornaba –esqueleto sin carne y sin espíritu– el Padre de una Patria que muchos se empeñan en entregar al Diablo; aquel viejo muelle, cargado de historia y de decoro antiguo, era una especie de factoría extranjera, donde se daban órdenes en la misma lengua hostil hablada por los filibusteros que a fines del 500 subieron aquel mismo cerro y convirtieron en cenizas a la incipiente Caracas de Alonso Andrea de Ledesma. Allí, justamente donde debiera vigilar erecta una estatua que recordase la memoria de los intrépidos criollos que derrotaron la escuadra inglesa del Almirante Knowels; allí, en pleno rostro de la república, muy por el contrario, los nietos de Knowels daban órdenes humillantes a los hijos conformistas de los vencedores de 1742.

Frente a las autoridades de la Aduana, los empleados de la Corporación del Puerto obraban como un estado frente a otro estado. Los depósitos donde se almacenaban las mercaderías, estaban bajo el control de los ingleses. El terreno donde funcionaban depósitos, oficinas y muelles, se hallaban separados por una firme valla de las calles y terrenos municipales. La vigilancia de este vergonzoso enclave, correspondía por entero a las autoridades designadas por el director de la Corporación, un míster enviado de Londres con poderes de procónsul. Más que el administrador de la Aduana y que el Prefecto de La Guaira, pesaba en el orden de las influencias aquel factor advenedizo, a quien rendían

pleitesía los funcionarios locales y a quien asesoraban complacientes abogados de la capital, prestos siempre a justificar las altas tasas impuestas por los pésimos servicios ofrecidos al comercio y al público, obligados a hacer uso del malísimo muelle, cuyo mantenimiento servía de pretexto para la humillante concesión.

Sobre el edificio de la Corporación del Puerto, la bandera inglesa era más que un símbolo de lo que había llegado a ser la alta, noble, sagrada independencia, por la cual Bolívar y todo el pueblo convertido en batallones y en guerrillas, lucharon denodadamente durante más de quince años. El coloniaje antiguo –practicado por la nación de cuya entraña brotó el germen nutricio de la Patria engallada para el gobierno propio– era sustituído por la sumisión a extraños hombres, ante quienes se rendían la impericia y la voracidad de mando o de riqueza que obnubila la mente débil de muchos criollos. Estaban los ingleses explotando a su antojo nuestro propio portal de pueblo. Ayer fueron invitados por los godos, parapetados tras el civilismo ultrajado por Páez y por Rojas, para que fuesen a colonizar nuestra tentadora Guayana, en cambio de armas y de dinero para rendir la Dictadura. Hoy mismo han hecho suyo el propio subsuelo donde duerme el petróleo un sueño de riqueza y de progreso, capaz de resolverse en diabólica pesadilla y en pestilente estercolero.

En el salón de espera de la Corporación eran aguardados los pasajeros. Allí volvieron a hacer su efímero corro de a bordo las Leivas, Alfonso Ribera, el Padre Contreras, Urdaneta y el ingeniero Carías. Allí estaban los parientes bajados de Caracas para dar la bienvenida a los viajeros. Fiesta de saludos, de abrazos, de besos, de apretones de manos, la alegría contagiosa y explosiva daba una aparente uniformidad al regocijo.

–¡María!

–¡Luis!

–¡Alejandro!

Iban sonando nombres en respuesta de otros nombres, también cargados de cariño.

–¡Alfonso!, ¡Alfonso!, allá entra Alfonso –gritó con voz emocionada Fabio Antonio al hermano Carlos, con quien había bajado a recibir al esperado viajero.

–¡Qué gusto, Carlos! ¿Cómo te va, Fabito? –dijo Alfonso Ribera a los dos hermanos que le abrazaban al mismo tiempo.

–¿Y los viejos como están?

–Muy bien. Te mandaron a decir mil cosas. Pensamos bajar, pero la carretera sufrió hace dos días un gran derrumbe y no quisieron venir en tren. Ahora los llamaremos por teléfono, para que hables con ellos.

–¿Y qué tal el viaje?

–Pues hasta Maracaibo magnífico; en el Saco, la vi negra.

No sirvo para viajar por mar. Cuando regrese a Los Andes, lo haré por tierra. Hice en cambio, algunos amigos que les voy a presentar.

El Padre Contreras platicaba en aquel momento con uno de los pasajeros de a bordo y a él se acercó Alfonso Ribera para presentarle a los hermanos. Más allá del sitio donde se hallaba el sacerdote, las Leivas conversaban con los parientes llegados a recibirlas.

–Señora Leiva, tengo el gusto de presentarle a mis hermanos. La señora Leiva y su hija viajan con nosotros desde Maracaibo –dijó Alfonso Ribera, dirigiéndose a los hermanos.

–Su hermano les dirá que yo soy muy antipática –dijo Leticia Leiva a Fabio Antonio y a Carlos Ribera, en medio de una contagiosa sonrisapero yo soy muy franca y le dije que no me gustan los andinos.

–Eso también nos caería en parte a nosotros, pero de una linda mujer como usted, hasta los agravios resultan gratos –respondió con ligereza y naturalidad Carlos Ribera.

–Su flor es forzada un poco, pero me hace gracia su buen humor; cualquiera diría que ya usted está olvidándose del andino.

–Usted se va a venir casando con un paisa de verdad –dijo a Leticia Alfonso Ribera.

–¿Y ustedes son de mentira, acaso?

–No tanto como de mentira –interrumpió con palabra burlona el callado Fabio Antonio– pero nosotros somos apenas andinos de segunda.

–¿Y el ingeniero Carías, señorita Leiva? –preguntó Alfonso.

–Extravió los boletos del equipaje y anda con un empleado de la Corporación.

–¿Y la cabeza parece que la ha perdido también un poco?

–No le he visto mucha cabeza, lo que sí parece que tiene perdido es el corazón.

–La felicito, entonces.

–No se precipite, hay que ver primero si no sigue perdiendo corotos.

Cuando anunciaron que los equipajes iban camino de la Aduana, los amigos se despidieron y se comunicaron las señas respectivas en Caracas. Con Hermógenes Urdaneta quedó conversando el Padre Contreras, a tiempo que Alfonso Ribera y sus hermanos se separaban del grupo para ocuparse con el complicadísimo equipaje.

–Aquí tengo ya apalabrado el manco Ignacio para el arreglo del equipaje –dijo Fabio Antonio– Por la Aduana no hay que preocuparse, porque el Interventor es amigo de papá y dio orden de que no se registre nada.

–Pero es que yo traigo unos pájaros y unos loros que urge llevarlos a alguna parte –agregó Alfonso.

Con el manco Ignacio salieron los tres hermanos y mientras Fabio Antonio y el faquín se encaminaron a la Aduana, Alfonso y Carlos entraban en el "Café de la Estación" para tomar un refresco y aguardar el regreso del hermano.

–Ha sido una broma lo de la carretera, pues no podremos subir hoy –dijo Carlos– Ustedes llegaron muy tarde y no hay tiempo de tomar el tren. Tenemos que quedarnos en el litoral. Es preferible La Guaira a Macuto; además, en la playa hay temporada y es muy difícil conseguir hotel. Ya eso lo hablamos Fabio y yo.

–Como tú digas, yo lo que quiero es echarme un baño y tirarme a descansar un rato.

Poco después, llegaron al "Café de la Estación" Fabio Antonio y el faquín.

–Acaban de abrir la Aduana. Ya está todo listo. Las jaulas y las maletas las mandé al "Neptuno", pues tenemos que pasar aquí la noche. Ignacio se encargará de hacer embarcar mañana el resto del equipaje. ¡Qué equipaje te gastas, Alfonso! Pareces un turco derrotado, mi vale.

Los dos hermanos de Alfonso Ribera, si bien mostraban al salto el aire familiar, eran bastante distintos de aquél. Los separaba, además, una buena cuenta de años. Fabio Antonio andaba por los veinticinco y aventajaba en estatura a Alfonso: de complexión fuerte, de rostro más fino; grandes y negros los ojos; rasurado el bigote; gruesos y altivos los labios; alta y ancha la nariz. Carlos acababa de cumplir los veintiuno, era recortado de estatura, un poco trigueño, de ojos castaños, de cejas muy pobladas y negras, de boca pequeña y nariz roma y de anchas y fuertes espaldas. En el porte y las maneras, diferían profundamente del hermano mayor, a quien ellos mismos encontraban demasiado montaraz. Ocho años de vida caraqueña, entre profesores y compañeros de estudio, alternando constantemente con jóvenes de la buena sociedad, les hacía ver con ojos de ciudad al hermano, aún enredado en el ombligo de bejuco que uníalo a la montaña nutricia. También a Alfonso hacíansele

un poco extraños las formas de hablar y el dejo de voz de los hermanos; mas, los unos y el otro cuidáronse por el momento de hacer comentario alguno acerca de la impresión que mutuamente se causaron.

–Vayamos, pues, al hotel –dijo Fabio Antonio– y poniéndose de pies, tomó por el brazo al viajero y ganaron el camino del vecino Hotel "Neptuno".

Ya por aquella época, La Guaira comenzaba a perder su carácter de estación, donde pernoctaban los viajeros que iban o venían de Caracas hacia el mar. El automóvil estaba haciendo una franca competencia al ferrocarril. Cuando el transporte se hacía únicamente por la vía férrea, era frecuente que los viajeros no pudieran tomar los trenes regulares de las ocho y media de la mañana o dos de la tarde; también, a la contraria para embarcarse, era necesario que la gente de Caracas amaneciese en el puerto. En aquellos años de lenta comunicación entre la capital y la marina, La Guaira juntaba a su transitoriedad portuaria la vida asentada de una nutrida, rica, empingorotada sociedad. La Guaira tenía vida propia, junto con la vida que le daba el tránsito de pasajeros y mercaderías. Clubs, cafés y hoteles de calidad prestaban alojamiento y ofrecían solaz a los viajeros y a la gente del pueblo. Barrios, como Muchinga, servían de lonja para el negocio vicioso del amor marinero. Entre los hoteles, ocupaba el primer rango del viejo Hotel "Neptuno", luciente de mármoles y de confortables recibimientos. El ancho comedor del hotel, adornado de verdes y lustrosas palmeras, sembradas en grandes y artísticas macetas, abría sus ventanales hacia el mar, de donde veníale luz y aire lleno de yodo y de frescura.

Cuando Alfonso Ribera sintió un poco reparadas las fuerzas, concertó con los hermanos un rápido paseo a la playa de Macuto y bajaron a la Plaza Vargas en pos de un automóvil.

–¡Qué lástima el derrumbe de la carretera! Hubiéramos bajado en el *Hudson* grande de papá. Ese sí es carro –dijo Carlos Ribera.

–Eso mismo me dijo mamá por teléfono –agregó Alfonso.

–Nos resignaremos a un modesto *Chevrolet* de plaza –concluyó Fabio Antonio.

Macuto le sonaba a Alfonso Ribera como algo de fantasía. Alguien díjole que La Guaira tenía en Maiquetía, con su Cristo y con su Virgen, un ala de piedad, mientras en Macuto, con sus casinos, sus bares, sus baños y su playa, tenía una ala infernal. A Alfonso lo atraía el Infierno.

Quienes regresaban de Caracas a Los Andes hablaban de Macuto con un recuerdo entre estirado y deleitoso. A Macuto se le presentaba como una manera de Trianón acuático, donde la alegría y la liviandad alternaban con el señorío y la pompa de la fiesta.

Caídas las cinco de la tarde, el mar, con sus pestañas de palmeras, lucía un índigo purísimo y sereno, cuya línea de unión con el cielo se esfumaba indecisa en la azul lejanía. *Ese cielo, ese mar, esos cocales,* evocábalos para la rima deleitosa, la fina imaginación de los poetas. Las olas, serenamente, iban a dormir sobre la arena de las pequeñas ensenadas, hasta donde pareciera que estirasen su esfuerzo por calmar la sed las ardientes y rijosas montañas, huérfanas en aquellos pasos de la vía de la tierna verdura de un arbusto.

Si la indómita pared de granito, a cuya vera discurría el camino, carecía del regalo refrescante de una hoja, en cambio, la playa estaba toda sombreada por los salvajes uveros, de ramas retorcidas por los ásperos aires en asocio con el continuo tormento del ígneo sol tropical. Un vuelo de geométricos alcatraces rompía el recio viento, en pos de la pesca que llenara los grandes buches vacíos.

Cuando el automóvil llegó al pueblo de Macuto, el paseo de la playa estaba poblado de temporadistas. Los alisios de diciembre, tanto como las vacaciones escolares, marcaban la oportunidad de sentar plaza en la alegre playa, hecha célebre en el mundo de la política por el mundanismo rococó de Guzman Blanco y por la festiva espontaneidad de Cipriano Castro. A la tarde, el paseo de la playa era un enjambre donde alternaban viejos y niños, alegres muchachas y gruesas señoras. Hasta la altura de la casa de los baños se extendía el radio de la gente bien. El pueblo modesto y respetuoso se recogía al terroso espacio siguiente. En la playa no se veía ningún bañista, porque Macuto es un

acantilado, a cuyo borde se construyó un gracioso paseo, sombreado de uveros artríticos, frondosos almendrones, y eréctiles palmeras. Los baños, sin que aún fueran promíscuos, se tomaban en grandes piscinas claustradas, hasta donde entraban las olas del mar. Fuera del perímetro poblado, la gente buscaba los minúsculos ojos de playa –guiños más que ojos en plena mirada– protegidos por los uveros de retorcida fronda y resguardados de las miradas públicas por la cortina salvaje de las grandes piedras, para hacer en realidad una inmersión marina. Por aquel tiempo comenzaban a fabricar los dueños de quintas sitios protegidos adonde bajar en forma privada hasta tocar las olas acariciantes. Hoy, la playa toda ha sido parcelada y claustrada, a nombre de felices beneficiados y apenas quedan libres de la voracidad hidrófila de los grandes y pequeños propietarios aquellos sitios donde el baño no puede tomarse sin grande riesgo de ahogarse las personas. Tampoco es libre el *mare nostrum*. La fiesta y el atractivo de Macuto estaba por entonces en su bullicioso malecón y en las placitas sombrosas. Frente a la explanada de la playa y al lado del rumoroso río Macuto, la fronda de un discreto parque abrigaba los palomares que Andrés Mata logró aquerenciar, acaso en el empeño de alcanzar alivio, por medio de la caricia tímida y amorosa de las pacíficas aves, para la profunda melancolía de su alma de poeta fiel a los dictados románticos.

Duraba aún en la gente de Caracas el arte y la gracia del vestir. La caraqueña, desde los años coloniales, fue modelo de fina elegancia y de exquisito gusto para elegir sus trajes, sin que por ello se la considere mera percha de acabados vestidos: bajo la gracia de gasas y batistas, la arquitectura maravillosa de los finos, gráciles, cimbreños cuerpos jugaba con la luz de rostros capaces de hacer sonreír benévolamente al propio San Jerónimo. Aún los hombres se cuidaban entonces de la línea y del color del traje: la americana azul y el pantalón de franela, con los zapatos a dos tonos, era el indumento masculino para las galas macuteñas. El balneario resultaba para la gente de Caracas una especie de Bosque de Bolonia. A Macuto se bajaba, no tanto para tomar el yodo del aire marino, sino, también, para lucir trajes. A la tarde, el paseo de la playa era como un desfile de modas, en el cual alternaban con las vaporosas telas y los graciosos pliegues, elegantes sombreros y finos quitasoles. Ya alrededor de la mesa donde eran servidos los refrescos, ya

caminando a lo largo del malecón, más que grupos aquello era una verdadera masa humana, empeñada en echar al aire la risa y la alegría de rostros y de trajes, sin que faltase, como nota pintoresca, algún grave caballero de Valencia, de Carora o de Trujillo, quien, aconsejados por el médico los baños de mar, se fue a la playa con su flux de paño negro, su chaleco de siete botones, su grueso bastón de pomo de oro, su pesada leontina, su aludo borsalino y sus brodequines de orejita.

De largo siguieron los paseantes hasta más allá del término del paseo. Alfonso Ribera no salía de su asombro ante aquel extraordinario y vistoso conjunto.

–¡Qué gentío! ¡Qué mujeres! –fueron las palabras brotadas de sus labios al verse frente a la apretada masa humana.

–Bajemos un momento –insinuó Carlos Ribera.

Comenzaban a hacerse vía entre el apretujamiento de temporadistas, cuando dieron con el grupo donde tomaba el fresco don Gabriel Avendaño, en compañía de la esposa y de dos de las hijas.

Don Gabriel Avendaño era un importante y rico pesonaje de Mérida, residente en la capital desde hacía más de diez años. Mediano de estatura, grueso de porte, de cutis trigueño y líneas distinguidas, gris el bigote de modestas guías, fuerte y autorizado el tono de la voz. El caballero se puso en pie apenas divisó el grupo de los Riberas.

–¿Y vos por aquí, desde cuándo? –preguntó a Alfonso, mientras lo estrechaba cariñosamente– Estás muy grueso.

–Acabo de llegar en el "Zulia" y mañana seguiré a Caracas.

Cruzados los saludos con doña Mariana y con Cristina y Pacecita, las dos hijas, los Riberas tomaron asiento entre el distinguido grupo. Doña Cristina Avendaño lucía fresca y lozana, pese a sus bien contados sesenta años y a la abundante grasa de la sotabarba; a las hijas adornaba, en cambio, una finura de silueta muy acorde con el uso de duchas y

vinagre, a que eran aficionadas las damas para defender la agilidad de líneas. Pacecita era alta y delgada, el rostro de madona bizantina, blanca, fina, con un par de ojos de un negro profundísimo y brillante; Cristina buscaba ser baja, su color era un poco atrigueñado y, como los de la hermana, sus ojos eran tremendamente negros, pero de un mirar alegre y picaresco, que contrastaba con la reposada y dulce mirada de Pacecita.

–¿Y te venís a quedar, por supuesto? –preguntó don Gabriel Avendaño a Alfonso Ribera– Haces bien, pues la posición de Vicente te puede abrir acá camino muy rápidamente. A él lo vi la semana pasada en Maracay. Está muy bien con el Jefe y se ha echado, también, en el bolsillo a Márquez Bustillos.

–Sí, señor, yo vengo a quedarme; pero sin olvidarme de Mérida, don Grabriel.

–Como yo, muchacho. Yo hago acá mi vida, pero siempre mirando a la tierra. Dame razón de la gente de allá. ¿Cómo andan las cosas?

–Ahora hay mucho entusiasmo con la subida del café. Las cosechas han sido muy buenas. Los guayaberos están, también muy contentos con los buenos precios de la panela.

–¿Y el gobierno, qué tal?

–La misma cosa. La carretera adelanta hacia Las González, pero a paso de morrocoy. El gobierno dice que no tiene situado, y no hace nada. En meses pasados se recogió entre algunos comerciantes para costear el valor de un banco de cemento para la Plaza Bolívar, que si usted viera el abandono en que está, lloraría de lástima.

–¿Y de presos?

–A dios gracias, por allá no han vuelto las persecuciones Usted sabe que los merideños le sacamos mucho el cuerpo a la política.

–Te crees vos, muchacho. ¿Y tu papá? ¿Y yo mismo? Lo que pasa es que allá hay mucha gente pudiente, que no necesita meterse de cabeza en los puestos públicos. Pero hay unos tipos, hijo, que lo mejor es no meneallo. Si vos supieras de las intrigas y bajezas que yo conozco.

–¿Y cómo quedaron Praxedes y Asunta? –preguntó con cariñosa curiosidad doña Mariana Avendaño.

–Las viejas tías quedaron muy bien de salud, pero muy tristes con mi venida. Les voy a hacer mucha falta.

–¿Y las muchahas de doña Praxedes dizque están muy bonitas? –preguntó Pacecita.

–En verdad, sí están bonitas Braulia y Margarita.

–¿Y a mi tía Juanita no la vio antes de venirse?

–Cómo no. Si traigo para ustedes una caja de dulces y un frasco de encurtidos. La visité la víspera del viaje y la hallé muy bien. Alegre, conversadora y regañando siempre.

–El genio no le falta nunca a Juanita; es Avendaño despierta y dormida –agregó don Gabriel.

Un rato más discurrió la charla de los Riberas con la familia Avendaño. Al separarse Alfonso, don Gabriel volvió a hacerle las mismas manifestaciones de afecto y le recalcó no olvidar tratarlos como a miembros de la familia. Don Gabriel Avendaño, a pesar de su aparente brusquedad y de la rebuscada chabacanería de sus palabras, era un hombre agradable y servicial. Que don Garbiel Avendaño era hombre vulgar e ignorante, decía mucha gente al oírle su discurso, desprovisto de politura; sin embargo, se engañaban quienes juzgasen así los modales de don Gabriel Avendaño, por lo contrario, era hombre muy viajado y muy leído, que había encontrado con aquel modo de expresarse la manera de franquearse caminos en el ánimo de la gente burda que rodeaba al General Gómez. Don Gabriel Avendaño sabía cómo era más

fortunosa la campechanía de don Antonio Pimentel que la palabra reposada, grave, fina de Esteban Gil Borges. Se había dado cuenta con Gabriel Avendaño del buen curso que en Venezuela tiene la vulgaridad como falso testimonio de hombradía.

A las siete los hermanos estaban de regreso en el Hotel "Neptuno". En mesa frente a la suya se habían sentado Hermógenes Urdaneta, el ingeniero Carías y un hombre extremadamente rubio, que parecía extranjero. Se saludaron los amigos y Alfonso preguntó al ingeniero por la familia Leiva.

–Están en Macuto, donde sus parientes tomaron una quinta para la temperatura. Al comer, el doctor Urdaneta y yo iremos a visitarlas. ¿Si usted gusta?

–Gracias. Salúdelas en nombre del andino terrible.

El escogimiento de los platos mostró la diferencia de gustos y de modos entre los hermanos de Caracas y el hermano llegado de la Cordillera. Fabio Antonio pidió langosta a la mahonesa y un bistec con cebollas; Carlos ordenó una *omelette aux peti pois* y una chuleta de cerdo; Alfonso pidió macarronada y pescado frito. Cuando servían la langosta, la *omelette* y la macarronada, Alfonso preguntó:

–¿Cómo has dicho que se llama esa tortilla, Carlos?

–*Omelette aux petit pois.*

Eso lo llamo yo en cristiano tortilla con arvejas verdes. ¿Por qué acá le cambian el nombre a las cosas? Eso es pura pedantería.

–No, Alfonso. No es pedantería. La *omelette* es una manera francesa de preparar la tortilla de huevos.

–Pero la tortilla es la misma, hombre de Dios; lo único distinto es el deseo de aparentar cosas.

–Tú has debido pedir una media langosta. Está exquisita –interrumpió Fabio Antonio.

–¿Eso? Bajú, compadre; yo no como ese bicho tan feo. A mí me dejan con lo que aprendí a comer en mi tierra. Veo que ustedes ya se echaron a perder también.

Los dos hermanos se miraron y sonrieron de la ingenua rebeldía del recién llegado. Ellos comprendían muy bien la resistencia que Alfonso opondría a las costumbres refinadas de la capital. Hasta la fecha, Alfonso Ribera era un hombre auténtico de la montaña. Tenía la simpleza y la rusticidad nativa y tenía, junto con ellas, el orgullo primitivo de la tierra. El era todavía un montañés arisco, simplista, receloso. Mañana tal vez sería otra cosa.

Terminada la comida y apurado el cigarrillo con que asentaron el pésimo café, Fabio Antonio propuso al hermano mayor ir a dar una vuelta por el puerto. Salieron alegres y conversadores los tres hermanos. Minutos después estaban en la abandonada Plaza Vargas, donde algunos muchachos jugaban al toro. Bajo los árboles copudos, la estatua de José Vargas recortaba su figura triste. Si José Vargas viviera hoy en su Guaira nativa, sería un hombre realmente triste. José Vargas sería, también, un hombre triste en cualquier parte de Venezuela. El se anticipó en muchos años a desnudar la falsa lógica de los razonamientos que pretenden dar en Venezuela primacía a Pedro Carujo. Los casi tocayos del audaz valentón harían imposible la vida humana de José Vargas en cualquier sitio de Venezuela. En todas partes José Vargas mostraría el mismo gesto triste de su estatura guaireña.

–¿Y por qué no probamos la suerte a la ruleta? Tú, Alfonso, debes tentar fortuna al llegar a Caracas –insinuó Fabio Antonio.

–Vamos, sí, a "El Gato Negro". Lo tenemos aquí mismo –agregó Carlos señalando la esquina frontera.

Alfonso se dejó llevar por sus entusiastas hermanos y luego se halló frente a la doble mesa de la ruleta, en un recinto lleno de humo, de voces

y de tufo de aguardiante. Los jugadores hacían rueda, unos de pies, otros sentados, en torno a la larga mesa donde, sobre el verde tapete, los rojinegros números de la suerte recibían el continuo apunte de quienes esperaban cambiar de fortuna con el giro de la bola, caprichosa y traicionera como una mujer.

En el alegre y concurrido café de "El Gato Negro", justamente era una mujer quien tiraba la bola de la suerte. Con un juego de dedos saludó Fabio Antonio a la muchacha, apenas la distinguió al centro de la mesa. La muchacha era ágil, esbelta, fina, blanca. Como espiga de luz, su presencia obligaba a evocar la imagen de ángeles vaporosos. Todo en Elvira Ejarque llevaría, de hallarla en otro sitio, a fabular nubes, cielos, espumas y azucenas. Azules eran sus maravillosos y lánguidos ojos; como de orante carmelita era el fino palmito; los ágiles y largos brazos semejaban perfumados lirios; las manos, de alargados y suaves dedos, parecían destinadas a recoger pétalos de nardo o de jazmín. Tal vez, Elvira había nacido para eso. Un destino adverso la arrojó al prostíbulo. En la casa de juego –donde acudían hombres viciosos, buscadores de paliativo para sus morales inquietudes, o anhelosos de solución para urgencias de dinero– Elvira Ejarque ocupaba el puesto de reclamo garantizado por su belleza extraordinaria. Elvira Ejarque lanzaba la bola de la ruleta y los jugadores todos se sentían poseídos por una extraña fe de ganar el pleno suspirado. Con dulce, clara, cantarina voz, Elvira Ejarque anunciaba el momento expectante de la partida de la bola. Giraba la rueda de la suerte. Saltaba la minúscula esfera sobre las ranuras por donde ganaba mayor indecisión el movimiento. Cuando la rueda sosegaba la carrera, la bola comenzaba a coquetear con los números. Ya parecía quedarse en el dos, ya estaba como segura en el siete. Saltaba de nuevo e iba a caer definitiva en el catorce.

–¡Catorce colorado! –gritó con voz de victoria Elvira Ejarque.

Alfonso Ribera se había hecho sitio cerca de la mesa. Todas aquellas caras le eran desconocidas. Para él, todos eran hombres nuevos, cuyos rostros acusaban una honda ansiedad. Eran hombres que creían más en el poder de la magia que en la lógica de los hechos. Hombres confiados más en la incertidumbre del giro de una bola, en la caprichosa caída de

los dados o en el secreto oculto tras el naipe azaroso, que en el fruto del trabajo honrado. Algunos habían parado en jugadores por razón de ejemplo o de costumbres; otros habían llegado al tapete verde como náufragos de un adverso destino. Muchos permanecían inocentes y sanos, en su angustia de alcanzar la fortuna, con la misma pureza con que Matías esperó de los dados la confirmación de su sitio en el cenáculo apostólico de los primeros cristianos. Otros, tal vez los más, habían querido dominar la incertidumbre de la suerte con las artes de la trampa. No se resignaban a la posibilidad del azar. Para el provecho cierto, se valían del fraude y del engaño. Poco a poco el ánimo se les connaturalizó con la mentira y con el ardid utilizado para ganar la partida. Lentamente fueron conformando todo el régimen de su vida social a la situación fraudulenta asumida en el garito. En la mesa donde se juega a los dados es frecuente oír las gruesas palabras cruzadas entre la gente de garito cuando alguno sorprende una suerte corrida con engaño. Se descalifican entre sí los jugadores con una naturalidad de miedo. Se motejan mutuamente de trampistas con una tranquilidad asombrosa. Los valores morales han quedado para ellos definitivamente quebrados sobre la masa de juego y en el trato social operan con la misma impudicia y la misma desvergüenza con que cargan los dados o marcan los naipes. En estrados, como abogado; en la magistratura, como juez; en el gobierno, como ministro; en la empresa, como director; en la prensa, como editorialista; en la cátedra, como profesor, el jugador será siempre el mismo hombre de mentalidad y de conciencia desfiguradas por la aventura y el engaño.

Al rostro de la mayoría de los hombres que rodeaban las mesas de la ruleta, asomaba la sombra asediante del otro hombre escondido en la gente de garito; en algunos, en cambio, la mirada denotaba la inquietud y el asombro de quien confía en la pureza de la suerte. El juego, tan viejo como el hombre, tiene en su más remota vertiente un sentido de lógica cooperación. Enriquecerse al juego limpio es obra no reñida con la más estricta moral. El jugador se hace ladrón cuando engaña. El juego se convierte en actividad ilícita, porque representa un afán de robar al público incauto. Pero el juego sin maña, el juego donde todo quede confiado al caprichoso azar, es un manera de crear fondos, por medio de aportaciones anónimas, a fin de que los lucre aquel a quien el destino

favorezca. Lo poco de los unos, sumado, para beneficiar a un tercero que señala el caprichoso azar. Sobre la base inconsciente de una comunidad de intereses, que busca convertir festinadamente en algo poderoso la invalidez de la parva moneda, se llenan garitos y casinos, engruesan su edición las loterías, se convierte en banda de apuestas el elegante *turff.* Donde hay juego –así sea la benéfica tómbola o el pueblerino saco– allí el hombre anheloso de ganancia acude, en el deseo de agregar a sus cálculos realistas la probabilidad de lo que aún no tiene certeza. En su espíritu siente cómo, junto a lo que se mira y palpa, algo invisible se desplaza con potencia suficiente para obrar en el curso de las cosas. El *homo ludens* corresponde a una actitud con mágicas raíces en el sustrato de la Historia. En el juego hablan las posibilidades aún escapadas al rigor del cálculo matemático. Las posibilidades del azar huyen a Euclides y a Newton para buscar explicación en la mecánica indeterminada.

Para Alfonso Ribera el *homo ludens* tomó forma de mujer. La extraña presencia de Elvira Ejarque, marcando el impulso a la bola de la dicha, le impresionó profundamente. ¡Y qué mujer! Claro que él reconoció su calidad alegre y fácil, sin que los hermanos le refirieran su historia. En su mundo de hombre alegre había dado con bellas y asequibles mujeres, mas nunca había tropezado con una que uniera a la finura de la estampa el señorio de estilo presente en Elvira Ejarque. El se había enredado con mujeres de hermosura voluptuosa, pero todas desprovistas de la gentileza, del garbo, de la elegancia, del mundo de lujuria y de embriaguez oculto tras la engañosa, delicada, casi mística figura de esta muchacha de puerto.

Cuando Alfonso Ribera había llamado sobre sí la atención de Elvira Ejarque y ésta le hubo sonreído con interés, el andino terrible se sintió presa en las redes tentadoras de la extraña mujer.

–¿Y es muy fácil? –pregunto Alfonso Ribera a uno de sus hermanos.

–Fácil y de poco precio; pero no es mujer para ti.

–¿Cómo? ¿Por qué no? –preguntó sorprendido Alfonso Ribera.

–Fuera te lo explicaré.

Alfonso Ribera apuntó una par de fuertes en el ocho colorado. Cómo saltó la alegría cuando, al fin, sosegó la bola y Elvira Ejarque gritó con voz sonora:

–¡El ocho colorado!

Alfonso Ribera recibió del banquero setenta y dos fuertes.

Alfonso Ribera se había acercado al sitio de Elvira Ejarque. Cuando recogió la ganancia, Alfonso Ribera creyó que debía dejar algo en las manos de la muchacha y discretamente le pasó un billete de veinte bolívares.

–Gracias. Me está prohibido –respondióle con visible gratitud la muchacha.

–¿Quién es esta rara mujer que no me aceptó el regalo que quise hacerle? –preguntó Alfonso Ribera a sus hermanos cuando hubieron abandonado "El Gato Negro".

–¡Ah, si tú supieras! Has atinado en tropezar con uno de los más tristes casos presentes de prostitutas caraqueñas. Esta muchacha es de muy buena familia. El apellido Ejarque está enredado con los más altos linajes de Venezuela. Elvira tiene una hermana mayor, de nombre María Teresa. Hermosa, estupenda mujer, a quien enamoraba Remy Montes, también de las primeras familias de Caracas. María Teresa y Elvira vivían con unas viejas tías beatas y medio tontas, que no advirtieron el embarazo de María Teresa, ni relacionaron sus lágrimas y su desgana de salir a la calle con su estado de preñez. María Teresa, novia oficial de Remy Montes, pidió, rogó, suplicó a éste que la honrara casándose. Remy Montes no sólo desatendió a María Teresa, sino que salió para Europa con sus aristocráticos padres, abiertamente opuestos a que el hijo honrase a su prometida encinta. La ausencia de Remy Montes sirvió para que las pobres y confiadas tías justificasen la tristeza y recogimiento de la sobrina. Pero el parto vino solo, sin que pudiera ser aplazado para tiempo mejor. María Teresa, en su angustia y desesperación y por consejo de la cocinera, a quien había confiado su secreto, estranguló la criatura y la arrojó al platanal de la casa vecina.

Descubierto el hecho, María Teresa fue llevada al Hospital Vargas en calidad de presa. Las tías, medio enloquecidas por la desgracia de la sobrina, resolvieron internar a Elvira en un colegio. Elvira tenía entonces quince años. Elvira se dio clara y precisa cuenta de la horrible tragedia de la hermana y en el colegio se mostraba triste y callada entre las amigas. A poco se divulgó que las monjas habían recibido a la hermana de María Teresa Ejarque. La hermana de María Teresa Ejarque tenía por fuerza que ser una mala muchacha, cuya compañía perjudicaba seguramente la inocencia de las otras niñas. Varias damas linajudas y pacatas pidieron a las monjas la expulsión de la muchacha. Las monjas, tal vez, pensaron que era falta de caridad echar a la niña, pero así lo pedían las más autorizadas damas de la sociedad y no había más remedio que complacerlas. Elvira Ejarque regresó luego a la casa de las tías. Las tías se convirtieron en verdaderos cancerberos de la sobrina, de vida solitaria y triste, puesto que sus amigas le hurtaban el cuerpo. Elvira Ejarque tenía desde los trece años un puro, inocente, entrañable romance con un muchacho Pérez, estudiante de Medicina, perteneciente también a lo más granado de la sociedad. Pérez conoció la tragedia de la hermana de su novia y escuchó en su casa los denuestos feroces contra las pobres Ejarques. Pérez estaba terriblemente enamorado de Elvira y por conducto de una criada y a través del teléfono siguió comunicándose con ella. La muchacha, desesperada por el aislamiento a que la redujeron tanto la conducta de las amigas como la severidad de las tías, dejó de regresar a la casa un día de Misa. A la puerta de la iglesia se tropezó con Pérez. Tomaron un coche, se dirigieron a la estación y se embarcaron para Los Teques. Las viejas tías se sintieron desoladas con la nueva tragedia; sin embargo, lograron que las autoridades detuviesen a los fugitivos y que la muchacha volviese a la casa. Mientras tanto, en el juicio a María Teresa había ocurrido un corte en providencia, gracias a la influencia de un coronel tachirense, que no sólo logró la libertad de la acusada por infanticidio, sino también hacerla su querida. Cuando Elvira supo la vida holgada de la hermana, dejó a las tías y se fue con María Teresa por los lados de Palogrande. La extraordinaria belleza de Elvira Ejarque impresionó de una manera fulminante al querido de la hermana. Un día, al regresar de la calle, María Teresa sorprendió a Elvira en brazos de su amante. Ardió Troya. María Teresa echó a la calle a la hermana traidora. Esta se refugió en la casa de la querida de un amigo de

María Teresa. Luego, con velocidad de bólido, Elvira fue a dar a un burdel de San Juan. Los hombres la solicitaron por su gran belleza, pero Elvira Ejarque era una prostituta romántica y triste. No especulaba sus maravillosos atractivos y se entregaba a quienes creía enamorados de ella. De brazo en brazo de hombres libertinos, adquirió una sífilis tremenda y tuvo que ir a curarse al Hospital. Del Hospiral acaba de salir.

–¡Pero es horrible lo que me has referido!

–Y más horrible pensar que todo eso ocurrió en el curso de cuatro años. Elvira Ejarque apenas cuenta diez y nueve.

–¿Y eso pasa en Caracas?

–Pues sí. Eso pasa en Caracas. Esa es la vida, vale.

–Bien. ¿Y por qué se pierde esta muchacha, sin que nadie intentara salvarla?

–El destino, Alfonso. ¿Qué más querías tú?

–¿Y por qué la echaron del colegio?

–Porque lo pedían las señoras principales, para salvar a las otras.

–¡Pero si la muchacha no era mala todavía!

–Ah, sí; pero era necesario evitar que se le calentara la mala sangre, explicaba mamá, con su razonamiento tan rígido.

–Así será. Yo no entiendo esto. Y pensar que lo peor del caso es que la muchacha está hoy sifilítica. ¡Cómo me hubiera gustado estar con ella! Tan linda y verse inutilizada por enferma.

–Sí; por eso te dije que no tiene oficio. Acá, mientras acaba de curarse, gana tirando la bola de la ruleta.

–Extraña cosa. ¡La bola de la suerte en manos de una prostituta!

–Eso es natural, Alfonso. La suerte es liviana y caprichosa como una prostituta...

OTRO HOMBRE

I

A las ocho de la mañana, Alfonso Ribera y sus hermanos estaban en el andén de la estación del ferrocarril. El manco Ignacio se había encargado de transportar el complicado equipaje.

–Me parece que hay dos pajaritos muertos –dijo a Alfonso el manco Ignacio.

–No eran para menos los calores que venían sufriendo esos infelices –respondió con naturalidad Alfonso Ribera.

En el andén de la estación, Alfonso encontró a Hermógenes Urdaneta y al ingeniero Carías. Hermógenes Urdaneta había madrugado para asistir a la Misa de San Juan de Dios y para recorrer algunas de las reptantes calles de la Guaira. Quienes pasan por La Guaira no llegan a conocer el verdadero pueblo antiguo, construído a duro esfuerzo de pico y de barra en el costado berroqueño del cerro. Las faldas del Avila, en su camino hacia el mar, descendieron con tal precipitación, que no dejaron espacio para que los abruptos barrancos se tornasen descansadas mesas o plácidos valles. La Guaira, más que ciudad en el orden de la arquitectura, es un documento de tenacidad humana. El español quiso fijar en La Guaira, no un pueblo, sino una defensa inexpugnable. Arriba, en lo más alto de la empinada ciudad, la fortaleza de El Vigía, si en verdad nada defendía, era atalaya para divisar las naves apuntadas en el horizonte. Sin embargo, el hombre antiguo, con verdadera constancia creadora, construyó explanadas para las graciosas plazoletas y empujó el cerro, para hacer lugar a iglesias y a viviendas, cuyos anchos ventanales, de labrados balaustres y grandes portales, de complicadísimos herrajes,

mantienen el recuerdo del medievalismo colonial. Abajo todo es velocidad y premura. Arriba el jadeo hace lento el paso y mesurado el ascenso, y el cansancio procura apoyarse en las esquinas y hace pausa en las duras bancas de calicanto de las plazuelas. Por La Guaira, para muchos inédita, había divertido sus pasos y sus ojos Hermógenes Urdaneta, mientras duraba el frescor mañanero del puerto. Al encontrarse con Alfonso Ribera, el abogado adelantó a preguntarle por el Padre Contreras, cuya sotana notoriamente faltaba entre el grueso número de pasajeros.

–Embarcará en Maiquetía, doctor. Me dijo que pensaba hospedarse donde el Cura del pueblo.

A las ocho y media arrancó la máquina, entre estridentes pitazos y grises bocanadas de humo. La ruta discurría por medio del poblado y a orillas del mar. En las puertas de las casas, adosadas prácticamente al cerro, se miraban mujeres y niños contemplando el paso monótono del tren. Antes de llegar a Maiquetía, un alto y extraño edificio llamó la atención de Alfonso Ribera. A su pregunta, el ingeniero Carías se adelantó a explicar:

–Esa construcción es resto aún de los molinos trigueros instalados en época de Castro. La importación del trigo al granel aseguraba harina a mejores precios. Al efecto, en el arancel se estableció un aforo proteccionista sobre la harina importada; pero la empresa molinera adquirió carácter monopolista, que provocó, a la caída del Cabito, una reacción contra los molinos. Y lejos, mi amigo, de racionalizarse la industria, se le puso un aforo al trigo igual al de la harina. Ahí quebraron los molinos, y los comerciantes importadores de harina siguieron su pingüe negocio. A nosotros, cuando no nos coge el chingo, nos agarra el sinnarices.

En Maiquetía el convoy se detuvo durante breves minutos para recoger el pasaje. Después, el tren se elevó sobre los techos rojos de la pintoresca población. A tiempo que cruzaba el elevado viaducto, los pasajeros pudieron admirar a distancia los brazos extendidos del inmenso Crucifijo, levantado en el mero corazón del pueblo. Ala mística de La

Guaira, Maiquetía contrastaba con la liviana vida de las sirenas que en Macuto buscaban la tónica caricia de las espumas salobres del mar y con el afán de alegría por otros perseguida en las mesas de los casinos. Maiquetía daba la impresión de ser un pueblo de Dios. Las imágenes piadosas, tal vez huyendo el rostro y la intención de los sacristanes, habían dejado los templos y habían sentado plaza en los jardines públicos, donde descansaba con ingenuidad y sencillez la gente mayor y donde correteaban los niños inocentes. Lourdes de artificio y Jerusalén fingida, la Virgen María bendice en su gruta el agua del diario milagro de la sencilla fe y Cristo abre los inmóviles en espera de los hombres que sufren.

El Padre Contreras se santiguó al dejar el tren a Maiquetía. Se había santiguado también Hermógenes Urdaneta. Se santiguaron unas monjitas que tomaron el tren en La Guaira. Se santiguaron dos viejas alegres y recias que viajaban frente a Alfonso Ribera. Por Maiquetía se cruzaba con respeto de devoción. En Maiquetía parecía que se hubiera recogido la fe que dió lineamientos de firmeza al pueblo antiguo.

Al dejar a Maiquetía, el tren comenzaba a remontar la abrupta serranía. A medida que subía, la visión del mar, poblado de velas, se hacía más ancha y más tranquila. Con la altura y la distancia, las aguas iban perdiendo su fisonomía móvil, para convertirse en una serena masa de índigo cristal. Subía un poco más el tren, y ya ni la nostálgica y solitaria visión de una vela se distinguía sobre la inmensa llanura marina. La poderosa serpiente del tren terminaba por perforar el cerro y a través de los túneles ganaba el marco de la exuberante montaña. Ya el Avila era verdura, frescor y sombraje. Atrás había quedado el cruce del "Zigzag", donde el tren que subía saludaba al tren que bajaba. Ya todo era montaña apretada. Guaracarumbo descogía la gasa de su niebla. El ocre desafiante de la bajura era sustituído por un paisaje repleto de verdes y vestido de tupidas lianas, en el cual se miraban caer las cantarinas vertientes, bajadas de lo alto del esponjoso cerro. Desde la ventanilla, los pasajeros dirigían la mirada hacia los vertiginosos precipicios, por donde recibían testimonios de la audacia de los constructores de la vía. Se contorsionó una vez más el jadeante convoy, y en los peladeros, que anunciaban la inminencia de la capital, se contemplaba el veloz correteo

de las cabras asustadas por el pito desesperado de la máquina. Los rebeldes bichos no habín dejado en pie sino los resistentes cujisales, de agresiva espina y amarilla flor. Un aire suave y refrescante dilataba el pecho de los viajeros, a quienes ya no ofendía el humo acre del carbón de piedra con que se alimentaba la caldera de la locomotora. Caracas estaba encima. Se divisaban los suaves collados que rodean por el poniente a la ciudad. Como esforzada en llegar presto, la máquina tomaba velocidad y los carros traqueantes se curvaban sobre el angustioso binàrio de la vía. El arrabal pobre, de casas de madera y latas viejas, anunciaba la proximidad de la urbe. El humeante silbato lanzaba con más fuerza el alarido de su aviso estridente. Lo que se miraba era ya Caracas. La Caracas del barrio pobre, donde la gente esconde la miseria en hórridas barracas. A la puerta de las casuchas se asomaban para ver pasar el tren viejas escuálidas y tripudos niños. En el estrecho ventanal de algunas de aquellas covachas lucían, como paradójico contraste, alegres matas de geranio y amaranto, sembradas en viejas bacinillas, arrojadas por los carros del aseo urbano en el vecino basurero. Era el regalo de la ciudad abundante al barrio donde viven los infelices.

Sosegó el tren la marcha y los viajeros empezaron a descender a la ancha plataforma de la Estación del Ferrocarril Inglés. También, como la Corporación del Puerto; la vía férrea que unía a La Guaira con Caracas, era privilegio de una compañía británica. La que de ahí mismo partía para Valencia era de una sociedad alemana. Las grandes empresas que operaban en la capital eran también extranjeras: los tranvías, la luz eléctrica, los teléfonos. Venezuela era un país políticamente independiente, pero el capital extranjero lo rodeaba como un pulpo que extendiese sus mil brazos sobre el cuerpo rendido de la víctima. Para algo había ayudado Canning a la independencia de Venezuela.

Los viajeros fueron saliendo de los carros con febril emoción. Alfonso Ribera, con el corazón hecho una peonza, corrió a abrazarse con sus padres y sus hermanas.

–¡Papá! ¡Mamá! ¡La bendición! –exclamó emocionado el hijo, que desde hacía ocho años no veía a los amados padres. Doña Teresa Ribera no se saciaba de besar, entre lágrimas de júbilo, al hijo preferido, que

venía a ocupar su puesto vacío en el viejo hogar. Claro que ella quería intensamente a Fabio Antonio y a Carlos y, claro también, que Herminia y Adelaida eran para ella como la niña de sus ojos; pero Alfonso, sobre ser hoy el mayor de todos, había sido siempre sumiso y humilde, como en los años lejanos en que lo sentaba sobre las rodillas para enseñarlo a rezar.

–Están ustedes muy bien –dijo Alfonso Ribera a los padres regocijados y estas muchachas –agregó dirigiéndose a las hermanas– están más bonitas que lo que dicen los retratos.

Con don Vicente habían ido a la estación algunos otros miembros de la familia Ribera. El tío José Domingo Balza, hermano de doña Teresa, los primos, Eliseo, Juan Antonio y Pompilio, y Jesús Lameda, el novio de Herminia. Alfonso Ribera abrazó a unos y a otros en medio de las más cariñosas palabras.

–Fabito, ve tú del equipaje de Alfonso, mientras nosotros vamos saliendo –ordenó al hijo la imperiosa doña Teresa.

–Pero esperemos un momento, mamá, pues conmigo viene el Padre Contreras, que es amigo de papá –explicó Alfonso, mientras se abría paso entre la muchedumbre en busca del sacerdote.

–Yo traía muchos deseos de saludarlo, don Vicente –dijo el Padre Contreras– y me propongo visitarlo y hablarle largo de las cosas de la tierra.

–Cuando guste, Padre Contreras. Sepa usted que yo me intereso mucho por las cosas de Mérida.

–Oye, Fabito –agregó Alfonso– recoge las valijas que venían en el vagón y tráelas contigo.

En seguida buscó entre el apretado grupo a sus compañeros de viaje para despedirse y saludarlos. Los corredores estaban llenos de pasajeros y de deudos y amigos que aguardaban el descenso de los viajeros. Todavía

era la vieja estación del Ferrocarril una especie de inmenso salón, donde se daba cita la gente de Caracas. El tránsito carretero no había desplazado aún el ferrocarril y a la hora de salida y de llegada de los trenes se agolpaba la gente en los anchos andenes y salas de la estación. La afluencia crecía cuando los trenes conducían el pasaje llegado de Europa o de los puertos de Oriente o de Occidente o cuando el tren bajaba a los viajeros que se dirigían al mar. Aún sin interés de topar con determinado viajero, en la Caracas romántica y apacible de aquel tiempo había gente acostumbrada a tomar en la Plaza Bolívar el tranvía de la Estación, para ir a presenciar la fiesta de los saludos o para ver de hallar al acaso a algún amigo con quien conversar un rato.

En el *Hudson* grande de don Vicente tomaron asiento los viejos Riberas, las dos niñitas y el bienvenido Alfonso. Don Vicente Ribera se sentía más señor cuando se hundía en el asiento de su gran automóvil de siete puestos. Para el regreso de Fabio Antonio y de Carlos, había ido el carro pequeño de doña Teresa.

Alfonso Ribera llegaba, al fin, a la tan mentada Caracas. Para él, la capital apenas tenía el atractivo de que en ella vivieran sus padres. Sólo por estar con éstos, más ahora cuando se anunciaba el viaje a Europa y Norteamérica de los hermanos menores, había Alfonso Ribera deshecho su negocio mercantil de Mérida. Le curioseaba poco la capital, así estuviese hecho a escuchar la entusiasta apología que de ella hacían los provincianos regresados con la nostalgia de la fiesta, de la comodidad, de la belleza caraqueña. El primer golpe de la ciudad, fuéle, sin embargo, placentero. La luz maravillosa que alumbraba a las cosas; la ternura y el sosiego de los aires; las voces alegres de los pregoneros de periódicos, de frutas, de billetes; el timbre melodioso de los tranvías; el sonoro y acompasado repique de las herraduras de los troncos, que arrastraban las lustrosas victorias y los pesados landóes; la suave bocina de los automóviles; el breve timbrazo de las raudas bicicletas; el alegre caminar de la gente que colmaba las aceras, todo aquello, en medio de la extraordinaria variedad, parecía unirse en un propósito de vestir a las calles, a las gentes, a las cosas un alegre barniz de confianza y regocijo.

El auto se paró frente a la casa que los Riberas habían montado entre Mijares y Mercedes. Los pasajeros descendieron con rapidez y el anteportón les fue franqueado por el fiel criado Rudecindo, que aguardaba sentir el pitazo del carro.

–Estás en tu nueva casa, Alfonso –dijo don Vicente Ribera a tiempo que daba palmadas cariñosamente a la espalda del hijo.

–Es una linda casa y la tienen ustedes muy bien puesta. ¡Qué precioso jardín!

–Pasa a tu cuarto –dijo doña Teresa– Querrás lavarte la cara y las manos, mientras Fabito trae las maletas y puedes cambiarte. El carbón del tren siempre molesta –y tomando amorosamente del brazo al hijo, lo condujo a la primera pieza de la galería de la izquierda– Este es tu cuarto –agregó– aquí estarás sólo. Fabito y Carlos se han acomodado en la pieza del lado. El baño queda al fondo, pero aquí tienes aguamanil. El timbre está a la cabecera de la cama.

Al salir de la pieza, Alfonso encontró a sus padres y hermanos haciendo rueda en el recibimiento de muebles de mimbre, situado al final del primer cuerpo de la casa, a la mera entrada del comedor. Era el sitio de estar la familia. Fuera, en los ángulos del corredor de entrada, que conducían a la sala y al escritorio de don Vicente, había otros dos recibimientos semejantes al anterior, destinados a las visitas de mayor etiqueta, o de poca confianza. Doña Teresa no había tomado asiento, como de costumbre, en la ancha mecedora. Doña Teresa se había sentado en un extremo del confidente, para sentar a su lado a Alfonso.

–Aquí estarás más cerca de mí –díjole, mientras tomaba entre las suyas las manos recias del hijo.

–No has cambiado mucho en estos ocho años. Tal vez estás más gordo, y el cabello se te ha caído un poco. En cambio, esos bigotes, ¡qué largos los llevas! Es bueno darles su podadita. Ya verías que tu papá comenzó a mocharse los suyos.

–A usted la encuentro muy bien, mamá. Hasta me parece más joven. La recordaba con canas –agregó con ingenua dulzura Alfonso.

–No le preguntes nada, pues es secreto de familia, que también comparte papá –intervino con palabra pícara y afectuosa Adelaida.

–Tiene una que defenderse del tiempo. No se usan, tampoco, las canas como adorno. Y verás que a tu papá le va muy bien el negro de sus bigotes. ¡Está él tan fresco! Y dame razón de Praxedes y de Asunción, ¿cómo quedaron?

–Pues, ya imaginarán ustedes. A las pobres viejas las dejé tristísimas, pero están lo más bien de salud. Por ahí les envían una serie de paquetes. Cuando vean mi equipaje, se van a reír. Parezco un verdadero turco.

–¿Me trajiste los pájaros? –preguntó Adelaida.

–Por ahí vienen las jaulas. No sé cuántos se han muerto. De Maracaibo te traigo dos loros preciosos y los benditos soles.

–¿Y mis parásitas? –preguntó Herminia.

–Tú tendrás posiblemente más suerte, pues creo que no se haya muerto ninguna mata.

–*Merci,* Alfonso. ¡Qué bueno eres!

A decir verdad, a Alfonso no le sonó nada bien aquel *mercí* tan arrastrado, con que la hermana le agradecía las plantas. El había oído decir a Miguelito Fierro que la gente cursi de Caracas no decía gracias sino *mercí,* y ahora le dolía comprobar con sus propios oídos cómo sus hermanas habían caído en tan ridícula afectación.

–Y la hacienda de la Otra Banda, ¿que tal? –interrogó don Vicente Ribera.

–Pues muy bien, papá. La dejé limpiecita. Tiene mucho café nuevo. Las vegas de arriba las hice sembrar de caña. La falda de Ño Máximo, viera

qué yuca está dando. El rollo del trapiche lo cambié hace un mes. Las hortalizas cada vez rinden más. El enredo del agua con las Paredes, lo dejé completamente arreglado.

–En estos días recibí carta de Faustino Dávila, quien me propone que le venda la hacienda y como tú te has venido, ya para qué quiero tierras allá.

–No, papá; no haga usted eso. Esas tierras valen allá; si usted, en cambio, las vende, recibirá apenas cuatro cobres, que para nada necesita; en cambio, las viejas tías, no es que vayan a vivir de lo que produce la Otra Banda, porque ellas rendirán cuentas, sino de lo que la hacienda representa para ellas como recuerdo de ustedes. Además, yo algún día vuelvo a Mérida.

–Eso le digo yo a Vicente –agregó doña Teresa– Nosotros no necesitamos para nada el valor de las tierras de "La Esmeralda", en cambio, con ellas, sí se ayudan Praxedes y Asunción, y lo que tú dices, una no sabe las vueltas que da el mundo.

–De mi parte yo tengo la esperanza de no volver a Mérida –agregó con aire destemplado Herminia.

–¿Así te ha echado a perder la capital? –preguntó con rostro contraído y sin disimular molestia, el hermano recién llegado.

–¿Y qué quieres tú, Alfonso? Tú no puedes hablar nada, porque aún te dura la lana de la Cordillera. Espera a distinguir lo que es vivir en Caracas.

–No disputen sobre esas cosas –interrumpió doña Teresa– José Domingo y los muchachos ya no deben de tardar. Voy a darme una asomadita por la cocina y tú, Adelaida, no olvides que tienes que decir a Rudecindo la clase de cocteles que debe preparar.

Don Vicente Ribera sacó un cigarrillo de la petaca y convidó a Alfonso.

–Gracias, papá.

–¿Y tú no fumas?

–Ahora no, papá.

–Ah, sí, sí. En Mérida no fumabas en mi presencia. Yo tampoco fumaba en presencia de mi papá. Pero los tiempos cambian y yo te autorizo. Fabio Antonio y Carlos lo hacen delante de mí.

–Pues si usted manda, le hago caso.

Entre grises espirales de humo prosiguieron la charla padre e hijo, sin que en ella faltase el gracioso y oportuno apunte de Herminia. El viejo Ribera no disimulaba el gran contentamiento que le ocasionaba la presencia del hijo mayor, hasta entonces rebelde a cambiar de marco geográfico.

–No te imaginas lo que Teresa y yo nos alegramos cuando nos comunicaste que estabas liquidando tu negocio para venirte a Caracas. Me preocupaba mucho verte tan aferrado a la Cordillera y con tan poca disposición de venir a abrirte paso en la capital.

–La tierra, papá, usted sabe lo que amarra a uno y yo tenía mucho cariño a mis negocios.

–También otros cariños que no son de tierra –insinuó con malicia Herminia.

–Deja niña, deja tus puyitas para Alfonso. Yo comprendo lo que es querer aquello que uno se ha ganado con su trabajo. Tal vez si no me hubiera aventado hacia el Centro la política, me hubiera quedado en Mérida, trabajando mis tierras y ejerciendo la profesión de abogado.

Pero no hay mal que su bien no traiga. Allí empezaron a ponerme piedritas y me obligaron a venir a defenderme a la capital, y en el General Gómez he conseguido una especie de padre.

–El año pasado se dijo en Mérida que Márquez Bustillos le había ofrecido a usted la cartera de Fomento.

–Victorino es muy amigo mío y quiso reforzar su posición teniéndome dentro del Gabinete, pero yo he preferido estarme fuera. Tiene uno más libertad para todo y asume menos responsabilidades.

–Pero nosotras nos disgustamos mucho, Alfonso, Papá ha debido ser Ministro. Yo he querido ser hija de Ministro. Como que se presume más –agregó Herminia con gesto de niña malcriada.

–No digo yo –agregó don Vicente Ribera– que en Venezuela no dé cierta distinción ser Ministro, pero hay gente a quien el dejar un Ministerio, el recuerdo de haberlo ejercido no le sirve sino de estorbo, a la vez que de punto de referencia para mostrar muy de cerca su incapacidad. Yo he visto a cuatro idiotas llegar a altos puestos que sólo les ayudan después para que se recuerde el mal que hicieron como funcionarios. Dejan de ser Ministros y son hombres caídos. Por cierto que ayer me refirieron un chisme muy agudo de Carnevali Monreal. Angel hace tiempo que no tiene situación política, y en días pasados atinó a coincidir en una tertulia con un pobre amigo que acababa de perder por inepto un alto cargo. Este amigo se dirigió a Carnevali Monreal en tono muy amistoso para decirle: "Nosotros los que estamos caídos en política", a lo cual Angel le respondió rápidamente: "Caído estará usted, yo soy siempre, con cargo o sin cargo, Angel Carnevali Monreal".

No tardaron en regresar Fabio Antonio, Carlos, don José Domingo y los primos. La casa se pobló de alegres y risueñas voces, que daban fiel testimonio del regocijo que constituía la llegada del hijo. Para completar el entusiasmo, aparecieron luego Josefina y Alba Lameda, hermanas del novio de Herminia, y la tía Dositea, mujer de don José Domingo, con su hija Rosarito.

–A ver, a ver, ¿dónde está ese feliz viajero? –entró preguntando hacia el interior la tía Dositea, mientras tomaban asiento en los recibimientos de la entrada los Lamedas y Rosarito.

Se adelantó con rostro risueño Alfonso para abrazar a la tía y para saludar a Rosarito y a sus lindas amigas.

–Tu novia está dirigiendo unos cocteles –dijo Alfonso a Jesús Lameda, después de saludar a las damas.

–Ella sabe que yo detesto los cocteles y se ha esforzado en hacérmelos tomar, dizque por ser el trago de moda.

–Yo no soy amigo de copas, pero prefiero el brandy y la cerveza –manifestó Alfonso.

–Tú eres andino, vale –le interrumpió Fabio Antonio– El brandy está de capa caída; aquí aprenderás a tomar vermut preparado o whisky con soda. Papá, como es viejo, no toma sino brandy.

–¿Y tú cómo estás, Rosarito? –la interrogó Jesús Lameda, –*Comme ci, comme Ça,* chico. La ocasión es para sentirse una bien, pero no sé, hace días que estoy medio displicente.

También la prima avanzaba hacia las palabras exóticas. El mal era, pues, general, como se lo habían dicho en Mérida. A Alfonso Ribera comenzaba a molestarlo aquel afán modernista de sus parientes. Ojalá pudiera él ayudar a que la familia volviera sobre sí misma y no cayese en el pecado de adulterar su autenticidad regional.

No había necesidad de reír con los labios para que se sintiera la alegría que llenaba la casa de los Riberas. La alegría se asomaba a la cara de los presentes, pero la alegría de la alegría estaba puesta en los rostros fascinadores de Herminia, de Adelaida, de Josefina, de Alba, de Rosarito. Pese a ser hermanos, diferían mucho entre sí las dos Riberas. Herminia era alta, fina, de blancas carnes y rostro de óvalo suave y sonrosado; los labios, apretados en enérgico rictus; fina y airosa la nariz;

vivos y alegres los castaños ojos. Adelaida era baja de talle y menudas formas, de piel trigueña y negra cabellera, en cuyo rostro no le cabían los dos carbunclos de los ojos, ni la sonrisa soportaba la clausura de los rojos, carnosos, húmedos labios, Alicia y Elena Lameda acusaban la vecina sangre italiana que corría por sus venas: morenas, menudas, delicadas, habían sabido añadir al cercano abolengo europeo el donaire, la alegría, la soltura y el fuego que les comunicaba el sol tropical. Rosarito Zerpa parecía arrancada con fina tijera de un cuadro de Renoir: de mediano porte y cimbreante talle; agresivo el busto; fino el cuello; delicada la redonda barbilla; discreto el labio de tentadora humedad, respingona la nariz, como de corza que ventea los peligros; dormidos, luminosos los inmensos ojos castaños, y al reír, dos lindos hoyuelos en las tersas mejillas. Cinco criaturas maravillosas, en las cuales la vida rebosaba como una invitación a la dicha y de las cuales parecía que saliese fuego y luz. De pies a cabeza eran acabado retablo de hermosura y compendio perfecto de gracia anhelante de comunicarse y de verterse como agua cansada de la tasa verdiñosa. Rosarito, la más joven, frisaba con los dieciocho años; Herminia, la mayor de las Riberas, no llegaba a veintiséis.

Ante la radiante presencia de Rosarito y las Lamedas, Alfonso Ribera evocó la memoria de la novia distante. Jamás podría negar la belleza extraordinaria de la prima, ni el atractivo singular de las Lamedas, pero Elisa Govea les ganaba en algo que hacíala resistir todo paralelo. Elisa Govea resultaba vencedora por la luz de los ojos, por el cálido modo de la voz, por la gracia de su espléndida y seductora sonrisa, por la armonía de los torneados brazos y por la suavidad misteriosa de las líneas del arrogante busto. En el interior de su espíritu, Alfonso Ribera se sentía más unido en devoción a la memoria de la amada lejana. Sobre todas, estaba Elisa Govea.

* * *

Fue una verdadera suerte que el equipaje de Alfonso Ribera hubiera llegado cuando todos estaban a la mesa. Aquella entrada de jaulas con pájaros, huacales de orquídeas, cajas, costales, baúles, valijas, latas, marusas y bolsas habría promovido una de burlas entre los hermanos de

Alfonso, que tal vez éste no hubiera soportado en presencia de personas extrañas a su intimidad. Cuando dejaron el amplio comedor y salieron a tomar el café en los recibos abiertos sobre el jardín, se habló de los pájaros y de las parásitas, y ambas hermanas fuéronse a ver los anunciados encargos.

–Espero que en mayo, cuando florezcan las orquídeas, nuestra casa lucirá *comme il faut* –dijo Herminia al hermano, en medio de la más satisfecha sonrisa.

Alfonso Ribera no supo lo que la hermana dijera, pero no avanzó a preguntar delante de personas extrañas. ¿Qué le había pasado a estas niñas para andar con tamañas pedanterías? El lo había comprobado ya a la hora del almuerzo, cuando advirtió que sus hermanas empedraban de voquibles extranjeros su conversación con las Lamedas. Calló y no dijo nada, en espera de buena ocasión para llamar a juicio a sus presuntuosas hermanas.

Los viejos Riberas sacrificaron la siesta y se esmeraron en mostrar al hijo las comodidades y el lujo de la gran mansión en que vivían. Para Alfonso Ribera la casa de sus padres era un verdadero palacio. Los muebles Luis XV del salón principal, los labrados espejos, la costosísima araña central, los famosos óleos que decoraban las paredes, las muelles alfombras; pero sobre todo, le llamaron la atención los raros cortinajes de cuentas y finísimos canutillos de cristal, que cubrían los encajes y alternaban con las cenefas de damasco, y las cuales al abrirse en entrechocar los hilos, producían un fino, alegre, dulce ruido, como de arpas cantarinas. Del dintel de todas las puertas colgaban aquellas vistosas cortinas, labradas con caprichosas invenciones de fuentes y de flores; de cristal las de la sala, el paraqué y el dormitorio principal; las demás, de cuentas de San Pedro, ensartadas con gracioso arte. Las marquesinas, construídas a base de vidrios de variados colores y de maderas de primorosos calados. Los finos mosaicos traídos de Italia. Las grandes y artísticas macetas de porcelana, donde lloraban sus hojas aterciopeladas las variadas y enormes begoñas. Como en día de fiesta, se habían extendido los suntuosos manteles de hilo de Venecia y se había servido el almuerzo en la porcelana Rosenthal, de grandes ribetes de oro,

con el monograma de doña Teresa, y se había puesto en servicio la cristalería de Bohemia, a cuyo través era más rojo el vino y en cuyos bordes mejor sabía el champaña. Todas las galas de la casa las habían lucido aquel día los viejos Ribera, y como para hacer más dulce y familiar el recibimiento del hijo, la propia doña Teresa había ido a la cocina a preparar la misma torta borracha, adornada de confites, que con tanto gusto saboreaba Alfonso en la vieja mesa de Mérida.

* * *

Después que las visitas se hubieron despedido y hubo, además, descansado un poco, Alfonso Ribera invitó al hermano Carlos a hacer una breve salida para mirar las calles de Caracas. Al verlos salir, doña Teresa levantó la voz y dijo a Carlos:

–No olvides llevar a Alfonso donde Muscani, para que le tomen las medidas para la ropa de etiqueta.

Salieron los hermanos y subieron al carro de las niñitas, que estaba a la puerta.

Cuando el chofer preguntó el rumbo que debía tomar, Alfonso Ribera respondió:

–Carlos dirá para dónde, pero vamos primero al Telégrafo, a poner un telegrama a las tías.

–El Telégrafo queda apenas a una cuadra –respondió el conductor.

En el escritorio público de la oficina telegráfica, Alfonso Ribera encomendó al hermano la escritura del mensaje para las tías, y al concluir éste, le agregó:

–Escribe otro para mi novia.

–No me habías dicho que andabas así de enredado; sabíamos apenas que tenías un amorío con una muchacha maracaibera. ¡Díctalo, pues!

Alfonso Ribera se limitó a un breve mensaje de aviso de llegada, con saludos para la familia. Cuando retornaron al auto, Carlos preguntó a Alfonso si estaba en trance inminente de casarse, y al responderle afirmativamente el hermano, Carlos díjole con cierto desdén:

–Veremos, chico. Espérate unos días antes de mandar los poderes. A lo mejor es alegría pasajera.

El carro arrancó hacia el Sur, y Caracas se fue ofreciendo a la admiración de Alfonso Ribera. Ya el día iba de caída y Carlos pensó que era propia la hora para dar una vuelta por El Paraíso. Así fuera día de trabajo, no faltaban paseantes en el aristocrático paseo. Al llegar a la Plaza de la República, Alfonso Ribera comenzó a admirar el elegante desfile de vehículos, la mayoría de ellos con el capacete tumbado, y todos ocupados por damas hermosas y elegantemente ataviadas, o por caballeros, también de correcto vestir. El Paraíso era barrio relativamente nuevo, donde la gente de pro había levantado magníficas residencias y por cuyas sombreadas avenidas solían pasearse a las tardes jóvenes y viejos de postín. Duraba en la capital el rigor de las modas de París y las damas buscaban mostrar sus trajes, ora al paseo vespertino por la concurrida avenida, ora en las alegres retretas de la Plaza Bolívar. A la luz suave de la tarde, lucían las primorosas caraqueñas el maravilloso encanto que las ha hecho célebres dentro y fuera del país, El aire, la luz, el agua, algo que sólo corre y se da en el valle milagroso de Caracas, contribuye a imprimir a la mujer caraqueña un garbo, un donaire, un atractivo que son el supremo punto de sus galas. A paso lento se hacía el desfile, en doble vía, para así reconocerse los paseantes y cruzarse el cumplido de los saludos. Saludar era un arte cultivado con gracia y elegancia por hombres y mujeres. Nada de la moda nueva de bailar los dedos o de agitar la mano en señal de cortesía. Saludaban los hombres descubriéndose, no con un movimiento cualquiera de quitarse el sombrero, sino rindiéndolo, con la misma elegancia con que los viejos caballeros batían el emplumado chambergo. Las damas, a su vez, respondían los saludos con finas maneras, en las cuales se sumaba a la gracia natural el estilo aprendido en complicados manuales de etiquta. Caracas era aún una ciudad romántica, enmarcada en las normas del

señorío antiguo, y salpicada por las rientes burbujas de gracia y de buen tono aprendido por los señores y las damas en el gran París de principios de siglo.

Al llegar el carro al puente "19 de Diciembre", los hermanos Ribera echaron pie a tierra, para hacer la acostumbrada caminata, que convertía el solitario paseo en agradable *rendez-vous.* Bajo la larga luz del puente discurrían las flacas aguas del Guaire y extendían su tierna verdura las empinadas cañas. A lo lejos, coronando la cercana visión de los lánguidos sauces y de los rojos techos de la vieja ciudad, empinaba su masa maravillosa el Avila solemne.

–Aquel cerro es el Avila –dijo Carlos Ribera al hermano Alfonso.

–¿Y a eso hay quien lo compare con la Sierra Nevada? –preguntó con sorpresa y burla Alfonso.

–El error está en compararlos. Ambos montes son distintos. Son de las cosas que para entenderlas y juntarlas precisa separarlas primero.

El Avila lucía en aquel momento como una gigantesca turquesa. Al cerro sagrado lo pintó como una enorme amatista el fino pincel estilista de uno de sus más amorosos cantores. Lo vio seguramente alguna tarde así el consumado esteta, hecho a contemplar desde *Ponte Vecchio* los maravillosos crepúsculos florentinos. Pero el Avila es amatista y es turquesa y es rubí y es esmeralda, según caigan sobre él los rayos del sol. Le falta montaña y le sobra desnudez. Su rostro no exhibe la verde sonrisa de la hierba núbil. Aspera su piel por el inclemente desmonte, en cambio, se distiende con suavidad para sonreír. El secreto del Avila está en la fuerza de su cambiante y permanente sonrisa. Al alba, al mediodía, a la tarde, en las noches de luna, el Avila es distinto. Como el rostro vulcánico de Bolívar, el Padre Avila es rebelde a la captación pictórica. Siempre mira distinto, siempre luce otra sonrisa en la comisura de los peñascales y en los angustiosos repechos. En Bolívar confundía la luz que brotaba de las pupilas relampagueantes. En el Avila –Padre y Maestro de Bolívar– el sol confunde con el juego esplendoroso de sus

luces. Pero al Avila, en su plenitud de fuente de belleza, no lo entiende el viajero que pasa. El Avila se aprende a ver, como se aprende a escuchar una sinfonía de Beethoven.

Los hombres que hicieron la primera República intuyeron el sentido ejemplar del cerro que dura y varía, que permanece y cambia, que es distinto y es el mismo, como la propia substancia del pueblo. Aquellos varones monolíticos, tal vez pensando en la inmutabilidad basáltica que resistiría todo cambio fundamental en su estructura, lo llamaron monte de la Independencia. Hoy, en cambio, ¡ay Dios!, el cerro se ha vuelto loco, también, como la gente que vive en el antes dulce valle de Caracas. ¿Pensarían, acaso, alguna vez los extraordinarios cantores del Avila –manes de Pérez Bonalde, de Díaz Rodríguez, de Fombona Pachano- cómo llegaría el tiempo infeliz en que al monte singular se hicieran "labores de maquillaje tecnológico", para trocarlo en cabaret, donde tuviese lujurioso altar el delirante "Rock and Roll"? ¿Pensaron alguna vez aquellos cantores excelsos que sonaría la hora triste en el cual la musa melancólica y certera del gran Nazoa dijera al viejo monte:

¡Pues no faltaba más!
¡Usted de cantinero...!
¡Qué cómico será!
¡Usted que más que conde
fue en tiempos un Sultán,
con una nube al brazo
diciendo: "oui, madame",
en tanto que la triste
luna de Galipán
le sirve de bandeja
para servir champán...!

Cuando Alfonso Ribera se puso frente al Avila, pensó en los picos nevados de la imponente serranía andina, y no vió el cerro, ni sus luces, ni sus sombras. Lentamente Alfonso Ribera habrá de ir comprendiendo la belleza de un monte, que no es bello por sus majestuosos picos ni por su tupida selva, ni por sus cascadas rumorosas. Poco a poco Alfonso

Ribera irá comprendiendo cómo el Avila no es un esfuerzo titánico e inútil hecho por el valle para alcanzar las nubes lejanas, sino una manera de caja de resonancia cromática, donde la luz del cielo adquiere forma, voz y sentido corporales. El Avila, más que monte es luz hecha tierra. Desgraciadamente, cuando Alfonso Ribera aprenda a admirar al Avila, habrá olvidado ya sus montes lejanos. Alfonso Ribera carga en el espíritu una aldea y donde quiera que asiente, vivirá la vida de las casas circundantes, sin llegar jamás a sentir cómo esta luminosidad extraordinaria del Avila sagrado, pese a la diversidad y a la diferencia, tiene un nexo de unidad irrompible con la nieve milagrosa donde detuvieron para siempre la parábola de su vuelo las cinco águilas blancas de la leyenda serrana. Son a la par coyunturas que hacia los cielos alza la osamenta de la Patria.

II

Andino cabal, don Vicente Ribera no había perdido la sana costumbre de madrugar. Doña Teresa dejaba la cama a la hora de atender el desayuno de don Vicente, las niñitas dormían hasta bien avanzada la mañana y, sin dejar los lechos, tomaban en ellos el frugal desayuno, indicado para guardar la línea, y comenzaban las inacabables charlas telefónicas con las ociosas amigas.

Cuando Alfonso se puso en pie, a las seis de la mañana, encontró a su padre sentado a la mesa del escritorio.

–La bendición, papá. ¿Cómo pasó la noche?

–Dios te bendiga. Amanecí bien, y ¿tú qué tal?

–Tengo la cabeza un poco tonta, pero no estoy cansado.

–Siéntate, Alfonso –agregó don Vicente Ribera, señalando al hijo la ancha poltrona de orejas situada al lado del escritorio. El salón de trabajo de don Vicente Ribera era amplio, claro y elegante. Buenos muebles de cuero ofrecían posibilidad de asiento a diez personas. En las paredes lucían las labradas vitrinas donde se apilaban los libros encuadernados a todo lujo. En un rincón y sobre elegante columna de mármol, un busto de Cicerón. El escritorio de caoba de don Vicente era grande, pulido y de finas y sencillas líneas. A los lados tenía sendos juegos de gavetería, con seguras llaves. En lo alto de la pared y justamente sobre la gran silla giratoria del escritorio, estaba colocado un retrato del General Gómez, a caballo. En los paños vacíos de las paredes colgaban los retratos

familiares: don Gaspar Ribera, abuelo de don Vicente, luciendo los alamares del viejo régimen colonial; don Gumersindo Ribera, el padre de don Vicente, vestido con la levita de doctor a la moda del 50; el tío Rodulfo Rivera, con sus arreos militares de la época de la dictadura de Paéz; retratos de don Vicente, de cuando vivía en Mérida y de cuando acompañó al General Gómez en la gira a Los Llanos. En un rincón, la protegida caja de caudales.

–¿Ya tomaste café? –preguntó don Vicente.

–Ya tomé café –respondió Alfonso.

–¡Cuánto celebro el momento de tenerte a mi lado! –comenzó don Vicente Ribera, con voz más cargada de cariño que de autoridad– Tú te empeñabas en dejar pasar la hora de la suerte, hasta que resolviste este viaje providencial. Sé que si tú te mantenías en Mérida no era por falta de afecto para nosotros, pues Teresa y yo sabemos qué clase de hijo eres tú.

–De eso ni pensarlo, papá. Usted sabe lo que es la tierra.

–Sí, sí, ya lo sé. También recordarás que te escribí cuando me dijeron que estabas entregado a una querida.

Alfonso Ribera sintió que la sangre le subía al rostro y respondió en el acto:

–Entregado a una querida, nunca lo estuve, papá. Tenía una mujercita, como allá la tienen todos, pero no de concubina oficial.

–Bueno. Da lo mismo. Después me dijeron que estabas de novio formal y que te disponías a cruzar aros. Eso me preocupó mucho.

–Pues yo esperaba el día de hoy para participarlo a usted y a mamá.

–Entonces, ¿te comprometiste?

Alfonso Ribera asintió con los labios y con la cabeza, mientras don Vicente se mordía los teñidos bigotes.

–Has dado un paso precipitado. No porque te falte edad, ni medios, ni libertad para casarte, sino porque esas determinaciones se consultan con los viejos. Yo no puedo negarme a decirte lo que debo en este caso. Conozco a Baltasar Govea y sé que es un excelente caballero. Conozco a su familia de Maracaibo y sé que es magnífica gente. Pero la mujer de Govea es otra cosa. Tú sabes que éste es su segundo matrimonio. Ella estuvo casada en primeras nupcias, justamente con un amigo mío de El Tocuyo. A fines del siglo pasado encontré a la viuda en Caracas y la visité para el pésame obligado. Yo era hombre de aventuras y a poco me enredé con Magdalena. Muy a la sombra se comentó su liviana conducta y así sus arreboles no llegaron a ganar ámbito público.

Mientras don Vicente Ribera hablaba con reposada gravedad, el hijo empalidecía mortalmente y, al final del relato, preguntó con incierta palabra:

–¿Y eso es verdad, papá?

–Te lo digo yo, hijo. Es aventura cierta que como caballero no la hubiera referido jamás a nadie. El disimulo de su conducta lo prueba el hecho de que después ella casara con una persona de las condiciones de Baltasar Govea. ¿Qué más quieres? Puede que tu novia sea una buena muchacha; no tiene ella la culpa de lo que hiciera su madre; pero he de repetirte lo que decía mi papá: "Procuren, hijos míos, dar abuelos a sus hijos" ¿Crees tú que tu presunta suegra sea abuela digna para tus hijos?...

Alfonso Ribera no respondió. Sentía como si sobre la cabeza le hubiese caído el techo de la habitación. El sabía que su padre era hombre veraz. Sabía, además, que su padre era tremendamente parco de palabra cuando se trataba de enjuiciar la conducta de una mujer. Aquello tenía que ser cierto, sí, absolutamente cierto, y sus tías tal vez lo sabían y no llegaron a decírselo y quizá alguna de las familias que dejaron de ir al paseo de "La Isla" se negaron porque conocían el pasado de doña Magdalena. ¡Ah, pero Elisa, su Elisa! ¿Era culpable Elisa de aquello? ¿Debía él sacrificar su amor por una historia carente de publicidad? Ah, sí no tenía publicidad, pero era su padre actor y testigo del hecho. ¿Cómo sentar mañana a la misma mesa a su suegra con el antiguo amante?...

–Le agradezco lo que me ha dicho, papá; después hablaremos de esto nuevamente.

–Piensa, reflexiona, Alfonso –agregó el padre– Tú siempre has tenido muy buena cabeza para tus cosas. Claro que no debes hablar de esto con tu madre. Deja, deja correr el agua.

–Así será papá –agregó con voz entrecortada el infeliz Alfonso.

Don Vicente Ribera tocó el timbre que tenía al alcance de la mano, en la misma mesa donde se hallaba colocado el teléfono. Inmediatamente apareció Rudecindo pidiendo órdenes.

–Trae café –ordenó don Vicente.

–¿Dos tazas?

–Sí, dos tazas –respondió Alfonso.

Frente a las tazas de café y en medio del humo de los cigarrilos la plática áspera y desgarradora tomó nuevo rumbo en labios de don Vicente, así en los oídos del hijo siguieron sonando como repetidas por un trágico tornavoz las crueles palabras que golpeaban lo hondo de su sensibilidad de enamorado.

–Tú hiciste una buena operación en la venta del negocio mercantil, ¿verdad, Alfonso?

–Hice una buena operación, aunque no recibí todo el dinero. Donde Blohm tengo una buena suma para iniciar acá cualquier empresa.

–Te tengo ya iniciado un negocio de poco trabajo y mucho beneficio. El Intendente del Ejército es persona que me debe favores y le hablé en días pasados de que tú pondrías un negocio de mercancías secas y le pedí para

ti la exclusiva en la compra de telas para el vestuario de la tropa; me ofreció, además que te daría preferencia para toda otra clase de operaciones relacionada con la Intendencia.

–Es una buena cosa, que mucho le agradezco, papá.

–También creo que puedas entenderte con un mozo español, a quien le he abierto camino para la venta de automóviles y camiones con el Gobierno. El necesita más dinero y, con algo tuyo, el negocio podría ser redondo para ti.

–Magnífico, papá. Muchas gracias. Y en fincas, ¿usted tiene algo más que la hacienda de cacao de Barlovento, donde yo pudiera recordar a "La Esmeralda"?

–Esa hacienda se la estoy pasando a José Domingo; quiero tenerlo todo en casas en la ciudad; tengo unos terrenos en el Este y algún papel. Mis entradas son las participaciones en dos o tres remates de aguardiente, con que me ha ayudado el General y mi vieja parte en la Lotería. Tú, además, sabes de la participación que he tenido en los arreglos de los hidrocarburos con los ingleses. Ahora, la Standar también está en tratos con el Gobierno para la obtención de ricas concesiones y ahí tendré una buena tajada. Ya de esto hablaremos detenidamente, pues con dos o tres cosas que consiga para ti con el General te harás rico de verdad en un momento.

Alegre, risueña, con fresco aire mañanero, hizo doña Teresa su entrada en el escritorio.

–Buena compañía tienes ahora, Vicente.

–La bendición, mamá –exclamó Alfonso, a tiempo que se ponía de pies y besaba la frente de la madre.

–Pues tu papá, tan madrugador como en Mérida. Yo le digo que para nada le ha valido el dinero que hoy tenemos. Trabaja, trabaja, como cuando sólo teníamos las tierras de "La Esmeralda".

–El trabajo mantiene la salud, Teresa. Además, nuestra fortuna no es tanta como debiera. Ahora es cuando comenzamos a ser ricos. Pídele a Dios que se nos dé lo de las nuevas concesiones que estudia actualmente el Gobierno.

–Yo le pido al Señor, pero tú convence al General y a Márquez Bustillos. Por la oración yo llego a Dios; tú tienes muy a la mano a los que dirigen la política y los negocios.

Doña Teresa lucía bastante fresca, a pesar de su proximidad a los sesenta años. Su talle no había perdido la esbeltez, no obstante la sobrecarga de grasa que exhibía en el busto. Su rostro, agraciado y alegre, mantenía la altivez de líneas que le dio aire de imperio desde la propia juventud. Sus ojos, un poco entristecidos, guardaban acusada viveza y penetrante mirada. Con don Vicente hacía una excelente pareja, ya que éste no había perdido ni la gallardía de la lejana juventud, ni menos el autorizado talante. Esbelto y firme, su aventajada estatura y su robusto porte acusaban al recio montañés formado en la áspera vida del caballo, de la hacienda, del páramo, del vado. Lejos de perder galas, ambos habían ganado algo con el tiempo: el brillante y negro tono que al cabello decadente le sumaban las tinturas.

–Las niñas durmiendo, como siempre –comentó Alfonso.

–Como siempre, no hijo; como ahora. Pues en Mérida recordarás que madrugaban para donde las Arucas. Acá se levantan cuando la cama las bota.

* * *

Al concluir el desayuno, don Vicente Ribera se dirigió al vecino bufete donde lo llamaban los clientes. Madre e hijo se dieron en el recato del comedor a la plática íntima y afectuosa.

–Parece que hubieras pasado mala noche –dijo al hijo doña Teresa. Te noto con la cara de quien no hubiera dormido bien.

–No mamá. Dormí bastante y de un tirón. Serán restos del ajetreo del viaje.

¿Hablaría a la madre? ¿Le abriría las puertas del lacerado corazón? Don Vicente le pidió que no dijera nada a doña Teresa. Alfonso acataba las palabras del padre como un mandamiento. Si don Vicente le recomendó guardar silencio, él callaría ante la madre, a no ser que doña Teresa tomase la iniciativa. En cambio, sentía Alfonso cómo las dulces, amorosas palabras de la madre le llegaron al hondón del espíritu a manera de riego de ternura.

–No conoces el interior de la casa. ¿O fuiste ya al jardín?

–Me asomé apenas al segundo patio. ¡Qué hermosa casa, mamá! Con razón ustedes no echan de menos a Mérida.

–Vamos para que veas los pájaros de Herminia.

Abrazado a la madre, Alfonso Ribera recorrió las dependencias interiores. Frente al corredor de estudio, donde las niñas recibían la clase de piano y las lecciones de francés, en un rincón del inmenso jardín, estaba la gran pajarera, con su constante surtidor, derramando el agua cantarina sobre la taza de mármol, donde las avecillas bajaban a juguetear. Entre el ramaje del encendido granado, todo cubierto por una gran tela metálica, colgaban sus nidos los alígeros cantores, tan dóciles que se acercaban a jugar con Herminia, cuando entraba ésta en la ancha pajarera. Más al fondo, quedaban las piezas del servicio, el gallinero y la batea de lavar.

–¿Qué le parece todo esto a mi niño? –preguntó con tierna voz la vieja Estefanía, criada antigua de la casa de los Riberas, que había visto crecer a Alfonso y había ayudado a cuidarlo cuando niño.

Estefanía, fuera de hacer las arepas mañaneras para el desayuno de don Vicente, no tenía oficio fijo en la casa. Cuando quería, lavaba; cuando estaba de genio, ayudaba en la limpieza. Estefanía miraba de los pájaros y cuidaba de las orquídeas de Adelaida. Estefanía, cuando sentía ganas de conversar, se iba en la noche al cuarto de las niñitas y les hablaba, les hablaba hasta dejarlas dormidas. Estefanía, en la gran casa caraqueña de los Riberas, era una suerte de presencia amorosa, callada, modesta de la

vieja servidumbre merideña. La fiel Estafanía, en medio del lujo nuevo, era la huella permanente de la tierra lejana y el recuerdo vivo de las estrecheces que venció enantes la familia.

–Candelaria te mandó muchos abrazos –dijo Alfonso Ribera a la vieja Estefanía, mientras la estrechaba cariñoso entre los brazos.

–¡Ah, mi niño! –exclamó sonreída la vieja Estefanía al responder al apretón de Alfonso.

Abrazado a la vieja criada, Alfonso Ribera sintió en la garganta algo como un cosquilleo de llanto contenido. Alfonso Ribera no era hombre de vanas sensiblerías. Sin embargo, Alfonso Ribera no pudo conservar los ojos enjutos y dejó caer dos lentas y quemantes lágrimas sobre la blanca cabeza de la criada.

–Te trae Estefanía el recuerdo de la vieja casa de Mérida –dijo doña Teresa, con voz transida de emoción.

–Sí, mamá, sí; el recuerdo de Mérida –agregó Alfonso con palabra temblorosa, a tiempo que pasaba el dorso de la mano sobre sus ojos húmedos...

* * *

Cuando madre e hijo regresaban del interior de la casa hacia el primer patio, sonaron en el zaguán los preludios de un sencillo vals, sostenido sobre las agudas notas de un clarinete y un violín, a los que hacían compañía un bajo, una guitarra y un par de alegres maracas.

–Ya llegaron a saludarte los cañoneros –dijo doña Teresa.

–¿Qué cosa son los cañoneros, mamá?

–Son un grupo muy simpático de músicos del pueblo que se han reunido para ganarse la vida felicitando a los que cumplen años, a los recién llegados, a los que reciben un buen puesto, a los que les nace un niño.

José Isabel se llama el que los dirige. Es el más alegre y conversador de todos. Ya los verás cuando terminen. Con dos fuertes que les des los harás felices.

Al terminar la pieza, Alfonso abrió el anteportón.

–Hemos venido a saludar a don Alfonso y a felicitar a la familia.

–Muchas gracias –respondió Alfonso y puso los dos fuertes en las manos de José Isabel.

–Gracias, mi estimado, y que sea muy feliz en la sultana del Avila –dijo el alegre "Rey del Cañón".

Sonaron las notas de un festivo pasaje y Alfonso Ribera comentó con doña Teresa la graciosa manera de ganarse la vida los cañoneros.

–Son finos petardistas con música –concluyó doña Teresa– Gente alegre y con pocas ganas de trabajar, que ha hallado la más fácil manera de vivir de su música. En Caracas todo el mundo los quiere y los celebra. Los cañoneros tienen la gracia de estar ahí donde hay risa y contento. Con su música han sabido hacer honrada y grata la picardía. Aquí vienen lo menos diez veces al año.

III

La invitación se la habían hecho las hermanas desde la víspera. Después de la Misa de diez en San Francisco, Herminia y Adelaida Ribera, acompañadas de Alfonso, se dirigieron a la Plaza Bolívar.

Duraba en Caracas el hábito de asistir a las retretas de la plaza Bolívar. El sosegado discurso de la vida social de la capital no había desembocado aún en la costumbre de reunirse las familias en los Clubs. Los viejos centros recreativos –Club Venezuela, Club Caracas, Club Paraíso, Club Alianza, Club Central– abrían sus puertas sólo en las grandes ocasiones sociales; el resto del tiempo reducían su actividad a la distracción de sólo los hombres, reunidos para jugar al bacarat, al póker, al billar y al ajedrez o para platicar en torno a la mesa del bar. La cita habitual se hacía en la Plaza Bolívar, a donde los domingos concurrían, por la mañana o por la noche, las damas más peripuestas de la sociedad.

En las anchas avenidas de la plaza y bajo los sombrosos árboles del tupido jardín, se formaban las animadas tertulias, una vez que se había cumplido el peripatético rito de dar dos o tres vueltas a la redonda. Lucían las damas todo el garbo de la mujer caraqueña, realzado por la ponderada elegancia de sus trajes y por el lujo de los grandes, vistosos sombreros, ajustados, como las faldas de largos pliegues, al *dernier cri* de la moda de París. Los hombres se mantenían fieles a la elegancia antigua. En las mañanas de la Plaza Bolívar se veían caballeros de paltólevita y sombrero camarita, alternando con los románticos poetas, de anchos sombreros y corbata bohemia.

Espectáculo singular e inolvidable lo constituía la presencia en la Plaza de la extravagante vestimenta y de Vito Modesto Franklin. ¿Quién llevó a Vitoco a la pérdida del sentido del ridículo, hasta hacer de él una figura vigorosamente unida al folklore caraqueño, el cual débele el verbo vitoquear y todos su afines, insertos en nuestra glosa, como atribución de fingimiento, vanidad y cursilería?

Deseoso de distinguirse entre el atildamiento de tantos caballeros como lucían galas en el diario vestir, Vitoco Franklin resolvió ribetear el jaqué y los pantalones con trencilla de alternados colores. Trabajaba (así decía él), unas veces en rojo, otras en verde, otra en amarillo, otras en morado y, de acuerdo con el color de los ribetes, eran la cinta del bombín y el cordón que pendía del inseparable monóculo. Guetas o polainas blancas o grises o castañas, según fuéranlo los guantes, y bastón de luciente pomo de oro. Alto, de complexión fuerte y de apariencia no desagradable, Vito Modesto Franklin se decía y proclamaba árbitro de la elegancia caraqueña. El impávido Petronio de gallinero desfilaba ante el corro de sus fingidos admiradores, para que se viese el donaire con que sabía evitar las arrugas del pantalón y para que se copiase el suave y armonioso balanceo de los brazos. Vitoco tenía su gran corte de graciosos bromistas, quienes día a día llevároнle a ausentarse en tal forma de la realidad, como para aceptar y moldear en las tarjetas el título de "Duque de Roca Negra", a él ofrecido en historiado expediente, que un travieso humorista hizo aparecer como rubricado por un Rey de Armas matritense. Delpino y Lamas, cuando Guzmán Blanco, y el General Sacre, cuando Castro, no llegaron a tener la popularidad y la resonancia conquistadas en el mundo de la burla caraqueña por el chiflado Vito Modesto Franklin, sin juicio alguno para darse a estos devaneos de carnaval, empero, una lanza afilada para todo lo que fuera operaciones de peños, hipotecas, retroventas, herencias y despojo de terceros. ¿Tartufo vestido de rústico Narciso? Caso raro de pícaro y bufón, Vitoco hacía las delicias del caraqueño de aquel tiempo y en la Plaza Bolívar ponía la nota de mayor pintura. Hizo un estilo. Creó el vitoquismo, en el cual suelen caer escritores, abogados, pintores, médicos y políticos. Creó un vocablo semejante al "lagarto" bogotano, con el cual se designa la bambolla, la burla, la inconsistencia, la inseguridad, la lisura, el fingimiento, el oportunismo, que derramando

en otro tipo de vertientes, ha conducido a quebrantar las estribaderas de la lógica nacional. Pasó Vito Modesto Franklin, mas sus ridículas jaqués, su bombín y su monóculo quedaron al servicio de quienes se empeñan en fingir lo que no son o en mostrar con gusto de alquiler los mal conquistados trofeos.

Llena de sol, de alegría, de música, de risas, la Plaza Bolívar era el propio corazón de Caracas. No sólo se reunían en ella las damas para lucir sus galas y para tentar con las más dulces sonrisas. Iban, también, los políticos, los escritores, los comerciantes, los profesionales. Márquez Bustillos, cuando fue Gobernador, como entonces don Juancho Gómez, hacían un círculo en su sombroso cuartel. Se reunía en ella la angustia, la gracia, el talento, el humor de la gente de Caracas y de la gente venida del Interior. Se hacían amistades nuevas, se remataba alguna operación comercial, se ganaba algún contacto con personas influyentes. En la Caracas recoleta y familiar del primer cuarto del Siglo XX, la Plaza Bolívar era la sala común de la gran familia venezolana. La Plaza Bolívar era el sitio para el encuentro del hombre provinciano. ¿Dónde llegaría Zutano? Nadie daba razón. Pues nada, a buscarlo en la Plaza Bolívar. Allí entraría el domingo por cualquier esquina, allí estaría a lo mejor recostado a alguno de los vistosos postes de la luz, viendo cómo el limpiabotas le sacaba lustre al viejo calzado.

Las Riberas solían hacer rueda en la Plaza con las Lamedas, con Jesús, el novio de Herminia, y con las Solórzano Queipo. Una de las Lamedas flirteaba con Perico Núñez, quien siempre se sumaba al grupo en unión de uno o más amigos. Frente a la majestuosa estatua del Padre de la Patria y dentro del mero cuartel alto que corre hacía la esquina de Las Monjas, formaron rueda aquella mañana con las sillas que Jesús Lameda pidió al mozo encargado de alquilarlas. La Banda Bolívar, bajo la experta batuta del Maestro Manuel Betancourt, tocaba, junto con una alegre selección de "Las Bribonas", de Calleja, su propio jacarandoso vals "El Piquineldo", entusiastamente aplaudido por la alegre concurrencia y más que todo por los guapetones y pendencieros que se sentían aludidos por los festivos compases.

En el cuartel Noroeste, frente a la Casa Amarilla, solía reunirse la tertulia de los plumarios. Con los escritores llamados del Centenario, se

juntaban los mozos despuntantes en el campo de las letras. Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Luis Enrique Mármol, Fernando Paz Castillo, Gonzalo Carnevali, Guillermo Austria, Raúl Carrasquel, se leían sus últimas cuartetas y desataban su alegría bajo la fronda de los altos árboles. Punteros líricos de la generación que a poco sería llamada del 18, y a la cual tantos se sienten orgullosos de pertenecer; ya se les aplaudía con fe segura y con orgullo precipitado. Iban a comunicarse los poetas sus sueños, sus esperanzas y sus logros líricos de la noche anterior. Vivaz, menudo, fulgurante, todo acero y nervio, el incomparable Andrés Eloy; aventajado de porte, galán de aspecto y de altivo gesto, Jacinto Fombona; pequeño, desteñido y llena la cabeza de "la locura del otro", Luis Enrique; enjuto de carnes y agobiada la cabeza por el peso de la rebelde y áspera melena, donde parecía enredársele el humo del hediondo tabaco, el distraído Fernando, a quien sus compañeros apodaban "Brumas", por el tono nefelibático de sus pensamientos; atropellados los labios por la risa y por la rauda palabra y velada la frente por el rebelde mechón de cabello, Gonzalo Carnevali; alto como una torre y bueno como un pan, el gigantesco y pantagruélico Guillermito, doblado en cronista de toros bajo el nombre de "Chavalo"; el festivo e ingenioso Raúl, a quien por parecer poca la expresión de su explosiva carcajada, se frotaba violentamente las manos para infundir mayor tono a la alegría o a fin de hacer más cálido el aplauso para el poema del amigo; certero, también, como "Chavalo" en la crónica taurina, se convirtió en atmósfera literaria, cuando bajo el pseudónimo de "Icaro" la dio por celebrar entrevistas con las nubes.

Todos se tocaban con el ancho y suelto chambergo que, junto con la negra corbata bohemia, servía de distintivo a poetas y a escritores, aún no desdeñados de soñar las escenas de Murger. Sin mirar la distancia de los años, sumaban sus pensamientos e inquietudes a la alegría de los muchachos, justamente tres finos, extraños y valiosos escritores cumaneses, de segura presencia mañanera en las retretas de la Plaza Bolívar. Cumaná, como capital de la Nueva Andalucía, ha debido seguir llamándose Nueva Córdoba, según la nombró Jácome Castellón. Los cumaneses tienen la agilidad y la inquietud de la gente de El Andaluz. Las brisas del Manzanares les transmiten el mismo embrujo mítico que a sevillanos y a cordobeses comunica el Guadalquivir. De los tres, el

verdaderamente andaluz era Juan Miguel Alarcón, ceremonioso, mofletudo, de abultado vientre. Solitario y un tanto ácrata, desempeñaba en la Cancillería un cargo modestísimo, cuya soldada apenas alcanzábale para pagar la humilde pensión; en cambio, su pobreza no era parte a bajarlo del vuelo altanero por donde subía a platicar en rima versallesca con princesas y damas de antañonas Cortes. José Antonio Ramos Sucre era artista de la prosa cortada y gongorina. Enemigo del que, llegó a construir sin él los párrafos marmóreos, densos, severos, de su pulcra literatura alegórica; erudito precoz, Ramos Sucre siguió los pasos de Arístides Rojas y Lisandro Alvarado, hasta poblar su memoria de voces provenientes de los más extraños idiomas. Domingo Martínez, con sus ojos de buho sorprendido en las más intrincada meditación, ponía la nota trashumante entre la gravedad alegre y burlona de Ramos Sucre y el engolado discurso del trianonesco Alarcón. ¿Dónde se escondía Martínez después de sosegar en la venta de libros o de terminar su oficio ambulante de profesor de piano? No empece su inmortal pobreza, o tal vez a causa de ella, Domingo tenía escondites varios donde ocultaba en la noche la menuda figura, y cuando alguno fallara, no se hacía esperar el compañero bohemio que lo acompañase a pasar la noche leyendo versos de Verlaine o de José Asunción Silva, a la luz de una candela parpadeante, frente al Cementerio de los Hijos de Dios, ¡ay dolor!, sin rastro alguno ya en la nueva Caracas, que para crecer y ser otra, ha llegado, en obsequio de la vanidad y del negocio, a matar a sus propios muertos.

–Son los plumarios –dijo Jesús Lameda cuando Alfonso Ribera detuvo largamente la mirada en el grupo romántico, hecho visible por los anchos sombreros y las volanderas corbatas y de notoria presencia por la suelta risa que animaba la plática. En aquel momento, Juan Miguel Alarcón explicaba su poco empeño por ganar el Cielo, a causa del temor de que los arcángeles fueran andinos armados de agresivos incensarios.

Para Alfonso Ribera sólo eran conocidos los Lamedas, Jesús se encargó de presentarlo con Perico Núñez y Alejandro Reinoso, ambos abogados de acreditado bufete; y cuando hubieron de agregarse al grupo, fue Herminia Ribera quien hizo la presentación del hermano a las Solórzano Queipo.

Las Solórzano Queipo pertenecían a una de las más linajudas familias del rancio mantunaje caraqueño. Sus salones, así no fuese muy rica la familia, eran de los más exclusivos de la capital. El viejo Solórzano estaba baldado a causa de una tabes dorsal. La vieja, doña Aciscla Queipo, en quien había caído el gobierno de la familia, era una auténtica matrona chapada a la antigua: imperiosa, engreída, severa, murmuradora, insatisfecha de todo, pasaba el tiempo en que no murmuraba recordando los títulos de su abuelo don Froilán Queipo de Rojas, fusilado por el General Arismendi cuando la matanza de La Guaira, Doña Aciscla no se resignaba aún a ser republicana y siempre regañó con el esposo cuando éste llevaba a la casa algún retrato de Bolívar. A la enemiga con los patriotas por el fusilamiento del abuelo, añadíase, para aumentar su desgana hacia los valores de la República, las pérdidas de su padre, don Ildefonso Queipo Tovar, a quien se le quedó fría la fortuna invertida en papeles de la deuda de manumisión. "Ese bicho de Monagas bien pudo pagar la libertad de los esclavos con dinero propio, y no saquear a la gente honrada. En lugar de sacar del país a tanto negro, los hizo iguales a la gente decente". Doña Aciscla era goda por los cuatro costados. Las hijas, en cambio, no habían heredado la cerril reciedumbre de la madre, así se mantuviesen fieles al culto de los valores familiares. Bien educadas, tanto por lo que dice a hogar, como en lo referente a letras, las Solórzanos mostraban una no común distinción y un suave tono humano, aprendido de labios del bondadoso y sufrido padre. Soledad, la mayor, era un primor de mujer: de regular estatura, bien hecha de carnes, el busto discretamente altivo, la cintura cimbreña, las caderas amplias, como hechas a torno las piernas, fino y blanco el rostro, saliente la barbilla, carnosa y húmeda la bien proporcionada boca, alta y delgada la nariz, las cejas castañas, dibujadas como arcos perfectos para el par de soles de los ojos; Alcira, la menor, era, en cambio, pequeña, delgada de cuerpo, de rostro trigueño, ojos de un primoroso tono verdegay, que sonreían entra las largas y sedosas pestañas.

–Mucho gusto en conocerlo, señor Ribera –dijo Soledad Solórzano– sus hermanas nos habían hablado mucho de su viaje. Supe que había venido cargado de pájaros y de orquídeas para Herminia y Adelaida. ¡Qué bueno debe ser tener un hermano como usted!

–No tanto, señorita. Traje los pájaros y las matas, no por bueno, sino por miedo a presentarme con las manos vacías. Usted no sabe qué genio tienen sus amigas –respondió riendo Alfonso Ribera.

–Pero ellas lo quieren mucho– recalcó Soledad Solórzano– ¿Y tu prima Rosarito, por qué no vino hoy? –agregó dirigiéndose a Adelaida.

–Está con mis tíos pasando el día en Los Teques– Con ellos andan Fabito y Carlos.

–¿Y Fabito parece que se gusta con Rosarito? –comentó Soledad.

–Nada tiene de raro –respondió Adelaida.

Con paso silencioso y reposado se acercó al grupo el simpático "Cenizo". Cuando estuvo a la distancia del brazo de Jesús Lameda, éste pasó la mano cariñosa sobre el lomo del manso perro.

–Es la mascota de la Plaza, Alfonso. Su dueño lo traía todas las tardes a la tertulia e iba con él a la Cervecería, donde le convidaba sandwichs. Cuando el dueño murió y "Cenizo" quedó solo, el animal buscó su vieja querencia. Tarde y noche tú lo verás acercarse a los distintos grupos, paciente, resignado, como si esperase volver a topar con el dueño. Todos lo quieren. Todos le regalan un bocado en las vecinas botillerías. Es raro el caso, pero demuestra la lealtad del perro con el hombre. Por cualquier parte comienza el buen camino. Si así fueran también los caballeros.

–¡Ven, "Cenizo"! –llamó Alfonso Ribera al animal, mientras le hacía el tus con los dedos de la mano derecha.

–¡Con qué alegría conversan aquellos viejos! –comentó Alfonso Ribera, fijando la atención en un grupo de señores de grave aspecto, que muy cerca de ellos se desternillaban de risa.

El gordísimo y deslenguado doctor Duque de Rosas, rodeado de Ramón Amundaray, Gonfalón, el Bachiller Munguía, Lino Sutil, Santiago Nevero Machado y el Cieguito de los Viernes, daba sueltas a sus cuentos

verdes y a sus chistes picantes. Era la manera de divertirse a que habían recurrido señores que no encontraban mejor oficio para su chocarrera inventiva. Allí, entre carcajadas montaraces, se comentaba la última anécdota, por algún agudo enemigo de la situación atribuída al General Gómez. Allí, don Anselmo, siempre de buen humor, dejaba correr el chiste recién elaborado o la última intriguilla política fraguada en los rincones de "El Nuevo Diario". Siempre Caracas creyó saldar su deuda frente al déspota de turno, por medio de la disolvente y ambigua mamadera de gallo. Alegre, indiferente, resignada ante el hecho agresivo de la política, la gente satisfacía su venganza en estos círculos de banalidad y de festiva desvergüenza.

La mañana discurrió en amable charla y divertidos chistes, sin llegar al fondo de tema alguno, pues el pasar del amigo o de la amiga y el acercarse el uno o el otro para el fugaz saludo o la volandera pregunta, cortaba a cada momento el curso de los diálogos. Cuando la banda terminó con los acordes sorpresivos de "Alma Llanera", ya metida en el espíritu del pueblo como tema expresivo de su inquietud y su alegría, el grupo se puso de pies y se dispuso a trasladarse a "La India", según invitación de Alfonso Ribera.

* * *

"La India" constituía el apéndice forzado de la tertulia dominguera de la Plaza. Era "La India" el más fino, elegante y costoso bar de la capital. Ahí mismo, en la Plaza quedaban otros salones concurridos siempre, pero que carecían de la distinción de "La India". En la esquina de Las Monjas, "La Francia", y hacia El Principal, "La Glaciere". Entre El Principal y La Torre, abría sus puertas a los hombres alegres o a los hombres vencidos y tristes, la famosa Cervecería Strich. En torno a las mesas de ésta se reunían empleados, escritores, artistas, de todos los credos y todos los gustos. Lugar casi pensado por Nicolás de Cusa, allí coincidían los pensamientos más contrarios, y junto al sitio donde filosóficamente el impío Luis Lobera Castro, para defender su jarra de cerveza, salvaba la vida de una mosca enredada en la espuma, Fides, el inefable Fides, con su cara escapada de un olvidado rincón del greco, bendecía cada sorbo hurtado a su friísimo bock, para evitar que se le entrasen en el cuerpo los diablillos pecaminosos de la vinolencia.

"La India", entre la gente bien, era el remate obligado de las tertulias mañaneras o nocturnas en la Plaza Bolívar y hacia ella encaminaron los pasos Alfonso Ribera y sus amigos. El círculo era grande: las dos Riberas, las dos Lamedas, las dos Solórzanos, Alfonso, Jesús Lameda, Perico Núñez y Rigoberto Reinoso.

–Necesitamos sitio para diez –ordenó al mesonero Alfonso Ribera.

Puestos ya a la mesa, el mozo se acercó a esperar las órdenes, mas, cuando Alfonso se dirigía a las damas para pedirles que eligiesen lo que fuese de su gusto, Herminia Ribera se adelantó al hermano, con sonrisa burlona, y díjole:

–Aquí no vas a pedirte un brandy, Alfonso. Aquí vas a tomarte un coctel.

–Traiga, pues –dijo afablemente Alfonso al camarero– unos cocteles de champaña. Mi amigo –agregó luego, dirigiéndose a Jesús Lameda –no hay otro camino que tomar cocteles.

El salón de familias de "La India" era un lugar discreto, recogido, a tono perfecto con el señorío de la vieja sociedad de Caracas. Las damas sorbían lentamente y con delicada elegancia la frágil pajilla, hundida en el coctel o en el vermut preparado, que hacía la costumbre de la hora. Apenas un coctel o un vaso de vermout era la consumición acostumbrada, cuando no se había pedido algún helado o un refresco sencillo. Rara vez una dama de calidad repetía la copa. Duraban en las damas venezolanas el recato y sencillez que fueron ornamento de la mujer antigua. En "La India" se reunían por el tono y la elegancia festiva más que para saciar apetencia de bebidas o de bocadillos.

–¿Usted se viene a establecer en Caracas, señor Ribera? –preguntó Perico Núñez.

–Sí, señor. Estoy en eso.

–Tiene usted a la mano uno de los mejores bufetes de Caracas, pero no abunda que yo me ponga a sus órdenes. Más de una vez me ha tocado agenciar asuntos en que ha tenido interés el doctor Ribera.

–Muchas gracias, doctor Núñez. Le estimo altamente su ofrecimiento.

Cerca de la una, Herminia recordó la partida. Todos se pusieron de pies y después de cruzar saludos con las numerosas personas amigas sentadas en torno a otras mesas, se hicieron a la vía. El automóvil de las Riberas aguardaba frente a las puertas de "La India". En el carro cabían cuatro pasajeros, pero estaban tan cerca de la casa, que resolvieron hacer la ruta a pie. El auto lo utilizaron las Lamedas, quienes vivían en Candelaria. Las Solórzanos eran prácticamente vecinas de los Riberas, puesto que su casa estaba frente a la Iglesia de Altagracia.

Con comodidad, sin precipitación, descubriéndose los caballeros al paso de las damas, se hacía en aquel tiempo el camino por las calles. Las aceras lucían en día de fiesta el atavío de las emperifolladas damas y las policromas combas de las graciosas sombrillas, con que se defendían de los ardientes rayos del sol tropical.

Al pasar frente al Club Venezuela, Jesús Lameda invitó a sus amigos a almorzar en sus jardines, luego que acompañaran a las damas a las casas respectivas.

IV

La reunión con Lameda, Núñez y Reinoso hizo que Alfonso Ribera entrase en conocimiento con la vida alegre de la capital. El Club le resultó sitio propicio y grato, donde conoció distintas personas de importancia y donde tropezó con algunos viejos amigos de la provincia. Alfonso Ribera necesitaba espantar un poco la sombra que pesaba sobre su espíritu, agobiado por la relación del pasado de su presunta suegra. La alegría natural de su ánimo necesitaba estímulo para superar el torcedor dejado por las palabras del padre. Cuando Reinoso y Núñez lo invitaron, después del almuerzo, a prolongar la reunión, Alfonso Ribera se avino fácilmente y, pese a su poca afición a las cartas, tomó sitio en la improvisada partida de pocker, a cuyo término contó unos tantos luises de ganancia. Caída la noche, Alfonso Ribera aceptó correr la juerga y en unión de Perico Núñez alquilaron un coche y fuéronse a buscar unas muchachas alegres por los lados de Caño Amarillo.

Caracas era ciudad de numerosos prostíbulos. Musiú Eduardo, Pura, Carlota, Juanita Lugo abrían a las numerosas relaciones sus casas de pecar. En ellas caían de vez en cuando algunas muchachas finas de media o alta sociedad que, por haber dado algún mal paso de manera visible, eran representantes de una absurda moralidad, sin pies ni cabeza, las expulsaban de sus cuadros y las lanzaban a hacer vida de vicio en los lenocinios; en cambio, altivos y campantes seguían presumiendo en los elevados círculos de la sociedad, los caballeros –solteros o casados– que habían dado al traste con la doncellez de las infortunadas víctimas del rigor social. Fiel reflejo de una conducta general, que premia al vencedor, así el lauro lo alcance sobre un crimen, y que castiga a la parte perdidosa, le asistía así toda la razón para explicar

la caída. A las indefensas mujeres burladas, el prostíbulo se les abría como puerta de salvación y de refugio. A él llegaban, no de grado, sino llevadas por la mano izquierda de una hipócrita moral, que así creía hacer público escarmiento de sus propias faltas.

El debut caraqueño de hombre alegre de Alfonso Ribera no dejó de causar alguna risa a la endemoniada de Olimpia Madrid, quien le tocó de compañera. Fuera así de espíritu festivo, Alfonso Ribera distaba mucho de la desenvoltura y pocacara de su compañero Perico Núñez, hecho a la vida tronitosa de la capital. Alfonso Ribera no creía que la hombría necesitaba estribos de relajamiento. En sus escapadas mujeriles, guardaba la natural compostura del hombre que, si peca, en cambio, repugna el vicio. Núñez, por el contrario, era el tipo despreocupado y aguardentoso, en quien la juerga había destruído toda resistencia moral. En la casa de lenocinio, Alfonso Ribera todavía buscaba a la mujer; Perico Núñez, buscaba a la prostituta. Ante el desparpajo y liviandad con que Núñez procedía frente a la mujer vendida, los modos un poco recatados y casi pudorosos de Alfonso Ribera, tenían apariencia de timidez. Al bulto, Olimpia Madrid pudo sonreír, creyendo que se hallaba frente a un hombre de poco. Alfonso Ribera, sabría, en cambio, mostrarle todo lo contrario a la hora de la absoluta verdad.

–Tu eres andino –le preguntó la mujer cuando Alfonso Ribera se ponía el paltó.

–Sí, soy andino. ¿No lo parezco?

–Claro que sí, pero no hablas paisa.

–Soy andino de Mérida –respondió, con no disimulado dejo de orgullo, el enérgico Alfonso Ribera.

* * *

El recuerdo del domingo transcurrido con los alegres amigos, hizo que Alfonso amaneciera con una nueva imagen de la vida caraqueña. Tal vez el regocijo del día anterior le había ayudado a disipar un poco la niebla

en que su espíritu se mantenía desde el día siguiente a la llegada a la capital. El lunes le entró con renaciente alegría y cuando a poco de haber tomado el desayuno, el correo llegó con carta de Elisa Govea, su ánimo se hallaba entonado para enfrentarse a la presencia casi material de la amada distante, que venía hecha letras, cargadas de dulces, tristes, apasionados pensamientos.

El nunca había leído carta alguna de la novia. De verbo a verbo había sido su discurso de enamorado. Si en verdad la palabra es más tibia que la letra, en esta carta Elisa Govea había volcado íntegro el brasero de su corazón. El amor jurado con tinta y papel le parecía a Alfonso Ribera más encendido, más violento aún que el amor prometido la noche fría y neblinosa de la despedida. Al conjuro de las dulces, apasionadas palabras de la carta, la imagen de Elisa Govea surgía poderosa y magnífica en la memoria calenturienta de Alfonso Ribera. La espantosa distancia que lo separaba de la amada, le pareció al pronto absuelta para la caricia inmediata. Mas, ¡ay dolor!, entre Elisa Govea y él se interponía como espada de dos filos la palabra reveladora de su padre, con la historia de la vieja Govea. ¿Qué podría más en él? ¿Vencería la pasión o triunfaría el deber? ¿Ganaría el ímpetu o dominaría la reflexión?...

Menos mal que Elisa sabía cómo él no era hombre de escrituras. Cuando se ausentó de Mérida, dijo a la novia que apenas le dirigiría telegramas. En el telegrama es fácil evadir palabras que abulten las promesas "¡Dios proveerá!", dijo Alfonso Ribera para sí mismo. En el nombre de Dios, como una verdadera paradoja, tomó cuerpo y expresión la duda que se agitaba ya en la conciencia del torturado amante. En el nombre de Dios comenzaba a salirse del espíritu de Alfonso Ribera la fervorosa pasión por Elisa Govea.

Su papá le dejó dicho que fuera ahora en la mañana a la oficina –dijo Rudecindo a Alfonso Ribera a tiempo que le servía el desayuno.

Con mayor celeridad que la acostumbrada, Alfonso se arregló y echó a la calle. El bufete del doctor Vicente Ribera estaba situado muy cerca de la casa de familia. Era un local amplio, lleno de aire y de luz, en el cual trabajaban con don Vicente dos abogados jóvenes y dos ágiles

mecanógrafos, que ocupaban las dos primeras salas. Al fondo quedaba la puerta del despacho del doctor Ribera. El cuarto se hallaba revestido totalmente de estantes, poltronas de cuero servían para la plática corriente, pues más al fondo estaba la sala de conferencias. El gran escritorio del doctor Ribera se veía lleno de expedientes, de libretas y de Códigos.

Saludó Alfonso a los dos abogados que ayudaban a su padre, y al saber que éste se hallaba solo, pasó de largo al despacho.

–La bendición, papá. ¿Cómo amaneció?

–Dios te bendiga. Te dejé recado de que vinieses, porque ahora ha de venir a visitarme el amigo Puig, con quien quiero que hables acerca del negocio de los automóviles. Sé que el gobierno va a hacer una compra de carros y es bueno que tú ya estés entendido con Puig.

–Como no, papá. Ya yo hablé con la Casa Blohm para lo del negocio de géneros. Aquí me encontré un magnífico muchacho de La Punta, muy listo para el negocio y, además muy honrado. Le ofrecí ponerlo al frente del mostrador.

–¿Ya tienes local?

–Sí, señor. Hoy firmé con Aristóbulo Uzcátegui el contrato de arrendamiento de un buen local por Traposos. ¡Lástima que los tres locales suyos tengan contrato tan largo! Yo estuve donde Huizi y perdí el tiempo.

–También estuve pensando anoche que debemos ir a Maracay antes de la Navidad, para que saludes al Jefe. Además, me urge alcanzar de él la orden definitiva para la obtención de las concesiones petroleras y en esa operación tú entrarás en forma visible, porque yo prefiero no ser muy visto.

–Y dígame, papá ¿qué es eso de las concesiones nuevas que yo he escuchado comentar varias veces? Usted sabe que uno metido allá en los montes no sabe nada de las grandes cosas de la capital.

–Pues, justamente por eso era mi empeño de que vinieras. En Mérida no hubieses pasado de ser un comerciante acomodado. Acá serás millonario.

–¿Cómo así, papá?

–Pues nuestro porvenir está en el petróleo, mi hijo, y una de las cosas más patrióticas que está haciendo el General Gómez es abrir las puertas al capital extranjero. Castro cometió entre tanto disparate el error de haber ahuyentado a los americanos y a los ingleses, sin los cuales no podemos llegar a ser nada. ¿Tú crees que con cuatro matas de café y con un ganado canijo y lleno de gusanos, podemos llegar a ser un gran país? El General Gómez, sin haber pasado por ninguna Universidad y sin haber viajado, ha tenido una visión certera del porvenir y le está abriendo las puertas a los inversionistas.

–Eso está bien, papá, ¿pero cómo hacemos nosotros para enriquecernos también, si el petróleo es de la nación?

–Pues esa es la otra previsión del Jefe. El no ha querido que los ingleses y los americanos sean los únicos que se hagan ricos. Entre el gobierno y los extranjeros, estamos los amigos de la Causa. Las concesiones se dan a los extranjeros, pero a través de nombres venezolanos, y las empresas de fuera pagan muy bien el servicio. Primero los ingleses se metieron en el Zulia y Oriente, después vinieron los hombres de la Standar y en el pugilato entre ingleses y yanquis hemos salido favorecidos muchos. El General Gómez es el que lleva la última palabra. Yo tengo muy buena amistad con Victorino y con el Ministro Torres, y como ellos saben que el Jefe me oye, marchan de acuerdo conmigo. Ahora se está preparando una gran licitación, que será abierta en enero. Serán distribuídas más de cuatrocientas mil hectáreas y yo aspiro a que tú salgas favorecido en las concesiones que se otorguen.

–Muchas gracias, papá. ¿Pero yo recibiré para usted?

–Bueno. En tu caso me interesa primero tu suerte. Ya estoy bastante rico y, además, tengo participación en otras numerosas concesiones, que han

sido hechas con mi mediación privada. Por eso no aparezco en la firma de los contratos. Hay que llenar apariencias, puesto que como abogado me consultan algunas empresas inglesas, con las cuales tampoco estoy comprometido.

–Usted siempre fue un gran abogado, papá.

–Sí, hijo; pero esto es cuestión de agilidad. Tú me puedes ayudar mucho, porque tienes sentido comercial y puedes relacionarte muy bien con ciertos círculos caraqueños donde se mueve otra gente; y aun entre gente que me es hostil, tú puedes abrirte camino.

–Cuando arreglaba mis papeles esta mañana tropecé con esta carta para usted, que me entregó en Maracaibo don Acisclo Cubillán. Ahí viene otra para Márquez Bustillos. Al pobre hombre lo hostilizan mucho y le tienen la ciudad por cárcel. El espera que usted interese a su favor al doctor Márquez. El señor Cubillán me pareció una buena persona. ¿Por qué no le ayuda usted con el General Gómez?

–No, hasta allá, no. Le haré llegar con mucho gusto la carta a Victorino, pero yo no le abordo al General temas de presos ni de perseguidos. Eso le ha hecho mucho mal a nuestro paisano Caracciolo. Hablar de presos es algo desagradable. Es como decirle al Jefe que él es cruel con sus enemigos. A mí me gusta llevarle sólo temas alegres y gratos. Uno tampoco debe gastarse en zoquetadas con el Jefe. De Caracciolo siempre espera el General que le vaya con una petición y cuando lo ve llegar ya le arruga el ceño.

–Usted sabe más que yo, papá –respondió Alfonso, a tiempo que ponía sobre el portafolio de su padre el sobre que llevaba en la mano.

–¿Se puede? –preguntó una voz a la puerta del despacho del doctor Ribera.

–¡Pase! –ordenó don Vicente.

–El señor Puig espera –dijo el portero Marcos.

–Que pase –ordenó de nuevo don Vicente.

Incontinente apareció la figura reída y zalamera de Cristóbal Puig. Por encima del traje, se adivinaba la lámina del aprovechador. Cristóbal Puig era un catalán con más de seis años de residencia en Caracas. Llegó como un pobre Diablo y ya era hombre que pasaba de los cien mil pesos. Activo, inteligente, entrador, se había hecho fácilmente amistades con la gente del gobierno. Lince para descubrir caminos, desde el principio advirtió la valía política del doctor Ribera, y comenzó a insinuarse en su ánimo. El primer negocio que montó Cristóbal Puig fue una frutería. Empezó la importación de frutas del Norte. Luego las manzanas y las uvas y las peras de California hacían competencia a nuestras naranjas, piñas y lechosas. En el orden social, las frutas exóticas ganaron categoría. Al invitado de calidad no se le ofrecían chirimoyas, ni duraznos, ni melones. La distinción consistía en exhibir sobre los limpios manteles, uvas y manzanas venidas de Norteamérica. Entre la piel de las uvas generosas se escurrió, como peligrosa filoxera, el morbo desintegrador del exotismo. También sirvieron las uvas, peras y manzanas importadas por Cristóbal Puig para abrir a éste el camino de la intimidad hogareña de los Riberas. Tras el obsequio constante de cestas de dulces frutas norteñas, Cristóbal Puig se hizo hombre de la casa del doctor Ribera.

–¿Cómo le va, Puig? –preguntó desde su asiento el autorizado don Vicente.

–Para servir a usted, doctor. ¡Cuánto gusto! Supongo que el señor sea su hijo don Alfonso, pues se le parece como una gota a otra gota de agua –dijo a tiempo que estrechaba la mano de Alfonso Ribera, puesto de pies para responder al saludo.

–No tanto es el parecido. Tenemos el aire de familia de los Ribera –agregó el doctor.

–¿Y le gusta Caracas, don Alfonso?

–Empieza a gustarme mucho.

–Lo hice llamar, Puig, para que entre en conocimiento con mi hijo para el negocio de que le hablé. Tengo ya casi conseguida la concesión de la compra de automóviles que va a hacer el gobierno.

–Encantado, doctor Ribera. A qué más puedo yo aspirar que a ser socio de su hijo.

–Gracias –respondió Alfonso.

–Si gustan, pueden pasar al salón de conferencias –indicó don Vicente.

Sonó el timbre de un teléfono y don Vicente se apresuró a tomar el auricular. Sobre la mesa había dos aparatos telefónicos. Uno sordo, que apenas respondía cuando el doctor Ribera autorizaba al portero para que pasase la palanqueta. Era el teléfono común de la oficina, por la cual hablaban los otros abogados y los empleados. El teléfono que había sonado era el teléfono privado del doctor Ribera. Su número era un secreto que apenas compartían sus deudos y su amigos íntimos.

–¡Haló, Ribera!

–(.....)

–Sí. ¿Qué dices, Teresa?

–(.....)

–Ah, sí, sí.

–(.....)

–¿De Maracay?

–(.....)

–Ah, sí, sí. Entiendo. El recado es de Maracay.

–(.....)

–Bueno, ¿pero lo recibiste de Miraflores?

–(.....)

–Ya, ya. Entiendo. ¿Que llame yo a Miraflores para recibir un recado de Maracay?

–(.....)

–Entiendo. Voy a llamar. ¡Addío!

Colgó don Vicente el auricular y llamó a la Central.

–Favor de comunicarme con la Secretaría de Miraflores.

–(.....)

–El doctor Ribera. ¿Con quién hablo?

–(.....)

–Deseo hablar con el doctor Rodríguez.

–(.....)

–Buenos días, Elías. ¿Cómo te va?

–(.....)

–¿Qué? ¿De parte del General, que vaya mañana a Maracay?

–(.....)

–Sí. Magnífico. Si ya tengo un pie en el estribo del automóvil. Acabo de invitar a mi hijo Alfonso. Y a propósito, me gustaría ir allá con Alfonso, para presentártelo y saludar a Victorino.

–(.....)

–Magnífico. A las once estaré en Miraflores.

–(.....)

–¡Addío!

Poco tiempo después salían Alfonso y Cristóbal Puig de la sala de conferencias.

–Nos hemos entendido a la maravilla –dijo Puig con gran complacencia– Vamos a pasar con el doctor Mijares para que nos arregle el documento de la compañía.

–Hagan una compañía anónima –insinuó el doctor Ribera– Así hay menos responsabilidades. Pueden aparecer en el acta constitutiva los nombres de Fabio y de Carlos. Es más lenta la escritura, pero más seguro el porvenir de la empresa.

Cuando trasponían la puerta de salida, el doctor Ribera llamó a Alfonso.

–A las once vamos a Miraflores. Mañana saldremos para Maracay. Me llamó el General.

VI

Antes de amanecido, arrancaba de Mijares el potente *Hudson* del doctor Vicente Ribera. A él no le gustaba atravesar los valles de Aragua con el sol alto. Viejos hábitos le hacían preferir los entreluces mañaneros para ponerse en camino. A la hora de partir de la ciudad, las calles se veían despobladas de gente y tupidas de niebla. Se miraba a las puertas de las casas a los madrugadores caballos, ora de los isleños –con las grandes cántaras de leche–, ora de los panaderos –con sus inmensas árganas repletas del fragante pan recién salido del horno– Alguna beata encaminaba los presurosos pasos hacía las Mercedes, Altagracia o la Santa Capilla. Empezaban a rodar los madrugadores tranvías. Bajaba del Avila la brisa ligera y fría de la mañana decembrina.

Don Vicente Ribera había salido cubierto con su grueso macferlan; en cambio, el hijo no encontraba necesario protegerse de un aire acogedor y suave, que apenas le recordaba tibios días merideños.

El carro se deslizó suavemente sobre el flamante afirmado de la buena carretera. En Carapa, Antímano, Caricuao aparecían las grandes manchas verdes de los tupidos cañamelares. Don Vicente Ribera fue poniendo palabras descriptivas sobre las páginas del maravilloso paisaje. La quinta abandonada de Leopoldo Baptista, en Carapita. Los anchos y solitarios corredores de la gran mansión de Guzmán Blanco, cuando Antímano fue una especie de Versalles para el napoleónico delirio del autócrata. Después de pasar el puente sobre el manso Guaire, los olorosos trapiches del General Matos. Un poco más arriba del sitio de "Las Adjuntas" y frente a un suave collado, donde se empinan dos sauces al lado de un derruído torreón, don Vicente Ribera ordenó al chofer recortar el impulso de la máquina.

–Aquí comienza el valle de la capital. Desde este sitio hasta la quebrada de la Vieja, en Petare, se extienden las tierras maravillosas que hacen el valle de Caracas.

Luego, el camino comenzaba a reptar cerro arriba, hasta llegar a los pasos empantanados de Sebastopol. Apareció un plano suave de la vía, desde donde se miraba al otro lado de la hondonada del río San Pedro, la boca del túnel del ferrocarril que conduce a Valencia. Rodó más el auto, y Los Teques aparecieron a la vista de los viajeros, con huellas aún de la niebla que cubrió a la ciudad durante toda la noche. Don Vicente Ribera no se detuvo en la alcabala, porque los policías conocían su gran *Hudson* y le abrieron vía apenas lo distinguieron. A Alfonso, el paisaje montañoso de Los Teques le recordó las altivas y dulces laderas que circundan a Mérida y el frío del aire –aquello, en verdad, podía llamarse frío– le hizo sentirse en su tierra nativa. El afirmado de la vía se hacía pesado en el largo trayecto del descenso hasta Guayas; en cambio, la vista de los viajeros se deleitaba en la contemplación de las empinadas laderas, que forman escala en la serranía. Don Vicente tenía costumbre de tomar el desayuno en la posada de Guayas. El carro se detuvo al pasar el río y padre e hijo fueron recibidos con muestras de respeto por el posadero.

El desayuno en Guayas tenía tradición y señorío. Espléndido queso, deliciosa mantequilla y un mojicón que hacía fama su pan y su queso inimitables. Queso casi de cuajada, tierno, lloroso como cara de niño malcriado; pan dulce, blando, ingrávido, como para alimentar a personas cuyas fuerzas no les ayudasen a masticar.

Concluído el desayuno, el coche comenzó de nuevo a rodar. Una curva apenas y ya estaban a distancia de mano los ubérrimos valles de Aragua. La caña empinaba su talle erecto y dócil al empuje refrescante del aire. Entre los inmensos cañamelares, las rojas torres empenachadas de humo de los ricos trapiches. Subidas en las atalayas arbóreas, las chicharras poblaban el aire de su estridencia monótona. Tejerías y El Consejo, pueblos pobres, cuya macilenta vida dependía de estar en ellos la estación ferroviaria por donde eran despachados el azúcar y los rones

producidos en los grandes ingenios del valle. La Victoria, población abandonada después de haber sido la "Ciudad Santa" del castrismo, en razón de la derrota que sufrieron los ejércitos poderosos, opuestos al Gobierno restaurador. Antes de llegar el camino al pueblo de San Mateo, está el ingenio que fue de los Bolívar y el cerro donde Ricaurte prendió fuego al parque para que no cayese en poder de los realistas. Entre altos árboles, bajo cuya sombra crecen los cafetos, se mete la placentera vía. Luego, Turmero con sus anchas casas y su iglesia barroca. Hasta allí, con el nombre de "Cerca del Rey", llegaban los terrenos donde fue cultivado en beneficio de la Corona de España el tabaco que hizo rica, junto con el añil, a aquella región de radiante sol y espesa capa humífera. Emporio extraordinario, sobre aquellas fértiles tierras pusieron sus ávidos ojos los grandes terratenientes que ha padecido Venezuela, desde el Marqués de Casa León hasta el General Juan Vicente Gómez, pasando por Páez, Guzmán Blanco, Joaquín Crespo y Cipriano Castro. Más adelante surgía la copa escuálida del famoso Samán de Güere, protegido por un hermoso barandal. El árbol milenario y casi sagrado, estaba ya en agónico boqueo. Es fama que bajo su fronda majestuosa, Guaicaipuro celebró asambleas para organizar la defensa de las tribus aborígenes. Bolívar, en 1813, descansó con su florido ejército bajo la sombra del árbol venerable. De sus anchos brazos, Hipólito Blanco, antiguo barbero de Caracas, desgajó unas ramas, que sembró a las márgenes del Catuche. Cuando este árbol, tantas veces milenario, caiga al fin rendido por la ruina, quedará en la capital el retoño altivo, que sabrá mantener la memoria del indomable señor de la selva antigua. ¿Este árbol, en agonía lenta, no será, acaso, signo del fuste que aún mantiene en pie firme a todo un pueblo, cuyos mejores representantes se han esforzado en succionarle la savia y en destruirle la corteza? Maracay, al fin, apareció con su doble aspecto de medroso cuartel y de emporio industrial. En Maracay alternaban las voces pacíficas, anunciadoras de la riqueza de la tierra, con la corneta y el tambor que adiestraban el paso de los ágiles hombres del pueblo, hasta convertirlos en peligrosa pared de soldados. En Maracay residían la autoridad y la fuerza, así en Caracas tuviesen su asiento oficial los poderes públicos. De Güiria y de El Cobre, de Tumeremo y de Adícora, de Barinas y de Porlamar, la gente acudía a Maracay en pos de la palabra que definiese y asegurase su destino.

Hombre negado al discurso, el General Juan Vicente Gómez tuvo, sin embargo, el monopolio de la palabra. Gómez era la palabra. En el proceso funesto del personalismo venezolano, Gómez logró que los otros enmudecieran para ser el único que hablase. Discreto en el uso de los vocablos, cuando pronunciaba dos o tres frases, definía el destino de millares de hombres. Un regreso al absolutismo primitivo, había hecho que de la voluntad de Gómez dependiera la suerte del país. En Ciudad Bolívar, su brazo enérgico doblegó la resistencia de los enemigos de la Restauración y puso fin al ciclo de las viejas guerras civiles. Ninguna prueba mejor de que su destino personal estaba unido a la tranquilidad de Venezuela. ¿No había nacido, como aviso cargado de presagios felices, en la propia fecha del natalicio de Bolívar? Para reforzar aún más el carácter extraordinario de la obra pacificadora del Caudillo, se alzaba, con la autoridad de las bocas desdentadas, la palabra de ancianos nacidos en los albores de la III República, para quienes resultaba una bendición de Dios la paz –fuera así varsoviana– que imperaba en una nación sometida hasta 1903 al continuo alerta de los clarines anunciadores de la matanza fratricida. Sobre los otros valores sociales, se daba mérito singular al sosiego exterior de las poblaciones y a la quietud reinante en un agro, antaño abonado de sangre inocente. Paz y pan es locución que expresa el deseo común de quienes todo lo catan por el sosiego material y por la llanura de la panza. Complacía ingenuamente ver sustituído el alerta de los medrosos centinelas, por voces y señales que llamaban al estudio y al trabajo. Gómez era la paz y era el pan, fueran éstos, en realidad, una paz sin la inmediata plenitud del civismo y un pan aliñado con lágrimas de sufridos hermanos. En el campo de batalla ganó la tranquilidad de la República, por donde hizo respetable su brazo, y en las antesalas y en el gabinete, la batalla pacífica que lo llevó paso a paso hasta alcanzar el indiscutido y pleno dominio de los hombres. Ayuno de letras, suplió con la astucia la deficiencia literaria y fincó en la audacia y el valor personal el respeto con que supo imponerse sobre sus contendedores. Nada debía a la Universidad ni a la escuela. Sobre la arena aprendió a formar las letras escasas de que se componía su reticente discurso. Su sabiduría la tomó directamente de la selva y de los ríos poblados de proverbios. Por sus labios, más que el pueblo, hablaba la tribu antigua, con toda la malicia y con toda la oculta presciencia del piache misterioso. Gómez no era un militar cualquiera, a quien un golpe

de suerte hubiese dorado las presillas de lechuga. Gómez era un soldado astuto y paciente. Jamás siguió cursos de balística para saber dictar órdenes de fuego; tenía, en cambio, la serenidad y la presencia de ánimo que hace a los guerreros. Su fortuna estribó fundamentalmente en volar oído al discurso de quienes quisieron hacer de él un juguete de personales apetencias. La anarquía y la ambición desmedida de los viejos caudillos, las utilizó hábilmente para que se destruyesen unos contra otros. Llevado por la experta mano de la malicia, ganó el mismo aviso que el Rey Sabio estampó en "Las Partidas", para advertir cómo los tiranos procuran "que los del pueblo ayan desamor entre sí, de guisa que non se fien unos de otros, ca mientras en tal desacuerdo vivieren, non osarán fazer ninguna fabla contra él". Por la desunión de su émulos y por la discordia sembrada entre sus propios servidores, se constituyó en frontón de equilibrio donde rebotaban las encontradas ambiciones de los otros. Maestro de astucia, sabía que el dinero abre y cierra voluntades. En alguna oportunidad tuvo informes de que en las Antillas preparaban una invasión ciertos viejos políticos, cuyo apego a los reales se tenía bien conocido, y comisionó discretamente a un amigo de confianza para que les comprase el parque por el doble de su precio. A las mismas Antillas envió a otro amigo metido en el falso traje del revolucionario, para ver de lograr que Castro invadiese las costas corianas, cuando en 1913 graves doctores le persuadieron la necesidad de un hecho bélico por donde justificar la ruptura del hilo constitucional, que sirviera de pretexto para encajar en un nuevo simulacro legal su permanencia en el Poder. A él, como al hombre fuerte, tocaba poner el muerto, para que los sacerdotes de la ley preparasen los solemnes funerales con que serían enterrados los propósitos anticontinuistas, tomados de bandera en 1908 para la política de "paz, unión y trabajo". Paz en el cementerio, unión en las cárceles y trabajo forzado en las carreteras y haciendas del Jefe, apuntaba después la amarga murmuración popular. Cuando el Ministro de Francia interfería, con interesado abultamiento, la transacción de las reclamaciones de algunos franceses de Oriente, perjudicados por la guerra contra Ducharne, envió un emisario a parlamentar, oro en mano, con los reclamantes y ordenó al Telégrafo que le enviase copia de los mensajes que se cruzaran el diplomático y sus connacionales; luego, el expediente con las recomendaciones de no aceptar las ofertas del Gobierno, fue remitido al *Quai d'Orsay* y el Ministro perdió su cargo y

su carrera. ¿Seguía consejo ajeno o se guiaba por la luz de una certera intuición cuando formaba sus Gabinetes? En uno u otro caso acredítale rara habilidad y fina prudencia el hecho de haber, con raras excepciones, creado Ministros a los hombres más importantes, ya en el área de la política, ya en el campo de la cultura de la Venezuela de su tiempo; culpa suya no fue, en cambio, que la mayoría de sus inmediatos colaboradores se dedicasen más al provecho y a la defensa de las posiciones ganadas, que a cuidar el porvenir y el decoro de las instituciones públicas. A la hora de sentirse fuerte y único impuso su ley y a su capricho distribuyó el botín entre quienes le habían ayudado a ganar su soledad indiscutida de Caudillo. El primitivismo de sus juicios no le permitía desglosar las circunstancias de la administración. Simplista en todo, se sentía confundido con la Nación. "El Estado soy yo", pudo decir al igual de Luis XIV. Como durante su mando se creó de nuevo la Hacienda Pública, se consideraba copropietario de los bienes de la República y dueño y señor para repartirlos a su antojo. Cuando se le explicó que el Erario no podía hacerle un préstamo para adquirir "El Trompillo", rearguyó sobre la base de que los excedentes de que gozaba el Tesoro eran fruto de sus desvelos y sus economías. Con mejores consejeros, su política se habría despojado de la crueldad y de la avaricia que le dan tintes sombríos y destemplados. El natural de Gómez era proclive a actos de férrea y ejemplar justicia. Al saber que uno de los hijos había violado a una joven indefensa, ordenó que lo cargasen de grillos en el Castillo de San Carlos. Cuando le hicieron creer que su hijo y sucesor José Vicente hacía política diversa de la suya, apenas porque buscó rodearse de gente fresca en los cuadros de la política, el viejo, sin necesidad de recurrir al expediente de Felipe II, avanzó personalmente a arrancarle del hombro del hijo las presillas y le impuso con imperio la inmediata renuncia de la Vicepresidencia. Cuando fue necesario un hombre recto en el Banco de Venezuela, dispuso que fuera repuesto el severo ciudadano que anteriormente se había negado a pagar un cheque por él girado contra su cuenta descubierta. No mandaba a poner zamuros de prendedor, como el viejo Alcántara, porque no cultivó el asesinato al aire libre; en cambio, para la cuenta de los grillos de la Rotunda y del Castillo corrían los años con botas de plomo. Cuando le anunciaban la muerte de algún preso, no preguntaba la causa inmediata del fallecimiento; se limitaba a ordenar que lo pasaran al Hospital, donde el

cadáver lo recibía la familia como si el difunto hubiera recibido asistencia médica. Fuera así violenta la muerte, no faltaron doctores que certificaran la angina de pecho o la disentería aguda. Empero no tuvo oído vengativo cuando el anciano padre de Leopoldo Baptista le retornó cara a cara el calificativo de traidor por el Caudillo aplicado a la conducta de su viejo amigo y coautor de la reacción contra Castro. No se prestó, tampoco, a autorizar la detención de las madres y novias de los estudiantes encarcelados en 1928. Cuando le pintaron el espectáculo de las damas convertidas en zócalo de callada potesta frente al edificio de la Policía, sin que obedecieran la voz de despejo dado por los agentes de la seguridad pública, resistióse a ordenar el castigo que esperaban las autoridades, quienes, en cambio, le oyeron decir: "Yo no quiero nada contra las mujeres, y si están, de veras, dando un espectáculo, pues retrátenlas". Cuando el enemigo se le rendía y le ofrecía la amistad, Gómez le devolvía la confianza y lo colmaba de favores. Cuando le presentaron el regalo de una virgen, ordenó, pese al privilegio de una agresiva bragueta, que buscasen un novio a la muchacha. Cuando a su lado tuvo quien le hablara de libertad y de garantías, abrió las cárceles y autorizó, sobre su palabra entera, el regreso de los desterrados.

Sereno, frío, impasible, Gómez hurtaba el ánimo a toda suerte de explosivas expresiones. Rara vez alzaba el tono de la voz para ordenar. Jamás usaba palabras vulgares para admonitar a sus subalternos. El entusiasmo y la complacencia tampoco hacíalos visibles en efusiva forma. Cuando asistía a las domingueras riñas de gallos, nunca, como es ley entre galleros, expresó con voces y ademanes el interés por las hazañas de los gallos. En el curso de la pelea, distraía los ojos de los briosos plumíferos, y, fiel al hábito de mirar cautelosamente a uno y otro lado, se divertía contemplando los rostros, desfigurados por los gestos, de la entusiasta y absorta concurrencia. En cierta ocasión, con pupila de lince, adivinó frente a su palco al disimulado jugador en acecho del momento de tirarlo. Se le llamó Rehabilitador y Pacificador mas negóse a que el Congreso le confiriera título por donde se legalizara dicho tratamiento. Gobiernos e instituciones extranjeros le otorgaron cruces, soles, estrellas, medallas y grados; inclusive recibió del Papa la Orden Piana, cuando el Presidente Provisional Márquez Bustillos condicionó la aceptación de dicha Orden a su previo otorgamiento al Presidente

Electo y Comandante en jefe de los Ejércitos; pero jamás se movió a hacer precio de tan circunstanciales homenajes, y sobre el pecho nunca exhibió más de dos placas. Las bandas y alamares que lucía en sus célebres retratos las copiaron los pintores directamente de los cofres donde eran guardados con las vistosas joyas. Cuando Hindemburg, en cambio, le obsequió su espada, recibióla con la emoción de quien alcanzaba un verdadero trofeo. "Me gusta por el que me la envía –dijo– y porque no tiene hermana". En razón de no ser vanidoso, sabía pesar los quilates de la honra. Si algo alarma cuando se investiga la psiquis del Caudillo de Diciembre, es la inmóvil resistencia del labriego ante el cúmulo de homenajes y de adulaciones ofrecidoles por nacionales y extranjeros, empeñados en el disfrute de su gracia. "¿Y cómo haría don Nicolás Veloz para caminar con las latas que a mí me han dado?", preguntó irónicamente el benemérito, cuando se impuso de que al viejo Veloz Goiticoa le había dado un soponcio mientras, metido en el gran uniforme diplomático y ataviado de medallas y condecoraciones, aguardaba a don Fernando María de Baviera y Bordón en los ardorosos muelles de La Guaira.

Alguien censuró a Gómez el poco aprecio que tuvo para las altas capas sociales de Caracas. No se cuidó, en realidad, el Caudillo de halagar a los señores tenidos como personeros de la sociedad mantuana. Cuando lo creyó necesario, encarceló a una de sus más conspicuas figuras, y sobre ello, lo obligó a trasladarse a Maracay, donde, entre frases amables, hízole un cruel juego de palabras a costa de los pilluelos del Reformatorio de "La Trinidad". A la hora de nombrarle padrino de la boda de su hija uno de los más estirados señores del gran mundo caraqueño, y al pedirle la exoneración de derechos para el lujoso *trousseau* encargado a Francia, Gómez se avino complacido a la demanda y tomó el teléfono para ordenar al Secretario que, al tramitarse el desalmacenaje de la mercadería, fuesen liquidados los derechos en forma de pagarlos él personalmente. Cazurro en el manejo de las palabras, Gómez las usaba en la plenitud de su mágica fuerza. Su discurso era seco, cortante, cruel para desnudar intenciones; amplio y seguro, en cambio, para revivir la confianza a un amigo con sólo dirigirle una pregunta intrascendente. Con decir: "¿Ajá, y por allá están todos buenos?", devolvería la paz a una familia temerosa de haber perdido su

gracia protectora. En cambio, cuando extremaba las delicadezas con algún valido, éste podía tenerse como candidato a la supresión de los favores. Como aquel Virrey del Perú a quien mató la tristeza ocasionada por el desaire que le hizo Felipe II, así, también, murió de pena moral el distinguido y alto oficial a quien le fue comunicado que Gómez no quería verlo en Maracay. Como el solitario de El Escorial, así el Caudillo de Diciembre hacía la dicha y la desgracia de los suyos con sólo pronunciar una palabra generosa o con sólo negarse a que le mirasen el rostro los amigos.

Hombre complejo, en quien coincidían y culminaban como en el vértice de una pirámide los vicios y las pasiones de aquellos que le ayudaron a hacer y a mantener su poderío, el General Juan Vicente Gómez reclama un examen, al cual no se presta aún la poca distancia de sus días y la peligrosa vecindad de los intereses creados por su recia acción de gobernante. Entonces tal vez aparezca en su nitidez y sobriedad la figura simple de un labriego valiente, astuto, codicioso y marrullero, de quien la anarquía, la indiferencia y las pasiones de otros hombres hicieron el verdugo y opresor de su pueblo. Se descubriría entonces, también, la supervivencia en el fondo de su espíritu del eco de sombrías y maliciosas palabras recogidas del diálogo inconexo que pudieron sostener cerca de él Hamlet y Sancho. Sobre las espaldas de Gómez gravita la responsabilidad histórica de hombres ilustres que, a sabiendas, torcieron la lógica social y el orden de la moralidad, para lucrar con un sistema a cuyo sombraje se llenaron de beneficios, y el cual pesa, como carga atlántida, sobre la sola memoria del obscuro campesino, de quien los otros quisieron hacer telón y soporte para su falta de patriotismo. ¿Por qué se imputa a Gómez y no a su Ministro José de Jesús la vergonzosa solicitud de que la flota norteamericana interviniese en nuestras aguas, para impedir el retorno de Cipriano Castro? Gómez carecía de discernimiento para las cosas de alto nivel público; el otro era un político de elevado prestigio y un autorizado representante de las empingorotadas clases sociales. ¿Por qué se censura a Gómez haber vendido a la Nación por diez y siete millones de bolívares una propiedad que apenas le costó doscientos mil, si así se lo pidió un Congreso de amigos complacientes, quienes esperaban de su favor apoyo para otro tipo de provechosas operaciones?

* * *

A ver a Gómez en sus seguros cuarteles de Maracay se adelantaba en la persona del doctor Vicente Ribera uno de los tantos responsables del curso torcido que habían tomado las instituciones nacionales. Vicente Ribera no se satisfacía con ver a los otros entregados a la vana lisonja. Antes de conseguir a su sobrino Eurípides Ribera un cargo consular en Italia, hizo que el joven pariente pagase a Gómez el favor con un poema heroico sobre la batalla de Ciudad Bolívar, punto de partida del sosiego bélico venezolano. Con maestros de la calaña del doctor Ribera, ¿qué podía esperarse de gente que buscaba abrirse paso y que tomaba por bueno el ejemplo de quienes eran celebrados como victoriosos? No había sonado aún la hora de que una nueva y audaz promoción de hombres pensase en la necesidad de imprimir distinto rumbo a la cosa pública. La política se mantenía por ley de gravedad en el plano humillado del esfuerzo mínimo por donde se aseguraba la inmediatez del éxito. Sólo disentían del grupo paniaguado y conformista una minoría escuálida, cuyas manos servían de parabrisa a la trémula llama del decoro, constante y oculto, donde se recogía la tradición de la vieja república. ¿Cuántos fueron los que renunciaron voluntariamente las prebendas del oficialismo para pasarse a las barricadas, a luchar junto con quienes defendían el decoro de las instituciones? La lección de los llamados a dar ejemplo tónico había sido torcida por el interés de recoger la víspera el fruto sin sazón, con que mañana pudieran regalarse en manteles de decoro.

Sin embargo, los hombres de la jerarquía de Vicente Ribera no eran en el orden intelectual los únicos culpables de la quiebra de la República. A Ribera lo exhibían sus enemigos como un andino sinvergüenza y aprovechador, pero al lado de Vicente Ribera se movían doctores caraqueños, orientales, corianos, larenses, llaneros, guayaneses, con mejores tajadas aún en el reparto de los beneficios del régimen y con mayor responsabilidad en la entrega del país a la voracidad del capitalismo internacional. Honrados y admirados como próceres civiles, figuraban en Caracas viejos leguleyos, que habían hipotecado la riqueza de Venezuela a compañías extranjeras y que ventilaron sus negocios con Crespo, con Castro y con Gómez a través de terceras personas. Sobre ellos, Vicente Ribera tenía el mérito ambiguo de la risa satisfecha y franca de quien se muestra responsable de su conducta; los otros, con su

falsa risita de conejo, engañaban a los incautos que, tomándolos por personas decentes, creían en la limpieza de su sórdida conducta. Con la complacencia del negocio y con la olímpica indiferencia para la acción que entonase los pulsos cívicos, asumían, además, la responsabilidad tremenda de convertir su pasividad en poderosa fuerza activa con que era socavada la dignidad de la República. Su no hacer no se circunscribía a una actitud sin trascendencia en los cuadros de la política; su actitud negativa era, en cambio, un dejar las vías libres al paso del atropello desvergonzado y a la cerrada de los verdugos de la libertad y del decoro público.

El doctor Vicente Ribera y su hijo Alfonso se alojaron en el Hotel Maracay, donde fueron recibidos con singulares muestras de aprecio. El Hotel Maracay estaba siempre lleno de políticos, procedentes tanto de Caracas como del Interior, en busca de la gracia del Jefe. La opinión pública tenía allí una especie de academia secreta para expresarse y conformarse. Faltaba libertad a los periódicos y se hacía difícil anunciar libremente la palabra juiciosa sobre los gobernantes. Las voces críticas llegaban, en cambio, a Maracay en forma de susurro y zancadilla. Allí se trataba a la chita callando sobre lo que ocurría en el gobierno de los Estados, acerca de las irregularidades de las aduanas, en orden a la conducta de los hombres que disfrutaban el Poder. Allí, también, acudían los formadores de interesadas opiniones, para hacer propaganda a las autoridades de provincia y para buscar la sonrisa cariñosa y el apoyo oportuno de los cachogordos del momento.

A la hora del almuerzo, el doctor Ribera vio su mesa rodeada de numerosos amigos acercados para saludarle. No sólo gente de Mérida y de la Cordillera buscaba su palabra eficaz cerca del General Gómez, de Márquez Bustillos o de Urdaneta Maya. Su reputación de hombre influyente corría por todos los vientos de la República y, especialmente en aquel año de preocupación petrolera, a él acudían representantes de poderosos intereses extranjeros.

Concluída la holgada siesta, el doctor Vicente Ribera se preparó para el paseo de la tarde con el General Gómez. Cuando llegó a la plaza y se apeó en la residencia del Jefe, supo que el General había salido más

temprano, porque iba a ver un ganado en "La Linda". El doctor Vicente Ribera resolvió dar una vuelta por el pueblo, para que lo conociese Alfonso y después, enfiló hacia "Las Delicias", a donde ya debía de haber llegado el Caudillo.

Bajo los sombrosos árboles y muy cerca de las jaulas de las fieras y del suave curso del agua que regaba los jardines, el General Gómez solía recibir a sus servidores. Amigo del campo, hecho al ensalmo de la botánica nutricia, Gómez buscaba fuerza en el cosmos vegetal. En su pasión arbórea –tanta como para ganar contornos de geofagia delictiva– pudo decir, al igual de Beethoven, que amaba más a los árboles que a los hombres. Para Gómez, la destrucción de un árbol era delito de mayor gravedad que el atentado contra la vida de un hombre. La rústica matriz social donde fue configurada su extraña personalidad, le dejó para siempre la impronta poderosa de las lianas selváticas. Más que huella, él mantuvo por siempre la atadura umbilical de los bejucos nativos. Su nacionalismo era poderoso nacionalismo terrígeno, que le hacía sentir la Patria con burdo sentido de suelo, más que como un valor moral. La concepción de lo nacional que tuvo antes de ir al Centro, se circunscribía a un modesto recorte de hechos y de cosas, sin la huella menor de ambición de poder. "Cuando yo vivía en "La Mulera" –solía decir en rueda de amigos– deseaba venir al Centro para visitar el sitio donde voló Ricaurte; para conocer a Luciano Mendoza, a quien suponía muy guapo por haber derrotado a Páez, y para echarme debajo de la sombra del Sámán de Güere. ¿Y quién me iba a decir que yo derrotaría a Luciano?" El vencedor del "León de Payara" le atraía al igual del árbol donde se le decía que Guaicaipuro arengaba a sus huestes aguerridas. Su visión de la Historia y de la Patria se hallaba unida al fondo vegetal de la cultura primitiva. A la par de Ricaurte y de Páez, el Samán era para él un vencedor y un héroe. Hojas, ramas, rústicos verdes, apacibles sombras le mantenían intacta la primitiva visión del campo familiar. El bramido de los toros y el mugido de las vacas lo acercaban al cuadro original donde se había formado su voluntad de trabajador. Una voz del campo, en cambio, desagradaba a Gómez. El ladrido de los perros pertubaba su quietud y lo llenaba de sobresaltos. En cierta ocasión ordenó que fueran envenenados todos los perros del contorno de Miraflores. En la alta noche, la ladra de los canes y lebreles le llevaba a la soledad y al silencio

de su forzado reposo de tirano, una inquietud que érale imposible dominar. Cerca, en cambio, le gustaba el alegre clarín de los gallos madrugadores; mas, la voz angustiada de la jauría o el solo lamento de un gozque lejano, le destrozaba el sistema nervioso. ¿Duraba en el Caudillo el complejo de algún temor infantil, cuando la luna, los perros, la Llorona y las brujas se juntan para asustar a los pequeños? ¿Se remontaba su desamor al perro hasta las lindes de un remoto ancestro racial? ¿Le avivaba, acaso, el ladrido lastimero de los perros, la memoria de voces doloridas por motivos de la aspereza de su mano despótica? En cambio, un animal exótico, como el hipopótamo del Zoológico de "Las Delicias", dejaba la mansa alberca cuando escuchaba la llamada imperiosa del Caudillo, a él acercado para mostrar a sus servidores el dominio que ejercía aún sobre las mismas bestias. Más cerca del brujo que del estadista, miraba las cosas a las mismas luces con que el viejo piache contemplaba los problemas de la tribu. En el orden de la fe, fue llevado cuando niño a la pila bautismal, pero jamás se procupó de los problemas religiosos. Su vida privada nunca cuidó de arreglarla a los principios cristianos; en cambio, llevado por una poderosa confianza en sí mismo, llegó a sentirse superior a las fuerzas que rigen el curso de la sociedad. De mañana, Gómez se acercaba a una imagen de la Virgen del Carmen colgada a la pared de su alcoba. Ante el ícono, lejos de persignarse o de pedir gracia alguna, avanzaba a bendecirlo, como obispo que impartiera la bendición a un creyente arrodillado.

Gómez por aquel tiempo frisaba con los sesenta años, y así tuviera grises el bigote y el cabello, se conservaba fuerte y vigoroso. Sin ninguna vigilancia de doctores, el Caudillo gozaba de excelente salud. Su gran médico era la sobriedad de vida. Sencilla la mesa, donde duraban la arveja, la arepa y la carne asada de la dieta primitiva del montañés; enemigo de bebidas alcohólicas; parco en el uso del tabaco; prudente en amoríos; madrugador constante, bien se sabía cómo la cama consume y la mañana entona. La herida que en El Guapo recibió en una pierna, restábale esbeltez y obligábale a arrastrar un poco el pie, con la coquetería de los soldados victoriosos cuando muestran las huellas de sus hazañas. Su tipo acusaba, sobre las finas líneas del hombre blanco, la vecina presencia del indígena. Los ojos, un poco encapotados y como entrecerrados ex profeso, dejaban, sin embargo, adivinar la mirada

penetrante, maliciosa, escrutadora del Caudillo. Afable y llano en el trato inmediato, hacía sentir en quienes se le acercaban la influencia de su poderosa personalidad. Con su panamá de anchas alas, su holgada blusa militar, altas las botas y el bastón en cayado, concretaba en el hábito lo que era en realidad: un rudo y astuto labriego alumbrado por los soles de la merideña jerarquía guerrera.

Cuando don Vicente Ribera y el hijo Alfonso se acercaron al Caudillo, éste se puso de pies y de modo afectuoso estrechó con la diestra enguantada la mano del amigo.

–Tengo el gusto, mi General, de presentarle a mi hijo Alfonso, recién venido de Mérida.

–Ajá, mucho gusto. ¿Y cómo quedó todo eso por allá?

–Todo muy bien, mi General, y la gente muy contenta.

–La cosecha dizque está muy buena. Sí, señor. Lo que necesitamos es trabajo.

–Allá todo el mundo sigue su ejemplo, y trabaja, mi General –respondió Alfonso, ya ensayado por el padre respecto a las contestaciones que debía de dar a lo que el Caudillo preguntase. Bien preparados todos los que a él se acercaban, llevároнlo a creer que en la República se respiraba la bonanza impulsada por su celo patriótico. Si Gómez careció de libertad y de medios para conocer lo que en el país ocurría realmente, esa ignorancia y esa falta de libertad fue obra de los áulicos.

Luego, dirigiéndose al doctor Ribera, díjole:

–Mañana temprano váyase por la casa, doctor.

El General Gómez se arrellanó de nuevo en el cómodo butacón, donde recibía el saludo de quienes eran autorizados para acercársele. Al doctor Ribera le fue hecho sitio entre el grupo de quienes se sentaban en las cercanías del Jefe. Los otros se sumaban a la masa abierta de amigos y de

espectadores, entre quienes formaban aquellos que más que ver a Gómez iban para que el General los viese y recordase la pendiente súplica.

Alfonso Ribera, entre tímido y cortado, buscó un rostro amigo. Al pronto distinguió la fina silueta de su amigo Unfredo Paparoni, periodista y abogado de Mérida, que comenzaba a abrirse paso en el círculo de amigos del Caudillo. Se saludaron los paisanos con la prudente efusión permitida por el ceremonial vigente en presencia del Jefe del País. A Alfonso Ribera llamó la atención un hombre de mediana estatura, melena gris, bigotes a lo Káiser y cara sonriente, que lucía una gran flor roja en el ojal.

–¿Quién es aquel tipo? –preguntó Alfonso a Unfredo Paparoni.

–El poeta Rigoberto Azpeitia. Estuvo preso algún tiempo por petardista y el General ordenó su libertad a empeños de no sé qué Edecán. Al salir hizo pública una carta en la cual agradecía a Gómez la oportunidad de haberse podido regenerar en la Rotunda. Ahora tiene un empleíto en la Jefatura. Como ese sinvergüenza abundan muchos hombres, que han terminado por hacer que Gómez sienta desprecio por quienes lo rodean; y como él maliciosamente sospecha en todo un sinvergüenza, ha llegado a desdeñarse de muchos que se llaman sus fieles amigos. En cambio, Gómez respeta a los hombres que obran dignamente. Ayer lo escuché alabar la conducta de José Rafael Gabaldón, quien en 1913 dejó la Presidencia de Portuguesa y el favor de Gómez por ser fiel a los viejos compromisos con Leopoldo Baptista. Muchos hablan de la maldad del Jefe, sin caer en la cuenta de los vicios y de la bajeza de las personas que lo rodean, especialmente de la indiferencia de quienes podrían unirse para el buen servicio del país y de la Causa. Gómez tiene grandes defectos, pero posee también excelentes cualidades. Los políticos que lo han rodeado desde que vino de la montaña, han estimulado sus vicios y apetencias, sin haber explotado jamás la parte buena que tiene como ser humano. Rudo, primitivo, frío, le han hecho creer que siempre está en razón y le han justificado sus medidas de crueldad. Por más insensible que sea, alguna mella tiene que hacer en su ánimo la prédica continua de

quienes se empeñan en decirle que es "el hombre fuerte y bueno" que necesita la república para que se cumplan los ideales de Bolívar, y ¡hay que ver quién se lo dice!...

Gómez no dio a la lisonja el sitio que le concedieron Guzmán Blanco y Cipriano Castro. En el ánimo de éstos, una brillante pieza oratoria abría a los políticos los caminos del éxito. Podían emocionar a Gómez las grandes arengas del Padre Borges, pero lo dejaban en su simpleza de labriego. Tal vez las confundía con la función inherente a su carácter de Capellán castrense. Llamarlo providencial no era, tampoco, revelarle un gran secreto. Su fuerza consistía justamente en la ciega confianza que tenía en su destino extraordinario. ¿No había un mono travieso descubierto el escondrijo donde se guardaban las armas que serían utilizadas para atacarlo a su paso por Antímano?... El se creía cuidado por Dios de modo singular. De la docilidad del hipopótamo y del casual hallazgo hecho por el mono perseguido, fácil era derivar una vertiente mágica, por donde el Caudillo entrase en contacto con las fuerzas indeterminadas de la naturaleza. Sobre esa supuesta concomitancia con el misterio, estribaba a sus anchas la filosofía providencialista que pretendió hacer del sombrío y astuto Caudillo un faro luminoso para la salvación de Venezuela. Aún sin tales circunstancias de brujería zoológica, cuántas veces se ha intentado entre nosotros buscar para el prestigio de los dictadores un rescoldo de extraordinarias gracias, por donde llega a catalogárseles entre los peligrosísimos hombres providenciales, que en nombre de destinos superiores, han fatigado y destruído la Historia.

A los aduladores de oficio, los descubría fácilmente con fino olfato de sabueso. Cuando Alfonso Ribera hablaba con Unfredo Paparoni, se acercó justamente al Caudillo un politicastro caraqueño, quien, después de saludarlo, ponderó con palabras encendidas las excelencias del agua de la fuente de "El Castaño".

–A usted, mi Jefe, Dios lo protege hasta hacer que en sus tierras de Maracay salte la mejor agua de Venezuela. Ahora, yo vengo todos los sábados a llenar mi garrafón. Desde que la tomo, se me acabaron todos los males.

–¡Ajá! Sí, señor. Esa agua es muy buena. Yo he ordenado que le den de ella al ganado y viera cómo se le pone el pelo.

* * *

Muy de mañana, el doctor Vicente Ribera fue recibido por el General Gómez en su residencia, de la Plaza Girardot. Anchos corredores rodeaban el jardín de la sencilla residencia del Jefe del País. El acceso a la casa estaba reservado a los íntimos del Caudillo y a los funcionarios de alto rango. Los demás aguardaban, recostados en el barandal de la Plaza, la hora de la salida del Jefe. A la vera de la baranda se paseaban frecuentemente el Presidente de Estado sin mucha introducción palaciega, el recién regresado Plenipotenciario, el modesto buscador de un empleo secundario y el angustiado pariente de algún preso, ido a hacer una gestión indirecta, por medio del generoso Edecán o del condolido Secretario. En el sistema político imperante, la Plaza de Maracay era una especie de cátedra de transitoria igualdad republicana, donde el poderoso y el necesitado esperaban por igual el saludo o la mirada protectora del Jefe. Simulando complacencia, con la boca llena de palabras adulonas, fingiendo el uno puntos que no calzaba, mintiendo el otro influencias de que no gozaba, la gente del barandeo sabía con Cervantes

...que suele el disimulo a veces
servir de aumento a las demás virtudes.

Hasta la dura palabra con que el engreído militar o el burdo Ministro desatendió la primera súplica, había de disimularla quien quisiera ganar la batalla del puesto o del negocio. Disimular, fingir, esperar, era la lección que enseñaba la permanente teoría de hombres constituídos en guardia ansiosa a los alrededores de la puerta del Jefe. La política no se hacía en Venezuela en la calle, ni en la tribuna, ni en el libro. La tinta de imprenta estaba dedicada a la lisonja y a las teorías de los sociólogos encargados de perseguir y de inventar razones para justificar la fuerza. La prensa estaba amordazada, porque era el único poder respetado por el Dictador. Con agudo sentido de las cosas, Gómez sabía que una semana

de prensa libre arruinaría definitivamente la fuerza de su gobierno. Para evitar el enemigo, tenía callados los periódicos. Al condenarla al silencio, Gómez mostró su respeto a la palabra.

La única política se hacía en Maracay, más a punta de sonrisas que a fuerza de razones. Un joven prematuramente envejecido explicaba la causa de sus arrugas por la forzada sonrisa con que era preciso saludar a los capitostes. Era la ley del tiempo. Era la situación a que había llevado al país la larga traición de los grupos obligados a dirigir el pensamiento nacional.

Satisfecho de su conversación con el Jefe, el doctor Vicente Ribera se despidió del grupo de amigos que a la puerta aguardaban la salida de Gómez. En el Hotel se encontró con Alfonso, quien lo esperaba para el desayuno.

–¿Qué tal, papá?

–Magnífico. El Jefe quiere que sea yo quien presente el plan definitivo para la distribución de las nuevas concesiones. También hablé con Urdaneta Maya y con el Ministro de Fomento. Victorino y don Juancho ya están en todo de acuerdo conmigo. Una gran oportunidad, Alfonso. Ya el General autorizó que tú seas favorecido de modo especial. Este hombre ha sido una verdadera providencia para el país.

En los corredores del Hotel Maracay, el doctor Vicente Ribera mantuvo conversación con distintos representantes de la alta política y con personas que buscaban el favor del Jefe. Entre ellas, con una dama de aspecto distinguido y aire triste, que avanzó a pedir le ayudase en las gestiones que venía a hacer respecto a la libertad de su marido, hecho preso recientemente en Caracas, bajo la acusación de haber tomado parte en las manifestaciones de los estudiantes huelguistas, que quisieron prender la insurrección durante la angustia de la gripe pasada.

–Señora, yo le hubiera hablado con mucho gusto al General de su caso, si me lo hubiera encomendado ayer; pero yo acabo de despedirme de él. Además, no me atrevo a darle esperanza alguna. En estos días el Jefe está muy ocupado en los problemas del país.

–Pero si mi marido no ha tenido parte en nada, doctor. A mi marido le acumularon un falso, porque es enemigo del Coronel García. Todo es mentira.

–Así deseo yo que sea, doña Ignacia; pero no olvide que aquí lo que se oye es la voz de los gobernantes. ¿Por qué no hace usted gestiones directas en Caracas con el propio don Juancho?

–Yo haré mi empeño para ver al General Gómez, en cualquier forma. Me han dicho que cuando una persona logra acercársele, consigue justicia.

–Así es, señora; el General tiene muy blando el corazón.

–¡Ah, si yo pudiera tocárselo!

Se despedía el doctor Vicente Ribera de la afligida dama, cuando se acercó a ésta un policía de agresivos bigotes.

–La señora Ignacia Fandeo?

–Sí; a sus órdenes –respondió, entre asustada y alegre, la tímida dama.

–Pues tengo orden de la superioridad de decir a usted que abandone a Maracay en el término de media hora.

VII

Ustedes no van a poner pesebre?– preguntó Alfonso Ribera a la hermana Adelaida, que se hallaba en el jardín entresacando bulbos de orquídeas.

–¿Pesebre? No, chico; esa es costumbre de provincia, que ya en Caracas no queda sino entre la gente cursi –respondió con aire burlesco la encantadora Adelaida, fresca y alegre como una verdadera mañana de pascua.

–¿De manera que acá no celebran la Nochebuena?

–¡Guá, cómo que si la celebramos! Y comerás pavo y hallacas como en la tierra.

–Menos mal; pero Nochebuena sin pesebre parece un disparate.

–Tú no conoces las costumbres de la capital, Alfonso. Mañana traerán un arbolito de Navidad. Eso es lo que hoy se usa. Vienen de Estados Unidos y son algo verdaderamente pichú.

–No te entiendo con tus modas y palabras raras. ¿Por qué ustedes se cambian tanto cuando llegan a Caracas?

–No es que nos cambiamos, hermanito querido. Es que tomamos el buen estilo de la capital. No pretenderás tú que sigamos con la lana encima.

–Yo creo que no tengo encima ninguna lana, ni cuando tú y Herminia se vinieron de Mérida eran mujeres salvajes.

–No te creas, Alfonso; a nosotras nos costó mucho acomodarnos a las costumbres de la gente chic y dejar de usar esas palabrotas desentonadas, que allá se usan y que tú sueltas a cada rato.

–Eres tonta de remate, Adelaida querida. Tú te pones en ridículo cuando empiezas a aflojar palabras francesas para mostrar distinción.

–Eso es lo que te digo, Alfonso; ¿para qué usas tú eso de aflojar palabras? Aflojar es una palabra cursi.

–¡Pendeja!

–No seas idiota, Alfonso. Haz caso y púlete un poco. Mira que tus amigos se ríen por dentro de tus expresiones burdas de andino.

–¿Y quieres tú que yo deje de ser andino?

–Pues sí; civilízate.

–Mira que te vuelvo a decir pendeja.

–Y yo te digo estúpido.

–¡Adelaida, Adelaida! –se oyó que llamaba desde el interior doña Teresa.

–Voy, mamá.

–No, no vengas; era para saber dónde estabas.

La presencia oportuna de doña Teresa Ribera puso cese a la disputa de los hermanos. Delante de doña Teresa, Alfonso y Adelaida tomaron una actitud amable y risueña.

–¿Dónde anda Herminia? –preguntó doña Teresa.

–Mírela –y señaló la ancha y umbrosa jaula vecina, en cuyo interior la dulce y tierna Herminia jugaba con los arrendajos, los chirulíes, los gonzalicos y los turpiales.

–¿Y tú en casa, Alfonso? Creí que habías salido con Fabio Antonio.

–Lo estoy aguardando. Fue a hacer una diligencia por aquí cerca.

Doña Teresa tomó asiento en una de las mecedoras del estudio de las niñitas y se dirigió luego a la hija, embelesada con los pájaros.

–Herminia, acércate acá.

–Voy, mamá.

Cuando Herminia subió las gradas que separaban del corredor el plano del jardín, se despidió Alfonso, no sin antes pellizcar cariñosamente a la hermana, con quien se cruzó al bajar.

–Muchachas –dijo a las hijas doña Teresa–, ya tenemos encima la Nochebuena y no hemos resuelto nada de lo que vamos a hacer. ¿Qué piensan ustedes?

–Pues, ¿no dijo usted que ibamos a cenar en familia? No se puede, en realidad, hacer una fiesta grande. ¡La gripe dejó tantos lutos!

–Como no; yo me refiero a las invitaciones, pues debemos hacerle una noche alegre a Alfonso. A este muchacho lo miro a veces triste y quisiera que esa noche tuviera mejor cara.

–¿Y él no les ha dicho nada de la novia?

–Yo no le he preguntado nada. El habló algo con Vicente y se lo dijo a uno de los muchachos. Creo que sacaremos al cimarrón del monte, pero con mucha prudencia. Nada que pueda molestarle. El es de muy malas pulgas.

–Y es muy vulgar, mamá –agregó Adelaida.

–No digas eso, niña. Procura tratar a tu hermano con menos aspereza cuando él diga algo que no te guste.

–¿A quién piensa usted invitar? –preguntó Adelaida.

–Yo no quiero hacer una reunión muy grande. Serían José Domingo, Dositea y Rosarito, Eliseo, Juan Antonio y Pompilio, Jesús y las dos muchachas Lamedas. ¿En quiénes más piensan ustedes?

–Yo propondría invitar a las Solórzanos. ¿Y seríamos cuántos?

–Cuenta, cuenta.

–Nosotros somos siete, los de mi tío Domingo seis, los Lamedas tres y dos Solórzanos; diez y ocho por todos.

–Muy buena mesa –dijo doña Teresa–. Con Rosarito serían cinco muchachas solteras más, pero son muchos los hombres. ¿Por qué no invitan a las Mijares, que son solas? Y no olviden a los Angulos.

–Magnífico, mamá.

–Pues llama por teléfono hoy mismo.

–Mamá, ¿quién va a hacer las hallacas?

–¿En qué otra parte sino en la casa?

–¿Hallacas andinas para invitar caraqueños?

–¿Y qué te crees tú, pedazo de tonta?

–No es por mí, mamá. Las hallacas es lo único que me gusta de Los Andes; pero como a los caraqueños no les agrada el estilo de nuestra hallaca y dicen que es mejor la de guiso cocido que acá hacen, pensaba que podíamos encargar una parte a las Burguillos.

–Ni por pienso. Eso no lo admitiría Vicente. En nuestra casa no se sirven sino hallacas a nuestro gusto. Yo no digo que sean inferiores a las de Caracas; a mí, por lo menos, me gustan mucho, pero Vicente en eso no transige. En sus comidas él es merideño rancio y se sentiría traidor a la sangre si renegara de la hallaca andina.

* * *

Nochebuena sin pascua ni estoraque. Nochebuena sin pesebre. Nochebuena distante de la novia. Nochebuena en un ambiente donde se oían voces que recordaban insistentemente los días tremendos de la peste española. Alfonso Ribera no se sentía con el ánimo abierto para el tradicional festejo. En la casa había profusión de luces y de flores. Sobre el plato de gramófono daba vuelta el disco con cantos navideños. De dulce y sencilla cadencia melódica, era, en cambio, ininteligible la voz que animaba la canción. Los discos repetían música del Norte. Extraños cantos, que, en cambio, armonizaban con el altivo árbol, traído, también, del Exterior. Eran las once de la noche y la casa lucía todas sus galas festivas. Los caballeros vestían el rígido frac, en armonía con las largas galas de las damas. En grandes azafates de plata era servido el burbujeante champaña por mesoneros de blancos guantes.

Don Vicente Ribera se hubiera sentido un poco solo si, además de don José Domingo, no hubiera venido su entrañable amigo el doctor Eladio del Rosario Angulo, médico barcelonés, con quien mantenía una fraternal amistad desde los años de la crespera, cuando el doctor Angulo estuvo por Los Andes como cirujano de un cuerpo de ejército. El doctor Angulo era pequeño, enjuto, fino. El doctor Angulo ya lucía bastante calva y tenía el delgado y escaso bigote completamente blanco. El Doctor Angulo tenía unos ojillos brillantes, vivos, que reían a la par de los labios. El doctor Angulo era un fino *connaisseur* de pintura y todo lo que podía atesorar lo dedicaba a adquirir cuadros de pintores modernos, porque, viejo y todo, él prefería las formas nuevas. El doctor Angulo tenía por esposa a una dama encantadora. Doña Lola Angulo era, también, de escaso tamaño, como el marido, pero su continente, por el contrario, era de respetable volumen. Doña Lola, pese a sus grasientas formas, tenía un espíritu discreto, sutil, encantador. Si en el físico se

veían dispares los Angulos, en su manera de ser, de pensar, de discurrir, diríase que eran un alma con habitación en dos cuerpos. Todo en doña Lola era alegría y delicadeza, que servía de contraste a la pesadumbre de las formas. La boca de doña Lola era carnosa y abultada; en cambio, cuando doña Lola sonreía, ya nadie advertía el grosor de su cuello ni los pliegues de la espesa sotabarba.

Don Vicente, don José Domingo y el doctor Angulo habían tomado para sí el recibimiento que servía de espera al despacho del doctor Ribera. Doña Teresa, doña Dositea y doña Lola ocupaban en la sala principal el sitio cabecero. Los jóvenes eran muchos. Herminia y Jesús buscaban segregarse del alegre parloteo de los amigos. Pronto estuvieron hechos varios grupos. Fabio Antonio había requerido la compañía de la prima Rosarito, quien lucía alegre como una clara mañana de abril. Sin buscarlo, Alfonso Ribera se había quedado casi siempre con Soledad Solórzano. Soledad dirigió a Alfonso una pregunta sencilla, ingenua, indiscreta.

–¿Cuándo se casa usted, señor Ribera?

–Yo no me caso, señorita –respondió impensada y secamente Alfonso Ribera.

–Creí haberle entendido a Adelaida que estaba usted para casarse.

–No es cierto –respondió al pronto Alfonso Ribera.

Un momento antes, cuando se encendieron todas las luces de la casa y Alfonso Ribera se sintió en ambiente festivo, las luces y las flores lo habían llevado al trastabillante y doloroso recuerdo de Elisa Govea. Bastó una mera e indiscreta pregunta de Soledad Solórzano para que Alfonso Ribera negase –sin que mediase reflexión ni sentimiento nuevo alguno– rotunda y enfáticamente su propósito de casarse.

Soledad Solórzano se sintió un tanto embargada por la manera áspera de responder Alfonso a sus incautas preguntas y creyó de su deber insinuarle otro tema.

–Supe por Herminia que usted fue con el doctor Ribera a Maracay en la semana pasada. ¿Qué impresión le hicieron los valles de Aragua?

–Me parecieron espléndidos, pero me gustan más los lados de Los Teques. Se parece mucho al paisaje de Mérida.

–Yo nací en Los Teques.

–No lo oculta mucho. Usted tiene la frescura y el encanto de aquella región.

–Es usted muy amable, señor Ribera.

–Tal vez Adelaida le diga lo contrario. Mis hermanas dicen que yo soy muy áspero.

–Una manera de ser muy hombre. A mí los caballeros filimiscos me parecen destestables.

Cuando platicaban Alfonso Ribera y Soledad Solórzano, se acercaron a ellos Fabio Antonio y Rosarito, que parecían los dueños de la fiesta, tal era la felicidad delatada por sus rostros. Los muchachos estaban realmente enamorados y los respectivos padres ponían muy buena cara ante la idea de que se casaran los primos. Otras familias eran negadas a enlaces entre parientes; mas los Riberas estaban hechos desde el Siglo XVIII a ver continuamente enlaces familiares. El mismo don Vicente era primo segundo de doña Teresa y entre sus hijos no había taras de ninguna clase.

–Alfonso, dile a papá lo de la música –dijo Fabio Antonio al hermano.

Alfonso Ribera fuese al sitio donde se hallaba su padre para comunicarle el proyecto de traer una orquesta para bailar. Se habían apalabrado ya con los músicos, mas querían los jóvenes que fuese una verdadera

sorpresa para la familia. Prolongó Alfonso un tanto la conversación con su padre y el doctor Angulo, y Soledad Solórzano se encaminó con los jóvenes enamorados hacia el grupo donde estaba Adelaida.

–Vi a Alfonso muy animado contigo.

–¡Qué me dices, chica! He pasado un gran sofoco con tu hermano. Como en verdad no tenía tema de conversación, le pregunté por la novia y el matrimonio y me negó con enfado que pensaba casarse.

–¡No me digas eso, Solita! ¿Te negó que se casaba?

–Sí, sí; me lo negó con aspereza.

–El es un poco brusco –respondió Adelaida, y después de pensar un momento, agregó con palabra calmosa:– A lo mejor será así, pues a nosotros no nos ha dicho nada. Las tías de Mérida habían escrito algo, pero tú sabes que las viejas ven visiones.

Adelaida no pudo guardarse la sospecha, y apenas hubo una pequeña oportunidad, se acercó a doña Teresa y le dijo al oído:

–Mamá, Alfonso le negó a Solita que se casa. ¿No te parece una maravilla?

–Sé discreta, hija. Hazte la tonta.

* * *

El comedor estaba iluminado *a giorno.* La gran araña de bacarat brillaba como un gigantesco diamante. La mesa había sido estirada para dar sitio a los veintitantos comensales. El comedor de la casa de los Riberas era excepcionalmente grande. Lujosas tallas de nobles maderas realzaban las paredes y el artesonado. Sobre la mesa había sido extendido el gran mantel de encaje de Alencon, que doña Teresa acababa de recibir de París. Primorosos centros de mesa, de plata y cristal tallado, y un par de graciosas aves del paraíso en plata, realzaban el fino y discreto adorno de

miosotis y rosas pitiminí, tejidas en forma de diminutas guirnaldas, con que estaban coronados los servicios. Dos grandes candelabros de plata labrada soportaban cada uno doce llorosas bujías de cera verde.

Al entrar en el suntuoso recinto, los convidados expresaron su admiración por la riqueza y el lujo de la hermosísima mesa.

–Está espléndida la mesa, Teresa –fue la primera en decirlo doña Lola Angulo.

–¡Maravillosa!

–¡Es un sueño!

–¡Con qué gusto ha sido puesta!

–¡Qué lujo de mantel!

Si todos se habían encantado de aquel derroche de galas, más lo estaba Alfonso. El apenas conocía el lujo prudente de su casa de Mérida. Aquellas luces, aquellos cristales, aquellos platos, aquellos encajes, jamás los había tenido por delante. Entre esta nueva vida regalada y la vida monótona de la lejana provincia había, en realidad, una inmensa distancia. Entre el lujo y la gracia de estas muchachas caraqueñas, tan bien puestas y tan gratas al conversar, y las galas apacibles y el hablar cauteloso de las muchachas de provincia, había, también, una profunda diferencia.

–Esta es cena de confianza y yo no quise hacer una formal distribución de puestos –dijo doña Teresa, al ponerse a una de las cabeceras–. Tú, Lola, y tú, Dositea, al lado de Vicente; en la otra punta, Eladio y José Domingo vendrán a hacerme compañía; tú Alfonso, colócate al lado de Lola y Jesús junto a Dositea; Soledad se sentará con Alfonso; Herminia, por supuesto, al lado de Jesús; colócate tú después, Merceditas. La verdadera familiaridad consiste en que los demás se distribuyan como les dicte el corazón...

–¿Quiere decir, mamá, que a los que tú señalaste sitio les falta corazón? –dijo Fabio Antonio, con el sonriente aplauso de los alegres huéspedes.

Los cocteles, los canapés de caviar, las almendras, las aceitunas y los enrolladitos de anchoa tenían la boca hecha agua.

–A la cena de Navidad se le abren las ganas fuera –dijo doña Teresa–. Para mí, la cena de Navidad no tiene entrada. Se comienza directamente con la hallaca.

Suelen algunos empezar la cena navideña con algún pescado y otros, también, por una loncha de jamón aplanchado o una ensalada cualquiera. Doña Teresa tenía costumbre de iniciar con hallacas el banquete. Ella decía, y con razón, que la cena de Navidad es la fiesta de la hallaca. Pueden comerse hallacas durante todo el año, pero en la Nochebuena la hallaca sabe distinto. Es su día solemne.

Servidas sobre la propia hoja de plátano, graciosamente recogida, aparecieron, luego, los humeantes y multisápidos pasteles que hacen la delicia y la gloria de la mesa del Caribe. Porque la hallaca no es de Venezuela ni de Colombia únicamente. La hallaca es plato que distingue a la cocina de las Antillas. Desde México hasta el Cauca, la hallaca sufre una serie de transformaciones. En Guatemala se le agrega cacao. En las costas orientales de Venezuela se prepara a base de carne de pescado. Su continente fundamental es la masa de maíz, es decir, el *tamal* de los primitivos aztecas. En el orden explicativo de la Historia, la hallaca es el encuentro del hombre europeo del Renacimiento con el hombre primitivo de América y con el esclavo africano a ella transportado para alivio del indio. El indígena se alimentaba de maíz. El maíz marcó el área de las civilizaciones mayas, cuyos restos sirven de testimonio de un esplendor helénico en la primitiva cultura del nuevo Mundo. El europeo encontró bueno el maíz y lo conjugó con su cocina tradicional. El puerco, la gallina, la aceituna, el garbanzo, la pasa, la alcaparra, al juntarse en la guarnición de masa de maíz y ser todo cocido entre las sábanas grasientas del plátano africano, produjeron la delicia barroca en que culmina nuestra cocina mulata. Frente a una hallaca, cualquier

historiador con sentido surrealista de las cosas, evoca el legado culinario del Egeo, transportado a España por el intrépido Escipión, y las delicias llevadas por los árabes a la Península, a la hora de juntarse después, bajo los ardientes rayos del sol tropical, con el dulce maíz de las atlántidas, para producir el milagro de la hallaca. Cuando, bajo la guía experta de los sabores, se ahonda en la historia medieval de América, se aprende cómo la hallaca es la versión culinaria del alma de un gran pueblo, formado por el trasplante y la confluencia de diversas sangres y diversas culturas. La hallaca es la América hispánica, con sus lujuriosos sabores y su poderoso sentido de síntesis. El europeo, en cambio, no entiende nuestra hallaca. Tampoco ha podido entender a Bolívar, ni menos aún la contradicción, en trance volcánico, de nuestro pensamiento de pueblo.

–Están estupendas, Teresa –fue doña Dositea la que avanzó a decirlo.

–Son de tu gusto.

–Y del mío también –agregó doña Lola– Alguien me decía en estos días que yo me había pasado a las hallacas andinas, sin saber que en Barcelona hacemos las hallacas en crudo, como en Los Andes. Es curioso, pero la hallaca de ingredientes sin cocer llega hasta Yaracuy, por Occidente, y después reaparece más allá del Unare.

–A mí me gustan mucho las hallacas de esta casa –dijo Jesús Lameda– Doña Teresa tiene unas manos que parecen pensadas por los ángeles.

–Mamá se encantó con las hallacas y el dulce de lechosa que usted le envió, doña Teresa. Creo que ella la llamó por teléfono –dijo Soledad Solórzano.

–Sí, sí. Pero espero que mañana sí venga Aciscla a almorzar con nosotros.

–No olvides, Teresa, enviarle unas hallacas a las Avendaños. Gabriel se desvive por las hallacas hechas tuyas –dijo doña Dositea.

–Sí, ya estoy en eso. No sé cuántas hallacas tendré que enviar, pues son tantas las amigas que le regalaban a una.

–En esto de la hallaca obra también un poco el capricho –dijo sentenciosamente don Vicente Ribera– He oído a andinos que detestan las hallacas de Caracas. Claro, no han comido sino malas hallacas de pulpería. La hallaca de Caracas es espléndida. En meses pasados nos invitó Eugenio Renier a almorzar en su casa, y comimos unas hallacas hechas por su señora, tan buenas, que yo hube de repetirlas aún por segunda vez.

–Claro, eran hallacas hechas de Luisa –agregó el doctor Angulo– Yo soy médico de ellos y gozo el privilegio de sentarme con frecuencia a su mesa. Luisa Mercedes es una artista insuperable. ¡Ah, Vicente, cómo declina el tiempo en que las señoras se sentían orgullosas al oír alabar los platos por ellas amorosamente dirigidos! Hoy quedan señoras que se ufanan de saber guisar, pero se van acabando. Con perdón de ellas; creo, Teresa, que las niñas de la casa no tienen afición por la cocina.

–Ni pensarlo, Eladio. No saben ni amarrar hallacas.

–Eso es cursi, mamá –replicó Adelaida– Yo creo que para eso está el servicio. Antes, cuando las damas no tenían otra clase de actividades, en algo tenían que matar el tiempo. Pero no me dirá usted que yo me quede deshuesando un pavo a la hora de ir al *tennis,* ni que me ponga a hacer buñuelos cuando me llega el profesor de piano o de francés. A mí me gusta la cocina servida en manteles como éstos.

Rieron todos del desenfado y del espíritu polémico de la modernista Adelaida, mientras Alfonso se adelantaba a preguntar a Soledad Solórzano:

–¿A usted le gusta la cocina, Soledad?

–Tanto como la aguja y la lectura. Mamá nos ha enseñado a hacer algunos platos.

–La felicito. La mujer debe saber hacer todo lo de la casa.

Después de haber repetido las hallacas, aparecieron sobre una fuente de plata, guarnecida de crespa lechuga, un par de hermosos pavos deshuesados, que aún mantenían su figura personal.

–Esto es algo respetable –insinuó don José Domingo– Después de un par de hallacas, un trozo de pavo es buena tapa.

Don José Domingo seguía siendo un goloso *gourmet.* El tomaba en serio la vida y dedicaba a la mesa sus preferencias. Don José Domingo no perdió su tiempo en la aduana de Guanta, y cuando regresó a Caracas compró una extensa hacienda de caña y cacao por los lados de Barlovento, lindante con las tierras del doctor Ribera, y con la renta de unas seis casas en Caracas, había asegurado una buena entrada, que, además, creía siempre, merced a los réditos de las pequeñas hipotecas repartidas entre numerosos clientes. La pequeña hipoteca rinde más que los grandes préstamos. La pequeña hipoteca paga mejor premio. ¿Cuántas hipotecas tenía don José Domingo que le producían hasta el cuatro y el cinco por ciento mensual! Con la pequeña hipoteca, pensaba don José Domingo, se sirve mejor a la sociedad. Los bancos son muy cicateros y sólo miran a las grandes especulaciones. La pequeña hipoteca responde siempre a una urgencia, a una angustia, a una desesperación que, según don José Domingo, era de caridad atender inmediatamente. Don José Domingo, con los intereses de las pequeñas hipotecas, con los alquileres de las seis casas y con las cosechas de la buena hacienda de Barlovento, se había hecho una renta bastante regular, la cual le permitía educar a sus hijos y gozar de una mesa siempre abastecida. Como ya estaba entrado en años, don José Domingo buscaba ante todo el reposo. La hacienda la manejaba Eliseo, el hijo mayor. Los otros dos trabajaban en distintos Ministerios, para ayudarse a costear sus estudios superiores. El tenía todo el tiempo vaco. Por la mañana, muy temprano, iba a la Misa de la Candelaria. Don José Domingo se tenía por perfecto católico, que consagraba su tiempo suelto a las cofradías y a las novenas. En el día, don José Domingo daba sus vueltecitas por la capital y se detenía un largo rato bajo la fronda maravillosa de la gran Ceiba de San Francisco, árbol unido entrañablemente a la vida de Caracas y a cuya sombra se acogía la gente que andaba en busca de negocios. También iba por los Tribunales, para autenticar

los documentos crediticios. Pero donde don José Domingo iba siempre con más gusto era al mercado. Don José Domingo tenía amistad con los vendedores y por eso le era fácil conseguir lo mejor para su mesa. El par de pavos, dignos de haber entrado bajo palio al comedor, los había conseguido él mismo, hacía tres días, en el puesto de aves. Pavos estupendos, de veinte libras cada uno, que él no se explicaba cómo Teresa había sacrificado al mismo tiempo. ¡Vaya, que no hay diente para dar fin a estos pavos que parecen becerros!

Rociado

con tres veces el suave
licor que alegra la vida.

el pavo adquirió regustos teológicos, no sólo en el veterano gaznate de don José Domingo, sino, también, en el delicado paladar de las damas, negadas a los tres golpes sacramentales del delicioso clarete del Priorato, que doña Teresa había escogido personalmente para aquella gratísima noche, en que volvía a ver reunidos a la mesa familiar a sus cinco hijos.

–¿Pero qué has intentado con presentarnos ese par de pavos de los cuales pueden comer sesenta personas? –preguntó el doctor Angulo.

–Se trata simplemente del aviso y de la invitación para el almuerzo de mañana. Un pavo trasnochado, dice José Domingo, es bocado de cardenales –respondió doña Teresa.

A la hora de los postres, se dividieron los gustos. Doña Teresa había ordenado, como siempre, el manjar blanco y los encanelados buñuelos de apio, de la costumbre andina, y, junto con estas deliciosas golosinas de la montaña, el clásico dulce de lechosa de la tradicional cena navideña de Caracas.

Don Vicente Ribera era conservador en el orden culinario. Don Vicente Ribera se hizo servir por dos veces los buñuelos tiernos, hongosos, cargados de canela, cuyo paladeo le recordaba la provincia natal.

De fondo a la risa y a la charla que llenaba el espacioso comedor, se escuchaban los valses lentos y acompañados de la orquesta. Por Navidad se formaban en Caracas deliciosos grupos musicales, en los cuales se juntaban un violín, una flauta, un cuatro, un arpa, un bajo y un par de maracas. Sonaban quejumbrosos valses de corte romántico, sostenidos sobre las notas tiernas y dulces de viejos instrumentos, que acusaban la adaptación a la tierra de la música española: el arpa del Seiscientos, con el sabor agreste que le transmitió su vida en los pueblos modestos del Interior; la guitarrilla, que al perder una cuerda y tornarse en el típico cuatro, ganó en rapidez de rasgos, y la maraca sin pauta, sencilla como hija inmediata de la selva, a quien toca mantener entre los instrumentos de castizo abolengo la presencia de la raza vencida.

Con el amanecer se retiraron los invitados. Doña Aciscla Solórzano había dejado ir a las niñas, porque Adelaida prometió acompañarlas al regreso. Ella se hallaba indispuesta y no podía salir en noches tan frías como las de diciembre. A la hora de partir, Adelaida invitó a Alfonso para que fuese con ella a llevar a los Solórzanos. Alfonso Ribera asintió con gustó a la invitación de su hermana.

Cuando regresaban, Adelaida habló al hermano de las prendas excelentes de las Solórzanos. Adelaida las quería entrañablemente. Sobre todo Adelaida, pese a la diferncia de años, había hecho una gran intimidad con Soledad.

–Es una muchacha magnífica –dijo Adelaida.

–Sí, me resulta encantadora y muy sencilla –agregó Alfonso– En realidad, es una mujer verdaderamente interesante.

VIII

¿Sabes, Fabito, que esta es hora en que sólo he andado en coche y automóvil por las calles de Caracas? ¿Quieres que demos hoy una caminata siquiera por el centro? –dijo Alfonso Ribera al hermano Fabio Antonio a la hora de tomar el desayuno.

–No faltaba más. Salgamos ahora en la mañana por los lados del mercado y de ahí en adelante nos perdemos.

Alrededor de las once, bajaron los hermanos hacia el Principal y atravesaron la Plaza Bolívar, rumbo a las Gradillas. A las once ya se movía bastante gente en la célebre esquina, entonces eje y centro de la apacible Caracas. Hacia Sociedad y hacia San Jacinto estaban instaladas las grandes tiendas de modas: "El Louvre", "Liverpool", "Au Bon Marché", "La Galería Parisiense", "El Gallo de Oro", "La Perla de Margarita", la "Compañía Francesa", siempre llenas de los ecos del *dernier crí* de la moda de París. En la modesta, sencilla y muy aldeana Caracas del 18, las Gradillas y su inmediato contorno eran lugar de cita obligada de la gente. Las damas salían a esa hora de compras y los jóvenes lechuguinos montaban guardia a la puerta de los establecimientos mercantiles, en espera de la entrada o la salida de las alegres, vivaces, encantadoras caraqueñitas, para flecharlas con los salerosos piropos, llenos de la gracia y del buen tono que aún duraba entre la gente de la capital.

Quizá en esta misma esquina piropeara a alguna de las Ascanios, de las Aristeiguietas, de las Machados, de las Españas, de las Buroz, el galante y travieso Simón Bolívar, cuando ante el espectáculo maravilloso de las

caraqueñas –todas canela y todas menta– que salían a tomar el aire callejero, aún la fama y la gloria le permitían semejantes ejercicios de galanteo y de alegría.

La historia social de Caracas vio pasar una de sus más vivaces coordenadas por aquella bullanguera esquina, donde la risa se enredaba con el fragante olor de la hogaza recién sacada de los hornos allí instalados en el pasado siglo por don Remy Montaubán. La musa se había adelantado desde aquellos tiempos a zaherir a los negociantes que levantan sin razón el precio del recado comestible. En líos de administración de panaderías anduvo el ilustre don Amenodoro Urdaneta, y en versos festivos se motejó de despreciar la cítara por atender los negocios, así ofreciera al pueblo pan

a precio más barato,
para quitar el yugo
que impone Montaubán.

En la mera esquina donde duraban los célebres hornos, caldeaban las brasas que mantenían al rojo vivo la chispa alegre y fugaz, ora dirigida al fino galanteo de la pizpireta muchacha, ora lanzada, como flecha certera, para hacer burla y destrozo de amigos y enemigos.

En jerga vulgar, el espíritu agudo, chispeante y anecdótico del travieso caraqueño recibió de bautizo el nombre de "mamadera de gallo". ¡Manes de Job Pim, sed propicios a explicar en los términos agudos del "Diccionario Sigüí" el profundo significado de este choteo, lleno a un tiempo de sal y de seriedad, con que el hombre de Caracas se burló de todo lo que le vino en gana! El lucero del alba que atinase a cruzar por la esquina de las Gradillas, se exponía a sufrir la chocarrería y las puyas de la festiva gente allí reunida. También, y como válvula de escape por donde se descargaba la contenida crítica, escuchábanse allí las anécdotas, los dichos, las chirigotas, los epigramas con que el ingenio del pueblo se vengaba de los gobernantes. Agora festiva, las Gradillas llegaron a ser centro obligado de la gente caraqueña y universidad abierta, donde el forastero cursaba los fáciles latines del caraqueñismo, que duraba como estilo de la vieja ciudad.

Ese festivo espíritu callejero sabía recogerse, también, entre muros herméticos, y en el célebre "Culto Osiris", en plena plaza López, celebraba sus grandes tenidas, nada menos que bajo la autorizada presidencia del Prefecto de Caracas, General Inocente Carvallo. Con caprichosos mandiles daban tono y gravedad a la reunión honorabilísimos e impecables caballeros como el doctor Juan José Mendoza, don Manuel Segundo Sánchez y el doctor Francisco Arroyo Parejo. Aligeradas las lenguas por el indiscreto jugo anacreóntico, se comentaba entre risas el último disparate gubernamental, la abigarrada joya adquirida por el capitoste de más pujos, o la humillada adhesión política aparecida en el órgano oficioso de la dictadura; cuando los alegres concurrentes no se dedicaban a admirar y a alabar la última pieza agregada al célebre museo donde se exhibían desde las segundas narices del Chingo Razetti, hasta las pulquérrimas pinzas con que el doctor José Santiago Rodríguez volvía meticulosamente las hojas a los sucios expedientes de reclamos por hidrocarburos, introducidos en el Ministerio de Fomento.

En la esquina castiza, Alfonso Ribera tuvo oportunidad de ser presentado con algunos amigos de Fabio Antonio y de saludar a viejos y gratos amigos de Mérida.

–¡Juan Pablo, qué gusto verte!...

–Supe ayer que estabas en Caracas, chico. ¡Qué bien hiciste en venirte! ¿Y cómo quedó todo aquello?

Juan Pablo González vivía desde algún tiempo en la capital y había conquistado una buena posición en la política. Lo protegía don Juancho Gómez y por su recomendación, había llegado a ser Diputado y Ministro de la Corte Suprema de Justicia. Con Juan Pablo González estaban Espinosa y Pedrito Albornoz, también de Mérida, poeta el primero y estudiante el otro.

Mostrando el ingenuo regocijo del provinciano que topa en la capital con amigos lugareños, Alfonso Ribera los saludó de abrazo y les pidió que se dejaran ver con frecuencia.

–Vente de tarde a la Plaza Bolívar. Ahí nos reunimos un buen grupo de amigos, en cercanías de las gradas de la retreta –insinuó González.

Los hermanos se despidieron de los conterráneos y luego entraban en la sombrosa Plaza de San Jacinto o de "El Venezolano", rodeada de elegante verja, y en cuyo centro lucía la enhiesta estatua del fundador del Partido Liberal.

–¿Qué plaza es ésta?

–La Plaza de San Jacinto. Aquí estuvo el viejo convento de frailes dominicos, que asustaron al pueblo después del terremoto de 1812, y allí –dijo Fabio Antonio, señalando el suroeste– queda la casa natal de Bolívar. Fue durante mucho tiempo almacén de víveres. Ahora la están arreglando. Papá vio los planos y dice que será un disparate garrafal, pues la están llenando de mármoles y de columnas, que no tuvo en su tiempo. Dice el viejo que será un verdadero retrato de la cursilería que se está apoderando de Caracas. Lejos de reconstruirla, copiando el estilo colonial del Colegio Chávez, por ejemplo, están haciendo una merienda de piedras y de tallas, que jamás hubo en la vieja Caracas. Con este estúpido alarde de mármoles, creen los encargados de la obra que honran a Bolívar.

–¿Y este viejo? –preguntó Alfonso, señalando la estatua de Guzmán.

–Ese es Antonio Leocadio Guzmán. Estuvo en capilla en la cárcel a que fue destinado el viejo convento de San Jacinto. La estatua se la pusieron más por ser padre de Guzmán Blanco que por respeto a sus ideas liberales.

En la propia Plaza, llamada de "El Venezolano" en recuerdo del periódico que sirvió de ariete y catapulta al célebre político, tenían su asiento los vendedores de palos, bastones y garrotes, tan en boga cuando, reprimido el uso de las armas de fuego y de los puñales, el pueblo apoyaba su varonía en el recio araguaney, en el ágil chaparro, en la vara pulida, en el resistente pellejodeindio o en el contundente guayabo. Dulce canto de aves llenaba las jaulas de la lonja, donde los campesinos acudían con los arrendajos, chirulíes, arroceros, capitasnegras y gonzalicos, cazados en la vecina selva.

Entre jaulas y bastones se movían en aquella época de Pascuas las pequeñas imprentas camineras, supervivencia de las viejas imprentas que sirvieron para imprimir hojas, novenas, avisos y carteles antes de que apareciera en Caracas, el año de 808, el primer periódico. Aquellas imprentitas manuales despachaban en breves minutos los encargos de tarjetas para las felicitaciones pascuales, a que desde los tiempos coloniales era adicto el bravo pueblo, empeñado en imitar las buenas maneras de que entonces hacían gala los señores. Al lado de las imprentas, y junto al fotógrafo ambulante, que al minuto retrataba a la cocinera y al provinciano recién llegado, se agrupaban los festivos y dicaces limpiabotas, en quienes el alegre modo caraqueño de hablar, de tan acentuado andalucismo, ha llegado a degenerar en suerte de jerigonza de navegantes o de bebedores mareados.

–¿Piá mestro? –era la pregunta que rapazuelos y grandulones dirigían a los presuntos clientes.

Mientras el parlancín limpiabotas gastaba su donaire en zaherir a los vecinos, los vendedores de lotería ofrecían al público sus billetes de modestos premios.

–El 87–50. ¡Me quedan dos quintos!

–El 72–20. ¡Tres pedacitos me quedan!...

De fondo a este cuadro de jaulas, imprentas y varas, cruzando la calle llena de cajas, de burros y boñiga, abría sus puertas "La Atarraya", celebérrima pulpería, que era para el pueblo humilde lo que "La India" y "La Francia" para los señores de postín. El "berroterán", la "cañandonga", el "anisao", el "amargo", la "yerbabuena", el "ajenjo" y todas las otras gustosas expresiones de la botánica macerada en aguardiente y convertida en estímulo para la alegría popular, eran el sustituto de los jereces, los oportos y los brandys de Europa. Entre el humo de sus tragos distraían las cuitas los modestos peones y los pacientes parihueleros, que habían asentado su lonja o bolsa de trabajo a la sombra del avisado político, cuya palabra mañanera sembró en el juanbimba de antes la inquietud por los problemas de la justicia. Desde alta madrugada, la

gente se apiñaba a las puertas de "La Atarraya", en torno a las ventas de tostadas y fritangas, que democráticamente reunían al peón venido de los lejanos campos, cargando sus vituallas, sus flores y sus frutas, con el señorito enratonado que, después de dejar la fiesta encopetada, iba a reforzarse con la caliente arepa y el espumoso café con leche.

Frente a "La Atarraya" discutían un estudiante y un chino. Los misteriosos hijos del Celeste Imperio ejercían por entonces en Caracas el humillado y generoso oficio de lavar ropa. Los estudiantes, demás de estar entrampados con la dueña de la pensión, andaban siempre en deudas con el chino, a quien no sólo llegaban a deber el lavado de la ropa, sino a quien montaban monos a cuenta de préstamos de dinero.

–Llévame la ropa, Caluya, que me tienes casi en cueros –dijo al bondadoso chino el altanero y despreocupado estudiante.

–Ta paga plimelo. Si no hay leal no hay lopa –respondió con voz inalterable el apacible discípulo de Confucio.

Hacia el este de la plaza de "El Venezolano", cerca del viejo reloj de piedra, graduado por el propio Humbolt, se expendía la más delicada de las mercaderías: allí estaban situados los puestos de flores, donde eran ofrecidas las nitidas azucenas y los odorantes claveles, bajados cada mañana por los alegres azuceneros de Galipán, de Sanchorquiz y de Campo Alegre. En pos de la fragante mercancía llegaba la mujer devota, en busca de lirios para el altar del Nazareno, y el enamorado deseoso de que las esplendentes rosas llevasen a la amada el fino mensaje de su devoción constante. Solían, también, comprar los caballeros el fino ramillete de violetas para adornar la *boutonniére* o el botón de "Reina de las Nieves" o de "Príncipe de Montenegro", para competir con Gil Fortoul o Max Valladares.

Traspuesta la zona beatífica de las flores, Alfonso Ribera y el hermano Fabio Antonio dieron con el lujurioso mercado de frutas.

–¡Er mango de hilacha!

–¡La tuna fresca!

–¡Aguacates de Guarenas!

–¡Parchitas de La Victoria!

–¡Duraznos de San Antonio!

Eran los gritos de las alegres comadres, deseosas de despachar los admirables dones que ofrecía la plaza.

A la hora de salir de su despacho, los señores acostumbran acercarse a los puestos de frutas. Los sitios donde se expendían los jugos eran manera de discreto bar en los cuales las bebidas alcohólicas se reemplazaban por saludables zumos. Don Manuel, con la barba y los grandes bigotes canos; don Gustavo, con su blanca chivita en punta; don Eloy, pequeño y ágil de estatura, empinado siempre sobre el estribo de la grandilocuente palabra; don Luis, con su cara de buenos días y sus tambaleantes quevedos de miope; don Santos, siempre en trance de gran señor, como si estuviese anunciando la llegada de un rey a un salón de fiestas; don Luis, menudo, enjuto, casi acartonado, con las visibles manchas de vitíligo en el rostro; don José Rafael, también de barba en punta, tocado de la constante camarita, con que hacía coro al riguroso paltólevita; don Alfredo, imponente, robusto, con su autorizada palabra de sabio y de botánico, se saludaban con cariño familiar. Don Manuel, don José Rafael, don Gustavo, don Luis, don Alfredo, don Santos, don Eloy, don Luis Alberto, eran vestigios de la Caracas romántica, alegre, ilusionada, que empezaba a boquear. En aquel rincón del mercado, donde se reunían todos los días para la íntima murmuración política los graves, alegres, discretos, afables señores, se recogía un aire aún de la amable tradición de los Calcaños, de los Tejeras, de los Tosta García, de los Sales Pérez, de los Herrera Irigoyen, de los Arismendi Brito, de los antiguos Ministros y, también, ¡ay, dolor!, de aquellos Presidentes que, como Rojas Paúl, Andueza, Crespo y Guzmán, bajaban al mercado para escoger por sí mismos el aguacate y la chirimoya para el familiar almuerzo, y para dirigir, también, la palabra cariñosa a las viejas de pañuelo aturbantado, que vendían en incitantes azafates, allí mismo, junto a los grandes mostradores de las frutas, la torta burrera, la torta bejarana, las conservas de la cojita, los suspiros, los alfondoques, los

tequiches, las quesadillas, las palomitas de azúcar y los coquitos, que hacían las delicias de los rapazuelos y endulzaban de infancia la boca desdentada de los ancianos.

Recorrieron los hermanos a largos pasos los puestos malolientes, donde se despachaba la carne de vacuno y de cerdo, y donde los gordos carites y los rosados pargos, con sus ojos sin mirada y sus aletas flácidas, evocaban las anchas y profundas aguas del Caribe. Y después de admirar Alfonso la variedad de verduras y de hortalizas, dieron con el celebérrimo "Reino Vegetal", donde los primitivos herbolarios vendían las raíces, yerbas, semillas y flores de la medicina casera. Era, en realidad, el reino maravilloso y eficaz del cual sacó Telmo Romero la base de las pócimas milagreras, que lo llevaron a merecer el respeto de Joaquín Crespo y a ser candidato –nada menos y nada más– que para Rector de la Universidad de Caracas. Las viejecitas temblorosas y humildes y los crédulos hombres de campo acudían con fe extraordinaria en busca de la hierba con que esperaban se recobrara la salud del niño tripudo o de la muchacha paciente de mal de ijada. En el "Reino Vegetal" se respiraba un aire violento de primitiva brujería y de fe confinante con la superstición y con la magia.

–No olvide, misia –decía el vendedor a la negra de rojo pañuelo en rodete a la cabeza– rezar tres credos mientras se esté cocinando el bebedizo y, después, déjelo al sereno.

Salieron los hermanos por el callejón de la Playa, en el cual la locería y los hierros de cocina ocupaban las aceras de apretado curso, y luego llegaron a la esquina de El Chorro, donde se veían las carretas arrastradas por gruesas mulas y hasta el tope cargadas de granos, papelón, queso, sal. De las casas mayoristas donde se almacenaba la reconfortante mercancía salía un acre olor a diablo. A pie siguieron hasta el Coliseo y luego, a paso alegre y en charla divertida, dieron con la esquina de Curamichate.

–Este curita debió de haber sido aguardientoso –comentó Alfonso.

–No, chico. No hay tal cura –respondió entre risas el hermano– En esta esquina todavía tú puedes darte cuenta de que hubo un puente de

mampostería, sobre la antigua quebrada de Cienfuegos; el puente ha desaparecido por las construcciones, y recibió tal nombre para recordar el de la playa donde desembarcó Guzmán Blanco en 1870.

Con el sol brillante y ardoroso del mediodía llegaron los hermanos a Puente de Hierro. El gran puente sobre el perezoso Guaire era el final de los paseos vespertinos, y en tiempos no muy lejanos, lugar de peligrosos holgorios y libertina fiesta. Puente de Hierro, a principios de siglo, se hizo célebre por sus cabarets y sus bares, donde, con el aguardiente festivo, corrió la sangre caliente de los heridos. Por aquel tiempo el prestigio libertino del lugar había quedado borrado del todo, y en las quintas, antier lugares de prostíbulos alegres, se vendían flores. Donde ayer sonrió la prostituta y donde escandalizaron el coronel guapetón y el doctorcito alevoso, se vendían las blancas margaritas y las calas vírgenes, que hombres y mujeres enlutados conducían devotamente al vecino cementerio de Tierra de Jugo.

–Busquemos un coche para el regreso –insinuó Alfonso Ribera.

–No estaría mal, pero sería mejor tomar el tranvía, no porque sea más barato, sino porque aún no has montado en él.

Subieron a la modesta carroza de la gente común y pidieron transferencia para La Pastora.

Rápido, a través de calles de escaso tránsito, aguardando poco en los desvíos, haciendo chirriar las ruedas en las forzadas curvas de Salvador de León y de Gradillas, en poco tiempo los hermanos llegaron a la Plaza Bolívar. El reloj de la Catedral daba la una. Las calles se veían despobladas, casi solitarias. Uno que otro coche corría, arrastrado por los caballos, latigueados por el malgeniado postillón. En la quietud aldeana de la urbe, sonaba con claridad el timbre de las alegres bicicletas.

IX

En los jardines del Club Venezuela y en rueda de amigos se hallaba Rigoberto Reinoso, cuando apuntó en la puerta que miraba hacía Tienda Honda la figura de Alfonso Ribera, acompañado de su futuro cuñado Jesús Lameda. Entre quienes formaban grupo con Rigoberto Reinoso, figuraba Jacinto Fernández, joven escritor que concluía la carrera de abogado. Jacinto Fernández se distinguía entre sus compañeros de generación, no sólo por su arrogante y vistosa presencia y por las líneas altivas, hermosas, varoniles de su rostro, sino, también, por la independencia explosiva de sus juicios. Cuando la huelga estudiantil provocada en los días de la pandemia, Jacinto Fernández tomó parte activa, mas pudo escurrir oportunamente el bulto y librarse del carcelazo.

Al divisar a Alfonso Ribera, Jacinto Fernández se adelantó violentamente a decir a Reinoso:

–Me harás el favor de no presentarme a tu amigo Ribera, con quien te vi comer la noche pasada. Yo no quiero nada con un hijo del carajo de Vicente Ribera.

–No te violentes tanto, Jacinto. Basta que me manifiestes que no deseas conocerlo, para que yo no te presente –respondió en reposado tono Rigoberto Reinoso.

–No es que me violente, Rigoberto, y no tomes a mal mis palabras. Yo sé que tienes amistad con el grupo de las Riberas y de ahí has caído en conocer a su hermano. Eso es correcto. Tú no eres, tampoco, de los

paniaguados de ese bicho de Vicente Ribera, pero yo no quiero ensuciarme la mano dándosela al hijo de un cretino empeñado en la venta del país.

–¿No serás muy duro, Jacinto? –preguntó Rigoberto Reinoso.

–Yo me creo blando, en cambio, mi querido Rigoberto. ¿Sabes tú lo que está haciendo ese hijo de puta de Vicente Ribera?

–Pues adulando y mamando como tantos –respondió Rigoberto Reinoso.

–Te crees tú, que no sabes de la Misa la media. Ese grandísimo muérgano está empujando a Gómez a la entrega total del país a las compañías petroleras. No creas tú que los culpables de la venta del país sean Márquez Bustillos, o Torres, o Urdaneta, o don Juancho, o Vicentino, o el viejo García o cualquier otro de los que aparecen en el frontis de la política. Nada de eso, mi querido Rigoberto. Ese carajo de Ribera, con su baba de político viejo y con sus trácalas de abogado, ha enredado a toda la gente del Gobierno y se ha vendido a los yanquis y a los ingleses al mismo tiempo. Tal vez tú ignores que él estuvo metido con Delgado Chalbaud y Corao en la vagabundería de Bolo Pachá. Si entonces no hubiera sido por Vicente Lecuna, venden el país a aquel bicho. Ya tiene el padre de tu amigo arreglada la distribución de no sé cuántas hectáreas de tierras para la explotación petrolera. Son unos carajos.

–¿Y tú no crees que el país gane con la explotación de los ricos yacimientos de hidrocarburos?

–Claro que ganaría, si no hubiera el espíritu de lucro de quienes están entregando irrestrictamente la República a la penetración del capital extranjero. Muy buenos eran los ferrocarriles, cuando se comenzaron en el siglo pasado; pero junto con la concesión, Guzmán Blanco aprovechó para enriquecerse a cuenta de los beneficios garantizados por la nación a las empresas extranjeras. ¿Por qué se está entregando el petróleo en la forma en que lo hace el Gobierno? ¿Sabes tú lo que representará mañana

en el país el poder absorbente de las compañías? Sobre el señuelo personal de lo que representará la futura riqueza minera, se está arruinando a la República.

–Mira, Jacinto, yo no defiendo al doctor Ribera; ¿pero él será acaso el único culpable de lo que ocurre en el país?

–Ni por pienso, querido Rigoberto. El viejo Ribera no es sino uno de los de mayor bulto. Claro que es más desvergonzado, por ser un advenedizo en truculencias de negocios; los otros se cuidan más y no se tiran al estricote como él. La historia es vieja, vale; y sí tú escarbas el revestimiento de muchas reputaciones honorables y examinas el sostén de los pujos que se gastan los famosos impecables de la oligarquía, encuentras el sucio negociado o el fino servicio hecho al capital extranjero con detrimento de los intereses venezolanos.

Heriberto Egaña, que atendía la conversación de Reinoso y de Fernández, alternó para expresar su conformidad con las tesis de éste, así no aprobara su resistencia a dar un saludo a Alfonso Ribera, cuando no existía ningún problema de honor ni de sangre entre ambos.

–Así piensas tú. Heriberto, y así piensan muchos en relación con estas cosas. Yo, en el fondo, admiro las tesis tolerantes; no aspiro a que los demás piensen conmigo; pero la tolerancia tiene un límite, que al ser traspasado la convierte en complicidad. Yo no me las echo de niño bonito ni de hombre inmaculado; a mis pocos años ya tengo muchas cosas de qué arrepentirme; pero estoy con lo que oí en cierta ocasión al viejo Arévalo: "En Venezuela no hay sanción para evitar el mal, sino tolerancia para que corra el crimen". No olvides, querido Heriberto, que la corrupción de los dirigentes ha hecho que en nuestro pueblo se apague el odio sagrado a la injusticia. Sobre esa indiferencia ganan impunidad los crímenes mayores. Venezuela no es una simple víctima de los caudillos bárbaros. Venezuela es víctima de una confabulación vergonzosa, en la que figuran abogados afamados, ingenieros expertos, médicos famosos, literatos internacionales, que si no han recibido ya el precio de su venta, se ofrecen cada día al mejor postor, y los cuales, bien sabidos de sus respectivas desvergüenzas, se tratan entre sí con

solemnidad de caballeros honorables. Parecen putas disfrazadas de monjas en baile de carnaval. Yo creo que es necesario desnudar esa larga farsa y no permitir a los bandidos que sigan vestiéndose de caballeros. ¿Quién crees tú que es más culpable de lo que ocurre en Venezuela: el infeliz herrero analfabeto, que considera lícito ganarse un sueldo remachando grillos en La Rotunda, o los doctores pintiparados, de pulidas guetas y pulquérrimos guantes, prestos siempre a patrocinar con su aplauso la conducta de los bárbaros que les aseguran el orden para su holgada pitanza? ¿Tiene más culpa, acaso, ese hombre humillado y obediente que remacha los grillos o el doctorcito que sostiene la vela a cuya luz se realiza la vergonzosa operación? ¿Y cómo se llaman esos doctorcitos peripuestos? ¿No son Riberas y Buroz y Zumetas y Giles? ¿Es acaso responsable de sus propios actos el infeliz policía a quien se le ha hecho entender que forma parte de su oficio bañar la mula del Jefe Civil o cuidar la casa de la querida del Ministro? Esos hombres son producto vergonzoso de un hábito que, lejos de procurar enmendar, los mayores se empeñan en mantener. Esos hombres con el pueblo despreciado por los pseudo aristócratas y por los pseudo intelectuales. De él, en cambio, se dicen cercanos algunos tipos vulgares, que toman sus peores maneras para echárselas de venezolanos bragados, como si ser venezolano auténtico significase ser un rudo tirador de cabeza o un despreocupado jugador de garrote, dispuesto, en cambio, a transarse con los verdugos y con los vendepatrias. Los ejemplos que el pueblo ha recibido son funestos. Tú y yo podemos aguantarnos, porque nacimos en familias acomodadas, pero los compañeros pobres y los jóvenes que vemos llegar del interior a abrirse paso ¿qué encuentran?... Yo sé que en el escritorio del viejo Ribera, ese par de cretinos que tiene de auxiliares se han apalabrado con compañeros míos, para que les sirvan de testaferros en las solicitudes de petróleo; y lo peor, Heriberto, es que mis compañeros tienen necesidad de que el viejo del carajo les sostenga los puestecitos de que viven. Mientras no se acabe esa cáfila de bandoleros y mientras el Estado siga siendo el gran dispensador de favores, Venezuela continuará en su papel de mercado para lucro de cuatro vivos y para provecho de los musiúes. A veces pienso si nuestro pueblo no tomó el hábito de la veleidad cuando miró a los mantuanos corriendo de uno a otro bando durante los años formativos de la República. Es preciso no perder de vista el hecho de que sí hubo gente recia y definida en uno y

otro partido, la masa cómoda y oportunista anduvo a salto de mata en pos de mejor sombraje. Festejaron a Miranda y cantaron el *Gloria al Bravo Pueblo,* para después rendir humillada pleitesía al primer Monteverde. Cuando supieron que Bolívar había proclamado en Trujillo la guerra a muerte, buscaron las empolvadas cucardas republicanas para el besamanos al Caudillo de la libertad. Más tarde dieron vivas a las cadenas fernandinas y doblaron la cerviz ante Boves y Morillo. Fueron contra Paéz mientras lo creyeron vulnerable; después rodearon a Páez para renegar de Bolívar. Se acomodó la gente grande a este juego vil, y el pueblo y los jóvenes tomaron su ejemplo por mejor que la lección de quienes sacrificaron hasta la propia vida por el decoro de las instituciones y el brillo de los principios. A éstos se les llamó desgraciados e infundieron lástima, tal como hoy se mientan con tono de compasión los nombres de Félix Montes, Juan José Abreu, Rafael Arévalo González, Domínguez Acosta, Leopoldo Torres Abandero; a los otros se les celebró de inteligentes y de aprovechados. Si se buscan las raíces genealógicas a los grupos dirigentes, fácil es hallar el nexo que los une moralmente con los oportunistas de antaño, sin que falte, y es lo peor, quienes cubran su traición de hoy con el prestigio inválido de abuelos que sufrieron cárceles, destierros y muerte por la causa de la independencia. Estos, en lugar de uno, llevan dos criminales en la conciencia. Yo encuentro más en su puesto a los descendientes de godos que regresaron de las Antillas después de Carabobo. Son diagonales desde el principio, como diría Ramos Sucre.

–¡Mozo, ven acá! –gritó Ernesto Pérez a uno de los camareros más próximo y, mientras el criado atendía, se dirigió a los amigos:

–Este palique cívico está muy bueno, pero peligroso. A lo mejor cualquiera oye, y pagamos todos con un carcelazo. Echémonos más bien un trago.

–Para mí un vermout preparado –pidió Heriberto.

–Un pumpá de cerveza para mí –dijo Fernández.

–Un whisky con soda –ordenó Reinoso.

–Pues, otro whisky –concluyó Pérez– y te traes, además, unas aceitunas y unos pedacitos de queso llanero.

Alfonso Ribera y su futuro cuñado se habían quedado en un grupo que a la entrada de los jardines formaban algunos empleados del alto comercio, con quienes ya Alfonso había tomado contacto en relación con su proyectado negocio de géneros. La permanencia de Ribera entre los primeros grupos de tertulianos hizo que Reinoso sosegara ante la angustia de que Jesús Lameda se acercase al grupo y obligara a la presentación del desechado Alfonso.

–Hablemos bajo y en familia, Jacinto; ¿qué es lo que más te molesta del hijo del doctor Ribera, su oriundez andina o ser hijo de su padre? –preguntó con insinuante voz Ernesto Pérez, a tiempo que paladelaban las respectivas copas– Ninguno de nosotros es siquiera occidental.

–Bueno, ¿y quién te ha dicho a ti que yo repudio a los hombres de la Cordillera como clase social? Para mí tan venezolano es un andino como un guayanés. Si hubo resquemores y provocaciones a raíz del triunfo de Castro, ya es tiempo de que sean superados, y más de un motivo ha surgido para que se vea la parte positiva que pudo derivarse de aquella revolución, con la cual se volcó sobre el país nueva sangre y nuevo ímpetu de trabajo. No te creas esa bendita historia de la barbarie de Los Andes. Tan bárbaros como los andinos han sido los orientales y los llaneros. Somos el mismo pueblo. Claro que al principio desentonaron algunos tachirenses ineducados, hasta hacer que "El Cojo Ilustrado" publicase una especie de *D'ont,* con normas relativas a lo que no debía hacerse en sociedad. Pero esos tachirenses agrestes no eran el pueblo del Táchira. Mi padre vivió en San Cristóbal a fines del siglo pasado y dice cómo allá había una excelente sociedad y un distinguido señorío, en quienes, si bien no se notaba la influencia de las maneras caraqueñas, se advertía el estilo de Bogotá y de Pamplona. Las cosas hay que verlas sin pasión. No creas, tampoco, que Castro era cualquier cosa. A Castro lo corrompió la camarilla de políticastros adulones que ha servido de rosca a todos los gobiernos. No era tan de poco un hombre que, cuando estuvo desterrado en Colombia, logró ganarse a dos Cónsules, como Mata Illas y Juan Otáñez, enviados por Crespo para vigilar sus actividades

revolucionarias. Algo tendría dentro del cuerpo menudo el tal Cabito. Además, no olvides que Cipriano Castro se dio el lujo de carajear a un Ministro de los Estados Unidos. Yo no malquiero a los andinos como tales. Tú sabes que mi padre es amigo y frecuentador de la casa de Márquez Bustillos y de Román Cárdenas y yo tengo muy buenos amigos andinos. Yo detesto a ese traficante de Vicente Ribera, por eso, por traficante, por cretino, por preferir las lentejas del hartazgo vil a la primogenitura que podría asegurarle su fino talento y su aventajada ilustración. Acuérdate de que Bolívar dijo que *el talento sin probidad es un azote.* Pero si a él lo detesto por desvergonzado, más detesto a los Riberas de acá, a estos cretinos que se llaman representantes del orden y de la dignidad social, que no se comprometen en el servicio de ningún cargo público, pero que trafican como putas con el decoro del país y que entregan la riqueza de la nación como quien entrega una novilla al sacrificio...

–Mozo –gritó Jacinto Fernández– trae otro servicio y a mí me das whisky con soda.

–Pero de aquí no pasamos –dijo Rigoberto Reinoso– porque a lo mejor tomas presión y explotas contra nuestro vecino. Tomemos, pero dejemos la política. Anoche te vi en la ventana de las Loaizas –insinuó a Ernesto Pérez.

–¡Qué lince! Apenas me detuve unos minutos antes de entrar. ¡Qué buena está Elenita!

–Ese es el tema que a ustedes les gusta. Putas, toros, aguardiante y ruleta. Cuando los hombres tienen ese ideal, Vicente Ribera es una meta admirable. ¡Eso es ser hombres! ¡Eso es ser machos! Pero cuando se trata de probar el machismo frente a una autoridad arbitraria, entonces surgen las buenas palabras del caballero; y cuando se ha de dar el rostro a una persona en aparente desgracia política, entonces se tuercen aceras y se abjuran amistades. ¡Valientes varones!... –interrumpió con violencia Jacinto Fernández.

–Esa vaina no, querido Jacinto. Las cosas tienen su límite. Nosotros no somos borrachos, ni libertinos, ni juguetones, ni cobardes, para que nos

ofendas en esa forma. Sosiégate y no ataques, porque en esa forma no harás el caudillo –respondió con palabra serena y dura Rigoberto Reinoso.

–Si yo no aspiro a ser caudillo de nada; hablo simplemente como ciudadano preocupado y no veo por qué pueden ser ofensivas para ustedes mis palabras. En todo caso, disculpen mi vehemencia y tomemos a la salud de nuestra inquebrantable amistad, no susceptible de que la rompa mi brusquedad –respondió Jacinto Fernández– Ustedes conocen mi genio violento y apasionado, pero saben, también, cómo los estimo y quiero.

–Sí, pero te pasas, Jacinto. Si reconsideras lo que has dicho, tendrás que convenir en que nos has faltado.

–No intenté hacerlo. Les ruego perdonarme y vamos a brindar por nuestra amistad –agregó Jacinto tomando el vaso de whisky.

–Muy buena la charla, pero a mí me llegó la hora de los troncos y he de irme a aguardar mi viejo tranvía –manifiestó Ernesto Pérez– En la pensión no esperan, así sea pensión de primera.

–Te acompaño –agregó Jacinto Fernández, poniéndose de pies.

Se estrecharon las manos y se palmotearon las espaldas, y entre tanto Rigoberto Reinoso y Heriberto Muñoz tomaron hacia el interior, en solicitud de los billares, Jacinto Fernández y Ernesto Pérez buscaron la puerta que abría hacia Tienda Honda. Al pasar frente a la rueda donde estaban Jesús Lameda y Alfonso Ribera, Ernesto Pérez dijo adiós a Lameda, quien llamó por su nombre a Jacinto Fernández.

–Después nos vemos. Voy de apuro –fue la rápida y nerviosa respuesta del fogoso, altivo, entusiasta Fernández.

X

La Nochebuena de Año Nuevo era noche triste en la casa de los Riberas. En 1908, cuando aún vivía en Mérida la familia, resultó muerto de un balazo el joven Vicente, en un baile de orilla. Vicente, el hijo mayor del matrimonio Ribera, no era pendenciero. Invitado por unos alegres amigos, asistió a un baile por los lados del Espejo. En el baile ocurrió una discusión por razones de tragos y de mujeres y uno de los disparos producidos en plena sala, atinó en hacer blanco en la cabeza del mozo infortunado. Desde esa fecha, en la noche del 31 de diciembre los viejos Riberas se recogían en silencio y en medio del sueño esperaban la llegada del año. Sin fiesta en casa, Alfonso Ribera fue con los hermanos a esperar el año en la Plaza Bolívar. La retreta comenzaba a las diez para concluir a las doce, con los acordes del Himno Nacional. De verja en verja se llenaba esa noche la Plaza. Más que fiesta de caraqueños era fiesta de provincianos. La cita en la plaza formaba parte del rito social del Año Nuevo. La alegría de dejar un año y comenzar otro la participaba esa noche la gente como un bien común. Más que caminar, puesto que era imposible hacerlo entre el apretado gentío, se esperaba el año en pie y con el año el abrazo interminable de amigos y de desconocidos. El 31 de diciembre, la Plaza Bolívar de Caracas se convertía en una abierta comunidad amistosa. Así no se conocieran, las gentes se abrazaban efusivamente. Desde el barandal alto de la esquina del Principal, Alfonso Ribera y los hermanos contemplaban aquel mar humano, ahogado en el efusivo entusiasmo de una desmedida alegría, tal como debieron ser la alegría y el entusiasmo con que en aquella misma plaza caraqueña se abrazaba y felicitaba el pueblo, cuando en la mañana inolvidable del 5 de julio de 1811 una voz, cargada de gloria y de futuro, salió de la Capilla Universitaria con la noticia extraordinaria de: "¡Somos libres!" "¡Tenemos República!"...

La cena de ritual, fueron a hacerla los hermanos a casa del tío José Domingo Balza, en reducido plan de familia. Fuera de los Riberas, apenas estaba Jesús Lameda, el novio de Herminia.

–¡Qué lástima que no nos podamos reunir hoy como nos reunimos el 24 –dijo doña Dositea.

–Usted sabe que mamá es muy recalcitrante y no hay quien la saque de sus casillas –respondió Adelaida Ribera.

–No es cosa de recalcitrancia, hija. ¡Aquella noche fue algo horrible! La pobre Teresa no sé cómo pudo resistir aquel golpe. Yo respeto mucho los sentimientos familiares. Dios me guarde –y se persignó al decirlo– de un trance como ese. Yo no podría resistir. Hay que ver qué clase de naturaleza tiene Teresa.

–Sí tía, pero eso no está de moda. A mí me da pena decir que en casa no se cena el Año Nuevo y que nosotras no vamos a ningún baile esa noche, porque hace no sé cuántos años se nos murió un hermano. ¡Qué dirá la gente!...

–Pues que son ustedes personas de sentimientos.

–No crea, tía; nos dicen provincianas ridículas.

–Tú me perdonarás, Adelaida –intervino Jesús Lameda– yo soy caraqueño y no sería capaz de burlarme de los nobles sentimientos que pone de manifiesto tu mamá y creo que nadie se burlaría de ustedes.

–Bueno, bueno; tú hablas como futuro yerno de los señores Riberas. Tu voto no se cuenta en este caso. Yo seguiré pensando que ninguna necesidad tiene una de estar mirando hacia atrás. La vida camina hacia adelante.

–Adelaida, tú estás exagerando la modernidad –interrumpió doña Dositea con voz solemne– Si todos los viejos fuimos una vez modernos. Nosotros tenemos la autoridad de lo que somos hoy y de lo que fuimos

ayer. Los muchachos no tienen experiencia alguna para estar echando pestes contra las buenas costumbres que siguen los mayores.

Don José Domingo no había hecho aún acto de presencia en la sala familiar. Don José Domingo estaba en el escritorio aprovechando los últimos minutos del año para poner en regla sus cuentas. "No es posible –pensaba don José Domingo– que empiece el año nuevo sin que uno tenga cortados sus balances". Don José Domingo había esperado hasta lo último cuando miró que las manecillas del reloj estaban a punto de coincidir en las doce, salió presuroso a reunirse con los suyos.

–¡Sonó el cañonazo! –gritó con voz alegre Eliseo Balza.

Se abrazaron y besaron los viejos y luego los hijos y sobrinos besaron y pidieron la bendición a los padres y a los tíos. Jesús Lameda y Herminia Ribera se habían quedado rezagados tras el espeso cortinaje.

–¡Hombre, y no vinieron para el abrazo Alfonso y los muchachos! –recordó con cariñosa palabra don José Domingo–. Con tal de que no hayan ido a parar a uno de tantos arrocitos.

–No diga eso, tío, ya deben de estar para llegar –agregó Herminia- Alfonso tenía gran curiosidad de ir a ver el abrazo en la Plaza Bolívar. Hasta en el Interior se comenta el entusiasmo y la alegría del 31 de diciembre caraqueño.

Pocos minutos después, se escuchó a la puerta la parada del coche en que andaban los Riberas. Los muchachos Balzas se adelantaron a recibir a los primos.

–¡Feliz año! ¡Feliz año! –voccaron al entrar los tres Riberas. Se cruzaron los abrazos, tomaron una copa de champaña y a requerimiento de doña Dositea, se acercaron al comedor para enfrentarse a una suculenta cena, para la cual don José Domingo había encargado el mejor pan de jamón y había conseguido un estupendo Borgoña, *mise en bouteille du chateau.* Don José Domingo era un cabalísimo *gourmet,* capaz de verdaderos actos heroicos. "El perfecto *gourmet* –decía don José Domingo– debe

de estar dispuesto a sacrificarlo todo, la salud inclusive, por una rica vianda". "¿Qué representa –preguntaba él– la amenaza de un cólico nefrítico ante el deleite de un pato a la diabla? Es preciso tener espíritu de héroe para ser un *gourmet*", repetía don José Domingo cuando se hallaba frente a una de las maravillosas viandas, por él mismo dirigidas con amor de goloso.

–Paladée usted este vino, Lameda –decía con gesto lujurioso don José Domingo– Es nada menos que un *Clos Vougeot* del año 11. Algo verdaderamente milagroso.

–¿Y cómo se ingenia usted para lograr estos tesoros? –preguntó Jesús Lameda.

–El olfato hace al perro, mi amigo. Yo olí en días pasados que don Eugenio Renier estaba liquidando parte de sus cavas. Sabe usted que Renier es un sibarita, que en sus buenos tiempos viajaba todos los años a Francia y se traía provisiones de las mejores cosechas. Vinos comprados allá a la sombra del favor de sus intrincadas relaciones. Al pobre Reinier le he venido facilitando pequeñas sumas, que él me abona en vinos y en platería. Le acabo de recibir su gran juego de cubiertos de mesa. Algo espléndido, que en vano había ofrecido a otras personas, con menos voluntad que yo para servir.

–Dios premia las buenas obras –agregó satisfecha doña Dositea.

–¿Y qué tal la Plaza, Alfonso? –preguntó Herminia Ribera.

–Jamás había visto tanta gente apiñada y con tamaña alegría. Un espectáculo muy interesante. Antes del cañonazo, nosotros nos fuimos a la esquina de arriba y allí estuvimos con los Romeros, llegados ayer de Mérida.

–¿Y qué cuentan de la tierra? –preguntó don José Domingo.

–Poca cosa. Que no había ninguna animación para las pascuas, porque le tienen pánico a la gripe. Han prohibido los bailes. A lo mejor prohiben también las *paraduras de Niño.*

Fabio Antonio, al ir hacia el dormitorio de Eliseo, tropezó en el corredor interior con una extraña mesa, hecha de carretes de hilo, y cuya presencia le hizo desandar los pasos, para acercarse a la tía y preguntarle con los dedos puestos en higa:

–Tía, ¿y esa pava espantosa que le pusieron a Eliseo cerca del dormitorio?

–¿Qué dice, muchacho?

–Esa mesa de carretes, tía; esa mesa es algo espantoso. Eso trae desgracia. El primero de enero no debe de amanecer ese bicho aquí. Vamos a tirarlo a la calle.

–Esa mesa es de Abigail, la cocinera. Mañana se la llevará.

–Pero eso es mabita pura; eso no tiene contra, tía del alma. La mabita, guiña o pava era una especie de pesadumbre para la gente de Caracas. La superstición había hecho presa en los espíritus ligeros, que veían en objetos o en personas inequívocas fuentes de mala suerte. Pero la manía caraqueña de la pava, guiña o mabita tenía una razón lógica: no suele ser catalogado de pavoso un objeto hermoso y nuevo. Lo pavoso es lo roto, lo feo, lo cursi. En nombre de la pava, las casas se ven libres de adornos sin gracia, y se ven, también, despobladas las tertulias de personas fastidiosas. Esta profilaxis del buen gusto, con muy firmes raíces en el andalucismo costeño, apenas tiene en Caracas dos curiosas excepciones: el cuero de tigre, como alfombra y como adorno de señoras, y los sonoros, hermosos, sonrosados, caracoles, que algunas personas ponen en las hojas de las puertas. También son mirados por pavosos estos artilugios. Las cosas fuera de moda y aquellas que sufrían algún desperfecto, salían de las casas camino de las clásicas "chiveras", donde a la vez les hacían par piezas íntegras y flamantes, sacrificadas por urgencias de dinero. Las chiveras de Solís, de la Marrón, del Zamuro, de la Pedrera eran suerte de sombrías ensenadas, adonde llegaban los restos materiales de los grandes naufragios sociales. En Madrid hacen camino hacia el Rastro los desechos de los palacios en ruina. En Caracas se diversificaban en las casas modestas, que servían de monte piadoso para

los necesitados. Con lo roto y lo desusado, salían más de una vez piezas cargadas de historia y de cariño familiar, recuerdos de épocas mejores para la familia, y recuerdos, también, de tiempos que dieron estimación a cuadros, retratos, porcelanas, bandejas, floreros, una hora tenidos como retablo de buen gusto, desahuciados más tarde por una irreflexiva manía de novedades. ¿Cuánto tiempo estuvo oculto en la trastienda de una venta de viejo, por los lados del Padre Sierra, el Bolívar sedente y agónico de San Pedro Alejandrino, expulsado de la casa de un político caído en desgracia, por habérsele imputado a la cera macilenta que reproducía al Padre de la Patria, extrañas cualidades de mover a la desgracia? ¿De ser esto cierto, no valdría la pena obsequiar estatuillas de Bolívar agónico, a tantos políticos como se sirven del nombre del Libertador para fingir patriotismo y pujos cívicos?...

Asintieron todos a los escrúpulos de Fabio Antonio y se aprestaban a destruir el artilugio condenado, cuando don José Domingo recordó que era necesario respetar el derecho de propiedad.

–Esa mesa no es nuestra; esa mesa es de la cocinera y no se puede tocar. Hay que respetar lo ajeno. La propiedad es un derecho sagrado, contra el cual sólo van los criminales.

A Alfonso, como recién venido del interior, no le halagaba mucho aquel negocio de guiñas y contraguiñas y se inclinó a platicar con la hermana vecina.

–Alfonso, esta tarde tropecé en la Santa Capilla con las Solórzanos y las convidé a salir mañana en la mañana. Vamos a Misa de once, en Altagracia, y de ahí podemos ir al Club Paraíso. Ellas dos, nosotras, tú y Jesús, podemos salir en el carro grande de papá. Tu sabes que él prefiere el coche.

–Tiene buen gusto el viejo. Muy agradable es el automóvil, pero nada como una victoria, con un buen par de caballos. Yo le compré hoy a Talavera un coche precioso, con dos alazanes frontinos, que son una maravilla.

–Te felicito –dijo Herminia– Pero no me has dicho si contamos contigo para la Misa de mañana.

–Al paso que me llevan ustedes me van a hacer fraile con tanta Misa. Si no fuera por la rúbrica, me negaba a acompañarlas. Las Solórzanos son muy agradables.

–Sobre todo Soledad, ¿no te parece? –preguntó la hermana con su punto de malicia.

–Sobre todo Soledad –asintió Alfonso Ribera.

XI

Lo llaman por teléfono, don Alfonso –avisó la voz de Rudecindo, mientras Ribera se anudaba la corbata frente al espejo del lavamanos.

–Diga que ya atiendo –respondió Alfonso a tiempo que de la percha retiraba el paltó de entrecasa.

–Alfonso Ribera, ¿quién llama?

–(.....)

–Ah, cuánto gusto en oírlo, doctor Urdaneta. ¿Cómo le está yendo en Caracas?

–(.....)

–Yo estoy bien, gracias.

–(.....)

–Sí, sí, con mucho gusto, doctor Urdaneta.

–(.....)

–Justamente me estoy vistiendo para ir a ver a papá. ¿Dónde está usted?

–(.....)

–Ah, en el Klindt. Pues estamos muy cerca. Dentro de media hora lo aguardo en el escritorio y tendré mucho gusto en presentarlo a papá.

–(.....)

–¡Adiós!

Colgó el auricular, se cambió de paltó y no sin antes ir a la alcoba de doña Teresa, quien había atrapado un resfrío con los hielos de enero, Alfonso Ribera se dirigió al vecino escritorio del padre. Más de tres personas esperaban ser recibidas por el influente capitoste. Alfonso saludó a los mecanógrafos y a los abogados que ayudaban al doctor Ribera y preguntó al portero si su padre estaba solo.

–No, en este momento está con el doctor Crisanto Buroz.

–Yo voy, mientras tanto, al salón de conferencias. Cuando llegue el doctor Hermógenes Urdaneta, me hace el favor de pasarlo allá –dijo Alfonso Ribera al portero.

Apenas Alfonso advirtió que el padre había quedado solo, empujó la puerta que comunicaba la sala de conferencias con el despacho paterno y después de saludar a don Vicente le dijo:

–Papá, me tomé la libertad de hacerle una cita ahora mismo con usted al doctor Hermógenes Urdaneta, abogado de Maracaibo, que hizo conmigo el viaje hasta La Guaira. Es una excelente persona y me manifestó que tiene un gran interés en hablar con usted algo relacionado con asuntos petroleros de Maracaibo.

–Con mucho gusto, debe ser algo interesante lo que trae entre manos. Espéralo en el salón, mientras yo hablo con un corredor que me está ofreciendo una casa.

Pocos minutos más tarde el portero penetraba en compañía de Hermógenes Urdaneta.

–¡Buenos días, don Alfonso!

–Buenos días, doctor Urdaneta. Tome asiento. ¿Cómo está usted?

–Yo estoy muy bien. He tenido unas Pascuas magníficas, a pesar de estar lejos de la familia. Tengo acá algunos buenos amigos de Maracaibo.

–¿Y nuestra amiga traviesa del barco? ¿La ha visto?

–Ciertamente, y lo recordamos a usted con cariño. Esa chica es buena, aunque parece picada de centella. Creo que al doctor Carías lo tiene atrapado en sus redes.

–Se veía venir. Al él le picó la centella apenas la conoció.

–¡Alfonso! –llamó la voz fuerte del doctor Ribera.

Inmediatamente Alfonso condujo al doctor Hermógenes Urdaneta a la presencia de su padre.

–Mi amigo el doctor Urdaneta –dijo Alfonso a don Vicente.

–Mucho gusto, doctor Urdaneta. Haga el favor de sentarse. Tomó asiento cerca del viejo Ribera el doctor Urdaneta y avanzó a decir:

–Tuve el gusto de conocer en el viaje a don Alfonso y me he atrevido a pedirle que me hiciera el honor de presentarme a usted. Yo vine a tratar con los abogados de la *British* un asunto relacionado con algunos clientes de mi escritorio, pero en el doctor Buroz he hallado una terrible resistencia para llegar a una solución de equidad. Antes de ir a los Tribunales, yo prefiero cualquier arreglo y persona que sabe lo que usted pesa, me recomendó tratarle el caso, por si usted quisiera asumir junto con nosotros la representación de nuestros clientes.

–¿Y cuál es la materia litigada?

–Pues mis clientes poseen una vasta extensión de tierras en el Distrito Mara, donde la *British* tiene concesiones, y el derecho de piso de mis clientes pretende la compañía desconocerlo y les propone un arreglo vergonzoso.

–Yo comenzaré por decirle que en el presente caso me es moralmente imposible mediar como apoderado de sus clientes, pues tengo compromisos con la *British*. Justamente acaba de estar conmigo el doctor Crisanto Buroz. Yo creo, doctor Urdaneta, que no es patriótico oponer tantos obstáculos a los planes de las compañías. Fíjese usted en lo que espera a Maracaibo cuando esté en pleno desarrollo la industria del petróleo y lo que espera a la República. Nuestro porvenir está en la industria petrolera.

–No lo niego yo, doctor Ribera; pero usted me permitirá que le exponga mi disconformidad con su tesis optimista. Venezuela son los hombres que viven sobre la tierra donde se esconde el petróleo. Venezuela no es el petróleo. Esa riqueza que guarda nuestro suelo es para beneficio del pueblo y no para lucro de los extranjeros. Si empezamos desconociendo los intereses de los propietarios de la superficie, no sé dónde acabaremos.

–¿Pero olvida usted que el petróleo es del Estado?

–Doctor, yo soy muy poca cosa para discutirle. Me he acercado a usted sólo para intentar que me ayude a defender a unos compatriotas que ven negados sus derechos por una empresa poderosa, que en Maracaibo cuenta con la complacencia de las autoridades políticas y con el favor de algunos jueces. Yo he creído de justicia asumir la representación de unos propietarios que se miran amenazados de despojo.

–Doctor Urdaneta, ¿olvida usted que las leyes han fijado plazos fatales?

–Sí, doctor Ribera. Pero el problema petrolero se ha venido tratando a puerta cerrada y de espaldas al pueblo. En Venezuela no hay diálogo. Venezuela vive un espantoso monólogo. Con respecto al petróleo, yo divido la población de Venezuela en dos: una parte cree, por la cercanía de la ventaja, en los grandes beneficios que reportarán las compañías extranjeras; y otra que considera el petróleo como un mero tema para fantasear. El pueblo, en realidad, no sabe nada de lo que está ocurriendo.

–¿Qué pueblo, doctor? –preguntó con fina ironía el doctor Vicente Ribera.

–Pues el pueblo, la nación, los hombres que forman el país. Usted dice que el petróleo nos traerá riquezas y progreso. ¿Ese plural a quién lo refiere usted? Supongo que a Venezuela; pero Venezuela, doctor, son sus hombres y no su superficie, ni su subsuelo. Si comenzamos despojando al criollo en beneficio del forastero, ya es de calcular el rumbo que tomará el país. Yo creo que las naciones se hacen sobre el valor humano de la población y no sobre el mérito de unos edificios de ladrillo.

–Doctor Urdaneta, en usted se adivina el entusiasmo y el talento, pero con sus ideas está expuesto a sufrir mucho. Me ha dicho usted una serie de imprudencias que lo acusan como enemigo de la situación.

–Doctor, ¿se atreve usted a llamarme enemigo del Gobierno?

–Me limito a advertirle el riesgo que corre con su manera de pensar. Yo tengo autoridad de años para darle un buen consejo. No insista en la defensa de sus clientes y hable sin el fuego y sin las convicciones que pone en resalto.

–Doctor, yo no soy político, sino un abogado honrado.

–No dudo, doctor Urdaneta, de su honradez. Quiero simplemente alertarlo. Usted no tiene necesidad de exponerse por sus clientes.

Hermógenes Urdaneta sabía gobernar sus pasiones. Hermógenes Urdaneta comprendió que estaba jugando su libertad personal. Hermógenes Urdaneta tuvo la intuición de que se hallaba ante una de las más cabales presencias de la Venezuela adúltera, que había ocupado el sitio donde brilló el decoro y la dignidad antigua. Hermógenes Urdaneta calló y se puso de pies.

–Doctor Ribera, usted excusará que haya venido a molestarlo. Mucho agradezco que quisiera recibirme. En Maracaibo estoy a sus órdenes.

Extendió Hermógenes Urdaneta la mano vigorosa al doctor Vicente Ribera y advirtió que la mano de éste era fría, pesada, inexpresiva, como de un hombre que tuviese sangre de pez. Alfonso Ribera acompañó al amigo hasta la puerta y volvió luego al lado del padre inmutable.

–Me perdonará, papá, que le haya traído un visitante tan desagradable. En el barco me pareció persona muy fina.

–¿Y quién te dice que no es fino? Tiene maneras y señorío que denotan una refinada educación, y tan sincero es, que se le ve el corazón sobre la lengua.

–Si fue educado en Bélgica.

–Ya se le adivina el mundo y se aprecia su honradez. Es, en cambio, un mozo equivocado, con la cabeza llena de grillos. Ojalá y no le pase algo. Puede que no esté metido en nada contra el Gobierno, pero es candidato para el Castillo. Maracaibo se ha distinguido siempre por el espíritu levantisco, y por esa razón no ha conseguido las cosas que necesita. Jamás los maracaiberos han sabido pedir. Ellos reclaman en tono airado, que desagrada a los gobernantes. Recuerda lo que hicieron hace dos años a José María García. Ese es un pueblo indisciplinado, revoltoso, inconforme. Ese pueblo engendra ilusos, como tu amigo Urdaneta.

XII

La quinta vez que Alfonso Ribera se halló frente a Soledad Solórzano comprendió que su destino estaba definitivamente ligado al destino de aquella graciosa, bella, prudente mujer.

Soledad Solórzano se hallaba de visita donde los Riberas. Eran las seis de la tarde cuando los alazanes del coche de Alfonso Ribera chacearon a la puerta de la casa de sus padres. Al saltar del vehículo, Alfonso advirtió que estaba puesta a la ventana, en compañía de la pícara Adelaida, la maravillosa Soledad Solórzano.

Desde el primer momento, cuando la conoció en la Plaza Bolívar, Alfonso Ribera empezó a sufrir los efectos que en su espíritu dejaban los ojos, la palabra, la presencia toda de la encantadora mujer. Aun sin la historia que le refirió su padre, Soledad Solórzano habría terminado por desalojar de su corazón a la voluptuosa Elisa Govea. Las dos no soportaban el paralelo, pero fue a la hora llena de la dulce y tierna luz del atardecer, cuando las mujeres y los niños y las flores lucen más delicadas y suaves, cuando, también, Alfonso se sintió alumbrado hasta el hondón del espíritu por el rayo de luz partido de los ojos de Soledad. Se acercó a la ventana y saludó a su amiga, que ya no sería más amiga, sino la amada sin par. Al darle la mano, sintió que le temblaba hasta el alma. Cuatro veces había estado antes en su compañía, pero sólo entonces comprendió que al mirarla por la vez primera, había quedado su vida amarrada definitivamente a la vida de Soledad Solórzano.

Como verdadero enamorado, no penetró a los salones de la casa, sino prefirió hacer visita ventanera a Soledad y a la hermana. ¿Se había

adelantado Adelaida al romance del hermano? ¿Había adivinado la avispada Adelaida lo que ya ocurría en el interior del hermético Alfonso? Lo cierto fue que, pretextando cualquier cosa, abandonó el poyo de la ventana y dejó solos a Alfonso y a Soledad.

¿Cuál habló primero? En ley común, debía de ser el caballero; en un tímido y orgulloso montañés, posible sería pensar que insinuara la charla sobre frase intrascendente, la discreta y avisada Soledad.

–Soledad, ninguna mujer me ha apasionado antes de usted –respondió Alfonso a las palabras con que aquella inquiría sobre sus impresiones caraqueñas.

–Ojalá sea así, Alfonso –respondió Soledad, con voz que revelaba la reprimida emoción.

–Crea, Soledad, desde que la vi me siento profundamente enamorado de usted, y si me aceptara, me casaría en el acto.

–Usted me ha caído también muy simpático, Alfonso; pero vamos despacio. Tal vez se trate de un pasajero entusiasmo.

–Yo seré su pasajero hasta la muerte, Soledad.

Más expresiva y rotunda no podía ser la declaración de Alfonso Ribera. Tampoco podía ser menos segura la respuesta de Soledad Solórzano. Adelaida apareció de nuevo e interrumpió el vivo romance de palabras, que, ante la amable testigo, hubo de recogerse a la expresiva mirada.

–¿Por qué no invitas a Soledad a ir mañana al teatro? –dijo Alfonso a la hermana.

–Guá, chico, si eres tú quien la estás invitando. A ella toca aceptar sin necesidad de que yo intervenga.

–Yo, con mucho gusto, Alfonso, y *mercí* por la invitación, pero la que manda es mamá. Le responderé esta misma noche por teléfono a Adelaida.

Las hermanas hubieran deseado ir con Alfonso al Teatro Caracas, tan querido por la gente de la capital. En las reuniones de esta simpática sala, junto con las galas de las damas, se ponía en resalto la alegría, el donaire y la elegancia que aquellas sabían derramar a sonrisas llenas. Lo reducido del teatro daba cierto calor de intimidad a la reunión, que en la Caracas de las primeras décadas del Siglo XX resultaba casi familiar, pues todos los concurrentes, salvo uno que otro provinciano recién llegado se conocían y se saludaban. En la historia social de la capital, el Teatro Caracas ocupaba un sitio especialísimo. Si en el Teatro Municipal la Opera y la gran comedia pedían las altas galas de escotes y de fraques, en el Caracas, la zarzuela y el género chico cobraban una fina gracia de cercanía y un encanto de inmediatez, como para hacer sentir que el palco escénico fuera una verdadera prolongación de la platea. Tardes y noches alegres del Caracas, que, sin sospechar la desgracia, caminaban a grandes pasos por aquellos días hacia el término fatal que puso al inolvidable coliseo la voracidad de las llamas desatadas el siguiente abril, en plena función teatral. Sin embargo, en aquella ocasión las Riberas no pudieron llevar al hermano al gracioso coliseo de la Pelota. Para aquella tarde el Teatro no había avisado espectáculo alguno y Adelaida sugirió ir al "Princesa", para ver la famosa película "Tosca", protagonizada por la Bertini, D'Antonio y Serena. Era la época del cine mudo, cuando la gran artista Francesca Bertini ocupaba el centro de la atención cineasta del mundo, y cuando para alabar la silueta de alguna bella mujer se la comparaba con la artista extraordinaria. Para acercar la visión de la cita a la realidad de la ópera, la orquesta tocaba la deliciosa partitura de Puccini, y mientras cinta y música rodaban, Adelaida repetía a baja voz la letra de:

Recondita armonia
di bellezze diverse!... E'bruna Floria
Pardente amante mía
E te, nobile fior, cinge la gloria
dell'ampie chiome bionde!...

Si de la retreta matinal de la Plaza Bolívar se pasaba indefectiblemente a "La India" o a cualquiera otra de las salas que rodeaban la plaza, era, también, nota de elegancia convidar al chocolate a la salida del teatro.

"La India" era el sitio elegante para el refuerzo calórico reclamado por las noches frías de Caracas, cuando los caballeros se veían forzados a echarse encima la capa castiza o el macferland a la inglesa. Los hombres corrientes, los estudiantes, el pueblo, los mismos empingorotados señores, cuando andaban de picos pardos, cumplían este rito de apuntalamiento alimenticio en los ambulantes puestos, donde se vendían las populares tostadas y el espumoso café con leche. Las tostadas, ya de queso y mantequilla, ya de cochino o de diablitos, eran un bocado sacramental para los noctívagos caraqueños. La arepa fiel, cómodamente montada sobre la ardorosa parrilla del carrito trashumante, seguía los pasos del hombre nocharniego. Sabía la arepa a pueblo, a tierra, a gloria enraizada en la propia conciencia de un mundo cargado de dolor y de esperanza. Al carrito de las tostadas solía acercarse el pantagruélico Guillermito Austria, y la lengua malhablada del agudo y festivo Leoncio Martínez apuntaba que el poeta, mientras engullía veinte, ordenaba al tostadero que le aprestase otras tantas. A fuerza de comer, a Guillermito quedaron del ala de las musas apenas unas "cenizas de emoción".

¡"La India" se ha perpetuado, justamente, por el fino cacao que lleva su nombre! El hirviente chocolate que se servía en la recordada sala caraqueña era, en realidad, una bebida de dioses. *Theobroma cacao* fue el nombre que Linneo oficializó para la milagrosa almendra con que el Nuevo Mundo saldó a la concupiscencia renacentista de Europa el fletamento de las carabelas colombinas. Verdadero néctar de dioses, el cacao de América parece no tener par en el orden de las bebidas del mundo. De la mesa de Moctezuma a la mesa del gotoso Felipe II, el cacao completó un verdadero ciclo vital. Enriqueció al criollo, a la par del oro y de la plata. Fue en Venezuela, junto con el tabaco y el añil, el fruto que hizo la riqueza de la sociedad colonial. El café confina con la República. El café se desarrolló como valor económico, cuando ya la revolución agitaba los aires suaves y tiernos de "La Floresta" y de "Blandín". El cacao había dado fuerza al criollo para cambiar su estado de hidalguía por papeles de nobleza. Sobre el respaldo de las hanegadas de oloroso cacao nacieron y durmieron los marqueses y los condes de nuevo cuño. En España, para ganar el favor de la gente palatina, los administradores de la Real Compañía Guipuzcoana distribuían finos

panes de cacao de Caracas. Todavía, a la empingorotada gente que en "La India" sorbía la deliciosa bebida, se la llamaba "grandes cacaos". Toda una lección de economía política contenida en dos breves palabras. A los nuevos señores de la riqueza hecha a base de petróleo, se les podrá llamar mañana "grandes petróleos". Como ayer el cacao simbolizó, hasta dar su nombre, a la fuerza económica de la oligarquía colonial, al sancocho de la nueva oligarquía sin papeles se la podrá denominar mañana oligarquía del petróleo. El crudo, negro, maloliente petróleo será, en realidad, el símbolo terrible de la nueva era de la República.

–No dirás que el cacao chorote que tomamos en Mérida sea mejor que éste –dijo con sorna Adelaida al alegre y felicísimo Alfonso.

–Tú estás muy fastidiosa, hermanita. Son cosas distintas, y allá tomamos también el cacao en esta misma forma. El chorote es el modo de la gente antigua. A ti se te va a olvidar hasta el nombre.

–¡Guá, miren al andino! No te enfades tanto.

–¡Cómo voy a estar enfadado! ¡Si nunca he tenido mejor espíritu!

–Eso es otra cosa. El espíritu alegre se te ve por encima de la ropa, pero a condición de que no recuerden a Mérida.

–No sé qué quieres decir; pero yo recuerdo a Mérida con el cariño de quien quiere a la tierra donde ha nacido. ¿Usted, Soledad, recordará con gusto a Caracas cuando mañana esté en París?

–Claro que sí. Una está obligada a querer a su tierra natal.

–Pero tú casi le has hecho una invitación a Soledad para ir juntos a París. Andate despacio, hermanito.

Soledad Solórzano no tuvo suficiente gobierno para evitar que toda la sangre le afluyese al rostro. El mismo Alfonso se sintió cohibido después de la chota de la hermana. Jesús Lameda y Herminia se dieron una mirada de inteligencia, que captó rápidamente Alcira, la hermana de Soledad.

–¿Con quién está sentado allá al fondo Perico Núñez? –preguntó Alcira para variar la conversación.

Volvió Alfonso la mirada hacia el sitio donde estaba Perico Núñez y halló que estaba platicando con el ingeniero Carías y con Leticia Leiva y la madre de ésta.

–Esa gente vino conmigo de Maracaibo. La muchacha es de pronóstico. Todo lo bonita que es lo tiene de impertinente.

–Es preciosa –agregó Soledad Solórzano.

–Pero hay quien lo sea más –le susurró muy cerca al oído Alfonso Ribera.

XIII

Suele decirse que Dios los cría y el diablo los junta, pero en el caso de Hermógenes Urdaneta y de Jacinto Fernández no hubo intervención diabólica alguna para explicar su amistad. Así fueran de un natural completamente opuesto –violento el uno, apacible y reflexivo el otro– una profunda simpatía surgió entre ellos cuando fueron presentados, a las puertas del Hotel Klindt, por Asdrúbal Carías. Hermógenes Urdaneta, al salir de su desagradable entrevista con don Vicente Ribera, recibió como una ducha refrescante las primeras palabras salidas de labios de Jacinto Fernández:

–Convéncete, Asdrúbal, éste es un país al borde de la ruina. Quédate haciendo caminos o levantando modestas quintas en El Paraíso. No te contrates con los petroleros.

–No puedo renunciar a mi porvenir, Jacinto. La Compañía me ofrece un sueldo que nadie me garantiza en otra parte y, óyelo bien, es preciso ayudar a los hombres que traerán el dinero para la transformación de nuestra afligida geografía.

–Nosotros lo que necesitamos, Asdrúbal, es transformar el medio moral.

Tal vez temeroso de los espontáneos espías, Asdrúbal Carías tomó del brazo a Jacinto Fernández y a Hermógenes Urdaneta y les dijo:

–Entremos donde Strich, para tomarnos una cerveza.

Los amigos obedecieron y pronto estuvieron en la cervecería frente a sendas lisas de rubia y burbujeante cerveza.

–A usted no le habrá de gustar nuestra cerveza, señor Urdaneta –dijo Jacinto Fernández– Tienen ustedes la mejor cerveza de Venezuela, aunque hay quienes digan que es superior la de Ciudad Bolívar.

–Esta cerveza no está mal –contestó Hermógenes Urdaneta después de saborearla.

–¿Usted es también ingeniero, señor Urdaneta? –preguntó Jacinto Fernández.

–No, señor. Soy abogado. Ejerzo en Maracaibo y he venido a tratar aquí algunas cosas relacionadas con los problemas petroleros.

–¿Representa usted a alguna Compañía?

–No, señor. Soy abogado de unos propietarios de tierras atropellados por la *British.*

"¡Mi hombre!", pensó para sí Jacinto Fernández. Con extraordinaria prudencia, en medio de su natural explosivo y violento, Jacinto Fernández venía trabajando en una conspiración que intentaban algunos jóvenes militares, con quienes el doctor Pedro Manuel Ruiz lo había puesto en contacto. Así difirieran profundamente de temperamento, Jacinto Fernández y el Capitán Miguel Parra Entrena habían llegado a hacer.una amistad fraternal. Miguel Parra Entrena se había formado en la Academia Militar. Inteligente, estudioso, severo cumplidor de su deber, Miguel Parra Entrena era un acabado ejemplar del viejo hombre de los Andes. Correcto sin gazmoñería, patriota sin estridencias, valiente sin guapetonería, era entre su grupo un altivo testimonio de la nobleza que debe acompañar al militar en servicio. Sin mayor esfuerzo, Miguel Parra Entrena había intuido claramente que las fuerzas armadas son una mera parte del pueblo, a quien éste confía la defensa del territorio nacional y la guarda de las instituciones cívicas. No se resignaba el austero oficial a mirar al pueblo vestido de uniforme, puesto como vil instrumento al servicio de apetencias personales. El quería que el Ejército conquistase su elevada y noble misión de brazo encargado de hacer efectivos los derechos del pueblo y de garantizar permanentemen-

te a éste su libertad y su justicia. Su austeridad y su rectitud personal eran prenda de la sinceridad de sus propósitos revolucionarios. Sabía que el valor y la inteligencia no se contradicen y en sus copiosas lecturas había aprendido que Hoche era devoto de Montaigne y de Rabelais y que Bolívar ganaba fuerza para sus planes guerreros en la lectura de Diderot y del Quijote. Sabía, también, que el militar sin desprendimiento se convierte en un atracador uniformado.

Miguel Parra Entrena trabajaba en llave con Jacinto Fernández. Sin revelar a nadie el nombre de su amigo, Fernández estaba apalabrado con un grupo de civiles, que se harían presentes a la hora de la verdad. Justamente, precisaba hacer contactos con Maracaibo, cuya guarnición la comandaba el General Olegario Salas, a quien se debía neutralizar desde el primer momento. Jacinto Fernández pensó al golpe en la posibilidad de comprometer a Hermógenes Urdaneta. El conspirador se impuso sobre el hombre de principios y Jacinto Fernández comenzó por dejar que el nuevo amigo llevase el hilo de la conversación, tratando así de descubrir sus íntimas voliciones.

Una, dos, tres rondas de cerveza y la plática de los amigos se mantuvo en una anodina intrascendencia que Jacinto Fernández no intentó romper. ¿Acaso, juzgó él, no se sentirá cohibido por la propia posición profesional de Asdrúbal Carías? Cuando el reloj de la vecina Catedral dio las doce, Carías se levantó y dio excusas por tener que separarse. A esa hora tenía un compromiso impostergable.

Ya solos Urdaneta y Fernández, éste deslizó la conversación nuevamente sobre el tema petrolero.

–En Maracaibo hay mucha gente llena de optimismo por la futura riqueza. Nadie puede negar que la explotación petrolera abrirá infinitas posibilidades al país, pero se ha procedido sin mirar al interés permanente del pueblo. Estamos vendiendo a Venezuela, amigo Fernández; estamos entregando al Diablo la riqueza y el decoro del país.

–¿Quiere usted que almorcemos juntos, doctor Urdaneta? Me agradaría seguir oyéndolo. A mí me interesa mucho este tipo de problemas.

–Con mucho gusto, amigo Fernández. ¿Por qué no viene usted a mi mesa del Hotel? Le prometo que hay buena cocina.

–Como usted guste, doctor; pero me apena el cambio, pues fui yo quien invité.

–Le queda el recurso de convidar otra cerveza.

El salonero reemplazó por dos nuevos los vacíos pumpaes, y una vez apurados, los amigos se dirigieron al vecino Hotel, donde hacía posada el doctor Urdaneta.

–¿Decía usted, doctor, que lo trajeron a Caracas asuntos relacionados con un conflicto de derechos entre criollos propietarios de tierras y una Compañía extranjera?

–Sí, señor. Vine a eso. Estuve con el Ministro de Fomento; hablé con el doctor Crisanto Buroz, abogado de la *British,* y por último abordé el problema al doctor Vicente Ribera, de quien se me dice que es una especie de nudo poderosísimo entre el Gobierno y las empresas extranjeras.

–Yo no diría nudo, doctor; yo diría cloaca de empotramiento entre la inmundicia de acá y la inmundicia de allá. ¿Y usted conocía desde antes al vagabundo de Ribera?

–No, pero viajé desde Maracaibo con su hijo Alfonso.

–No he querido conocerlo, pues debe ser una astilla de la misma leña. Son unos carajos.

–Crea, Fernández, que a mí me dio asco lo que acabo de escuchar a Vicente Ribera. Jamás creí que cupiera tanta desvergüenza en el pellejo de un solo hombre.

–Ese no es un hombre solo; en ese bicho hay varios vagabundos juntos. Tiene líos con el Gobierno; tiene parte con los ingleses y con los

americanos; está metido en trácalas con otros escritorios de acá; tiene remates; es contrabandista; es un carajo a toda vela.

–Desgraciadamente, amigo Fernández, es el medio. Nuestro país está muy corrompido. Nuestros hombres no han tenido nunca moral. Yo no soy político, pero me intereso profundamente por los problemas de Venezuela. Nuestros hombres sufren una grave crisis de conciencia desde hace muchos años. Hemos vivido de apariencias. Hemos sido una terrible farsa. Para usted examinar la moral de muchos de nuestros grandes políticos, necesitaría bajar con antorchas a las cuevas sombrías de su conciencia. En el fondo de esos hombres desandaron los espantos. Yo no le echo a los andinos la responsabilidad de lo que ocurre en Venezuela. No han sido los hombres de la Cordillera los que corrompieron la política. Cuando Castro llegó, la procesión iba ya muy lejos. Nuestra crisis viene de muy atrás. Hemos carecido de verdaderos dirigentes. Vea usted cómo en cada época hemos sido empujados por los subalternos intereses del momento. Desde las barricadas se habla un lenguaje que se olvida cuando se llega al Poder. Próceres frustrados, apóstoles de la hora del hambre ¿Ha visto usted alguna vez a un político abandonar voluntariamente una posición holgada para pasarse a la revolución? No, mi amigo. Aquí estamos hechos a ver a los adalides de la libertad convertidos en bastoneros cuando se les presenta la oportunidad de recibir una buena paga.

–Yo me siento aliviado cuando escucho a algún compatriota hablar como usted. ¡Son tan pocos los que sienten honradamente!

–No lo crea usted, Fernández. Yo he tropezado con muchos compatriotas dignos, que soportan en silencio la cruz de nuestras desgracias. Aún he visto en servicio del Gobierno a personas honradas a quienes los intereses creados no les permiten obrar con libertad. Recuerde que en Venezuela son muy pocas las oportunidades que se ofrecen al hombre común para abrirse camino. Hay una gran mayoría que cae fatalmente en el empleísmo. Otra cosa, Fernández: ¿qué conducta política han exhibido los hombres que ocupan y que ocuparon los primeros puestos en el mundo de la cultura? Buen ejemplo cívico el de un César Zumeta, un Gil Fortoul, un Luis Razetti, un Díaz Rodríguez, un Guevara Rojas,

tan exhibidos en el mundo venezolano. Los jóvenes no se sienten estimulados por la lección de los hombres vistos como mejores. No pida usted que un muchacho que vea posibilidad de medro en cargos públicos se ponga voluntariamente en el camino de Arévalo González, de Luis Espelozín, de Edmundo Chaumer. ¿Se ha dado alguna vez a la memoria de Palacio Fajardo, de Roscio, de Bello, de Peñalver, de Rafael María Baralt, de Vargas, de Fermín Toro, de Morales Marcano, de Pérez Bonalde, de Eusebio Baptista, de Cecilio Acosta, sitio que en nuestras escuelas siquiera los iguale para la docencia con el recuerdo de Páez, de Plaza, del Negro Primero, de Zamora o de Matías Salazar? ¿Se acuerda alguien de aquel extraordinario varón llamado el Padre Jáuregui, a quien Castro extrañó del país? ¿No se mienta, acaso, con ribetes de idota a Félix Montes, por haber admitido ser candidato a la Presidencia de la República? ¿No se dice a cada rato que Arévalo es un loco? Esa tradición viva, dolorosa, desgarrada, precisa exaltarla con fervorosa devoción, como antídoto contra las tesis de quienes sostienen que este país no puede ser gobernado sino a patadas. Recuerde que en nuestra jerga común se llama desafortunado a quien no está con el Gobierno, y recuerde, también, que muchos enemigos del régimen de turno son simples despechados, que no alcanzaron la gracia de los dispensadores de prebendas. Con los dedos puede contar usted a los hombres que empezaron su lucha contra Gómez renunciándole voluntariamente un alto cargo. El año pasado vi en Maracaibo un caso tremendo. Cuando los sucesos de Aranguren, se sospechó que un oficial de Policía hubiera estado comprometido en un complot para asesinar a José María García. Se hicieron las averiguaciones y el acusado no revelaba nada. Alguien ordenó, delante del Secretario de la Gobernación, que le pusieran un cepo hasta matarlo. El Secretario había asistido al interrogatorio y había llegado a la conclusión de que el indiciado era inocente. Cuando él lo vio salir hacia el lugar donde iba a ser torturado, sintió un ímpetu invencible de acompañar a la víctima en su tormento. Logró lo que se proponía. Evitó que al hombre lo mataran. Pero, Fernández, la peor parte me tocó a mí. A altas horas de la noche fui sorprendido por unos golpes nerviosos a la puerta de mi casa. Abrí y entró llorando el Secretario, persona muy vinculada a mi familia. "¿Qué te pasa?", le dije. El hombre lloraba y sollozaba, sin poner término a su angustia. "¿Qué te ocurre, Antonio?", le pregunté nuevamente estrechándolo entre mis brazos. El hombre era

un largo, profundo, espantoso sollozo. A mi tercera pregunta, me respondió con voz entrecortada por las lágrimas: "Hermógenes, he visto torturar a un hombre". Los sollozos fueron calmándose y me refirió lo que acabo de contar a usted. Tal era el pavor que aún le duraba, que yo, yo mismo, a la distancia, vi cómo apretaban las cuerdas que unían a los fusiles colocados entre los brazos y entre las corvas, para doblar cada vez más la arqueada columna vertebral. Lejos, a la distancia, yo escuché los quejidos del infeliz, ya sin fuerzas para seguir repitiendo: "Soy i no cente", "No sé nada", "Soy un i no cen te". Ese amigo, para salvar la vida de un hombre, se expuso a presenciar el pavoroso espectáculo de una tortura.

–Usted me pinta una cosa tremenda, doctor Urdaneta; yo no he visto torturar, pero cierta vez que fui a dar a la Rotunda, oí los gritos espantosos de un hombre a quien habían colgado por los testículos. Yo soy cristiano, pero no me resigno a ver justificada la Inquisición. Me parece algo monstruoso hacer sufrir a un hombre para que declare un secreto. En algún libro leí en estos días que "gozar con el sufrimiento del prójimo, es decir, gozar con la tortura, es ser un lujurioso de la muerte". Una inversión, en el plano del dolor, de la lujuria sexual.

–Bueno el símil, amigo Fernández; parece de un poeta de entrañas transidas por el sufrimiento ajeno. Al borde desde el cual los criminales gozan la lujuria de la muerte, fue llevado ese buen amigo mío, forzado a seguir trabajando entre aquella cáfila de criminales, para ganarse el pan de sus hijos. Debemos hacer algo por libertar a esa clase, sufrida, angustiada, anonadada, que padece humillaciones para poder vivir. Es espantosa la tragedia de tanto padre de familia y de tanto hombre honrado, a quienes un absurdo sistema burocrático, adherido a la politiquería, obliga a fingir adhesión que no siente, para poder asegurar la existencia. Ese crimen, Urdaneta, no se lo podemos cargar a Gómez ni a sus generales semianalfabetos; ese crimen pesa sobre los hombres de las letras, sobre los hombres de la ciencia, sobre los abogados, sobre los comerciantes, sobre los empresarios, empeñados en defender la irresponsabilidad del régulo de turno, y que alegan, para justificar la provechosa barbarie de los poderosos, que el pueblo está lleno de vicios y de defectos irremediables. Urge, Fernández, promover el renacimiento

de la ambición heroica que dio derecho al pueblo antiguo para convertirse en República y por medio de la cual lleguemos a crear nuevamente sistemas de vida que expresen el querer y la necesidad colectiva y no la apetencia y el capricho de un grupo. Hay que enseñar al pueblo y a los gobernantes que la vida es santa y que la libertad es sagrada, por cuanto es la manera de expresarse el espíritu. La Providencia concedió a Venezuela el don excepcionalísimo de haber derramado a torrentes su sangre por la libertad de América. ¿No estamos históricamente comprometidos con aquella sangre bendita?...

Jacinto Fernández se sintió profundamente impresionado por las nobles palabras de Hermógenes Urdaneta; mas no quiso dar su gran prenda aún, así Urdaneta se hubiera mostrado hombre en pugna moral con el régimen. Pese a ser él más joven, se sentía con mayor malicia. Urdaneta le pareció un hombre honrado, pero lo juzgó un poco indiscreto. ¿Por qué le había abierto Urdaneta la puerta de su conciencia, así no más, como si fueran viejos amigos? Precisaba esperar. El tiempo quiere tiempo.

¿Cuánto más permanecerá usted en Caracas, doctor Urdaneta?

–Una semana, justo. Saldré en el "Filadelfia" del próximo miércoles, para hacer enlace en Curazao.

–¿Entonces volveremos a vernos? ¿Quiere usted almorzar conmigo el viernes próximo?

–Encantado, Fernández.

–Vendré a buscarlo cerca de las doce. Quiero llevarlo a almorzar con Juan España, en El Valle.

–¿Juan España, el poeta de "El Alfarero"?

–El mismo. Hombre bueno y sencillo. Como usted y como yo, enemigo de la situación política. Y hombre de abajo, doctor. A este pueblo no lo salvará la gente de arriba. A este pueblo lo salvará la gente de abajo, que al subir no se alíe con los enemigos de ayer, para ir contra el pueblo de donde viene.

XIV

El carnaval era en aquel tiempo una fiesta culta, alegre, elegante. El agua, la harina y los huevos podridos con que se jugó antaño, habían sido eliminados por completo. Su iniciativa estaba en manos del Gobierno distrital. Una Junta era nombrada para el arreglo de los eventos. A disposición de la Junta se ponían el día de la carrera inaugural todos los vehículos de alquiler de la ciudad: automóviles, victorias y landoes. La Junta los distribuía entre las familias principales y las empresas quedaban autorizadas para modificar a su gusto las tarifas para las tardes del domingo, el lunes y el martes. Cipriano Castro encabezó, como lo hizo Guzmán Blanco, la carrera inaugural. Castro era hombre sereno, confiado en su extraordinario valor personal, y cuando en el Carnaval de 1900, al llegar a la Romualda, un enemigo le disparó el revólver, continuó tranquilo, lanzando flores y almendras a las ventanas iluminadas por la sonrisa de las graciosas caraqueñas. Cuando Gómez, solía presidir la carrera el Gobernador de Caracas. Gómez era demasiado serio para hacer otra cosa que mirar desde el balcón de su casa maracayera el paso de las carrozas.

A las cinco de la tarde comenzaba el desfile en la esquina de La Torre, vía abajo, por la calle real de Candelaria, para enrumbar hacia Miguelacho, tomar hacia Salvador de León, seguir a Peláez, cruzar de nuevo hacia el Mamey, para buscar otra vez la calle Este 1. En el desfile, presidido por la Reina y su corte, figuraban artísticas carrozas, ocupadas por las más graciosas damas de la capital: las Chinas, las Pastoras de Watteau, las Pintoras de Montmartre, las Egipcias, las Walquirias, aún son recordadas por la gente vieja de la ciudad, al igual de la elegante y burlesca carroza ocupada por doce o más caballeros de postín, vestidos a

la Vitoco, con el propio Vito Modesto Franklin a la cabeza, y la extraña, admirable representación del Jorobado de Nuestra Señora, que hizo la fiesta en los últimos grandes carnavales caraqueños.

Las cuatro tardes ocurrían los desfiles de carrozas, automóviles y coches, éstos adornados de telas vistosas, los choferes y los portillones, también, de llamativo atuendo. En determinadas esquinas y plazas y aun al frente de casas particulares, se elevaban templetes, donde el juego con los desfilantes adquiría carácter de carga nutrida. Las serpentinas, el confetti, los caramelos, los huevos llenos de papelillos, era, con las rosas y los claveles, el material de la mómica batalla. La gente rica lanzaba juguetes, adornos y bombones, y aun había quienes hacían llegar a las damas cajas de ricas esencias. El agua de Colonia, el Bayrun y el agua de Florida servían para cargar los discretos atomizadores, disparados al rostro de las gentes.

Carnaval caraqueño, lleno de espiritualidad, de elegancia, de señorío, de alegría, de belleza, de frivolidad, de devaneo, a cuyo paso pudo cantar la romántica musa del gran Blanco Fombona:

Al aire las espaldas, una hermosa
va entre lilas, petunias y gardenias:
es el triunfo de Venus y de Flora.
La burguesía y el arroyo exultan;
Los cascabeles de alegría tocan
su música de besos y de risas;
Las serpentinas vuelan. Ciñen rosas
las bacantes; e idílicas parejas
se embarcan en barquilla voladora
rumbo a la playa de Citeres. Triunfa
la risa. Las penas bramadoras,
¿en dónde están, en dónde que no empañan
el carmín de las bocas?

El pueblo, desde las esquinas y aceras libres, tomaba parte entusiasta y activa en el paso de los desfiles. Por la noche, metido en el discreto dominó, se divertía bailando en la Plaza Bolívar, en la Plaza Miranda,

donde antes abrió sus puertas pecaminosas el festivo *Molino Rojo;* en las Plazas de la Candelaria, de la Pastora, de San Juan y de Pagüita. En los barrios bajos y entre las notas de un viejo organillo callejero o con la compañía de un violín y una alegre guitarra, aparecían la Burriquita y el Sebucán, como expresión del viejo carnaval colonial, cuyo gracejo alarmó el espíritu ascético del gran Obispo Diez Madroñero.

Los Clubs Caracas, Venezuela y Central organizaban grandes bailes de máscaras. El Teatro Municipal llegó a convertirse en sala para el llamado baile de la Opera, y en el viejo Teatro Olimpia, tan lleno de aventuras escénicas como de aventuras judiciales –dulce y alegre recuerdo de Carmen·Flores y de Esperancita Ughetti: alambicada memoria de Vito Modesto Franklin– se organizaban lujosos bailes, donde gente liviana y alegre del gran mundo, aprovechada del discreto dominó o ayudada del experto afeite de Manolo Puértolas, divertíase sin escándalo del público.

Las personas amigas se juntaban, con anticipación de semanas, en comparsas para bailar en determinadas casas de familia. A escote eran pagados los gastos de transporte, música y obsequio, y después de meterse de rondón en diversas casas, donde bailaban dos o tres piezas, las alegres parejas permanecían hasta los entreluces de la madrugada en el sitio de antemano escogido para remate de la antruéjica justa.

Alegre fiesta, llena de la antigua espiritualidad de la Caracas romántica, el Carnaval agonizó, por lo que dice a la calle, alrededor de 1930. Vano empeño ha sido llamarla a nueva vida como fiesta del pueblo. Saldrán carrozas y habrá vistosos desfiles, pero el carnaval, como actividad colectiva, carece ya de fuerza y de motivo. El Carnaval nuevo no pasa de ser un muerto vestido de ricos oropeles. El que presenció Alfonso Ribera el primer año de su llegada a Caracas era todavía carnaval lleno de espiritualidad, de alegría, de tono, de respeto, de confianza. Duraba en Caracas la aldea sencilla, pacífica y espiritual. Caracas era aún la Caracas criolla, con sabor a tomillo y albahaca; la Caracas del cafeto y los bucares, que iluminaron el alma de Manuel Díaz Rodríguez y que fijaron su memoria, como hierro tenaz, en el espíritu de Andrés Bello; era la Caracas que aún veía vivas y verdes las tierras humíferas, donde

Juan de Guevara y Garcí González de Silva sembraron el trigo de que se nutrieron los viejos hornos donde oreó la extinta hogaza criolla; era la Caracas que respiraba aún la brisa perfumada de los bosques de Sans Souci y de Bello Monte y que sabía protegidas sus faldas de ciudad señorial por el guardapolvo frondoso de las haciendas del Conde y de la Guía; era la Caracas que, si bien el progreso empujaba a vestir de nuevas y empinadas filas de ladrillo sus viejas casas, aspiraba, también, a que su espíritu durase, poderoso y puro, entre el calor de los nuevos edificios; era la Caracas que confiaba conservar para el futuro algo de su vida pasada, como París escuchaba aún el eco de la voz del Danton de los *Cordeleros,* bajo las bóvedas que cubren las figuras patológicas del Museo Grevin, y como Madrid, junto con la bocanada refrescante de la Castellana y la Gran Vía, guarda el airecillo travieso que en Lavapiés, en Cuchilleros y en el Pasadizo del Panecillo evocan memorias remontadas a los alegres días de Quevedo y de Antonio Pérez. Aquella Caracas alegre y confiada, según la cantó Marquina, abrió toda su alegría bullanguera, cuando Alfonso Ribera sentía sonar en su corazón tantos cascabeles como los que llevaban a la collera los fogosos caballos de las victorias y de los triquines festivos.

Ni doña Aciscla Solórzano, ni doña Teresa, ni doña Dositea, ni la señora Lameda gustaban de los grandes bailes de Club. Preferían las reducidas comparsas familiares, cuyos componentes eran de previo conocidos. Aquellas eran matronas vaciadas en el troquel de las grandes viejas de Caracas. Se habían mudado los modos, pero quedaba la entereza antigua y las señoras sabían serlo, no por las joyas y los tafetanes de fuera, sino por la ruda cotonía del velamen moral. Doña Aciscla Queipo, justamente, se preciaba de ser prima de la altiva doña Dolores Ridruejo, negada a recibir en su riquísima mansión señorial desde que el alegre y poderoso marido le montó pública casa a la querida. Se sentaban a la misma mesa, se dirigían ante extraños la palabra cortés, pero el matrimonio había quedado roto para siempre. ¡Y qué no hizo el acaudalado don Juan Buitrón para ganarse a la esposa! Ni joyas, ni sedas, ni óleos, ni tapetes alcanzaron a que doña Dolores transigiese con la conducta del marido. Ella en su ley. El en su festivo contrabando. La sombra de varonas ilustres como doña Dolores Ridruejo duraba en los hogares caraqueños.

Muy al comenzar febrero, ya estaba formado el nutrido grupo de parejas, juntado para correr en común las fiestas carnavalescas. ¿Cuántas lindas muchachas reunidas bajo el uniforme atavío de sevillanas? Las damas luciendo la peineta altiva, en actitud de torturar al homicida clavel del discreto moño; vistoso el mantón de polícromas rosas; alto y garboso el tacón; la larga falda sobrecargada de faralaos; en el ojo del abanico, pendiente el programa de baile. Los caballeros, de ancho cordobés, faja al cinto y suelta chaquetilla. Alfonso Ribera se había recortado un poco las guías del montaraz bigote y había depuesto un tanto su rispidez andina. Estaba bajo el embrujo fatal de Soledad Solórzano. El podría ganarle por la fortuna en cierne, puesto que la renta del doctor Solórzano no daba para pagar coche a la puerta, como antes tuvo la familia; mas, en distinción y señorío y en lo que decía a la calidad de la relación social, los Solórzanos eran de los copitos más encumbrados del mantuanaje caraqueño. Alfonso Ribera tenía que ponerse a tono con el mundo donde habría de moverse su vida futura. Tenía Alfonso Ribera que hacerse a los hábitos de los amigos que formaban el ambiente nuevo de su existencia.

Con las Solórzanos, las Riberas, las Lamedas y Rosarito Zerpa, se juntaron las Mijares, las Rodríguez, las Españas y las Buroz. Veinte parejas por todas. Salían en noches alternas, acompañadas las muchachas por las madres vigilantes. Si las jóvenes bailaban y se cambiaban con gracia el ágil saludo de las serpentinas, las señoras formaban estrado digno de aguzada atención.

Doña Teresa, doña Aciscla, doña Dositea, doña Mercedes, doña Ignacia, doña Lola eran genuinas representantes de la vieja sociedad caraqueña. Doña Dositea y doña Teresa eran oriundas de Mérida, pero se trajeron todo el señorío y todo el exclusivismo de la estricta sociedad montañesa, donde se guardaban con más rigor que en la capital los dictados de los antiguos usos. Doña Teresa, doña Aciscla, doña Dositea, doña Mercedes, doña Ignacia y doña Lola gozaban como si fuesen ellas quienes estuviesen bailando y como si fuera a ellas y no a las hijas a quien los mozos enamorados estuvieran calentando las orejas.

–¡Qué bien lucen Soledad y Alfonso! –dijo con dulce y regocijada voz doña Teresa.

–Hacen una excelente pareja –agregó doña Mercedes España.

–Deben estar ustedes muy contentos con el compromiso de los hijos –dijo doña Ignacia Mijares, dirigiéndose a doña Aciscla y a doña Teresa.

–Por supuesto, Ignacia –respondió doña Teresa– Yo desde que conocí a Soledad me hacía ilusión de verla casada con Alfonso. Y quien había de decirme que llegar éste a Caracas y enamorarse de Soledad fue una sola cosa. El tiene la misma violencia de los Riberas: se enamoran y la cosa es para ya.

–Pues imagínate, Ignacia, el brete en que nos ha puesto Alfonso. El matrimonio será el mes que viene. Nosotros estamos encantados, viendo la suerte de Soledad, pero estamos como locas en los preparativos del *trousseau.* Menos mal que las Guánchez y las Betancourt se han comprometido a trabajarnos de día y de noche. El traje de novia lo hicieron en la Compañía Francesa; es un sueño.

–Y las carreras que ha dado Alfonso para amueblar la casa –agregó doña Teresa– Vicente les ha dado como regalo de bodas una casa muy bonita por los lados de Santa Rosalía. Menos mal que Herminia y Adelaida han tomado la cosa a pecho y se han metido de cabeza a ayudar en el arreglo de todo; con decirles que se levantan a las ocho de la mañana.

–Oye, Ignacia –preguntó doña Lola– ¿Aquél muchacho que baila con Ernestina, la de Merceditas España, no es Perico Núñez?

–Sí, Lola, ese muchacho es Perico Núñez.

–Cuentan que es una criatura perdida; tan buenazo y simpático que es. Dicen que le gusta el juego y parece que toma mucho. Esta juventud está perdida. Me refería Rosarito Alonso que en el Club Paraíso dio un

cuadro terrible la otra noche. El muchacho parece que tiene dimes y diretes en público con la mujer de Pedrito Luján. ¿Te parece mayor barbaridad? Así andan las cosas, hijas. Una desvergüenza.

–Yo he oído contar algo de eso, y con sobornal, Lola. Tú sabes que Perico Núñez está metido en negocios con los petroleros y Pedrito Luján está empeñado en hacerse rico a cualquier costa y como Pedrito y Perico están asociados en una de esas cosas, parece que la mujer ha entrado a formar parte de la compañía.

–Tienes gracia, Ignacia, para referir tus cosas.

Jesús, Alfonso, Fabio Antonio y Manuel María se acercaron complacidos al grupo de las damas. Manuel María tomó la palabra.

–Ustedes deben de estar muy secas de tanto hablar. ¿Por qué no vamos a la cantina a tomar una cerveza o una kola champaña?

–Con mucho gusto, así estiraremos también un poco las piernas –dijo doña Mercedes.

Doña Lola, doña Teresa, doña Aciscla, doña Dositea, doña Mercedes, doña Ignacia se dirigieron con Jesús Alfonso, Fabio Antonio y Manuel María hacia el interior de la casa, donde una larga mesa vestida con un blanco mantel y cubierta de vasos y de copas, servía de mostrador. Después se acercaron a los distintos grupos, donde platicaban las parejas, y volvieron a hacer zócalo en las cómodas poltronas, en las cuales desde el principio se hallaban arrellanadas.

Las parejas giraban al son de los valses y de los pasodobles y de los *one steps* y los *fox trots* de reciente moda. Los que no bailaban lanzaban serpentinas a las parejas. Todos estaban alegres, pero ninguno, ni el mismo Fabio Antonio, tan embelesado con la prima Rosarito, ganaba en regocijo y se sentía tan feliz como Alfonso Ribera, cuando llevaba entre los brazos el cuerpo ágil y esbelto de la maravillosa Soledad Solórzano.

Ya se escuchaba el monótono rasgueo de las escobas de los barrenderos del aseo urbano, cuando la alegre comparsa abandonó la mansión señorial de los Buroz. Casi iba a amanecer. Los friolentos lecheros, metidos entre los rudos macferlanes de bayeta azul y roja tocaban a la puerta de las casas. De un botiquín entreabierto salían dando tumbos un Pierrot y un Arlequín, que habían perdido a Colombina.

XV

La primera persona a quien el General Gómez recibió después de la siesta, fue al doctor Vicente Ribera, quien había ido a Maracay acompañado del hijo Alfonso, para participar al Benemérito el próximo matrimonio de aquél. Aunque tuviese mucha introducción el doctor Ribera en la casa del Jefe, no era tanta como para presentarse así, así, cuando a bien lo tuviera. Eso lo hacían solamente, fuera de sus hijos y hermanos, Márquez Bustillos, el doctor García y don Antonio Pimentel. Los demás tenían que solicitar audiencia previamente. Claro que al doctor Ribera se la otorgaba sin demora, pero tenía que pedirla.

–Ajá, y se nos casa el muchacho –dijo en tono de cordial intimidad el viejo Gómez.

Quienes trataron de cerca al Caudillo, anotan como una de sus grandes dotes la fina costumbre de dar sentido familiar, paternal, al diálogo con los amigos. Gómez hablaba, aun con personas que le eran por demás extrañas, con un modo de voz cargado de afectuosa sencillez. "¿Y cómo están por allá?", era manera de halagar al amigo que le llevaba un saludo.

–Si, mi General, Alfonso ha tenido la suerte de encontrarse con una magnífica muchacha y nosotros aspiramos a que usted nos honre con su asistencia a la boda.

–Ajá, ¿y cuándo se van a casar?

–Cuando usted lo fije, mi Jefe –respondió rápido el bien ensayado Alfonso Ribera.

–Pues yo no he ido todavía a Caracas este año y voy a ver si cae el viaje con la boda. Yo le aviso, doctor. ¿La muchacha cómo se llama?

–Soledad Solórzano Queipo –respondió el doctor Vicente Ribera–. Es hija del doctor Alejo Solórzano, que fue amigo suyo cuando la Conjura.

–¿Y está inútil ahora, no es cierto?

–Sí, mi General. El doctor Solórzano está reducido a la casa. Da lástima verlo inútil, porque tiene su cabeza muy lúcida.

–Pues, qué le parece, así es menos mal la cosa. Lo peor es cuando quedan buenas las piernas y se echa a perder la chocolatera.

Rieron padre e hijo de la graciosa salida del Jefe e insistió el doctor Vicente Ribera acerca del honor que para la familia constituiría que el General llevara la novia al altar.

–Pues, sí señor, para mí será un gusto llevar a la novia hasta el altar. Así me desquito de no poder casarme yo; pues como no lo puedo hacer con dos, tengo que quedarme soltero, como el Papa de Roma, que tampoco es casado, y eso que él puede enmendar las leyes de la Iglesia.

El General Gómez no desperdiciaba oportunidad para referirse a su doble familia. Con hijos reconocidos de dos distintas uniones ilegítimas, era difícil para él dar carácter de esposa legal a cualquiera de las madres de estos hijos, por igual queridos y por igual vistos como prole suya por la sociedad de sus amigos. En Gómez funcionaba un raro y complejo atavismo, que no sólo se encuadraba entre las líneas de la sociedad rural de donde provenía, sino que subía en el tiempo en busca de extrañas excusas pretridentinas, cuando en España se hizo la vista gorda ante el amor espontáneo cumplido sin formalismos religiosos ni legales. Problema de exégesis arraigada en un mundo de complicadas y extrañas reacciones, el concubinato fue mirado en el área rural de nuestro país como una situación de relativa licitud, que poco difería en el hecho de las uniones atornilladas con esponsales y bendiciones. La familia bastarda gozaba de fuero de tolerancia en los pueblos rurales y aún en poblaciones de primera categoría. De los Andes llevó el General Gómez

ya formada su primera familia, luego introducida en la sociedad de Caracas bajo el patrocinio de sus honorabilísimas hermanas Elvira, Indalecia, Emilia, Anita y Regina Gómez. La segunda familia la formó discretamente el Benemérito al amparo del ambiente semirural de Maracay, donde sus hijas adquirieron finísimos modales y buenos puntos de cultura, a tiempo de que en función de poblador regaba por uno y otro lado, hijos a quienes si no dio legalmente el apellido, protegió a manos llenas. Su vocación de patriarca la hacía sentir por medio de la paternidad desparramada. ¡Vaya que dejó hijos el Caudillo de diciembre! Su sentido primitivo de la hombradía, lo empujaba a hacer visible en abultado vientre de mujeres, el potencial biológico de su naturaleza privilegiada. Fuerte para mandar, fuerte para castigar, fuerte para hacerse sentir por las hembras en varón.

Si el hogar de sus hijos se abrió a la luz y los suyos alternaron con la alta sociedad caraqueña, fue en razón de haber sido solicitados en su apartamento por quienes creyeron alcanzar así el favor del Caudillo. No impuso Gómez los respetos a su familia como condición de mérito amistoso. Más de un Ministro dejó de llevar a Maracay a su esposa y a sus hijos. Gómez se hizo su ley moral, del mismo modo como configuró a su primitivismo las ideas y las prácticas religiosas. También se la había hecho Páez, cuando instaló en "La Viñeta" a Barbarita Nieves, con grave menoscabo de los legítimos y sagrados derechos de doña Dominga Ortiz. Gómez no buscó a nadie, ni pidió nada para sí ni para su inmediata familia. Fue Caracas quien puso el puente que absolviera la distancia interpuesta entre el rigorismo de los principios y la laxitud de las relaciones espontáneas.

El caudillo sabía que se le censuraba su impenitente soltería y aprovechaba la intimidad amistosa para referirse a sus dos familias naturales. En su fuero interior, él no se sentía responsable del género de vida que practicaba; por lo que decía al mundo exterior, ¿no se le rendía toda clase de honores a los miembros de su estirpe irregular? ¿De qué costumbres, se preguntaría tal vez, difieren las mías, cuando se me acata, se me respeta y se ofrece a mi familia todo género de homenajes?...

Padre e hijos salieron profundamente complacidos de la audiencia que les concedió el Benemérito, saludaron a los amigos que aguardaban para

acompañar al Jefe en el paseo vespertino y ordenaron luego al chofer que tomara las del regreso a la capital. De mañana o en la tarde era el tiempo preferido por don Vicente Ribera para hacer el frecuente camino de Caracas a Maracay.

Sonaban las doce en el reloj de la Catedral, cuando don Vicente Ribera traspasaba el umbral de su casa de Mijares. Doña Teresa no se había recogido aún. Jesús, el novio de Herminia, hacía poco que se había partido. Adelaida estudiaba su lección de francés.

–¿Qué tal el viaje? –preguntó con dulce solicitud la complacida doña Teresa.

–Muy bien. El General nos recibió con gran cariño y nos ofreció venir.

–¿Y cuándo se fijó la boda?

–El Jefe dirá.

El doctor Alejo Solórzano pasaba todo el tiempo en una silla de ruedas. Su familia la constituían su mujer y sus dos hijas solteras. Después de él, en la casa no había más hombre que el negro Matías Calunga, barloventeño fidelísimo a la familia Solórzano. Matías y su mujer vivían en la casa de los Solórzanos. Justa, la mujer de Matías Calunga, era una mulata criada por doña Aciscla. Bajo el mismo alero en que nacieron, como supervivencia de la esclavitud de la hacienda que la familia tuvo por Higuerote, allí mismo siguieron viviendo Matías y Justa. La fortuna de los Solórzanos había venido muy a menos desde la enfermedad que baldó al doctor Alejo. No había hombre alguno en la familia que auxiliara la invalidez del señor. Estaba, en cambio, el negro Calunga, como fiel perro de ayuda. Matías vestía y desvestía al doctor Alejo Solórzano. Matías lo pasaba del lecho a la silla de ruedas. Matías lo bañaba como a un niño. Matías era las segundas manos y las segundas piernas para la dolorosa inmovilidad del resignado, abatido, humillado señor. Todo se le había ido acabando al doctor Solórzano. Físicamente era un desecho, en cambio, le duraba el genio altivo, independiente, soñador. La renta había disminuido, porque había sido preciso sacrificar parte del capital.

Los amigos del doctor Alejo Solórzano se fueron alejando de la casa, a medida que el enfermo prosiguió decayendo hasta la inutilidad. Muchos de sus amigos habían sido políticos, que debieron mucho a su discreto valimiento con Gómez y con Castro. Estos amigos se habían retirado poco a poco. Un amigo que no puede ayudar en nada, es cosa de no cultivarse en el área de la política. En el seno de su familia solitaria, había quedado el doctor Alejo Solórzano memorando frente a los viejos óleos, el prestigio de sus mayores quienes, lejos de ser godos, como los abuelos de doña Aciscla Queipo, su entrañable compañera, habían tenido prudente figuración cerca de los grandes próceres del liberalismo. El padre del doctor Alejo Solórzano había sido confidente del General Falcón. El abuelo, don Feliciano, colaboró intensamente con don Martín Tovar Ponte, cuando éste echaba la simiente del partido liberal. A don Alejo le quedaban sólo por amigos fieles los óleos borrosos de sus antepasados y los brazos robustos, leales, cariñosos de Matías Calunga. ¡Cómo debía de dolerle a doña Aciscla su feroz enemiga contra los negros, cuando veía a Matías Calunga acunando entre sus brazos poderosos el desmirriado e inválido cuerpo del doctor Solórzano!

Don Alejo era fino de ingenio y en su soledad se entregaba frecuentemente a fantasear. En los retratos apoyaba amorosamente sus recuerdos. En el negro Matías Calunga apoyaba la invalidez, que lo convertía en niño necesitado de extrañas manos. Su mundo moral era la Historia voceada por los óleos venerables. Su mundo físico y su derecho de subsistir entre los vivos, se sostenía sobre la recia musculatura de aquel negro oloroso a sudor y a tierra húmeda. La lealtad de Matías Calunga se la representaba como una piadosa versión de la lealtad del pueblo que sirve de soporte a la riqueza de la nación. El doctor Alejo Solórzano había procurado mirar más allá de la negra epidermis de Matías Calunga y había encontrado al hombre noble, sufrido, generoso, que espera su hora de hablar y de gritar sus derechos. ¿Qué sería de él sin el brazo de Matías Calunga? ¿Qué sería de Venezuela sin el músculo del hombre que tira la azada, que toma el fusil, que maneja el barretón, que mueve el tipo de imprenta, que guía el pesado camión? ¿Sin aquellos hombres sufridos, callados, laboriosos, tendrían los señoritingos de la alta sociedad y los borrachitos y jugadores de la clase media un maíz tostado que echarse a la boca?

El doctor Alejo Solórzano estaba tomando el sol en el segundo corredor del amplio jardín. Tenía en sus manos el doctor Alejo Solórzano "El Universal" de la mañana. Más que en su lectura, el doctor Alejo Solórzano se distraía oyendo los dulces y alegres gorgoritos de los canarios volanderos en las vecinas jaulas. Tanto como las apiñadas letras del periódico, le entretenían e iluminaban el espíritu las rosas –blancas, inmensas, fragantes Reinas de las Nieves, que agobiaban las matas del jardín–. Cuando el gato "Bimba" saltó para encararse entre las piernas del doctor Solórzano, un golpe sonó a la puerta del zagúan. La criada salió para abrir.

–¿Quién? –preguntó la mulatica.

–¡Gente de paz! –respondió desde afuera el visitante. Era el santo y seña indicador de la presencia de un mensajero pacífico. La costumbre era vieja en Caracas. Acaso surgió cuando la ciudad vivió el espanto de la primera guerra a muerte. Abrió la criada la puerta y apareció la alegre e imperiosa figura de Alfonso Ribera.

–Buenos Días –dijo la voz fuerte del alegre enamorado.

–Pase, pase usted, Alfonso –respondió desde su silla de inválido el doctor Alejo Solórzano.

Alfonso Ribera pasó hacia el interior, donde se hallaba su futuro suegro.

–¿Cómo esta, doctor Solórzano? –preguntó Alfonso al tomar asiento cerca del viejo, cuya espesa barba lucía más blanca al lado de los negros bigotes de Alfonso Ribera.

–Hoy amanecí un poco echado a perder, pero ya me siento bien. ¿Cómo le fue a usted por Maracay?

–Muy bien. El General Gómez vendrá a la boda.

XVI

Al hojear después del almuerzo la prensa de la mañana, Alfonso Ribera miró en la lista de personas hospedadas en el Hotel Continental el nombre de su amigo merideño Ezequiel Marquina. Se fue al teléfono, llamó al Continental y en pocos minutos acordó la cita con el viejo compañero de escuela.

A las cinco, el coche de Alfonso Ribera se detenía entre las esquinas de Traposos y El Chorro, donde estaba el viejo Hotel, preferido por la gente de la Cordillera. Subió la ancha escalera, en cuyos descansos macetas con palmeras ponían una grata nota de frescura, y se hizo anunciar con el amigo.

–¡Alfonso, qué gusto!

–¡Qué sorpresa tan grata, compadre!

Se abrazaron efusivamente los viejos compañeros y tomaron asiento en el pequeño recibo de la entrada.

–¿Y cómo fue para venirte?

–¡Qué te parece! Vengo por achaques de salud. Después que tú te viniste, comencé a sentirme mal y Carbonell me recomendó que viniera a consultar con los doctores de acá.

–En verdad, te veo un poco delgado; pero tienes buen semblante. Acá hay magníficos médicos y en pocos días te darán una buena receta.

–Ojalá y así sea. Ya tengo cita mañana con el doctor Hernández. Me dicen que es el mejor médico de Caracas.

Si no fuera el mejor, por lo menos es el médico en quien toda la gente cree. Hace curaciones que parecen milagro. En casa le tienen una fe loca. Para mamá, la palabra del doctor Hernández es como la palabra de Dios. Y sobre todo, chico, el doctor Hernández no engaña a nadie. Tú sabes que él se quiso hacer fraile. Es un santo varón. Lo único de él que no me gusta es una historia que me contaron de que en cierta ocasión dijo que había dejado de ser andino, porque él es de Trujillo, ¿sabes? Esa vaina de renegar de la tierra no es conmigo, compadre.

–Tal vez lo diría en chiste, para burlarse de algún pretensioso de acá.

–Como sea, no me gusta la salida. ¿Y viste a mis tías?

–Sí, visité a tus tías. Están muy bien de salud. Las primas cada vez más buenas mozas. Vi también a Elisa.

Alfonso Ribera suspiró y se inmutó. Después de un breve silencio, dijo al amigo:

–¿Qué te parece, compadre? Eso se acabó.

–¿Cómo va a ser? Si ella está en los preparativos del ajuar. Oí decir que Olinda Merlina le estaba haciendo primores de bordados.

–Como lo oyes, chico. No era la mujer mía. A fines de mes me caso con una mujer extraordinaria.

–¿Pero qué dices, Alfonso? ¿Tú siempre tan calmoso, te casas con esa volatería?

–Así son las cosas, Ezequiel. Matrimonio y mortaja del cielo baja. Uno se casa con la mujer que Dios le manda. Yo creí que Elisa era la mujer que me convenía, y hasta llegué a pedirla. ¿Pero qué voy a hacer, Ezequiel? ¿Sería justo que yo me casara con Elisa, cuando delante de otra mujer veo que no es aquella la mujer que me conviene?

–Así será, Alfonso; pero esa noticia va a caer en Mérida como una bomba. A la que no cogerá de sorpresa será a mi tía Rafaela. Ella te conoce mucho, y cuando supo tu compromiso con Elisa, dijo a mi mamá: "Ah, zoqueta muchacha. No sabe con quién se está entendiendo. Esa no le pone valeriana en las patas al gato de Alfonso".

–¿Y por qué dijo eso tu tía?

–Pues porque te conoce y sabía de tus compromisos con Luisa Carrasquero y con Lucía Tapia y con Hortensita Casas. Ella no se peló como nos pelamos los demás.

–¿Y tu gente cómo quedó?

–Los viejos, muy bien. Mi mujer, siempre achacosa después del último parto.

–¿Y mi ahijado qué tal?

–Es un toro el muchacho. ¡Vieras cómo te recuerda!

Alfonso Ribera convidó al viejo amigo a dar un paseo por la ciudad y luego las herraduras de los alegres alazanes del coche sacaban candela de las piedras de las calles, aún no revestidas de macadam.

–¡Vamos al Calvario, Guaramato! –ordenó Alfonso Ribera al fiel postillón.

Marcos Parra, Solís, Caño Amarillo. El recuerdo de los célebres baños, donde se daban aún cita distinguidos caballeros. El Arco de la Federación. El Monte recubierto de húmeda y lujuriosa vegetación. Después de algunas vueltas en ascenso, la vía hacia un remanso, como río que se abriera para sosegar la corriente.

El coche se detuvo. Descendieron los señores, caminaron pocos pasos y se acercaron al borde de la baranda, desde la cual se divisa al pie la antigua y muy moderna ciudad de Santiago de León de Caracas,

"Caracas allí está". La Caracas de Pérez Bonalde, de rojos techos y palomas fugitivas. Era baja la techumbre de las viviendas. Sobresalían apenas las modestas torres de las iglesias, como lección enderezada a enseñar que es el espíritu y no la piedra fría o el caliente ladrillo quien debe señalar el ascenso de la urbana arquitectura. Nada importaría que fuese Caracas permanentemente una ciudad de techos bajos. A la ciudad no la hacen las tejas. La ciudad es la voluntad y es el espíritu de los hombres acogidos a los mansos aleros. Lentamente la ciudad había ido extendiendo su zona habitable. Hacia el sur-oeste, el Paraíso se poblaba de lindas quintas, rodeadas de sombrosas acacias y de enhiestos cedros. Con la misma amorosa lentitud maternal a que ciñe la naturaleza el desarrollo de los seres vivos, asimismo iba creciendo Caracas. Una casa más. Un nuevo chalet. Otra calle con pavimento de macadam. Una esquina recortada para dar mayor franqueza al tránsito. Un alero sustituido por ático vistoso. Un puente más, para salvar los vacíos de las viejas rutas. Así, lentamente iba mejorando la ciudad. Así han crecido, en realidad, todas las ciudades. Así creció Londres. Así creció Madrid. Así creció París. Un progreso violento y sin juicio expone a las ciudades al riesgo mortal que provoca en el cuerpo humano la proliferación de células atípicas. El avance neoplásmico de las ciudades es una manera de muerte sinfónica y alegre de los pueblos. Caracas caminaba su camino natural de desarrollo. Siendo distinta de la ciudad en que vivió Bello hasta 1810, duraba en Caracas el signo que la distinguía y le aseguraba carácter a través de los tiempos. Limitada al Este por los despoblados de Ñaraulí, Sarría, Tiro al Blanco, la Hacienda del Conde, La Guía, la Yerbera y la Hacienda Ybarra, se apretujaban sus habitantes en el travieso perímetro que trepaba hacia el Avila por las calles pendientes, alegres, pintorescas de la Pastora y San José. Las vegas del Paraíso daban la yerba para el pienso de las bestias, a cuyo impulso corrían coches y carretas. Debajo de los puentes, manos laboriosas labraban la tierra para la siembra de las hortalizas. Cerca, muy cerca de la ciudad, había buenos establos, de donde llegaba leche recién ordeñada. El tranvía que enlazaba la ciudad con la región de Ocumare discurría entre cañas altivas y níveos cafetales, que aún daban sentido agrícola a la urbe. "El valle es de esmeralda y el Avila es de oro", cantó el poeta, cuando hacia la ruta que del campo cercano lo llevaba a la clemente ciudad.

Desde el Calvario, cuando caía la tarde, todo aquello era una lontananza verde e indecisa. La ciudad estaba acá, tendida a los pies de los curiosos espectadores que la contemplaban desde el modesto cerro, convertido por Guzmán Blanco en primoroso paseo de coches. Unas gradas más arriba y el espectáculo se dilataba desde la alta redoma, donde el Ilustre Americano hizo erigir su estatua llamada "El Manganzón". La estatua fue arrastrada por las calles de la ciudad, cuando cayó de la eminente altura magistraticia el engreído gobernante. Parece que hubiera un sentido didáctico en el propósito de mantener sin nuevo destino la explanada donde lució "El Manganzón". El visitante que admira los jardines del Calvario, inquiere indefectiblemente la razón de aquella rambla, por donde se deslizan los párvulos traviesos. "Aquí estuvo una estatua de Guzmán Blanco". Ninguna otra palabra precisa agregar para que surja el comentario oportuno. En su tiempo, Guzmán Blanco realizó extraordinarias obras de progreso. Creyóse Guzmán Blanco merecedor de los honores propuestos por sus aduladores. ¿Cómo debió, en cambio, de sentir el autócrata, en su forzado refugio parisiense, los golpes que sobre el empedrado de Caracas sufrieron su vana cabeza y su hinchado busto en bronce?

Frente a Caracas y a su monte, Alfonso Ribera estaba recogiendo las primeras luces del paisaje que daría contornos definitivos a su espíritu. Allí, bajo sus pies, estaba Caracas, apuntada por el dedo certero de la estatua de Cristóbal Colón, como un milagro rojo entre el mar esmeraldino de la circundante selva.

Caracas, con la concha quelónida del cercano Teatro Municipal y el vecino redondel del Circo Metropolitano; la Fe de la torre de la Catedral y la cúpula de zinc del Capitolio; las agujas góticas de la Universidad; la verde mancha arbórea de la Plaza, donde Bolívar sufre la ataraxia que le infunden su caballo inmóvil y la lerdeza de los hombres que lo llaman Padre; la bandera nacional flotante sobre el pintoresco y vecino Palacio de Miraflores, como testimonio de estar allí la cabeza del Gobierno de la República; Caracas con los patios cercanos, donde el viento bate las cuerdas de la ropa puesta al sol, y el ruido próximo de los coches y el anuncio de los raudos automóviles; Caracas, con sus ranchos miserables, encaramados como nidos de vergüenza en las faldas de los cerros;

Caracas, en fin, como una garantía de paz, de risa, de abundancia, ofrecíase en su modestia de ciudad principiante, a las miradas ávidas y curiosas de Alfonso y de su amigo.

–Es una linda ciudad. ¡Qué bien le quedaría una Sierra como la nuestra! –comentó Ezequiel Marquina.

–El Avila es un bonito cerro, compadre –respondió Alfonso Ribera.

–¿Y tus negocios, compadre? –preguntó Marquina.

–Pues han empezado bien. Tengo un negocio de importancia en telas y me asocié con un comerciante de automóviles y camiones. Ayer justamente entré en otra sociedad comercial, para la importación de medicinas. Papá me consiguió la exclusiva de las medicinas para los Hospitales y para la tropa y vamos a proveer, también, a la Sanidad. Con la sola venta de la Creolina nos llevamos un lienzo.

–Te felicito. Es bueno aprovechar la ocasión, compadre.

–Fue una verdadera tontería no haberme venido antes, para aprovechar las influencias del viejo. Aquí hay la oportunidad *burreada,* compadre. Ayer me propusieron un negocio de camiones para cargar granzón para las obras públicas. No me gusta mucho, por el engorro de los choferes, y todavía no sé si lo haga.

Deshicieron los amigos el camino y por el gran viaducto Caño Amarillo desembocaron en Pagüita y de allí ganaron la calle que los condujo a la esquina de Miraflores. Para Ezequiel Marquina todo aquello era nuevo. Nunca había venido antes a Caracas y en las cuarenta y ocho horas que llevaba en la capital no había tenido tiempo sino para ponerse en comunicación con el médico cuya consulta había ido a buscar. En la esquina de Carmelitas, donde aún duraba en pie el viejo caserón del Conde Tovar, doblaron hacia el Norte, y en llegando a Altagracia, Alfonso Ribera dijo al amigo:

–Por aquí queda la casa de mi novia.

–Compadre, en verdad que no salgo de la sorpresa de verte en camino de casarte con otra que no sea Elisa Govea. !Qué cosas tiene el mundo!

–Mi suerte, compadre. Soledad, mi novia, es una mujer completa, y vieras cómo estoy enamorado. Tengo que llevarte a conocerla. Eso sí, cuando las veas, nada de mencionar mis amores de antes. Ella no sabe nada de mi pasado. No sé, me da no sé qué cosa que ella sepa que yo estaba comprometido en Mérida.

–Pues por mi parte, descuídate. Yo no abriré la boca, ni aquí ni allá. Y a propósito, ¿qué has hecho con Elisa?

–¿Qué te parece? Para la pobre esto será un batacazo gordo, porque ella me quiere. Yo he recibido cartas de ella, muy quejosa de mi silencio, y no le he respondido. Cuando supe que tú estabas en Caracas, pensé que contigo puedo devolverle sus retratos y unas ocho cartas que me ha escrito desde que me vine.

–¡Pobre Elisa! Yo ya le había cobrado cariño, por ser novia tuya. Si quieres, le llevo esos retratos.

Subida a la Pastora. Regreso a la Plaza Bolívar. Eran las siete. Ezequiel Marquina tenía que visitar al viejo Caracciolo Parra, para quien traía cartas de Mérida. Alfonso Ribera condujo al amigo hacia la vecina residencia del Vicepresidente de la República.

–Mañana en la noche te voy a buscar para llevarte a que conozcas a Soledad y después iremos al Teatro Olimpia, donde están trabajando Antonio Saavedra y Luisa Bonoris. Verás lo que te harán gozar. Saavedra tiene unos dichos y unas puyas que desternillan a la gente.

–Encantado, compadre. Después de la comida te aguardo en el Continental.

La casa de los Riberas estaba situada unos pasos más arriba de la casa del viejo Caracciolo.

XVII

A doña Praxedes y a doña Asunción, felices y olvidadas en su placentera vida de Mérida, no les cayó de sorpresa la ruptura del compromiso del sobrino Alfonso con Elisa Govea. Ellas lo esperaban así. Sabían ellas del profundo ascendiente de don Vicente en el ánimo del hijo. Lo que sí les sorprendió y las dejó patidifusas fue la noticia del inminente matrimonio de Alfonso con Soledad Solórzano. Jamás creyeron al abrir el pliego certificado que el propio Teresio les había llevado, que en él vinieran los retratos de la nueva novia de Alfonso. Bella, en realidad, era la prometida del sobrino: dulce, delicado, fino el rostro; tierna y serena la mirada. ¡Claro, mil veces mejor que la Govea! "¡Cómo se pondrán Braulia y Margarita cuando regresen a la casa!", pensaron a un tiempo las dos viejas. Braulia y Margarita andaban por los lados de Milla, en afanes de costura. Ellas habían llegado a hacer muchas migas con Elisa y solían traerla a la casa. Ni a doña Praxedes ni a doña Asunción le gustaba esa gentuza forastera; pero, ante la insistencia del sobrino y ante la idea de que Elisa llegaría a formar parte de la familia, resignadamente hubieron de dar el brazo a torcer y aceptaron la realidad de hechos que parecían en camino de cumplirse.

–¡Gracias a Dios, Asunción! –dijo doña Praxedes.

–¡Gracias a Dios, Praxedes! –respondió doña Asunción. Mañana hay que mandarle a decir la Misa a San José de la Sierra. El nos hizo el milagro. Y a don Gregorio de la Ribera no hay que olvidarlo. Se iba a perder el sobrino y apareció en el buen camino.

–Sí, San José nos hizo el milagro y también Gregorio. ¡Si de aquí se fue casi llorando, él, que nunca, ni de muchacho fue débil de lágrimas! ¿Recuerdas cómo nos dejó de tristes?

–Lo peor es que ya no lo veremos más. Aunque no me gustaba que se casara con la Govea, me hacía ilusión la idea de verlo aquí de nuevo, cuando viniera a la boda. Ahora, hasta el Valle de Josafat. Esa caraqueñita, por más buena que sea, nos lo quitó para siempre, Praxedes.

–No nos queda sino pedir a Dios porque sean muy dichosos. Para los viejos, el único alivio es ver felices a los hijos.

Volvieron a leer las viejas cartas de doña Teresa y de Alfonso. Volvieron, también, a mirar a otras luces el retrato de Soledad.

–Es bella la criatura, Praxedes.

–Sí, es bella, de verdad, Asunción.

–¿Y cuándo será el matrimonio?

–Veamos bien la fecha de las cartas. Las cartas tienen quince días de escritas. Son del 13; contamos hoy 28. El matrimonio es esta tarde, Praxedes. Hay que telegrafiarles ya. Cuando vengan las muchachas, que pongan de una vez el telegrama. Y otro también para Vicente y Teresa. ¡Cómo estarán de contentos!

A manera de alegres repiques sonaron sobre las gradas de la escalera los ágiles tacones de Braulia y Margarita. Abierto el anteportón del descanso por la muchacha de adentro, dos voces hechas una gritaron en tono de alarma:

–¡Mamá, mita Asunta! ¡La gran bomba!

–¿Lo de Alfonso? –respondió con suave voz doña Praxedes.

–Sí. ¿Cómo lo supieron?

–Pues aquí están las cartas. Las trajo Teresio al rato de idas ustedes. No salimos del asombro.

–Y nosotros menos, mamá. Y lo peor de todo es que la noticia nos la dio la propia mamá de Elisa.

–Cuenten, cuenten. ¿Cómo pudo ser eso?

–El Diablo debió de haber sido el que nos indujo a entrar en casa de Elisa –dijo Braulia–. Cuando entramos, nos pareció que ella estaba en el jardín. Nos pasaron a la sala. Nadie salía. Se nos ocurrió pensar que pasaba algo, pero nunca lo que ha ocurrido en realidad. Al mucho rato salió la señora Govea, muy bien puesta y con un postín imponente. Nos saludó con una sequedad de espanto. Al preguntar por Elisa, la vieja nos respondió secamente: "Mi hija es muy mujer para no dársele un pito la conducta del canalla de Alfonso". "¿Y qué ha pasado, doña Magdalena?", pregunté yo. "¿Y usted no sabe que el felón de su primo se casa hoy?". "Señora, nosotras no sabemos nada. ¿Cómo ha sido eso?" "Así, como lo refiero a ustedes. Comprenderán que para Elisa no será grato verles la cara". Nos pusimos mecánicamente de pies y salimos casi sin despedirnos y sin saber siquiera dónde quedaba la puerta. Ya en la calle, resolvimos pasar donde Merceditas Paredes, a fin de sosegarnos y de tomar un trago de agua. Aquello fue espantoso.

–¡Pobres niñas! –dijo doña Praxedes–. Voy a traerles un poquito de ponche, para que cobren aliento. ¡Qué plancha!

Mientras la afanada doña Praxedes iba y volvía con la botella de ponche, doña Asunción mostraba a las sobrinas las cartas llegadas de Caracas y los retratos de Soledad Solórzano.

Leyeron las dos muchachas ambas cartas, miraron y remiraron el retrato de la novia de Alfonso, y mientras Braulia guardaba silencio, Margarita arrojó la fotografía sobre el cercano canapé y dijo con voz de incontenido enojo:

–¡Alfonso es un canalla completo!

–Pero, hija –respondió doña Asunción– cada quien tiene su destino.

–No, mita. Los caballeros se enfrentan al destino. Alfonso no es sino un canalla más. Eso que ha hecho no es hazaña de hombre. Felizmente yo no soy Ribera. Esa sangre es mala. No en balde el tío quiso matar a la mujer y mató a un cura.

–¿Tía, y usted ya ha tenido tiempo para pensar la cara que vamos a poner a la gente cuando nos hablen de esto? –preguntó Braulia–. Claro que los Goveas no son de aquí, pero tienen amistades. El propio Alfonso se empeñó en que figurasen en la primera sociedad y la gente había terminado por cobrarle cariño a Elisa. Alfonso es nuestro primo, casi un hermano.

–Las cosas suceden como Dios quiere, hija. Poco a poco se endereza todo. Por ahora estémonos a la boca callada. Si nos preguntan algo, diremos que sí, que se casó Alfonso. Más nada. Nadie se atreverá a hablar de él en nuestro rostro, ni tampoco yo lo permitiría jamás. Ustedes no tienen la culpa de que él hubiera dejado a Elisa, ni es tampoco el primer novio que abandona la novia y se casa con otra mujer.

–Pero usted me dejará repetir, mita querida, que Alfonso se ha portado como un sinvergüenza –agregó la irritadísima Margarita.

–Cálmate, cálmate, hija. Parece que tú fueras la del boche.

–Sí, yo lo tomo como si lo hubiera recibido yo misma. Yo hago causa con la novia burlada, porque cuando un hombre engaña a una mujer, todas las demás mujeres debemos sentirnos ofendidas.

–Eres demasiado buena, muchacha. Cuando un hombre engaña a una mujer, lo hace con la complicidad de otra mujer. Además, tú hablas como si Alfonso hubiera abandonado a su legítima esposa.

–Tía, no se empeñe en probarme que Alfonso no es un perfecto canalla.

XVIII

Cómodamente echada en la gran butaca vecina a la cama donde la madre se había tumbado para la siesta, Luisita Arechederra leía "El Universal" de la mañana. Doña Josefa Magadaleno de Arechederra procedía de uno de los más estirados linajes de la sociedad caraqueña. Estaba casada doña Josefa con el doctor Eusebio Arechederra, considerado como uno de los más conspicuos abogados de la capital. Hombre de carácter rijoso, el doctor Arechederra era más temido que respetado por sus numersoas relaciones. Si sabía defender en estrados los derechos de sus clientes, usaba, también, la vera encabullada para atemorizar al enemigo. Fino en el salón, vistió de piquineldo cuando joven, se enredaba en lances de tronío. En el Club se le vio más de una vez desenfundar el revólver para agregar contundencia a su discurso. A fuer de bragado, él creía que la calidad de hombre necesitaba el referéndum de la violencia y cuando el caso no era para dar directamente rostro al enemigo, pagaba al guapetón que apaleara o al gacetillero que insultara. Con todo, en la Universidad se le veía como austero ciudadano, empeñado en salvar el decoro de la República. Era un verdadero hombre de orden, que rehuía la demagogia y el discurso enfermizo de los Juan José Abreu y los Guillermo López. Lejos de hablar pistoladas de política –se decía– estudiaba griego y alemán, para ahondar los cimientos del orden jurídico. De todo sabía al profundo el doctor Arechederra; mas todo se lo guardaba en los sótanos de su egoísmo y de su olímpico desprecio para un pueblo lleno de "negritos", como decía en plática de amigos. Preparado para el consejo certero; tenido por la madurez y profundidad de sus estudios como inapelable autoridad, se le consultaba en los más difíciles litigios. Desde fines del Siglo XIX el doctor Eusebio Arechederra había conquistado fama de hábil componedor de dificultades y entre el mundo de las compañías extranjeras que operaban en el país gozaba de ilimitada

confianza. Por su escritorio pasaban presidentes, gerentes y emisarios de las grandes compañías, cuyas oficinas matrices estaban domiciliadas en París, en Londres, en Nueva York, en Amsterdam. Sus ligámenes con el capital extranjero se hicieron visibles, hasta ser notado de hombre sin escrúpulos para litigar contra los intereses de la nación. En su conducta pública se exhibía desdeñoso de los Gobiernos, y entre cierta gente lerda ganaba prestigio por su ardoroso anticlericalismo. Cuando en 1891 se reinstalaron en Venezuela los abnegados Padres Capuchinos españoles, el doctor Eusebio Arechederra hizo circular un planfleto, en el cual exhibía a los buenos frailes como feroces representantes del tradicionalismo carlista y peligrosos, por ende, para la buena marcha de las libertades venezolanas. El doctor Arechederra, a fuer de hombre astuto, sabía que con un revestimiento anticlerical cualquiera gana en Venezuela puntos de progresista, y él, que era estructuralmente godo de uña en el rabo, se hizo en esa forma a la admiración de la juventud rebelde del momento. Fue de verse el pisto gastado por el doctor Eusebio Arechederra cuando la lucha planteada a principios de siglo entre el Cabildo eclesiástico y el Vicario General: enemigo de la Iglesia, regó intrigas entre arteaguistas y castristas y, por medio de terceras personas, azuzó a las beatas para que se diesen de sombrillazos a la puerta de los templos. El doctor Eusebio Arechederra había levantado su familia sobre el pie del mayor engreimiento y de las más subidas exigencias. Su señora, doña Josefa Magdaleno, era del mismo molde severo, egoísta y presuntuoso del marido. Emparentada con los grandes cacaos de la Colonia, pretendía aún que los desahuciados títulos le sirvieran de estribera para sus ínfulas aristocratizantes. Doña Josefa tenía parentesco cercano con la esposa del Marqués de Casa León, doña Josefa Antonia Carreras. Cuando a fines del siglo pasado murió, sin descendencia en Caracas, el último Marqués, los retratos y papeles de don Antonio Fernández de León y de su señora pasaron a doña Josefa Magdaleno, en cuya casa lucían como testimonio de hidalguía y como símbolo de aprovechada inteligencia. Los nobles retratos se asomaban entre los abuelos Arechederra y Magdaleno y en medio de los marcos estofados que ornamentaban los viejos escudos de la familia.

–Mire usted –solía explicar don Eusebio mientras, alargando más su quijotesca figura, se atusaba los largos bigotes– ese oso de sable

decapitado, que luce en campo de oro, en el cuartel derecho de la punta de nuestras armas familiares. Es el escudo de mi décimo abuelo, el Conde Reinaldo de Cabuyón, quien con sus propias manos cortó la cabeza al Barón de Vonteley, por haberlo encontrado con su esposa en el lecho. El oso entero correspondía a la heráldica de los Vonteley, y mi abuelo lo colocó descabezado, entre sus piezas nobles, como verdadero trofeo heroico. ¡Eran grandes tiempos, en que se decapitaba con elegancia y con honor! Hoy, los maridos burlados adornan sus casas con afiladas astas de ciervo, donde el don Juan de turno cuelga a su gusto el sombrero.

Así muchas familias estiradas hubieran desistido de la costumbre de recibir a día fijo, la señora Magdaleno de Arechederra se echaba encima sus mejores galas para la reunión que los primeros miércoles de mes ofrecía a sus exigentes relaciones. Amalia y Luisita, las señoritas de la casa, habían crecido en igual ambiente de engreimiento, y el hijo Rodolfo, entre su grupo, era algo verdaderamente detestable. La profesión médica la ejercía para ganar, más que para curar, y al tipo del viejo médico, que Caracas vio ejercer la Medicina como verdadero sacerdocio, y de los cuales aún duraban los doctores José Gregorio Hernández, Luis Felipe Blanco, Juan de Dios Villegas Ruiz, Francisco Antonio Rísquez, José Rafael Pérez, Isidro Ruz, Luis Razzeti, Jesús Sanabria Bruzual, él oponía el tipo de médico comercializado, sin fe y sin entrañas, que se hacía pagar de anticipo la intervención quirúrgica, fuera ella así de urgencia, y que el sábado dejaba al paciente agonizando con la muerte para irse a bailar a la vecina playa. De aquel padre este hijo era una astilla justa.

Luisita Arechederra tenía una lengua digna de un fino engaste de oro. Luisita Arechederra era murmuradora por excelencia. Allí, tumbada en la cómoda poltrona, leía y comentaba la crónica social del diario "El Universal" que, a columna extendida y con vistosa fotografía de los novios, reseñaba el último matrimonio del gran mundo.

–Oye, mamá: "Ayer tarde se celebró en esta capital el matrimonio de la encantadora y bella señorita Soledad Solórzano Queipo con el culto caballero don Alfonso Ribera Balza. La novia es hija del ilustre abogado

doctor Alejo Solórzano y de su esposa doña Aciscla Queipo y Ridruejo de Solórzano; el contrayente es del eminente jurista y hombre público doctor Vicente Ribera y de doña Teresa Balza Chipía de Ribera, vinculadas ambas familias a estirpes de las más distinguidas de cuantas honran a la sociedad venezolana. El matrimonio se efectuó en la Santa Capilla, que se hallaba profusamente iluminada y engalanada de las más bellas azucenas de Galipán. La larga alfombra roja, que desde la puerta de entrada se extendía hasta el Altar Mayor, estaba graciosamente adornada, a manera de odorantes pespuntes, con finas cadenas de violeta y de miosotis. A los acordes de la "Marcha nupcial" de Mendelssohn entró la novia, conducida por el Benemérito General Juan Vicente Gómez, Presidente Constitucional Electo de la República y Comandante en Jefe del Ejército Nacional. Vestía un traje de encaje de Chantilly, de alto cuello y ceñido corpiño, del que descendía una larguísima cola de raso, de finísima seda natural, la cual sostenían las encantadoras niñas Iludina Guerrero y Mélida Calcaño. La novia lucía un largo velo de tul de seda, sostenido por un gracioso adorno de azahares, en forma de corona ducal, y en la mano llevaba un lindo *bouquet* de azahares y *muguetes* naturales. Las arras las llevaba el angelical niño Cándido Palacios. Junto con los padres, sirvieron de padrinos el doctor Victorino Márquez Bustillos, Presidente Provisional de la República, y su honorable esposa doña Enriqueta Iragorry de Márquez Bustillos; el General Juan C. Gómez, Gobernador del Distrito Federal y la señorita Regina Gómez", y la lista que no te voy a leer, mamá –agregó Luisa– de los inacabables padrinos.· Oye ahora como sigue: "Después de haber recibido la bendición nupcial de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor Felipe Rincón González, Arzobispo de Caracas y Venezuela, la comitiva se dirigió a la respetable mansión de los esposos Solórzano-Queipo, donde fue servido un delicioso obsequio y donde los numerosos y distinguidos invitados, además de haber sido finamente cumplimentados por los señores de la casa, pudieron admirar la profusión de artísticos y bellos regalos, entre los cuales se destacaba el lujoso aderezo de esmeraldas y brillantes, que obsequió a la novia el Benemérito General Gómez". Estarán que no caben. Lástima que no hubieras podido ir, mamá. La fiesta estuvo en realidad bastante entonada. El obsequio era abundante y muy bien presentado. Tú sabes que la vieja Solórzano tiene unas manos que Dios se las guarde. Las

galantinas de pavo las hizo ella misma y estaban de chuparse los dedos. Pero, ¡qué cuadro tan desagradable el de los invitados!

–¿Y eso por qué, hija?

–Pues por la política, mamá. Los Riberas son gente decente, no se les puede negar, aunque sean andinos. Se les mira por encima de la ropa que son bien nacidos. Tú sabes que las niñas se han pulido mucho aquí y que Adelaida te habla muy bien el francés y te toca el piano que es una perfección. El viejo Ribera está muy metido con el Gobierno y ha invitado a Raimundo y todo el mundo. Tú sabes, mamá, que es molesto eso de tropezarse con Alejo Guía, así se haya casado bien. Encontrarse una con policías no es agradable; allá la gente a quien le gusta el olor a tigre y no se molesta con estrechar manos manchadas de sangre. Estamos llegando a límites muy tristes, mamá. Me decía Josefina Lugo que el bandido de Juanito Albornoz se ufana de haber mandado a matar a no sé cuántos. Me dio mucha pena ver a Eloína Olmos colgada del brazo de su marido. ¡Cuándo pensó esa gente, tan perseguida y sacrificada en la época de Castro, que todos sus sufrimientos y toda la justa aureola de mártir de su padre iban a parar en que la niña se casara con uno de los más desvergonzados aduladores de Gómez! ¡Ah, si el padre resucitara! Y lo peor es que tienen colgado su retrato en la testera del salón de la casa. El que no cabía era el tal Joaquín Pedernales. A mi me revienta esto, mamá. Todos sabemos que hasta ayer era un simple policía en Charallave y ahora lo encuentras tú enrolado con la alta sociedad y casado con una sinvergüenza.

–No hables así, hija.

–¿Y no es verdad, acaso? Esa Ernestina Berroterán tendrá muchos apellidos, y podrá ser parienta tuya, pero es una mujer que se entregó por el dinero del bestia de su marido. Eso está acabando con la buena sociedad. Hubieras visto a las Alfarito, cómo se desvivían por el hijo menor de Vicente Ribera, el cara de tonto de Carlitos. Me dicen que es el viejo Alfaro el que empuja a la hija, dizque por cuestiones de un negocio de tierras con el doctor Ribera. Mamá, y aquel canalla de Sócrates Rubiera. Lo hubieras visto rodeado de las Antúnez y de las Rojitas. Todo

porque se alzó con las fincas que Ricardo Hernández tenía en La Victoria. Es una desgracia, mamá, ver como son tolerados y alabados los ladrones. ¿Sabes lo que me dijo Isolita Rojas? Pues que Rubiera es el agricultor más inteligente y preocupado de Aragua. Pues, claro, quien se atreve a negar que sea preocupado un limpio, que a vuelta de cinco años despoja de sus tierras a los enemigos del gobierno. Allá mismo estaba refiriendo que en La Victoria no dejan inspeccionar la leche que se distribuye en la ciudad, pues el tal Rubiera la vende a unas señoras de gran valimento quienes la rinden con agua y han conseguido que la policía haga la vista gorda. ¿Has visto, mamá? ¿Crees tú que se puede hablar de buena sociedad cuando no se sancionan los abusos? Y qué te cuento del tal Cristino Buroz. Muy taquititaqui cuando viene acá a hablar con papá del gobierno. Casi le besaba las manos al General Gómez y hubieras visto los dientes que le pelaba a la tarasca de Regina. Yo prefiero a los que cchan por la calle del medio. Y la pretensiosa de Benigna Morales, tan puntillosa para encomendar a las hijas que no tratasen en el colegio a las Castañitos, porque la abuela de éstas dizque le faltó al marido, y había que ver las sonrisas que forzaba para halagar a Nicolasita Díaz, a quien le imputan mucha influencia en el ánimo de don Juancho, por decirse que es su querida a ciencia y paciencia del infeliz marido; claro, el marido de Benigna está con el monopolio de impresión de las estampillas y timbres del gobierno y la muy sinvergüenza olvida sus humos y remilgos para ganarse la influencia de los políticos.

–¿Pero, las muchachas de la fiesta, cómo estaban?

–Por supuesto que había muchas bien vestidas. Las Rincón, por ejemplo, era de verlas. Ellas se visten de París y andan siempre a la *dernier*. Rosita era un verdadero primor. Por cierto que oí decir que la menor tiene unos amores frenéticos con el pavoso Rafaelito Soto y que los han visto muy zafados. Ella, desde chiquita, ha sido un poco saltoncita. No es por criticar, mamá, pero qué asco me dio el infeliz de Lencho Méndez. Si hubieras visto cómo le adulaba a Márquez Bustillos. No sé para qué tienen tanto dinero esos bichos. Nada, en realidad, les falta: apellido y plata les sobra, pero el muy tonto quiere mantenerse de diplomático y adula como el más vil. Me contaban que en París le echó una hartada de película Alberto Smith, porque el muy infeliz se atrevió a

alabar las excelencias del régimen sin percatarse de que Smith estaba en el círculo. Las que daban lástima eran las Portillito. Si las hubieras oído echando copas de su aristocracia y de no sé cuántos abuelos emparentados con duques y condes de España; las muy imbéciles, que debieran olvidarse de esos condachos y ducangos, para que una no recordase a la tía que tiene en "El Silencio". ¿Por qué, mamá, esa gente con tamaño rabo, se empeña en decirse emparentada con el Espíritu Santo? ¿Por qué esos desgraciados no indagan su porquería cercana, en lugar de sacar abolengos falsos y distantes?

–¿Y cómo estaba vestida Teresa Ribera?

–Pues, con mucho gusto. Llevaba un traje de tafetán moaré, de color petunia, con adornos negros. El sombrero era de terciopelo negro y se gastaba un abanico de plumas de avestruz, que era un sueño. Se veía muy chic la vieja.

¿Sabes, mamá, qué cosa me dio gusto?

–¿Qué, hija?

–Pues ver al General Gómez sentado al lado del doctor Solórzano. El pobre viejo estaba muy contento. Gómez se hizo colocar una poltrona junto a la silla de ruedas del doctor y estuvo hablando con él casi toda la noche. Ese viejo es muy pícaro. Evitó así otra clase de conversaciones y le hizo placer al viejo inválido. Gómez tiene, en medio de su rusticidad, rasgos de gente bien.

–La que estaba muy bien puesta, también, era María Gentini. Le lucía maravilloso el traje de terciopelo de seda negra y como es tan blanca y tan linda y con su cabello rubio y sus ojos azules, se veía una muchachita. Hubieras visto cómo la saludaban todos, caballeros y señoras, porque, a la verdad, mamá, María Gentini ha sabido hacerse admirada y respetada. Y ella parece que supiera que nada la adorna tanto como el decoro, la elegancia y señorío con que lleva su viudez, sin dar oídos a buenos pretendientes, para sólo pensar en su hijo. A mí me encanta mucho María. Si así fueran todas las señoras. En cambio, mamá,

qué lástima me dio el Comandante Pinilla. Tú sabes que los militares dan un ojo por las condecoraciones. El infeliz estaba de uniforme y lucía al pecho las cintas de no sé cuántas cruces. Lo hubieras visto cómo estaba de ufano; en cambio, yo pensaba en el hijo que tiene preso por estafador. ¿Por qué estos imbéciles no piensan en sí mismos?

–¿Y los regalos, Luisa?

–Algo de espanto, mamá. Alfonso Ribera podría abrir una tienda y hacerle la competencia a Gathmann. Vieras qué regalos le hicieron a Soledad. El aderezo que le regaló Gómez es algo soñado. Los viejos Riberas, a más de una casa, le regalaron a Soledad un pasador de brillantes, que se las trae. El regalo de don Juancho fue una sortija de rubíes, fantástica. Márquez Bustillos le regaló unos pendientes que parecen gotas de luz. Abi-Hassen, el turco de las perlas, le regaló una sarta, que bueno, no hay palabras para alabarla. Y los juegos de mesa y los adornos de sala. El viejo Ribera está metido en todo.

–Señorita, la llaman por teléfono –interrumpió la negrita Ildefonsa.

–¡Ay!, sabe Dios qué guiña me cae encima. ¿No te dijo quién era?

–No, señorita.

–Cierra allá, entonces, para tomar yo acá la bocina.

–Luisa, ¿quién?

–(.....)

–¡Guá, chica!, qué gustazo. ¿Cómo estás?

–(.....)

–¡Qué lástima no haberte visto! Había tanta gente. ¿Dónde estabas tú?

–(.....)

–Ah, yo pasé el rato en la sala.

–(.....)

–Sí, sí. Mucha gente bien y también mucha gente cursi.

–(.....)

–Ah, no. No las vi. Esas tipas me son muy desagradables. Desde que tienen amistad con la gente de la alta política, creen que son otras. No saben que la gente de la política pasa. Papá nos ha enseñado a tratarlos a todos desde lejos. Mucho cariño, pero poco compromiso; así está una libre para la hora de la caída y de la venida de los otros.

–(.....)

–Ja, ja, ja. Tú tienes ocurrencias de remate. Pero si ese es un idiota. Mira, dile a ese mequetrefe que la gente de El Paraíso lo que tiene más que nosotros es la vecindad del Guaire, que no huele a flores.

–(.....)

–¿Cuándo vienes?

–(.....)

–Mejor mañana. Para la vespertina de hoy tenemos compradas las entradas. Y a propósito, ¿tú fuiste al Municipal al estreno de "La Serpiente"?

–(.....)

–¿Y es cierto que es muy inmoral?

–(.....)

–Pues aquí estuvo el tonto de Crisanto Buroz, que tú sabes que no pela debut, y les dijo aquí que la pieza es muy fuerte y mamá no nos deja ir a verla. ¡Qué lástima no haber ido la primera noche! Mamá siempre está pendiente del qué dirán! Tonterías de vieja.

–¡Necia! –exclamó malhumorada doña Josefa.

XIX

Alfonso y Soledad interrumpieron su luna de miel macuteña para subir a Caracas el Miércoles Santo, a la fiesta del Nazareno.

La tradición religiosa de la capital era pobre. La racha positivista del Siglo XIX tuvo su inadvertida repercusión en distintos órdenes de la vida de la ciudad. La impiedad oficial y el materialismo fueron socavando las bases religiosas del pueblo. La religión fue desplazada en aras de las nuevas exigencias intelectuales, y en el propio culto se hizo visible el desdén por la Religión. Se pretendió compensar por medio de una erradiza autonomía del pensamiento, la libertad sacrificada en el terreno cívico. Se tomó por acto viril la negación de Dios, mientras los hombres se humillaban ante los gobernantes. Se consideró que la liberación espiritual consistía en negar los valores religiosos, a la par de aceptarse las más rastreras actitudes cívicas y morales. Se destruyeron las raíces de la fe tradicional para dar libre paso a la mitología racionalista y al dogmatismo dialéctico. Sobre los valores viejos, se colocaron una serie de contravalores, que terminaron por arruinar las bases de la moral social.

Cuando Arístides Rojas, el año 1876, descolgó de su sitio público la tabla del Setecientos, destinada a representar a Nuestra Señora de Caracas, y la llevó al Museo Nacional, cumplió un rito simbólico. En la esquina de la Catedral había sido colocada la imagen de la Virge María, en el patronato caraqueño que le acordaron el Cabildo y el Obispo Diez Madroñero. Nuestra Señora entre santos y ángeles, sobre los techos rojos de la vieja ciudad de Santiago de León, da testimonio de la

religiosidad antigua, en la cual coincidían la Mitra y el Municipio. El nudo añejo intentaron romperlo la nueva política demoledora de Guzmán Blanco y su Universidad descristianizada.

Del ataque del Ilustre se salvó el Nazareno. La vieja imagen recibía culto desde sl Siglo XVII en el antiguo templo de San Pablo Ermitaño. El Nazareno era el centro de la devoción caraqueña y numerosos milagros acreditaban su poder; sin embargo, Guzmán Blanco quiso dotar a la capital de un gran teatro y ordenó la demolición del viejo Santuario. Cuando sobraba tierra vacía en el perímetro urbano, no hubo más sitio para el proyectado coliseo sino el espacio ocupado por la vieja iglesia. Se levantó el gran teatro y se le puso por mote el nombre del civilizador. Hubo derroche de luces y lujo de escotes y de fraques en la noche de la inauguración. Satisfecho de su gran triunfo, Guzmán Blanco se tumbó en la cama para dormir. No era muy profundo el sueño del engreído dictador. En verdad, los dictadores no suelen dormir a sueño suelto: algo les carcome siempre la conciencia. En el entresueño, Guzmán Blanco percibió un leve ruido en el balcón del dormitorio. El ruido se hizo más intenso. Guzmán Blanco pensó que aquel ruido no fuera otra cosa que la brisa agitada con más fuerza. Se puso en pie el autócrata y abrió las hojas. ¡Señor, lo que vio! Era el propio Nazareno de San Pablo, con la pesada cruz a cuestas, con el rostro lleno de cardenales y de escupitajos, con la corona de espinas ensangrentándole la frente. El Nazareno lo miró con la misma dulce, larga, profunda mirada que hizo llorar a San Pedro después del tercer canto del gallo. "¿Qué hiciste de mi templo?", preguntó el Señor al aterrado dictador. Aquella pregunta fue la orden de construir una nueva iglesia. Donde estuvo el famoso Oratorio de los Neristas, se comenzó a edificar el templo de Santa Ana y Santa Teresa. Todavía resistió el soberbio gobernante y, lejos de dar por título a la iglesia nueva el nombre de San Pablo, la dedicó a las santas del nombre de su esposa. En el hermoso templo de estilo renacentista, fue colocada la imagen venerada y protectora del pueblo humilde.

La Semana Santa de Caracas tiene por esta razón su centro principal en la basílica de Santa Teresa. No había por aquel tiempo mayor piedad. Los oficios carecían de pompa, aun en la propia Catedral metropolitana, a donde acudía el Jueves Santo el Gobierno para la imprudente

imposición de la llave del Monumento, que tantas fricciones llegó a ocasionar entre la Iglesia y el Estado. Aun el conflicto que desembocó en la expulsión del Arzobispo Guevara y Lira tiene sus raíces enlazadas con el agravio de que se creyó víctima el Ministro Urbaneja. En cambio, en Santa Teresa el culto adquiría relieve de apoteosis. Desde las tres de la madrugada comenzaban el Miércoles Santo las Misas del Nazareno. Las anchas naves de la iglesia resultaban pequeñas para contener la desbordada muchedumbre. Hombres y mujeres asistían a los oficios con candelas en la mano, hasta convertir el templo en un verdadero mar de luces. A la cabeza de los devotos se colocaban los clásicos *nazarenos.* Vistiendo violáceos hábitos de penitencia, los numerosos promeseros acudían para cumplir el voto hecho al milagroso Cristo. Pie en el suelo y apretado cíngulo, sin capuchón alguno que les cubriera el rostro, los agradecidos devotos coloreaban las calles vecinas al templo. Metido en la hopa pintoresca de los *nazarenos,* Caracas vio cruzar sus calles en el siglo pasado, nada menos que al célebre Guillermo Michelena, médico insigne, político travieso, violento republicano, polemista despiadado, libertino impúdico, a quien la fe aldabó el corazón con la misma violencia que había puesto en todos los actos de su vida.

A las puertas del templo, junto con las velas y las estampas, asentaban los vendedores de ramas: manzanilla, laurel, pesgua, romero, tomillo y albahaca. Vieja costumbre castellana, vive aún, como homenaje de los campos renacidos por la alegre luz primaveral, al paciente Señor que se echó a la espalda los dolores del hombre pecador. En el interior, los platillos y las huchas recogían las limosnas generosas, ofrecidas al divino Nazareno por la piedad de los fieles. Largas, copiosas monedas, de las cuales en la sacristía se distraía la parte del león para el beneficio de quienes aplican el superlativo al modo de conjugar la sentencia popular, según la cual, de lo que canta, el cura yanta.

El Nazareno de San Pablo, junto con la Soledad de San Francisco, duraban en medio de la indiferencia caraqueña de las primeras décadas de este siglo, como expresión del culto y del fervor pretérito. El Nazareno tiene una copiosa literatura, llena de los tintes amables del folklore y de las notas más subidas de la poesía. Del templo, la acción

milagrosa salió a la calle y en la esquina de Miracielos duró hasta edad contemporánea el limonero donde, entre el oro de las pomas, enredó la cabellera el Señor sacado en procesión.

El Nazareno de San Pablo
tuvo una casa y la perdió
y tuvo un patio y una tapia
y un limonero y un portón.
¡Malhaya el golpe que cortara
el limonero del Señor!...

cantó la musa de Andrés Eloy Blanco.

El título del templo era otro, pero el corazón de la Iglesia, como el corazón de Santa Teresa de Avila, era el Nazareno, con la cruz dolorosa, a cuya sombra el hombre se desnuda para poder resucitar. Un poco más abajo, perduraba el recuerdo de la cruz que presidió los absurdos castigos impuestos en nombre de la fe. Cien metros hacia el Este, estuvo plantada durante la Colonia la cruz que recordaba los vejámenes del Santo Oficio. También se le cantó por quienes apologizaron los martirios feroces de la Inquisición, y Lope de Vega ponderó como

la más ligera esperanza
llega a fruto y no se pierde
si se pone en la Cruz Verde.

Al Nazareno llegaron Alfonso y Soledad con sus velas y sus rezos, a la hora en que la capilla entonaba las estrofas lastimeras del Populе Meus, sobre la pauta de José Angel Lamas. Supieron meterse en la devoción y en el afecto de Caracas las notas profundas y dolorosas de los improperios musicalizados por nuestro gran Maestro, hasta llegar a publicarse, como testimonio de tonto chovinismo, que en la Capilla Sixtina la música de Lamas es tocada el Viernes Santo.

Fuera así de Mérida, tenida por ciudad de teólogos y beatos, Alfonso Ribera no era inclinado a las prácticas piadosas. Asistía a la Misa por mera costumbre y por ver la salida de las mujeres, turbadoras de la paz

de los hombres, aun cuando sostienen en los labios la letra de las plegarias. Sin embargo, Alfonso Ribera se sintió emocionado ante el dolor del Nazareno y dócilmente dobló la rodilla, a la par de la joven esposa. Fanales y lirios rodeaban la imagen venerable del Cristo doloroso, de cuyo altar en torno se percibía, como si fuera la voz entrecortada de un gigante cansado, el murmullo de las plegarias de los fieles. Cargado con la cruz, penetrante y tierna la mirada, renegrido el rostro por la acción del tiempo y del humo de las candelas y el incienso, el Nazareno impone el respeto que le rinde el pueblo. La gente de Caracas ama al Nazareno con fe sencilla, pura, profunda; con fe recibida de labios de la abuela temblorosa y de labios del recio padre, celoso de dar la mano al niño para llevarlo al festejo del Miércoles Santo. Duraba la fe a manera de soterrada corriente de agua en espera de la oportunidad del salto; como el pueblo, dura la fe, acendrada, jubilosa, resistente.

–Imponente la imagen –dijo Alfonso Ribera a la esposa, cuando dejaron la basílica.

–Es la devoción de mi familia. Hoy, justamente, es un día muy triste para papá, pues siente doblemente su invalidez. El pobre, tan devoto del Nazareno, ofreció vestir el hábito morado un Miércoles Santo, si curaba de las piernas. Todos los años espera la curación, y ahí lo ves; ya no tiene remedio. En cambio, el Nazareno le ha hecho el milagro de darle resignación. El año pasado decía el pobre: "Señor, si ya no me sueltas las piernas, fortifícame las muletas de la paciencia".

–Tu papá se ve un hombre muy bueno. Debe sufrir mucho sintiéndose con la cabeza tan sana.

–Su consuelo está en los libros, gracias a Dios. Luego, con voz insinuante dijo al esposo: –Mira, Alfonso, ¿tú por qué no te confiesas esta noche, para comulgar mañana Jueves Santo?

–Yo no acostumbro eso, Soledad. Ni para casarme me confesé.

–Debieras haberlo hecho. Tu futuro cuñado Jesús Lameda comulga todos los años.

–Yo no soy beato, para exhibirme en esas cosas.

–El tampoco, mi amor. Además, no hay necesidad de que nadie te vea. Esta noche van muchos hombres a la Iglesia de las Mercedes; entran por la puerta que da al callejón y pasan al templo por la sacristía. Me dicen que no se conocen entre sí, en la penumbra de las naves. Mañana, hay comunión a las cinco en varias iglesias y podemos ir a comulgar juntos.

–En eso no te voy a complacer, Soledad. Tal vez más adelante.

La joven esposa no insistió y junto con Alfonso caminó hacia la vecina plaza, donde Jorge Washington erguía su austera figura broncínea. Tomaron el coche y ordenaron a Guaramato que los condujera a donde los viejos Riberas.

–Estaremos poco tiempo en tu casa, porque papá es muy regular en sus horas de comida y él nos espera al almuerzo.

Alfonso Ribera sintió en su interior cómo sobre su voluntad se había erigido una voluntad nueva. Ya él no era el Alfonso Ribera de Mérida. En él estaba naciendo otro hombre.

XX

Don Alfonso, perdone usted que le interrumpa –dijo Eladio Ulloa a Alfonso Ribera cuando éste descendía del coche para penetrar en el escritorio del padre.

Eladio Ulloa era un modesto funcionario, colocado desde muy joven en los cuadros de la administración. Frisaba con los cincuenta años, mas su aspecto acusaba mayor peso de almanaques. Eladio Ulloa era alto, de anchas y caídas espaldas, enjuto de carnes, de tez aceitunada y bigote vuelto sobre el labio inferior, en el cual ya se hacía difícil contar los escasos pelos librados de la nieve de los años. Eladio Ulloa usaba espejuelos negros para disimular la falta de un ojo, que no había podido reemplazar por la fija y estúpida mirada de una concha de vidrio. En el vestido se veía la cortedad de recursos de Eladio Ulloa. Así apareciera limpio y bien puesto, una mirada escrutadora descubría fácilmente la labor de la aguja disimuladora de roturas indiscretas.

–A su orden. ¿Cómo está, amigo Ulloa? ¿En qué puedo servirle?

–Muchas gracias, don Alfonso; pero yo quería que usted me hiciera hablar con el doctor Ribera. El sabe que yo soy su amigo y tengo necesidad de que me haga un favor.

–Suba conmigo, señor Ulloa, para ver si papá está desocupado.

Subieron ambos la escalera que conducía al piso donde quedaba el escritorio del doctor Vicente Ribera, y mientras Alfonso siguió hacia el despacho del padre, Eladio Ulloa tomó asiento en una de las cómodas butacas del lujoso recibimiento.

Eladio Ulloa andaba con una grave dificultad entremanos. Eladio Ulloa se hallaba en aquel momento ante un problema difícil en su vida de funcionario. A los cincuenta años, Eladio Ulloa no había logrado levantar cabeza. Casado muy joven, ya en su hogar comenzaban los nietos a poner la alegría sobre las penurias invencibles. Dos hijas tenía Eladio Ulloa. Una entró Hermanita de los Pobres; la otra casó con un muchacho, también como él, de clase media. En una modesta casita, por los lados de San José, vivían Eladio Ulloa, su mujer y su hija, con el esposo de ésta y dos niños. Hacían la vida modesta, sencilla, angustiada de la clase media caraqueña. Desde muy joven, Eladio Ulloa entró a servir un cargo sin categoría en el Ministerio de Obras Públicas. Su contracción al trabajo, su fina letra y buena redacción y la destreza con que se adaptó al uso de la máquina de escribir le hicieron ganar uno tras otro varios ascensos, hasta llegar a Jefe de Servicio. El sueldo de Jefe de Servicio le daba apenas para cubrir los gastos; mas, como tenía la ayuda de lo que el yerno ganaba en la teneduría de libros de una casa de telas, ya lo pasaban regular, o a lo menos para conformarse. Para no llamar con augurios la desgracia, decían que nada les faltaba.

Pero en la casa de Alejandro Ulloa faltaba todo. Situado en la indecisa posición de quienes viven al día para cubrir los gastos forzados y, además, obligados a dejar algo para engañar las apariencias sociales, la existencia de esta clase de gente es la prolongación de un grito callado de angustia. Eladio Ulloa, lo mismo que su mujer Carmen Velázquez, pertenecía a antiguas familias de pro, cuyas posibilidades cayeron verticalmente, hasta convertirlos en personas económicamente indefensas. Tenían abolengo, tenían entronques cercanos con familias de la oligarquía, tenían empeño en mantenerse en un nivel artifical, que no los distanciara definitivamente del rango perdido, pero carecían en absoluto de medios para lograr la satisfacción de sus aspiraciones. Eran pobres, mas se mantenían en un plano de fingimiento, que no abultase la plenitud de la pobreza. No iban al teatro, pero disimulaban la asistencia con un imaginario catarro; nunca bajaban a la playa, y para justificarlo se sacaba a relucir la inexistente afección hepática de la señora. Unos, como Eladio Ulloa, se agarraban al empleo público, donde jamás lograron pelechar; otros se iban al comercio, ya al mostrador, ya a la caja, ya a los libros, donde los más afortunados terminaban por asegurar

un fastidioso cargo en algún banco. Alguna vez alcanzaban los otros un ascenso efímero o desembocaban en alguna función con ribetes políticos. Tal vez la mayoría de los exponentes de esta sufrida clase caían en los cargos públicos. En ellos prestaban un trabajo, rendían un servicio, casi siempre mal remunerado; mas, para mantenerse en su goce, eran necesitados a sonreír a los superiores y a testimoniar su adhesión a la política del momento. Eladio Ulloa había sido crespero, andradista y castrista. Por entonces era gomecista. Los empleados daban su palabra amistosa a los gobiernos, sin adquirir compromiso moral alguno. Pasaban de un cuadro a otro sin que se les pudiera motejar de defección. Un estúpido régimen burocrático confundía el servicio a la administración con el servicio a la política. Como las paraulatas perseguidas vuelan de uno a otro alambre en pos de apoyo, así estos infelices se pasan de una a otra lista política para asegurar la modesta soldada. Se les moteja de debilidad, de cobardía, de oportunismo, sin pensar que son las víctimas mayores y más desamparadas de una torpe política empeñada en irrespetar la dignidad de los hombres.

Eladio Ulloa ni siquiera recordaba quién lo recomendó para el cargo en el Ministerio de Obras Públicas. Al Ministerio entró cuando le apuntaba el bozo, hacía más de treinta años. Su conducta y su contracción al trabajo lo habían llevado hasta alcanzar la Jefatura de Servicio, que por entonces desempeñaba, ya sin necesidad de buscar palancas. En aquel momento, desgraciadamente, tenía, sin embargo, necesidad de que alguien metiera la mano por él, y se fue a hablar al doctor Ribera, con quien se encontraba frecuentemente en la casa de don José Domingo, cuando iba a ayudarle a llevar las cuentas y a escribir alguna carta a los deudores. Eladio Ulloa era hombre discreto, a quien don José Domingo no recelaba dejarle conocer algunas operaciones ¡Cuántas veces Eladio Ulloa sirvió de intermediario en aquellos angustiosos tratos en que los empleados públicos, acosados por las deudas, firmaban compromisos, por medio de los cuales reconocían deber a don José Domingo mil doscientos bolívares, pagaderos en tres meses, cuando en realidad sólo habían recibido ochocientos!

Después de una larga espera, el doctor Ribera recibió a Eladio Ulloa.

–¿Qué tal, amigo Ulloa? Raro usted por aquí.

–Sí, doctor Ribera. Creo que es la primera vez que vengo por aquí. Me eché una escapadita de la oficina, porque no quise dejar pasar el día de hoy sin venir a pedirle un favor.

–¿De qué se trata, Ulloa? Ojalá pueda servirle.

–Yo pensé dirigirme a don José Domingo, para que él le hablara a usted, pero hoy me encuentro en la necesidad de resolver la situación que se me ha presentado y decidí venir a molestarlo. El caso es el siguiente: yo tengo muy buena letra y el doctor Lilo me propuso hace unos días falsificar la firma del Ministro en unas órdenes de pago. Yo soy un hombre viejo y no quise comprometerme con un no y me defendí, alegándole que me dejara pensar y ejercitar la letra, para ver que la firma quedara bien. Ayer me insistió y le dije que todavía no estaba ducho en la imitación, que tal vez hoy. El está enredado en algo y tiene necesidad de dinero. Yo no puedo complacerlo, pero sé que si me niego voy a perder el puesto, porque él es muy pesado y me cobrará el hecho de que no lo complazca y que, en cambio, me quede con un secreto suyo. Sabe usted, además, que si se lo digo al Ministro, el Director se queda tranquilo y a mí me botan.

–¿Usted quiere decirme eso por escrito, para yo hablar con el General Gómez?

Pensó un rato Eladio Ulloa y dijo al doctor Ribera:

–No, doctor. Eso me traería la pérdida del puesto; créalo doctor. Es lo mismo que si yo lo dijera al Ministro. A él no lo quitarán, porque tiene gente que lo apoya.

–Yo soy capaz de hacerlo quitar con esa prueba.

–Usted puede mucho, doctor; pero ¿y si por mano de pilón ocurre lo contrario, y a él no le pasa nada y a mí me quitan? Yo lo que le vengo a pedir es que me eche una atornilladita con el Ministro, para el caso de que él quiera chismearme después que me le niegue.

–Pues, amigo Ulloa, yo no le garantizo éxito, salvo en la forma en que le insinúo. Para yo hablar al General, necesito una prueba y con el Ministro no me la llevo muy bien. Piense usted y si quiere vuelva por aquí con la carta en que me refiera el caso con sus pelos y señales.

–Lo pensaré, doctor. Perdone que lo haya molestado. Me hará el favor de saludar de mi parte a doña Teresa.

Con la cabeza cargada de confusos pensamientos, salió Eladio Ulloa del escritorio del doctor Vicente Ribera. La cara fría, el gesto inmóvil del influyente político, le dejaron comprender que a él sólo había interesado ganar un instrumento con el cual pudiera dañar al Director, a quien posiblemente no quería. La situación de Eladio Ulloa y su amenazada integridad personal no contaban para el caso. A Vicente Ribera le importaba un bledo que Ulloa se viera en el trance de hacer una falsificación para conservar su cargo. A Vicente Ribera apenas le interesaba cobrar alguna cuenta a un posible enemigo.

Al llegar al ancho portal del edificio donde estaba instalado el bufete del doctor Vicente Ribera, Eladio Ulloa encontró que llovía a chuzos. Sobre la ciudad caía una de esas tremendas lluvias que parecía que no fueran a concluir jamás. Era tarde y Eladio Ulloa debía regresar al Ministerio. Angustiosamente veía caer aquel tremendo diluvio. La insistencia del agua lo desesperaba, pero lo desesperaba aún más comprobar que en sus bolsillos no tenía los dos bolívares requeridos para pagar una carrera de coche. Echando silenciosos bollos, Eladio Ulloa contemplaba el raudo paso de los inaprehensibles vehículos...

XXI

Cuando Fabio Antonio recibió el certificado de Suficiencia en Ciencias Físicas y Matemáticas, con que ganaba licencia para ejercer la profesión de ingeniero, los viejos Riberas organizaron una pequeña reunión familiar. La mayoría de los invitados era gente joven. Los compañeros de Fabio Antonio no sumaban muchos. Las aulas universitarias estaban cerradas entonces y la enseñanza superior se impartía en anárquicas escuelas oficiales o por medio de clases dictadas por profesores particulares. Fabio Antonio Ribera, gracias al buen dinero del padre, había gozado del beneficio de catedráticos propios. Sus condiscípulos eran por tal razón reducidos y selectos. No pasaban de trece los compañeros que Fabio Antonio invitó a su fiesta de grado. Entre ellos, claro está, figuraban en primer término los muchachos de su clase. Muy buenos apellidos caraqueños se entremezclaban en el pequeño conjunto de amigos de Fabio Antonio. Había un Conde, un Berilo, un Príncipe, un Buroz, un Solórzano, un Salinas. Muchachos bien, pertenecientes a las más señaladas familias de la sociedad mantuana de Caracas; muchachos ya aviados para un buen matrimonio o para un magnífico cargo diplomático, en razón de la gravedad del prestigioso apellido.

El apellido todavía pesaba en Caracas. Estaba rota, en general, la norma añeja de la sociedad que pretendió pedir pergaminos para dar el espaldarazo a los hombres nuevos. Sin embargo, duraban los antiguos rigores cuando se trataba de hacer espacio para muchachos pobres. Si el caso contemplaba, en cambio, a una persona enriquecida al galope de los negocios o al azar de la política, la cosa variaba y la vieja sangre limpia era preferida por los sucios pañales, lavados con cualquier detergente. La calidad no contaba, en realidad, para nada. Sin vigencia ninguna, la ley del propio mérito era, en cambio, burlada y pisoteada.

Por sí solos nada valían los propios merecimientos personales. Los empingorotados señoritos se hacían paso con el dinero o con el prestigio recibido de olvidados abuelos. Las puertas de la figuración social se abrían indistintamente con los billetes de abolengo o con contables billetes de banco. La valía personal se imponía con gran dificultad. Las gentes de alcurnia miraban hacia los antepasados como si éstos hubiesen asegurado el reposo sin trabajo; mientras, en el otro extremo, los advenedizos enriquecidos a cualquier ley y los políticos encumbrados al viento de la fortuna, eran objeto de singular respeto por las mismas clases altas, carentes en absoluto del propio sentido de gravedad histórica, por donde pudieran ganar consistencia en otros climas. Conservar el orden era lo único que pedía a los gobernantes la llamada oligarquía. En su empeño de salvar su hacienda y su regalo, la alta sociedad se aliaba con quien fuera. Nunca tuvo el Diablo tan buenos apoyos como los famosos defensores venezolanos del orden. De nadie Venezuela recibió males mayores como de sus clases ricas. Para defender sus privilegios, aceptaron las más notorias desvergüenzas. Para mantener la mesa bien servida y el coche a la puerta, hubo damas que llegaron a casarse con bandidos y ladrones.

Con la alegre muchachería reunida para el festejo de Fabio Antonio, habían acudido viejos amigos de la casa. Como siempre, estaban presidiendo la rueda de los señores el doctor Eladio del Rosario Angulo y doña Lola, su mujer; don Abraham Vanoni, rico comerciante muy vinculado a los Ribera y su señora, doña Epifania; el doctor Pedro Manuel Ruiz, Director de Estadística en el Ministerio de Fomento, cuya amistad había solicitado en toda forma el doctor Ribera, deseoso en vano de meterse en las interioridades del despacho donde se ventilaban los problemas de la riqueza territorial; don Gustavo Príncipe, también muy íntimo de la casa, quien festejaba la conclusión de los estudios del hijo Gustavito, y junto con ellos, como miembro de la familia, don José Domingo Zerpa, alegre y entusiasta consumidor de los ricos emparedados que cada rato le pasaba Rudecindo, buen conocedor de las debilidades del señor.

–Estos *sandwichs* de pepino y mayonesa son mi debilidad. Tienen calculado el punto de mostaza para mi gusto –decía don José Domingo, cuando por quinta vez repetía los bocadillos.

–Tú reventarás comiendo, José Domingo –expresó en amable tono el doctor Vicente Ribera.

–Es preferible morir de una indigestión a morir de hambre, mi querido Vicente. Comer es un rito sagrado, que los propios griegos elevaron a dignidad excelsa. No olvides, Vicente, que la lista de sabios la estiraron ellos a más de siete, para agregar, entre otros, al vinicultor Sarambós y al cocinero Tcarión. Estos son patronos míos, como San José y la Virgen del Carmen.

–Tu gula es incorregible, José Domingo –agregó el doctor Ribera mientras los demás reían a buena risa de la pantagruélica vocación del grave caballero.

–Me dijo Gustavito que usted piensa enviar a Europa a Fabio Antonio, doctor Ribera –insinuó don Gustavo Príncipe.

–Sí, señor. Ya le tengo listo el viaje en el próximo vapor francés. Teresa está desolada, pues también se va Carlos para el Norte.

–¿De manera que quedarán sin los muchachos? –interrogó don Abraham Vanoni.

–¡Qué se va a hacer! Hay que educar a los hijos y dotarlos de medios de producción. También quiero que ellos sean útiles al país. Fabito va a hacer en París la especialidad de arquitectura; Carlos seguirá en Tulsa un curso de geólogo.

–Es lo racional en este caso. Educar, educar a los hijos es la primera misión de los padres –agregó don Gustavo Príncipe.

–Yo creo –continuó el doctor Vicente Ribera– que Venezuela está urgida de geólogos y de arquitectos. Nuestra riqueza está en el subsuelo. Precisa explorar y explotar los grandes yacimientos de petróleo y demás minerales ricos. Por otra parte, se necesita transformar el perfil del paisaje. Es necesario construir grandes casas, tender grandes avenidas, abrir muchas carreteras. Caracas no tiene edificios para que viva mañana

una población de ricos. Ya verán ustedes a dónde llegará nuestra fuerza económica. Venezuela será una potencia en el Caribe. Yo creo que mis dos hijos cumplirán una verdadera misión patriótica. El ejemplo de ellos abrirá los ojos a otros, y cuando el gran capital petrolero y las grandes rentas de la Nación le den el debido empuje al país, ellos estarán en condiciones de servir. Carlos ayudará a sacar el petróleo y Fabio ayudará a crecer a las ciudades.

–Yo apruebo tu idea de educar en esa forma a los muchachos –agregó el doctor Angulo–. Es conveniente que haya ingenieros de minas criollos, que defiendan nuestra riqueza mineral, expuesta a la absorción de los explotadores extranjeros, y necesitamos arquitectos que dirijan la natural transformación de las ciudades; pero no te voy a hablar sólo desde el ángulo de mi profesión, sino desde el punto de vista del país: Venezuela necesita médicos sanitarios y pedagogos antes de todo. Médicos que curen el cuerpo enfermo del hombre y profesores que eduquen al pueblo. Yo no creo que las naciones se mejoren amontonando ladrillos o abriendo caminos. Los pueblos piden robustez física y moral. ¿Qué vas a ganar tú mañana con grandes avenidas y edificios de diez pisos si la población que va a transitar por las vías y a vivir en las casas carece de personalidad moral y de salud física?

–Eso viene después –interrumpió don Vicente Ribera.

–Después, no; eso debe venir antes, Vicente. Creo que Venezuela padece una crisis tremenda de incultura y de enfermedad. Nuestro pueblo tiene hambre. Nuestro pueblo no piensa ni siente con decoro.

–¿Y qué quieres tú? El Gobierno todos los días crea más escuelas –exclamó el doctor Ribera.

–Por más escuelas que creare, no pasarán de ser meras bancas para que se sienten en ellas unos muchachos sin salud y sin estímulo. En Venezuela no hay maestros, Vicente.

–¿Y las escuelas normales? –preguntó de nuevo el doctor Ribera.

–No sirven para nada. El magisterio no ha interesado como profesión y ha quedado para los fracasados sin oficio. Fíjate tú, Vicente, tú que te

dices preocupado por los ribetes sociales. ¿Qué padre rico se ha interesado porque un hijo suyo sea maestro de escuela o profesor de colegio?

–Es que no se produce.

–Ahí está la madre del cordero, querido Vicente. La escuela se la han dejado las clases altas a hombres sin aspiraciones, a hombres sufridos y muchas, muchas veces a hombres fracasados o incapaces para brillar en otras disciplinas. Algunos ricos han protegido en función de clase a algunos colegios para sus hijos, pero esos ricos no son el pueblo y de esos colegios aristocratizantes se levantarán pocas voces que tomen interés por los problemas del pueblo. Se habla del sacrificio del Licenciado Aveledo, de Núñez Ponte, de Cruz Guitián, de Luis Espelozín, de Marichal Torres. Se les admira desde lejos, pero no se les respeta, ni se les considera cuanto es debido. Lo mismo ocurre en el interior con los abnegados institutores, que se han echado la carga de iluminar la conciencia de los jóvenes. Son héroes callados, a quienes alguna gente alaba, pero que no pintan en el orden directivo de la ciudad. Los maestros de escuela no son sino unos tristes ciudadanos, dedicados a cuidar el mísero sueldito. Su propia timidez les niega fuerza para levantar la moral del pueblo y enseñarle a cumplir sus deberes cívicos. No son meras letras lo que reclama la juventud. El pueblo pide que se le enseñe conducta, y comprenderás tú que ninguna conducta pueden enseñar unos sufridos maestros a quienes las circunstancias obligan a sonreír a las autoridades para conservar el cargo de donde derivan el escaso pan de cada día.

–Hay que recomendar, entonces, al General Gómez que nombre Ministro de Instrucción Pública a Arévalo González –dijo con sorna el doctor Vicente Ribera.

–Pues si el General Gómez hiciera eso, Venezuela sería otra cosa.

–Y caería el Gobierno –agregó el doctor Ribera– y con él caeríamos sus amigos.

–Yo les recomiendo los *sandwichs* de pepino –interrumpió don José Domingo–. Están mucho mejor que esos temas, ya llevados adonde mono no carga a su hijo.

–Yo lo acompañaré, don José Domingo. Respeto mucho sus juicios en materia de golosinas –dijo don Gustavo Príncipe–. Me trae, también, una tisana –agregó luego al criado. Tiene una excelente combinación de frutas.

–Ustedes me excusarán si tercio en el debate tan interesante que han abierto el doctor Ribera y el doctor Angulo –dijo con voz insinuante el doctor Pedro Manuel Ruiz–. Pensaba echar mi cuarto a espadas antes de oír la salida de don José Domingo. Tal vez sin quererlo, él nos ha dado la razón más contundente de lo que ocurre en Venezuela. No se habla sobre problemas de altura por asegurar a cualquier precio los *sandwichs* de pepino. Así como lo digo, y no se ría usted, don Gustavo –agregó dirigiéndose al señor Príncipe.

–Me sonrío porque me hace gracia su apunte. Siga, doctor, que siempre dice usted cosas interesantes.

–Yo estoy de acuerdo con la urgencia de formar maestros y médicos sanitarios. Dígamelo a mí, que veo diariamente las estadísticas de toda la República. La gente se muere de mengua. Vieran ustedes esas papeletas de defunción en los Llanos: paludismo, paludismo, paludismo, y las diarreas infantiles y la caquexia y la tuberculosis y los anquilostomos. Venezuela es una lástima; y vieran ustedes, también, la carencia general de letras. Yo diría que éste es un país cuyos últimos y más finos rodajes los manejan hombres analfabetos. Se necesitan luces en la cabeza y sangre rica en las venas. Yo creo, con el doctor Angulo, que estamos urgidos de maestros que nos enseñen el propio país donde vivimos, más que de geólogos y que de arquitectos. Guzmán Blanco será recordado, no por lo mucho que hizo en el orden material, sino por la difusión de la escuela primaria y por haber dado el avance que dio a la estadística. Sin estadística no habrá nunca administración seria. Se necesita conocer las posibilidades y las necesidades de la nación para poder planear una política. Lo malo, mis queridos amigos, es que los maestros que desea

con tanto juicio el doctor Angulo de nada servirían si no se les aseguran las posibilidades de elevar el nivel cívico del pueblo. En Venezuela parece que hubiera, por el contrario, un deseo constante de que el pueblo no creciera; tal vez me atrevería a decir que no es deseo, sino propósito de mantenerlo en ayunas respecto a sus derechos. Bien saben los gobernantes que un pueblo instruido en sus derechos y deberes cívicos no es jamás instrumento dócil para explotarlo y engañarlo.

–Tal vez usted exagera, doctor Ruiz –interrumpió el doctor Vicente Ribera–. Venezuela no está en esas lamentables condiciones que usted expone. Vea el último mensaje presidencial.

–Hombre, doctor Ribera, los mensajes oficiales no arguyen nada. La verdad está en los números que yo manejo. El Gobierno miente desvergonzadamente para engañar al pueblo.

–Doctor Ruiz, no se exceda en palabras imprudentes, que, en primer lugar, no deben decirse aquí, y que dichas delante de otra clase de gente lo pondrían al borde de la cárcel.

–Perdone usted, doctor Ribera. Yo no temo al borde de la cárcel; por el contrario, creo que este país se salvaría si los hombres responsables se pusieran todos los días al borde de la cárcel. ¿Quién podría ejecutar entonces las prisiones? Ocurriría que los carceleros se convertirían en presos.

Mudaba de colores el doctor Ribera, cuando doña Teresa apareció como nuncio de paz.

–Vamos, vamos –dijo la amable señora–. Ya se va a abrir el *buffet.*

Primero en ponerse de pies fue don José Domingo Zerpa, quien, tomando afablemente por el brazo al doctor Pedro Manuel Ruiz, díjole:

–Véngase conmigo, doctor. A usted puede que no le agraden los *sandwichs* de pepino, pero nos tienen una ensalada de gallina digna de

figurar en las más acrisoladas antologías de la buena mesa. Y lo que ha dicho de cárcel, me recuerda algo que tengo que decir a Vicente.

Llegados al comedor, y mientras los alegres invitados se las entendían con la ensalada y el jamón, don José Domingo se acercó al doctor Ribera y lo llevó a un ángulo apartado.

–Mira, Vicente, tienes que hacer algo a favor de Eladio Ulloa. Ese hombre es inocente y parece que lo han torturado mucho.

–Algo me han dicho del caso y estoy un poco confundido. La señora me escribió y hablé con Pedro García, quien me informó que en su escritorio del Ministerio se encontraron unas cartas de Ortega Martínez. El habló algo conmigo de un lío que se traía con el Director y he llegado a pensar si su historieta previa no sería una coartada encaminada a despistarme y comprometerme en su defensa, ¡Quién sabe qué picardía se trae ese güercho del carrizo.

–No creas, Vicente. Ese hombre es de oro. Haz algo por él. Habla, al menos, con Márquez Bustillos y cuéntale la historia de la falsificación, porque me dijeron que el Director es protegido de Márquez.

–Yo no lo creo. Si eso fuera cierto, Victorino lo habría encarcelado. Quien protege a ese otro pillo es don Juancho.

–Peor entonces. Sabe Dios qué le harán cantar a Ulloa.

–José Domingo, es mejor que te olvides de tu tuerto y repitas la ensalada. Está magnífica –agregó el doctor Ribera, a tiempo que se dirigía al grupo de las señoras.

Soledad estaba más bella aún. La fecundidad del amor le brillaba en el rostro. Ella, como ocurrió a la madre doña Aciscla, no había sentido el menor trastorno por el embarazo. La buena salud, en cambio, la ayudaba a exhibir la radiante alegría de saberse en camino de ser madre. A su lado había estado durante toda la tarde el complacido Alfonso. Alfonso

Ribera había desechado la compañía de los señores adustos, para mantenerse junto a su esposa y a Jesús Lameda y a la gente joven que formaba el fondo de la reunión.

Entre tanta fiesta y regocijo tanto, un rostro se mostraba macilento. Rosarito Zerpa estaba terriblemente enamorada del primo Fabio Antonio. En sus ojos asomaba, por lo tanto, el precoz guayabo de la inminente despedida. ¿Cúanto estaría fuera de Venezuela el prometido? ¿Dos, tres años? Fuera a saber ella cómo serían de largos estos años espantosos de ausencia. Pero tenía, en cambio, fe en la firmeza del novio, y si bien sufría por la inevitable separación, sabíase apoyada en la sinceridad del amor de Fabio Antonio.

Carlos, en cambio, se iría libre de ataduras. Isabelita Lauro y Marucha Lamas le reían al mismo tiempo. ¡Qué pizpiretas ambas criaturas! Mostraban las dos el nuevo estilo tanagresco que estaba tomando la muchacha caraqueña, empeñada en reducir de carnes, para mejor exhibir la fina silueta. Un poco la curva de la cadera y otro poco las palomas impetuosas de los senos, era lo único que preocupaba a las volanderas chicas de aquel tiempo. El *rouge* al labio, la sombra azul en las ojeras, el cabello camino a la *garçon,* les daba un aspecto más de retrato flamenco que de frescos pimpollos, pero así y todo, y pese a la superficialidad de las maneras y a los excesos del artificio de tocador, seguía siendo la misma graciosa, alegre, subyugante caraqueña, cuya sonrisa enceguecedora hizo que Bolívar fracasara cuando el desembarco en Ocumare de la Costa...

XXII

La red de intereses que se movían en torno a las concesiones petroleras aumentaba de una manera sorprendente. Día a día las ansias de riqueza crecían y los incidentes debatidos en los escritorios de los abogados preocupaba la atención de políticos y negociantes. Al tiempo destinado a su negocio de telas, de Traposos; a la agencia de automóviles de la Sociedad Sucesora de Santiago Puig y a "La Comercial Farmacéutica", de que era socio, Alfonso Ribera había de sumar las visitas al Ministerio de Fomento y a los diversos bufetes donde se ventilaban asuntos relacionados con los negocios de su padre.

Alfonso Ribera había nacido para el trabajo recio y continuo. Listo, activo, metódico, lo que faltábale en letras suplíalo con sagacidad y constancia. Además, en Soledad Solórzano había hallado la mujer ideal. La gramática de que él carecía sobrábale a la esposa. Soledad era la mujer que completaba sus deficiencias. Poco a poco Soledad se había insinuado en el áspero genio del marido y lo había llevado a comprender la necesidad de un barniz de cultura. Soledad Solórzano realizaba el ideal de la mujer que domina al esposo sin que éste lo sienta y aun haciéndole creer que es él quien lo ordena y lo dispone todo.

A medida que avanzaba la preñez, Alfonso Ribera se hacía más hogareño. Tal era la devoción que tenía a su compañera, era tal el aniñamiento con que le hacía compañía durante las largas veladas, que cualquiera podría pensar que también él, como la esposa, esperaba tener por vez primera entre los brazos la breve carga de un hijito. Con la ingenuidad de los padres novatos, Alfonso Ribera seguía con Soledad el diálogo íntimo, interminable, de quienes miran el mundo a través de la lejana, indecisa sonrisa del hijo por nacer.

Doña Teresa Ribera había pedido a París la canastilla para el nieto. París duraba aún como sitio preferido de la elegancia caraqueña. Sombreros de París, vestidos de París, capas de París, pañales de París. París marcaba aún la nota de distinción de la alta sociedad, como marcaba también las líneas del gusto literario y como, con retardo de décadas, algunos insistían en mantener el ya superado colapso positivista que desvió en el Siglo XIX las líneas de la cultura filosófica. Hacia Francia miraba todavía una sociedad que en breve vería sustituidos sus modas y sus gustos por los gustos y las modas de Norteamérica. En breve, no se oiría ya más la quejumbre lacrimosa de los valses de Cremier, ni postales con pinturas de Toulouse Lautrec mantendrían el alegre recuerdo del *Moulin Rouge*. En su lugar, se impondría el aturdido compás del *fox-trot* o el *jazz* desesperante. Otro signo comenzaba a formarse en el cielo de la nación venezolana. La risa de Francia iba a ser sustituida por la salvaje carcajada del peón de Texas o de Kansas.

Todavía el hijo de Alfonso Ribera sería envuelto en finos encajes labrados por artistas de Valenciennes o Alencon. Duraban para el caso los viejos refinamientos que dieron prestigio a la sociedad de Caracas. Manos de las viejas tías merideñas, también, tejían para él diminutos escarpines y graciosos gorros de lana. En el niño esperado confluirían las viejas modas de la capital, tan caraqueñas y tan francesas, con las modas discretas de la montaña. Sobre la frágil arquitectura de su cuerpo, el hijo de Alfonso y de Soledad soportaría los símbolos que daban unidad a un país, en cuyo costado doloroso se estaba abriendo una larga, penetrante herida.

* * *

A la hora del parto de Soledad había movimiento inusitado en la graciosa casita de Santa Rosalía. Doña Aciscla y doña Teresa iban y venían del comedor a la cocina, para vigilar el hervor de las aguas, y del comedor al dormitorio, para informarse del trabajo de la parturienta. Alfonso Ribera estaba con su padre en el salón principal. Don Vicente Ribera sentía el regocijo de recibir el primer nieto. ¿Cuántos años tenía don Vicente? Pues don Vicente nació alrededor de 1860. Don Vicente frisaba con la sesentena y no había tenido todavía nieto alguno. El abuelazgo es una

dignidad más delicada y de más tierna dimensión que la paternidad. En el nieto renace el hijo, sin problemas de dientes ni de geometrías. El hijo revive para el mimo, para la sonrisa, para recibir las caricias que la forzada rigidez dejó inéditas en la mano impulsada al antiguo castigo. Para el nieto se tornarán *síes* continuos los *noes* severos, que arrancaron lágrimas a los ojos confusos y airados del hijo. Para el nieto, el abuelo se abajará de la paterna altanería con que revistió su presencia autoritaria, para achicarse en busca de las cosas pequeñas con que juega el netezuelo. Esa ternura, esa bondad, ese inexahusto sentido de paternidad bullente en el ánimo del abuelo, agitaba el corazón de don Vicente durante la larga espera del grito primerizo de la criatura en quien habría de perpetuarse su estirpe ilustre.

Doña Teresa iba, doña Aciscla venía. La enfermera salía y entraba. Sonaba nerviosamente el teléfono.

–No. Todavía no. Dile a Alejo que todo va muy bien –decía doña Aciscla a la hija Alcira.

El doctor Ribera se había fumado seis cigarrillos arreo. Alfonso había perdido la cuenta. ¿Cuántos cigarrillos se había fumado Alfonso? El no podría saberlo, ni aun contando las colillas dormidas en el cenicero, puesto que en su nerviosismo había tirado algunas al patio, con riesgo de quemar los tupidos helechos que eran el principal entretenimiento de Soledad. Que habían sido hasta aquel día, puesto que a poco gritó el niño, llamado a ocupar toda la atención y el tiempo todo de la joven madre.

–¡Alfonso, un varón! –grito doña Teresa.

–¡Alfonso, un varón! –grito doña Aciscla.

Padre y abuelo se abrazaron con efusión y alborozo sin igual. Alfonso y el doctor Ribera pasaron luego para felicitar a la recién parida y para conocer al nuevo vástago. Doña Teresa ordenó que destaparan el champaña. El niño berreaba como un desesperado. Alfonso Ribera se sentía feliz, satisfecho, orgulloso de saberse padre de un niño, en quien de nuevo luciría el nombre de su padre. El niño se llamaría Vicente Alejo Ribera Solórzano.

XXIII

La vida de los jóvenes esposos Ribera Solórzano discurría en torno a la sonrisa iluminada del pequeño Vicente Alejo. A los tres meses, al niño se le habían triplicado las cunas. En las casas de los abuelos, Vicente Alejo tenía su pequeño dormitorio, en los cuales la estada se fue haciendo más larga a medida que crecía el nuevo embarazo de Soledad.

Corrieron los meses y un nuevo varón vino a completar la dicha de los esposos. Del primero habían sido padrinos el doctor Ribera y la señora Solórzano. Para el cristianamiento del otro niño, el Arzobispo autorizó el rito en la casa particular del doctor Solórzano, designado padrino de Alfonso Ignacio.

Dos simpáticas y diligentes negras barloventeñas se habían hecho cargo de atender a los niños. Apenas cuando se trataba de amamantar a Alfonso Ignacio, el niño dejaba en la noche la compañía de las fieles ayas. La sucesiva crianza no se hacía sentir materialmente, en razón de la parte activísima que en el cuidado de los niños tomaban las criadas. Las dos rollizas muchachas eran hijas de viejos peones, que estuvieron al servicio de los Solórzanos. Buenas, serviciales, humildes, habían convertido en cariño el antiguo nexo de dependencia servil que unió a sus mayores con los Solórzanos. En la casa de Alfonso y Soledad se sentían como en su propia casa. Se sabían meras sirvientas, pero al concierto del trabajo agregaban una devoción familiar. Ellas estaban de abolengo unidas a la familia Solórzano, con tan respetuosa devoción como para sentirse parte de la casa.

Eran, en realidad, la casa. Eran, en medio del humillado régimen servil, el último sostén y la garantía mayor de la tranquilidad y del reposo de los señores. En el microcosmos hogareño representaban, en relación con los señores, lo que el pueblo humilde representa como soporte de la riqueza y de la tranquilidad de las naciones. Sus nombres mismos eran un mundo secreto de virtud. Prudencia se llamaba el aya de Vicente Alejo. La otra se llamaba María de la Paz. Prudencia y paz, que se convertían para Alfonso y Soledad en alegría y en libertad. Sin las fieles negras que se quedaran con los niños, Soledad no se habría preparado los lujosos trajes para asistir a los grandes festejos anunciados con motivo de la llegada a Caracas del Príncipe don Fernando María de Baviera y Borbón, primo del Rey don Alfonso XIII.

Tardíamente España se disponía a enmendar su desacertada política frente a las naciones que habían formado parte del grande imperio español. Castelar sintió en el Siglo XIX la presencia de América como nueva realidad española. Unamuno, en el Siglo XX, miró en Bolívar un Quijote, tan español como el manchego Alonso Quijano. Alfonso XIII intuyó, también, a Bolívar como expresión atlética de la raza, al igual de Pelayo, del Cid, de San Ignacio. No pudiendo hacer él mismo el viaje a América, que pudo haber salvado la Corona de Carlos IV, envió a un Príncipe de sangre real, con el mensaje de afecto para el mundo español que en las Indias había trocado por el gorro frigio de la República las columnas de la realeza antigua.

Caracas recibió a don Fernando a cuerpo de rey. Como si hubiera sido el propio don Alfonso quien llegase a la antigua ciudad fundada por Diego de Losada, se aprestaron autoridades, sociedad y pueblo a festejar al personero oficialísimo de la Monarquía, cuyas normas forjaron el sistema colonial donde tuvo apoyatura la nacionalidad venezolana. El día de la llegada del Príncipe, las calles de Caracas –desde Caño Amarillo hasta la Plaza España– ofrecían el espectáculo de la más apiñada multitud jamás vista para el festejo de persona alguna. El entusiasmo por asistir a las grandes recepciones adquirió ribetes históricos. La gente se desnarizaba por alcanzar una tarjeta de invitación para el *five o 'clock tea* del Club Venezuela o para el gran baile de la Casa Amarilla. El negocio se hizo sentir, fatalmente, en estas circunstancias,

y empleados inescrupulosos crearon el hábito de vender entradas. La concurrencia a aquellos actos rebasó, en consecuencia, todo límite. En el *vestiaire* del Club Venezuela hubieron de hacer acto de presencia agentes de la Policía, para poner orden en la rebatiña de las lujosas pieles de las damas o de los sombreros de los caballeros. Durante tres o cuatro días los avisos económicos de "El Nuevo Diario" y de "El Universal" aparecieron llenos de reclamos de piezas extraviadas. Se pensó que en la Casa Amarilla la cosa fuera distinta, sin advertir los capitostes que para esta recepción se habían distribuido y vendido mayor número de invitaciones. A fin de que hubiese un sitio libre de aglomeración y de la viscosa curiosidad que había hecho presa en la gente, los salones tricolor fueron reservados para el Príncipe y su cortejo, el Gobierno y señalados amigos. Entre éstos tuvieron plaza Alfonso Ribera y su señora. Dividido en dos el grupo de concurrentes, como era lógico en medio de la antilógica del caso, a las puertas del gran salón se apiñaba la gente, curiosa de ver bailar al Príncipe tal como si se tratase de admirar a un personaje marciano. Jóvenes señoras y bellas hijas de los grandes políticos tuvieron el privilegio de danzar con Su Alteza. En el programa figuraba el nombre de Soledad Ribera, quien para halagar el oído del ilustre representante de la realeza evocó el nombre de su abuelo, fusilado en La Guaira por el General Arismendi.

Así estuviese ya metido de lleno en los círculos exclusivos de la sociedad caraqueña, aquella noche Alfonso Ribera añoró la sencillez de las costumbres serranas. No se había encontrado jamás en medio de una barahunda humana como la que llenaba los corredores y las salas de la Casa Amarilla. Toda Caracas se hallaba metida en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Todos querían contemplar a un mismo tiempo los grandes óleos allí llevados para adorno de los salones. La "Pentesilea", de Michelena, y "Dante y Beatriz", de Rojas, eran buscados con ojos de descubrimiento por la curiosa muchedumbre. Sobre todo, había que ver la especie de mercado en que se convirtieron los sitios donde era servido el obsequio bebestible y donde se distribuían las ensaladas y las galantinas. Era tal la rebatiña de platos, que al acercarse Alfonso en busca de un servicio para atender a una dama amiga, una nerviosa señora se adelantó para preferirle en la oportunidad de tomar el servicio, con tal mala suerte para Ribera, que ensalada y

galantina dieron sobre los transparentes de su frac y sobre la pechera de la blanca camisa. La gente, en realidad, parecía que hubiera ido a hartarse y a embriagarse. Alfonso Ribera miró con espanto a una pareja de enamorados medio ebrios, que se besaban en un rincón como en casa propia. Su escándalo subió de punto cuando supo al día siguiente que dos parejas de novios, tal vez animados por el espíritu de la fiesta, tomaron la ruta de Citeres cuando sonó la hora de regresar cada quien a la casa.

De no haber sido porque el Gobierno, avergonzado de la culminación vulgarísima de las recepciones, improvisó a última hora una velada selectísima en el palacete de una de las más cultas familias de la alta sociedad caraqueña, don Fernando María se hubiera llevado de Caracas una pésima impresión, ya que las fiestas ofrecidas por el Gobierno fueron un retablo cabal de vulgaridad y mal gusto. Para satisfacción muy personal suya, en la recepción que Su Alteza ofreció al Gobierno en el palacete de la Plaza de España, recibió el acuerdo del Congreso Nacional por medio del cual se daba carácter de fiesta al 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América. Era la aceptación amplia, por parte de Venezuela, del mensaje de definitiva reconciliación de que era portador el ilustre personaje. En lo sucesivo, Venezuela celebraría con los mismos honores consagrados a las efemérides de la independencia, el día que emarca el comienzo de su vida histórica. Fiesta de reencuentro, el 12 de octubre sirve para recordar la anterioridad de la Patria que el 19 de abril de 1810 comenzó su revolución autonómica.

A más de las recepciones oficiales, imposición de la Orden del Libertador –cuyas joyas fueron desplantosa y antilegalmente recamadas de brillantes– y festejos religiosos ofrecidos por los frailes españoles, se corrieron con gran gala ágiles caballos en el Hipódromo de El Paraíso.

Las carreras hípicas fueron iniciadas por el General Joaquín Crespo en el descampado de Sabana Grande. El insigne caudillo llanero intentó aprestigiar y estimular los *paddocks* nacionales. Después, el Hipódromo fue trasladado a la elegante barriada donde asentó sus reales el señorío, hasta constituirse en verdadera institución caraqueña. Las carreras en

aquel tiempo se mantenían en líneas de distinguida compostura, tanto por lo que decía al espectáculo cuanto por lo que hacía referencia a las cuadras. Se jugaba más por dar interés a la tarde, que alentada la gente por la idea de agarrar un eje a la rueda de la fortuna. El vicio no se había apoderado de los resortes del *turf*. El Hipódromo era alegre actividad social y no un descomunal garito de gente vulgar y desesperada. El pueblo humilde iba a las carreras en busca de divertir los ojos. Las autoridades le ofrecían un lícito esparcimiento y no un opio doloroso ni un monte donde gastarse las sufridas economías de la semana. Los domingos de carreras el caraqueño tenía el completo de su tarde. Al Hipódromo llegaban las alegres victorias y los solemnes landoes, con los elegantes caballeros y las graciosas damas. Cuando la tarde era de gala y asistía el General Gómez o Márquez Bustillos, los altos señores se tiraban la levita gris y se tocaban de clara chistera. De paltolevita y sombrero alto vestían los jóvenes elegantes, para hacer par a las galas de París lucidas por las garbosas muchachas del gran mundo. Carmen Elena, Adelina, Corina, Carmen Teresa, Julieta, Atilia, Anita, Margot, Yolanda, Alcira, Olimpia, Solita, Carmen Cecilia, Lola, Rosita, Josefina, Luisa Mercedes. ¿Cuántas eran? ¿Podría, acaso, enumerarse a todas? Era la gran Caracas pizpireta y garbosa, que superaba el lujo, la gracia y el señorío parcialmente mostrados en la Plaza Bolívar, en Macuto y en las avenidas de El Paraíso. Era la gran justa entre las damas, que porfiaban en ganar puntos de elegancia, y era el gran duelo en que amazonas y nereidas rendían a los más esforzados gladiadores.

XXIV

El ciclo de fiestas abierto en Caracas por la presencia del Infante español, se cerró con el apoteosis de Carabobo. El 21 de junio de 1921 se cumplió el centenario de la gran batalla que aseguró la independencia de la antigua Colombia. El glorioso proceso bélico iniciado en la famosa batalla de San Félix y que culminó en Boyacá, con la liberación de la Nueva Granada, consolidó sus victorias en la llanura inmortal de Carabobo. El Congreso y el Gobierno en pleno se trasladaron al histórico sitio para inaugurar el arco modesto, destinado a recordar la admirable empresa. Allí mismo, también, el Congreso, en acuerdo aprobado a la sordina, declaró a Gómez el hombre necesario para el presente y el porvenir de la República. Cuando el Senador designado para hacerla hubo concluido su lectura, saltaron muchos diputados, cuyas firmas calzaban el acuerdo, para preguntar quién había redactado el curioso documento y cuáles eran sus términos precisos. ¡Ni los mismos representantes sabían a veces lo que el Congreso hacía!

En el orden de la política, aquel extraordinario homenaje al Libertador representaba una actitud de ambigua y pecaminosa devoción a la memoria del Padre de la Patria. Los gobernantes honraban en forma apoteótica a los héroes, mientras en la práctica se negaban a realizar los ideales cívicos para aquellos proclamados. El gobierno desplegaba todo el aparato festivo para evocar la fecha en que fue sellada con sangre del pueblo la libertad proclamada por los ideólogos de 1811, al mismo tiempo que entregaban el subsuelo de la nación a la voraz explotación del capital extranjero. En el propio año del centenario de Carabobo, los políticos se afanaban por vender la nación. Sir Henry Deterding y Míster John D. Rockefeller serían en lo sucesivo los grandes capitanes

llamados a guiar el destino de Venezuela. La *Royal Dutch Shell* y la *Standard Oil Company* tomarían el sitio ayer ocupado por los ejércitos contrincantes de Bolívar y de La Torre.

En la independencia se luchó por dos estilos distintos de vida social. La libertad y la autonomía de la República frente al sojuzgamiento y la minoría de la Colonia. La autonomía republicana del pueblo, frente al poder encarnado en la persona del Rey. El Parlamento que discute como expresión de la voluntad general, en lugar del consejo privado que, sin oír al pueblo sanciona leyes y pragmáticas. Frente al caduco principio que veía en el monarca un ser revestido de divinas gracias, el principio electivo –tan viejo como el mundo– que busca en el pueblo la voz de Dios. El *vox populi, vox Dei* de quienes miran en la comunidad la fuerza dirigente de las naciones, enfrentado al endiosamiento de aquellos que se creen mejores, en razón de gozar de añejos privilegios, cuyas raíces se hunden en los *desiderata* de la fuerza y de la violencia. El rendido conformismo con el zarpazo antiguo, sustituido por el constante empeño en consultar la opinión del pueblo que sirve, paga y sufre. Por estos principios fue la lucha de ayer; ahora la pugna la mantendrán dos pulpos empeñados en absorber la riqueza guardada en nuestro suelo y en ganar cada uno para sí las mayores parcelas de provecho, sin cuidarse por nada de la dignidad del pueblo.

Los mejores aliados de las poderosas empresas internacionales eran los criollos empeñados en hacerse pagar su entreguismo. Ayer se luchó por ideas, por sistemas de vida, por métodos de gobierno. Los mismos venezolanos que acompañaron a Monteverde, a Boves y a La Torre tenían derecho a proceder de acuerdo con sus ideales de vida, José Domingo Díaz, defendiendo el tradicionalismo realista frente a la fresca República de Bolívar y de Páez, puede mirarse como un hombre sincero y honrado. El era monárquico y colonialista a rostro descubierto. En cambio, es absurda la conducta de quienes festejan con la boca a Bolívar, a Páez y a la República, mientras hipotecan su libertad económica a los consorcios forasteros y entregan su propio porvenir político a la tutela de las absorbentes potencias.

En Carabobo se fingió adhesión a Bolívar por medio de un arco consagrado a su victoria. En Caracas se negociaba con los nuevos piratas

la entrega del país. En la dorada tribuna alababan las glorias y el genio del Padre de la Patria los mismos que en la penumbra de los bufetes recibían los gordos cheques, con que les eran abonados sus servicios a los intereses extranjeros. Bolívar ha servido para el fraude espantoso de un sistema político-social que toma su nombre como cubrimiento de las más atroces desvergüenzas. Bolívar y la Patria poco han valido cuando coliden con ellos los intereses de la sórdida clase empeñada en enriquecerse y en gozar de la impunidad garantizada por su daltonismo moral.

–Esta manifestación de Carabobo es algo extraordinario –decía el doctor Vicente Ribera al hijo Alfonso en el gran baile ofrecido en el Capitolio de Valencia–. Ya nos aseguramos la reelección del Jefe para el período que viene. Ha sido una suerte haber logrado que el General abriera a tiempo los ojos con respecto al ambicioso de Gil Borges. Para mí, Gil Borges era el candidato del Jefe para el 22. Victorino lo olió así y así también lo olieron don Juancho y Vicente. El lírico de Gil Borges está ya fuera de pelea. Yo siempre le dije a Victorino que ese doctorcito no era sino un ambicioso. Y, además, es literato. Los literatos valen cuando son decididos y prácticos para defender al gobierno en los periódicos, como Vallenilla y Andrés Mata. Con los ideólogos, en cambio, no se va a ninguna parte.

–Pero yo he oído hablar a mi suegro maravillas del doctor Gil Borges.

–No te fíes de lo que diga Alejo. El también fue medio lírico. Lo que tiene es más heredado que hecho por él mismo. El no quiso el poder de *La Bermúdez,* cuando Castro. Se hubiera hecho rico si no hubiese salido con escrúpulos de patriotería. Gil Borges sí es un gran escritor, pero es un soberbio. ¿Cómo se le ocurre ir a ofrecer en nombre suyo una estatua que el General Gómez regalaba al pueblo de Nueva York? Eso sirvió para descubrirle el patuco.

–Yo no sé de eso, papá. Al doctor Solórzano le oí decir que el doctor Gil Borges no podía hablar en nombre del General, sino del Gobierno de Venezuela.

–¿Y qué es el gobierno de Venezuela sino la voluntad del Jefe? ¿Y quién había nombrado Ministro a Gil Borges?

–Le repito, papá, yo no sé nada de eso y que respeto lo que usted dice.

De Valencia, las fiestas se trasladaron a Maracay, cuya carencia de hoteles hizo que al Congreso se diera de alojamiento el edificio recién concluido para Mercado de la ciudad. El Diablo construye, también, sus grandes símbolos. De Maracay, la comitiva regresó a Caracas en triunfo. A la entrada de la carretera de Antímano, se reunieron conspicuos representantes de los poderes públicos y del alto comercio de la capital, para presentar sus homenajes al Benémerito Jefe. Los comerciantes, amparados en la frase pseudo apolítica de "fuerzas vivas de la Nación", han estado prestos siempre a hacer coro a los aplausos y adulaciones dirigidos a los gobernantes. Representan, en realidad, la gran fuerza de "los vivos", que se aprovechan de toda manera de fraudes y de regalías, para después decirse sin responsabilidad en los delitos de sus festejados grandes hombres. También, damas distinguidas se hicieron presentes para ofrecer odorantes flores al Caudillo de Diciembre. La Repúbllica de Páez era, en realidad, patrimonio de Gómez. En Maracay había creado su gran poder económico el invencible Centauro. En Maracay, también, Gómez había echado las bases de su extraordinaria riqueza personal. A la hora del centenario, los homenajes que Venezuela debía ofrecer a los gloriosos Libertadores, los ofreció la versátil Caracas al dictador de turno. Caracas ha sido hembra veleidosa, dispuesta a sonreír a los vencedores. En la noche del día de la entrada de Gómez, la Plaza Bolívar, Miraflores, la Gobernación, la Casa Amarilla lucían expresivas iluminaciones, con motes alusivos a las glorias del Jefe. Era la misma iluminación que en vasos multicolores había adornado a Caracas cuando la jura de Carlos IV, cuando la proclamación de la Independencia, cuando la entrada del corazón de Girardot, cuando la llegada de Bolívar en 1827, cuando Guzmán Blanco tomó la ciudad, cuando Castro regresaba de giras triunfales...

Al informarse el doctor Vicente Ribera de que las casas particulares de Márquez Bustillos, Urdaneta Maya, Elías Rodríguez, Ignacio Andrade y

de otros grandes cacaos de la política lucían su exterior profusamente iluminado, ordenó que en la suya se colocaran, también, bujías eléctricas, artísticamente dispuestas, y entre las estrellas y las flores simuladas por las luces, un gran letrero decía:

"En esta casa se alaba a Dios y se bendice a Gómez".

XXV

Alfonso, la situación es muy difícil y estamos sentados en un volcán –dijo con voz un poco angustiada al hijo el doctor Vicente Ribera–. El General está muy grave. La cosa se presenta clara desde el punto de vista legal: el Presidente es Márquez Bustillos. El Ejército quedaría sin Jefe inmediato, pero el Ejecutivo organizaría un Estado Mayor en tanto se convoca al Congreso. Yo estuve donde Victorino. Este es un hombre muy tramado y muy difícil para arrancarle prenda. Creo que los diplomáticos seguirán reconociendo su gobierno y hasta conversaciones dizque se han hecho con el Ministro americano. Pero en Maracay la cosa anda por otro lado. Don Juancho y Vicentico recelan de Victorino. Para mí personalmente la situación se me hace muy difícil, pues si bien estoy de corazón y por ley con Márquez Bustillos, tengo que defenderme de los grupos contrarios, entre los cuales he de mostrarme poco afecto a la causa de Victorino. Ayer visité a don Pepe García, quien ha aconsejado que amarren a Márquez Bustillos. Don Juancho y Vicente parecen unidos, pero sólo lo están para atacar a Victorino. Es un verdadero berenjenal.

–¿Y las concesiones, papá, cómo quedan?

–Ya salieron las leyes aprobatorias en la "Gaceta". Eso es seguro. Mañana se firmarán los traspasos; de modo, pues, que ya te echarás tus dos milloncejos en el bolsillo.

–Gracias a usted, papá, que me lo ha dado todo.

–Lo de la otra compañía que representa Eusebio Arechederra está, también, arreglado. Pásate por allá y te informas del día que entregarán el cheque.

En medio de la profunda preocupación que para el doctor Vicente Ribera representaba la gravedad del General Gómez, él no descuidaba los negocios. Sabía, también, sacar ventaja de los malos tiempos y en las distintas conversaciones con los políticos aprovechaba para asegurarse algún nuevo punto en pro de sus combinaciones. De Caracas a Maracay y de Maracay a Caracas andaba el doctor Vicente Ribera en aquellos trágicos días de expectación nacional. De un momento a otro era aguardada la muerte del Caudillo. ¿Qué sucedería? Los caminos legales estaban abiertos, pero cuando se atraviesan las desbordadas apetencias de poder y de lucro no hay vías francas para la legalidad. Todo, sin embargo, quedó solucionado en paz y tranquilidad, cuando el ilustre enfermo logró dar curso a las aguas incómodas que teníanle intoxicado. Se repuso un poco y fuese luego a tomar los aires salutíferos del mar en la tranquila playa de Puerto Cabello. El doctor Vicente Ribera respiró hondo y satisfecho cuando fue informado de la húmeda generosidad fisiológica del Caudillo.

–Alabado sea Dios, Teresa –decía don Vicente a la excelente compañera–. Ya tenemos al Jefe sano y yo me siento sano, también, en medio del intríngulis de chismes y de zancadillas que ha sido la enfermedad del General. ¡Ah!, si te contara todo el lío de intrigas, de celadas, de espionaje, de delaciones en que hemos vivido los meses pasados! No me explico cómo Victorino haya salido con bien de este barullo. Con decirte que cuando dejó a Maracay y se fue a Maiquetía bajo el pretexto de un resfriado, fue por temor de que lo encarcelaran allá; ayer me lo dijo el cojo Tagliaferro. ¡Qué mundo de traiciones es la política!

* * *

1922 comenzó bajo el signo expectante de la nueva elección presidencial. El Presidente Márquez Bustillos se sabía objeto de desconfianza y de ojeriza de parte de don Juancho, de Vicentico y de don Pepe García, el

tío colombiano, con tanta influencia en el ánimo de Gómez. Márquez Bustillos veía la inminencia del término legal del período y se sabía sin fuerzas para intentar ser favorecido con una nueva elección. Era preciso jugar el todo por el todo y se prestó a tratar como honrado al enemigo. A Gómez preocupaba el problema de la sucesión y aspiraba a vincular a su familia el gobierno del país. Cuando el Caudillo le insinuó sus deseos, el viejo Márquez se abocó con entusiasmo a llevar a la práctica la idea, y preparó él mismo, en el silencio de su escritorio familiar, la reforma por donde se crearon las Vicepresidencias, que dieron estilo de franco nepotismo al nuevo Gobierno.

El doctor Vicente Ribera vio el alcance de la reforma y la consideró una nueva habilidad de Márquez Bustillos. Muy en la idea de que el astuto político quedaría con gran valimiento en el próximo Gabinete, el día anterior al tránsito presidencial invitó a Alfonso para ir a visitar en Miraflores al Magistrado saliente.

–Victorino –dijo el doctor Vicente Ribera al viejo Márquez Bustillos he querido venir a visitarte con mi hijo la víspera del día que abandonarás el Poder. Digo mal, la víspera de entregar los símbolos del mando al Benemérito Jefe, porque hombres de tus condiciones nunca caen y menos en el ánimo del Jefe, a quien has probado una lealtad sin tacha y quien ha sabido apreciar tus extraordinarias dotes de estadista.

Hecho a oír lisonjas, Márquez Bustillos se sintió, sin embargo, conmovido ante el calor y la emoción con que le habló el viejo amigo, y puesto de pies, se acercó al doctor Ribera y lo abrazó estrechamente.

–Eres muy generoso, Vicente. Sé que tú has sido siempre mi amigo de verdad.

* * *

El 24 de junio por la tarde, Márquez Bustillos hizo en el Salón Elíptico la simbólica transmisión del mando al General Gómez. Con su séquito partió el viejo y flamante Presidente hacia el Palacio de Miraflores. Solo, acompañado apenas de los oficiales que le habían servido de ayudantes, regresó a su casa de la Miseria el antiguo Presidente Provisional.

A las nueve de la noche llegó Alfonso Ribera a la casa de sus padres donde, con el tío José Domingo, el doctor Eladio del Rosario Angulo, doña Teresa, doña Dositea, el viejo Ribera comentaba la formación del nuevo Gabinete.

–¿Qué le parece, papá, la caída del viejo Márquez? –preguntó Alfonso.

–Me ha cogido de sorpresa, pero en política uno debe de estar preparado siempre para estas cosas. Yo estuve en Miraflores para el saludo del Jefe y allá no se hablaba de otra cosa. Entre la concurrencia vi a uno de los hijos y a dos sobrinos de Victorino. Ya les estaban sacando el cuerpo.

–Ah, sí, papá. Estuve hablando en la esquina de la Santa Capilla con este barbero Guédez, que lo afeita a usted y que es, también, barbero del doctor Márquez. Me dijo que a las seis de la tarde en la casa de la Miseria no estaban sino los parientes de Márquez Bustillos y el doctor Luis Felipe Blanco.

–Luis Felipe es muy amigo de Victorino –agregó el doctor Vicente Ribera.

–¿Pero el Gabinete te parece bueno, Vicente? preguntó don José Domingo.

–Sí, sí, es muy bueno. Nada menos que tenemos en el Interior a Pancho Baptista. Yo no pierdo una, José Domingo. Cuando Pancho vino corrido de Nueva Esparta, yo me lo eché encima y se lo metí por los ojos a Colmenares Pacheco. A poco, el Jefe le encomendó el arreglo de sus papeles de negocios y ves donde está hoy. Me queda también Urdaneta en la Secretaría General. ¿Qué más quiero?

–¿Y el Ministro de Fomento?

–Le he hecho algunos préstamos de dinero y no me saldrá, seguramente, con las trabas que solía ponerme Torres en algunas cosas. Torres es un pendejo y sale limpio, habiendo manejado la riqueza petrolera. Dios da muchas veces bizcocho a quien no tiene dientes.

–Yo pienso ir mañana a visitar al doctor Márquez –agregó don José Domingo Zerpa– recordarás que él te ayudó cuando me conseguiste el nombramiento para la Aduana. A la hora que la gente cae, es cuando más estima las manifestaciones de amistad.

–Pues, a la verdad –respondió el doctor Ribera, con gesto entre displicente y malicioso– yo te aconsejaría que no fueras todavía. Victorino es por ahora una carta peligrosa. Yo me di cuenta esta tarde en Miraflores de que la situación de Márquez Bustillos es muy mala. Quédate en tu vaina y no te comprometas. El creyó haber ganado la partida, pero la tenía perdida, desde que de Maracay se fue a Maiquetía, cuando la gravedad del General. Eso lo escuché entre gentes de cacho gordo, con quien hablé esta tarde. Al General Gómez le hicieron creer que Victorino bajó al litoral para embarcarse y abandonar el país, seguro de que el Jefe moriría, y ustedes saben que el General Gómez no tiene por amigo a quien crea que él pueda morirse.

Alfonso escuchaba sin hacer comentario alguno sobre los razonamientos del doctor Ribera. Su padre era para él un oráculo en cuestiones políticas. Por algo el doctor Ribera navegaba siempre en buenas aguas, así fueran éstas de uno o de otro color. Navegar era la consigna. El iba hacia adelante, fuese cual fuere el timonel. Navegar hacia el éxito seguro con buen viento, con mesa abastada y buenos salvavidas. Esta lógica la explanó en íntima charla con el doctor Eladio del Rosario Angulo, cuando ya solos, el amigo avanzó a insinuarle algo en relación con el extremo rigor del régimen y con el peculado, convertido en verdadera institución pública.

–Tú y los demás amigos de Gómez debieran hacer algo por el país, Vicente. Ninguna oportunidad mejor que ésta. Es necesario mirar el tipo de gobierno que tenemos. Tú, en tu interior, debes comprender que los enemigos tienen razón. No es posible que las cárceles sigan llenas de presos y que en el Exterior se pierdan las energías de tantos hombres útiles.

–Mira, Eladio, con ojos realistas la situación. Si a ti te llevan de gracia en un fastuoso trasatlántico, donde te atienden a toda hora, te ofrecen

excelente mesa, magníficos licores, buen té, buenas bocas, estupenda música, a tiempo que la pericia del capitán te garantiza llegar a puerto seguro, ¿vas tú a hacer causa común con un grupo de oficiales descontentos, que traten de convencerte de la necesidad de cambiar por otro al capitán, por ser éste ladrón, cruel, borracho, malcriado y sucio? Pues ese es el caso, Eladio. Yo no hago causa común con quienes adversan al capitán que me asegura el viaje. Por lo contrario: ayudo a fuñir a los enemigos. Tú dirás que esto no es moral. Pues yo no soy moralista. Tu admirado pintor Gauguin decía que en arte todo medio es bueno. Lo mismo ocurre en política, Eladio. Quien analiza medios, pierde el viaje. Yo soy un eterno viajero, necesitado de un buen piloto. Hasta hoy el General Gómez me está llevando a buen puerto y está asegurando la paz y la riqueza del país. Yo no soy de los pendejos que creen que la cárcel y el destierro son el solo sitio donde deben vivir hoy los hombres dignos de Venezuela. La cárcel y el destierro son para los imbéciles que no saben acomodarse al aire de las cosas. A ti te gustaron mucho, bien lo recuerdo, los argumentos que hace unos dos años expuso aquí mismo el necio de Pedro Manuel Ruiz. ¿Quién la pasa mejor, él en la Rotunda o yo en mi casa, gozando de todo género de comodidades y de atenciones? Acuérdate de cómo el avisado don Vicente Amengual repetía que en Venezuela nada da ni quita honra. Olvídate de tonterías, Eladio, vive tu día y deja a los muertos que entierren a sus muertos...

XXVI

La Navidad de 1922 marcó al mundo del petróleo venezolano una hora extraordinaria. Al brotar el célebre chorro del pozo Barroso número 2, en terrenos de la Shell, en el Zulia, con una producción de más de cien mil barriles en cortos días, el entusiasmo llegó al paroxismo. Los titulares de concesiones subieron las primas y exigieron mayores *royalties*. Alfonso Ribera saltaba de gozo. Un grupo de seis contratos pendientes de traspaso, logró colocarlo con el doble de beneficio. Ya Alfonso Ribera era un hombre verdaderamente acomodado. La espera del tercer hijo se le hizo más plancentera. Su casa de Santa Rosalía resultaba pequeña para que los niños y las criadas se moviesen con holgura. Por los lados de Altagracia, cerca de sus padres y de sus suegros, compró una amplia mansión, que hizo decorar al gusto del día. A aquellas alturas de su vida caraqueña, Alfonso Ribera era casi un perito en avalúo de fincas urbanas. El dinero que había percibido por la cesión de las otras concesiones, lo había invertido parte en casas, parte en papel de la Electricidad, parte en acciones del Banco Caracas y del Banco de Venezuela. Guiado por los buenos consejos del tío José Domingo, había dado dinero a premio, si no a las altas ratas que exigía el tío, en cambio, muy bien afincado en valiosas propiedades. Sus empresas comerciales iban viento en popa y la compañía de edificación y de reedificación de casas que tenía con el hermano ingeniero y con el cuñado Gefahr, a poco lucía oficina con dos ingenieros calculistas y tres dibujantes a la orden. La abundancia del país remansaba de modo generoso en los negocios de todo lo que tuviera relación con los Riberas.

Pronto las influencias y las oportunidades de la familia se aumentaron con la llegada del doctor Francisco Baptista Galindo a la Secretaría del

General Gómez. Ya en 1926, Baptista era omnipotente en el ánimo del Caudillo. Baptista no dominó a Gómez con lisonjas ni con engaños. Baptista explotó la vena generosa que se ocultaba en el subterráneo de la conciencia del Benemérito. En medio del incontrolado desagüe del Erario, Baptista logró que el dinero no quedase en las manos de los privilegiados. Baptista distribuyó los caudales públicos a manos llenas en nombre de Gómez. El perfil de la política se fue modificando favorablemente. Gómez adquirió aspecto de rudo y generoso patriarca. Luego, empujado por el consejo de su Secretario, libertó a los presos políticos y concedió una generosa amnistía a los enemigos que vivían fuera de la Patria.

El doctor Ribera era del asa y del jarro de la casa solitaria de Baptista Galindo. Sus influencias cerca del General Gómez crecieron aún más y para la posibilidad de los negocios de Alfonso parecía que no hubiese fronteras. Con las gruesas entradas del dinero petrolero, los nuevos ricos iniciaron una serie de negocios. No sólo se infló el precio de las cosas de Caracas, sino, además, nació la idea de anchar la ciudad. La Yerbera, el Conde, la Guía fueron adquiridas y parceladas. En Sabana Grande, en Sarría, en Tiro al Blanco se planearon nuevos barrios residenciales, sin sentido de amplitud y funcionalidad. A poco, una fiebre de fábricas había hecho presa en la voluntad de los ricos improvisados y se miró hacia más allá del perímetro de la vieja ciudad. En Chacao se construyó un edificio suntuoso para el Country Club y en torno a sus *links,* se levantó una barriada residencial sustraída en parte a la propia acción administrativa. El Country Club gozaría pronto de la intocabilidad que le transmitía la oligarquía en él asentada.

Alfonso Ribera era socio del Country desde los tiempos en que este centro funcionaba al Oeste de la ciudad, en el sitio llamado "La Quebradita". Para su edad, el deporte recomendado era el *golf.* No era, sin embargo, ajeno Alfonso a montar finos caballos, que le recordaban los tiempos juveniles de Mérida. El *golf* era, en cambio, ejercicio más cómodo, que, a la vez, agregaba distinción a la persona. El *golf* era una verdadera señal de señorío y de buen gusto.

La gran casa que Alfonso Ribera montó en 1922 en Altagracia, fue en breve abandonada por la familia, que ahora contaba con una nueva niña,

cuya sonrisa se sumaba a la tierna sonrisa de la traviesa Solita. Alfonso quiso salirse de la ciudad hacia el Este y titubeó entre construir en el Country Club o en La Florida. Esperó un poco y construyó en Campo Alegre. Los niños reclamaban más luz y espacios verdes donde corretear. Ya Vicente Alejo y Teresita apenas levantaban del suelo sus cuerpos diminutos. Para don Vicente y doña Teresa no había fiesta como la reunión en la casa de los cuatro nietos. Aunque Herminia llevaba más de tres años de casada, no había tenido familia, y los hijos de Adelaida habrían de nacer en Norteamérica, a donde se había ido a vivir con su esposo, el ingeniero Charles Keats.

Si don Vicente Ribera se había sentido feliz cuando casó a Alfonso con Soledad Solórzano, el matrimonio de Adelaida lo subió a la cumbre de la satisfacción. Su hija se incorporaba en esa forma al mundo nuevo del progreso. Su hija realizaba el ideal de las nuevas aspiraciones nacionales. Su hija viajaría con pasaporte americano. Sería su hija la mujer de un americano. La mujer de un hombre dirigente del curso de la nueva riqueza. La mujer de un hombre que viviría en Venezuela sin riesgo de ser molestado por las autoridades. Así le gustaran las hallacas de Mérida y las doradas arepas de harina de la dieta de la Cordillera, don Vicente Ribera era un extranjero completo. Extranjero, como los estirados caballeros que con el texto de Historia de Venezuela bajo el brazo, miraban impasiblemente la ruina moral del país; extranjero, como los hombres sin reflexión que estaban entregando la República a la ocupación económica de los grandes consorcios internacionales.

Los buenos tiempos de los Riberas coincidían con los buenos tiempos del país. En la República no había presos políticos. Los desterrados comenzaban a llegar de nuevo a la Patria.

–¡Qué gran cosa ha hecho el General Gómez! –comentaba doña Teresa a don Vicente.

–Tiene su más y su menos, Teresa. Si el General afloja, se cae. Aquí no se puede gobernar de otro modo. La libertad de los presos es un disparate de Pancho Baptista. Por ahí se empieza a ir el costal. Después de lo uno vendrá lo otro. Al haber libertad, habrá discusión y la discusión no le

interesa sino al pueblo. A nosotros nos conviene vivir a cepos quedos. La mano fuerte asegura el orden, donde se afianza la riqueza y la tranquilidad de la sociedad. La libertad es para que hablen de ella los que nada tienen que perder.

XXVII

Lo bueno en Venezuela dura poco. En marzo de 1927, Baptista Galindo murió oficialmente de una fiebre violenta. La suspicacia dio carácter de crimen a la fulminante muerte del generoso político. El asesinato ya había metido la mano misteriosa en los altos círculos del Poder. En 1923, don Juancho, el Vicepresidente y hermano del Caudillo, amaneció apuñalado en su propio lecho. La muerte se acercó a Baptista Galindo en forma más disimulada: algo que pudo ser envenenamiento o fiebre perniciosa. El vacío de Baptista Galindo fue doble. No se nombró nuevo Secretario y no hubo nadie que intentase seguir la línea generosa que el ilustre hombre marcó a la política. Todo lo contrario. La influencia benévola de Baptista Galindo fue sustituida por la influencia disolvente y diabólica de José Ignacio Cárdenas, médico eminente y habilidoso político, a quien se imputaba haber dirigido en Europa durante la primera guerra mundial una vasta red de espionaje al servicio de Alemania. Pese a este antecedente o a esta sospecha, Cárdenas obtuvo de Francia la concesión de la Legión de Honor, como recompensa a la política abiertamente pro francesa por él dirigida desde el gabinete ejecutivo. Toda ligera suspicacia quedó así apagada por el homenaje que le concedía el país presuntamente ofendido.

Hasta 1928 se extendió la confianza y el margen de relativa libertad creado por la política generosa intentada bajo la influencia de Baptista Galindo. En la Universidad de Caracas ventilaban aires frescos. El Rector, Diego Carbonell, había impreso un tono de confianza en el estudiantado. Desde 1922, cuando el Ministro José Ladislao Andara

obtuvo de Gómez la orden de agrupar las escuelas superiores en régimen de Universidad, los estudiantes se sentían protegidos en su fuero juvenil. Carbonell los impulsaba y los ayudaba en sus propósitos. Por febrero de 1928, con el apoyo de las autoridades universitarias, se inició la Semana del Estudiante, como movimiento dirigido a recabar fondos para adquirir un local donde el estudiantado tuviese su casa. El fuego de la muchachería se hizo sentir en los discursos de Jóvito Villalba, de Rómulo Betancourt, de Joaquín Gabaldón Márquez, de Jacinto Fombona Pachano.

Hasta la juventud caraqueña habían llegado los ardorosos recados revolucionarios enviados por jóvenes de Cuba, de México, de Argentina. Las autoridades, con criterio simplista, juzgaban que era suficiente para que los estudiantes holgasen, las generosas becas de que gozaba la mayor parte de ellos. Los gobernantes olvidaban que los jóvenes, más que buena mesa y gruesos libros, necesitan el pan de la libertad y el campo abierto de la discusión, donde puedan correr los corceles del ímpetu creador. En forma de protesta contra el orden político imperante lanzaban su mensaje de inconformidad las promociones juveniles. Otras habían protestado antes. Guzmán Blanco se vio más de una vez abuchado por la muchachería universitaria. A Crespo hicieron oposición, también, los estudiantes. El General Sacre sirvió de pretexto para que la juventud universitaria se burlase de Castro. En 1912 y en 1918 los estudiantes de Caracas habían manifestado su empuje y rebeldía frente a las formas del gomecismo. La gente mayor se alarma por estas cíclicas salidas de los jóvenes a los campos de Montiel, olvidada de que cada generación está en el deber de reaccionar contra la parte inútil del pensamiento anterior. ¿No dijo Balmes que sería aplastado aquél que no anduviese a ritmo con el progreso del mundo? La función de los hombres de pensamiento maduro consiste en procurar que la fiebre de la novedad no llegue a arruinar los valores sutiles, imponderables, que forman la médula de la cultura y que sirven de estribadera a pueblos y naciones.

Apoyada en un principio por el Rector y los profesores, la muchachería universitaria salió de la venerable casona de San Francisco, en busca de

su destino y del nuevo destino de la Patria. Las calles de Caracas vieron el ordenado y alegre desfile de los mozos altivos, tocados de la azul boína, cantando a dos voces:

"Sigala, balaja,
Sigala, balaja.
Saca la pata, lajá.
Saca la pata, lajá.
¡Ajá! ¡Ajá! ¡Ajá!..."

Las autoridades de Caracas detuvieron a algunos dirigentes acusados de haber lanzado palabras explosivas contra el régimen. En el Teatro Rívoli, Rómulo Betancourt había dado sueltas a su extraordinaria vocación demagógica, en un tormentoso y encendido discurso, que hacía constraste con la serena meditación sobre Cecilio Acosta, utilizada como tema para su tesis de bachiller. Jóvito Villalba, frente al viejo Panteón, donde duerme Bolívar un inválido sueño, comenzó a tejer las grandes parábolas de su angustioso pensamiento patriótico. Joaquín Gabaldón Márquez, bien abastado de las fulgurantes imágenes de Juan Vicente González, quería dar nueva vida en la Plaza de la Pastora a la callada cabeza de José Félix Ribas, patrono de la rebeldía estudiantil. Cuando "el poeta desaparecido" evocó "los ojos polares" del primer Mariscal republicano, fijos y expresivos en el bronce de la angustia, tanto como para adivinarse en ellos la subsistente lumbre de un "frío fulgor", José Tadeo Arreaza Calatrava aplaudió a rabiar con espíritu adolescente. El gran poeta se había sumado a la inquietud de los jóvenes, y allí estaba, lleno aún de toda la luz vatídica con que sabía conjurar los tiempos y azorado el ánimo por la clara y rebelde visión del ciudadano, llamado pronto a desaparecer para la vida útil, más que por el peso de las cárceles del régimen, por la carga de los grillos de la cárcel oscurísima a que lo sometiera la muerte del sentido. Pese al grande alboroto, las autoridades hicieron en parte la vista gorda ante el vocerío de los muchachos, aprovechados para la agitación de los días festivos del Carnaval. Alguien pudo barruntar desde un comienzo hacia donde apuntaba el propósito estudiantil; en cambio, una política hábil y generosa pudo conjurar todo riesgo de mayores algazaras. Gómez mismo no dio de primera intención importancia alguna a los sucesos

caraqueños. Le hicieron ver que todo era debido al relajamiento de la disciplina interior del instituto, por la condescendencia del Rector, y sustituyó por otro a Carbonell.

* * *

Bajo la fronda de los mangos que sombrean el gran patio de la llamada Casa Amarilla, de San Juan de los Morros, donde se apeaba el Caudillo cuando iba a hacer su cura de aguas al célebre balneario, era la tertulia de los amigos. Terminada la siesta, el viejo Gómez se dirigía con sus edecanes y sus íntimos a las cómodas poltronas, colocadas bajo el más tupido de los árboles. Leyeron al Jefe los periódicos caraqueños de la mañana y con gran énfasis las notas consagradas a la brillante personalidad de Juan Iturbe, nuevo Rector de la Universidad.

–Ajá, ya ven los amigos lo que dicen los periódicos. Ese gallo lo tenía yo embusacado hacía mucho tiempo, para echarlo en la gallera de la Universidad. En cambio, Requena se empeñaba en que le diera la Sanidad. Sí sabrá mucho de Laboratorios y de enfermedades el doctor Iturbe, pero la Universidad lo necesita más. El le pondrá orden a los muchachos.

Esa era la tónica del General Gómez. Un rato después, hablaba a solas con el doctor Vicente Ribera, acabado de llegar de Caracas.

–Ajá, doctor, ¿qué hay por allá?

–¡Ay! mi jefe, en Caracas ya no podemos vivir en paz los amigos de usted.

–¿Y cómo es eso? –preguntó en tono sorprendido y descompuesto el viejo Caudillo.

–Pues ahora, con el Carnaval, los estudiantes se han aprovechado de las fiestas y salen por las calles echándole mueras y abajos a usted. Comprenderá que a quienes somos sus amigos, esto nos tiene muy desagradados.

–¿Y las autoridades qué hacen?

–Nada, mi General. No he visto jamás una tolerancia más espantosa.

Don Vicente Ribera tenía una vieja cuenta que cobrar al Gobernador Rafael María Velasco, quien, a la verdad, había escuchado con alguna indiferencia el vocerío de los muchachos. Vicente Ribera creyó que así probaba una vez más su afecto a Gómez, a tiempo que lograba desplazar a su enemigo. El lunes siguiente Gómez interrogaba violentamente a Velasco acerca de los sucesos de Caracas. Velasco logró desviar el golpe y procedió a la sustitución del Secretario Carlos Siso por el General Cayama Martínez, del Prefecto Lorenzo Carvallo por el General Guillermo Willet, del Jefe de la Policía, Pedro García, por el General Elías Sayago. Comenzó la represión contra los estudiantes y después de los sucesos de abril se instaló en todo el país una política de nuevos presos y de confusos lineamientos de opinión. Ante la rudeza del golpe sufrido por los estudiantes y de la severidad empleada para castigar la inmediata sublevación del cuartel San Carlos, muchos profesores asustados, que habían estimulado a los muchachos para la lucha, se acercaron al Gobierno, y después de sincerar su conducta de "amigos de la Causa", entraron a ocupar cargos rectores, donde ejercieron a dos carrillos la lisonja y el pillaje. En nada les conmovió el cuadro de los estudiantes conducidos a plena luz a la Rotunda. Los habían empujado con sus consejos rebeldes, y ya les daban las espaldas.

–Es tremendo ver este cuadro –le decía, en cambio, a Alfonso Ribera, su primo Aníbal Ruiz, venido de Mérida al grado de un pariente–. Yo estaba en San Francisco cuando bajó hacia Pajaritos la cuerda de presos. Cree, Alfonso, a mí se me salían las lágrimas, no tanto por ellos, sino por sentirme obligado a servir al Gobierno. Tú eres rico y no sabes lo que representa estar metido con un régimen cuyos procedimientos repugnan; es tanto como saberse uno traidor consigo mismo. Mira, Alfonso, esto es una verdadera tortura. Yo siempre he sido leal al Gobierno, pero a costa de sentirme desleal conmigo mismo. ¡Es espantoso! La familia, el hambre, el miedo, sea lo que sea, pero es una cosa horrible.

–Pendejadas y lirismos tuyos, querido Aníbal. Hay que ser práctico. ¿Ves esa muchacha alta y reída que va bailando tan alegre? Pues es

hermana de uno de los estudiantes presos –y le señaló a una robusta chica que danzaba feliz en el Salón de Familias de "La India", donde estaban reunidos celebrando el grado del pariente.

* * *

–Las cosas mejorarán ahora –decía don Vicente a Alfonso–. Estos muchachos son comunistas y el comunismo pide hierro y fuego.

¿Había comenzado la propaganda comunista en Venezuela? Con honradez lo niegan muchos de los principales dirigentes de aquel hermoso grupo de altivos y patriotas muchachos. Seguramente ninguno de ellos estaba tomado de la filosofía materialista del marxismo. Se movían ellos por méros ideales cívicos, por sentimientos de justicia, muy propios en jóvenes universitarios. En sus espíritus lograban eficaz contraeco las voces entusiastas llegadas de fuera. En su mente bullía la idea de una Venezuela mejor. Pero la algarada estudiantil coincidió con una propaganda comunista, que ya contaba con células en el interior del país. Pío Tamayo, desde fines del año 26, trabajaba ardorosamente en El Tocuyo y junto con él se movían hábiles extranjeros, dedicados a recorrer el país en campaña proselitista. Justamente el encuentro de los estudiantes con las ideas comunistas tuvo lugar en el Castillo de Puerto Cabello, donde sentó cátedra el verbo ardoroso de Pío Tamayo.

El comunismo, si en verdad realizó escasas conquistas, sirvió de tema para perseguir y confundir. Se denominó comunismo la vieja enemiga a Gómez y aun la misma libertad de pensamiento. Este factor fue aprovechado por la Policía de represión; mientras desde un ángulo contrario se consideró posición elegante y libre llamarse comunista y hacer profesión de fe socialista. A medida que los años corrieron, el comunismo pasó a ser una obcecación gubernamental y se intentó defender al país del riesgo marxista por medio de escrupulosos registros policíacos en las alcabalas. Si el comunismo es una idea, ¿por qué no se le combatía con la idea contraria? Si el comunismo es una posición de protesta frente al hecho negativo de la injusticia social, ¿por qué no se le oponían hechos en lugar de cárceles y de prohibiciones? Si el

comunismo es la negación del amor caritativo, ¿por qué se le quería destruir con odio y muerte, cuando más valiera cegar por el amor las fuentes de la discordia?

Pero las ideas de reforma social preocupaban a los hombres de la textura de Vicente Ribera, sólo por lo que constituye una amenaza al régimen irrestricto de la propiedad privada y a los abusos del capitalismo. Para quienes saben, en cambio, que la parte de verdad y de justicia contenida en el comunismo se puede defender con estribo en la dogmática cristiana, aquellas doctrinas no son sino un áspero medio de buscar lo que buenamente se puede hallar por sistemas más fáciles, pero que implican sacrificio. ¿Preocupaba en algo a Vicente Ribera el problema religioso implícito en la lucha del materialismo ateo? Por supuesto que no. A él no le interesaba la Iglesia sino como fuerza que pudiera ayudar al Estado. Su religión era religión de pacotilla. Iba a misa y se decía buen cristiano, pero su cristianismo no pasaba de ser un mero rótulo o un simple conformismo con costumbres que no le molestaban. Tan cristiano se sentía Vicente Ribera en su casa de familia, sentado a la mesa con la buena de doña Teresa, como cristiano se creía cuando a las tardes visitaba en su apartada quinta de la Pastora a la alegre Hortensia Menocal, hábil para sacarle buenos cuartos a cambio de fingidas caricias. Vicente Ribera tampoco sabía a ciertas qué cosas eran comunismo y política social. Le preocupaba apenas la idea de un sistema que viniese a crear impuestos sobre la renta y que se metiese en el régimen de los bancos y de los alquileres y que garantizase el derecho de los hombres sufridos y traicionados. Cuando era necesario atacar a la Iglesia y a su Jerarquía, él se olvidaba del agua del bautismo y se ponía al lado de quienes humillaban a los Obispos. ¿Qué otra cosa hizo Vicente Ribera cuando a fines de 1929 fue arrojado como un bandolero el gran Obispo de Valencia, Monseñor Salvador Montesdeoca? El sabía que el Gobierno no podía expulsar al Prelado sin que éste fuera previamente rendido en juicio ordinario ante la Corte Federal; él sabía que el Obispo no había infringido ninguna ley, al instruir a los fieles sobre la doctrina del matrimonio católico; pero él sabía, también, que a Gómez le sonaba mal el nombre del "Obispito", como lo llamaba el Caudillo, por haber sido quien promovió la carta dirigda en 1928 por el Episcopado para pedir la libertad de los presos; sabía, también que la tesis contraria al

Obispo agradaba al Ministro Rubén González, a quien el trasnochado liberalismo caraqueño perdonaba el cerril andinismo por sus alardes anticlericales.

Vicente Ribera pensaba de acuerdo con la brújula del barco en que viajaba. Vicente Ribera era un cabal navegante. Vicente Ribera había sacrificado todo propósito de sentirse a sí mismo como realidad humana y como valor cívico, sólo por ganar una fortuna y por sólo medrar influencias en el orden aparente de la sociedad. A él le interesaba llegar y había llegado.

XXVIII

Definitivamente concluyó en breve el viaje sosegado de Vicente Ribera. Una noche, apenas concluida la comida, don Vicente sintió un profundo dolor al pecho. Como pudo, doña Teresa ayudó al marido a dar unos pasos hasta llegar al sofá del recibimiento anterior al comedor. Tumbado sobre los cojines, Vicente Ribera sintió el crescendo violentísimo de la angustiosa puntada.

–¡Teresa, no puedo! ¡Me muero, Teresa!

Doña Teresa gritó en demanda de auxilio. Los viejos estaban solos. Rudecindo voló en busca de un doctor del vecindario. Una de las criadas llamó por teléfono a las casas de Alfonso, de Fabito y de Herminia. Doña Teresa deshizo el lazo de la corbata al marido y le abrió el cuello de la camisa. Don Vicente se quejaba horriblemente. ¿Qué podía hacerle de urgencia doña Teresa? Friccionarlo con agua de Colonia y darle a oler sales inglesas. La mirada de don Vicente adquirió de pronto una espantosa fijeza y, después de un quejido profundo, era ya cadáver.

–¡Vicente!, ¡Vicente!, ¡Vicente!, ¡Vicente! –clamó desesperada.

Los labios de Vicente Ribera ya no se abrirían más. Los ojos de Vicente Ribera no verían ya más los ojos amorosos de doña Teresa. Las manos de Vicente Ribera no se moverían más. Cuando Rudecindo sacó de los pies de Vicente Ribera los lustrosos zapatos, tuvo la sensación de tirar algo ya perfectamente inútil. Los zapatos de Vicente Ribera permanecerían vacíos para siempre jamás. Vacíos como su vida. Vacíos como el corazón de la inconsolable doña Teresa. Vacíos como el cuerpo de todos los muertos. Vacíos como la memoria de los hombres negados al servicio cívico.

Pronto acudieron Alfonso, Herminia, Fabito, Jesús, Soledad, don José Domingo, doña Dositea y los muchachos Zerpa. Carlos se hallaba en Oriente, ocupado en sus exploraciones mineras. El cuadro era desolador. Doña Teresa, sobre el cadáver de su esposo, no cesaba de llorar. Los hijos, arrodillados, besaban la frente y las manos del padre muerto. Las muchachas del servicio veían la muerte de don Vicente como la muerte de un padre. El les dio siempre, en medio de su altivez un trato cariñoso.

Cuando el médico confirmó la visible muerte de don Vicente, amorosamente tomaron Alfonso, Fabito y Jesús el cadáver y lo condujeron al dormitorio principal. A doña Teresa la llevaron al cuarto contiguo, mientras los hijos cumplían el rito doloroso de desvestir y amortajar el cadáver del padre.

Don José Domingo tomó la iniciativa de ir a la empresa de pompas fúnebres. Cuando llegaron los empleados de la funeraria, con la lujosa caja y con el aparejo de candelabros, pebeteros, alfombras, tarjeteros y tarimas, ya la casa estaba llena de gente. La noticia había corrido como pólvora entre las numerosísimas relaciones de los Riberas. Don José Domingo había ido, también, al servicio de restorán y había contratado cuatro mesoneros para la cena. Parece mentira, pero el buen gusto de Caracas no había logrado –quizás no lo haya logrado aún– terminar con la detestable costumbre de ofrecer un obsequio suculento en la ocasión del velorio. Tal vez para desterrar tan pésimo hábito tendría que darse seriedad previamente al acto del entierro. Un velorio caraqueño de gran mundo es como abreviada expresión de la frivolidad imperante entre la gente. Las señoras van a lucir el mejor de sus trajes negros y a parar un monte, donde de todo se habla menos del muerto y del dolor de la familia. Los caballeros, antes de comer, comienzan a calentarse con sus copitas de aguardiente y, más que acompañar a los dolientes, van muchos a pelar la pava con alguna chica y hasta a hacer negocios de comercio o de política.

Cuando llegó la hora de la cena de los hombres, Alfonso fue invitado a presidirla. Le correspondía ya la cabecera vacía por la muerte del padre. Tímidamente se acercó a la mesa e invitó a sus huéspedes a hacerlo. Los

mesoneros sirvieron el consomé de gallina, las lonchas de jamón aplanchado, el queso de bola, los bizcochuelos y el chocolate. Tal era el menú acostumbrado en las cenas de velorio. Luego, otra mesa y otra hasta que fueron atendidos todos los acompañantes, sin que dejase de ocurrir que dos más binasen el chocolate y el jamón. Estos, por lo regular, no eran amigos de la casa. Eran los habituales colados, que solían asomarse a cualquier velorio, para quedarse allí donde hubiera cena lista.

A la mañana del día siguiente, la casa de los Riberas era un fantástico jardín. El Avila había volcado todas sus flores para el cumplido social. Los entierros de Caracas son un verdadero alarde floral. Caracas era una ciudad riquísima en jardines y, trepando el cerro, en Galipán y en Sanchorquiz, la amorosa diligencia labriega había cubierto de claveles y de azucenas las suaves laderas del monte. Con las flores, las visitas y los telegramas, primero entre éstos el del Benemérito Jefe. A las cinco no cabía la gente en la ancha casa de los Riberas. Ya no eran de rigor el sombrero de copa y la levita para los entierros de calidad, pero aún la gente solía ponerse de negro o al menos llevar negra la corbata. A la hora de entrar el Cura con la Cruz alta de la Parroquia, cesó el murmullo sordo y penetrante, que, junto con el acre olor a flores muertas, llenaba el recinto. Tras el sacerdote, marcharon Alfonso, Fabio Antonio, Jesús, don José Domingo y los hijos de éste para despedir el duelo. Cuando salió la enorme concurrencia, Alfonso sintió la necesidad de una fleta de árnica para su espalda adolorida por el apretujón de los brazos.

En hombros de amigos salió el cadáver del doctor Vicente Ribera hasta ser colocado en el suntuoso carro fúnebre. Era su último viaje. Así lo quisiera ahora intensamente, ya no podía cambiar el rumbo de la brújula. El ancla de la nave había sido arrojada por siempre en el definitivo surgidero. Con el ancla bajaba hacia el limo original, para convertirse en podre, para ser comido por los gusanos, para ser nada. Iba a tornarse en polvo, en humo, en el vacío que aguarda a todos aquellos que no buscaron salvarse por medio de nobles acciones en el recuerdo de los otros hombres.

* * *

Jacinto Fernández veíase un poco vigilado por la Policía después de los sucesos estudiantiles de febrero del 28. El había participado en la protesta de los abogados por la prisión de los estudiantes y desde entonces se le había vuelto a considerar enemigo de la Causa.

Jacinto Fernández tenía entre las manos un ejemplar de "La Verdad". "La Verdad" fue el nombre que tomó "La Religión" durante su alegre e inútil paréntesis de desotanización. "La Verdad" había consagrado una larga nota necrológica a la memoria del doctor Vicente Ribera. Jacinto Fernández estaba leyendo atentamente la nota. Si alguien imprudentemente se hubiera asomado sobre sus hombros, leería también lo siguiente:

"DUELO DE LA SOCIEDAD VENEZOLANA

"Ayer fue dolorosamente conmovida la ciudad de Caracas por la infausta noticia de la repentina muerte del egregio hombre público e ilustre miembro del Foro Nacional, doctor Vicente Ribera. (Q. E. P. D.).

"El doctor Vicente Ribera fue uno de los más eminentes abogados del país. Su larga carrera profesional estuvo siempre adornada por su pulcritud y su patriotismo. En la vieja Universidad de los Andes profesó diversas cátedras y nuestra Universidad Central lo contaba en el número de sus más prestigiosos académicos. Patriota preocupado por el progreso de la Nación, el doctor Ribera estuvo siempre a la cabeza de empresas dirigidas al mejoramiento de nuestra vida de pueblo. Los Bancos escucharon siempre su tinoso y honesto consejo. La administración pública le confió frecuentemente el estudio de importantes leyes y la redacción de difíciles reglamentos.

"El ilustre muerto fue cabeza de una cristianísima familia, a la cual supo dar ejemplo como esposo amantísimo y como celosísimo padre. La amistad pierde con su muerte un paradigma luminoso. La juventud, un ejemplo de honradez, de tesón y de decoro. La Patria, uno de sus grandes soportes.

"Vaya nuestro pésame a su acongojada viuda, doña Teresa Balza Chipía de Ribera; a sus hijos Alfonso, Fabio Antonio y Carlos Ribera, Herminia de Lameda, Adelaida de Keats, Soledad Solórzano de Ribera y Rosarito Zerpa de Ribera, cuñados, primos y demás deudos. Para su alma, la paz que le aseguran sus buenas obras".

–¡Mierda! –exclamó fuera de sí Jacinto Fernández.

XXIX

Pocas veces la paz presidió un reparto de bienes como en la división de la herencia del doctor Vicente Ribera. Los cinco hijos respetaban profundamente a la madre. No hubo para la distribución de la cuantiosa fortuna necesidad de partidor. Doña Teresa llamó a sus hijos y, después de considerar los inventarios, les fue señalando a cada uno su parte. Los yernos dieron espaldas al problema sucesoral. Tuvieron ambos el señorío necesario para ocultar cualquier apetencia. Doña Teresa, para ganar autoridad y evitar posibles quiebras entre los hijos, comenzó por reducirse a su legítima y por distribuir la mitad de sus gananciales. La casa y las tierras de Mérida quiso conservarlas para sí.

–Mamá, ¿qué va a hacer usted con esas tierras? Usted no volverá a Mérida –le decía Fabio Antonio.

–Quiero tener allá algo propio para el día que vaya a desandar después de muerta. Me repugna la idea de que allá piensen que yo me he desligado de mi tierra.

–Más valdría vender las tierras, mamá –arguyó Alfonso–. ¡Qué diablos vamos a hacer en Mérida! Después de diez años de ausencia, a mí no se me ocurre pensar en esos montes. Ahora usted, que lleva dieciocho.

–Yo sí continúo pensando en esos montes, hijos míos. Sé que estoy vieja y que no iré jamás a Mérida. Pero quiero sentirme dueña del pedazo de tierra que ayudé a cultivar de joven; quiero saberme dueña de la casa donde los tuve a ustedes: quiero sentirme señora de mis lejanos campos. Ustedes son modernos. Yo quiero mucho a Caracas. ¡Cuántos años hace

que vivo acá! Pero en Mérida están mis muertos. No hablemos más de eso y déjenme "La Esmeralda" y la vieja casa, donde iré a desandar algún día.

Los hijos arguyeron una palabra más contra las razones sentimentales de doña Teresa. Todo se hizo como ella quiso, y a vuelta de dos días de conversaciones, uno de los abogados del escritorio del viejo Ribera dio forma y llevó a los protocolos del Registro la armoniosa partición.

La fortuna de Alfonso Ribera creció enormemente con lo recibido de la herencia paterna. Las numerosas acciones bancarias las tomó Alfonso. Con las suyas anteriores, le daban voto para hacerse sentir en la directiva de los bancos. El papel bancario, como papel era bueno, pero valía más como base para la dirección de los negocios crediticios. Los Bancos, desde las "tavernas argentarias" de los romanos hasta la hora del día han sido meras casas de empeño engrandecidas. En lugar de la prenda ligera, la garantía son casas y cuentas de comercio. Al Banco interesa principalmente conocer la insolvencia de los deudores y la oportunidad del remate de las fincas. A la directiva de los grandes Bancos han ascendido con frecuencia antiguos pulperos, que, al frente del crédito, siguen vendiendo guarapo, como en sus viejos tiempos. Más que para ayudar al comercio y a la industria, los Bancos funcionan como avaros prestamistas, confiados en la ruina de los clientes, cuyos propios dineros manejan. Jamás organización social más dispareja ha sido inventada, so pretexto de ayudar la economía del pueblo. Veinte vivos se reúnen y piden al público que les confíe sus capitales y sus ahorros. Ellos se presentan como gente digna de la confianza irrestricta de la colectividad; en cambio, ¿en quién confían los banqueros? ¿A quién facilitan un fisco sobre garantía de la confianza debida a la conducta de los solicitantes de créditos? Pues en esta clase de intocables quiso meterse, también, Alfonso Ribera, para participar fácilmente en el pingüe agio que hinche reputaciones y fortunas.

La vida de Alfonso se deslizaba en medio de grandes operaciones financieras. Con la muerte del padre, perdió el contacto inmediato con la política. En los días de tabla –24 de junio, 21 de julio, 24 de julio, 19 de diciembre– le dirigía un telegrama de congratulaciones al General

Gómez. De resto, se había apartado de todo lo que oliera a política activa. Ya no tenía necesidad de acercarse a los Ministerios. Las concesiones petroleras eran un negocio cumplido. Para las ventas al Ministerio de la Guerra ya no tenía que hacer esfuerzo alguno. Cada empleado nuevo sabía asegurada la buena comisión. Lo mismo pasaba con la venta de drogas a los Hospitales y a la Sanidad. La antigua sociedad con Puig se había desarrollado en una forma fantástica. Para ganarse la ventaja en la venta de carros y camiones destinados a las obras públicas, no tenía sino que adelantarle el diez por ciento al Gobernador o al Ministro. Ya no sólo vendía camiones y automóviles, sino, también, neveras, fonógrafos y radios. Era la suya una gran empresa.

* * *

La fama de la prosperidad de Alfonso Ribera había llegado hacía tiempos hasta sus bastardos de Mérida, aún antes de la muerte del doctor Ribera, Luis, el mayor, andaba por los veinticuatro años, y desde los campos petroleros del Zulia, donde trabajaba de obrero, había resuelto irse a Caracas. Luis se hospedó en un modesto morfeo por Palogrande y al día siguiente se dio a buscar al padre. Fácil fúele dar con el negocio de Traposos, a donde solía ir Alfonso diariamente.

Luis era hombre muy bien plantado. Alto, fornido, de rostro blanco y alegre, nariz de fino corte, bien cerrada la rasurada barba, fino el bigote, brillantes y vivos los negros ojos, gruesos y bien proporcionados los labios, lucía en todo mucho mejor que el padre. Sus modales eran rudos y tímidos, como de quien había carecido de buena escuela para educarse. Sus letras no llegaron a más de la simple lectura y a sólo escribir con gran dificultad.

Cuando Alfonso Ribera descendió del *Chrysler* fue abordado bruscamente por el hijo.

–Padrino, quiero hablar con usted.

–¿Quién eres tú? –preguntó Alfonso, a tiempo que una corazonada, más que la intuición del físico, le anunciaba la presencia del bastardo.

–Pues yo soy Luis, padrino. Me vine de Cabimas para verlo y hablar con usted.

Alfonso Ribera contuvo el extraordinario disgusto que le ocasionaba la presencia del hijo, mas no pudo negarse a recibirlo.

–Pasa adelante y sígueme –le dijo entrando en la oficina.

Ya en el interior y completamente a solas, le dirigió la palabra en tono casi de reproche.

–¿Y a qué te viniste? ¿Por qué no te quedaste allá?

–Yo le escribí a usted varias cartas y usted no me contestó nunca. Yo quería que me ayudara allá. Me he venido para hacer algo.

–¿Y qué hacías por Cabimas?

–Pues yo y otros muchachos nos salimos de Mérida a buscar trabajo con las petroleras. Al principio me fue bien, pues ganaba plata; pero, usted me perdonará, padrino, a poco me enredé con una muchacha del pueblo, muy buena moza y que me hacía de comer; un día, al regresar del campo, me encontré a un musiú americano, que se había metido borracho a forzarme la muchacha; a mí, naturalmente, se me subió la sangre a la cabeza y le aflojé una pescozada, que lo tumbó al suelo; le quité el revólver y lo saqué a patadas. En la tarde, el comisario me citó y me tuvo tres días preso y después me dijo que tenía que abandonar el pueblo. Aquello, padrino, ya no es de uno. La autoridad hace lo que mandan los americanos, y al que no quiere trabajar completo, lo planean. Se gana plata, es verdad, pero a uno lo tratan los americanos del carrizo como si fuéramos bichos y ellos los amos de todo. Viera cómo les pelan los ojos el jefe civil, el juez y los comisarios; para los criollos, en cambio, plan y pa' el cuartel. El criollo no tiene a quien ampararse, porque los empleados todos vienen nombrados de Maracaibo, de acuerdo con las compañías. Lo único que interesa a los jefes civiles es el negocio de las jugadas y de los mabiles. Viera cómo está aquello lleno de vagabundas de todas partes. Las cabronas van a Trujillo y a Mérida a sonsacar

muchachas honradas y les ofrecen este mundo y el otro; a poco, las infelices ya tienen el gálico y los americanos las hacen sacar, para que no los enfermen. Aquello da grima, padrino. Yo me vine asustado y pensé que usted podría ayudarme por acá.

–¿Y qué sabes hacer tú?

–Pues trabajar.

–¿Trabajar en qué?

–En la tierra. Sé manejar ganado. Sé arar. Sé sembrar. Sé alguito de mecánica.

–Si no te quieres volver a Mérida, yo trataría con mi primo Eliseo Balza[1], para que te dé trabajo en Barlovento. Yo voy a hablar esta noche con él. Vente mañana a buscar una carta, para que se las lleves a su casa. Y procura dejarte ver poco por aquí, pues mi señora viene con frecuencia a buscarme. Toma –le dijo, mientras sacaba de la cartera dos billetes de cien bolívares.

–¿Y a Lourditas, por qué no le envía usted algo, padrino? Usted sabe que mi mamá se casó con Ruperto Lugo; Alfonsito está en la tienda de don Carlos Trejo, pero Lourditas está lisiada de un brazo.

–Cuando vengas mañana te daré unos bolívares para que se los envíes a tu hermana.

–Adiós, padrino –dijo Luis.

–Que te vaya bien –respondió secamente Alfonso.

La presencia del hijo fue por demás ingrata para Alfonso Ribera. El no había vuelto a saber nada de tales hijos. Mientras Carlos Trejo le adeudaba el resto del precio del negocio, le fueron entregadas pequeñas sumas a la Méndez. Después, él se desentendió por completo de sus hijos furtivos, a punto de haberlos casi olvidado. Apenas sabía que Luis

(1) Debe leerse Eliseo Zerpa y no Elisco Balza (Cf. pp. 458 y ss.) (Nota del Comité Editor)

trabajaba en "La Esmeralda" y que las tías lo miraban con cariño. Le enfadaba principalmente la idea de que Soledad se impusiera de tales aventuras. Jamás había permitido que delante de su mujer se hablase de sus noviazgos frustrados. Horas eran aquellas en las cuales el nombre de Elisa Govea jamás había sonado en su casa. Aquellos amores eran páginas arrancadas de su pasado. Desde que sus hermanos advirtieron que él gustaba de Soledad, les pidió que jamás aludieran con ella a sus aventuras pasadas.

Aquella noche Alfonso habló con Eliseo y obtuvo de éste la promesa de que daría al hijo el manejo de un ganado en Barlovento. Al día siguiente, Alfonso entregó a Luis la carta para Eliseo Zerpa y le dio quinientos bolívares.

–¿Para mí o para enviarlos a Mérida?

–Para lo que tú quieras. Mira, cuando desees algo de mí, habla con Eliseo.

* * *

La existencia de Alfonso Ribera padecía por esta época el eclipse social que obligaba el duelo caído sobre el hogar con motivo de la muerte del padre. Cerrada la vida de Club, Alfonso se mantenía en su casa con Soledad y sus cuatro hijos, cuando no iba donde doña Teresa, por entonces acompañada de Fabito y Rosarito, o donde sus suegros, cada vez más viejos y afligidos con la invalidez del doctor Solórzano.

Cuando llegaron las invitaciones para los grandes bailes que la entusiasta sociedad de Caracas ofreció al General Gómez y a su familia, en la ocasión de encargarse en julio de 1931 nuevamente de la presidencia de la República, Alfonso y Soledad se mantuvieron en el silencio de su enlutado hogar. Estuviesen así en desuso los largos duelos, Alfonso Ribera cumplía las normas severas de doña Teresa.

Bastante tiempo tenía de muerto el padre, pero el rigor del luto duraba aún como expresión de señorío. Para no desconectarse de su amistad con

el Caudillo, Alfonso y Fabio Antonio fueron a saludarlo una mañana al Pabellón del Hipódromo, lugar de cita para el obligado besamanos al Jefe del País, acogido por el pueblo de Caracas con una delirante manifestación de júbilo, tan inesperada, que asustó al mismo grupo de chácharos que custodiaban al Caudillo y que hacía pensar en lo inconsciente de ciertas manifestaciones de las masas. Gómez había vuelto al ejercicio del Poder sin intermediario, porque le hicieron creer que el doctor Juan Bautista Pérez podía alzarse con el mando. Tal cosa no la pensó jamás el doctor Pérez; mas la presencia de éste como titular de la Presidencia se miró como posible pivote para un giro antitachirense, en caso de muerte del Jefe. Para la política general del país, aquel proceso de renuncia de Pérez y de aclamación de Gómez ni quitaba ni ponía rey; lo mismo era atrás que en las espaldas. Igual era Gómez con Pérez que Gómez sin Pérez. Aunque Gómez sin Pérez acercaba el hecho de la política a la sinceridad y a la expedición. Sin embargo, hubo quienes protestaron por el "atentado" que constituía poner término al período "civilista" del antiguo Presidente de la Corte de Casación. Sin ser perecistas, muchas personas favorecidas de modo singular por Rubén González, *factotum* de la política desplazada, elevaron el grito al cielo, en razón del irrespeto a la magistratura civil. Cada quien habla de la feria como le va en ella. En cambio, el pueblo rodeó y vitoreó a Gómez, llevado tal vez de la ingenua idea de que sus vítores, alcanzando eco en la voluntad del Caudillo, servirían para que éste, al sentirse con respaldo popular, diera un viraje a la política y abriera nuevos trabajos en la capital, descuidada por la administración, a causa del empeño tomado en embellecer a Maracay. En el Ministerio de Obras Públicas se miraba como buen camino para halagar al Benemérito idear nuevas obras para la ciudad donde el Jefe tenía su residencia habitual. Sobre el febril progreso de la capital de Aragua cabalgaron, también, las nuevas fortunas de los aprovechados funcionarios.

* * *

Hombre para acrecentar su inmenso capital y para vigilar el desarrollo y la educación de los hijos, Alfonso Ribera era una perfecta persona de orden. El mundo del momento le parecía extraordinariamente próspero. Tenía lo que necesitaba: dinero; una excelente esposa; unos hijos, sanos

y despiertos; una madre anciana y llena de ternura; salud; alegría. La visión general del mundo logró ampliarla un poco durante el viaje que, en unión de Soledad, hizo a las principales capitales de Europa. De París le impresionó mucho el Bois de Boulogne, el Folie Berger, el Museo de Cera, la Opera y la Torre Eiffel; de Roma le gustaron San Pedro y las fuentes de Tívoli, por el brillo y la suntuosidad, la extraordinaria basílica; por el ingenioso curso de las aguas, las segundas: lo demás le pareció muy ruinoso y empolvado; en Florencia, lo cansaron mucho las largas galerías de los Museos; en cambio, la Torre de Pisa se le grabó en la memoria, tanto como los botaleros de los canales de Venecia; Madrid lo entendió en su propia lengua y fueron muchas las mañanas que pasó sentado en las terrazas de la Gran Vía; pero de España sobre todo, Sevilla, y el barrio de Santa Cruz y la Giralda y la Macarena y el Guadalquivir, con los floreados montones de las gitanas y los claveles reventones en las rejas y la manzanilla y las soleares y la gran corrida de toros en la Monumental de bote en bote, durante la cual, y así fueran muy buenos los diestros, había añorado las tardes soleadas del Nuevo Circo de Caracas, en los tiempos inolvidables en que el público enloquecido aplaudía a Rubito y Julio Mendoza, mientras la banda tocaba el alegre pasodoble, cuya letra recordaba cómo,

Cuando Rubito salió de Lima
toda la prensa lo publicó.
Y al llegar a Caracas
Capriles Power lo contrató.

Justo, al salir de la plaza de toros sevillana, Soledad y Alfonso Ribera dieron con el doctor Rafael Graterol y su señora, quienes andaban también dándose una asomada a Europa, y fuéronse juntos a tomar el aire al Parque de María Luisa, donde se comunicaron sus mutuas impresiones.

–¡Qué gran vida, Alfonso! –díjole el doctor Graterol– ¡Desde cuándo he debido venir yo a Europa! Lo peor es que todo lo debo a mi mala cabeza. ¡Quién me mandó a meterme en líos de política! Cinco años pasé en la Rotunda y si no hubiera sido por las gestiones que Monseñor Rincón González hizo con el viejo Gómez, habría esperado hasta el 27

engrillado. Idiotas los que se ponen a pensar en lirismos. Yo me incorporé a la Causa y en poco tiempo me nivelé. El favor del General me compensó de los sufrimientos anteriores. Ya tengo asegurada mi tranquila vejez. No hay como estar con el gobierno.

Rafael Graterol no había, en realidad, perdido su tiempo. De la Rotunda salió a ocupar un cargo en el Ministerio de Fomento y allí logró abrirse camino con la gente del petróleo. Rafael Graterol ya no era solamente un abogado estudioso, sino un hombre rico e influyente en los círculos judiciales y estudiantiles ¡Cómo había sabido ganarse la voluntad de los alumnos! Feliz viajaba por Europa dándole salida a su bien saneada y precoz renta. Con Rafael Graterol, el viaje de Alfonso Ribera se hizo más ameno e instructivo, y así en Córdoba y en Granada ya no tuvo necesidad de volar oreja al pesado cicerone. Le bastaba escuchar la palabra entusiasta del amigo.

* * *

El afán de Alfonso Ribera era el orden. Orden, orden, orden, sobre todo y ante todo. Ese orden lo representaba para él la vida del General Gómez. Sin embargo, el viejo Gómez se había echado a morir definitivamente y a Alfonso Ribera no le hacía gracia estarse en Caracas a la hora de la muerte del Caudillo. Era él mal visto por los antigomecistas y no mantenía, en cambio, muy buena amistad con el Gobernador Velasco. Avisado por un fiel amigo residente en Maracay, se fue en la tarde del 14 de diciembre a la ciudad murada, donde agonizaba el Benemérito. A las seis estaba Alfonso Ribera en los corredores de la casa de "Las Delicias". Treinta o cuarenta personas, ya de pies, ya cómodamente sentadas, se miraban mutuamente los alargados rostros.

–El General está muy mejor.

–Sí, hoy ha pasado un día espléndido.

–Es un toro el Jefe.

–Al viejo no le pica ni coquito.

–Yo lo vi asomado al barandal esta mañana. Se veía muy bien.

Todos sabían que hablaban falso, pero nadie se atrevía a mentar el estado de gravedad del Caudillo. Se discurría sobre las cosas más intrascendentes y banales y se sacaba a flor de rostro la mejor sonrisa para saludar a los parientes y a los ayudantes del Jefe.

Hubo un momento en que se sintió un espantoso quejido, tan profundo, que muchos lo confundieron con los rugidos de los vecinos leones enjaulados. Cuando los quejidos fueron más de tres, los presentes se miraron sombríamente a la cara y se pusieron en pie. Media hora más tarde, la concurrencia se había desbandado, en la certeza de que al temido Caudillo había llegado la hora en que los valientes dan puerta franca al dolor.

A la mañana siguiente, Alfonso Ribera volvió muy temprano a "Las Delicias", en compañía de un General andino fuera de servicio. A la puerta de la finca sobre la carretera dieron con el Gobernador de Maracay, que conversaba con un médico de provincia, empeñado en hacerse carrera política.

–¿Cómo amaneció el General? –preguntó Alfonso Ribera.

–Pasó una excelente noche –respondió con fingida alegría el funcionario.

–Ya me lo esperaba –agregó el médico–. Esta mañana me despertó Lola, mi mujer, muy contenta, porque había soñado que el General se estaba bañando en Ocumare, en corro con los nietos. Esto es un gran agüero.

–Sí, señor, un estupendo agüero –dijo el Gobernador–. En la próxima semana ya podemos irnos a la playa.

En la mañana, Alfonso Ribera estuvo de rueda de amigos en el Hotel Jardín. Se habló de toros, de gallos, de la cosecha, de las carreras, de la ruleta, de mujeres, de todo, menos de la enfermedad del General Gómez. Aquello era algo tabú. Gómez no estaba grave, porque Gómez no podía morir. Hablar de la muerte de Gómez era incurrir en traición.

Hacía Alfonso Ribera la bochornosa siesta del domingo, cuando su amigo el general retirado se acercó a la habitación para anunciarle la muerte del Caudillo. Alfonso Ribera se fajó el cinturón con el revólver y ordenó al chofer que lo condujera al Ministerio de la Guerra. Un oficial nervioso recibía a la puerta y autorizaba el acceso al despacho de López Contreras. Alfonso Ribera subió y tomó asiento entre un grupo de gente acudida a rodear al sucesor de Gómez. No eran muchos. Alguno los contó y dijo con fe: "Somos nuevamente los sesenta del 23 de Mayo". Varios políticos jóvenes y de segundo rango, que veían en López Contreras una puerta hacia la suspirada democracia, se miraron espantados. Sonaba el tic, cari, carián de las máquinas telegráficas. El Ministro de la Guerra daba órdenes a las Guarniciones del Interior. Una hora. Dos horas. La plática se había animado y los partidos hacían planes respecto a la suerte del país. Isaías Medina, con la cara ancha, jovial y alegre, en que se retrataba la deslimitada bondad, entró en la pieza y dijo a los presentes:

–El General no ha muerto, apenas tuvo un colapso.

Uno de los jóvenes políticos se puso de pie para decir:

–Pero al menos ya podemos hablar con franqueza de la muerte del Caudillo.

Alfonso Ribera permaneció en el Ministerio de Guerra hasta la muerte del General Gómez, ocurrida el 17 a las once y media de la noche. A la mañana siguiente, acompañó al General Eleazar López Contreras a visitar el cadáver del Jefe. Sobre una cama sencilla, cubierto con una sábana de hilo, de pálido color amarillo, en mitad de una habitación desprovista de lujo y de comodidad, yacía el cadáver del hombre que había gobernado a su arbitrio el país durante veintisiete años. Parecía mentira que aquellos fueran los despojos del dictador a quien Hindemburg había regalado su espada de Mariscal. La cama, las sillas, las mesas, más semejaban prendas de un austero filósofo que de un señor todopoderoso. El hombre sencillo y simple de la Mulera, había durado incólume bajo el dormán del guerrero indiscutido. El labriego humilde no cedió su puesto al imponente Caudillo. Para vivir a solas consigo

mismo, Gómez defendió la intimidad y la sencillez de su alcoba. Su misma soltería impenitente fue testimonio del deseo inquebrantable de guardar la autonomía de su lecho. El visitaba otras alcobas y se echaba en ajenas camas, pero en su habitación se mantenía, en cambio, solo y libre de compromisos. Era su mundo. Allí estaba la única libertad de que podía gozar en medio de la complicada maquinaria del Poder. En su lecho solitario sólo permitió que la Muerte se echara como señora todopoderosa.

Alfonso Ribera sintió verdadera pena al contemplar los despojos del hombre a quien debía su fortuna. Cuando vio cómo tres o más de los íntimos del Jefe se acercaban para besar su frente, también él fue hasta la cama donde reposaba el león rendido y besó los blancos cabellos del Caudillo.

Alfonso Ribera quiso aguardar hasta el sepelio del Jefe y quiso, también, tener un barrunto de lo que ocurriría en el país. Todo discurría en calma en la ciudad confiada. Devotamente el pueblo, con galas de aparente duelo, se dedicó, como en tarde de Viernes Santo, a visitar el féretro del General Gómez, colocado durante todo el día en la parte alta de la Iglesia Matriz. Vestido con las galas de General en Jefe y horriblemente deformado por un defectuoso embalsamamiento, el Caudillo recibió el homenaje que a la par rendíale la gente sencilla, que llegó a quererlo como providente patriarca, y la gente curiosa, que deseaba saber si en verdad estaba muerto el Dictador presentido de inmortal. Hijos y hermanos llorosos se turnaban en la custodia inmediata del Jefe rendido.

Cuando el cortejo fúnebre salía por la puerta principal del templo, Alfonso Ribera advirtió que el ex presidente Márquez Bustillos, acompañado de su sobrino el doctor Augusto Iragorry, tomaba la puerta lateral. El viejo político había reaparecido al lado del General López Contreras con ocasión de las dificultades y enredos promovidos por la sucesión presidencial. El público miraba en él un hombre de nuevo lleno de influencias, y Ribera, pese a estar distanciado de él desde antes de la muerte de don Vicente, se acercó con palabras melosas para saludarlo y acompañarlo, muy solícito, hasta la casa de familia del Encargado del Poder Ejecutivo, donde Márquez Bustillos se hospedaba.

–Si hubiera heredado también el talento del padre –sería terrible este sinvergüenza–, dijo al sobrino el viejo Márquez Bustillos, cuando aquél se hubo despedido, después de rendidos testimonios de afecto y lealtad.

Apenas, después de haber sonado los cañonazos que anunciaron el momento de bajar a tierra los despojos del Jefe, se empezaron a oír voces venidas de Caracas con noticia de manifestaciones callejeras. Luego, las voces llegaron de Valencia, de Barquisimeto, de Maracaibo. La República se sintió con estertores de parto. De la muerte del Jefe nacía la nueva libertad. Eleazar López Contreras se perfilaba como el partero de la muerte.

Cuando el Encargado de la Presidencia salió para Caracas, Alfonso Ribera regresó a la capital. Soledad había estado todos esos días con el Credo en la boca. El pueblo estaba agitado. Los antigomecistas hacían alardes de regocijo y clamaban por cambios violentos. Hubo incendios, saqueos, alborotos. Gómez no era ya el Benemérito ni el Caudillo. Durante los largos y angustiosos días de la enfermedad, se le nombraba "Gregorio", para huir el peligro de los espías. Al morir se le llamó "Bagre" y se distribuyeron retratos, en los cuales era presentado con una espantosa mueca diabólica. Ya nadie le temía y la falsa anécdota burlesca, con que se pretendió hacer del Caudillo un imbécil alumbrado por la fortuna, apareció impresa, junto con galerones soeces, en folletos que pusieron la risa en los mismos labios que ayer habían sonreído para la lisonja rendida a Bejuco y a Tarazona, en razón de su humillada cercanía en el servicio del Jefe.

En pocos días había cambiado la faz de la República. Comenzaba un nuevo orden en todo. Venezuela había despertado de su amplio letargo. Los presos estaban libres. A los desterrados se les abrieron de nuevo las puertas de la Patria. Los mítines, las columnas de los periódicos, las transmisiones radiofónicas, los rostros mismos del pueblo, daban testimonio de que con el General Gómez habían sido sepultados, también, los rudos medios hasta entonces empleados para gobernar. Venezuela creyó que al ser echados al mar los antiguos instrumentos de tortura, jamás reaparecería el tormento como sistema de defensa de la

autoridad. Si los enemigos de Gómez holgaban con el tránsito, tanto como ellos, o quizás más, holgaban quienes, siendo leales al forzado compromiso con el Caudillo, en el interior de la conciencia sufrieron la tragedia de verse al servicio de un orden que juzgaban injusto.

A Alfonso Ribera le hacía sufrir otra cosa. Alfonso Ribera se dio cuenta de que con la muerte del Caudillo se estaba levantando el pueblo. Pudo Gómez haber visto llegar a mil millones de barriles de producción del petróleo y pudo, también, haber gozado al saber que el Fisco –suyo y de la Nación– había recibido de las compañías petroleras más de quinientos millones de bolívares. Aquella era, realidad, riqueza, pero riqueza que tenía una dolorosa contrapartida en la propia carne del pueblo. Para convertir en oro el petróleo exportado, había necesitado del sudor del campesino venezolano, más de una vez entregado a los capataces de las compañías, por autoridades que les daban caza en la misma forma en que se apresaban los indios durante los albores de la Conquista. Había riqueza pero el hombre que la había hecho padecía de atrofia cívica y los propios hombres que la gozaban, serían ricos en el orden de la materialidad, mas carecían de la dimensión que hace hermosa la vida humana. La nueva política tenía que comenzar a ver hacia el hombre rezagado de la calle y como primera medida subió los salarios de los trabajadores de las obras públicas. Los dueños de hacienda y los particulares que utilizaban peones en sus empresas, pegaron el grito al Cielo, al ver que también ellos tenían que subir los salarios a sus obreros. Era el comienzo de una verdadera política hacia el pueblo. El objetivo de un buen gobierno no es crear riqueza sino destruir pobreza. Riqueza es la visible acumulación del poder económico en personas o en grupos. Se abulta y se goza la riqueza; en cambio, la pobreza anda sola, como versión contraria de la abundancia injusta. Cuando se comenzaron a levantar voces clamorosas de justicia para el obrero y de derechos de intervención del pueblo en la política, la clase en que estaba inserto y en la cual tenía fuerte palabra Alfonso Ribera, empezó a gritar desaforadamente en nombre del falso orden de que se decían personeros.

En la casa de Alfonso Ribera se escuchaba a la vez el tímido balbuceo de palabras nuevas. Vicente Alejo era ya un mozo de dieciséis años, que comenzaba a frecuentar la Universidad Central. En septiembre pasado,

Vicente Alejo había puesto matrícula en la Facultad de Medicina. Inteligente, despierto, atractivo, Vicente Alejo había captado al presto la inquietud de la hora. De porte esbelto, robusto y saludable; de fino y sonrosado rostro; alta nariz; discreto el carnoso labio; de ojos pardos, graciosamente encapotados; de palabra reposada e insinuante, Vicente Alejo era entre los nuevos uno de los estudiantes que mayores simpatías había conquistado. Si Vicente Alejo se había impuesto por su avasallador atractivo, el hermano Alfonso Ignacio era reposado, silencioso, un tanto introvertido. Inteligente como el hermano, fino y educado a la par de él, se le diferenciaba en el porte por lo bajo de la estatura y lo indeciso de las facciones, en las cuales apuntaba el viejo indio de los Chipía. Alfonso Ignacio aguardaba el Bachillerato para empezar a estudiar Ingeniería. Alfonso Ignacio aspiraba a ser, como el tío Fabito, un constructor de casas. En su interior no repercutían los problemas que interesaban al hermano. El era frío, callado, indiferente. En cambio, Vicente Alejo era explosivo, conversador, emocional. Aquel darse al mundo, aquella su condición de buscar la expresión de sus sentimientos íntimos, lo llevaron a manifestar a su padre el gusto con que había comenzado a trabajar en una escuela nocturna abierta por un grupo de estudiantes para la enseñanza de los obreros.

–¿Tú en eso? Ni se te ocurra. ¿Un hijo mío metido en propaganda comunista? ¡No faltaba más! ¡Salte de eso inmediatamente!

–Papá, si eso no es comunismo. Se trata simplemente de ayudar al pueblo.

–¡Qué pueblo ni Juan pueblo! Esos negros del carajo son nuestros mayores enemigos...

* * *

La muerte del General Gómez promovió un gran desplazamiento de gente del Interior hacia Caracas. Los provincianos se venían a la capital a buscar fortuna y solicitaban, consiguientemente, contacto con las personas encumbradas de la provincia. A Alfonso Ribera comenzaron a caerle amigos. Viejos compañeros de holgorio, de negocios, de paseos.

Parientes lejanos y simples conocidos lo visitaban con frecuencia. Cuando el caso era forzado, accedía Alfonso a dar al amigo una tarjeta de presentación para algún alto funcionario. Pero la verdad era que le fastidiaba el enredo de las visitas y de las atenciones a los viejos amigos.

–Don Alfonso, lo llaman por teléfono –se acercó a decirle la fiel Prudencia.

–¿No dio el nombre la persona que llamó?

–No, señor, pero debe ser de su tierra por el modo de la voz.

–Dígale que no estoy y sepa que cuando alguien me llame y usted comprenda que es de allá, diga siempre que no estoy. No puedo –continuó dirigiéndose a Soledad– con esta nube de merideños que me ha caído encima. Creen que por que lo vieron crecer a uno, uno sigue siendo el pendejo de antes. Que se den cuenta de quien soy yo y no me molesten tanto.

EL HOMBRE

I

Luis, el bastardo de Alfonso Ribera, estuvo muy poco tiempo en las haciendas de los Zerpas, en Barlovento. En sus idas y venidas a la capital, Luis se detenía con frecuencia en Petare. Primero un amigo, después otro, a vuelta de pocos meses Luis se había hecho buenas amistades. ¿Por qué Alfonso Ribera, tan podrido en plata, no le daba medios para abrirse campo? Callado, retraído, Luis rumiaba su empeño de ser algo más que un caporal. Su modo de ser serio, su porte agraciado, su hombría tan visible, le habían conquistado las simpatías del Jefe Civil del Distrito.

–¿Luis, usted no quiere que lo nombre Jefe de la Policía? –le preguntó un día de fiesta el Coronel Barroso.

–¿No será mucho camisón pa'Petra, mi Coronel? Yo creo que eso me queda grande.

¿Y por qué? Usted es el hombre que yo necesito. Estoy aburrido de tanto faramallero que llega a los puestos para atropellar a la gente y no ser nadie a la hora de la verdad. Yo sé que usted es un hombre.

–Pues si es de su gusto, aunque mi persona no lo merezca, yo le sirvo en lo que usted quiera.

Se instaló Luis en su Policía y a poco se había ganado las simpatías del pueblo. Su seriedad lo hacía respetable, a tiempo que su bondad natural le franqueaba el cariño de la gente. Ya no era el peón oscuro que recibía órdenes de dueño de la hacienda. Ahora se sentía autoridad, a quien se le

respetaba la voz. Ser autoridad en Venezuela, más que en otras partes, es gozar de privilegios de excepción. Así quien la ejerza no abuse de ella, el público obediente mira sobre la persona del funcionario que manda una especie de aureola o signo de excelencia. Ya con poder, al hombre se le guardan miramientos extraordinarios o se le descubren virtudes hasta la víspera ignoradas. Por mandar o por estar a la sombra de los que mandan, los hombres de Venezuela han sacrificado decoro y paz; muchos, también, han abandonado hasta fértiles tierras y anchas sabanas; ¡cuántos han llegado a menospreciar sangre y amistades! Se ha preferido el tráfico de la lisonja y la humillada actitud del áulico, al perseverante laboreo del heredado campo, del cual sólo se pide la menguada medianería. Ser policía siquiera, funciona en la jerga política como frase expresiva del anhelo de quienes lo rinden todo al provecho de una mínima injerencia allí donde haya mando. Entristecidos, apocados, como si la propia vida se les hubiera quebrado, en Venezuela se mira cómo toman los funcionarios desplazados un aire doliente de viudos. El viudo de la Prefectura, el viudo de la Corte, el viudo de la Gobernación, el viudo del Aseo Urbano, podrían ser llamados los funcionarios reemplazados, a quienes no les llega la ocasión de sosegar las ansias de retornar a los explotados cargos.

El prestigio ganado por Luis con la investidura de autoridad, le agrandó la sugestión natural del físico. Las muchachas hablaban de la buenamozura y del porte del Jefe de la Policía, y más de una se desvivía por tropezar con él a la salida de la Misa del domingo. Luis picaba alto y puso los ojos en muchacha que, a la belleza física, agregaba alguna posición económica.

Elia Alonso, a más del lindo palmito y de las ampulosas caderas que servían de cornisa al empuje de los victoriosos músculos, poseía mediana educación y tenía algún respaldo económico. Su padre era un isleño acomodado, que se había abierto paso en el negocio de lechería. Hasta entonces al viejo Juan Alonso le había faltado apoyo de un hijo, puesto que en su casa sólo había mujeres, y ese hijo le llegaba nada menos que armado de una peinilla.

Se concertó la boda y Luis, a pesar de su resentimiento, fue a Caracas a pedir a Alfonso Ribera que le sirviera de padrino. Alfonso Ribera recibió desabridamente al hijo y, lejos de prometerle asistir a la boda en forma precisa, le ordenó que no usase el apellido Ribera.

–Pues así me llamo yo, padrino, y ese apellido no me lo quito.

–Tú no tienes derecho a firmar Ribera, pues no te he reconocido.

–Pero yo, en cambio, lo he conocido a usted como mi papá.

Alfonso Ribera no fue a Petare y Luis juró para sí mismo no volver a pensar en su padre. Al mismo tiempo, pidió a su esposa olvidarse de que le hubiera dicho que él era hijo de Alfonso Ribera. El firmaría Luis Méndez simplemente, y no Luis Ribera Méndez, como lo hacía hasta entonces.

El 14 de febrero de 1936, Luis Méndez ya no era Jefe de la Policía. El nuevo Jefe Civil quiso dejarlo, pero él pensó que era mejor no estar en funciones de autoridad. Una voz clamaba en su sangre y le ordenaba sumarse al pueblo en su lucha contra las autoridades.

–¿Para dónde vas, Luis? –le preguntó su mujer, cuando lo miró salir con aire resuelto y alegre.

–Voy para Caracas a ver los saqueos. Debe de ser sabroso mirar destrozar las casas de tanto rico ladrón.

Caracas ardía en manifestaciones contra la gente del viejo orden. El pueblo llamó "sanciones" a la persecución de los capitostes del gomecismo. Junto con el saqueo de las casas de los hombres enriquecidos al favor de la política, fueron, también, molestados y ultrajados personajes –como Pedro Itriago Chacín, por caso –sin otra responsabilidad que haber servido lealmente al régimen caído. Se trataba de la práctica viciosa de la justicia revolucionaria, en la cual afloran corrientemente la venganza y el odio indiscriminado de las víctimas.

Empujado por la embriaguez morbosa del resentido, Luis Méndez se gozó en el espectáculo bárbaro de los saqueos. El directamente nada tenía que cobrar a las víctimas del odio popular, pero gozaba al contemplar la cruel justicia que hacía el pueblo en los bienes de aquellos a quienes miraba como sus verdugos. ¿Qué algunos inocentes de robos y de crímenes fueran víctimas del odio popular? A eso lamentablemente conduce la injusticia de los déspotas y la servil adhesión de quienes miran con indiferencia los atentados contra el pueblo. La retaliación de las masas no discierne y, sobre de esto, Caracas, desgraciadamente, presenció cómo damas y caballeros de calidad, relacionados con las familias de las víctimas de los saqueos, se acercaban a las masas enardecidas para indicarles tal cuadro, cuál florón, aquella estatua cuya adquisición les interesaba para adorno de sus casas. Luego, en respetables mansiones se vieron colgados óleos de célebres pintores, ante los cuales sonreían quienes conocían su procendencia. Pese a esta abierta complicidad de la clase encopetada, se imputaron los saqueos a sólo el espíritu de una salvaje venganza popular, dirigida por enemigos visibles de la gente caída.

Luis Méndez miraba por los lados de San Lorenzo el destrozo que el pueblo hacía en la casa de un bárbaro General, enriquecido y odiado, quien para defender lo que llamaba suyo, disparó varias veces sobre la masa enardecida. Una bala fría fue a hacer blanco en el pecho de Luis Méndez. La ambulancia lo llevó agónico al Hospital Vargas, donde su mujer y su suegro recogieron el cadáver para sepultarlo en Tierra de Jugo.

II

Si en general la vida de Caracas y de Venezuela había sufrido una transformación enorme después de la muerte del General Gómez, la familia de Alfonso Ribera se veía, a la vez, cambiada de manera profunda. Doña Teresa Ribera y doña Aciscla Solórzano murieron casi al mismo tiempo. Cada vez más ruinoso, el doctor Alejo Solórzano, ya casi ciego, enérgicamente se sobrevivía a sí mismo, con una alegría que recordaba al viejo Ulises. Sentado en su silla de ruedas, el pobre viejo había quedado solo en la inmensa casa solariega. Sus hijas casadas y sus nietos iban diariamente a verlo y a hacerle compañía. El fiel Matías Colunga y su mujer Justa, seguían siendo su inseparable apoyo. Ya los hijos de Matías y de Justa eran dos muchachos de cosa de veinte años, inteligentes, vivaces, ambiciosos. Matías, el mayor, logró una plaza en la Escuela Militar y estaba a punto de salir Subteniente; Jesús, el segundo, vivía en la casa del doctor Solórzano y se turnaba con Matías en la inmediata compañía del anciano. Justica y Aciscla eran dos rollizas morenas: la primera con un par de ojos que parecían carbunclos, alegre, reída, sandunguera; la otra, por el contrario, era de fea presencia, delgada y bizca, mas de fino y animoso trascendido.

Al viejo le volvían los lunes al espíritu cuando coincidían en visitarlo las cuatro nietas. Solita y Teresita Ribera, las hijas de Soledad, y Lizzy y Soly Gefahr, las de Alcira. Estaban las chicas en la flor amarilla y, sin embargo, ya decían a todo lo que llegarían cuando dieran con los dieciséis años. Solita prometía ser el vivo retrato de la madre; Teresita era una chicuela menuda, de tez morena y ojos oblicuos y vivísimos, que le aseguraban un gancho irresistible; las de Alcira habían sacado el tipo de su padre: ambas eran rubias y espigadas y mostraban en sus hábitos la

influencia de las institutrices europeas, a que las tenían sometidas desde los primeros años; en cambio, en las chicas de Soledad resaltaba la huella del vigor de la abuela paterna. Doña Teresa había sido excesivamente conservadora en sus ideas respecto a educación de las niñas. Así Herminia y Adelaida se hubieran adaptado disparatadamente al mundo caraqueño, ella siguió hasta lo último encastillada en las rígidas costumbres de su Mérida nutricia, y sus principios los había comunicado como marca de familia al ánimo de la nuera, tan leal a la tradición de severidad de los Solórzanos y de los Queipos.

Las cuatro nietas eran cuatro diablillos en la casa apacible del viejo Solórzano. En medio del jardín lleno de rosas, lucían como pájaros cantores, cuyos suaves trinos se sumaban a la voz de los canarios y de los turpiales enjaulados, que alegraban la soledad del anciano inválido, en quien la lucidez de memoria y la claridad de juicio hacían contraste con la ausencia de vida de los miembros inferiores. ¿De qué no se acordaba el doctor Solórzano? Cuando lo visitaban algunos viejos colegas, les recordaba los buenos tiempos en que ejerció la profesión de abogado; cuando era gente del gran mundo, se agolpaba en su memoria la vida antigua de Caracas; cuando las nietas lo acosaban a preguntas, él les refería cómo era la antigua ciudad, con sus modas severas y vistosas, las damas vestidas de crinolina y los señores de larga levita y tocados de lustroso cubilete; les describía los viejos faroles de gas, el furor popular promovido por la lotería de animalitos, la moda de los entierros en las iglesias, los antiguos tranvías de caballitos, inaugurados en la época de las viruelas, cuando se consagraba en Caracas el primer Obispo de Calabozo. Cómo reían las pícaras cuando el abuelo les repetía aquello de

Ya Caracas tiene lo que no tenía,
un Obispo negro, viruela y tranvía.

Hasta llegaba el doctor Solórzano, en sus deseos de mantener el interés de las nietas, a tararear alguna de las viejas canciones con que poblaban las solitarias calles de la ciudad los alegres pianitos de manubrio.

Cuando no había hijas, ni nietos, ni amigos, ni estaba para leerle el periódico Justica, cualquiera ponía a correr el plato mágico del

radiofonógrafo y sobre él los discos de su preferencia: el Concierto para violín, la "Pastoral", la "Sinfonía del Destino" y la sonata "La Aurora", de Beethoven; la "Inconclusa" y "La Muerte y la Niña", de Schubert; y el "Largo", de Haendel. Con pedir un disco, ya se sabía que el doctor Solórzano esperaba cualquiera de estas maravillosas obras, a las cuales había reducido su devoción artística. Sobre todo, las notas profundas, solemnes, maravillosas de Haendel hacíanle pensar en la noche sombría que rodeó, como a él, los años finales del gran compositor. ¿Puede haber ceguera, pensaba, para quien cree en Dios y escucha sus claras palabras, a través de los grandes creadores de poderosas sinfonías? ¿No eran las notas, acaso, en la oscuridad de la ceguera, como teoría de rutilantes y elocuentes estrellas en los profundos abismos de su noche?...

En medio de su gran soledad, lo visitaba con frecuencia el sobrino Ernesto Aguinagalde, hombre culto y retraído, a quien preocupaban intensamente los problemas nacionales. Aguinagalde se gastaba una buena y aguda pluma y solía publicar en los periódicos artículos cargados de hondo fervor nacionalista. De temperamento un tanto ácrata, Aguinagalde desconfiaba de la resonancia de su propia palabra en la opinión pública; ello no era impedimento, en cambio, para que estuviese siempre sobre el yunque, majando a favor de sus grandes tesis.

–Me leyó ayer Justica tu último artículo sobre las concesiones petroleras. Muy bien me pareció. Considero justo que se pare la entrega de nuestro subsuelo a los extranjeros. A mí me gustó mucho el nacionalismo de Castro. Cuando el pleito con *La Bermúdez,* yo no quise defender a los gringos. Lamentablemente me equivoqué con Gómez y fui su amigo en los primeros años de su mando. Después, tú sabes, ya no serví para más nada. ¡Ah, si yo pudiera! Aquí donde me ves, viejo e inútil, sigo paso a paso tu campaña. Somos una casa invadida por las termitas. Por fuera todo se mira bien. Ahora se construye mucho, se hacen grandes carreteras con el dinero del petróleo, se hará mañana una gran ciudad, hasta cambiarán por otra a nuestra Caracas, pero la procesión va por dentro, hijo. El suelo se sostiene sobre el aire. El corazón de la tierra ha sido perforado, y a medida que sacan el petróleo, queda vacío. Se va la soberanía y con el dinero vienen los vicios. Cuando

escribas, no olvides referir lo que pasó con los finos árboles de canela de Ceylán, que el Marqués del Toro plantó en su quinta de Anauco. Sabes tú que el Marqués trajo hasta camellos para mejorar los transportes. Era un hombre verdaderamente preocupado por el progreso nacional. Los canelos crecieron y embalsamaron de embriagadoras esencias aquel deleitoso sitio. A la regia mansión fue a vivir en cierta ocasión un distinguido caballero inglés, a quien ocurrió la bárbara idea de cortar los caneleros para preparar con su leña finos asados. Sabes tú que nada da tanto tono a una carne como el fuego de leña de resina o corteza perfumada. Se hartó el desgraciado con sus tiernos bisteques, dorados a la dulce lumbre de los derribados canelos. Ahí tienes, Ernesto, el mejor símbolo del destino de nuestra riqueza. Los musiúes nos destrozan los aromosos árboles, para la perfecta confección de las viandas con que regalan su goloso apetito. Venezuela toda es el canelero del Marqués del Toro, querido Ernesto. Brasa y fuego para la ración forastera, mientras el pueblo está enfermo, pobre, embrutecido y humillado. Le dejan, sí, ¡quién lo va a negar!, los negros y ricos carbones. Los muros de la República, Ernesto, están siendo pintarrajeados con el carbón de las sobras del festín extranjero. La gente lleva el rostro sucio de carbón, la gente tiene las manos sucias de carbón, la gente toda está sucia, Ernesto, por el carbón en que se convierte lo mejor de la Patria. Y el canelero fue derrumbado porque a su vera no hubo una conciencia que lo defendiese. La finca estaba alquilada a un míster, como hoy está alquilado el país a los extranjeros que lo explotan. Cien años contamos de República y al país no se le ha creado un fuste moral que lo configure y lo defienda. Ayer hubo un gobierno rehabilitador, antier hubo uno restaurador, en el siglo pasado hubo una época de regeneración y otra de legalismo. Cada gobernante cree que su respectiva parcela temporal corresponde a una República salvada, mejorada, independizada, cuando lo que ha hecho cada uno no ha sido sino olvidar y fragmentar la coherencia social donde se apoyan los pueblos. Para sentirse creadores, declaran inexistente el orden anterior y provocan una delirante conciencia de caos, por donde queda roto el sentido de continuidad que da vigor a los pueblos. Lejos de regar la raíz del canelero, lo desraman y lo alquilan. Sí, escríbelo, pondéralo, estrújalo en el rostro de quienes pretenden burlar a los que defendemos la substancia y el decoro de Venezuela. Ilusos cretinos, que no saben donde tienen las narices. No temas que te digan enemigo de los

valores humanos porque defiendes la médula de lo nacional. El nacionalismo defensivo que tú pregonas, no apunta a destruir la unidad del género humano. La sociedad internacional no pide la entrega de sus miembros. Sin naciones cabales no puede haber alianza sólida, sino sumisión rendida a los más fuertes. Nadie, tampoco, que tenga dos dedos de frente puede pensar que defender a Venezuela y su substancia histórica constituya una actitud negada a recibir lo positivo y valioso que nos venga de fuera. ¡Cuánto debemos a los extranjeros! Pero a los extranjeros que han venido a ayudarnos con sus luces, con su esfuerzo, con su sangre. En cambio, a esos aventureros llegados a la fiesta de llevarse la parte del león en el reparto de la riqueza, precisa adversarios en toda forma. Esos son aventureros vulgares, vengan así aprestigiados de banqueros y de empresarios; esos, mientras más pintados, ayudan a corromper más las clases dirigentes. Vengan, en cambio, los trabajadores serios y los malhallados en sus patrias originales, que aquí encontrarán abiertos nuestros brazos. Vengan con ellos los sabios y los técnicos, que hallarán abiertos, también, nuestros oídos y prestas al trabajo nuestras manos diligentes. ¿Sabes que el imbécil de Pedro Simón García vino a hacerme burla sobre la nevera y la radio que me regalaron mis hijas? "Usted, doctor Solórzano, tan defensor de la tradición, ¿cómo es que tiene nevera y radio? Usted debiera tener una caja de música de cuerda y un lloroso tinajero, adornado de fino helecho". ¡Estúpido! Como si defender la tradición y dolerse por la pérdida de la fuerza y del decoro antiguo, fuera renegar del progreso y de la comodidad. Como si defender la continuidad de nuestra médula histórica, significase desconocer el progeso que va ganando el hombre y el radio de expansión de sus derechos. Idiota sería que no reconociéramos hoy lo que ha ganado la propia sensibilidad del hombre para la comprensión de los grandes problemas de la justicia; pero ni el hombre ni los pueblos tienen derecho a desconocerse a sí mismos, menos aún para borrar su historia. Cuando ayer no es hoy, no habrá mañana. El futuro afinca en la realidad de los futuros que ya fueron. Como ese infeliz existen muchos que imaginan que la devoción a la Historia es una lerda adherencia al moho del pasado. Creen que Historia son los panteones y las estatuas que sirven de pretexto para hueros y oportunistas discursos e imaginan que aquella está constituida por un mero catálogo de muertos, sin pensar que, por lo contrario, la Historia es la parte llamada a vivir de las

generaciones simadas en el polvo. Cuando la llamamos para sumarla al balance del presente, no voccamos valores obsoletos, sino fuerzas olvidados. Lo destinado a perecer ha de ir a la nada, junto con el cadáver de los hombres; la Historia, en cambio, recoge el espíritu de quienes ayer representaron ideas con derecho a la supervivencia. Nosotros, desgraciadamente, nos acercamos al brocal del pasado para llamar lo que debiera mantenerse en definitivo silencio. Lejos de invocar la sombra de Vargas, reclamamos a Carujo; sin acordarnos del Regente Heredia, nos complace la pretensa memoria democrática de Boves; de Bermúdez no recordamos la voz tremebunda que elogió al civilismo. sino el golpe de sable lanzado contra el portal de la casa de un realista. La mayoría toma las cosas al revés, y para en pensar como ese desgraciado de García. Hubieras oído lo que dije a ese infeliz descastado. Canalla, imbécil, que cree ganar ribetes de modernidad y de cultura renegando del pasado del pueblo. "No a tus hijos, sino a tu madre, eres capaz de vender, para hacerte dinero con que mantener la fiesta", fue lo último que escupí sobre ese desgraciado.

El viejo Solórzano parecía rejuvenecerse al amor del fuego de sus palabras. Su rostro venerable se hacía luminoso y sus propios ojos enceguecidos semejaba que ganaran nueva luz.

Cuando el sobrino se separó de él, salió con la convicción de que no estaba perdida Venezuela. Algo quedaba de su viejo fuste. Algo que en sí era una verdadera esperanza. Quedaba una palabra tomada de la baldadura; pero esa palabra terminaría por libertarse y sembrar realidades.

* * *

Al abuelo iba a escuchar con frecuencia el brioso Vicente Alejo. Tenía él un profundo respeto a su padre y desde el día en que le reprochó haberse inscrito en el movimiento estudiantil enderezado a mejorar las condiciones intelectuales de los obreros, evitaba todo aquello que pudiera disgustar al progenitor. Don Alejo, pese a su entusiasmo por los temas de la política, era cauto con el nieto. Don Alejo oía la radio y escuchaba atentamente la lectura de los periódicos. El advertía complacido que se

estaba formando una nueva conciencia en la juventud y procuraba ayudar al nieto con sus consejos oportunos. Moderación y vigor, reposo y energía, inyectaba el viejo en el ánimo de Vicente Alejo. Cuando escuchaba las frescas, altivas, entusiastas explosiones del vástago, se regocijaba en lo interior, mas procuraba temperar los ardores del muchacho con finas, certeras, suaves, orientadoras reflexiones.

--Buena es la lucha, hijo –decía al nieto el doctor Solórzano– pero es necesario tener presente que su fin no es destruir sino ganar espacio para la verdad y la justicia. La lealtad en el combate de las ideas no consiste sólo en defenderlas con tesón y sacrificio; el luchador honorable debe comenzar por esforzarse en la comprensión de las tesis contrarias. Hay que huir los funestos caminos que suele seguir la crítica entre nosotros. Ya estás viendo cómo aparecen en la prensa detractores de oficio e insultadores de alquiler. Entre nosotros no se examina la conducta de los hombres públicos para poner en resalto lo que tengan de positivo y cargarles lo disvalioso. El empeño es destruir, negar, calumniar. Parece que la gente se solazara leyendo ultrajes contra los demás. Nadie siente el orgullo de la gran figura que sube, sino la complacencia de ver destruidas las reputaciones ajenas. En nuestro medio no existe aquella comunidad que con tanta precisión calificó el filósofo Schleiermacher, al decir que en el quehacer humano cada quien concluye la obra de otro que no conocía y prepara la de un tercero que nada sabe de él. Es la ley de la sucesión y de la responsabilidad colectiva, sin la cual no se hacen los pueblos. Es la vocación de vecindad que hace a las comunidades. Entre nosotros se procede al revés. Cada quien se empeña en arruinar al vecino del lado. Cada época ha de destruir la anterior. Sin ir a lo constructivo de la crítica, la gente arremete contra todo lo existente. Pareciera como si una enfermiza inconformidad empujase a los hombres a la búsqueda del caos, a fin de rehacer de nuevo la República; y el caos llega a través de la negación y de la destrucción de toda la obra de las generaciones que hicieron la Historia; pero, lejos de poner las cosas en orden, fomentan la anarquía y la desesperanza antigua y dejan en pie los vicios y los defectos que clamaban el remedio de la contradicción. Para esa labor de ensuciar nombres, ya verás aparecer docenas de escritorzuelos viles y fracasados, que se dedicarán a injuriar a las primeras figuras del país. ¿Ya no has visto cómo atacan a Gil Borges? Esos tristes escribidores

encontrarán, en cambio, quienes paguen y aplaudan sus denuestos. Viven ellos, como los gusanos, de la carroña y del estiércol; pero pasarán como pasó Zoilo y quedó Homero, como pasaron Mevio y Bavio y quedó Virgilio, como pasó el supuesto Avellaneda y quedó Cervantes, como pasó José Domingo Díaz y quedó Simón Bolívar. Además, muchos de esos periodistas que se muestran altivos en el ataque a los funcionarios y celosos en la defensa de los intereses nacionales, sólo buscan que alguien los compre. Forman escándalos verbales para que los interesados se asusten y les paguen el silencio. Yo tengo mucha experiencia, hijo, y si aún no he visto comunistas vendidos a los hombres del capital, porque el comunismo es cosa nueva entre nosotros, tú tendrás tiempo para mirar a mucho apóstol rojo echándose albayalde en la cara, y quién dice que no habrá más de un sinvergüenza que se tenga hoy por comunista por creer que con ese rótulo puede tener mejor fortuna. Cuando sea del caso, se declarará anticomunista a rabiar. Yo he visto mucho político que atacó la recluta mientras fue oposición, pero que en llegando a coger el mandador le cayó a rejo al pueblo. Y los presentan como maestros de las letras y del pensamiento nacional.

El viejo se había abierto a la plena confianza del nieto y éste le contaba y consultaba todo.

–Abuelo –díjole un día Vicente– ayer ocurrió entre los estudiantes algo que me tiene confundido.

–¿Qué, hijo?

–Tú sabes, abuelo, que en la Federación de Estudiantes todos hemos estado unidos hasta ahora. Entre los estudiantes unos se dicen ateos, otros se llaman liberales, socialistas o izquierdistas, otros somos católicos, otros no son ni chicha ni limonada. Todos hemos estado muy unidos. Ayer hubo una gran asamblea y Luis Velutini, que tú sabes que es de la buena sociedad y fue educado por religiosos, pidió que la Federación solicitara la expulsión de los jesuitas. Se armó el gran bululú. Se hicieron dos bandos que discurrieron encarnizadamente y se disolvió la reunión entre trompadas. Yo evité toda refriega y salí muy molesto de ver al tal Velutini metido en ese ataque a los sacerdotes. Pero cuando

llegúe a casa, encontré que papá hablaba con el hijo de mi tío José Domingo, que está empleado en la Gobernación, y oí cuando éste le decía: "Alfonso, ya se logró dividir a los estudiantes. Ahora hay que dividir a los izquierdistas y a los demócratas, azuzándoles la vanidad y las aspiraciones. Después, volveremos nosotros sobre sus propios hombros". Créeme, abuelo, yo no entiendo esto.

–Pues yo sí lo entiendo, hijo. Ese Velutini ha servido de cuña para romper la unidad de los estudiantes, que tanto valen como fuerza cívica. Les echaron el disolvente religioso y ya están ustedes anarquizados. Esa idea es tremenda y sabe Dios quién la preparó. A lo mejor, gente del mismo Gobierno. Lo demás viene por añadidura. Primero se divide en dos bandos a los estudiantes, después se buscará el medio de romper la unión de los grupos empeñados en empujar el país a su reforma institucional.

–Así es, hijo. Tienes sobra de razón. Nuestro atraso cívico es obra de la división. Ojalá esta vez el caso se quede en esto sólo. Cuando subió Gómez, hubo una política de unión entre los viejos caudillos, pero a poco Alcántara se unía a Riera contra Baptista; después Alcántara y Ortega Martínez contra Riera; más tarde Velutini y Alcántara contra Ortega Martínez; después Velutini y Peñalosa contra Alcántara, y así, hasta dejar a Gómez solo, como dueño y señor de voluntades, que era lo que él se buscaba al fomentar las querellas entre los otros. Muy bien pensado eso de permanecer por el primer momento independiente y dispuesto a cooperar en todo lo que sea universitario y con todo lo que sea defender la dignidad de la fe de tus mayores.

–Alguno me dijo que yo era cobarde, porque no hacía filas para defender a la Iglesia. Yo le respondí, primero con una trompada, para que viera que no soy ningún cobarde, y después con razones, que los otros aprobaron. Les dije que mi catolicismo es cosa viva y no pie ajeno para dividir la voluntad de los compañeros.

–Haces bien, hijo, aunque la trompada estuvo de más. Sé que no te inhibes por cobardía. Tú no necesitas arrebañarte para cumplir tu deber. Estudia. Prepárate. Ya te llegará tu hora. Este país está urgido de

voluntades aceradas, más que de mentes con luces. En ti se ve apuntar el carácter y la decisión. Venezuela ha carecido de hombres de voluntad. Le han sobrado escritores, literatos, oradores y periodistas, pero no ha tenido hombres que hayan dicho no a tiempo. Has de saber que los pueblos se pierden por las palabras de los hombres de talento, más que por el silencio de los pobres de espíritu. Estar solo, en tu caso, es tener carácter. Ya llegará el momento en que elijas tu línea de acción. Tu prudencia es por demás correcta. Entre tus compañeros, claro que debe haber, seguro que los hay, muchachos de auténtica honradez, a quienes sólo mueve el deseo de defender los principios cristianos frente al peligro materialista. A mí me gustó mucho oír hablar a ese joven Caldera, con quien estuviste aquí en tardes pasadas; pero en política precisa estar a ojo de garza, pues muchos pretenden utilizar las cosas sagradas como trampolín para inconfesables propósitos. Ahora van a aparecer muchos falsos católicos, que buscarán los aleros de la Iglesia para amparar sus negocios. Cuando los grupos se sedimenten y se vea dónde está la autenticidad cristiana, tú tomarás tu puesto. Deja que las aguas ganen rumbo pacífico y claro. Ayer me visitó el Padre Mesanza y me trajo unos discursos de un frailecito español, de apellido Gafo. Esta mañana Justica me los estuvo leyendo. Eso sí es doctrina. Ese predicador sí va al grano de la cosa. Para luchar contra el materialismo comunista, hay que dar realidad cristiana a la sociedad. Hay que abrir caminos a la justicia. El derecho a la vida es igual para todos los hombres y la propiedad no tiene el carácter excluyente que le dan los ricos. Santo Tomás aconsejaba usar de las cosas como si fueran comunes. Hay que mirar al sentido social de la propiedad. Los explotadores del pueblo buscan refugio en amañados principios cristianos y terminan por llamar comunista a todo el que aspira a que reine la justicia entre los hombres. Búscate entre esos papeles que están sobre la mesa el folleto del Padre Gafo y léelo con tus amigos. Es algo que vale la pena.

–Y a propósito de propiedad, abuelo, ¿qué me dices tú de esa disputa tan encarnizada acerca de la confiscación de los bienes del General Gómez?

–Eso tiene su más y su menos, hijo. Sin ver el origen de la extraordinaria riqueza que el Poder proporcionó a Gómez, cualquiera está obligado a

convenir en la necesidad de desarticular la fuerza que ella constituiría en manos de una familia. Además, parte de las fincas de Gómez en Maracay, como "La Trinidad" y "Mariara", fueron confiscadas a Castro. Cada gobernante se enriquece para que el sucesor vaya contra sus bienes. Lo triste en estos casos es ver la desfachatez con que los enriquecidos a base de peculado, exacciones y tráfico de influencias hablan del atentado contra los legítimos derechos de propiedad; el atentado consiste en no aplicarles la ley a todos los ladrones enriquecidos. En Venezuela los hombres que llegan al Poder consideran que ganan bula para enriquecerse con los bienes de la nación. Vargas, Soublette, Tovar, Gual, Rojas Paúl y algún otro más son los únicos que se han librado de poner la mano sobre los bienes públicos. Se aúpan de dinero y después los ves a ellos y a sus familias alardear de ricos y de honorables. Y lo peor, hijo, es que el hombre común ha terminado por mirar eso como un hecho natural. En Venezuela robar al Estado es una mera habilidad. Yo he oído a señoras en apariencia decentes, defender el robo de los gobernantes, como precio justo de las obras públicas que emprenden. La confiscación de los bienes de Gómez es natural hacerla. Pero, te repito, que esto de las riquezas mal habidas de los gobernantes es el cuento de nunca acabar. Si antes no se crea una conciencia de moralidad y de deber, el peculado seguirá creciendo. Más que los propios beneficiados, los culpables de lo que ocurre es la masa carente de sentido cívico, a la cual se hace natural el aprovechamiento de los funcionarios. Los puestos públicos se han visto como meras oportunidades de provecho, y a quien no se ha enriquecido en una aduana o en un cargo con administración de fondos, lo menos que se le dice es tonto. Yo he visto a mucho apóstol de la pulcritud llegar al Poder para enriquecerse descaradamente. Lo mejor es no hablar de esto, hijo. Sé tú honrado y prefiere a lo que puedas recibir de tu padre lo que mañana te ganes con tu propio trabajo. Cada quien debe ser hijo de sus obras.

–Abuelo, ¡cómo me siento de contento y de aliviado cuando te oigo hablar! ¡Ah, si tú pudieras caminar!

III

Casi al pie del Avila, en un suave declive, que en medio del anchuroso valle luce como inmensa esmeralda, fue construido el hermoso edificio donde funciona el Caracas Country Club. El estilo del edificio está enmarcado en las viejas líneas arquitectónicas de las Misiones españolas en California. Reproduce un viejo convento levantado en el Oeste por la constancia de los misioneros regados por España a todo lo largo del Nuevo Mundo. Es de estilo colonial, pero un colonial pasado por el tamiz de Norteamérica. El Club lleva nombre inglés. En otras partes a este tipo de centros sociales se le llama Club Campestre, pero en la Caracas que cambia de concha, ha de llevar por gravedad de circunstancias un nombre cónsono con la época. Los espacios verdes, donde se juega a la pelota, se llama *links*. El sitio es lujoso, confortable, distinguido. Su bar es estupendo; su cocina, magnífica; las piscinas, hermosas y siempre limpias. La gente bien frecuenta el Club y aún vive en sus alrededores, en una extraña barriada de régimen privado. Elegantes quintas, rodeadas de boscosos mangales y altivas palmeras, alojan a ricos propietarios. Así Caracas se extienda desde La Vega hasta los Dos Caminos, su corazón social está en el Caracas Country Club. El corazón de Caracas late en inglés. Duró hasta fecha reciente el barniz parisiense por donde ganaba distinción la sociedad hispanoamericana segregada de la metrópoli peninsular. *Merci bien, beaucoup de plaisir, com'il faul, pardon, tres bien,* fueron expresiones incrustadas hasta ayer en el vocabulario de la gente de postín. Ahora se dice *thank you, all rigth, okey, good by, excuse me, no mention.* Estas palabras son verdaderos signos en el tiempo.

Cuando Alfonso Ribera llegó a Caracas en 1918, a las damas se las convidaba a tomar un vermut o un coctel de champaña; por lo regular, ellas preferían una cola o una merengada.

–¿Una merengada? No, vale. Eso era en otro tiempo. Las merengadas son para las mujeres que están criando.

Tal cosa decía una de las graciosas chiquillas que, al salir de la piscina del Club, se acercó a la mesa donde las compañeras tomaban refrescos. Tanto ella como las amigas, y también los mozos que les hacían compañía, vestían traje de baño, si en realidad de tales trajes puede decirse que vistan.

–¡Mira, mozo! –habló de nuevo la pizpireta chiquilla– a mí me traes un whisky, pero que sea "etiqueta negra", y en lugar de soda, me traes una "Coca-Cola". No me explico cómo la gente pudo llegar a vieja sin haber tomado esta maravillosa bebida. La "Coca-Cola" es la delicia embotellada.

–Estás excesivamente yanquizada –le interrumpió una de las compañeras. No olvides que de la "Coca-Cola" dicen que es la nueva sangre de los pitiyanquis.

–Ridiculeces, chica. Envidia de malnacidos. ¡Alabados sean los norteamericanos! ¿Qué sería de nosotros sin ellos? Todo lo bueno nos viene del Norte; convéncete, niña. Yo me siento feliz cuando sé que todos los días se extienden más los americanos en nuestro país. Nuestra desgracia es haber sido conquistados por españoles.

–¿Y tus apellidos no son españoles, acaso?

–Por desgracia, pero me los quitaría todos. ¡Ah, si pudiera llamarme Chuta Frog, aunque fuera!

–¡Qué estúpida eres, mujer de Dios!...

Julieta, Alicia, Chuta, Nena, Katty. Cinco maravillosos ejemplares de nuestra ardorosa raza tropical. ¡Qué muslos! Si parecían vivos troncos

de palmera. ¡Qué caderas! Si eran como liras de oro, para rasgar la mejor canción. ¡Qué carnes! Si semejaban apetitosa hogaza, recién sacada del tibio horno. ¡Qué senos! Si nada costaba mirarlos en su exuberante plenitud, puesto que era en extremo generoso el pliegue del leve sostén. Vida nueva, vida fresca, vida cargada de naturalidad y simpatía. A su lado, montadas las piernas o estiradas para tomar el sol, también lucían en cueros los alegres acompañantes. Juanito, Tony, Fredrich, Alex y Piquín; los unos canijos, robustos los otros, mas todos con las canillas cubiertas de áspero vello y rizado escapulario de pelo en el pecho. Era la nueva sociedad. Era el nuevo estilo de vida. Era el tono de la nueva cultura. El "Emilio" de Juan Jacobo hecho realidad en la bárbara América.

Frente a los maravillosos campos de juego, el corredor lleno de mesas, en torno a las cuales los señores y las señoras platicaban y sorbían cocteles y whisky. Con Alfonso Ribera estaban don Perico, don Antonio, don Loreto, don Luis, don Atanasio. Estaban también míster Brown, míster Filthy, míster Laugh. Reían y murmuraban doña Ana, doña Ignacia, doña Lourdes, Soledad, Rebequita, Alicia. Todas las mesas estaban llenas. Los mozos no alcanzaban a despachar la frecuencia de las rondas. El volumen de las voces hacía que de una a otra mesa no se oyera nada.

–Es una verdadera calamidad la tolerancia que se tiene con los obreros –decía con rostro muy severo Alfonso–. No sé adónde diablos quiera llevarnos López Contreras con su tal política de "calma y cordura". A mi mujer casi le pegó ayer una negra del carrizo a quien le reclamó el vuelto del mercado.

–Eso no es nada, Alfonso. Tú no tienes fábricas. Los peones que tengo ya no quieren sino que les pague sobretiempo e indemnizaciones. Te hablan de la Ley del Trabajo como de una panacea. Menos mal que en la Corte están apretando las clavijas a tantas demandas necias. Todavía queda gente en el país. Esos jueces son de oro. Así decía ayer el General Mibelli.

–Todo eso es fruto de haber dejado entrar López a los comunistas –agregó don Atanasio–. A López le gusta la demagogia y quiere que lo

llamen demócrata. Ahí tienen ustedes las consecuencias. Este era un país tranquilo y ahora cualquier negro del cipote no sólo le quita a uno la acera, sino que lo empuja contra la pared. Y esperen ustedes los resultados de la propaganda izquierdista. Son unos desalmados. Vinieron y dejaron el veneno. ¿De qué ha valido que López hubiera oído por fin a la gente de orden y los hubiera echado del país? El veneno quedó en casa y los desgraciados volverán algún día.

–Eso es lo peor –agregó Alfonso Ribera–. Yo, después que murió el General, liquidé los negocios en que tenía obreros. Me quedé con mis casas y con mis acciones. Es una verdadera vaina tener que discutir con unos desgraciados que no agradecen la oportunidad de trabajar que se les da. No se dan cuenta de lo que serían sin uno. Ellos creen que somos nosotros quienes estamos obligados a agradecerles su trabajo. Ayer me vi precisado a echarle cuatro ajos al sinvergüenza del Francisco Candales, a quien tuve de dependiente en el negocio de Traposos. El malagradecido pretende que lo indemnice por la liquidación. ¿Habráse visto? Me salió con unas cortas y unas largas y me amenazó con la Ley del Trabajo. En la tarde tuve la visita de Napoleón Argenta, constituido en apoderado del sinvergüenza de Candales. Argenta es hoy un furibundo revolucionario; casi no me conoció, cuando lo vi tantas veces en mi casa metido de cabeza pidiéndole favores a papá. Eso me revienta a mí. ¡A cuántos líderes que se la echan de inmaculados y que hablan horrores de la situación anterior, no los vi yo en casa, en busca de recomendaciones para el General Gómez o para los Ministros! De ese Argenta cualquiera diría que no ha quebrado un plato y que siempre estuvo con los enemigos del Gobierno. ¡Lo que yo sé de él! Dos viajes a Estados Unidos le consiguió el viejo con Márquez Bustillos. Santo y bueno que no se hubieran puesto de luto por la muerte del General, pero que no se las echen de que están libres de favores y de compromisos con la gente caída.

–Tiene usted razón, Alfonso –intervino don Luis–. Ayer, al cruzar la Plaza Bolívar, tropecé con el doctor Francisco Escámez. Se despidió y se me ofreció en el cargo que le dieron para Bélgica. Me impresionaron las razones que adujo para explicar su caso. El sirvió en la política anterior; pero me manifestó que no está de acuerdo con muchos amigos suyos, de

los cuales unos se han hecho camaleones furibundos, como el Argenta de su cuento, mientras otros se niegan a toda idea de mejoramiento político. "Yo –me dijo– para no hacer ni el camaleón ni el cavernícola, me ausento del país, a fin de que pase tiempo y las aguas tomen su nivel natural. Ahora se ha hecho moda renegar del General Gómez, y gente que hasta ayer lo aduló, se ceba en su memoria. Yo espero la hora en que a Gómez se le juzgue como fenómeno social, para echar mi cuarto a espadas, sin riesgo de que se me diga oportunista ni adulón de los nuevos hombres". Me pareció honorable y plausible esa actitud.

–Yo creo que las cosas no sean tan peores como las pintan ustedes –interrumpió míster Filthy, alto empleado de la Standar Oil–. La oficina legal de New York envió en días pasados un emisario con instrucción de ver cómo subir el salario de los trabajadores nuestros, para evitar acá cosas como las de México, y después de hablar con los abogados criollos que aconsejan a la compañía, se resolvió que nosotros dejemos el salario de los obreros en el mismo nivel, sin forzar pagos. Eso quiere decir que no hay peligro de huelgas. El obrero de acá ser muy bueno y los doctores nos ayudan mucho.

–Se cree usted, míster Filthy. Esos carajos son una verdadera vaina –agregó en tono despectivo Alfonso Ribera–. Esos sinvergüenzas están ojo de garza esperando el momento de fuñir a la gente decente. Los salarios altos que ustedes les pagan no lo agradecen.

–Creo yo –dijo con voz reposada don Luis– que es necesario ver las cosas con un poco de más sentido de realidad. Yo creo que la política social del Gobierno no es tan mala como piensan muchos. Yo creo que las reacciones violentas de las clases oprimidas no son sino una consecuencia justa de la dureza y de la arbitrariedad de los poderosos. Para evitar los cataclismos sociales, hay que procurar que el desequilibrio entre los grupos sea cada vez menos sensible. Nosotros estamos aquí muy felices saboreando nuestro whisky y nuestras aceitunas. ¿Qué están haciendo a esta hora los pobres habitantes de Chapellín, aquí arriba no más?

–No siga, don Luis –interrumpió Alfonso Ribera–. A usted le picó también la mosca del comunismo. Esos negros del carajo lo más que pueden estar pensando es ver a quién fuñen.

–Sí señor, Alfonso. En eso están pensando. En eso tienen que pensar, y con sobra de razón. Y somos usted y yo y toda nuestra clase indiferente y dura quienes les obligamos a pensar y a sentir así.

–¡Mozo traiga otra ronda! –interrumpió don Loreto, y luego dirigiéndose a los amigos díjoles: –Dejemos a los negros y a los comunistas que piensen lo que les dé la gana. Vivamos tranquilos nuestra hora. ¿Cómo están los papeles de la Electricidad, don Atanasio?

–Muy difíciles. Eso vale más que el oro.

Mientras los señores se engolfaban en sus graves problemas de componer la sociedad dañada por las nuevas libertades, las damas se dedicaban a murmurar y a fisgonear.

–Mira, Lourdes, ¿aquella que está en el otro extremo no es la mujer de Blas Labapié?

Doña Lourdes volvió la mirada hacia el lejano rincón señalado por Soledad, y puso sus ojos sobre una pareja divertida en sorber una larga bebida a través de las amarillentas pajillas.

–Sí, es Titina. ¡Qué bien está! Pasan los años y se conserva como una uva. ¿Con quién se acompaña?

–Pues ese es el tipo que dicen que la está cortejando a ciencia y paciencia del infeliz marido.

–¿Es rico?

–No, no es rico. Es un simple diplomático. Parece que a ambos se les han ido los humos a la cabeza y el marido se siente feliz de verse metido en círculos diplomáticos.

–¡Qué estúpida! ¡Por tan poca cosa cuernos!

–¡Ah Lourdes, peor me parece esa moda de cambiar de marido y mujer entre sí los nuevos matrimonios. Esto está perdido. ¡Cómo se hubiera muerto mamá de ver esto! Ayer supe lo de Eliseo Arrubia y Nemesio Echandía. ¡Qué barbaridad! Hasta van a las fiestas con las mujeres cambiadas.

–Mira, Soledad, eso es verdaderamente escandaloso, pero hay un escándalo mayor, y que nadie remedia. Tú y yo, con todos nuestros puntos y con la autoridad que nos da nuestro modo de ser, seguimos tratando a esas sinvergüenzas. Nosotras no tenemos derecho a criticar. ¿Recuerdas que aquí mismo hubo un gran escándalo hace unos ochos años y alguna gente hasta vendió las acciones del Club?

–Sí, recuerdo eso.

–Pues mira allá –y le señaló con los ojos un sitio no muy distante– al caballero que se disfrazó con bragas untadas de mostaza, y a su lado tienes nada menos que a la tipa que se presentó borracha en pantaletas. Nada, niña, no hay sanción y una tiene que aguantarse esto.

–Yo sé que aquí viene mucha mujer y mucho hombre que debieran estar en otra parte –dijo en tono de resignada indiferencia doña Ignacia– pero qué se va a hacer, ya una tiene comprada su acción y el sitio es maravilloso. Y pienso yo, además, ¿cuando una entra en la Iglesia, no se arrodilla al lado de la cocinera? ¡Qué más da! Dejemos correr el mundo, para que lo compongan los de atrás. Conformémonos con no perdernos nosotras.

IV

El día más feliz de la vida de Alfonso Ribera fue aquel en que su hijo Vicente Alejo recibió el grado de doctor. No había cumplido veintidós años el muchacho, y ya lo veía con toga y birrete, encaramado en la tribuna de Santo Tomás. La toga estuvo suprimida por muchos años del ceremonial universitario. Se le creyó símbolo de cosas viejas. Alguien, en fecha reciente, resolvió restaurarla; pero, lejos de pensar en la vieja toga al estilo salmantino, que vistieron Roscio, Cristóbal Mendoza y Vargas, se implantó la misma toga de Columbia University. Todo un símbolo en la tragedia de los nuevos tiempos. Nunca pareció a Alfonso más apuesto y galán su primogénito, como al mirarlo subir al viejo púlpito dorado, que servía de tribuna en el Paraninfo de la Universidad de Caracas. Y si Alfonso Ribera hubiera sabido que en aquel mismo púlpito fue leída la solemne proclamación de la independencia de la República, más holgara en el fondo de su espíritu turbado por tantas emociones.

El Paraninfo estaba lleno de la más selecta concurrencia. ¿Cuántas amistades no reunían los Riberas en torno suyo? Bastaba recordar la gente que había asistido a las recientes bodas de las hijas de Alfonso y de Soledad y a las bodas, también recientes, de las Gefahr. Todo lo más granado de Caracas había llenado la hermosa mansión y los anchos jardines de la quinta "Solitere", que Alfonso se había hecho construir en Campo Alegre. También el Paraninfo se miraba colmo de asistencia. La gente universitaria hablaba con calor de la tesis del graduando: "Apoyos endocrínicos de la osteosíntesis", en la cual el nuevo médico mostraba sus vastos conocimientos de osteología, endocrinología y traumatología, por donde ganaba autoridad en la especialidad a que se abocaba.

En la tribuna universitaria, Vicente Alejo Ribera fue sobrio, elegante, preciso. Huyó el tema estrictamente científico, para referirse a la función humana del médico y al valor social de la especialidad escogida. En preciosas figuras retóricas y filosóficas se refirió al esqueleto, no sólo como andamiaje de los músculos y de las vísceras, sino como agente hemático y como fuste donde finca la fuerza del hombre de trabajo. En una síntesis fácil y elegante, comparó la función del esqueleto con la propia función del pueblo trabajador, cuya potencia y aguante son estribo para el desarrollo y el crecimiento de las naciones. Al sociológo, al político y al filosófo, según su juicio, corresponde en el área de la sociedad lo que al traumatólogo compete en el orden físico del individuo. Como el osteólogo tiene por primera finalidad de su arte buscar la rectitud y la soltura de los miembros donde se apoya la individualidad fisiológica, los otros propenden, también, a defender y a conservar la integridad y el desenvolvimiento espiritual y moral del hombre, que camina hacia la libertad, hacia la justicia y hacia el amor. El mundo moderno –explicó– reclama que sea realidad fecunda el equilibrio entre la desdeñosa posición anti-fisiológica de Kierkegaard y la actitud contraria, sostenida por los naturalistas empeñados en subordinar la ética a meras fórmulas estadísticas.

Nutridos aplausos saludaron la pieza oratoria del nuevo doctor y abrazos calurosos del claustro fueron la primera recompensa recibida por el doctor Ribera Solórzano. Alfonso y Soledad no cabían en el puesto que ocupaban tras el barandal que separaba el estado académico de los asientos reservados al público. A Soledad le parecía que no llegaba la hora de tomar la medalla de oro pendiente del cuello del hijo, para lucirla sobre los encendidos brillantes del rico aderezo. ¿Qué mejor joya para ella que el grado y el brillo del primogénito?

Champaña, jerez, vermut, whisky, tisanas finísimas; bocas, desde los tibios tequeños y los delicados cazabitos del obispo hasta los canapés de caviar y de *foie gras;* ensaladas, galantinas, quesillos, tartas, ¿de qué no había aquella tarde donde los Riberas? Alfonso y Soledad habían resuelto echar la casa por la ventana y para no sentirse solos en su inmenso júbilo, corrían los licores y sonaba la música de varias orquestas.

–Tu discurso tiene un profundo sentido social, Vicente –decíale el escritor Andrés Guía–. Has debido estudiar Ciencias Políticas.

–¿Y no crees tú que la Medicina sea algo más que recetar y ver enfermos montados en una cama? La Medicina no sólo busca desorientar a la muerte en beneficio de la alegría del hombre; la Medicina no se limita a la mera consideración del caso que justifique una nota de honorarios, como piensan muchos; la Medicina es la versión biológica de la ética y de la Religión. La fe en la filosofía perenne le es tan esencial como si se tratase de cualquier disciplina especulativa. Así me lo hizo sentir mi abuelo, justamente cuando yo pensaba estudiar Derecho.

–Pues se te ve el muñón del jurista y del sociólogo que no desarrolló profesionalmente. Me ha encantado escucharte –agregó Guía–. Tú ayudarás a dar sentido social a nuestro mundo venezolano, tan desprovisto de corrientes de espiritualidad. Me recuerdas un poco a Pulido Méndez. Más que para médico, la vocación de éste era para filosófo y para teólogo, y por eso, cuando ahonda un problema de mera Medicina, da con Dios fácilmente y encuentra tras la trama de los tejidos anatómicos la huella del espíritu.

Mas la fiesta no era para hablar del grado, sino para celebrarlo en forma digna. Las parejas jóvenes bailaban; las señoras de cierta edad picaban chucherías y hablaban de la hermosura de la casa, del lujo del amueblado, de los ricos tapetes, de los óleos, de las porcelanas, de los bronces; las personas mayores hacían sus chistes y murmuraban a costa de los demás. Todo brillaba y deslumbraba en la suntuosa mansión de Alfonso Ribera.

Las hermanas de Vicente Alejo tenían, una, dos y otra, un año de casadas. El matrimonio de las chicas representaba una oposición de circunstancias: Solita, la mayor, había casado con Roberto Duque, joven perteneciente al más rancio mantuanaje caraqueño, pero de escasos recursos económicos; Teresita había sido desposada por Tonino Mazzoni, hijo de modestos inmigrantes, que habían sabido hacer dinero en negocios de construcción. La una se casó por el falso relieve del apellido Duque; la otra, para dar, en cambio, billete social al hijo de los

inmigrantes. También estaban de recién casadas las primas Gefahr. Estas, a pesar de las institutrices europeas en que se descargó la madre, habían recibido una educación más ligera que las Riberas. Menos de su casa, se acostumbraron a los deportes del club, natación, tenis, golf, equitación. Casadas ya, era menor el tiempo pasado en la casa que el gastado en sus ejercicios preferidos, esto cuando no asistían con los maridos a juegos de *reummy* y *bacarat* en casas amigas, donde, entre risas y copas, pasaban las veladas. No llegaban a tres años de casadas y ya se les motejaba de liviandad. La misma tarde del grado de Vicente Alejo, Lizzy, la mayor, parecía hacer alarde del escote indiscreto. Era, en realidad, graciosa la muchacha y su cuerpo espigado y frágil tenía la diabólica virtud de atraer las solícitas miradas de los hombres. Ella lo sabía al seguro, y cuando conversaba en un reducido y alegre grupo de caballeros y de damas jóvenes hurtaba el cuerpo a los asientos, para que fuese mayor la incitación de su cimbreña cintura.

–¿Y tu vida, Lizzy? ¿Dónde has estado en estos meses? –preguntóle Rafaelito Torres.

–Hace apenas dos semanas que regresé de Nueva York. Fui a pasar una temporada con mi suegra, mientras mi marido termina unas exploraciones por el Estado Bolívar. Pero no resistí el ambiente de la familia de Jimmy. Alguien me había dicho que nada es tan aburrido como un marido católico, que practique a cabalidad la religión; pues yo creo que nada es peor que una suegra puritana. A los puritanos ha debido cortárseles la cabeza. ¡Qué gente tan fastidiosa! Mi suegra quería tenerme encerrada rezando, y me le vine. No sé cuándo salga del monte el catire.

–¡Qué graciosa eres siempre, Lizzy! –dijo entre risas Rafaelito Torres¿Y no vas al Country?

–No faltaba más. Todos los días voy a montar.

–¿Irás mañana?

–Claro, chico. Si quieres acompañarme, me vendría de perlas.

-*All right.* ¿A las ocho?

-Sí. A las ocho.

Pero si tenía gracia y desenvoltura en la palabra, mayor era la gracia que le saltaba del cuerpo maravilloso e inquieto como un fino azor.

El entusiasmo era inmenso. La gente hablaba, bailaba, bebía, reía, comía. Nadie pensaba en la hora. Apenas Soledad miraba con inquietud el lerdo reloj. "¿Por qué camina con tanta lentitud el reloj?", se preguntaba Soledad. ¡Cómo caminan de lentas las muestras del tiempo cuando urge que lleguen las cosas! ¡Cómo son de torpes los relojes y los almanaques para dar en el día y en el momento esperado por quienes todo lo han confiado a futuro! ¡Qué lento, qué reposado, qué formal es el tiempo para quienes viven de la esperanza! Cuando se aproximaron las nueve, Soledad no pudo más ante la inmovilidad de la concurrencia y buscó a su hijo para susurrarle al oído:

-Vicente, salgamos discretamente por la puerta de atrás. Ya es tarde y no quiero que pase el día sin que papá te abrace con tu medalla de doctor. Para el pobre, éste será un gusto sin tamaño.

V

La nueva política desarrollada por el Gobierno agradaba poco a Alfonso Ribera y a la gente de su clase. Las libertades iniciadas en el período anterior se habían consolidado aún más y en breve comenzó el juego de los partidos políticos. En la prensa se discutían con entera libertad problemas cónsonos con la gravedad del momento vivido por el mundo. La guerra estaba en su apogeo de terror y en Caracas se seguían con emoción de vecindad las líneas de fuego, las peripecias de los Gabinetes y las angustias de las calles del mundo. La causa de los aliados gozaba de una popularidad extraordinaria en el país. Se creía que Inglaterra y Estados Unidos representaban una sincera posición democrática frente al terror nazi, y cuando se vio a aquellas grandes potencias aliadas con la Rusia comunista, se tomó el hecho como una realidad encaminada a destruir el espantoso riesgo de barbarie que las cámaras letales del hitlerismo representaban para el mundo. Hasta Ministros godos y de uña en el rabo, como Gustavo Herrera y Caracciolo Parra Pérez oyeron la voz insinuante del Departamento de Estado y autorizaron en función de fatal gravedad la idea de un acercamiento diplomático con una Rusia, presentada por los norteamericanos como aliada de los países libres.

Los cuadros de la oligarquía tradicional, si bien destacaban elementos suyos para influir en el ánimo del nuevo Presidente, en el fondo miraban con desagrado la amplia política de libertad y de justicia llevada adelante por el Gobierno. Que se crearan impuestos sobre el capital y que se hiciera obligatorio el seguro de los trabajadores, era algo aún más grave que las garantías dadas al obrero y que las restricciones a que había sido sometida la banca durante el régimen anterior. Alfonso Ribera conceptuaba todas estas medidas de carácter social como inspiradas por el

comunismo, y fundamentalmente vio como un atentado a la moral las reformas del Código Civil, encaminadas a facilitar la investigación de la paternidad y a dar participación a los bastardos en la herencia paterna.

–Esto es una barbaridad. ¿Qué dices tú, Alfredo? –preguntaba Alfonso Ribera a Alfredo Urbina, presente aquella noche en la tertulia familiar.

Alfredo Urbina Ledesma era abogado con gran fama entre su numerosa clientela. Nativo de un pueblo de Guárico, se había trasladado desde muy joven a la capital, bien pensionado por su padre, don Aniceto Urbina, rico ganadero y hombre de grandes empresas. Al graduarse, se residenció en Caracas, donde, por su inteligencia y finas dotes, se hizo notar de la gente de calidad. A poco Urbina había desposado a una muchacha de alta sociedad. Los apellidos Urbina y Ledesma tenían magníficos antecedentes y muchas raíces en la región de donde era oriundo Alfredo. Los contemporáneos sólo veían una masa de Ledesmas e ignoraban por tanto que en 1875 un movimiento gubernamental promovió la legalización de los concubinatos. El abuelo de Alfredo, don Ignacio Ledesma, fue obligado por el Jefe Civil a casarse con la querida. A poco, en la escuela se hizo visible el cambio de apellidos de las dos hijas: Jacinta y Teotiste Pérez, que así se llamaban las chicas, pasaron a ser Jacinta y Teotiste Ledesma. Como el viejo Ledesma era hombre acomodado, dio calidad a las ex bastardas y éstas lograron casarse muy bien. Una de ellas era la madre de Alfredo Urbina.

Lamentablemente, Alfredo ignoraba estas incidencias familiares, y en respuesta a la pregunta de Alfonso Ribera, le fue fácil decir:

–Yo no soy partidario de esa reforma. En el área social existe una jerarquía de valores, producida por la propia naturaleza histórica de las cosas. El matrimonio, sin que siquiera se mire al sacramento, es la piedra angular de la sociedad civil, y estas reformas derogan su esencia institucional.

–Usted me perdona, doctor –intervino Vicente Alejo–. Yo no soy abogado, pero me han preocupado siempre los problemas sociales. Estoy con su tesis acerca del carácter fundamental del matrimonio. Pero, por encima del matrimonio y en razón de él mismo, hay un orden de justicia que la sociedad quebranta al relegar los hijos naturales a un área de inferioridad moral y económica. Ya por sí solo el hecho de mirarse el bastardo en un plano humillado, le abona el terreno de los complejos y fomenta en su ánimo el resentimiento hacia la sociedad. Si el bastardo es un resentido, el orden social es responsable de tal actitud. ¿No cree usted que, aun por interés de propia defensa, la sociedad debe buscar la manera de que se absuelvan los complejos de los bastardos? Al levantar el nivel del hijo natural, la sociedad gana con la alegría de aquél; en cambio, doctor, cuán pocos son los bastardos que superan con inteligencia el complejo con que vinieron al mundo. Todos los que triunfan no son Marcos Fidel Suárez ni Zoila Martínez de Castro. Si ellos pueden ser así, nosotros debemos adelantarnos a abrirles las vías por donde el aire fresco vaya a alentarles el espíritu. Hemos de saber que el bastardo nació bastardo porque así le engendró el padre y así lo concibió la madre. Lo de que los hijos sufren la dentera de las uvas verdes comidas por los padres, es sentencia que reclama ser considerada por el reverso. Bien estuvo eso cuando la relación entre padre e hijo fue mirada de arriba hacia abajo; es decir, cuando el hijo se consideró un apéndice del padre y estuvo expuesto a que éste lícitamente se lo comiera, cuando la ciudad estaba sitiada. La justicia reclama una posición distinta. El padre está con el hijo en relación de anterioridad y de creación. El padre no es el escultor que puede deshacerse de su estatua. A la estatua, por el contrario, queda unido en actitud de subordinación permanente el destino de su propio creador. El padre es para el hijo como ayer fue para el presente, y el presente vale por su poder de ser futuro. Yo considero justa toda reforma encaminada a levantar el valor moral y la capacidad económica del hijo llamado ilegítimo. ¿No cree usted, doctor, que son los padres y no los hijos quienes se situaron fuera de la ley? ¿Por qué el hijo ha de pagar en minoridad reparable las faltas que el padre cometió? Yo considero justa la reforma, y aún más: creo que los bastardos debieran heredar en mayor proporción que los legítimos, quienes, a más de la holgura económica de que gozaron en el hogar paterno; ya recibieron el beneficio de la calidad con que crecieron y se movieron

dentro de la sociedad. ¿Es justo que haya niños que no sepan quiénes son su padre o su madre y que vivan a merced de lo que les digan quienes los recogieron en algún zaguán?

–Eso era antes, hijo –agregó Soledad–. Eso ya no ocurre en estos tiempos de mayor moralidad; yo nunca he oído hablar de niños expósitos en esta época.

–Pues de lo contrario, mamá, el expósito representaba un mínimo de humanidad. La mujer, al menos, se sentía impulsada a dejar que el hijo se le desarrollara en el vientre. Hoy no hay expósitos, porque si los niños furtivos llegan al término, se les estrangula. Cuando el contraceptivo no da resultado, se recurre al aborto. ¿Has visto crimen mayor? El expósito, en cambio, testimoniaba el rubor tardío de una mujer que se creyó en falta con la sociedad. Ese rubor se destiñe hoy por otros medios, antes de que salte al rostro. Una dama de sociedad con un hijo sin padre en los brazos, tiene más derecho a los respetos sociales que esas hipócritas damiselas que interrumpen la vida del hijo con el consejo y el apoyo de sus empingorotados papás y con la ayuda de médicos criminales. Es preferible abandonar un hijo en una inclusa a echarlo por el inodoro. Cuántas pseudodoncellas deben, en realidad, su aparente salud social a los inodoros, como cualquier persona que sufra de estreñimiento. Y eso lo acepta, tolera y aprueba la llamada buena sociedad. De esos polvos vienen los lodos en que se atasca todo nuestro progreso general. Hay que moralizar las bases de la familia, para que haya moralidad colectiva.

–Hijo, no hables tales disparates –arguyó con ceño duro Alfonso Ribera–. Me duele comprobar que sí es cierto lo que de ti dicen quienes te han oído hablar de política. Esas ideas las has tomado de tus amistades izquierdistas. Estás perdiendo hasta la fe en la Religión.

–No, papá, no te alarmes. Te han dicho tonterías. Mi fe religiosa es cada vez más robusta, y por tener tan clara y firme mi confianza en el orden divino, más busco acercarme a las prácticas de la justicia. Es preciso mejorar a la sociedad mejorando a sus miembros. "Por donde quiera que camines tropezarás con la injusticia", me decía el abuelo. ¡Ah, cómo le dolía al viejo no poder ayudar al país! Cuando hablaba desde su

invalidez, yo creía oír en él la voz de Venezuela misma, amarrada y maniatada a sus vicios profundos. Hoy se goza en el país de libertad de expresión y a nadie se persigue y castiga por sus ideas políticas, como ocurría antes; pero Venezuela no se ha liberado aún del morbo que la enferma. Venezuela padece un trauma espantoso que le viene de atrás. La situación del pueblo de Venezuela me atrevería a compararla con la de un hijo a quien se hayan negado sus derechos a crecer y a investigar su paternidad. Nuestro pueblo ha vivido como si padres injustos, entregados a la concupiscencia pecaminosa, le hubiesen negado su autenticidad. Si fácilmente liquidamos el valor de la estirpe en la formación de la oligarquía, lo hemos sustituido por el peso absurdo del dinero hecho en cualquier forma. No nos gobiernan señoritos con sólo títulos de sangre, pero nos dirige una absurda y falsa jerarquía asentada en la riqueza. Al pueblo precisa ilustrarlo, para que pueda imponerse la inteligencia y la cultura como la sola jerarquía lógica. Venezuela, papá, es como una familia sin ley ni sentido, que a veces repudiase su apellido y a veces tomase apellidos que no le corresponden; eso, cuando no se mira traicionada, burlada, vendida y violada por quienes debieran cuidarla y defenderla. En Venezuela, al pan se llama vino y al vino pan. Alguien dijo que entre nosotros nadie está en su puesto, y eso es tremendamente cierto. Sin pies ni cabeza, sin sanción moral, sin justicia pública, hemos sido como un hombre que tuviese los huesos dislocados. Gracias a Dios, hoy tenemos posibilidades de enderezar las viejas quebraduras.

–No hables como loco, Vicente. Piensa lo que dices y no ofendas al pueblo y no te expongas a que te llamen comunista –díjole con voz áspera el padre.

–Papá, si tú me sales, también, con lo del comunismo me callaré definitivamente. Tú sabes quién soy yo y no tienes derecho a repetir las sandeces de hombres cavernícolas que, motejando de comunismo a gente honrada, que profesa ideas profundamente católicas, terminan por favorecer al propio comunismo. Tú sabes que yo cometo apenas el pecado de soñar con que en Venezuela florezca la justicia. Si la llamada gente de orden a todo aquel que habla de justicia social lo tilda de comunista, terminará por obligar al pueblo a que crea que los comunistas

son sus verdaderos aliados. ¿No te das cuenta de que con esa confusión ustedes ayudan a que se disimulen los verdaderos agitadores comunistas?

Vicente Alejo, sin mostrar enfado alguno, pidió permiso para separarse, y cuando se alejaba, Alfonso díjole con voz alegre:

–Mira, Vicente; debes procurar que el perro al que le des tu jamón y tu pan no te muerda la mano.

–Despreocúpate, viejo. Prefiero en todo caso ser mordido por aquel a quien sirvo en justicia que saberme cómplice de los hombres que practican la injusticia.

Ya solos, el doctor Urbina se dirigió a Alfonso:

–Los jóvenes se están dejando llevar por muchas novedades. Volviendo al caso de los hijos naturales, le diré, don Alfonso, que eso es una barbaridad. Van a acabar con la familia. ¡Cómo están arruinando la moral del país! Es necesario que resurja el principio de autoridad que relajó López Contreras, y que volvamos a tener una mano fuerte, que evite tanto desafuero. La literatura en política es una necedad. El hombre ha de ser práctico. Mientras en Venezuela hay mítines y vagabunderías de ese tipo estaremos fuñidos.

–Eso lo digo yo todos los días. Se necesita una mano dura que apriete tanta clavija floja. Gracias a Dios que los fulanos demócratas están peleándose entre ellos. Por ahí volveremos.

VI

Los frecuentes choques sufridos en el seno de su familia, por nada agriaban el carácter de Vicente Alejo, ni lo llevaban jamás a la palabra áspera, en la cual el padre pudiera hallar un irrespeto. Vicente Alejo era el hijo más considerado y más solícito con sus padres. A la dulce madre, la mimaba como a una niña; al padre, le hacía sentir siempre el caudal de su inmenso afecto y la alegría de su indeclinable optimismo. Vicente Alejo era fundamentalmente un hombre alegre, que buscaba extrovertirse en la comunicación social.

Más que el Country Club, a él le gustaba el Club Paraíso, por reunirse allí gente más joven y ser más frecuentes los eventos sociales. Movíalo, también, para esta preferencia el hecho de que sus amigos inmediatos eran socios del segundo de dichos centros sociales. Risueño, festivo, de carácter franco y entusiasta, Vicente Alejo sabía mantenerse en un plano de seriedad, que contrastaba con el espíritu jacarandoso de la gente de su edad. En medio del regocijo de las fiestas, mientras los demás se embriagaban y llegaban a los niveles del escándalo, Vicente Alejo conservaba su alegría en límites prudentes. Pese a que su rostro distaba mucho de la aspereza que distinguía al padre, sus compañeros lo llamaban en chota "el andino". Jamás se ofendió por el cariñoso remoquete que le daban sus amigos. Se sabía hijo de un hombre oriundo de los Andes y, aun sin conocer la tierra natal, de la cual su padre faltaba hacía casi veinticinco años, él sentía respeto por la región de sus mayores, respeto tanto más plausible cuanto que escuchaba comentar a su propio padre, como quien relata una verdadera hazaña, el hecho de no haber vuelto jamás de visita a la ciudad donde vio la luz de la vida. Las profundas raíces nacionalistas prendidas en su ánimo al amor de las

palabras del abuelo Alejo, le habían hecho sentir la totalidad angustiosa y creadora de la Patria. Testimonio de la paradoja venezolana, Vicente Alejo recogía a través de los ojos ciegos del abuelo caraqueño el perfil lejano que se había desdibujado de la mirada del padre provinciano. En el viejo Solórzano había una sedimentación de historia nacional. Alfonso Ribera era el advenedizo que para ganar puntos de caraqueño creía necesario hacerse perdonar su oriundez andina.

–La reforma ha podido ser mucho mejor –sostenía el doctor Fidel Zoni en rueda formada alrededor de una mesa del Club Paraíso.

Se comentaba la reciente reforma de la legislación petrolera, sometida por el Gobierno a la aprobación del Congreso, extraordinariamente convocado al efecto. Al grupo, que reunía a personas de distintas tendencias políticas, se había agregado casualmente Vicente Alejo Ribera, quien aún no había dado su nombre a ninguna de las colectividades políticas que informaban la opinión pública.

–Sí, ha podido ser mejor –rearguyó Luis Sanmiguel– todo puede ser mejor, pero como principio es inobjetable. Se han convalidado viejas concesiones, es cierto, pero la esencia del sistema petrolero varió definitivamente. A más del cánon que pagarán las compañías, se superó el régimen de las exoneraciones aduaneras y se someten las utilidades de las compañías a las cargas creadas por la reciente ley de impuesto sobre la renta. No olvides que no se hizo Roma en un día y piensa que tampoco en la hora actual puede Venezuela enfrentarse como debe al monstruo petrolero. Eso vendrá, querido. Es preciso juzgar las cosas con serenidad y no a la lumbre enfermiza de la pasión política. La carrera, la precipitación, el afán de conseguirlo todo de una vez, ha constituido uno de los grandes males venezolanos. Es necesario caminar poco a poco para llegar sin cansancio. Los hombres que se precipitan, se frustran en la vida pública. Venezuela, por el afán que han tenido sus hombres de llegar antes, ha parado en lo que es. Este es un país frustrado. Sin esperar la madurez del fruto, los hombres se empeñan en recoger precipitadamente la cosecha, valiéndose para ello de los medios que le vengan a mano, así para adquirirlos enajenan su propio decoro. "Es preciso no dejar que la hora pase", se ha dicho para justificar la dolosa complicidad

con los señores de la hora. La gente los miró como personas de fino trascendido y rápida visión para las cosas, sin hacer cata de que la pseudo-habilidad de Fulano y la fingida inteligencia de Zutano no son sino prueba elocuente de una desesperante desconfianza en el propio destino. Hijos de la hora, muestran una conciencia de inseguridad y una falta del sentido de perseverancia y de tesón, que sirve de estribera a la verdadera personalidad. Pusieron mano en una fortuna ambigua, asaltaron una encumbrada posición política, por donde aseguraron la holganza y el placer barato; en cambio, se frustraron como hombres. Bien vestidos, bien comidos, bien bebidos, bien amancebados, empero quedaron como sombras inválidas, ocupando en el orden de la República el sitio que debieran llenar hombres cabales.

–En mucho tienes razón, y estoy de acuerdo en lo que dices respecto a la precipitación con que entre nosotros los hombres se lanzan en el mar de la política, pero no me negarás que la reforma fue viciada por malos consejeros, que no dejaron que se viera el fondo de la operación y que pareciera que estuviesen más interesados en defender a las compañías que a la Nación –agregó con voz sentenciosa y gesto retrechero Jesusito Pérez, periodista enemigo del régimen–. El Gobierno escuchó a mucho muérgano.

–Pero con los muérganos había también abogados y políticos de limpia reputación. Una golondrina no hace verano –interrumpió Sanmiguel.

–No hace verano, pero echa su cagadita –respondió en tono festivo Fidel Zoni.

–Pero el caso, querido Fidel –continuó Sanmiguel– es que la República dio un gran paso y la administración probó interés patriótico. Dentro de poco las rentas públicas se triplicarán y el Gobierno podrá emprender obras mucho más ambiciosas que las acutales, si bien comenzadas con entusiasmo, en cambio afectadas por las dificultades del material importado. En Venezuela hoy cuesta conseguir hasta alambre de púas. Los metales son material de guerra.

–Eso es cierto –agregó Vicente Alejo–. Ha sido necesario vencer enormes dificultades para conseguir el material y la maquinaria para las

obras públicas, pero lo que el país necesita no son máquinas para mover tierra, sino aire que ventile los espíritus y fuerza para nutrir las voiuntades de los hombres. La osamenta de la nación sufre horribles carencias y con la nueva inyección de dólares que recibirá el Erario se abren, también, las puertas de los vicios.

–Cualquiera creería que eres un pobrete –interrumpió Zoni.

–Soy apenas el hijo de un hombre rico, que no puedo dar gracias a Dios de haber nacido pobre de haber conocido la miseria antes de gozar la abundancia; pero aspiro a no ser simplemente un afortunado heredero. Tengo una profesión y trabajo como si no tuviera nada. Mi palabra posee, en cambio, el mérito de no reflejar complejos de resentido. Cuando critico al país y a la sociedad, lo hago desde la abundancia y los cogollos. Más difícil la experiencia, pero más veraz. Nuestros males no son de hoy, ni del ayer inmediato. Este país desafortunado sufre las consecuencias de la traición de los que se dijeron sus hombres mejores. Hubo una época en que Venezuela habló con voz entera y en que toda América oyó su palabra rectora. Los hombres parece que hubieran olvidado la función de la palabra, y así haya hoy libertad de prensa, subsiste el temor a decir muchas cosas. ¿Dónde y cuándo se cortó el diálogo fecundo de los hombres? Sería difícil precisar el momento, para ver de empatar la hebra del interrumpido discurso; pero yo creo, y lo digo desde mi posición de heredero de un hombre rico, que mientras más dinero afluya al país mayor será el peligro que amenaza a nuestro endeble destino público. "Los hijos de la fortuna no son dueños de su suerte, porque esta prostituta mal intencionada los concibe del viento a media noche y los pone en cuna de oro, sin que ellos sepan ni cómo ni cuándo" –dijo Vicente, mientras leía un apunte tomado de su cartera de bolsillo–. Esto lo acabo de copiar del "Buscapié", de Montalvo, que a la suerte abrí en la biblioteca antes de ver a ustedes. No somos dueños de nuestra suerte por culpa de la abundancia. Hemos perdido la conciencia moral, que nos permitiera resistir la natural y obligada transformación que prepara la técnica.

–¿Entonces tú no estás de acuerdo con el avance que la administración está imprimiendo a la nación? –preguntó Sanmiguel.

–Te he dicho que yo no llamo progreso al mero desarrollo material del país. Creo en la técnica y admiro y bendigo sus continuos adelantos. Pero, desgraciadamente, la técnica no nos pone aún en la posesión de instrumentos con los cuales podamos transformar el mundo a favor del hombre, según debiera ser su auténtica misión. La técnica está conduciendo, por el contrario, a un apocamiento de la parte moral y sustantiva de los hombres. Ustedes podrán llamarme romántico e iluso, pero no creo que el progreso material haga por sí solo grandes a los pueblos. A los pueblos los forman los hombres. Ante todo y sobre todo creo en la eficacia de aquellos adelantos que conducen a hacer que el hombre sienta la plenitud de su función de vértice de la historia humana. A Estados Unidos no lo engrandecen los rascacielos de sus ciudades, sino la plenitud humana que sienten y gozan sus ciudadanos. Antes de hablar ustedes de la reforma petrolera, elogiaban con gran entusiasmo la reurbanización de "El Silencio". Es, en realidad, una obra audaz de arquitectura, de donde arrancará la nueva Caracas. Pero ¿han pensado ustedes en el valor simbólico que tiene la destrucción de la antigua área de prostíbulos de "El Silencio"? Han sido derrumbadas las buhardillas funestas, como anuncio, también, de la necesidad de destruir el espíritu del vicio. Todos queremos que se arrase con los lenocinios, pero no sólo en el campo material, sino en el campo moral. ¿Qué significaría para el porvenir del país la destrucción de unas casas feas y ruinosas, destinadas a mercado del vicio, si luego se construyen palacios, quintas, hoteles, apartamientos, donde la prostitución moral de hombres y de mujeres pueda tener sitios espléndidos? Nuestro progreso de pueblo no es labor de obras públicas. Nuestro progreso de nación reclama primeramente la atención integral del hombre: pan, jabón y luces; agricultura, sanidad y educación son nuestras primeras necesidades y, aunque pocos se esfuercen por la justicia, yo, médico, he de proclamar una vez más lo que siempre decía el abuelo Alejo: "Venezuela está urgida de jueces". Jueces que impartan justicia, jueces ante cuyas togas cedan las ínfulas y las insolencias de los hombres que han pretendido hacer de su voluntad ley. Venezuela ha sufrido una carencia profunda de jueces. El país reclama conciencias que impartan justicia, sin temor a los otros magistrados. La hora es propicia para que las togas severas de los jueces ocupen el sitio hasta ayer reservado a las capas de los hombres fuertes. ¡Ah, si hubieran visto ustedes al abuelo un año o dos antes de la muerte del General

Gómez! Tendría yo trece o catorce años, cuando llegué a la casa en momentos en que le leían un discurso de no recuerdo qué Ministro de la Corte Federal, quien, con palabras hueras y altisonantes, hacía el elogio de los puntos ganados por la justicia en Venezuela al amparo del brazo del Caudillo. Jamás el viejo usaba palabras groseras en sus frecuentes rabietas; pero ese día no pudo frenar la lengua y con furia inusitada decía: "Hijo de puta, cretino que sancionas con tu palabra de juez los crímenes de los carceleros y las persecuciones contra los hombres libres. ¿Justicia? Sí la hay, y de mucha igualdad, cuando tú ocupas el lugar de los jueces, en un país de salvajes que acabaron con la justicia". A ustedes sorprende oírme hablar en tono distinto al que suelen usar los médicos, pero yo tuve otra Universidad en las palabras del abuelo Alejo. El viejo sufrió mucho en su invalidez y el hecho de no poder hacer nada le aguzó el sentimiento y la visión de las cosas. Yo hubiera sido por vocación abogado, pero fue él quien se empeñó en que fuera médico. "Así sirves mejor al prójimo –me decía–. Venezuela es un país donde parece que no hubiera prójimos. Cada quien vive solo, olvidado de los demás y, lo que es peor, olvidado de sí mismo". El, que era viejo, me pintaba el cuadro espantoso de los desmemoriados, con una riqueza tremenda de detalles. Con fino sentido me hacía ver la diferencia entre modificar un juicio y una actitud para ganar una dimensión mejor, y olvidar la conducta y los compromisos anteriores, al empuje de un interés pagado por el orden nuevo. Lo que en parte estamos viendo hoy, porque muchos de estos entusiastas demócratas que rodean al Gobierno no son sino impenitentes gomecistas vestidos de liberales. Los políticos no han de ser estatuas de sal con rostro al pasado; pero tampoco pueden echar al olvido, sin una explicación honesta y desinteresada, lo que dijeron o hicieron ayer. ¡Qué de cosas me contó el abuelo de gente que está vivita y coleando y que a su tiempo negó los favores recibidos de Castro para pasarse a Gómez! "En realidad, no es que se pasan; es que se quedan en el mismo sitio de aduladores, como los gatos que permanecen en las casas así se alejen los señores de turno", decía el abuelo. El viejo guardaba muchos papeles y una vez me hizo registrar los armarios para que leyese las alabanzas dirigidas a Castro por un notable político ensañado después en destruir la memoria del Cabito, para complacer a Gómez. "Eso no es rectificar, Yicente –me decía el abuelo–. La rectificación significa sacrificio, sinceridad, mejora en el orden de los principios. Eso es vender las ideas y

los sentimientos al que mejor los compre. Muchos de los entusiastas del régimen actual se olvidarán, también, de lo que hoy dicen para ganar puestos avanzados en las filas que vengan. No hay memoria para nada en Venezuela. Con facilidad de espanto se olvida todo; en cambio, la generosa voluntad de enmendar, los empecinados la motejan de veleidad e inconsecuencia. De Castro a Gómez se pasaron los hombres en mera función de medro. No se midieron propósitos, ni se pesaron ideas. De Gómez a López muchos siguieron en función de provecho; otros, en cambio, procuraron ventilar el espíritu al impulso del aire del progeso político. Sobre lo personal, se puso de presente un propósito de libertad, de dignidad, de humanidad. Servir estas ideas es mejorar, es ganar, es avanzar. Se pudo haber servido a Gómez, como sirvió el propio López y como sirvió Escalante, como sirvió Medina, como sirvió Parra Pérez, por ejemplo, y estar hoy en un plano de avance democrático. Eso es ir hacia adelante. Allá los que añoren los grillos y los planazos". Así se expresaba el abuelo.

–¡Vicente! ¿Guá y tú por aquí a estas horas? –le intemrrupió con derramada alegría Lizzy Gefahr, al verlo tan de mañana en el Club.

Vicente se levantó y fue a saludar a la prima, quien acababa de llegar acompañada por Rafaelito Torres.

–He venido a una conferencia con varias señoras interesadas en la instalación de un centro de readaptación de niños lisiados y, en la espera de ellas, me he puesto a platicar con estos amigos. ¿Y tú, qué tal?

–Matando el tiempo, vale. Me vine a bañar en la piscina de acá. Siempre es más sola que la del Country. ¿Cómo va la tía?

–Muy bien. Ella es la más empeñada en que yo tome la dirección del planeado instituto. Tú sabes que desde que nos miró grandes, su afán son los niños. No le satisface el solo muchacho de Solita. Ella quiere niños, muchos niños. Si vieras cómo me regaña por no tener ya novia.

–Hombre, ¿y cómo van tus entusiasmos con la Nena Alzuru?

–Entusiasmos, entusiasmos de ella nada más –respondió lleno de risa Vicente.

–¡Bandido! Si es una gran mujer.

–Según el uso que quiera hacerse de ella. Para lo que yo necesitaría una mujer, tu amiga no me sirve. Y acercándose al oído de la prima, le susurró: –Se parece mucho a ti.

–¡Estúpido! –respondió, entre enfadada y sonriente, la despreocupada Lizzy.

VII

El hogar de Alfonso y Soledad Ribera era verdaderamente un hogar feliz. A los sesenta años de su edad, Alfonso Ribera se sentía vigoroso y saludable. Su mujer mantenía inmarchita la belleza de los años juveniles. La ceniza de las canas ponía una suerte de halo de dignidad sobre su graciosa cabeza. Soledad, más afortunada que la hermana Alcira, había impreso en el ánimo de sus hijas un sello de seriedad y compostura que las distinguía entre sus compañeras de generación. Las Riberas eran muchachas atildadas y serias, sin regatear lo debido al reino de la gracia y del salero, que han sido prendas de la mujer caraqueña. En su trato, en su expresión, ponían en resalto el señorío del viejo hogar que dio a Caracas el lujo de grandes damas. Los hijos eran, a la par de las hijas, dos verdaderas alhajas. Vicente Alejo, día a día, ganaba fama de excelente médico y de correcto caballero. Al atractivo de sus modales y de su físico añadía una chispeante conversación y un sentido humano y generoso de la vida. Alfonso Ignacio, silencioso, introvertido, compensaba su incomunicatividad con el brillo de sus estudios y con la pericia alcanzada en el ejercicio de su profesión de ingeniero. Animado a participar en las grandes obras proyectadas para el futuro de Caracas, había seguido el camino del tío Fabio Antonio y tomaba cursos de resistencia de materiales en una Universidad de Norteamérica. "Caracas está por hacerse", decía Alfonso Ignacio, con una fe profunda en el futuro de las grandes obras que transformarían el rostro de la ciudad. "Tú harás casas y yo curaré la salud física de los hombres. ¿A quiénes tocará, en cambio, la alta labor de coronar el espíritu de esos hombres sanos y bien abrigados?", agregaba el hermano.

Los domingos era de ley almorzar toda la familia en la suntuosa y despoblada quinta "Solitere". Algunas veces Fabio Antonio y Rosarito

iban donde los hermanos; otra vez era Carlos, empeñado en mantenerse soltero, quien les hacía compañía. El comedor de los Riberas era amplio y luminoso. El estilo de la casa, dirigida por Fabio Antonio, correspondía a la simpleza de líneas del momento arquitectónico. Ni dobles maderas, ni lujosas cortinas, ni lucidos tapices. Un ancho recinto, al cual penetraba toda la luminosidad del valle de Caracas, a través de transparentes e inmensos cristales. El *side board,* los auxiliares y la mesa de comer eran de clarísimo cristal. Un célebre diseñador italiano dio el dibujo para este raro, sencillo, suntuoso moblaje. Grandes e ingeniosos pies de cristal azulado sostenían la inmensa tabla cristalina, de quince centímetros de espesor. En la mesa, que parecía un inmenso témpano de hielo, finísimos mantelillos de encaje de Venecia hacían resaltar aún más el oro de la porcelana de la riquísima vajilla. Sobre la mesa, pendía una primorosa lámpara de cristal de Murano, cuyas incontables bujías se disimulaban, entre graciosas tulipas, formadas de hojas delicadísimas del verde más tierno. La masa de luces y el tono verdoso del tenue cristal simulaban la copa invertida de un fantástico árbol arrancado de las páginas de *Las mil y una noches.* En el índigo paño de pared, que separaba las dos puertas por donde se comunicaba el comedor con el ancho pasadizo, lucía un gran paisaje de Manuel Cabré, en el cual el Avila maravilloso semejaba la propia montaña vecina, retratada sobre fino espejo de alinde.

Sentarse a la mesa de los Riberas era participar en una escena de gruta encantada y luminosa. Todo era de tal delicadeza y suavidad, que hacía pensar en la asistencia de manos de hadas. Las largas y solemnes calas –flores preferidas por Soledad– daban a la mesa un tono de liturgia virginal, que obligaba a fabular la próxima llegada de la novia o de la alegre parvada de los primeros comulgantes.

Alfonso, Soledad, Solita, Teresita, Rosarito, Fabio Antonio, Vicente Alejo, Roberto y Tonino rodeaban la mesa, sobre la cual los criados de enguantadas manos servían las más ricas viandas y el mejor de los vinos de las bien abastecidas cavas familiares. Vinos del *Chateau Laffite,* del *Chateau Latour,* del *Chateau Haut-Brion,* de la *Còte de Nuíts,* de *Valdepeñas,* del *Priorato,* de *Niersteiner* y de *Johannisberger,* llenaban las despensas de Alfonso Ribera. El arte de *connaisseur* de vinos le era

mucho más fácil que el ejercicio de coleccionar pinturas o porcelanas, a que se dedicaban los ricos de última hora, cuando no se les ocurría, como pasó a Mancerita, encargar a París un par de violines de Ingres. Con los vinos, además, era más fácil disimular falsificaciones, y sobre todo, los vinos ayudábanle a hacer sentir de un modo más directo el poder de su riqueza.

–Y a Gefahr y a Alcira, ¿qué les ocurre, que no vinieron hoy? –preguntó Fabio Antonio.

–La pobre Alcira –respondió con voz decaída Soledad– está muy afectada con el divorcio de Lizzy. Esto le ha pegado mucho y no ha vuelto a poner los pies en la calle.

–Pero a Lizzy la vi ayer montando a caballo por el Country.

–Sí, tú sabes que esa infeliz niña es una despreocupada. Parece que espera casarse con el tal Torres

–¿Pero Torres no es casado?

–Sí, pero también él anda de divorcio. Tú sabes, Fabito, que se está haciendo costumbre concertar divorcios los matrimonios aburridos. Se ha llegado a extremos terribles. Ayer, justamente, escuché a una muchacha casadera, cuando decía a una amiga locamente enamorada de su novio, que ella pensaba casarse con sólo la cabeza, pues tenía la convicción de que los matrimonios por amor son una prenda de desgracia. ¡Sabes Dios en qué folletín habrá leído tamaña barbaridad! Con tales ideas, ¿qué puede esperarse de los nuevos matrimonios?

–En mucho de este relajamiento de costumbres influye la novedad que para muchas mujeres representan los nuevos capitanes de industria y el cine americano. Del mundo de fuera pretendemos tomar lo peor. El viejo hogar norteamericano y el viejo hogar francés, tan llenos ambos de excelentes virtudes, no llegan ni en el film ni en las costumbres de los

aventureros. Viene, en cambio, el vicio mercantilizado en distintas formas. Ayer oí en el Club algo que me llenó de espanto. Ernestina Tafalles, la mujer del ingeniero Gogorza, ¿ustedes la conocen, no?

–Sí, sí.

–Pues, esta muchacha, casi una niña, lleva apenas dos años de casada. Conoció no sé en qué fiesta al vicegerente de la Turagual Oilfield Company, gringo muy bien plantado, que llegó a Caracas hace cosa de dos meses. Pues la sinvergüenza, con todo y un muchacho en el buche, dejó al marido y se fue con el musiú.

–¡No, Fabio! Eso no puede ser –interrumpió Soledad.

–Pues como te lo cuento. Se fue y mandó pedir a la casa su ropa y la canastilla del niño por nacer. Así anda esto. Mañana se divorcia, se casa con el gringo y sigue finita en sociedad. No hay sanción, ni tampoco quien la imponga. La propia madre de Ernestina está muy satisfecha de lo que ha hecho la hija.

–Gracias a Dios –agregó Alfonso– mi mujer supo educar a mis hijas según la romana vieja. Todo eso que está pasando es debido, también, en gran parte a falta de calzones en los hombres. Los muertos saben a quien le salen. La gente está muy degenerada en cuestiones de honor y a muchos maridos no se les da un pito los cuernos, ni a muchos padres y hermanos les preocupa la conducta de las mujeres de la casa. Por el contrario, basta que un político, así sea casado, o un gringo rico se fije en una chiquilla cualquiera, para que los hombres de la familia procuren metérsela por los ojos, con la perspectiva de algún negocio. Para muchos hombres y para muchas mujeres no hay otro aliciente que el dinero o la influencia. Ernesto Pérez me refería de una señora que hizo alto a los amores de su hija con un Ministro casado, cuando aquella tenía compromiso con un estudiante, alegando que más le convenía a la niña ser querida de Ministro que mujer de estudiante pobre. ¡Felizmente mis hijas se han formado con otras ideas!

Rieron Solita y Teresita y sus maridos se sumaron con frases entusiastas al elogio que el suegro acababa de hacer de sus esposas. Eran, en realidad, dos magníficas muchachas las hijas de Soledad Ribera.

–Vicente Alejo –dijo Alfonso, dirigiéndose al hijo–. Ayer pasé una gran pena con Lucio Príncipe a cuenta tuya.

–¿Cómo así, papá?

–Pues parece que Lucio fue a la clínica a consultarte algo relacionado con un golpe que sufrió en una cadera y tú recibiste primero a una mulatica que llegó después de él. Estaba indignado.

–No tiene derecho, papá. Yo en la clínica recibo por turno y por urgencia. El llegó sin tener previa cita y la mulatica, si en verdad entró por sus propios pies, llevaba una lesión que reclamaba inmediata atención.

–Sí, hijo; pero ciertas personas, y sobre todo la gente como Lucio Príncipe, tienen derecho a ser atendidas con preferencia.

–Perdona, papá, yo no pienso así. Tal vez eso pudo hacerse antes. Yo recibo pacientes, no señores. Atiendo a quienes solicitan mi consejo y a ello me dedico según la importancia del caso. Apartando aún la urgencia, no veo por qué me deba interesar en principio más la salud del señor Príncipe que la de la mulatica que le precedió en el turno. Príncipe tiene figuración social, porque heredó dinero y tierras y se gasta un par de apellidos que le abren las puertas de la alta sociedad; pero, Príncipe es un sinvergüenza, así pueda ser dueño de la casa en que vivió Diego de Losada. La lesión que padece se la ocasionó, como tú sabes, en un choque cuando iba manejando borracho su automóvil, acompañado de una vedette; la mulatica, en cambio, llevaba fracturadas varias costillas, por haberse caído de una escalera donde estaba subida haciendo su trabajo de sirvienta. Príncipe es un ser despreciable y bajo, oportunista, adulón, cretino, que representa justamente la excrecencia viscosa que altera la textura del cuerpo social. De ese pedante lleno de vicios, la sociedad no puede esperar ya nada valioso; en cambio, del vientre de esa

mulatica puede y debe venir un venezolano sano y robusto, que ayude a mejorar la calidad de nuestro pueblo. No se alarmen ustedes, pero la única fuerza sana con que cuenta el país, está en ese pueblo oscuro, traicionado, burlado, sufrido y paciente en espera de oír la palabra que restituya nuestro mundo venezolano a su dimensión perdida.

–Tú te estás poniendo loco, Vicente Alejo –interrumpió con muestras de visible sorpresa y molestia Alfonso Ribera–. ¿Quién te ha metido en la cabeza tanto disparate? Deja de reunirte con esos alocados izquierdistas.

–Nada de loco he dicho, papá. Tú confundes el orden social con lo que no es del caso –respondió sonreído y sereno el hijo–. No creas que el orden se defiende resistiendo los reclamos de la justicia. La sociedad no es la porquería que representa Lucio Príncipe. A la sociedad hay que hacerle estribos nuevos de justicia y de decoro, y aunque sea duro, papá, en Venezuela no existen reservas morales sino entre el pueblo que sufre y espera. Todo lo demás está podrido. Al pueblo hay que educarlo, como decía el abuelo Alejo, procurando que al subir no se deje corromper por las clases altas. A su traición como clase, la oligarquía añade la corrupción que ofrece a los humildes, cuando éstos suben. Fíjate, papá, tú que has visto de cerca más que yo, cómo los mantuanos envuelven con su vaho venenoso a la gente modesta que logra triunfar en el orden de la política, de la ciencia o de las letras. Todo está podrido. Lo nuevo es el pueblo y hacia él deben dirigirse las voces de los representantes de la cultura.

–Pues procura no hablar así delante de la gente seria, porque te tomarán por comunista.

–Con tal de no verme confundido con esa gente seria, todo está bien. A mí me gusta la gente alegre, papá. De ti heredé la alegría. Por eso, no me enfado nunca.

El café fueron a tomarlo en la terraza inmediata. Bajo las trinitarias encendidas, que servían de techumbre al delicioso rincón. Desde allí se

contemplaba mejor la masa magnífica del Avila, límpido, casi sonoro, de cuyo costado brotaban, como heridas luminosas, las cristalinas cascadas.

–¿Alfonso, tú has visto a Braulia y a su marido? –preguntó Fabio Antonio.

–No. Me dijeron que estaban en el Hotel América. Creo que Braulia llamó por teléfono aquí.

–Sí, ella me lo dijo y está muy sentida contigo.

–¿Y por qué?

–Pues, hombre; se queja de que ni siquiera tomaste el teléfono.

–Si, chico. Pero tiene uno tantas cosas qué hacer. ¿Y en qué andan?

–El marido ha venido a hacerse ver los ojos.

–¿Y dizque están muy pobres?

–Así parece.

–Quién la mandó a casarse con ese limpio. Que viva ahora de la inspiración y de los versos del marido. ¿Sabes, Fabio Antonio, lo que se ha conseguido mi mujer? –agregó Alfonso al hermano para desviar el tema.

–No. Cuéntame.

–Nada menos que cuatro huérfanos de la guerra. Ahora se ha dedicado a los niños desamparados. Por ahí anda con el hijo metida en un hospicio para muchachos lisiados.

–¿Y dónde están los huérfanos?

–Los huérfanos, no –interrumpió Soledad con la cara hecha una pascua–. Eran huérfanos. Ahora tienen papá y mamá –y señalaba a

Alfonso y se señalaba a sí misma con el índice–. Los tengo aquí mismo. Para algo ha de servir este elefante blanco de casa. Abajo no dan guerra. ¡Y son tan buenos!

–¿De dónde son los chicos?

–Dos franceses y dos belgas. Son catiritos y tienen unos lindos ojos castaños. Así mejorará, también, nuestra raza.

–Eso dicen algunos –respondió Fabio Antonio–. Yo soy un poco parco en esto. Creo que necesitamos inmigración para luchar con nuestro desierto inclemente, pero creo que el mejor imigrante está en el vientre de las mujeres venezolanas. Precisa sanear nuestro suelo, llenar la tripa de nuestro hombre y elevarle su nivel técnico y moral. Sin reeducar previamente a nuestro pueblo, una violenta inmigración acabaría con el espíritu nacional. Venga enhorabuena el agua de fuera, pero que el tintero tenga madre, para que siga el mismo color de la escritura.

–Te equivocas, Fabio –dijo Alfonso– Venezuela necesita otra clase de gente. Hay que cambiar este pueblo tan vulgar y perezoso.

–¿Cambiar por otra gente a nuestro pueblo? No te entiendo, Alfonso. Si nos cambiamos, ya no seremos nosotros sino otros. Desgraciadamente lo que está ocurriendo es que nos hemos olvidado de nosotros mismos y nos estamos suicidando lentamente. Venezuela, dentro de poco será otra cosa y de la misma Plaza Bolívar habrá necesidad de bajar al Libertador con su caballo y todo, para colocar en su lugar un nuevo símbolo. Un jugador de pelota, por ejemplo, o un jockey sobre un caballo de carreras. Yo soy amigo del progreso y gozo levantando nuevos edificios, pero sufro cuando pienso en la inconsistencia moral del pueblo que los habitará. Muchos hombres confunden el progreso con la destrucción del pasado y con el levantamiento de edificios nuevos. Jamás han pensado con el gran Disraeli en que una nación es tanto una obra de arte como una obra de tiempo. Nosotros, desgraciadamente, queremos abolir el tiempo. Nosotros queremos ser apenas la vaguedad de la obra sin base antigua que se proyecte hacia el futuro. El tiempo, Alfonso, está representado por el viejo pueblo. Si le destruyes su tradición, acabarás

con él y tendrás sobre el suelo de la Patria una colectividad nueva, progresista, dinámica, pero que no será Venezuela. Como si para salvar a un enfermo del sistema nervioso, le inyectaran poderosas sustancias que terminasen por alterarle el centro de la memoria, y al curar el paciente, ya no recordará quién era antes de la enfermedad. Tal vez ese nuevo hombre ahorcaría a sus propios hijos y entregaría al vicio a su mujer misma. Para robustecer la población nacional con inyecciones de sangre nueva, precisa que no ocurra una solución de continuidad en su conciencia.

Vicente Alejo había escuchado el diálogo de su padre y su tío Fabio. Vicente Alejo evitaba llevar la contraria a su progenitor, cuya cortedad intelectual no gustaba que se pusiera en evidencia; sin embargo, Vicente Alejo echó su cuarto a espadas para decir:

–Mi tío Fabio ha hablado con precisión de fisiólogo. Si a los pueblos pudiera inyectárseles gran cantidad de sangre nueva sin que perdiesen la personalidad, yo sería partidario de la violenta inmigración que desea papá; pero los pueblos, para mantener la autenticidad de sí mismos, reclaman inyecciones lentas, que promueven una rica proliferación de sus propios glóbulos rojos. Como los hombres, los pueblos necesitan defender y nutrir sus huesos para gozar un saludable equilibrio sanguíneo. Y los huesos de los pueblos no vienen de fuera. El fuste óseo de los pueblos está en el hondón de la propia conciencia nacional. Urge evitar los desvíos de esta conciencia, a fin de que se mantenga presente en todo el curso del desarrollo social, a manera de célula rítmica que dé unidad al concierto nacional. Santo y bueno que entren cada día más extranjeros sanos, laboriosos e inteligentes. Pero que se les asimile, que no se nos desplace de nuestra posición rectora, y menos que se nos cuelen insignificantes aventureros, que sobre el falso prestigio de apellidos desprovistos aún de valor en sus propias patrias, vienen a atrapar herencias e influencias de los tontísimos nuevos ricos. Venga el hombre capaz para la disciplina del músculo y para la orientación del pensamiento nacional. Eso es valioso. Una inmigración indiscriminada y caprichosa terminaría, en cambio, por borrar el auténtico valor de la venezolanidad. Para evitar ese riesgo, necesitamos prepararnos, educarnos, realizarnos nosotros mismos en cívica función creadora. No

debemos declinar nuestro papel de señores de la casa. Al extranjero que viene debe recibírsele a cuerpo de rey; pero, no acostarlo en el lecho de la reina. Vengan en buena hora los Pittier, los Pi Suñer, los Corachan, los Doldge, los Zamorani, los Vandellós a enseñarnos y a ayudarnos. Vengan con ellos los recios, sanos, honestos trabajadores, a quienes faltan en Europa tierras y ruedas para la producción de la riqueza. Vengan, también, los perseguidos de otras patrias privadas de libertad doméstica. Vengan los viajeros ilustres a ofrecernos su palabra erudita y a observar nuestra vida de pueblo; pero, por Dios, que no hagan camino hacia nuestro país tantos afamados europeos, así procedan de Universidades ilustres, para quienes sólo somos monos tristes y sin alma. Para muchos de éstos parece que no hubiera hablado aún el Papa Paulo III. Ahora no hacen muy buen negocio con sus baratijas verbales, porque el gobierno no se afana en propagandas que engañen la opinión internacional; más, en los países con dictaduras y aquí cuando nosotros las hemos sufrido, han hecho su agosto. El hotel, un carro y un buen cheque y allá te va la crónica sobre nuestro progreso y nuestras virtudes. Yo creo que la inteligencia de Europa no se preocupa por nuestras posibilidades de mejorar. Europa nos mira con desdén, como si fuéramos mera tierra de conquista económica. El europeo no quiere comprender el valor de síntesis y de creación del Trópico y se esfuerza porque le miremos de rodillas. No advierte que, pese a nuestros tropiezos, aquí está fraguando una concepción más justa, más fresca, más humana de la vida y que, pese a nuestras taras, sabemos hacer de la tristeza vino para sonreír a todo.

VIII

Por si no sonara la campanilla del timbre la enfermera, angustiada, golpeaba la puerta con los nudillos de los dedos. Inmediatamente abrió Vicente Alejo y sin que éste preguntara la causa de la nerviosa llamada, la enfermera díjole:

–Corra, doctor. Al quirófano acaban de llevar a una muchacha atropellada por un carro, que está dando grandes gritos de dolor.

Vicente Alejo tomó el ascensor y bajó a la sala de operaciones. Sobre una camilla estaba tumbada una muchacha de rostro indefinible por el dolor. La muchacha acababa de ser arrollada por un automóvil, precisamente frente a la clínica del doctor Ribera Solórzano.

Vicente Alejo hizo un examen general de la paciente y halló solamente una fractura del tercio superior de la pierna derecha, la cual presentaba regiones edematizadas, a más de grandes dificultades a las pruebas del movimiento. El médico ordenó una inmediata radiografía del miembro afectado y una vez ratificado el diagnóstico, durmió a la paciente, redujo la fractura e inmovilizó la pierna en una canal de yeso.

Cuando la enferma dormía, Vicente Alejo pudo verle el rostro sin la angustia del dolor. Se trataba de una chica de unos dieciséis años, blanca, fina de líneas, que en la quietud del sueño hacía pensar en novicias dormidas. Su complexión era fuerte, los muslos y las piernas más parecían obra de un consumado tallista que una realidad humana. El cabello sedoso era de un negro maravillosamente brillante, y si no se le veían los ojos, las cejas y las pestañas, hacía pensar que los dueños de

tales adornos tenían, por fuerza, que ganarles en primor. La boca, pálida por el sufrimiento, mostraba la línea altiva de unos labios dignos de Venus o Minerva. Bajo las sábanas se dibujaba la comba rebelde de los menudos y agresivos senos.

"Bella chica", pensó para sí Vicente Alejo, mientras la estaba operando. "Parece de gente bien", reflexionó a la vez.

–¿Quién es esta muchacha? –preguntó después a la enfermera.

–Aquí está la madre, que acaba de llegar de Petare. Parece que son unos isleños ricos.

–Elia de Méndez, para servir a usted, doctor –dijo temblorosa la madre de la muchacha, cuando fue presentada al doctor Ribera Solórzano– ¿Y cómo va a quedar?

–Muy bien. La fractura no hizo astilla y en breve podrá caminar.

–¿Y no quedará coja, doctor?

–¡No, no! ¿Por qué ha de quedar coja? Ya la verá correr libremente como antes.

–¡Ay, doctor!, no sabe usted cómo me puse cuando me llamaron. Ella siempre carga la dirección y el teléfono de nuestra casa en el bolso y así la enfermera me pudo avisar. Yo creí que me moría. Usted sabe cómo son las noticias; me dijeron que no era nada, pero yo supuse lo más malo. Y lo peor fue que mi papá se había venido y se había traído el *Ford* y en Petare no aparecía automóvil. ¡Ay, Jesús! ¡Cuánto sufrí! La mano de Dios la puso aquí, frente a la Clínica, y ya está operada. ¿Pero no quedará lisiada, doctor?

–No, señora. Tranquilícese, que yo vendré a verla mañana muy temprano. Con la enfermera dejé indicación de lo que deben darle en el caso de que no soporte el dolor.

Al día siguiente, la primera visita que hizo Vicente Alejo fue a la enfermita del 18. Inmóvil y recta sobre la alta cama, ya la muchacha mostraba otro rostro. Al dolor del día anterior, había sucedido una radiante suavidad. Sus ojos tenían tal brillantez, que parecían luces misteriosas entre la sombra de las largas y suaves pestañas. Al saludarla el joven médico, un adorable sonrojo asomó a las suaves mejillas.

–¿Qué tal? ¿Cómo se siente mi enfermita? –le preguntó Vicente Alejo con voz acariciadora, mientras le tomaba entre las suyas una de las manos.

–No dormí mal, doctor. La enfermera me dio una pastilla y me disminyeron mucho los dolores. Lo que siento es mucho cansancio.

–Es natural, y debes sentir dolores en todo el cuerpo, pues tenías muchos magullamientos en las caderas y en los muslos.

–¡Doctor! ¿Y usted me vio el cuerpo? –preguntó la muchacha con la cara tomada por el más vivo rubor.

–Naturalmente, niña. Eso no tiene importancia.

Se despidió Vicente Alejo y al abandonar a medio día el consultorio, volvió a visitar a la enfermita del 18.

En la tarde, por dos veces volvió Vicente Alejo a ver a su enferma, y al día siguiente, cuando muy de mañana fue a la visita, encontró que la paciente dormía a sueño suelto. En la antesalita del apartamiento, Elia Méndez velaba cerca de la hija.

–Buenos días, señora Méndez. ¿Qué tal Yolanda?

–Buenos días, doctor. Yolanda durmió mal la prima noche, pero desde las tres tomó el sueño y está profunda.

–Mejor así –dijo Vicente Alejo, mientras tomaba asiento en una de las poltronas.

–Es primorosa su niña, señora Méndez.

–Muchas gracias, doctor. ¿Y no se me quedará renquita?

–No, señora. Ya se lo he dicho muchas veces.

–Interésese mucho por ella, doctor, que tiene sangre suya.

–¿Cómo, señora? ¿Qué me dice usted?

–No pensé decírselo, puesto que ni ella misma lo sabe; pero usted me infunde confianza y simpatía. Mi marido era hermano de usted.

–¿Qué me dice, señora?

–Como lo está oyendo, doctor. Luis Méndez, mi esposo, era de Mérida. El y dos hermanos más fueron hijos de su papá. Antes de morir su abuelo el doctor Vicente, mi marido vino a buscar apoyo de su papá. Don Alfonso se lo recomendó a don Eliseo Zerpa y Luis trabajó en las haciendas que don Eliseo tiene en Higuerote. Se salió de la hacienda y ahí mismo se fue a Petare de Jefe de la Policía y se casó conmigo y en seguida nació Yolanda. A mi marido lo mató una bala perdida del 14 de febrero y yo me quedé con mi padre, que, gracias a Dios, es pudiente.

Vicente Alejo Ribera quedó sin habla después del rápido y preciso relato que le hizo Elia Méndez.

–Nada sabía de eso, señora. Me confunde su relato.

–Pero... No sé, doctor, por qué le he dicho esto. Mi marido me recomendó que me olvidara de que él era hijo de don Alfonso, a quien no perdonó que se hubiera negado ir a nuestra boda. Usted me perdona, doctor. Hágase el cargo de que no le he dicho nada, si se siente molesto.

¿Y molesto de qué, señora? Pierda usted cuidado.

Se puso de pies Vicente Alejo, se despidió de la señora Méndez y sin intentar ver a ningún otro enfermo, tomó el ascensor que lo llevó al piso

donde tenía instalado el consultorio. Vicente Alejo Ribera sentía un confuso torbellino de ideas en la cabeza. Acababa de saber que su padre tenía una familia bastarda, de la cual se desdeñaba, según desprendíase del relato que había escuchado. Lo que le había dicho la señora Méndez tenía visos de una incontrovertible realidad; pero, tal vez, era preciso preguntar a Eliseo. Llamó por teléfono a la casa de éste y cuando le avisaron que el pariente estaba en Caracas, hizo que tomase la bocina.

–Eliseo, es Vicente Alejo, ¿cómo estás?

–(.....)

–¿Mira, Eliseo, puedes esperarme en tu casa a medio día?

–(.....)

–Gracias. Aguárdame, pues, pero sin cocteles.

La mañana la pasó Vicente Alejo nervioso y preocupado. A las doce tomó su coche y fue a El Paraíso, donde vivía el pariente.

Eliseo Zerpa andaba por los sesenta años. Estaba completamente encanecido y ya se había tumbado el frondoso bigote, en el cual creía que afincaba su atractivo para las mujeres. Alto, seco y enhiesto, evocaba la figura solemne de don Alfonso Quijano.

–Y ese milagro, ¿tú por aquí? –preguntó Eliseo Zerpa a su primo el doctor Ribera Solórzano.

–De veras que hace tiempo no venía a verte. Tú sabes que la vida de Caracas es un enredo espantoso y uno no cumple con nadie. Hoy te molesté pidiéndote que me esperaras, para que me respondas la verdad de algo que tú debes saber mejor que nadie.

–Si es del entierro de Tarazona, no me preguntes nada.

–Tú siempre con tu buen humor, así te llenes de canas. Dime si es cierto que papá tuvo un hijo llamado Luis Méndez, que trabajó contigo en Barlovento.

–Sí, es verdad. ¿Por qué te interesa eso?

–Por nada, viejo. Sólo quería saber eso por tu boca.

–Sí, pero has de saber que Alfonso se molestaría mucho si llegara a saber que te dije eso. El se ha empeñado siempre en negar que tuvo hijos bastardos y que tuvo novias antes de casarse con tu mamá. Pistoladas de Alfonso, porque en los Andes casi todos los hombres tienen hijos naturales. No vayas a comentar nunca esto con tu padre. ¿Te tomas el coctel?

–Bueno, pídelo.

Eliseo Zerpa tocó el cercano timbre y al aparecer el criado, ordenóle traer la coctelera que había dejado a punto de agitar y de añadirle el hielo.

–Papá dice que tú heredaste al tío José Domingo el buen gusto de beber y de comer.

–El viejo me enseñó a bien comer; en cambio, yo he aprendido lo que él no sabe. Con sus ochenta y pico de años a cuestas y su tremenda diabetes, apenas nos descuidamos se atraca como muchacho malcriado. Anoche estuvimos de carreras, por una indigestión que se tomó, a consecuencia de haber convencido a la sirvienta de que le preparase un pabellón. ¿Has visto tú? Yo, en cambio, sé que no debo engordar y gobierno el pico.

Después de regustar la bebida, Vicente Alejo agregó complacido:

–Está magnífico este coctel. ¿De qué es?

–De cocuy, ginebra y tamarindo, con sus puntos de azúcar, limón y amargo.

–Estupendo, pero debe ser una bomba.

–Con tres, se tumba a un gobierno.

IX

Aquel día la familia hacía el almuerzo en la terraza, bajo la fronda de las trinitarias. Estaban solos los tres. Alfonso, alegre y conversador; Soledad, aflijida por la falta de noticias de Alfonso Ignacio; Vicente Alejo se mostraba pobre de palabras y como embargado por lejanos pensamientos.

–Tienes cara de haber trabajado mucho –dijo Soledad al hijo.

–Sí, he trabajado mucho, mamá.

–No trabajes tanto, hijo. No necesitas afanarte por hacer una fortuna. Tu padre tiene para dejarlos a todos millonarios.

–Sí, es cierto, mamá; pero yo quiero servir. Yo no trabajo por el dinero; yo lucho por aliviar a los que sufren y por enderezar a los torcidos. A propósito, papá. Tengo una enfermita que tú debieras ir a visitar.

–¿Alguna parienta?

–Sí. Una nieta tuya.

–Irrespetuoso. ¿Tienes alguna hija bastarda? Mal anda eso.

No. Es una hija de tu hijo Luis Méndez.

–¡Atrevido, insolente! –gritó Alfonso enfurecido y haciendo ademán de pegar al hijo.

Vicente Alejo se puso de pies cuando el padre intentó lanzarle un golpe.

–¡Alfonso! ¡Vicente! ¿Qué es eso? Sosiégate –gritó Soledad al marido con voz espantada.

Interpuesta entre ambos, Soledad logró que Alfonso tomara de nuevo asiento, mientras las fuertes y jadeantes inspiraciones mostraban su ira reprimida.

–Papá, óyeme –dijo el hijo con voz calmosa, dulce e insinuante–. Quizás no he debido decirte nada delante de mamá, pero conceptué que a estas alturas, después de veinticinco años de casados, nada tiene que la propia mamá conozca un vástago tuyo; sobre todo ella, tan buena y tan preocupada por los niños.

–Basta, Vicente, ni una palabra más. Eres irrespetuoso y embustero. Yo no he tenido jamás hijos bastardos. Yo sólo he querido a tu madre.

–Eso está muy bien, papá. Eso es romántico. Yo, que soy tu hijo, te agradezco el inmenso amor y la gran consideración que profesas a mi madre, pero es ella la primera en no creer tus juramentos tardíos de amor virginal.

–Vicente, te prohibo como padre que sigas hablando de eso. Eres un atrevido, insolente, desconsiderado y embustero.

–Papá, yo no puedo ofenderte, ni es mi propósito irrespetarte. Di el paso de decirte lo que te he dicho delante de mamá porque ella no tiene motivos para ofenderse de tu conducta pasada. "Lo que no fue en mi año no fue en mi daño", dicen las viejas. Además, ella debe saber que tú tienes unos hijos bastardos, para que no la sorprenda la aurora el día desgraciado en que tú puedas faltarnos.

Alfonso casi bufaba de la ira contra el hijo. Soledad, en cambio, mostraba una extraordinaria serenidad ante las revelaciones que acababa de hacer Vicente Alejo. El problema de los bastardos no le interesaba; en cambio, la actitud de Alfonso frente al hijo cuando intentó pegarle, la había herido en lo más profundo del alma.

Hijo y padre callaron. En la terraza no se escuchaba el ruido de una mosca. El mesonero hizo mutis cuando Alfonso gritó al hijo. Ambos dejaron la mesa, para sentarse silenciosos en las vecinas poltronas. Luego, Vicente Alejo se puso serenamente de pies. Miró con rostro sonreído a su padre rugiente y al tomar la puerta, díjole en tono cargado de amorosa dulzura.

–Reflexiona, papá, y me avisas cuando quieras ir a conocer a tu nieta.

–¡Canalla! ¡Insolente! –gritó de nuevo Alfonso, a tiempo que el hijo se retiraba a serenos pasos– ¡Tú no eres hijo mío!

–¿Y por qué a mí, Alfonso? ¿Cómo me insultas en tu rabia contra el hijo? No seas tan violento, amor mío. Perdónalo, como yo te perdono.

–¡Jamás! –gritó Alfonso aún más enardecido.

–Eres injusto, Alfonso. Estás tan fuera de ti mismo, que a tu propia Soledad has ofendido. No olvides que los padres somos para los hijos; aún para los hijos naturales.

–Yo no tengo hijos naturales, Soledad. Te lo juro.

–Esas no son cuentas mías, Alfonso. Yo no celo pasados inválidos. No te molestes con Vicente Alejo, te lo ruego. ¡Cálmate, cálmate, amor mío!

X

Más que interés por la sobrina y celo por la enferma, Vicente Alejo adivinó luego que algo que no era solicitud familiar ni interés profesional lo movía a menudear las visitas a la enferma del 18. Vicente Alejo sintió una tarde al penetrar en el cuarto de Yolanda y hallarla sola, una sensación de extraña inquietud. Ya estaba hecho a la diaria y continua presencia de la muchacha; sin embargo, en aquella ocasión sorprendió en los ojos de Yolanda una luz nueva que le bañó de dulce claridad el espíritu. Cuando tuvo entre su mano la mano blanca, suave y larga de la enferma, sintió como si un ímpetu ardiente y veloz le corriera a través de su propia sangre; también sintió que temblaba entre la suya la mano rendida de la muchacha. La miró nuevamente a los ojos y en las pupilas luminosas de la enferma reconoció una mirada que intentaba convertirse en palabra.

–¡Yolanda! –fue lo único que pudieron modular sus labios temblorosos–; más, breves minutos después, como si regresase de una lejanía indefinible, volvió a su voz natural, para decir a la muchacha: Estás hoy mucho más animada; dentro de cuatro días te quito el yeso.

–¿Y para irme?

–Sí, para irte. ¿No tienes muchos deseos de estar de nuevo en tu casa?

–Ah, si usted supiera –le respondió con voz clara, sencilla, angelical–. Me siento tan bien en la clínica, que ya el yeso no me pesa.

Volvió Vicente Alejo a mirar fijamente a los ojos de Yolanda y tomándole la mano temblorosa entre las suyas, trémulas también, le dijo con pasión incontenida:

–¡Yolanda!, yo te libraré de tu yeso, pero tú te has hecho dueña de mi voluntad! ¡Te amo, Yolanda! Y ciego de pasión, acercó la boca a los labios ardorosos de la muchacha.

–Yo también me siento esclava tuya –fue la rendida respuesta de Yolanda.

* * *

Si en algo Vicente Alejo resultó idéntico a su padre, fue en la pasión erótica. Descubrió aquella tarde su enamoramiento de Yolanda Méndez y en la noche no cerró los ojos. En su caso el problema era más que doble y complicado. Su parentesco con la chica, la originaria bastarda, la profunda molestia y la ruptura que de ello resultaría con su padre irreflexivo. Pero Vicente Alejo era un volcán inapagable. Su corazón le dictaba aquel camino y lo seguiría contra la propia voluntad paterna. Su vida futura, su dicha absoluta, las vio por siempre unidas a la maravillosa muchacha que el destino le trajo a la puerta de su clínica con una pierna fracturada. La muchacha llevaba en las venas su propia sangre Ribera, pero la había tomado a furto de las leyes. ¿Tenía ella culpa alguna de que su padre hubiera nacido bastardo? En todo caso la culpa era de Alfonso Ribera, abuelo de ella y padre de él. Alfonso Ribera era el único responsable de los planos diversos que a sus vidas estaban señalados en el campo de la sociedad y de las leyes. Pero su corazón se sentía desligado de las convenciones sociales y absolutamente libre, como los tímidos pajarillos o como las aves altaneras, para marcarse su propio rumbo.

Al siguiente día, Vicente Alejo, antes de visitar a Yolanda, hizo que la enfermera llamase a su consultorio a la señora Méndez. La señora Méndez tomó el ascensor en la creencia de que el doctor Ribera quería comunicarle algo respecto al porvenir de la pierna de la hija. Iba

preocupada y nerviosa a la cita la señora Méndez. Vicente Alejo la recibió en la forma más cariñosa y después de hacerla sentar en la ancha poltrona colocada frente a su escritorio, le abordó el caso:

–Señora, me he permitido pedirle que subiera a mi escritorio, porque quise que Yolanda no escuchase nuestra conversación. He de decirle que estoy profundamente enamorado de su hija y he resuelto casarme con ella.

Al oír tal revelación, Elia Méndez creyó que el piso se hundía con ella y todo lo demás. Su primera reacción fue de desconcierto para decir:

–Doctor, yo le comuniqué a usted el secreto que mi marido me pidió no publicar; usted sabe, pues, que esta niña es su sobrina, creo que usted no pensará hacer con ella lo que su padre hizo con su abuela.

–Señora Méndez, yo le estoy diciendo que quiero hacer a su hija mi esposa; lo de mi padre es cuento olvidado.

–Pero su padre no lo permitirá y tampoco sé lo que piensa Yolanda.

–Yolanda me ama, como yo a ella; el problema de mi padre es problema mío.

–Sea lo que ustedes quieran. Yo respeto el destino, doctor. Ahora, juzgo que ella debe saber que es de su sangre.

–Dígaselo todo, señora. Es necesario vivir de frente a la verdad, para que nuestras vidas no se frustren.

Cuando Vicente Alejo bajó a la visita de la enferma, ya ésta y la madre habían hablado largamente.

–¿Te dijo tu mamá lo que hablamos?

–Sí, me lo dijo todo. Me siento felicísima.

–También lo estoy yo, mi amada Yolanda. Viniste con una pierna rota a apoderarte de mi corazón.

XI

Desde el trágico almuerzo en que Vicente Alejo comunicó a Alfonso Ribera el hallazgo de su nieta bastarda, las relaciones entre padre e hijo se habían hecho en extremo tirantes. Vicente Alejo saludaba con respeto y afecto al padre, más éste limitaba sus palabras a sólo responder el saludo del hijo.

Alfonso Ribera no perdió jamás el hábito de madrugar; también lo hacía el hijo desde sus tiempos de estudiante. Una mañana, después de tomar Vicente Alejo la acostumbrada taza de café, se acercó al padre y le manifestó el deseo de hablar a solas con él.

–Vente al escritorio –fue la seca respuesta del padre.

Puestos uno frente al otro, Vicente Alejo inició la charla con voz insinuante y cargada de cariño.

–Papá, hace días que estoy por hablar largo y a fondo contigo. Comienzo por rogarte que te revistas de paciencia y me dejes hablarte íntimamente. Tengo derecho a pedir que me escuches con toda la bondad y con todo el interés que un padre está obligado a tener con el hijo. Yo tengo veinticinco años; tú tienes más de sesenta. Tú eres un pasado que tiene nuevo cuerpo en mí. En la vida soy tu prolongación; soy tú mismo, con una nueva y una nueva conciencia. Los hombres todos estamos obligados, siquiera una vez en la vida, a hacer un examen de conciencia. Yo quiero ayudarte a hacer el examen que nunca has hecho. Como hijo, soy una oportunidad para que te conozcas a ti mismo.

–¿Tú te crees superior a mí, acaso, para proponerme eso?

–No soy superior a ti; soy tu otra voz. Soy como un espejo que te dice lo que tú eres y que te ilumina las faltas que hayas podido cometer y que puedes remediar aún.

–¿Vuelves con tu impertinencia y tu grosería de meses pasados?

–No, papá –prosiguió con voz cargada de mayor ternura–. No fue ni impertinencia ni grosería. Tú sabes que yo te dije una verdad que no te atreviste a aceptar frente a mamá. Lo de tus hijos bastardos lo sé de ciencia cierta. Eso no debes, no puedes negarlo; menos aún asumir una actitud frenética frente a mí. Tuviste varios hijos con Anita Méndez y luego los abandonaste, como abandonaste las novias que tuviste antes de casarte con mamá. Dejar a una novia no es delito; en cambio, sí lo es abandonar unos hijos. Tú estás en deuda con tus hijos bastardos. Tú debes satisfacer esa deuda.

–¿Quieres que me desprenda de mi dinero para esos hermanos que no conoces?

–No, papá; no es cuestión de dinero. El dinero se lo dan hoy a ellos las leyes. Cuando tú, desgraciadamente, mueras, tus bastardos pedirán sus derechos en la herencia. Antes has debido pensar en ellos y no en los niños que recoge mamá, con cuyo mantenimiento crees ganar puntos de generoso, mientras olvidaste tus deberes de padre natural.

–¿Qué pretendes que les dé yo?

–Pues un poco de nombre; si no a todos, al menos a la hija de Luis.

–¿Qué locuras dices? ¿Que la reconozca, acaso?

–No, papá. Me ofrezco yo mismo para reparar en parte la deuda que tienes con tus bastardos.

¿Tú? ¿Cómo?

–Yo quiero casarme con Yolanda Méndez.

–¿Tú? ¿Estás loco? ¿Qué dices, cretino?

–Cálmate, cálmate, padre. Te pedí paciencia. Escúchame.

–No puedo escucharte, Vicente. Tú estás loco; tú pretendes deshonrar nuestro apellido haciendo un matrimonio con una muchacha oscura.

–No, papá; serénate, óyeme hasta lo último. La deshonra al apellido se la irrogaste tú, en todo caso; tú, que echaste al mundo unos hijos naturales, y a pesar de tu riqueza los desatendiste. Ni siquiera al matrimonio ventajoso que hizo Luis quisiste asistir.

–¿Pero de dónde te sale querer casarte y traer a tu familia a la hija de un bastardo mío? Estás loco. Vicente. Me espanta verte pensar de esa manera.

–No, papá; óyeme con calma. Eso de la bastardía es cosa relativa. Hace algunas noches tuviste aquí a nuestra mesa a Ismael Carrera y a su señora. Ambos son bastardos, pero tú no te excusas de traerlos a tu casa, porque han puesto su nombre a un dinero mal habido y porque su amistad te es provechosa cerca del gobierno. Además, Yolanda tiene cualidades exquisitas de cultura. Es una chica que ha sido muy bien educada por las monjas de Santa Rosa de Lima, tiene lo que no tiene mi prima Lizzy Gefahr, tan bien acogida por ti, a pesar de ser una vulgar prostituta.

–¡Cállate! Es tu prima.

–La otra es tu nieta. La otra es tu sangre. A mi prima la aceptas en tu casa porque es de la sociedad, porque la alta sociedad le tolera su liviandad. Tu casa se sentiría deshonrada si yo me casase con una mujer virtuosa, que lleva sangre tuya en las venas, en cambio, tú no te sientes deshonrado por la putería de tu sobrina Lizzy Gefahr. Ella tiene cabida en los altos cuadros, porque es bien nacida, así sea mal vivida. En cambio, tu nieta está condenada a la oscuridad porque tú engañaste y burlaste a su abuela.

–Sea lo que sea, en mi casa mando yo. Tú eres mayor de edad y te puedes casar con quien te dé la gana, pero aquí no entrará tu mujer ni tú tendrás parte en mi herencia, y sanseacabó. Andate al carajo si es tu gusto.

Alfonso Ribera rugía indignado. Vicente Alejo, con una pulquérrima serenidad, pidió al padre que lo escuchara aún.

–Papá, yo no desearía enfadarte, pero tú te empeñas en no ver la realidad de mis razonamientos. Tú me echas de la casa, está bien; tú mandas en ella, me iré. Me amenazas con desheredarme, hazlo, ya recibí de ti, junto con la vida, todo lo que necesitaba para defenderme. Tengo una profesión que me permite independencia y decoro. Mañana tendré una fortuna hecha con mi talento, con mis manos, con mis desvelos. Tu fortuna, en cambio, es el precio de la venta del país. Seguramente jamás has reflexionado acerca de tu papel en la entrega de Venezuela al capital extranjero. Yo sí lo he pensado mucho y he sufrido el sonrojo del caso, cuando en mi presencia se ha hablado de los vendepatrias. Por eso mismo, me empeño en devolver en servicio útil a la sociedad lo que nuestra familia le debe.

–Canalla, lárgate o te pegaré si sigues ofendiéndome –vociferó Alfonso.

–Te repito, papá. Soy frente a ti tu propia conciencia desnuda. Te digo lo que tú mismo debieras haberte dicho hace tiempo. Rompiste la hebra de otros destinos y yo te ofrezco empatarla. Piensa en ti, piensa en tu vida. Ayer abandonaste a tus hijos bastardos; después te asociaste con los que vendían al país; en mi presencia has renegado del pueblo en que abriste los ojos a la vida, y has negado tu apoyo material a miembros sufridos de tu propia familia. Mírate en el espejo de mis palabras. Tienes tiempo de empatar la hebra.

Alfonso Ribera vomitaba con una furia enorme palabras espantosas sobre el hijo.

–¡Cínico, cobarde, comunista, canalla! Deja mi casa. No quiero ver más nunca tu cara. Maldita la hora en que naciste.

Vicente Alejo, sin alterarse en nada, se disponía a salir, cuando el padre lanzó un agudo grito, dio un traspiés y cayó al suelo en ictus.

–¡Mamá! –gritó Vicente Alejo.

Soledad apareció inmediatamente. Ella había advertido el áspero diálogo de Alfonso con el hijo y se había acercado discretamente a la puerta del escritorio para escuchar la conversación. El hijo voló a la pieza donde, entre instrumentos y medicinas de urgencia, tenía el tensiómetro. Comprobó que la presión arterial del padre había subido hasta 30; le practicó inmediatamente una sangría y mientras llegaba el internista de la Clínica, le propinó un fuerte catártico.

Entre la vida y la muerte estuvo por espacio de setenta y dos horas Alfonso Ribera. Con amorosa devoción Vicente Alejo veló a la cabecera del padre, hasta que éste empezó a dar plenas manifestaciones de vida. Los que escuchaban los torpes balbuceos del enfermo no atinaban a comprender el significado misterioso de las desarticuladas palabras emitidas por sus pesados labios.

–Ani ta... Luis... No... Sí... Luis... Luis... Ani ta... Allí... Sí, sí, sí... Son míos... No, no, nunca... Cana cana lla, co munista... Lo co...

Vicente Alejo se creía dueño del secreto de las palabras del padre. Ignoraba que la madre había escuchado el trágico diálogo.

–¡Cómo desvaría papá! –decía Solita a la hermana Teresita. ¿A quién se referirá? ¿A quién querrá hablar el pobre? Para ambas era aún un misterio el monólogo trunco y tartamudo del padre, llevado al absoluto silencio a medida que recobraba la salud. Seis días después, Alfonso ya tenía plena conciencia de sí mismo. Sin embargo, no podía mover la pierna derecha y había perdido el habla por completo.

* * *

–Fuiste duro, muy duro con tu padre –decía Soledad al hijo, adolorido por las circunstancias que habían llevado a Alfonso Ribera a la mudez y

a la pérdida de la locomoción–. Yo oí todo, hijo mío. El pobre se empeñó en ocultarme cosas que yo me sabía muy bien. Tu papá tuvo una novia en Mérida que me llenó de anónimos. Por ella supe el pasado de Alfonso. Alguna vez quise insinuar al respecto a hijos bastardos y él no me dio pie para nada. No sé. A tu padre le hizo falta ilustración para comprender ciertos problemas. Su fondo, en cambio, ha sido siempre de una gran bondad.

–Mamá, yo siento más que nadie lo ocurrido. El ya se da plena cuenta de todo y no quiero que me vea más. Puede hacerle daño mi presencia. Como está inválido, es fácil que ignore el matrimonio.

–¿Y tú insistes en casarte con esa niña, hijo?

–Como se lo dije a papá, la haré mi esposa. ¡Si tú la conocieras, cómo la querrías!

XII

Vicente Alejo Ribera se hallaba en su consultorio del Este, en reunión con varios colegas. No se trataba de considerar en aquel momento ningún caso clínico. Los cuatro médicos hablaban agitadamente acerca de las noticias publicadas por la prensa del día, en relación con el lanzamiento de la bomba atómica. "Toda señal de vida ha quedado extinguida en Hiroshima –decía un despacho de Nueva York–. Hombres y animales, plantas e insectos, han perecido abrasados por el fuego o por efectos de las horrísonas ondas de aire incendiado. Resulta imposible hacer el recuento del número de víctimas habido, ya que los restos no pueden ser identificados. La ciudad ha dejado de existir. Se han salvado tan sólo algunos edificios de la periferia construidos con cemento armado. Los muertos se calcula que sobrepasan los 60.000. De los heridos se supone que sean más de 180.000".

–Tú, Vicente Alejo, ¿qué dices ahora? Responde tú, que fuiste tan partidario de los aliados –decía el doctor Eusebio Rodríguez.

–No puedo decir nada distinto de lo que ustedes dicen. Es un crimen que no se justifica por la absurda economía de vidas y de tiempo que alegan los americanos. Lo mismo que a ustedes, la noticia me cayó como una puñalada trapera. Hasta ayer, fui entusiasta partidario de la causa de los aliados; hoy, miro con espanto que son tan bárbaros como las propias hordas de Hitler. Cuando se rindió Alemania, yo respiré hondo. Tanto me entusiasmé, que asistí al solemne *Tedeum* que en la Catedral se cantó por disposición del Congreso. Di gracias a Dios por la paz que todos deseábamos. Creí que comenzaba una nueva vida para el mundo. Pensé que los subterráneos donde se habían escondido los hombres amenaza-

dos por las bombas comunes, serían para la humanidad como catacumbas donde se descafilaran las aristas de los viejos odios. Esto de hoy es espantoso.

–Yo creo –agregó el doctor Elías Miralles, joven muy tomado de ideas revolucionarias– que el lanzamiento de la bomba atómica marca el comienzo de una edad nueva en el mundo. Estamos en el año inicial de una era cuyos secretos sabrán acaso nuestros hijos.

–Te equivocas, Elías –interrumpió Vicente Alejo–. El mundo que viene es el mundo mismo que nosotros hemos vivido. Lo que comienza es un ciclo en el cual se dictará sin embozo la ley del más fuerte y en el cual el miedo y la angustia ocuparán el sitio de la fe y de la esperanza. Si ayer festejamos la derrota de Hitler, hoy estamos viendo su resurrección. No olvides que las fuerzas de ocupación de los americanos pusieron mano en los secretos atómicos de los alemanes. Hitler mismo, con ser quien era, parece que había detenido el proceso de fabricación de la bomba destinada al bombardeo de Piccadilly Cyrcle, porque el Instituto Kaiser-Wilhelm, de Berlín, le advirtió el inmenso peligro que representaba para el mundo desatar la energía del átomo de uranio. Alemania, como gran potencia, pudo ser rendida; en cambio, la filosofía del hitlerismo ha ganado la gran batalla. La Historia nos muestra cómo Grecia vencida dominó a Roma a través de sus filósofos y de sus retóricos. El hitlerismo arruinado inoculó su ponzoña en el espíritu ensoberbecido de los vencedores. Es una conquista al revés de la que efectuaron los griegos, por cuanto éstos mejoraron la condición de los romanos. Los que se dijeron abanderados de la justicia y de la dignidad humana levantan como trofeo de victoria las mismas tablas de la bárbara ley, en cuya abolición se dijeron empeñados. Los americanos han hecho cosa igual a la del fornido gladiador que rindió al audaz valentón que intentaba violar a la hija del vecino: Después de aniquilado el lujurioso engañador, sacrificó sobre su propio cadáver la doncellez cuya defensa se tomó por bandera de la liza. Las cuatro libertades son hoy un mero montón de ceniza. Dentro de pocos años veremos a los vencedores de Hitler sancionando los mayores atropellos. Sin embargo, el sufrimiento nuevo puede abrir una rendija para mejores luces. Del dolor de esta experiencia puede acaso, salir algo bueno para el mundo. Sólo en el

dolor, tomado en su vertiente filosófica, reflexionan los hombres que han pecado. Nosotros recordamos apenas el sufrimiento antiguo como mero acicate para una desenfrenada venganza, por donde se invalida la justicia nueva. El dolor no se estima en el área de la retaliación, sino en el terreno de la positiva conquista de juicios de mayor dimensión valorativa. El dolor es la pica maestra que rompe la piedra resistente de nuestro pavoroso egoísmo.

–Si el hombre llega a sufrir colectivamente, puede salvarse la nueva sociedad –agregó Eusebio Rodríguez, médico muy unido a Vicente Alejo, tanto por la común especialidad traumatológica como por la profunda afinidad de ideas cristianodemocráticas–. Siempre que pienso en el orden del mundo y en el caso inmediato de Venezuela, concluyo por aceptar la idea de que debe de aparecer en algún rincón silencioso una voz profética que señale nuevos caminos a los pueblos. Y esa voz no puede surgir sino del fondo de un dolor colectivo. Europa, Asia y Africa han padecido horriblemente. Nosotros, en cambio, vivimos de fiesta y celebramos la perspectiva de mayores entradas para nuestro Erario. Ustedes saben que soy hombre de fe y que creo en la dimensión teológica del pecado; pues no voy a referirme a sólo este tipo de pecado, confundido con el mero pecado social en la vieja teocracia judía. Me refiero apenas al pecado como culpa en el área de las realizaciones del pueblo, asfixiado por la convergencia de las faltas colectivas. Sobre la conciencia de culpa del pueblo elegido se levantaron los profetas: sin la noción inmediata de la responsabilidad del pueblo, no tendrá tornavoz la palabra alerta de los nuevos vaticinios. ¿De dónde quieren ustedes que surja entre nosotros la palabra frenética de un Ezequiel para indicarnos cómo no es necesario sacrificar corderos ni terneras, sino vencer y destruir la vanidad, la farsa, el engreimiento, la concupiscencia que nublan la vista de los hombres encargados de marcar rumbo y sentido a los pueblos? Se ha perdido la noción del pecado, mis queridos amigos. Cuando un pueblo no sabe que peca contra sí mismo, puede decirse que ese pueblo está perdido. El pecado del pueblo es resumen y término del pecado individual de los hombres. Fíjense cómo andamos nosotros. Ayer el país escuchó la voz alerta y entusiasta de una pujante juventud que se atrevió a tirar de las barbas al viejo Gómez. Esa juventud sufrió heroicamente en las cárceles y en Palenque. Se la miró como una gran

reserva de dignidad para el futuro de la República. Vean ustedes adónde han ido a parar muchos de aquellos próceres alegres. Algunos tienen pingües negocios, hechos a la sombra de dudosas influencias; otros se han prestado a ayudar a funcionarios que contrahacen lo que ayer censuraron; otros se dedican a la vil lisonja de los gobernantes; otros, y es lo peor, desaparecieron moralmente en las mismas cárceles y se prestaron en ellas a humildes actitudes. Salva la dimensión de aquella jornada magnífica la actitud leal del grupo selectísimo que aun piensa como en la mañana de aquellos martes felices. Convénzanse ustedes de que nuestro país no ha mantenido la rectitud enhiesta de ejemplos que alerten a las personas para no caer. La corazonada, la simpatía, la mamadera de gallo han dado al traste con los mejores juicios y han acabado con las más limpias y brillantes vocaciones. Entre nosotros, la injusticia y la deshonra no incitan la cólera sagrada, porque la clase obligada a dar pautas al pueblo está comprometida con el vivo y el negocio. Los hombres tenidos por mejores no han pensado sino en sí mismos. Para ellos cuenta más la sarna de su perro de raza que el dolor del hombre de la calle; para ellos la persecución de los ciudadanos preocupados por las libertades públicas ha sido valorada como garantía de orden que asegura su tranquilidad personal. Se les ha llamado honorables, pero no han sido sino una porquería vestida de limpio. Hemos vivido de mentiras, y por eso mismo hemos aguzado hasta sus peores extremos la vocación hacia la intolerancia. Parece un despropósito, pero nada promueve con tanta intensidad la carencia de tolerancia como el cultivo de la mentira. La verdad es fresca, pujante, segura de sí misma. La verdad no teme el diálogo. En cambio, la mentira se defiende en el áspero reducto de la intolerancia y de la negación del derecho ajeno. Un embustero es de una intransigencia de miedo. Entre nosotros, los mentirosos se hacen camino del brazo de los indiferentes, a quienes nada importa la suerte del pueblo. En cualquier momento ustedes verán del brazo a los que aparentan amor al pueblo con los explotadores de todos los tiempos. Este es un país con raíces hundidas en el fanatismo de la mentira dorada.

–Tú, Eusebio, nos estás echando la bomba de Hiroshima sobre nuestro hermoso valle de Caracas –comentó Leonidas Ibarra–. Creo que exageras para la cara del muerto. No estamos tan perdidos, ni creo que

seamos tan pecadores, ni tan embusteros. Tú le das a la vida un sentido teológico que no tiene. Tu imagen del mundo es muy sombría y pesimista. La vida está comenzando apenas. A ti te obnubila un poco para la visión de las cosas el afán de mirar a través de la cerradura de la Religión.

–Te equivocas, Leonidas –rearguyó Eusebio Rodríguez– Sé que tú cultivas aún ideas positivistas. Soy, en cambio, hombre de.fe religiosa. Miramos, en realidad, al mundo desde ángulos opuestos. Yo respeto tus ideas, y no trataré de convencerte a mis principios. Yo no soy fanático. Respeto tan supersticiosamente la libertad, que me limito simplemente a exponer mi credo. La fe, aunque no lo creas, para ser perfecta ha de ser libre como expresión de un acto de espíritu. Yo sólo defiendo los derechos de ese espíritu. Si el espíritu no prevaleciere, el mundo iría a la ruina inevitablemente. Yo creo que nosotros estamos donde estamos por carencia de espiritualidad, por exceso de practicismo, por dejarnos llevar de una visión errónea de lo que representa la técnica en el territorio de la conciencia. Sin espiritualidad, la abundancia se convierte en vicio y la pobreza en odio. Sobre el vicio y el odio no se construye la paz que hace a las naciones. El hombre, no lo negarás, es una conciencia que se mira a sí misma. El pueblo no es pueblo si no aprende a verse en el interior de la conciencia. Tú haces burla de mi fe religiosa. Respeto tus reservas, pero no olvides que la gran crisis de este país está enraizada en la crisis de los principios. Las generaciones de fines de siglo pasado y de comienzos de éste, cuando trataron de resolver los problemas generales, sustituyeron el espíritu por la materia. Lo que hemos visto y lo que aún nos queda por ver tiene una estrecha concomitancia con el desalojo de la filosofía espiritualista. Nuestros hombres fueron muy valientes para matar y arrojar a Dios de sus conciencias, pero al día siguiente del deicidio se arrodillaron ante los ídolos bárbaros fabricados por sus torpes manos. Hemos vivido como si no existiesen valores últimos y como si el fin de la vida estuviera en su mera instrumentalidad biológica. Si no ha habido pueblo consciente de sí mismo ha sido porque no lo quisieron educar las generaciones pasadas. Nosotros somos jóvenes, que andábamos por los veinte años cuando Venezuela hizo su regreso de la tiranía. Nosotros hoy sentimos Patria. Nosotros no tenemos que echar nudo a las lágrimas ante la presencia de otros hombres de América. Nada

me impresionó a este respecto tanto como haber oído referir a Alberto Adriani, cierta vez que mi padre lo invitó a cenar en casa, acerca de lo que él había sufrido una noche en Londres al compartir una mesa con un uruguayo, un costarricense y un chileno, que hablaban del curso del civismo en sus respectivos países. "Jamás me he sentido tan poca cosa y tan poco hombre. No podía hablarles de nuestro café y de nuestro petróleo sin caer en el ridículo nuevorriquismo. Para seguir hablando, me vi forzado a torcer la conversación hacia la economía del acero y del carbón, que formaba la base del conflicto del Sarre". Y si esto sufrió Adriani, que era venezolano y quería desesperadamente a Venezuela, apenas por haber nacido en nuestra tierra, ¿qué no sentirán los venezolanos con cuatro siglos de Historia sobre las espaldas?...

Terminaba Eusebio Rodríguez su larga perorata, cuando asomó en el vano de la puerta la figura venerable del doctor Ignacio Vargas. El anciano profesor se había mantenido en la sombra, mientras oía la plática adolorida e inquietante de los colegas.

–Se me han caído unos tantos años en la pesada carga. ¡Vaya que escucho a un grupo de médicos jóvenes hablando de algo que se eleva sobre la angustia del dolor físico y que se separa del frenesí de las patas de los caballos! Los felicito, muchachos.

Los jóvenes médicos se pusieron de pies para ir a estrechar la mano del ilustre profesor de Medicina doblado en filósofo, cuyas palabras tenían el doble estribo del saber científico y de la experiencia de la vida intensamente sufrida.

–He seguido con profunda satisfacción –siguió el doctor Vargas– el curso de este interesante debate y estoy con quienes marcan la necesidad de un sufrimiento colectivo, como triaca que cure nuestras grandes dolencias. Entiendo la amplitud del concepto con que se invoca el magisterio del dolor. Sufrir en el orden de los padecimientos físicos, bastante lo ha hecho el pueblo. Ayer hubo cárceles y destierros; yo mismo viví cuántos años fuera de la Patria. Mas ese dolor no tuvo, a lo que se ve, su correlato en la reflexión útil. Se trató apenas de grandes zonas dolorosas en el cuerpo del país; pero, junto con ese dolor profundo

de los unos, se ponía en resalto la satisfacción y la indiferencia de los otros. Esa indiferencia la sentí en la hora de mi destierro, cierta mañana en que al llegar a un Banco de París di con una compatriota a quien yo tenía afecto, la cual avanzó con un entusiasmo delirante a ponderarme los grandes progresos de Caracas y de Venezuela. Ya la oí sin interés y hasta con sorna, pero llegó el momento en que avanzó a preguntarme: "¿Y ustedes, doctor, por qué están perdiendo su tiempo acá y no se van a gozar de la Patria? Aquello está maravilloso. Los extranjeros mismos se admiran de nuestras grandes carreteras. ¡Ah, si usted viera el Hotel de Maracay y los grandes cuarteles! Caracas crece hacia el Este, que es una fantasía", todo esto dicho en medio de una ancha y festiva sonrisa. Pues no voy, le respondí, por pura vergüenza. "¿Y vergüenza de qué, doctor, si usted no ha hecho nada malo?", inquirió la dama con una risa que llegaba a la carcajada. "Vergüenza, díjele, de esa risa de usted, señora; de esa risa que seguramente habré de hallar en el rostro de los compatriotas envilecidos, que festejan las carreteras y los cuarteles y las plazas y los hoteles de Gómez sin pensar en la dignidad del país. Vergüenza de unos hombres y unas mujeres que miran sólo a la parte de fuera, sin cuidarse de los valores ultrajados por la dictadura. Dice usted que nuestro país asombra a los extranjeros, y está en razón, puesto que Venezuela se ha convertido en madre generosa de extraños y en dura madrastra de sus propios hijos. Por eso no iré a Venezuela". "Pero eso es risible, doctor, si allá se le quiere y se le estima a usted", siguió diciendo entre risas incontenidas la pobre dama. Ríase, le dije ya en tono airado; siga riendo, no deje usted de reír; ese coro estúpido de carcajadas sirve para disimular el lamento de los hombres que se quejan en las cárceles y de las madres y de las esposas que lloran por los hijos y los maridos asesinados. Rían ustedes de sus plazas, de sus hoteles, de sus caminos, de sus cuarteles, de sus ladrillos y de sus postes de cemento. Para usted y para muchos compatriotas, tan vacíos como usted, no cuentan los problemas del espíritu. La hora es de francachela, de viajes, de remates, de contrabando, de fuegos de artificio, de clubs. Es la hora sombría en que Dios entrega los pueblos a las fuerzas subalternas que sirven de estímulo a los bajos instintos. Nuestra deficiencia educativa no permitía, en realidad, que se sintiera la comunidad en la desgracia del país. La red sensoria ha estado dañada y la ofensa inferida al ciudadano como tal, no tuvo jamás repercusión en la conciencia colectiva. Hemos vivido la

estúpida filosofía del loro montado en el palo del velero zozobrante: hizo burla del riesgo de los otros, hasta que el mástil se hundió y él se vio en la inminencia de la muerte. Aún entonces no pudo constituir correctamente la oración plural; se limitó a decir: *se fuñimos.* Nosotros, como pueblo, soslayamos, también, el plural. En nuestro país el territorio del yo no confina con el campo del nosotros; a lo sumo llegamos al cuasi neutro del loro del naufragio. No será la abundancia viciosa parte a abrirnos los sentimientos de pueblo. Mientras más sean las disponibilidades económicas, mayor será el descenso de nuestro nivel moral. La abundancia no abre vías a la reflexión útil. Necesitamos algo que nos despierte el sentido interior y nos lleve a reconsiderar el destino y el objeto de nuestra vida. Estamos urgidos del latigazo que nos obligue a pensar en nuestro deber de ciudadanos y de hombres. ¿De dónde va a salir ese alerta? Mi generación lo buscó en el positivismo. Un examen frío nos deja hoy ver cómo Gómez fue un hijo legítimo del positivismo, empeñado en dar a la biología el primado del mundo. A la hora presente, la técnica constituye un peligro mayor que la filosofía materialista. El imperio de la técnica puede arruinar la esencia espiritual de lo humano. Nuestra nueva concepción de la vida ha de levantarse de todo deprimido nivel, para trascender más allá del propio mundo circundante. Urge, por ello, valorar el dolor en sus más auténticas vertientes de espiritualidad y de razón. Hay que desentrañar el dolor que nos rodea y tomarlo en su tremenda desnudez, con exacta responsabilidad colectiva. Con sólo abrir los ojos, podemos ya tropezar con las úlceras sociales que nos empeñamos en recubrir de oropeles. En ese examen angustioso de la realidad, puede ganar filo cortante la palabra de los nuevos conductores. Mas no la palabra envuelta en la promesa de falsas conquistas, ni el reclamo de castigos y de retaliaciones para quienes puedan ofender a la sociedad. Precisa, en cambio, la palabra orientada a que el hombre comience por hallarse a sí mismo. Porque, dígase lo que se quiera, marchamos a la manera de ciegos perdidos en la plena luz. Más que cultura de la inteligencia, necesitamos cultura de la voluntad. Más que sabios capaces de hacer leyes previsoras y que humanistas que levanten el tono de la literatura, necesitamos hombres honestos, con voluntad de ampliar los valores humanos. No se conformen con lo bueno que la apariencia les ofrezca. Todos los días debemos ganarnos nuestro propio derecho a ser dignos, no perdiendo de vista el hecho simple y desnudo de

que nuestra dignidad ha de reflejar, como espejo clarísimo, la propia dignidad del vecino. Cuando éste no tiene completa su dieta, nuestro hartazgo es pecado; cuando nuestro vecino se siente amenazado por la injusticia, nuestra seguridad es un atentado contra el orden justo.

Sosegó el discurso del maestro y los jóvenes médicos manifestaron al venerable anciano el regocijo profundo que les proporcionaba su palabra encendida y veraz.

XIII

Doctor, el Padre Hermoso desea verlo –dijo a Vicente Alejo Ribera la enfermera que atendía la consulta.

–¿Tiene cita?

–No, doctor. Me dijo que se trataba de un asunto personal.

–Dile entonces que haga el favor de esperar un momento, mientras recibo al muchacho lisiado que me anunciaste antes; éste tiene su tiempo contado.

El Padre Hermoso aguardó en el recibo de la clínica un buen rato. No le hizo, en realidad, mucha gracia que lo obligaran a esperar, mientras el médico atendía al pobre muchacho del pueblo que había entrado cojeando. En la mesa del recibimiento encontró buenas revistas extranjeras y del país. El Padre se entretuvo fojeando unas y otras. Luego entró en plática con una señora recién llegada con un brazo enyesado. La señora era una distinguida feligresa, que había recibido del Padre Hermoso el encargo de supervigilar la obra del catecismo de los niños pobres.

–¿Y usted por aquí, Padre? –preguntó la dama.

–Sí, señora; pero en algo que no tiene relación con la medicina de los huesos. ¡Gracias a Dios!, mi armazón ósea es perfecta y saludable.

–¡Ah, sí, mi Padre! Usted respira salud y alegría. En el rostro se le adivina el bienestar.

–La buena conciencia, misia, aunque sea feo decirlo. Cuando uno ajusta su vida al deber moral, hasta la digestión se le facilita.

Avisó la enfermera al Padre Hermoso que el doctor lo esperaba y luego fue introducido al consultorio del médico.

–¡Cuánto gusto me da verlo por aquí, Padre! Siéntese usted.

–¿En qué puedo servirle?

El Padre Hermoso se arrellanó en la poltrona de cuero rojo situada al lado del escritorio del doctor Ribera. Este le ofreció un cigarrillo, y luego, el pequeño recinto estuvo lleno de fragantes y azulosas espirales, delatoras de la excelente calidad de la picadura.

–Usted sigue fumando cigarrillo negro, doctor –comentó el Padre, mientras se llenaba el pecho con una sustanciosa ración de humo.

–Me gusta más que el americano, Padre. Además, creo que así las compañías que fabrican las marquillas nacionales sean de capital extranjero, algo dejan a nuestros cosecheros y a los trabajadores que acondicionan la hoja. Son pequeños detalles que ayudan a la defensa del país.

–Yo también prefiero el cigarrillo negro, sin cuidarme mucho de lo nacional, doctor. Tal vez lo que hacen los gringos con los cultivadores criollos sea más de lamentarse que la estafa de los introductores del cigarrillo extranjero. ¡Ah, se ven cosas de miedo! ¡Ya esto no se compone ni con la ronda de Quíbor! Hay que resignarse, doctor.

–¿Y qué lo trae por aquí, mi Padre? –preguntó Vicente Alejo, a quien molestó el modo de las palabras del sacerdote.

–Pues viera usted, doctor. Vengo a tratarle una cuestión muy delicada e íntima, que me confió su familia. Los suyos conocen la buena amistad que me une a usted y la rectitud de sus principios cristianos, y me han pedido que viniera a charlar con usted respecto a su proyectado matrimonio.

–¿Qué quiere decir eso, Padre? ¿Mi madre le ha pedido, acaso, que venga a convencerme de que no me case? –preguntó rápidamente Vicente Alejo, en tono de moderada sorpresa.

–No propiamente doña Soledad, pero sí don Fabio, su tío. Me pintaron el caso de su entrevista violenta con don Alfonso y de su empeño en casarse con una muchacha que no es del mismo nivel de la familia. Ya don Alfonso sufrió el primer choque en su salud; sabe Dios adónde pueda llevarlo un nuevo disgusto. Usted es muy buen hijo y sus sentimientos de cristiana obediencia no pueden ser quebrantados por una pasión explosiva hacia una niña que acaba de conocer.

Vicente Alejo escuchaba serenamente las palabras del clérigo y a medida que hablaba lo miraba con una mirada entre compasiva y burlona.

–¿Conque mi tío don Fabio le dio ese encargo de parte de la familia?

–Sí, doctor. Parece que todos se angustian ante la idea de que usted pueda hacer un matrimonio desigual.

–¿Desigual por qué? preguntó con rapidez Vicente Alejo.

–Pues desigual en categoría social, doctor. Esa niña, según me dicen, es hija de un hermano bastardo de usted, y su abuelo era un isleño enriquecido, que se casó con una mulata de Petare. Usted comprenderá que su familia está justamente escandalizada.

–Sepa, Padre, que quien está espantosamente escandalizado soy yo, al verlo a usted metido en esta embajada.

–No, doctor. Comprendo que el paso es duro; pero yo soy agente de paz y de concordia. Yo procuro que su familia no se divida por un capricho suyo.

–Padre Hermoso, yo estoy asombrado de verlo defender su propia conducta. Perdonará las palabras duras que le pueda decir, pero usted no

obra como sacerdote. Eso de que avance a hablarme de desigualdad social me parece reñido con la esencia de la caridad cristiana. Sé que en aquellos países donde desgraciadamente dura la esclavitud legal, la Iglesia admite como causa de invalidez del matrimonio el error respecto al hecho de que uno de los contrayentes fuese esclavo; mas sitúa la causa en la propia voluntad particular del cónyuge engañado y no en una generalización conceptual. En el orden cristiano resulta ridículo hablar de distingos sociales, cuando el Evangelio es camino por donde todos son invitados a transitar con idéntico derecho de ganar la libertad del espíritu. Vea cómo la misma doctrina de la Iglesia busca de eliminar incómodas concomitancias, que la larga navegación en mares cargados de pasiones e intereses dejó, a manera de la fauna marina que resta agilidad a los transportes, en la propia quilla de la nave de San Pedro. Penetre el sentido de las Encíclicas de Pío XII, y dése cuenta de cómo más que las palabras de sus antecesores se acercan las del Pontífice reinante a la claridad y sencillez cristiana. Piícese, Padre, y no se aferre a juicios sin sentido.

–Se equivoca, doctor. Hago un gran sacrificio al exponerme a que usted me desaire; pero nuestra misión es servir a la concordia de los hogares.

La calma, la serenidad, la discreción que caracterizaban la conducta de Vicente Alejo comenzaron a relajarse; mas el gran dominio de sí mismo le permitió hablar al Padre Hermoso en un tono tan mesurado, que su discurso era una especie de lección magistral para el sacerdote.

–Oiga, Padre, usted está cargando su conciencia con la tremenda responsabilidad de obligarme a decirle las cosas desagradables que va a oír. Su misión carece de espíritu cristiano. Si usted fuera un verdadero sacerdote de Cristo, no andaría con esas pamplinas y necedades de clases y de rangos. Lejos de tratar de convencerme a mí sobre la base estúpida de un prejuicio social, debería, en cambio, hacer causa con los débiles pacientes del menosprecio de las altas esferas de la sociedad. ¿De manera que usted cree en esa imbecilidad de los dones inherentes a la calidad heredada? ¿Cree, acaso, que la nobleza se recibe junto con unos pergaminos amarillentos y sucios? ¿Olvida que cada quien es hijo de sus obras? No sea santo, Padre. Si eso es ridículo aun en países

formados a través de viejas estructuras aristocráticas, en Venezuela es un verdadero anacronismo reñido con el sentido común. Usted olvida que su misión no es servir los intereses de las clases pudientes, sino proteger la dignidad humana de los débiles. Mi novia es una muchacha honrada, hija de un matrimonio cristiano. Su padre era hijo bastardo de mi padre. Si en esto hay algún pecado, cóbreselo a mi padre, cóbreselo a mi abuelo, pero jamás a mi novia, ni a mí menos. Si el tío Fabio está preocupado por el prestigio de la familia, ya podía huir el escándalo de su cuñada Abigail Carranza, la mujer de Pompilio Zerpa, cuya casa se ha convertido en un inmundo garito, donde damas de gran calidad se cruzan apuestas que hacen pensar en ayudas extrañas; y usted mismo, Padre, podría aconsejarle que evite que sus hijas se junten con las loquitas de sus primas, amparadas para sus escándalos diarios en el prestigio heredado de su apellido Carranza. Pero a usted, Padre, no interesa eso. A usted interesa complacer con sus servicios a mi tío Fabio, porque éste le está dirigiendo las nuevas torres de la iglesia y le ayuda con dinero para su fábrica. A usted no le importa nada la virtud ni los derechos de mi novia; le interesa apenas servir al ingeniero rico, a quien confió el amontonamiento de ladrillos de su templo. Mírese hacia dentro, Padre, y hallará en su interior a un feroz fariseo.

–Usted me irrespeta, doctor –interrumpió el Padre Hermoso en tono alterado, mientras se ponía de pies.

–Padre, no se altere, siéntese y escuche. Fui duro diciéndole a mi padre verdades que sólo yo podía decirle. A usted también se las diré, como cristiano, que me veo traicionado por la voz de quien se dice ministro de Cristo. A usted lo ha movido para venir hasta mí solamente el interés que lo une con el ingeniero de quien recibe ayuda para la fábrica exterior de su templo. A usted no lo mueve el empeño de misericordia que da autenticidad a los valores cristianos. Lo empuja apenas un propósito que mezcla lo religioso con lo material. Esa conducta está arruinando a la Iglesia de Cristo. Como usted, abundan clérigos que confunden la Religión con los ladrillos y con las huchas, donde los fieles depositan sus limosnas para el culto. Esa Iglesia suya se parece a la Iglesia del Anticristo. Esa Iglesia a que usted sirve pacta con el Diablo y ahuyenta de su interior a Cristo Nuestro Señor. Para esa Iglesia que usted se está

fabricando con la ayuda del tío Fabio nada representan los derechos de los humildes, de los desheredados, de los perseguidos por los odios. Usted anda de brazo con los poderosos, capaces de darle ladrillos para el lucimiento de sus altas torres, y anota entre los suyos a los risueños farsantes que hablan de teología y apologética con cara muy contrita, mientras dejan sin sopa al huérfano o negocian a favor del vicio extranjero; amigos suyos y sostenedores de su círculo influyente son los tiesos señores que salen de los garitos, de los burdeles, de las lonjas donde dan dinero al cinco por ciento mensual, muy reídos y campantes, luciendo en la *boutonniere* la insignia de la Coromoto, por muchos tomada hoy como sacrílego emblema de derechismo y catolicidad. Sin ir lejos de mi propia familia, ¿no ha estado usted buscándole en la Nunciatura una cruz papal a mi tío José Domingo, pese a que el viejo, con sus ochenta años a cuestas, insiste en sacar las tripas de sus clientes a fuerza de intereses leoninos? ¿No le cuelga todos los años la llave del Monumento a un convicto traficante, enriquecido con la rapiña de las arcas públicas, pero que se muestra muy celoso de la Parroquia? ¿Se olvida que hace pocos meses, para poder asistir a un desayuno de Primera Comunión en la casa de no recuerdo qué Ministro, se negó a ir a confesar a un obrero herido por los lados de los "Hornos de Cal"? Recuerde, Padre, que la Iglesia es una comunidad de fieles formada en torno a las gracias de los Sacramentos que dejó al hombre Nuestro Señor, y no una empresa de mundanales fines. Sepa, Padre Hermoso, que en esa empresa de terceros ya había fracasado el celoso tío Fabio. En semanas pasadas recordará que estuvo en Caracas el Padre Contreras, llamado por el Nuncio y el Gobierno para ofrecerle la diócesis vacante de Cumaná. El Padre Contreras es amigo de nuestra familia y fue requerido para que me convenciese de mi presunto error matrimonial. Pues el Padre Contreras habló de tal forma a mi madre, que ésta terminó por convenir en mis razones. El Padre Contreras le habló con palabras cristianas, claras, humildes. Le habló movido de ese mismo espíritu sencillo y desinteresado que lo llevó a desechar la mitra que en vano usted ha buscado por mil torcidos caminos, entre ellos dejar sin confesión a un moribundo, por no perder la oportunidad de jalar mecate a un Ministro. El Padre Contreras, sin ser poeta ni orador brillante tiene palabras para despertar en el corazón de los cristianos las luces que usted y otros se esfuerzan por apagar.

–Usted se sobrepasa en su irrespeto, doctor Ribera. No en balde me habían dicho que usted se estaba haciendo comunista.

Después de una estrepitosa carcajada, Vicente Alejo Ribera prosiguió su discurso:

–Sí, señor; a usted y a otros más les han dicho que yo soy comunista. Peor para usted y para sus congéneres, mi querido Padre. A mí me pueden llamar comunista algunos clérigos de su misma calaña, clérigos que desoyen las doctrinas de la Iglesia y se alían con los acaparadores y con los verdugos del pueblo. Al comunismo, Padre, quienes le ayudan de verdad son los sacerdotes y los católicos de su propio cuño, empeñados en defender formas caducas de vida y opuestos, consiguientemente, al natural avance de la justicia social pregonada por el Pontífice en magistrales palabras. Crea, Padre, que a mí me duele todo lo que le he dicho, pero usted me ha puesto en el camino de hacerlo. Usted ha venido con una misión odiosa, invocando el nombre de mi familia. Para mí hoy mi familia habla por sólo la voz de mi madre. Mi madre sabe que yo voy a casarme con Yolanda Méndez. Aprueba mi conducta, porque ella, Padre, sí tiene voz de madre. A toda hora es lo que, en realidad, es la Iglesia de Cristo y lo que muchos de sus voceros niegan con su conducta hasta empujar a las masas enceguecidas por los odios a arrojar sobre ella teas incendiarias. Por causa de sacerdotes como usted la sociedad se descristianiza y se vuelve contra los altos valores de la Iglesia. Piense que no somos muchos quienes persistimos en buscar a Cristo, pese a tropezar con falsos apóstoles; reflexione acerca del papel de socavadores de las bases de la Iglesia que asumen muchos malos sacerdotes y piense que no abundan los que estamos ciertos de que la fábrica tambaleante por el daño interno que le causa un clero vicioso es sostenida por las manos invisibles de los ángles.

–Le recomiendo, doctor, recoger sus palabras, que ya rozan con la herejía. Usted tiene malas juntas y no ve las cosas claras.

–Padre Hermoso, no nos llamemos a engaño. Yo soy joven y no he visto de ojos el desarrollo anterior de su vida, pero conozco sus antecedentes.

Procure rever su conducta, y si quiere una mitra, espérela por otro camino. Para ganar suerte, usted ha traicionado al mismo que ayer lo protegió con su larga caridad.

–Es usted un atrevido, doctor. Sus palabras lo llevan al plano de la excomunión.

–Usted, Padre, es un mal sacerdote, que esta vez se equivocó de puerta y dio con un buen cristiano que le ha cantado la verdad. Esta vez fue la Iglesia quien topó con Don Quijote.

–Quédese usted con el Diablo –dijo el sacerdote, en tanto salía furioso, sin extender la mano a Vicente Alejo– ¡Le pesará su atrevimiento!

–El Diablo se va con usted, mi querido Padre Hermoso –respondióle el doctor Ribera–. Su amenaza me deja sin cuidado. Por mi boca habla la verdad de una Iglesia que usted y muchos ultrajan con una detestable conducta. Para poder establecer el orden en el mundo, urge poner orden en las cabezas rectoras. Sepa usted, que para que un clérigo pueda hacerse respetable siempre, ha de comenzar por respetar él mismo su investidura sagrada. No crea usted que al recibir una dignidad que lo hace administrador de los sacramentos de la Iglesia, recibió, también, una bula para pecar y un salvoconducto para escurrir las responsabilidades que le acarrea su pésima conducta. En usted y en muchos de su catadura parece representado no Cristo, sino el supremo sacerdocio de Caifás. Convénzase, Padre Hermoso, de que si Cristo tocase a su puerta, no lo reconocería, porque usted aguarda a un banquero o a un guapo y no a un varón de dolores. Para que Cristo viva y palpite en su Iglesia, ésta necesita ganar vertientes de autenticidad evangélica. Cuando el mundo está más urgido de una inmersión de espiritualidad, usted y otros de su estilo ahuyentan con su destemplado vocerío a la propia paloma del Espíritu Santo, tal como viejas cocineras armadas de agresivas escobas contra las alegres gallinas. Cuando el hombre aprieta el paso para llegar más pronto a las vertientes de la fe que pueda acallar su desesperación y su angustia, la incomprensión y la dureza de sacerdotes de su laya le hacen más lento y difícil el camino y le ofrecen la paradoja de ver obstruida por los operarios la eficacia de las normas pontificias.

El sacerdote, que había permanecido en la puerta entreabierta, no respondió ya, y salió violentamente. Vicente Alejo Ribera tocó el timbre para llamar a la enfermera.

–¡Qué laberinto es el mundo! –penso entre sí– ¡Qué cosa tan difícil es ser un fiel cristiano cuando el rebaño cae en manos de pastores vendidos al Diablo! Yo, convertido hoy en maestro de aquel de quien debería ser atentísimo discípulo...

XIV

Vicente Alejo Ribera no volvió a la casa paterna. Violento como el padre, se casó en el término que permitían las leyes. Dos meses después, Alfonso, por medio de la pizarrilla, preguntó a Soledad por el hijo. Soledad buscó las más pequeñas y tiernas palabras para informar al padre de la suerte de Vicente Alejo.

–El pobre Vicente ha sufrido mucho, Alfonso. El es un hijo insigne. Yo escuché la conversación que tuvo contigo.

Alfonso mostró sorpresa por medio de una interrogante mirada en que decía a la esposa:

–¿Oíste todo?

–No te enfades, Alfonso. Dios es muy grande y escribe recto en renglones torcidos. Cada día malo trae su mañana buena. Yo conocía tu vida muy bien. Sabía que me ocultabas tu pasado, porque creías que así me evitabas molestias. Vicente es el primer fruto de nuestro amor. Yo te pido que lo perdones.

Volvió a usar Alfonso la tablilla y preguntó a Soledad:

–¿Se casó?

–Sí, Alfonso. La muchacha es preciosa y de una dulzura extraordinaria. Jamás he visto una criatura más inteligente.

Vuelta la tablilla a preguntar:

–¿Y la trajo aquí?

–No. Yo fui a verlos. El no ha querido que tú le oigas siquiera la voz. Ya tienen dos meses de casados y Yolanda espera un nené.

Alfonso abrió desmesuradamente los ojos, respiró hondo y volvió a hablar con la tablilla:

–Dile que venga y que traiga a la esposa.

En su silla de inválido estaba sentado Alfonso Ribera. Había envejecido espantosamente. Su rostro hasta hacía poco tiempo completamente rasurado, estaba cubierto de una espesa barba blanca, que acentuaba aún más la precipitada ancianidad. Sus ojos, convertidos en inquietas y vivaces ventanas adonde se asomaban las palabras inválidas, acusaban, sobre la presencia de un dolor apacible, reflexivo y profundo, una tenue luz de plenitud y consolidación interior. La ausencia de palabras diríase que obraba en los labios de Alfonso Ribera a guisa de retorno a la absorta inocencia de los labios infantiles, mientras en las inquietas pupilas la luz hablaba con dimensión de inteligible voz. En la boca no se le adivinaba el dolor de las palabras contenidas. La falta de vocablos expresivos la compensaba, en cambio, con una permanente, resignada, alegre sonrisa. Al lado de Alfonso, Soledad labraba un gorrito de lana.

–¡Mamá! –llamó desde fuera la voz de Vicente Alejo.

–Entra, hijo –respondió con alegría Soledad.

Vicente Alejo y Yolanda penetraron en la alcoba con pasos torpes. Alfonso abrió los ojos desmesuradamente e invitó con la mano a los hijos a que se acercaran. Vicente Alejo abrazó y besó al inválido. Yolanda, dulce, alegre, tímida, se acercó y besó al abuelo y suegro. Alfonso hacía esfuerzos para decir algo. Sólo le obedecían los ojos explayados, de adolorida y tierna mirada. Sonrió una vez más a la encogida Yolanda y, en medio de una luminosa sonrisa, le señaló con el

dedo la labor de agujas en que se entretenía Soledad. Luego, les indicó que se sentaran a su lado. Alfonso expresaba en el rostro el inmenso deseo de hablar a los hijos. Las palabras que quedaban inéditas en los labios, brillaban como extrañas luces en los ojos inmensos.

Alfonso Ribera había regresado de las praderas de la muerte sin traer entre las manos ninguna huella de gusanos malolientes, como ocurre a ciertos homúnculos morales, envenenados de resentimiento por la poquedad del sitio que ocupan en la vida, y quienes al lograr salvar la existencia en el nuevo boqueo de la agonía, retornan con el hedor de la muerte frustrada. Alfonso Ribera, por el contrario, y no en balde la invalidez ambulatoria y la ausencia de palabras expresivas, se sentía deseoso de comunicar a los demás los dones magníficos de la vida prolongada y de hacer prácticos los frutos espirituales vendimiados en la útil reflexión lograda en medio del fecundo silencio del dolor. En seguida hizo señas a Soledad para que comunicase algo a Vicente Alejo.

–Tu papá –dijo Soledad– resolvió ayer destinar cuatro millones de bolívares para una obra consagrada a proteger a los hijos sin padres, y quiere que tú des los pasos para la fundación.

–¡Magnífico! –exclamó Vicente Alejo–. Vas a hacer una gran cosa, papá –y en seguida se acercó al viejo para abrazarlo y besarlo en la frente.

–Quiere él que tú presidas la Junta y que pienses en otras personas preocupadas por estas cosas, para que te ayuden a dirigirla.

–¡Cómo no, mamá! ¡Estupendo!

Después de recogerse un rato en sí mismo, Vicente Alejo agregó:

–Yo propondría las siguientes personas, todas de distintas tendencias políticas, las cuales han manifestado siempre marcado interés por los problemas de los menores y, en general, por los problemas de la justicia:

Rafael Vegas, Ministro de Educación y gran autoridad en paidología; Cecilia Núñez Sucre, Rafael Caldera, Jóvito Villalba, el Padre Barnola, Alfonso Ignacio y yo.

–¿Pero eso es un saco de gatos, Vicente?

–Sí, mamá, justamente un saco de gatos. Le has dado su mejor nombre; pero Venezuela necesita ver reunidos a sus cuatro gatos en torno a obras de justicia y de alcance social. Todos trabajarían con interés y desprendimiento. Estoy seguro de eso. La hora que vivimos permite estas empresas de inteligencia y cooperación entre los hombres responsables. ¡Si supieras el gusto que me ha dado ver salir del restaurant "París" a Jóvito Villalba, Manuel Egaña, Rómulo Betancourt, Enrique Tejera, Numa Quevedo, Arnoldo Gabaldón, Valmore Rodríguez, Héctor Cuenca, el Comandante Leonardi, José Antonio Marturet, Rafael Pizani, Mariano Picón Salas, el Mono González, Héctor Parra Márquez y otros más! Se reúnen en mesa de alegre camaradería, no para hartarse, sino para hablar, que es la manera de entenderse los hombres. Los tiempos son propicios para empatar el diálogo fecundo, que rompieron el egoísmo y la indiferencia de antaño. En el principio fue el Verbo. Los pueblos que hablan coronan su camino.

Alfonso, que seguía con aguzado interés el curso de las palabras del hijo, abrió aún más los ojos y, sonriente, aprobó con un alegre movimiento de cabeza...

GLOSARIO

Abrillantado.–Pretensioso, presumido.

Aguardientoso.– Aguardentoso.–Persona que habitualmente bebe aguardiente.

Amaro.–Aguardiente con cortezas amargas. Tintura amarga para dar tono a cocteles y tortas.

Araguaney.–Arbol nacional de Venezuela, de madera resistente y rica y de preciosa flor de color amarillo.

Arreboles.–Amores de la viuda.

Arrocito.–Diversión bailable de poca calidad.

Bajú.–Interjección de enfado y desaprobación (vulgar). (Trujillo y Mérida).

Balay.–Plato grande, de mimbre o carrizo, sostenido del techo por medio de tres vientos y el cual se utiliza en las cocinas para guardar cosas y alimentos y, en especial, sobre la lumbre, para ahumar quesos y carnes. (Trujillo y Mérida).

Berroterán.–Aguardiente con maceración de berros.

Bollo.–Insulto, agravio.

Borococo.–Buho, lechuza (Trujillo).

Brecas.–Zapatos de enrejar.

Brodequines.–Zapatos altos.

Buenmozo.–Persona agradable de rostro, no luzca así aventajada presencia.

Burreado.–En abundancia.

Burrera.–Cobija rústica de lana, tejida en las tierras altas de los Andes. También se da este nombre a una torta hecha de harina y azúcar, típica de Caracas.

Cabildo.–Reunión de personas.

Caimacán.–Pez gordo.

Cambure.–Cambur (Trujillo).

Camisón pa Petra (mucho).–Frase con que se expresa lo desproporcionado de algo.

Cangreja (Dar la).–En el juego de billar, ventaja que el más diestro concede al contendor, y la cual consiste en que le sean rebajados de su cuenta los tantos que haga el bisoño.

Cañandonga.–Aguardiente de caña.

Cara del muerto (Para la).–Expresión con que se pondera algo.

Carajo.–Porra. Sinvergüenza (vulgarísimo).

Carrizo.–Porra.

Caujil.–Merey, marañón (Maracaibo).

Cipote.–Sinvergüenza. Al cipote, a la porra.

Crespera.–Movimiento político-militar del general Joaquín Crespo.

Cubilete.–Sombrero de copa.

Cuero de tigre.–Banderilla, sablazo.

Curuba.–Especie de parcha (Mérida).

Curamichate.–Forma despectiva de referirse a un sacerdote.

Chácharo.–Nombre que se generalizó para la policía que rodeó a Gómez después del año 28. Persona arbitraria y negada a las ideas civilistas.

Chicharrón (Primer).–Dícese de la persona muy entrometida, que pugna por aparecer siempre, sobre todo en los eventos sociales.

Chocolatera.–Cabeza.

Dato.–Tuna, higo chumbo (Maracaibo).

Desplicar.–Explicar.

Embusacar.–Ocultar, encubrir.

Empavar.–Transmitir mala suerte.

Enratonado.–Persona que sufre los efectos de una copiosa bebida alcohólica.

Entualito.–En seguida.

Filimisco.–Delicado, afectado.

Finita.–Inmutable, sin variación alguna.

Flor amarilla.–Dícese de la edad de los doce años.

Floripón.–Floripondio (Trujillo).

Fritas.–Rajas fritas de plátano.

Fuñir.–Molestar, embromar.

Galería.–Alcoba principal.

Godarria.–Círculo de godos.

Godo.–Conservador, reaccionario.

Gonzalico.–Ave canora de color amarillo y negro. (Trujillo y Mérida).

Granjería.–Provecho alegre. En plural, dulces de confección casera para la venta.

Guayabero.–Nativo o vecino de la ciudad de Ejido, Estado Mérida.

Guayabo.–Melancolía, tristeza de los enamorados, pena de amor.

Güercho.–Tuerto (Mérida).

Guiña.–Mala suerte.

Guiñoso.–Persona o cosa que transmite mala suerte.

Hartico.–Algo abundante, pero sin idea de plenitud (Mérida).

Hatico.–Hotel, villa, quinta (Maracaibo).

Huesodepuerco.–Pretensioso, presumido (Mérida y Trujillo).

Huevos chimbos.–Dulce de yemas en almíbar.

Ingrimo.–Solo. Se usa la reduplicación íngrimo y solo.

Ipa.–Interjección para anunciarse y saludar. (Mérida).

Jaiba (La).–Interjección con que se denota enfado y rechazo de una cosa. Muy vulgar (Maracaibo).

Jalar mecate.–Dar coba, adular.

Juan Bimba.–Hombre del pueblo. El pueblo mismo.

Jumangue.–Arbol de resina dulce (Trujillo).

Justiniana.–Absoluta. Se aplica a la pobreza (Mérida y Trujillo).

Lanudo.–Apodo dado a la gente de los Andes.

Leontina.–Cadena, generalmente de oro, que sujeta el reloj de bolsillo.

Liquiliqui.–Blusa del hombre de trabajo, cuyo cuello se cierra con botones de oro o plata dispuestos en cadena.

Mabita.–Mala suerte.

Maduro.–Plátano grande maduro.

Mamadera de gallo.–Broma, burla, chota. Tomar el pelo.

Mana.–Pozo. Primera acep. (Mérida).

Mandador.–Rebenque (Mérida y Trujillo).

Marchantía.–Clientela.

Marusa.–Pequeña bolsa de esparto, de confección rústica, destinada al acarreo de pequeñas cosas (Mérida y Trujillo).

Miche.–Aguardiente.

Mintoyes.–Sitios de donde se extraen restos indígenas.

Mono (montar un).–Abrir cuentas que no terminan de abonarse.

Mono (no carga a su hijo, donde).–Dificultad extrema.

Morfeo.–Albergue nocturno (Caracas).

Muérgano.–Sinvergüenza.

Musiú.–Tratamiento dado al extranjero.

Pabellón.–Plato típico a base de arroz blanco, caraotas negras y carne frita deshilachada.

Paisa.–Andino. Especialmente el oriundo del Estado Táchira. Tratamiento familiar que se da a la gente de la Cordillera.

Palo.–Trago de aguardiente. Caña. Copa.

Panela.–Azúcar prieta vaciada en moldes rectangulares.

Paradura del Niño.–Festejo del Niño Jesús, celebrado en cualquier día entre la Circuncisión y la Purificación (Mérida y Trujillo). Hoy, esta fiesta la confunden con la antigua del Niño Perdido.

Parapara.–Bellota seca.

Parar un monte.–Conversar largo.

Patilla.–Sandía.

Patuco.–Alt. de apatusco, para expresar el artificio con que maliciosamente se encubre una cosa.

Pausero.–Lento, pausado (Trujillo).

Pava.–Mala suerte.

Pavoso.–Persona u objeto que transmite mala suerte.

Pendejada.–Tontería.

Pendejo.–Tonto.

Perico.–Revoltillo de huevos, cebolla y tomate (Mérida).

Pesebre.–Altar hogareño para el Nacimiento (Andes venezolanos).

Piache.–Médico, hechicero de los indios.

Picado de centella.–Loco.

Pichirre.–Mezquino. Segunda acep.

Pichú.–Lucido, elegante, peripuesto. Es voz del norte de España.

Pilón (Mano de).–Mala suerte.

Piquineldo.–Juguetón, pendenciero.

Pistolada.–Tontería.

Pitiyanqui.–Nombre recientemente dado en el Caribe al criollo vendido al norteamericano. Lo acuñó el poeta puertorriqueño Llorens Torres.

Platero.–Cigarro de La Plata (Zea, Edo. Mérida).

Pobrecía.–Pobretería.

Promesero.–Pagador de promesas religiosas.

Pumpá.–Sombrero de copa, chistera, cubilete. Jarra de cerveza.

Puñalada trapera.–Puñalada trapacera. Golpe a traición.

Puya.–Comentario crítico, agudo, irónico.

Quinta.–Hotel, segunda acep.

Quizque.–Dizque. (Mérida).

Real.–Moneda de cincuenta céntimos de bolívar.

Retrechero.–Persona rijosa y de malas pulgas.

Sin hueso (La).–La lengua.

Sucumbás.–Zorro (Trujillo). [Rabipelado, zarigüeya (Nota del Comité Editor)].

Sufridor.–Sudadero.

Taquititaqui.–Que se sobreestima, que tiene muchos humos.

Tequeños.–Fritura de queso cubierto de masa de harina en forma cilíndrica.

Torta (Volverse la).–Salir el negocio al revés.

Totear.–Reventar.

Totumerar.–Pensar, recapacitar.

Tronitoso.–Hombre de parranda.

Troncos.–Tiempo de comer. Ración.

Uña en el rabo (Ser de).–Recalcitrante, empecinado, intransigente.

Vale.–Amigo, compañero.

Valencianas.–Alpargatas de suela y capellada tejida de algodón.

Volón.–Café sin dulce.

Yelitos.–Nombre dado en Maracaibo a los discretos aires frescos de diciembre y enero.

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 12

Los Riberas; historias de Venezuela. Caracas: Edics. Independencia, 1957. 499 p.

- 2ª ed. Pról. de Miguel Angel Burelli Rivas. Caracas: Fundación "Mario Briceño-Iragorry", 1983. 499 p.

Impresión realizada para el Congreso de la República en
los Talleres Gráficos de JOAQUIN IBARRA/Impresores,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela
en el mes de julio de 1991

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988